Cronistas de las culturas precolombinas

Luis Nicolau d'Olwer

open access

BIBLIOTECA AMERICANA

Biblioteca Americana

Proyectada por Pedro Henríquez Ureña
y publicada en memoria suya

Serie de

CRONISTAS DE INDIAS

Cronistas de las culturas precolombinas

El Fondo de Cultura Económica expresa su reconocimiento a la Unión Panamericana por haber cedido el manuscrito original de esta obra.

Cronistas de las culturas precolombinas

Antología

COLÓN / VESPUCCI / PANÉ / LAS CASAS / OVIEDO / CABEZA DE VACA / AYLLÓN / RANGEL / LAUDONNIÈRE / SAN MIGUEL / CORTÉS / DÍAZ DEL CASTILLO / MOTOLINÍA / SAHAGÚN / POMAR / ZORITA / RELACIÓN DE MICHOACÁN / LANDA / NIZA / PÉREZ DE RIBAS / TELLO / BOBADILLA / ANDAGOYA / BASTIDAS / XIMÉNEZ DE QUEZADA / SAN FRANCISCO / XEREZ / PIZARRO / MOLINA / BETANZOS / CIEZA DE LEÓN / SANTILLÁN / POMA DE AYALA / INCA GARCILASO / VAZ DE CAMINHA / SANTA CRUZ / GARCÍA / CARVAJAL / PERO FERNÁNDEZ / SCHMIDL / LÉRY / NÓBREGA / CARDIM / RODRIGUES / LOPES DE SOUSA / SOARES DE SOUSA / ACUÑA / ARÉIZAGA / VALDIVIA / LADRILLERO / GOIZUETA / CRESPÍ / MARINO ANÓNIMO / MOZIÑO

Luis Nicolau d'Olwer

Prólogo y notas *Luis Nicolau d'Olwer*

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 1963
Segunda edición, 2010
Primera edición electrónica, 2012

Imagen de la portada: detalle del grabado *Vista de América*, en Jean de Léry, *Histoire d'un voyage fait en la terre du Brasil: autrement dite Amerique* (tomado de Jean de Léry, *History of a voyage to the land of Brazil, otherwise called America*, University of California Press, 1990)

D. R. © 1963, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco 227; 14738 México, D. F.

Empresa certificada ISO 9001:2008

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672
Fax (55) 5227-4649

Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-o comercial-Compartir igual)

ISBN 978-607-16-1248-9

Hecho en México - *Made in Mexico*

SUMARIO

Primera idea de América, Pablo Escalante Gonzalbo
Prólogo a la primera edición, Luis Nicolau d'Olwer
ANTOLOGÍA
Advertencia
Primera Parte: Las avanzadas del Nuevo Mundo
Segunda Parte: Los pueblos del Nordeste
Tercera Parte: Las grandes culturas de Mesoamérica y sus anexas
Cuarta Parte: Tierra firme, de mar a mar
Quinta Parte: El mundo incaico
Sexta Parte: El laberinto fluvial
Séptima Parte: Chile y el extremo Sur
Octava Parte: El norte lejano
Índice de personas y lugares
Índice general

PRIMERA IDEA DE AMÉRICA

Pablo Escalante Gonzalbo

Andaban casi desnudos por la nieve y dormían bajo la única protección de un toldo, navegaban en canoas de corteza y roían los mejillones que sacaban del mar. Es la triste imagen de los chonos del estrecho de Magallanes que proporcionan varias fuentes; entre ellas, la crónica de Juan Ladrillero, que cruzó el paso austral a mediados del siglo xvi. Sólo unas décadas antes, en ese mismo tiempo prehispánico, comediantes e imitadores, saltimbanquis y malabaristas hacían reír a la gente, durante las fiestas, en las bulliciosas calles de México Tenochtitlan. Son los extremos de la cultura: escasez y abundancia. Abundancia de leyes, drenajes y adornos, de lenguas que se cruzan en la plaza de mercado. Escasez de artefactos, de técnicas y de manjares, de bailes o risas; austeridad: unas pieles al cuello y frío por todo el cuerpo. Pero ¿quién podría decir que no son, ambas, manifestaciones de la cultura? Tan americanos son los patagones como los mayas; tan propias de esta tierra las hazañas de los guerreros nahuas como las de los tupinambá.

El día 29 de abril del año 2008 un grupo de observadores de la situación forestal de Brasil detectó desde el aire la pequeña aldea de un grupo indígena que nunca había tenido contacto con la civilización occidental. Apuntaban sus arcos hacia el helicóptero, que aparecía ante ellos como un pájaro inmenso, tan sorprendente como lo fueron para los taínos y los mayas las primeras embarcaciones españolas, a fines del siglo xv. Acaso ese avistamiento que tuvo lugar en la Amazonia brasileña constituya la última ocasión en la que Occidente toma por sorpresa y observa a grupos nativos de América con quienes no había existido un contacto previo.

Cada vez que una expedición se propuso explorar y reconocer alguna región de América, encontró gente que la habitaba y que había adaptado su modo de vida a las condiciones del medio. Selvas, costas heladas, desiertos, mesetas situadas muchos metros

más arriba de la mancha arbórea: todas las tierras de América estaban pobladas y la variedad cultural era inmensa. Una variedad infinitamente superior a la que tenemos en mente cuando resumimos la historia precolombina en la trillada fórmula "mayas, aztecas e incas": éstos fueron, apenas, los últimos señores, los más ricos, impulsores de los imperios tardíos. ¿Pero qué hay de los otros cientos de pueblos? ¿Qué con las urbes del Misisipi y el Amazonas, con los campamentos de las pampas y de los bosques del Canadá?

Una de las cualidades del magnífico libro de Luis Nicolau d'Olwer es su afán de dar cuenta de la variedad real de los pueblos precolombinos. Cuando en 1963 salió a la luz esta antología, ya se habían empezado a publicar algunos estudios importantes que registraban la pluralidad de las culturas de la América indígena;[1] pero predominaba la etnografía, enfáticamente descriptiva, apoyada en reportes de diferentes épocas. La obra de Nicolau d'Olwer contribuyó a hacer visible el hecho de que todos los pueblos americanos cuentan con registros históricos debido a los contactos tempranos con exploradores, conquistadores, misioneros y colonos europeos.

Nicolau d'Olwer no sucumbió a la tentación, que tantas veces nos atrapa, de mostrar los testimonios de las "altas culturas" y olvidar lo demás. Prácticamente peina el territorio americano, desde Vancouver hasta la Tierra del Fuego. En busca de esta idea más completa de la América indígena, D'Olwer se abstuvo de respetar las actuales fronteras culturales o políticas, como la que separa Angloamérica de Hispanoamérica. Ni el origen de las potencias colonizadoras ni los límites políticos actuales deberían incidir en la organización del estudio de la América antigua: que ahora el Misisipi esté por completo dentro de los Estados Unidos en nada modifica el hecho de que en la antigüedad prehispánica fuera la vía navegable por la que circulaban artefactos y cultivos procedentes de las costas de Venezuela, Cuba, Yucatán, Florida y Veracruz. Que hoy se hable inglés o francés en una región de América es un hecho ajeno a la evolución prehispánica de esos territorios, y sólo influye, en algunos casos, en el idioma en que están las fuentes. Nicolau d'Olwer prefirió las escritas en español (incluyó sólo algunas traducciones del portugués y del fran-

cés), pero ello no le impidió contar con copiosas narraciones de la Florida, noticias de Texas o de la Columbia Británica.

Algunos relatos, propios de navegantes y exploradores, ponen énfasis en la geografía, y aun en pormenores técnicos de la navegación. Pero incluso en ellos las noticias sobre las culturas indígenas son inevitables: el 11 de octubre de 1492 los marineros de la carabela *La Pinta* vieron flotar en el agua una tablilla y un palo labrado; tuvieron la impresión de que el labrado se había hecho con un instrumento de metal. Antes de haber visto a algún nativo americano, mientras se aproximaban a una pequeña isla, ya habían tenido en sus manos un vestigio de la cultura.

CRÓNICA, PREJUICIO Y ETNOGRAFÍA

Cronistas de las culturas precolombinas anuncia con precisión en su título lo que es y lo que no es. No incluye pasajes de las historias del Nuevo Mundo escritas por quienes no estuvieron en América ni por quienes, aun habiendo estado aquí, no fueron testigos presenciales de lo que narran: esto deja fuera las historias de Pedro Mártir de Anglería y López de Gómara, pero también las noticias de Clavijero sobre los mexicas, o la narración de Torquemada sobre la corte de Moctezuma. Se recogen los relatos de quienes participaron directamente en el encuentro con los indígenas, en su calidad de navegantes, exploradores, soldados, frailes o administradores. Se trata de escritos con un fuerte valor testimonial, en los cuales la impresión personal ocupa un lugar importante. Por otra parte, la recopilación se interesa principalmente en lo que estos testimonios dicen sobre las culturas indígenas, de tal suerte que casi no se incluyen relatos de batallas ni anécdotas sobre la conversión religiosa de los indios. Lo que tenemos en este libro son las descripciones y apreciaciones de las culturas indígenas puestas por escrito por quienes las conocieron directamente de fines del siglo xv a fines del siglo xvi y, en menor medida, durante el siglo xvii.

Hubo quienes decidieron o recibieron la encomienda de emprender indagaciones más profundas y sistemáticas sobre los pueblos que conocieron. Tal sería el caso de fray Bernardino de Sahagún, en México, y de Pedro Cieza de León, en el Perú, auto-

res de cuyas obras se incluyen algunos fragmentos en esta antología. En tales fuentes el juicio tiende a moderarse frente a la presencia preponderante del dato, del análisis, de la descripción detallada: una descripción que se produce desde dentro de la cultura, por así decirlo. Pero en muchos otros casos la crónica refleja impresiones iniciales y miradas rápidas. Los diarios de a bordo, las cartas, los informes oficiosos, a menudo nos dicen tanto de los prejuicios de sus autores, de la motivación inmediata de sus viajes y de su reacción frente a lo desconocido como pudieran hablarnos de los nativos a los que aluden. Las primeras están más cerca de lo que llamamos etnografía, las segundas se hallan aún lejos de tener ese estatuto científico, pero cuentan con el enorme valor de retratar las condiciones históricas del encuentro y la crudeza de las miradas de dominio.

La descripción de las costumbres que hace Cristóbal Colón, por ejemplo, es todavía terriblemente superficial y lejana. Se torna meticuloso al hablar de la navegación de los indios, lo cual es lógico, y alcanza algún detalle también en la descripción del atuendo. Pero pronto descubrimos que no mira las orejas y cuellos por un interés etnográfico en el vestido: ¡está buscando el oro en el cuerpo de los indios! La codicia de Colón llega a ser fastidiosa; no disimula su sed de oro. Por ello mismo, su etnografía es muy pobre. ¿Qué alcanza a decir de los indios que encuentra tras sus desembarcos? Que son gente "de muy buen parecer, de la misma color que los otros de antes y muy tratable", "todos de muy linda estatura", "altos de cuerpos y de muy lindos gestos".

De qué color son, de qué tamaño son, y si muestran o no muestran sus vergüenzas. Tal es el umbral de la etnografía de América: se habla de los indios como si se hablara de tipos de árboles. Vespucci describe a los caribes como "gente de gentil disposición y bella estatura" y los patagones eran, para Ladrillero, "grandes" y "de grandes fuerzas". Entre los exploradores del área del Paraná, Ulrich Schmidl no cesa de celebrar la desnudez de las indias y glosa con detalle las pinturas que usan en senos y rodillas, mientras que Jean de Léry lamenta haber fracasado en sus afanes por hacer que las indias se vistieran.

La labor misionera fue una de las vías que permitieron a los europeos mirar a los americanos como creadores de cultura. A fines del siglo xv, en La Española, fray Ramón Pané cruzó la barrera lingüística, aprendió la lengua taína, habló con los indios, observó sus ritos y escribió la primera descripción de una religión indígena y la primera recopilación de mitos americanos. Con la obra de fray Bartolomé de las Casas, todavía en las islas, siguió abriéndose paso el esfuerzo intelectual de los occidentales por valorar y describir las peculiaridades de los pueblos americanos. Cuando leemos las líneas que dedica Las Casas a enumerar los pasos para preparar el pan de yuca, sentimos que la mirada etnográfica ha empezado a tomar el ritmo lento que precisa. Ya no es un vistazo a los indios, sino el interés por entender otra manera de hacer las cosas. En Las Casas, además, como sabemos, la descripción de las circunstancias de los pueblos indígenas llegó a tener un carácter apologético.

Un contemporáneo de Las Casas, adversario suyo en las polémicas pero tan responsable como él de la gestación de la etnografía de América, fue Gonzalo Fernández de Oviedo. Su *Historia general y natural de las Indias* es la obra más utilizada en la antología de Nicolau d'Olwer. Ello se debe a la naturaleza del trabajo de Fernández de Oviedo: además de registrar sus propias impresiones y explicar lo que conoció como vecino de la isla Española, nutrió su gran historia con los relatos que recogió de muchos adelantados y viajeros que, después de lograr la exploración de alguna región, o después de haber naufragado o haber sido atacados por los nativos y sobrevivir al suceso, relataban a Fernández lo que habían visto, antes de emprender el viaje de regreso a España. Varios fragmentos de la antología proceden precisamente de los testimonios que Fernández de Oviedo recogió de estos navegantes o exploradores que se encontraban en tránsito, o bien de las cartas que ellos entregaron a la Audiencia de Santo Domingo.

Entonces, la gran obra de Fernández de Oviedo tiene esas dos vertientes: sus observaciones en La Española y su recopilación de los testimonios de otros viajeros en varias regiones. Como cronista, Oviedo se anticipó a los demás en el afán de ofrecer imágenes completas de la cultura: arquitectura, mobiliario, téc-

nicas de trabajo, alimentación o fiestas religiosas. Sus descripciones, como aquellas sobre el uso del tabaco o bien sobre la práctica del juego de pelota, denotan una observación minuciosa y una actitud científica.

En el proceso de observar y narrar las condiciones de vida de los pueblos nativos, los europeos pasaron por el trance de reconocer la humanidad de los indios; descubrieron en los americanos emociones y formas de expresión similares a las suyas, y llegaron a desarrollar cierta empatía mientras los observaban. René de Laudonnière, por ejemplo, expedicionario francés a la Florida, registró la melancolía de los indígenas a quienes él y su gente tomaron presos para llevar a Europa. Mientras se alejaban de su tierra, estos indios pasaban la noche en la cubierta del barco entonando tristes cantos. También Andrés de Segura (luego llamado fray Andrés de San Miguel) relata las expresiones de tristeza de los indios de la Florida. Después de naufragar, Segura realizó un recorrido por aquella península y pudo conocer las manifestaciones de duelo con las cuales los indios se despedían de su cacique. Cuando el náufrago salía a pescar, en las tardes, escuchaba, a lo lejos, el llanto desgarrado de un indio y de inmediato la réplica de toda la aldea que también lloraba en voz alta. Este llanto vespertino de tristeza continuaba durante un año completo.

En un naufragio que lo llevó a una travesía mucho más peligrosa e incierta que la de Segura, Álvar Núñez Cabeza de Vaca tuvo el nervio para observar y conocer a los indios de las regiones que cruzó, desde Florida hasta Nuevo México. Cabeza de Vaca estuvo a punto de perder la vida, de morirse de frío; convivió con indígenas de distintas lenguas y culturas; se vio obligado a engañarlos, fingiendo dotes de taumaturgo; fue esclavizado, logró huir y se mantuvo en movimiento hasta encontrar una ruta que lo acercara a otros exploradores europeos, lo cual logró cuando se internó en la sierra Tarahumara. Esta dura experiencia de varios años parece haber robustecido su voluntad de comprender a los indios. Desnudo en las precarias llanuras, haciendo curaciones mágicas, el náufrago cristiano no se mira superior a los indios, no se percibe tan distinto a ellos. Años después tuvo la calma de recapitular por escrito lo que había conocido de

los pueblos del Norte y explicó la profunda humanidad de los indios: "Es la gente del mundo que más aman a sus hijos y mejor tratamiento les hacen". Cuando los cronistas se detienen a reflexionar en las lágrimas y en el amor de los indios, es claro que han desechado la distancia de quienes observaban peñascos con un catalejo; se muestran interesados e involucrados con la nueva realidad.

Es muy atractivo descubrir en las páginas de las crónicas americanas el modo en que gana terreno la curiosidad y el afán de entender las culturas indígenas. Pedro Cieza de León representa ejemplarmente a quienes emprendieron el estudio de los pueblos americanos por el deseo personal de entenderlos y explicarlos. El mismo Cieza dice que, al notar las grandes y nunca vistas cosas de América, "vínome gran deseo de escribir algunas de ellas". Después de haber participado en diversas expediciones y conquistas, así como en la represión de los Pizarro, Cieza viajó por los Andes para conocer las costumbres indígenas. Escuchémoslo, por ejemplo, tratando de entender el funcionamiento de los quipus, este sistema de nudos y cordeles con el cual los incas llevaban cuenta y registro de sus cosas:

> estando en la provincia de Jauja [...] rogué al señor [...] que me hiciese entender la cuenta dicha de tal manera que yo me satisficiese a mí mismo [...] y luego mandó a sus criados que fuesen por los quipos [...] y así vi la cuenta del oro, plata, ropa que habían dado.

Busca "satisfacerse a sí mismo", es decir, busca saber, y para ello pide explicaciones, se acerca para que los indios le describan su cultura.

LAS CIVILIZACIONES DE MÉXICO Y PERÚ

La colección de textos referentes al México antiguo incluida en este libro tiene el acierto de no referirse exclusivamente a los nahuas y de no limitarse tampoco a Mesoamérica. Nicolau d'Olwer procuró que aparecieran Michoacán y Yucatán, además del valle de México, e incluyó noticias sobre algunos pueblos de agricultores que habían tenido contacto con emigrantes y mercaderes mesoamericanos, tanto en Centroamérica como en el Noroeste, en Sonora y Sinaloa, donde también había cazadores recolectores.

Se recuperan algunos de los mejores momentos de las obras de Hernán Cortés y Bernal Díaz: esas impresionantes descripciones de quienes tuvieron la fortuna de ver en funcionamiento la vida urbana de Mesoamérica, los palacios, las grandes plazas de mercado y el ritual cortesano. Con gran tino, Nicolau d'Olwer introduce, después de los relatos de conquistadores, algunas páginas de fray Toribio de Benavente, Motolinía, autor de la crónica más temprana y una de las más completas que existen sobre el encuentro entre los misioneros y la "idolatría". Motolinía conoció todavía vivas muchas de las prácticas prehispánicas; observó templos en pie, vio a los sacerdotes indígenas practicar sus ritos. De manera que, cuando describe con un detalle inusitado las dimensiones del orificio que se hacían los sacerdotes en la lengua, y la forma y ancho de las varas que hacían pasar por ese orificio, está hablando de algo que vio ocurrir frente a él. Ascendió a lo alto de las plataformas piramidales de los templos, las rodeó, las midió y vio de qué estaban hechas.

Los textos de fray Bernardino de Sahagún incluidos en la antología son suficientes para darnos una idea de la naturaleza distinta de su trabajo, resultado de largas conversaciones e incluso de la aplicación de cuestionarios entre diversos informantes. La obra de Sahagún es, antes que otra cosa, un proyecto de equipo, realizado con discípulos del Colegio de Tlatelolco y con la participación de otros indios de los más variados oficios, mercaderes, artesanos, médicos; gente vieja, sobre todo, que recordaba con detalle sus costumbres: cómo eran los banquetes dentro de las casas, qué hacían los nahuas cuando iba a nacer un niño, qué discursos y ceremonias se empleaban entonces, cómo era el vestido, el armamento, cómo era la arquitectura de los palacios y cómo trabajaban los artesanos de la pluma.

Además de estas fuentes, centrales para el estudio de la historia meso-americana, Nicolau d'Olwer presenta a los lectores fragmentos de las crónicas de Juan Bautista Pomar y Alonso de Zorita, e incluye algunas páginas de una obra que todavía hoy no es suficientemente conocida por el público en general: la *Relación de Michoacán* que suele atribuirse al franciscano Jerónimo de Alcalá. Finalmente, los breves pasajes de Diego de Landa ayudan a vislumbrar la prosperidad urbana y la riqueza de la

cultura cortesana entre los mayas de Yucatán; una cultura que incluía, por cierto, a los mismos bromistas, imitadores y comediantes que vemos entre los nahuas, capaces de hacer reír a la gente para animar fiestas y banquetes.

Nicolau d'Olwer concluye la sección dedicada al México prehispánico con textos sobre regiones situadas al norte y al sur de Mesoamérica, respectivamente, y de este modo evita crear la imagen de aislamiento que a veces generan los estudios que sólo se refieren a las grandes civilizaciones. Hay, en efecto, varios fragmentos sobre grupos del Noroeste, en los que se mencionan agricultores y cazadores recolectores, y dos textos sobre Nicaragua, que formó parte de la historia de Mesoamérica. Luego hay una sección completa del libro dedicada a lo que hoy llamaríamos "área intermedia" y que se presenta con el título "Tierra firme, de mar a mar": se trata de los territorios situados, *grosso modo*, entre el área mesoamericana y el área andina. Se incluye un texto de Colón, que seguía buscando oro, ahora en Nicaragua, diez años después de su primer viaje, y abundante información sobre los cuna-cueva de Panamá, de la pluma del propio Fernández de Oviedo. También se publican algunos fragmentos referentes al viaje de Pedrarias Dávila por lo que se llamó Castilla del Oro, que incluía Panamá, Costa Rica, Nicaragua y parte de Venezuela y Colombia. A través de la crónica de Gonzalo Ximénez de Quesada, también preservada gracias a la monumental obra de Oviedo, nos damos una idea de la riqueza de Tunja y Bogotá, los señoríos de cultura más compleja en el área intermedia. Allí hay constancia de las cuatrocientas esposas del señor de Bogotá y de los cien mil hombres que podía desplazar para la guerra.

El apartado correspondiente al mundo incaico ofrece un panorama bastante completo de las fuentes que hay para el área. Empieza con unas páginas de Francisco de Xerez, secretario de Francisco Pizarro, donde se encuentran las primeras impresiones de los europeos sobre Atahualpa y Caxamarca, y versiones todavía imprecisas del Cuzco. Se incluye también una parte del relato que Hernando Pizarro envió a la Real Audiencia de Santo Domingo y que Fernández de Oviedo copió literalmente. En esas páginas aparece por primera vez la noticia de uno de los rasgos

originales de la civilización incaica, único en América: su red de caminos de cientos de kilómetros, apisonados y empedrados, y los puentes colgantes que hasta hace pocos años tejían con fibras vegetales los habilísimos artesanos de las quebradas andinas.

Para el tema de la religión inca, Nicolau d'Olwer utiliza una narración del español Juan de Betanzos, traductor al quechua de Francisco Pizarro e intérprete oficial de la Audiencia. Betanzos ofrece detalles muy interesantes sobre la vida religiosa en tiempos de Atahualpa, pues conocía de cerca la tradición cortesana cuzqueña: estaba casado con la princesa Añas, hermana del inca. También tiene esta antología el acierto de incluir un fragmento sobre el gobierno, la organización territorial y las instituciones de los incas, de la pluma del jurista Fernando de Santillán.

No podían faltar, desde luego, las mejores obras etnográfico-históricas sobre la sociedad inca, la *Crónica del Perú* de Pedro Cieza de León y la *Nueva corónica y buen gobierno* de Felipe Guaman Poma de Ayala, representativas de las vertientes española e indígena de la historiografía peruana. De Cieza se incluyen pasajes referentes al dominio de los incas, a sus políticas de colonización, a sus recursos administrativos, a su historia y su lengua. De *Nueva corónica y buen gobierno* de Guaman Poma Nicolau d'Olwer utilizó algunos capítulos sobre el calendario y las penas judiciales, y al hacerlo fue pionero en el rescate de una fuente que hoy se considera fundamental para las investigaciones sobre la historia andina. El estudio publicado por John V. Murra y Rolena Adorno, veinte años después de que Nicolau d'Olwer preparara su obra, se ha encargado de establecer en el medio académico la importancia de la obra de Poma como un texto privilegiado para entender la interacción de las culturas indígena y española, pues al conocimiento profundo de la tradición nativa que tenía —por herencia familiar— Poma sumaba el fuerte contacto con la tradición cristiana y con los libros y las obras de los europeos.

La sección dedicada al mundo andino termina con una de las obras literarias más importantes de cuantas se refieren al pasado americano: los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega, sobrino bisnieto de Huayna Capac Inca, que recuerda su tierra

con melancolía después de vivir cuarenta años en España, la patria de su padre. Es difícil saber a ciencia cierta cuáles son las observaciones y los datos de Garcilaso que se basan en su experiencia de juventud, cuando vivía en Perú, y cuáles proceden de los libros y documentos que revisó, nostálgico, en España. Lo cierto es que sorprende el detalle que alcanza en el relato: sobre las kilométricas redes de irrigación de los incas, sobre el sistema de *chasquis*, relevos corredores para enviar mensajes verbales, o sobre el modo en que se ensamblaban los gigantescos bloques de piedra que formaban la muralla de Sajsahuaman. La obra del Inca Garcilaso es, además, una de las crónicas de América que con mayor vehemencia clama por el reconocimiento de la grandeza y la gloria de los reinos de estas tierras.

LA HISTORIA, DE LA LENTITUD FLUVIAL AL FRÍO AUSTRAL

Vale la pena insistir en que las culturas precolombinas que interesan a Nicolau d'Olwer son todas las culturas de los pueblos americanos y no sólo aquellas en las que hubo tronos y altos palacios. En la sección que él llama "El laberinto fluvial" hay casi ciento cincuenta páginas dedicadas a los grupos del sur del Brasil (de Bahia a Pôrto Alegre y en especial de las cuencas de los ríos de la Plata y Paraná) y del Amazonas.

La arqueología y la historia de la segunda mitad del siglo xx nos han permitido vislumbrar una Amazonia distinta de las puras aldeas de flechadores que reaccionaban con temor ante las embarcaciones que mareaban sus meandros. Hay indicios de enormes poblados que fueron casi ciudades palafíticas y vestigios de una cerámica y una iconografía mítica que pueden haber sido las más antiguas del continente y que habrían influido en el arte y el pensamiento de los Andes y de Mesoamérica. Contamos hoy, entonces, con esa noticia sobre un desarrollo cultural que tuvo consecuencias más allá de su región, pero habría que comenzar por recuperar y releer la historia del Amazonas, del Paraná y de las tierras aledañas a través de los testimonios del tiempo de las conquistas española y portuguesa. Esas crónicas bastarían para darse cuenta de que la breve imagen, casi cine-

matográfica, de los dardos envenenados y la pintura roja en la piel, es my limitada.

En los primeros contactos de los europeos con los pueblos de las tierras bajas de Sudamérica se repiten algunas de las actitudes y observaciones que hemos visto en las Antillas o en la Florida. La carta de Pero Vaz de Caminha al rey don Manuel, con la que Nicolau d'Olwer inicia su recopilación, nos recuerda las de Colón: se ocupa en primer lugar del color que tienen los indios y del modo en que se arreglan el pelo. Invitados a subir a la embarcación, los nativos comen y beben lo que los europeos les ofrecen, y Vaz de Caminha los observa exhaustivamente hasta que se quedan dormidos, ahítos y quizás ebrios. Entonces aprovecha el cronista el plácido sueño de los indios para observar su sexo, y pone por escrito que no estaban circuncidados. Entre los testimonios más tempranos se incluyen también algunos fragmentos de Vespucci y de Alonso de Santa Cruz, y la noticia de Diego García, quien realizó el primer reconocimiento del río de la Plata y del bajo Paraná.

La antología recoge algunas páginas del relato de fray Gaspar de Carvajal, en el que se describe la primera travesía completa del Amazonas (1541-1542), la célebre expedición de Orellana. La crónica de Carvajal tiene tres ingredientes que con mucha frecuencia aparecen juntos en América: narración detallada, imágenes visuales que ayudan a evocar esos momentos únicos y audaces fantasías que conectan la literatura de exploración con siglos de literatura fantástica medieval. Así, Carvajal describe con detalle las corrientes de agua, las aldeas, las chozas y las prácticas militares de los indios ribereños; explica que los bergantines de la expedición española parecían puercoespines por la cantidad de flechas que llevaban clavadas, debido a la lluvia de proyectiles con la que los repelían cuando intentaban aproximarse a algunas aldeas, y finalmente informa sobre la existencia de las amazonas. El fraile dice que las ha visto salir al frente de algunos grupos de guerreros: dice que son altas, que tienen el cabello muy largo, que van desnudas y sólo se cubren sus vergüenzas, que tienen muy largos brazos y que son muy hábiles con el arco y la flecha; eran ellas quienes tenían los bergantines españoles forrados de púas.

La visión de seres fantásticos ocurrió durante décadas y aún había quienes los veían después de un siglo de exploraciones. Fernão Cardim, explorador portugués de la región de Bahia, no lo vio con sus propios ojos pero recogió numerosos testimonios a los cuales dio pleno crédito; existían unos seres de aspecto humano que vivían en el agua; los hombres tenían los ojos hundidos pero las mujeres eran hermosas. Estas criaturas atrapaban a las personas que se acercaban al agua, las abrazaban con tanta fuerza que les quebraban los huesos y luego se comían sus ojos, sus narices, las puntas de sus pies y de sus manos y sus genitales. Finalmente arrojaban en las playas los cadáveres carcomidos.

"Un pintor allá afuera tendría que esforzarse para pintar esto", tal dice Ulrich Schmidl, marino alemán que viajó en la expedición de Pedro de Mendoza, de la cual resultó la fundación de Buen Aire (luego Buenos Aires) y la primera exploración de Asunción. Internarse por el Paraná, pasar al Paraguay, era entrar en un mundo, era estar "adentro", y Schmidl hubiera querido que alguien de los de "afuera" viera lo que él y sus compañeros expedicionarios veían, e incluso que pudiera pintarlo. Schmidl también deja un testimonio interesante de la variedad de pueblos y de las condiciones demográficas de la zona. El asedio a Buen Aire, concertado por 23 000 indios charrúas y guaraníes, habla de una organización política mucho más compleja que la de una tribu de arqueros.

Nuevamente son los testimonios de gente religiosa que vivió entre los indios los que ofrecen la mayor cercanía y los detalles de una observación pausada de las rutinas cotidianas. El hugonote Jean de Léry, que aprendió la lengua tupí, se esmera en describir las cosas nuevas que ve utilizar a los nativos, como la maraca y la parrilla para asar o *bucán*. También él repara con inquietud en la desnudez de las mujeres pero, a diferencia de Schmidl, se afana en convencerlas de que se tapen. Las cartas enviadas desde Brasil por el padre Manoel da Nóbrega completan y confirman buena parte de la información ofrecida por Jean de Léry en su diario de viaje. Es igualmente rica la información de los jesuitas Fernão Cardim, que visitó todas las misiones de la

provincia en Brasil, y de Jerónimo Rodrigues, que viajó hacia el sur del Paraná, hasta Rio Grande do Sul.

La recopilación de Luis Nicolau d'Olwer termina con algunos textos referentes a los extremos meridional y septentrional de América. Hay unas páginas de Juan de Aréizaga, que relata el paso de su expedición, en 1526, por el estrecho de Magallanes. Uno de los datos en los que Aréizaga insiste y que otros autores han puesto en duda es el gigantesco tamaño de los indios, a quienes se llamaba "patagones" desde la expedición de Magallanes: el padre Aréizaga recuerda que los españoles apenas les llegaban a los indios a la cintura. Hay unos fragmentos de Pedro de Valdivia sobre los araucanos; se trata de unas líneas muy interesantes: Valdivia fue uno de los conquistadores que, como Cortés o Díaz del Castillo, llegaron a conocer bien y a admirarse de las culturas indígenas que conocieron. En la Araucania Valdivia se admira de todo lo que ve: linda tierra, abundante en todo, gente hermosa, buena ropa… Trágicamente, esa gente, "hermosa" pero altiva y valiente también, habría de darle muerte a Valdivia en la famosa batalla de Tucapel. Las últimas páginas de esta brillante antología están dedicadas al "Norte lejano", a California y a lo que hoy conocemos como Columbia Británica.

La antología de Luis Nicolau d'Olwer no ha perdido interés ni vigencia en cuarenta y cinco años. Incluso al contrario, hoy es más necesario que entonces que los lectores de habla hispana, y los americanos en particular, emprendan la lectura de una obra que despliega el largo biombo de América, que abre todas las ventanas de América. Y es que estamos sumidos en esta paradoja de la globalización: cuando más vinculados nos sentimos con "el mundo", menor importancia damos al conocimiento de las historias de quienes son nuestros vecinos y parientes de tradición y cultura. Es un error porque los mexicanos podríamos reconocernos en los peruanos, y aprenderíamos mucho del complejo juego de semejanzas y diferencias que tenemos con los brasileños. El pasado de Ecuador y Colombia se entendería mejor si se pensara mirando, a la vez, a Panamá y a Mesoamérica. Incluso en las regiones de Estados Unidos y Canadá donde aún viven los descendientes de los pobladores originarios, y en áreas como el Misisipi, en las que hubo procesos de colonización afi-

nes a los de Iberoamérica, hay claves históricas comunes que debemos recuperar.

La lectura de las fuentes sobre la gran tradición indígena que forma el sustrato de América es urgente para quienes acepten que la reconstrucción de las identidades regionales es un paso necesario hacia una globalización que no sea necesariamente etnocida; y para los demás será también, siempre, una lectura apasionante.

ACTUALIZACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Luis Nicolau d'Olwer murió en 1961 y por lo tanto todas las noticias bibliográficas que reunió y colocó antes de cada fragmento de la antología son anteriores a esa fecha. Con la ayuda de los maestros Marisa Álvarez Icaza y Martín Olmedo he tratado de actualizar esa información. En muchos casos han aparecido excelentes ediciones críticas posteriores a la fecha de la primera edición de *Cronistas de las culturas precolombinas* y, en general, el lector cuenta hoy con más herramientas para extenderse en las lecturas que despierten su interés. A continuación se presentan los datos sobre las principales ediciones recientes de las fuentes empleadas en la antología. Ocasionalmente se mencionarán algunos impresos anteriores a 1961 que, por alguna razón, no fueron registrados por Nicolau d'Olwer.

I. *Las avanzadas del Nuevo Mundo*

Cristóbal Colón. Cuando Nicolau d'Olwer realizó la antología, había ya muchas ediciones y traducciones de los textos de Colón, y especialmente de la carta con la narración del primer viaje. Incluso se había publicado en México una edición facsimilar de la primera edición: *Carta de Colón en que da quenta del descubrimiento de América*, edición facsimilar del texto latino publicado en Roma en 1493, con la traducción castellana, México, Imprenta Universitaria, 1939. Meses después de la muerte de Nicolau d'Olwer apareció la edición de Sanz, que ha sido editada varias veces: *Diario de Colón: Libro de la primera navegación y descubrimiento de las Indias*, Carlos Sanz (edición), Madrid, Gráficas

Yagües, 1962. Otras ediciones posteriores: *Diario*, Luis Arranz (edición), México, Espasa Calpe, 1984. *Los cuatro viajes; Testamento*, Consuelo Varela (edición), Madrid, Alianza, 1986. *Diario de a bordo*, Luis Arranz Márquez (edición), Madrid, Dastin, 2000. Una nueva impresión de la edición de Anzoátegui: *Viajes*, Ignacio Anzoátegui (edición), Madrid, Espasa Calpe, 2006.

Amerigo Vespucci. A pesar de haberse publicado unos años antes, no se incluyó en la noticia bibliográfica que Nicolau d'Olwer acostumbraba dar la edición argentina: *Cartas*, Roberto Levillier (edición), Buenos Aires, Editorial Nova, 1951. Posteriormente aparecieron: *Carta de Américo Vespucio al Gonfaloniero de Florencia Pier Soderini o carta de las cuatro navegaciones*, Madrid, Real Academia de la Historia, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Fundación MAPFRE América, 1994. (Serie II, Temáticas para la Historia de Iberoamérica, vol. 20.) *Cartas*, Luciano Formisano (edición), Madrid, Alianza, 1986. (El Libro de Bolsillo. Sección: Clásicos, 1215.) De esta última hay una traducción neoyorquina de Marsilio, 1992. Vale la pena citar también una edición de divulgación: *Cartas*, Madrid, Anjana, 1983.

Fray Ramón Pané. Una década después de publicarse *Cronistas de las culturas precolombinas* ocurrió el rescate editorial de la obra de fray Ramón Pané, gracias al esfuerzo singular de Siglo XXI, que supo iluminar ciertos temas y obras americanos muy importantes. *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, José Juan Arrom (edición), México, Siglo XXI, 1974. Esta versión de Arrom ha sido reeditada en varias ocasiones.

Fray Bartolomé de las Casas. Nicolau d'Olwer pudo ya utilizar la edición canónica de Millares Carlo de la *Historia de las Indias*, pues había sido publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1951. En cuanto a la *Apologética*, la edición crítica que se utiliza hoy en día salió a la luz algo después que el libro de Nicolau d'Olwer: *Apologética historia sumaria: Cuanto a las cualidades, dispusición, descripción, cielo y suelo destas tierras, y condiciones naturales, policías, repúblicas, manera de vivir e costumbres de las gentes destas Indias Occidentales y meridionales cuyo imperio soberano pertenece a los reyes de Castilla*, Edmundo O'Gorman (edición), México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1967. La única edición completa de las obras de Las Casas se pu-

blicó en España con el presupuesto del programa Quinto Centenario de los viajes de Colón: *Obras completas*, edición preparada por la Fundación "Instituto Bartolomé de las Casas", bajo la dirección de Paulino Castañeda Delgado, 15 vols., Madrid, Junta de Andalucía, Sociedad Estatal V Centenario y Alianza, 1988-1993.

Gonzalo Fernández de Oviedo. Al parecer Nicolau d'Olwer utilizó la primera edición completa de la *Historia...* de Oviedo, que había sido publicada por la Real Academia de la Historia a mediados del siglo xix. Ya existía, sin embargo, otra edición completa, que es la que el día de hoy puede consultarse con menos dificultades en las bibliotecas: *Historia general y natural de las Indias*, Juan Pérez de Tudela Bueso (ed.), 5 vols., Madrid, Ediciones Atlas, 1959. (Biblioteca de Autores Españoles, 117-121.)

II. *Los pueblos del Nordeste*

Álvar Núñez Cabeza de Vaca. Hay múltiples ediciones de las dos obras de Cabeza de Vaca, los *Naufragios* (donde se relata el periplo de la Florida hasta México) y los *Comentarios...* (sobre su expedición como segundo adelantado al Río de la Plata). Ambas obras se publicaron en el siglo xvi y las ediciones posteriores siguen las características de aquéllas. Por su valor literario y la aventura que en esta obra se narra, *Naufragios* ha sido publicada de manera independiente más veces que los *Comentarios.* Una de las últimas versiones es: *Naufragios*, Trinidad Barrera López (edición), Madrid, Alianza, 2001. Anteriormente se había publicado una edición crítica en Castalia: *Los naufragios*, Enrique Pupo-Walker (edición), Madrid, Castalia, 1992. (Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, 5.) Desde 1922 Espasa Calpe ha publicado las dos obras juntas: *Naufragios y comentarios, con dos cartas (Y la relación de Hernando de Ribera)*, Madrid, Espasa Calpe, 1922. (Viajes Clásicos.) En 1942 incluyó la obra en la Colección Austral: *Naufragios y comentarios, con dos cartas (Y la relación de Hernando de Ribera).* Madrid, Espasa Calpe, 1942. (Colección Austral, 304.)

Lucas de Ayllón. Relato contenido en la *Historia general* ... de Fernández de Oviedo, antes citada.

Rodrigo Rangel. Relato contenido en la *Historia general* … de Fernández de Oviedo, antes citada.

René de Laudonnière. Después de la aparición de *Cronistas de las culturas* … se ha publicado una nueva edición en francés: *Histoire notable de la Floride*, Sarah Lawson y John Faupel (edición), West Sussex, Antique Atlas Publications, 1992, y hay una traducción al inglés: *Three Voyages*, Charles Bennett (edición), Gainesville, University Presses of Florida, 1975.

Fray Andrés de San Miguel (nacido Andrés de Segura). Se sigue utilizando y citando en publicaciones académicas la misma edición de 1902 empleada por Nicolau d'Olwer.

III. *Las grandes culturas de Mesoamérica y sus anexas*

Hernán Cortés. Luis Nicolau d'Olwer consigna los hechos fundamentales sobre la edición de las cartas de Cortés y no es preciso repetirlos. Vale la pena señalar que la primera edición mexicana de las únicas tres cartas de relación conocidas antes de 1777 se imprimió, en edición facsimilar, en 1981: *Historia de Nueva España escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés. Aumentada con otros documentos y notas por Francisco Antonio Lorenzana*, edición facsimilar, 4 vols., México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1981. Continúa publicándose, desde 1922, la edición de Dantin Cereceda (basada a su vez en la de Gayangos de 1866), por Espasa Calpe, desde 1945 en la Colección Austral. La mayor contribución para la lectura y estudio de la obra de Cortés ha sido la publicación de la biografía y la recopilación general de documentos realizadas por José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, México, UNAM/Fondo de Cultura Económica, 1990; *Documentos cortesianos*, 4 vols., México, UNAM/Fondo de Cultura Económica, 1990-1992.

Bernal Díaz del Castillo. La edición de Joaquín Ramírez Cabañas, de 1939 (citada por Nicolau d'Olwer), pasó de la Editorial Robredo a la Editorial Porrúa (1955), y es la que actualmente forma parte de la Colección "Sepan Cuantos…" (desde 1960). La edición crítica más avanzada, en la que se incluye un cotejo pormenorizado de las versiones impresas y del "Manuscrito de Guatemala", es la de Sáenz de Santa María: *Historia verdadera de la*

conquista de la Nueva España, edición crítica de Carmelo Sáenz de Santa María, 2 vols., Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1982. La contribución más reciente es la edición y estudio crítico del manuscrito de Guatemala: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (Manuscrito "Guatemala")*, José Antonio Barbón Rodríguez (edición), México, El Colegio de México/UNAM/Servicio Alemán de Intercambio Académico/Agencia Española de Cooperación Internacional, 2004.

Fray Toribio de Benavente, Motolinía. Hay tres ediciones fundamentales de la obra de Motolinía, las tres posteriores a la muerte de Nicolau d'Olwer y debidas al trabajo de Edmundo O'Gorman. Don Edmundo demostró que la *Historia de los indios...* era un manuscrito que no había salido de la mano del franciscano; se trata de una copia apócrifa con alteraciones y numerosas omisiones. Asimismo precisó que la obra conocida como *Memoriales...* se encontraba más cerca del manuscrito original de Motolinía pero tampoco era el original. Finalmente, O'Gorman optó por preparar una reconstrucción del manuscrito perdido, cotejando la *Historia*, los *Memoriales* y las referencias al viejo manuscrito en otras obras de autores que lo conocieron. Las tres obras son: *Historia de los indios de la Nueva España. Relación de los ritos antiguos, idolatrías y sacrificios...*, Edmundo O'Gorman (edición), México, Editorial Porrúa, 1969 (Colección "Sepan Cuantos...", núm. 129); *Memoriales o Libro de las cosas de las Nueva España y de los naturales de ella*, Edmundo O'Gorman (edición), México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1971; *El libro perdido: Ensayo de reconstrucción de la obra histórica extraviada de fray Toribio*, Edmundo O'Gorman (compilación y edición), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989.

Fray Bernardino de Sahagún. Desde 1956 existía la edición de la *Historia general* de Sahagún preparada por el padre Ángel María Garibay, y Nicolau d'Olwer la registra. Hasta hace poco era la mejor edición disponible. Tenía el inconveniente de basarse en la edición de Carlos María de Bustamante, realizada entre 1829 y 1830, a partir de lo que conocemos como "manuscrito de Tolosa", que no es el original que preparó Sahagún sino una co-

pia. En 1982 se publicó por primera vez la paleografía de las columnas en castellano del *Códice florentino*, éste sí, manuscrito original de Sahagún y sus ayudantes: *Historia general de las cosas de Nueva España. Primera versión íntegra del texto castellano del manuscrito conocido como Códice florentino*. Josefina García Quintana y Alfredo López Austin (paleografía y edición), México, Banamex, 1982. No existe todavía una traducción completa al español del texto náhuatl pero se ha terminado de publicar la traducción al inglés, que estaba en proceso cuando Nicolau d'Olwer escribía: *Florentine Codex. General History of the Things of New Spain, Fray Bernardino de Sahagún*, Charles E. Dibble y Arthur J. O. Anderson (trad. y est.), 13 vols., Utah, School of American Research, The University of Utah, 1950-1982. En 1979 se publicó una edición facsimilar del *Florentino*: *Códice florentino. Manuscrito 218-20 de la Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenciana* (ed. facs.), 3 vols., México, Secretaría de Gobernación, AGN, 1979.

Juan Bautista Pomar. En 1975 se hizo una edición facsimilar de la versión de García Icazbalceta que usó Nicolau d'Olwer: *Relación de Tezcoco. Siglo XVI. Edición facsimilar de las de 1891 con advertencia preliminar y notas de Joaquín García Icazbalceta*, México, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 1975. En 1986 apareció una nueva edición, basada en el manuscrito de la Biblioteca Bancroft de la Universidad de Texas. Es la más rigurosa y reciente: *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, tomo tercero, René Acuña (edición), México, UNAM, 1986. La "Relación de la ciudad y provincia de Tezcoco" aparece entre la p. 21 y la p. 113.

Alonso de Zorita. Durante muchos años no estuvo disponible ninguna edición de la obra de Zorita distinta de la que conoció Nicolau d'Olwer. La primera y única edición completa de la relación de Zorita se publicó en 1999: *Relación de la Nueva España*, 2 vols., Ethelia Ruiz Medrano, Wiebke Ahrndt y José Mariano Leyva (edición), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999.

Relación de Michoacán. La edición más completa y documentada de la *Relación de Michoacán*, en la época en que se elaboró la presente antología, era la que publicó Editorial Aguilar en

Madrid en 1956 (que ya incluía el facsímil y los estudios), reeditada en México en 1977. El interés en esta obra no ha cesado de crecer en las últimas décadas; prueba de ello es el número de nuevas ediciones que se han preparado. Entre ellas: *La relación de Michoacán*, Francisco Miranda (edición), Morelia, Fimax Publicistas, 1980; *Relación de Michoacán*, Moisés Franco Mendoza (edición), Zamora y Morelia, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán, 2000. Y un facsímil detalladísimo: *Relación de Michoacán*, Armando Mauricio Escobar Olmedo (edición), Madrid, Patrimonio Nacional en coedición con el Ayuntamiento de Morelia, 2001. (Colección *Thesaurus Americae*, 3.)

Fray Diego de Landa. La edición de Ángel María Garibay, citada por Nicolau d'Olwer, es la más utilizada y ha sido reeditada frecuentemente. Otras ediciones posteriores: *Relación de las cosas de Yucatán*, María del Carmen León Cázares (edición), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994; *Relación de las cosas de Yucatán*, Miguel Rivera Dorado (edición), Madrid, Historia 16, 1985. (Crónicas de América, 7.)

Fray Marcos de Niza. Como ocurría a principios de los años sesenta, la relación de Marcos de Niza ha sido publicada más frecuentemente en inglés que en español. La edición más reciente, que incluye un análisis del documento y la única reproducción fotográfica que se ha publicado, es: Jerry R. Craddock, "Fray Marcos de Niza, '*Relación*' (1539): Edition and Comentary", en *Romance Philology*, vol. 53, parte 1, otoño de 1999, pp. 69-118. También existe una edición en español: *Por los senderos de la quimera*, Julio César Montané Martí (edición), Hermosillo, Instituto Sonorense de Cultura, 1995.

Andrés Pérez de Ribas. Además de las ediciones citadas en la bibliografía, existen al menos dos ediciones en inglés y una en español: *Historia de los triumphos de nuestra santa fee*, Ignacio Guzmán Betancourt (edición), México y Culiacán, Siglo XXI/Difocur, 1992 (incluye facsímil de la edición española original, de 1645).

Fray Antonio Tello. Hemos registrado dos ediciones posteriores al trabajo de Nicolau d'Olwer; ambas son parciales: *Crónica miscelánea de la sancta provincia de Xalisco. Libro segundo*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1968; *Crónica miscelánea:*

En que se trata de la conquista espiritual y temporal de la santa Provincia de Xalisco en el nuevo Reino de la Galicia y Nueva Vizcaya y descubrimiento del Nuevo México. Libro segundo, Juan López (edición), México, Editorial Porrúa, 1997.

Fray Francisco de Bobadilla. Relato contenido en la *Historia general* … de Fernández de Oviedo, antes citada.

Gonzalo Fernández de Oviedo. Citado arriba.

IV. *Tierra firme, de mar a mar*

Cristóbal Colón. Citado arriba.

Gonzalo Fernández de Oviedo. Citado arriba.

Pascual de Andagoya. Además de una traducción al alemán y otra al inglés, sólo detectamos una edición de la relación de Andagoya posterior a la publicación de la antología, *Relación y documentos*, Adrián Blazquez (edición), Madrid, Historia 16, 1986. (Crónicas de América, 27.)

Rodrigo de Bastidas. Relato contenido en la *Historia general* … de Fernández de Oviedo, antes citada.

Gonzalo Ximénez de Quesada. Relato contenido en la *Historia general* … de Fernández de Oviedo, antes citada.

Fray Matías de San Francisco. Ésta es una de las pocas obras que no cuenta con ediciones posteriores a la compilación de Nicolau d'Olwer.

V. *El mundo incaico*

Francisco de Xerez. Hay una edición peruana de la obra de Xerez, unos años posterior a la publicación de *Cronistas de las culturas* … La *Verdadera relación de la conquista de la Nueva Castilla*, por Francisco de Xerez (1534), fue incluida en una gran recopilación de crónicas peruanas del siglo xvi: *Biblioteca peruana. Primera serie*, 3 vols., Lima, Editores Técnicos Asociados, 1968. La obra de Xerez figura en el primer volumen. Además, existe una edición española: *Verdadera relación de la conquista del Perú*, María Concepción Bravo Guerreira (edición), Madrid, Historia 16, 1985 (Crónicas de América, 14.)

Hernando Pizarro. Relato contenido en la *Historia general* … de Fernández de Oviedo, antes citada.

Diego de Molina. Relato contenido en la *Historia general* … de Fernández de Oviedo, antes citada.

Juan de Betanzos. Hay una edición boliviana: *Suma y narración de los yngas*, Cochabamba, Bolivia, Fondo Rotatorio, 1992. (Culturas Aborígenes de América.) También hay una edición española, de 1999, reeditada posteriormente en 2004: *Suma y narración de los incas*, Ma. del Carmen Martín Rubio (edición), Madrid, Universidad Nacional de San Antonio Abad del Cusco, 1999.

Pedro Cieza de León. Hay dos ediciones críticas, dirigidas a un público académico. Una es peruana: *Crónica del Perú*, Franklin Pease y Miguel Maticorena (edición), Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú/Academia Nacional de la Historia, 1995. (Clásicos Peruanos.) La otra es española e incluye toda la obra de Cieza: *Obras completas*, Madrid, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1985. (*Monumenta Hispano-Indiana*, 2.) Además hay dos ediciones de divulgación, realizadas por Ballesteros: *La crónica del Perú*, Manuel Ballesteros (edición), Madrid, Historia 16, 1984. (Crónicas de América, 4.) *La crónica del Perú*, Manuel Ballesteros (edición), Madrid, Dastin, 2000. (Crónicas de America, 5.)

Fernando de Santillán. Pocos años después de darse a conocer la obra de Nicolau d'Olwer se publicó: *Crónicas peruanas de interés indígena*, Madrid, Ediciones Atlas, 1968. (Biblioteca de Autores Españoles, 209.)

Felipe Guaman Poma de Ayala. Tenemos la fortuna de que la importantísima obra de Guaman Poma haya sido estudiada y publicada por algunos de los más importantes peruanistas, que nos han dado dos ediciones: *Nueva corónica y buen gobierno*, Franklin Pease y Jan Szemiński (eds.), 3 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1993. (Sección de Obras de Historia.) *El primer nueva corónica y buen gobierno*, John V. Murra, Role-na Adorno y Jorge L. Urioste (edición), 3 vols., México, Siglo XXI, 1980. (Colección América Nuestra, América Antigua, 31.)

El Inca Garcilaso de la Vega. Vale la pena mencionar dos ediciones peruanas, una mexicana y una española que, aunque anterior al trabajo de Nicolau d'Olwer, no fue registrada en la antología. *Obras completas*, Carmelo Sáenz de Santa María (ed.), 4 vols., Madrid, Ediciones Atlas, 1960 (Biblioteca de Autores Españoles, 132-135.) *Comentarios reales*, María Dolores Bravo Arriaga (edición), 2 vols., México, SEP, Dirección General de Publicaciones y Bibliotecas/Coordinación de Humanidades, UNAM, 1982. *Comentarios reales de los Incas*, César Toro Montalvo (edición), Lima, A.F.A., 2004. *Comentarios reales de los Incas*, Ricardo González Vigil (edición), Lima, Universidad Inca Garcilaso de la Vega/Fondo Editorial, 2007. (Clásicos.)

VI. *El laberinto fluvial*

Pero Vaz de Caminha. Hay una edición de su carta al rey portugués posterior a la obra de Nicolau d'Olwer: *A carta de Pero Vaz de Caminha*, J. F. de Almeida Prado y Maria Beatriz Nizza da Silva (edición), Río de Janeiro, Livraria Agir Editôra, 1965.

Amerigo Vespucci. Citado arriba.

Gonzalo Fernández de Oviedo. Citado arriba.

Alonso de Santa Cruz. Relato contenido en la *Historia general* … de Fernández de Oviedo, antes citada.

Diego García. No detectamos ediciones recientes del relato de Diego García. Sin embargo, vale la pena mencionar una espléndida edición de la *Relación e derrotero…* y de otros documentos vinculados con su viaje, realizada por el sabio chileno don José Toribio Medina, que no fue citada por Nicolau d'Olwer: *Los viajes de Diego García de Moguer al Río de la Plata*, José Toribio Medina (estudio y edición), Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1908.

Gaspar de Carvajal. Existe una versión facsimilar de la edición sevillana de 1894; se publicó impresa y también en formato digital, acompañada de otros documentos. Lleva el título *Relación del descubrimiento del famoso río grande que desde su nacimiento hasta el mar descubrió el capitán Orellana en unión de 56 hombres*, s. l., s. f., Estudios Ediciones y Medios. Una edición econó-

mica, accesible y reciente: *La aventura del Amazonas*, Rafael Díaz Maderuelo (edición), Madrid, Dastin, 2002. (Crónicas de América, 28. Historia.)

Pero Fernández. Nicolau d'Olwer tiene el prurito de dejar constancia del nombre de Fernández al utilizar un fragmento de los *Comentarios* de Cabeza de Vaca, debido a que esta crónica de la incursión al río de la Plata la encomendó Álvar Núñez a su escribano. En cualquier caso, quien dictaba el contenido era el adelantado y por eso se tienen los *Comentarios* como obra de Cabeza de Vaca. Para las ediciones, ver la ficha correspondiente en la sección ii.

Ulrich Schmidl. Existe una edición argentina un poco más reciente que la citada por Nicolau d'Olwer: *Derrotero y viaje a España y las Indias*, Edmundo Wernicke, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2a. ed., 1950. En 1985 se hizo una edición de gran circulación que unía la crónica de Schmidl con la de Federmann: N. Federmann y U. Schmidl, *Alemanes en América*, Lorenzo E. López (edición), Madrid, Historia 16, 1985. (Crónicas de América, 15.) La última edición en español de que tenemos noticia es: *Ulrico Schmidl: Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay, 1534-1554*, Klaus Wagner (edición), Madrid, Alianza, 1986. (El Libro de Bolsillo. Sección Clásicos del Descubrimiento, 1170.)

Jean de Léry. De la obra original de Léry, en francés, hay una excelente edición crítica posterior al trabajo de Nicolau d'Olwer: *Histoire d'un voyage fait en la terre du Brasil : Autrement dite Amerique*, Michel Contat (edición), Jean-Claude Wagnieres (posfacio), Lausana, Bibliothèque Romande, 1975. La más reciente edición crítica en inglés es: *History of a Voyage to the Land of Brazil, Otherwise Called America*, Janet Whatley (edición), Berkeley, University of California, 1990. (Latin American Literature and Culture, 6.) La edición brasileña más reciente que detectamos: *Viagem a terra do Brasil*, Sérgio Milliet (trad. y edición), Plínio Ayrosa (notas a los términos tupíes), Paul Gaffarel (bibliografía), Belo Horizonte y São Paulo, Itatiaia/Editora da Universidade de São Paulo, 1980.

Manoel da Nóbrega. No tenemos noticia de la publicación de las cartas de Nóbrega en español. Hay una edición portuguesa

anterior a la recopilación de Nicolau d'Olwer, pero que él no incluyó en su bibliografía: *Cartas do Brasil e mais escritos do P. Manuel da Nóbrega: Opera Omnia*, Serafim Leite (edición), Coimbra, Universidade de Coimbra, 1955. También hay una edición brasileña posterior a la fluminense del siglo xix que empleó Nicolau d'Olwer: *Cartas do Brasil: 1549-1560*, Belo Horizonte, Itatiaia, 1988. (Cartas Jesuiticas, 1; Reconquista do Brasil, vol. 147.) La edición crítica más reciente es portuguesa: *Cartas do Brasil e mais escritos*, João Alves das Neves (edición), Lisboa, Universitária Editora, 2004.

Fernão Cardim. No detectamos ediciones en español de la obra de Cardim, pero sí ediciones más recientes en lengua portuguesa: *Tratados da Terra e Gente do Brasil*, São Paulo, Companhia Editora Nacional/MEC, 1978. *Tratados da terra e gente do Brasil*, Belo Horizonte, Itatiaia, 1980. *Tratados da terra e da gente do Brasil*, Ana Maria de Azevedo (edición), Lisboa, Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses, 1997.

Jerónimo Rodrigues. Después de la edición del relato de Rodrigues en las *Novas cartas jesuiticas*, de 1940, detectamos sólo una edición crítica y un estudio de esa breve obra: Ruy Ruben Ruschel, *Por mares grossos e areias finas: A missão dos carijó: Reconstituição de uma aventura seiscentista no litoral sul-brasileiro: Comentários á crônica a missão dos carijós, do padre Jerônimo Rodrigues*, Porto Alegre, EST Edições, 2004.

Pero Lopes de Sousa. Diario de navegação, J. P. Cordeiro y Eugenio Castro (edición), São Paulo, Obelisco, 1964. *Diário da navegação de Pero Lopes de Sousa: 1530-1532*, A. Teixeira da Mota (prefacio), Jorge Morais Barbosa (edición), Lisboa, Agência Geral do Ultramar, 1968. (Literatura de Viagens Portuguesa, séc. 16.)

Gabriel Soares de Sousa. Tratado descriptivo do Brasil em 1587, Francisco Adolfo de Varnhagen (edición), São Paulo, Companhia Editora Nacional, 4ª ed., 1971. *Notícia do Brasil*, Luís de Albuquerque (edición), Lisboa, Alfa, 1989. (Biblioteca da Expansão Portuguesa, 11.) La edición paulista de Varnhagen se ha publicado recientemente en Belo Horizonte: *Tratado descritivo do Brasil em 1587*, Francisco Adolfo de Varnhagen (edición), Belo Hori-

zonte, Itatiaia, 2001. (Colecção Reconquista do Brasil, 2a. ser., vol. 221.)

Cristóbal de Acuña. La obra de Acuña ha sido publicada en varias ocasiones en español (que es el idioma original del relato), en portugués y en edición bilingüe. Una edición brasileña no citada por Nicolau d'Olwer: Gaspar de Carvajal, Alonso de Rojas y Cristóbal de Acuña, *Descubrimentos do Rio das Amazonas*, C. de Melo-Leitão (edición y trad.), São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1941. (Biblioteca Pedagógica Brasileira, Serie 2ª, vol. 203.) Hay dos ediciones del año 1994 que, curiosamente, reproducen traducciones distintas: *Novo descubrimento do Gran Rio das Amazonas*, Helena Ferreira (trad.), Río de Janeiro, Agir, 1994; *Novo descobrimento do grande rio das Amazonas*, edição bilíngüe, Antonio R. Esteves (trad.), Montevideo, Oltaver, 1994. (Orellana, 8.) La más reciente edición en español: Francisco de Figueroa, Cristóbal de Acuña *et al., Informes de jesuitas en el Amazonas, 1660-1684*, Iquitos, Perú, Instiutto de Investigaciones IIAP, CETA, 1986. (Monumenta Amazonica, B 1.)

VII. *Chile y el extremo sur*

Juan de Aréizaga. Se reproduce una versión de la Relación de Aréizaga en la *Historia general* … de Fernández de Oviedo, citada antes.

Pedro de Valdivia. Hay dos ediciones críticas recientes de la carta de Valdivia al emperador, basadas, sin embargo, en una misma transcripción. *Cartas de relación de la conquista de Chile*, Mario Ferreccio Podestá (edición), Santiago, Universitaria, 3ª ed.,1986. (Colección Escritores Coloniales de Chile, 5.) *Cartas de Don Pedro de Valdivia: Que tratan del descubrimiento y conquista de la Nueva Extremadura*, Juan Carlos Rodríguez Ibarra (presentación), Miguel Rojas-Mix (prol. e imágenes), Mario Ferreccio Podestá (edición), Madrid, Lumen-Extremadura Enclave 92/Quinto Centenario, 1991.

Juan Ladrillero. La "Descripción del viaje…" y el "Derrotero y relación…" de Ladrillero no han recibido una edición como obras independientes. Se incluyen transcripciones y comentarios en las obras ya mencionadas por Nicolau d'Olwer, y además en: Pe-

dro Sarmiento de Gamboa, *Los viajes al estrecho de Magallanes*, Ma. Justina Sarabia Viejo (edición), Madrid, Alianza, 1988. (El Libro de Bolsillo. Sección: Clásicos del Descubrimiento, 1358.) Pedro Sarmiento de Gamboa, *Viajes al Estrecho de Magallanes*, Juan Batista González (edición), Madrid, Dastin, 2000. (Crónicas de America. Historia, 14.)

Miguel de Goizueta. Ver José Toribio Medina, *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile. 2a. serie, 1558-1572*, 2 vols., Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina, 1956.

VIII. *El norte lejano*

Juan Crespí. La única edición crítica reciente de la obra de Crespí es una edición en inglés: Juan Crespí, *A Description of Distant Roads: Original Journals of the First Expedition into California, 1769-1770*, Alan K. Brown (trad., edición), San Diego, San Diego State University, 2001.

Marino Anónimo. Ver *Nutka 1792: Viaje a la Costa Noroeste de la América Septentrional por Juan Francisco de la Bodega y Quadra, del orden de Santiago, Capitán de Navío de la Real Armada y Comandante del Departamento de San Blas, en las fragatas de su mando Santa Gertrudis, Aránzazu, Princesa y Goleta Activa, año de 1792*, Mercedes Palau *et al.* (edición), Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores de España, Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas, 1998.

José Mariano Moziño Suárez de Figueroa. Noticias de Nutka: An Account of Nootka Sound in 1792, Iris Higbie Wilson (edición), Seattle, University of Washington, 1970; *Noticias de Nutka: Manuscrito de 1793*, México, UNAM, 1998.

[1] Walter Krickeberg había publicado la primera edición de su *Etnología de América* en 1922 (última edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1982). El *Handbook of South American Indians* había empezado a publicarse en 1946 y sentó un precedente para los posteriores *Handbook of Middle American Indians* y *Handbook of North American Indians*. Harold Driver publicó su extraordinaria etnografía comparada *Indians of North America* en 1961.

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

I

Los textos que aquí se han reunido no tienen como denominador común la odisea de aquellos puñados de hombres que por mares incógnitos se lanzaban al descubrimiento de nuevas tierras; ni tampoco la descripción de esas tierras vírgenes, con sus ríos caudalosos que endulzan las aguas del mar, con su fauna y con su flora insospechadas del visitante europeo; menos aún las tormentosas vicisitudes de la conquista y de la colonización. La materia de este libro es el descubrimiento cultural de los pueblos del Nuevo Mundo.

"Día vendrá en el correr del tiempo —había profetizado Medea [o, si se quiere, Lucio Anneo Séneca]— en que se aflojen las cadenas oceánicas y aparezca un gran continente. Otro Tifis descubrirá nuevos mundos y ya no será Islandia la más lejana de las tierras." La hora llegó en 1492 y el nuevo Tifis se llamaba Cristóbal Colón.

Habitaban entonces el Nuevo Mundo hombres diferentes no sólo del recién llegado europeo, sino también diferentes entre sí; no tanto por la raza, cuanto por el grado y el matiz de su cultura. Mosaico de tribus y de pueblos, desde los nómadas más primitivos, desconocedores de la cerámica y aun de la cestería, hasta los creadores del Imperio Incaico o los astrónomos del calendario maya. Refiriéndose al conjunto de todos ellos, precisa hablar en plural: culturas, no cultura.

¿Cómo adjetivar tales culturas? "Aborígenes" o "autóctonas" sugieren la tercera dimensión, la profundidad centenaria o milenaria del proceso de estas culturas, y aun el recuerdo de aquellas que en el curso de la historia hubieran podido extinguirse; hacen pensar en lo remoto, de lo que nada dijeron los descubridores porque nada sabían ni veían de ello. Sus testimonios, por el contrario, se concretan a un momento determinado: cuando la

evolución cultural de los pueblos del Nuevo Mundo fue desviada o interrumpida por el contacto con la civilización europea, iniciado por el hecho histórico del descubrimiento. Personificándose éste en Cristóbal Colón, el nombre de culturas "precolombinas" parece el más justo y el menos susceptible de equívocos para designar las culturas existentes en el Nuevo Mundo al tomar contacto con la cultura europea, aunque en algunas regiones este contacto sea posterior a la época de Colón.

Los testimonios de las culturas precolombinas que aquí se reúnen son de cronistas. Al decir *cronistas*, pensamos en informadores directos, testigos presenciales. Excluimos, por tanto, a todos cuantos escribieron del Nuevo Mundo sin haber puesto sus pies en él; aunque sean antiguos, bien documentados y veraces, como Pedro Mártir de Anglería, López de Gómara, Antonio de Herrera o Gutierre Sotomayor. No nos interesan ellos, sino sus fuentes. Pero los historiadores que vivieron en este lado del océano, al mismo tiempo que historiadores, en parte de su obra son cronistas. Así, por ejemplo, Bartolomé de las Casas o Pedro Cieza de León. En este caso, cuando hablan como testigos presenciales, podemos acudir a ellos. Igualmente, cuando en sus textos insertan memoriales o relaciones de testigos directos, cual lo hace Fernández de Oviedo con Rangel, Bobadilla, Fernando Pizarro, etcétera.

El testimonio directo lo buscamos no sólo entre los cronistas propiamente dichos. Las relaciones de ciertos administradores, los derroteros de algunos navegantes, las cartas de muchos misioneros, son también inapreciables testimonios sobre la cultura material y espiritual de los nativos americanos. A ellos recurrimos con frecuencia; y así, algunos nombres oscuros aparecen al lado de otros universalmente reputados. En cambio se ha prescindido, sin ninguna excepción, de los poetas, aunque a menudo sus "poemas" no pasan de crónicas rimadas. Por definición el poeta es imaginativo y no podríamos distinguir entre lo que hay en él de información y visión directa y lo que nace de su fantasía. Por otra parte, discípulos de la escuela renacentista italiana, mezclan en todo momento —como también lo hace Luis de Camoens— los héroes de la antigüedad y aun los dioses del Olim-

po, a la acción de sus contemporáneos. Arcilla, que frente a los Andes canta los amores de Dido y Eneas, es un caso típico.

Al lado de escritores nacidos en Europa y que al llegar al Nuevo Mundo se convierten en descubridores y cronistas de su cultura (por ejemplo, Sahagún) y de criollos, más tardíos y poco numerosos (como fray Ambrosio Tello), podremos contar también algunos indígenas o mestizos que escribieron en romance (por ejemplo, Guaman Poma de Ayala). Pero las obras auténticamente indígenas, reducidas a escritura y traducidas después de la Conquista —así Tezozómoc, el *Pópol Vuh* o el *Memorial de Tecpan-Atitlán (Anales de los xáhil)*— y, con mayor razón, "la voz de los vencidos" —es decir, la imagen de los conquistadores vista por los indígenas y escrita en su propia lengua— pertenecen a otra categoría de testimonios.

Para completar la imagen que nos dan los testimonios castellanos y portugueses, ha parecido necesario acoger a algunos cronistas en lengua francesa. No puede olvidarse que los intentos de colonización franco-hugonota en el Brasil ("La France Antarctique") y en la Florida ("La Nouvelle France") dejaron sobre las culturas de algunos pueblos de aquellas tierras testimonios de primera calidad, tales como Jean de Léry y René de Laudonnière que, por otra parte, están en casa propia en una serie de autores latinoamericanos. En caso semejante se halla el italiano Vespucci, que no podía quedar ausente.

Otro es el caso de los cronistas europeos que no escribieron en romance, como Schmidl, Hans Staden y algunos jesuitas alemanes misioneros en el Río de la Plata. No son escritores que pertenezcan a la literatura latinoamericana, pero son testigos, en muchos casos insustituibles, de culturas precolombinas. Dada sobre todo la escasez de testimonios sobre la región del Plata, ha parecido indispensable la inclusión de Ulrich Schmidl, testimonio único, por otra parte, de la reacción espiritual de los conquistadores de ínfima categoría ante el mundo indígena. Con un criterio necesariamente restrictivo, no se traducirán las narraciones de sir Walter Raleigh, Lawrence Keymis y otros ingleses que exploraron la Guayana (1596), en pos de la fabulosa ciudad de El Dorado.

Algunos textos del mayor interés sólo se conocen en antiguas versiones como la italiana de Ramusio, fuente de otras francesas o inglesas. Tales son, por ejemplo, los informes de sus descubrimientos rendidos al virrey Antonio de Mendoza por el capitán Hernando de Alarcón y por el gobernador Vázquez Coronado. Para incluirlos en la *Antología* era necesario someterlos al tormento de su retraducción al castellano. Ha parecido de mejor consejo no intentarlo. Con una excepción, sin embargo: la de Pané. Aunque su obra se conoce únicamente por la traducción italiana de Alfonso de Hulla, no podía prescindirse aquí de un testimonio tan antiguo, directo y verídico; por otra parte, su estilo, llano y despojado de todo artificio literario, garantiza la exactitud de las traducciones.

Con no menor razón que a los historiadores y a los poetas, habrá que excluir todo lo que tenga aspecto de reseña de misiones científicas, por ejemplo, el viaje de La Condamine. No se trata de "época", sino de "mentalidad": algún escritor contemporáneo, y aun posterior a La Condamine, puede tener páginas de verdadero cronista.

Reunir todos los testimonios de los cronistas acerca de las culturas precolombinas exigiría muchos volúmenes como éste. A menudo ni los testimonios sobre un solo pueblo, ni los dados por un solo autor, cabrían en un volumen. Pero no se trata aquí de un *corpus*, sino de una *antología*, es decir, de una selección, con todos sus riesgos. El mayor de ellos, el criterio personal. Cada lector un poco familiarizado con los textos echará de menos algunos de su preferencia y juzgará otros como superfluos. Si la mayoría de lectores halla interesante la mayor parte de los textos recogidos, el colector se dará por satisfecho.

Naturalmente, *antología* no debe entenderse en el sentido literario. Aquí los textos de los cronistas no interesan por su forma, sino por su fondo. En la selección de los textos se ha procurado que su reunión dé una idea completa del panorama cultural americano tal como lo veían y juzgaban los cronistas.

II

¿Cómo reaccionó el hombre europeo ante culturas tan disímbolas entre ellas y tan diversas de la suya? ¿Cuál es el valor de los testimonios? En algunos casos, la imagen puede ser voluntariamente deformada, exagerada — en fin, inexacta—. No parece que tal cosa sea frecuente. En la conquista y tratando de hechos personales, cabe la fanfarronada del *miles gloriosus*, que pondera sus propios méritos en solicitud indirecta de una recompensa; pero aquí, en el descubrimiento espiritual, sólo cabe en los más humildes como Schmidl alguna exageración de lo exótico, para despertar la admiración y la envidia de lejanos y sedentarios lectores.

En general, el cronista cuenta honradamente lo que ha visto, es decir, lo que ha creído ver, que no siempre coincide con lo que realmente existe. El testigo puede ser veraz y no ser verídico su testimonio. Los más perspicaces se darían cuenta de ello; pero sólo quien a su perspicacia uniera una extrema sinceridad o un jocoso humanismo, como Pero Vaz de Caminha, será capaz de confesarlo.

Varía, según la materia, la cantidad de los testimonios; varía, sobre todo, su calidad. Por todo cuanto se refiere a realizaciones de orden material, a lo que cae bajo el puro dominio de los sentidos, los testimonios son abundantísimos y parecen fidedignos. Lo que se afirma sobre la indumentaria, el atavío, la pesca, la cacería, la alimentación, los utensilios, los aperos, etc., todo ello puede tenerse como exacto. Pero al salir de este horizonte material e inmediato, al compás que los testimonios disminuyen en número, su deformación involuntaria adquiere mayor fuerza y amplitud, en función de la ignorancia del testigo y también de sus convicciones o ideas adquiridas; en suma, de sus prejuicios.

Cuando de las realizaciones pasamos a los procedimientos o técnicas para obtenerlas, los testimonios escasean y sólo los de algún competente merecen entero crédito. No juzga de un oficio aquel que lo desconoce. Ascendiendo a un nivel más elevado raras veces los cronistas propiamente dichos aciertan a explicarnos la organización social o las normas jurídicas indígenas. Habrá que recurrir a la información de hombres de toga.

Los testimonios más sujetos a caución son aquellos que se refieren a la intimidad espiritual, a la vida religiosa de los pueblos

americanos. Los conquistadores, la mayoría de los cuales (no hay que engañarse) sólo conocían poco más que el enunciado de algunos dogmas, la formalidad litúrgica, los preceptos morales siempre infringidos y el ejercicio de algunas prácticas devotas (cuando no supersticiosas); aquellos hombres del común que conocían tan poco de su propia religión, no podían juzgar con acierto de la ajena. Únicamente los hombres de estudio, en especial algunos misioneros, están en condiciones de decir una palabra justa —pues en este orden de cosas no se trata sólo de ver sino también de interpretar—.

Interpretación viciada por dos prejuicios. La religión de los pueblos nuevamente descubiertos o era tenida como un reflejo de aquella "ley natural" anterior a toda religión positiva, imbuida por el Creador al primer hombre; o era vista como una creación del diablo para hacerse adorar con ritos y prácticas que imitaban caricaturescamente los de la religión verdadera.

Podemos dar fe en muchos casos a la detallada descripción de las grandes ceremonias y de las prácticas cotidianas que hallamos en los cronistas; pero sólo en raras ocasiones podrá aceptarse como válido su intento de explicación.

No todos los prejuicios que enturbian la visión del cronista obedecen a su formación religiosa. Los hay que son resultado de la cultura grecolatina vigente en las escuelas. Así, por ejemplo, la tendencia a asimilar el politeísmo de los pueblos americanos de mayor cultura al politeísmo clásico. Así, también, al recuerdo del mito de las amazonas se deforman y enriquecen las vagas noticias de pueblos y tribus matriarcales. El matriarcado primitivo se transforma en la república militar de mujeres guerreras y andrófobas que sólo breves días al año aceptan a los hombres en su territorio, que sólo conservan con ellas a las hijas y que se amputan el seno derecho para mejor disparar su arco. Verdaderas amazonas, pues, como aquellas de Capadora sobre las cuales reinaba Pentesilea. Los escritores más antiguos como Pané y Las Casas hablaban ya de la isla de Matinino, una de las Antillas, donde sólo habitaban mujeres; Nuño de Guzmán busca las amazonas en Cihuatlán, cerca del río San Lorenzo, en Sonora; por la región del río Bermejo, hablan de ellas, en Venezuela, al gobernador Jorge Spira; como suplicio de Tántalo en Bogotá las apro-

ximan sin alcanzarlas jamás las gentes de Gonzalo Jiménez de Quezada; a los hombres del capitán Hernando Ribera se les ocultan tras las llanuras inundadas del río Paraguay; los de Orellana, en fin, están seguros de haber peleado con amazonas y dado muerte a algunas en la Guayana brasileña, el día 24 de junio de 1542... Así, los conquistadores emprenden los más peligrosos viajes y corren las más locas aventuras con la vana obsesión de domar y abrazar, nuevos Belerofontes, a aquellas mujeres inexistentes. Inexistentes, sí; pero cuyo nombre perpetúa el río más fabuloso de las Américas y tal vez del mundo.

Prejuicio este de las amazonas nacido de un alarde de erudición. Los humanistas eran propensos a tal alarde, que hoy juzgamos fárrago inútil, pretensioso e impertinente. Gustosos nos saltamos a la lectura estas digresiones, que desearíamos ver relegadas a notas marginales. Sin embargo, merecen eterno agradecimiento Bartolomé de las Casas, Fernández de Oviedo y todos aquellos cronistas e historiadores que se esfuerzan en señalar y aun forzar la similitud, cuando no la identidad, de usos y costumbres de los pueblos americanos con los de pueblos del viejo continente reseñados en la geografía y las historias clásicas. Ellos aportaron así, esgrimiendo la autoridad de Plinio, un eficaz apoyo, decisivo en aquella hora renacentista, a la idea de la unidad intercontinental del hombre, que los teólogos amparaban en textos bíblicos. Unos y otros, teólogos y humanistas, cerraron el paso a la teoría que, proclamando la no pertenencia de los indios al género humano, quería justificar el derecho a esclavizarlos.

Medio centenar de autores contribuyen a esta *Antología*. Medio centenar de hombres, todos ellos diferentes. Diferentes en nivel de cultura, en carácter, en moralidad, en inteligencia, en categoría social. Navegantes y teólogos, juristas y militares, gobernantes y aventureros, santos varones y... todo lo contrario. Cada uno con sus ideas, con sus gustos, con sus intereses. Unos obsesionados por el oro, otros por la comida, otros por las mujeres; quiénes por salvar las almas, quiénes por gozar los cuerpos. Éstos persiguen su provecho inmediato, aquéllos trabajan por la gloria de Dios, los de más allá se esfuerzan en cimentar su propia gloria. Vasta galería espiritual donde se reflejará diversamente, contradictoriamente, la cultura de los pueblos america-

nos, como figura que se refleja simultáneamente en espejos cóncavos, convexos, esféricos, parabólicos. Imagen deformada. No menos importante por ello, pues a través de tales deformaciones fue conocido y tratado el hombre de América por el que llegaba de occidente, a través de los mares.

L. Nicolau d'Olwer

ANTOLOGÍA

ADVERTENCIA

La extensión territorial cubierta por esta *Antología* no se encierra en las fronteras establecidas por los tratados entre el mundo latinoamericano y el angloamericano. Hacerlo, sería mutilar arbitrariamente el testimonio de los cronistas acerca de las culturas precolombinas, puesto que parte de ellos hablan de territorios segregados al mundo latinoamericano desde 1848, desde 1819 y aun desde más antiguo. Objetivamente, no puede haber otro límite geográfico que el señalado por los propios textos. La gran mayoría de éstos (78%) se fecha entre 1492 y 1599. Con algunos pueblos el primer contacto fue más tardío, lo que obliga a aducir algún testimonio del siglo XVII (17%), y hasta del XVIII (5 por ciento).

Precede a los textos de cada autor una nota biográfica, especialmente destinada a señalar la fecha de su obra, los móviles que la impulsaron y el crédito que merece. Una bibliografía sumaria de ediciones y traducciones impresas facilitará la búsqueda de los textos completos. Se trata de una bibliografía limitada a obras incluidas en la *Antología*. Así, de Bartolomé de las Casas se tomarán en cuenta la *Apologética historia* y la *Historia general de las Indias*, pero no la multitud de sus tratados doctrinales y polémicos; de Bernardino de Sahagún, únicamente la *Historia general de las cosas de Nueva España*, prescindiendo de los *Memoriales* preparatorios y de las otras obras que salieron de su pluma.

En cuanto a los textos, escogimos con preferencia capítulos enteros; si son largos por tratar de diversas materias, se subdividen en razón de su contenido. Pero a menudo las noticias interesantes para nuestro objeto no aparecen aisladas en los cronistas, sino en mezcla con datos de otro orden: geográfico, de historia política o de historia natural. Tanto como ha sido posible, las hemos beneficiado separándolas de su ganga. Nos permitimos una sola excepción más que excusable, necesaria.

Tenía que empezar esta *Antología* con el texto que registra el surgir del Nuevo Mundo, que pronto se llamaría América, ante los ojos atónitos de los navegantes europeos. El *Diario* de Colón, en la semana genésica del 11 al 17 de octubre de 1492, se contiene en breves páginas que no podíamos mutilar, entresacándoles únicamente el "descubrimiento espiritual" de aquella nueva humanidad.

Tomar como base para el acoplamiento de los textos la realidad de las actuales repúblicas americanas carecería de razón científica, porque las antiguas divisiones étnicas o culturales no corresponden ni a las administrativas de la época colonial, ni a las políticas de la Independencia. Igualmente inaceptable es el orden alfabético, que sería la sistematización del desorden, en un revoltijo de épocas, países y culturas.

El orden cronológico, aunque más defendible, representa un salto constante sobre el mapa y el súbito paso de unas culturas a otras muy diferentes. El orden geográfico —de Norte a Sur, por ejemplo— nos llevaría al absurdo de que los textos más recientes serían los primeros en la *Antología.*

Un acoplamiento por niveles culturales reuniría en un mismo grupo los pueblos más distantes unos de otros.

Conviene adoptar un sistema ecléctico. Se acoplarán los materiales cronológicamente, dentro de un orden geográfico cultural, dejando para lo último los grupos marginales del extremo Sur y del extremo Norte. En esta forma:

I. Las avanzadas del Nuevo Mundo.
II. Los pueblos del Nordeste.
III. Grandes culturas de Mesoamérica y sus anexas.
IV. Tierra firme, de mar a mar.
V. El imperio Incaico.
VI. El laberinto fluvial.
VII. Chile y el extremo Sur.
VIII. El Norte lejano.

Este ordenamiento geográfico-cultural, por otra parte, coincide hasta cierto punto con la sucesión cronológica de los descubrimientos y de los contactos con las culturas antiguas. El título

de nuestra *Antología*, al referirse a las culturas "precolombinas", parece como que obliga a comenzar por el propio Colón.

Esta *Antología* en modo alguno pretende ahorrar el manejo directo de las fuentes; antes al contrario, encender o avivar en el lector el deseo de conocerlas en su extensa y rica variedad. Si lo consigue, merecerán perdón todos sus defectos, que nadie tanto como su propio colector conoce.

PRIMERA PARTE
LAS AVANZADAS DEL NUEVO MUNDO

Las islas que surgían ante las proas colombinas sorprendieron al hombre occidental con algo muy diferente de lo que esperaba: gentes desnudas cobijadas en humildes chozas, en vez de aquella civilización exótica y fascinante descrita por los europeos que viajaron hasta el extremo oriente sin salirse de su viejo mundo. Para que la sorpresa no se agriara en decepción, el recién llegado, cual si reviviera en un sueño reconfortante los orígenes bíblicos de la humanidad, encarnó en los cobrizos isleños la imagen paradisíaca del hombre naturalmente bueno, no pervertido, susceptible de toda perfección. Y aunque la imagen suscitada por los arahuacos, con quien se tuvo el primer contacto en las Lucayas y las Antillas mayores, fue pronto desmentida por sus congéneres de las islas de Sotavento, los feroces caribes, el mito del "buen salvaje", tan caro a los filósofos del siglo XVIII, había ya nacido.

Todos aquellos pueblos vivían en el neolítico, con prácticas rudimentarias de agricultura, cría de algunos animales menores y formas muy elementales de cestería y de cerámica. Parecen ser los creadores del juego de pelota, *batey*. En sus canoas emprendían largos viajes. Su religión era naturalista, con prácticas de magia. Su régimen, señorial con rastros matriarcales. Poseían una literatura miticohistórica.

Hacia el Norte se prolongan por el extremo meridional de la península de Florida; en la zona del Caribe son visibles sus conexiones con lo mexicano. Razas de poca resistencia física, rápidamente se extinguieron al choque de la Conquista, levantando la airada protesta de Las Casas.

Fray Ramón Pané es quien mejor penetra la vida espiritual de aquellos pueblos; Fernández de Oviedo quien da el mayor acopio de sus noticias.

CRISTÓBAL COLÓN

(Génova, 1451 – Valladolid, 1506)

Entre los personajes más discutidos de la historia ocupa lugar señalado, en justa proporción con su grandeza, Cristóbal Colón. Todo le ha sido regateado y aun negado, excepto un solo timbre de gloria: que dio a los pueblos de Europa la primera imagen escrita del Nuevo Mundo, de sus hombres y de sus costumbres.

"Nada en la vida de Colón es incuestionable: la interrogación acompaña siempre a los momentos más dramáticos del héroe" (Ballesteros). Cuantas cosas se han bordado en torno a su familia quizá puedan descartarse, aunque sean ya antiguas. Lo que él mismo nos dice, mientras no haya prueba en contrario, es no sólo prudente sino justo creerlo. Así pues, dando fe a sus palabras, aceptaremos que nació en Génova, la gran ciudad ligur, en 1451.

Una de las mayores desdichas, entre tantas como sufrió Colón, es la falta de sentido crítico de sus admiradores más ardientes, que parecen obstinados en destruir su prestigio. Llamándolo poeta, lo presentan como un alucinado, como el poseso de una idea fija, que sale de la bodega de un lanero para atravesar como sonámbulo los anchos desiertos de un mar desconocido. No fue, la suya, obra de poesía ni empresa de locura, sino de ciencia náutica y de arrojo personal.

Cualquiera que sea la profesión ejercida por sus familiares, Colón (a quien los contemporáneos llaman también Colombo, Colom, Colomo) era un marino de vocación y de ejercicio. No era hombre de tierra, sino de mar. Pertenecía a la vasta familia mediterránea, extraordinaria mezcla de comerciantes, corsarios, piratas y aun cruzados, cuya verdadera patria era el *mare nostrum* más que la ciudad costera donde por mero accidente vieron la primera luz. Gente que servía a cualquier señor —que es no servir a ninguno, sirviéndose de todos —.

Colón navegó desde adolescente, acaso desde su infancia, según costumbre de la gente marinera. Cuando a sus 25 años naufragó tras ruda batalla en las costas portuguesas (1475), había ya combatido en las escuadras de Renato de Anjou, conde de Barcelona, por la revolución catalana contra Juan II, y apresado por su orden en Túnez la galera *Fernandina;* había navegado por el oriente mediterráneo, por lo

menos hasta Quios, "la isla del mastique", y tal vez realizado ya algún viaje por las costas atlánticas de África.

Después de aquel naufragio, salvándose a nado, va a Lisboa, es bien acogido por los genoveses y se casa con la hija de uno de ellos, Felipa Móniz de Perestrello. Poco después, con ella se traslada a la pequeña isla de Porto Santo, cercana a Terceira. Su cuñado Bartolomé Perestrello era el capitán y su suegro tenía allí propiedades.

La pequeña isla es como un barco. Cielo y mar su único horizonte. Pero no el patrio y familiar Mediterráneo, conocido por el navegante, cartógrafo, en todo el laberinto de sus islas y en la secreta intimidad de sus puertos, calas y caletas; mar poblado de sirenas y delfines y de una mitología creada por el hombre a escala humana. Canarias, Madeira, las Azores, Cabo Verde, avanzadas hacia lo incógnito, habían ido surgiendo del misterio, acercando las costas occidentales de Europa a las costas orientales del Asia. ¿Cómo no?, si los filósofos enseñaban la esfericidad de la tierra y la demostraba el arco de navegación desde las costas árticas de Europa hasta más allá de la ecuatorial Guinea.

Desde el arribo de Cristóbal Colón a Porto Santo (1477) hasta que en 1484 somete sus planes ya maduros al nuevo rey Juan II de Portugal, se extienden siete años de observación, de estudio y de meditación decisivos en la vida del navegante. Meditación excitada por nuevos horizontes marítimos, por otras latitudes y por tierras para él desconocidas.

Deja a doña Felipa embarazada de Diego y parte para las Islas Británicas. Visita Londres y Bristol en Inglaterra y Galwey en Irlanda. Navega, él lo dice, a Islandia, isla con la cual comerciaban los de Bristol y avanza 100 leguas más allá, hacia el oeste —tal vez en la expedición que, organizada por Cristián I de Dinamarca y Alfonso V de Portugal, llegó a las costas orientales de Groenlandia—. Regresa a Portugal, a Porto Santo, donde conoce a su primogénito, y a Madeira. Navega también en las exploraciones de las costas africanas hasta la Guinea.

¿Hubo algo más que no refiere Colón, en aquel su gran viaje nórdico? Lo cierto es que desde su regreso no ceja en el empeño de marchar hacia la India por la ruta de occidente. Desahuciado por el rey de Portugal, que tenía puesta su fe y sus intereses en la ruta de oriente, Colón pasa a Castilla. En 1485 el franciscano fray Alonso de Marchena lo presenta al duque de Medinaceli, que un año después, a instigación de los reyes Fernando e Isabel, cesa en la idea de organizar y realizar la empresa planeada por Colón. (Primer indicio de que los reyes

creían en ella, y no toleraban que el provecho, caso de haberlo, fuera para otro.) Colón, ya directamente, ya por medio de su hermano Doménico, se dirige a los reyes de Inglaterra y de Francia, a las Señorías de Génova y de Venecia. Avances infructuosos o ya tardíos.

Felipa Móniz había quedado bajo la tierra portuguesa, y Colón al llegar a Andalucía —lobo de mar, en el séptimo lustro de su vida— despertó el amor de la joven cordobesa Beatriz Henríquez de Harana, sostén y consuelo de sus horas angustiosas y madre de Hernando, futuro vindicador de la discutida gloria paterna.

Tal vez el rey obra astutamente —según conviene al juicio que de él formula *El Príncipe* de Maquiavelo—. Si las juntas de teólogos negando, a los cinco años de debates, la posibilidad del viaje ultramarino, servían para rebajar los humos del navegante, otros pareceres, afirmativos éstos, inclinarían el ánimo real a probar fortuna, con el menor riesgo económico posible. En todo caso, era necesario terminar antes la guerra de Granada.

Así se explicaría —si no recurrimos a la "confesión" ante fray Juan Pérez y la subsiguiente carta a la reina— esta patente contradicción: en 1491 son rechazadas las propuestas de Colón, y el 27 de abril del año siguiente se firman en Santa Fe las Capitulaciones, cuyo texto se conserva en Barcelona (Archivo de la Corona de Aragón). Los reyes otorgan, por fin, al navegante los grandes títulos, cargos y provechos que él pedía, "en alguna satisfacción de *lo que ha descubierto en las mares océanas* y del viaje que agora, con la ayuda de Dios, ha de hacer por ellas en servicio de vuestras altezas". El Almirante, que ya no apeará jamás este título, abre su Diario de navegación el viernes 3 de agosto de 1492. Y a través del Diario, pese a aquellas enigmáticas palabras, todo —el mar, las islas, los hombres— cuanto surge ante la proa de sus carabelas, todo le parece nuevo.

Fray Bartolomé de las Casas, uno de los más ardientes colombistas, conservó el Diario de aquel primer viaje del Almirante. Parafraseado o resumido a veces, pero en su texto literal muchas partes, como son (por fortuna) las que transmiten el acta de nacimiento, para el mundo occidental, de los hombres y las cosas del Nuevo Mundo.

Desconoce Colón el artificio y hasta el oficio literario, su lenguaje es limitado y tosco; pero tiene un espíritu sensible a los encantos de la naturaleza y sabe captar el valor poético de aquella hora genésica que le tocó vivir. "La mar llana como un río y los aires mejores del mundo... El cantar de los pajaritos es tal, que parece que el hombre nunca se querría partir de aquí, y las manadas de los papagayos oscurecen el sol." Los árboles "dejan de ser verdes y se tornan negros de

tanta verdura... No hay mejor gente ni mejor tierra: ellos aman a sus prójimos como a sí mismos y tienen su habla la más dulce del mundo, y mansa, y siempre con risa". Han pasado cuatro siglos y medio de experiencia y desengaños, y todavía, a pesar de que las Islas son una pequeñísima porción del continente extendido de polo a polo, a pesar de que en ellas nada o casi nada subsiste de lo que vio Colón, todavía para el europeo la verdadera América son las islas tropicales en su imagen colombina.

Narran el primer viaje, a más del Diario, tres cartas de 1493 que fueron, especialmente la dirigida a Santángel, comanditario de la expedición, como trompeta pregonera de la Fama. Los Diarios de los otros viajes, aprovechados por Las Casas y por Hernando Colón, se perdieron. Del tercer viaje, en que el Almirante llegó a Tierra Firme, isla de Trinidad y bocas del Orinoco, y del cuarto viaje, en que abordó la región central del continente y Veragua, hablan sendas cartas a los reyes, de fecha 1498 y 1502. Si el Almirante sintió frustrada, tal vez, su empresa, al no alcanzar la tierra del Gran Can, sus ciudades populosas, sus grandes puertos comerciales, sus riquezas de oro, de gemas y de especias, que Marco Polo halló dos siglos antes por la vía terrestre de oriente, hubo de valorar las nuevas tierras por él sacadas del misterio: su feracidad, su oro y sus almas por cristianar. En las cartas del Almirante es difícil, a veces, distinguir el íntimo entusiasmo y la indispensable propaganda.

Recelo, envidia y odio se acumulaban sobre el descubridor. Precisamente porque triunfó, se proclamaba su fracaso. Por su recalada forzosa en Lisboa al regreso del descubrimiento, lo acusan de maquinar la venta de las islas al rey de Portugal; vuelve del tercer viaje como un facineroso, esposado y con grilletes; desde su asiento definitivamente en España (1502) hasta que fallece el 20 de mayo de 1506, el Almirante pasa sus últimos años pleiteando el cumplimiento de las Capitulaciones de Santa Fe. Él había exigido mucho, así en títulos como en derechos vitalicios y hereditarios; los reyes se lo concedieron todo, mientras todo eran palabras al viento; pero cuando aquellas prerrogativas se llenaron de un contenido, capaz de hacer al Almirante y a sus sucesores más ricos y poderosos que el monarca, la razón de Estado prevaleció por encima de lo pactado y aun de la justicia misma.

BIBLIOGRAFÍA

Diario del primer viaje (1492-1493). Cartas.

La primera carta de Colón que da cuenta de su descubrimiento, divulgada desde el mismo año de su fecha (febrero-marzo 1493) por la edición de Barcelona (Posa) y la traducción latina de Roma (Plankk), fue reproducida en otros diversos incunables de París, Bonn, Amberes, Basilea, Estrasburgo, Valladolid, etc. Son rarísimas joyas bibliográficas, que sería inútil detallar aquí:

Ediciones (según el manuscrito autógrafo de Las Casas)

1825	Madrid	*Relaciones, cartas y otros documentos concernientes a los cuatro viajes que hizo el almirante don... para el descubrimiento de las Indias Occidentales.* Los publica Martín Fernández de Navarrete en el vol. I de su *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles.* (Esta obra fue reeditada en 1945, Buenos Aires, por la Editorial Guarania.)
1867	La Habana	*Códice Diplomático-Americano de Cristóbal Colón.*
1882	Veracruz	*Cartas que escribió sobre el descubrimiento de América y testamento que hizo a su muerte.*
1892	Roma	*Scritti di Cristoforo Colombo,* publicati ed illustrati de Cesare de Lollis. En el vol. I de la *Raccolta di documenti e studi... pel quarto centenario della scoperta dell'America.* (Con una nueva lectura del manuscrito, corrige errores de Navarrete.)
1902	Madrid	*Nuevos autógrafos de Cristóbal Colón y Relaciones de Ultramar.* Publícalos la duquesa de Berwick y de Alba, Condesa de Siruela. Ofrece otro texto, algo diferente, del *Diario.*
1914	Madrid	*Relaciones y cartas de Cristóbal Colón.* "Biblioteca Clásica", vol. CLXIV.
1922	Madrid	*Diario de su primer viaje.* Notas de Navarrete y de Dantín Cereceda. "Viajes clásicos", Espasa-Calpe.
1936	Buenos Aires	*Los cuatro viajes del Almirante y su testamento.* Prólogo de Ignacio Anzoátegui. "Colección Austral", vol. 633, Espasa-Calpe.

1943	México	Le Riverend, vol. I, *Cartas;* vol. II, *Diario.*
1946	Madrid	*El Primer viaje de Cristóbal Colón,* edición anotada por Julio Guillén. Instituto Histórico de la Marina.
1952	San José Costa Rica	*Colección de documentos para la historia de Costa Rica relativos al cuarto y último viaje de Cristóbal Colón.* Prólogo de Jorge A. Lines. Academia de Geografía e Historia de Costa Rica.
1956	Madrid	*La carta de Colón anunciando el descubrimiento del Nuevo Mundo...* Notas preliminares de C. Sanz.

Traducciones

Inglesas

1827	Boston	*Personal narrative of the First Voyage of Columbus in America, manuscript recently discovered in Spain.* La traducción, que aparece anónima, es de Samuel Kettell.
1847	Londres	*Select Letters of Columbus, with other original documents.* Translated and edited by R. H. Major. Printed for the Hakluyt Society.
1893	Londres	*The Journal of Christophe Columbus (during his First Voyage, 1492-1493) and Documents relating to the Voyages of John Cabot and Gaspar Corte Real.* Translated with notes and an introduction by Clements R. Markham. Works issued by the Hakluyt Society, n. LXXXVI.

1903		*Christoper Columbus, his life, his work, his remains,* by John Boyd Thacher. 3 vols., la traducción de los textos en el 1.
1930	Londres	*The voyages of Christopher Columbo.* Traducción y prefacio de Cecil Jane.
Francesas		
1828	París	*Relation des Quatre Voyages entrepris par Christophe Colomb pour la découverte du Nouveau Monde...* publiés... par Don M. F. de Navarrete. Traduit de L'espagnol par MM. F. T. A. Chalumeau du Verneuil et De la Roquette. (3 vols.)
1943	París	*Journal de Bord de Christophe Colomb (1492-1493),* publié par Rinaldo Caddeo, traduit per E. Petit.
Italiana		
1941	Milán	*Cristoforo Colombo, Relazioni di viaggio e Lettere (1492-1500),* tradotte da Rinaldo Caddeo. Publica y traduce el texto dado por Cesare de Lollis.
Rusa		
1950	Moscú	*Putesetvia Christofora Columba.* Bajo este título general de "Viajes" se publican Diario, Cartas y Documentos (los de Navarrete), traducidos por Ja. M. Svet, con una introducción de I. Magdovitch.

[EL DESCUBRIMIENTO]

Indicios prometedores

Jueves 11 de Octubre. Navegó al Oestesudeste, tuvieron mucha mar más que en todo el viaje habían tenido. Vieron pardelas y un junco verde junto a la nao. Vieron los de la carabela *Pinta* una caña y un palo, y tomaron otro palillo, labrado a lo que parecía con hierro, y un pedazo de caña y otra yerba que nace en tierra, y una tablilla. Los de la carabela *Niña* también vieron otras señales de tierra y un palillo cargado descaramojos.[1] Con estas señales respiraron y alegráronse todos. Anduvieron en este día hasta puesto el sol veinte y siete leguas.

Después del sol puesto, navegó a su primer camino al Oeste; andarían doce millas cada hora, y hasta dos horas después de media noche andarían noventa millas, que son veintidós leguas y media. Y porque la carabela *Pinta* era más velera e iba delante del Almirante, halló tierra y hizo las señas quel Almirante había mandado. Esta tierra vido primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana; puesto que el Almirante a las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vido lumbre, aunque fue cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra; pero llamó a Pero Gutiérrez, respostero destrados del Rey e díjole que parecía lumbre, que mirase él, y así lo hizo y vídola: díjole también a Rodrigo Sánchez de Segovia, quel Rey y la Reina enviaban en el armada por veedor, el cual no vido nada porque no estaba en lugar do la pudiese ver. Después quel Almirante lo dijo, se vido una vez o dos, y era como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba, lo cual a pocos pareciera ser indicio de tierra. Pero el Almirante tuvo por cierto estar junto a la tierra. Por lo cual cuando dijeron la *Salve*, que la acostumbran decir e cantar a su manera todos los marineros, y se hallan todos, rogó y amonestóles el Almirante que hiciesen buena guarda al castillo de proa, y mirasen bien por la tierra, y que al que le dijese primero que vía tierra le daría luego un jubón de seda, sin otras mercedes que los Reyes habían

prometido, que eran diez mil maravedís de juro a quien primero la viese.

¡Tierra!

Viernes 12 de Octubre. A las dos horas después de media noche pareció la tierra, de la cual estarían dos leguas. Amañaron[1] todas las velas, y quedaron con el treo,[2] que es la vela grande y sin bonetas, y pusiéronse a la corda,[3] temporizando hasta el día Viernes que llegaron a una isleta de los Lucayos, que se llamaba en lengua de indios *Guanahaní.*[4] Luego vieron gente desnuda, y el Almirante salió a tierra en la barca armada, y Martín Alonso Pinzón y Vicente Anés,[5] su hermano, que era capitán de la *Niña.* Sacó el Almirante la bandera real, y los capitanes con dos banderas de la Cruz Verde, que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña con una F y una Y: encima de cada letra su corona, una de un cabo de la cruz y otra de otro. Puestos en tierra vieron árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras. El Almirante llamó a los dos capitanes y a los demás que saltaron en tierra, y a Rodrigo Descovedo, Escribano de toda la armada y a Rodrigo Sánchez de Segovia, y dijo que le diesen por fe y testimonio cómo él, por ante todos, tomaba, como de hecho tomó, posesión de la dicha isla por el Rey y por la Reina sus señores, haciendo las protestaciones que se requerían, como más largo se contiene en los testimonios que allí se hicieron por escrito.

La isla y la gente de Guanahaní

Luego se ayuntó allí mucha gente de la isla. Esto que se sigue son palabras formales del Almirante, en su libro de su primera navegación y descubrimiento de estas Indias: "Yo [dice él] por que no tuviesen mucha amistad, porque conoscí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra Santa Fe con amor que no por fuerza, les di a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo, y otras cosas muchas de poco valor con que hubieron mucho placer y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después

venían a las barcas de los navíos adonde nos estábamos, nadando, y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas, y otras cosas muchas y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían, de buena voluntad. Mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide más de una, farto moza, y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de más de treinta años: muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos, y muy buenas caras; los cabellos gruesos cuasi como sedas de cola de caballos, e cortos: los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detrás, que traen largos, que jamás cortan: dellos se pintan de prieto, y ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y dellos se pintan de blanco, y dellos de colorado, y dellos de lo que fallan, y dellos se pintan las caras, y dellos todo el cuerpo, y dellos solos los ojos, y dellos sólo el nariz. Ellos no traen armas ni las conocen, porque les mostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia. No tienen algún fierro; sus azagayas son unas varas sin fierro, y algunas de ellas tienen al cabo un diente de pece, y otras de otras cosas. Ellos todos a una mano son de buena estatura de grandeza, y buenos gestos, bien hechos: yo vide algunos que tenían señales de heridas en sus cuerpos, y les hice señas qué era aquello, y ellos me mostraron como allí venían gente de otras islas que estaban cerca y les querían tomar, y se defendían; y yo creí, y creo, que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por cautivos. Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les decía, y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo, placiendo a nuestro Señor, levaré de aquí al tiempo de mi partida seis a V. A. para que deprendan hablar. Ninguna bestia, de ninguna manera, vide, salvo papagayos en esta isla." Todas son palabras del Almirante.

Sábado 13 de Octubre. "Luego que amaneció vinieron a la playa muchos destos hombres, todos mancebos, como dicho tengo, y todos de buena estatura, gente muy hermosa: los cabellos no crespos, salvo corredios y gruesos, como sedas de caballo, y to-

dos de la frente y cabeza muy ancha más que otra generación que hasta aquí haya visto, y los ojos muy hermosos y no pequeños, y ellos ninguno prieto, salvo de la color de los canarios, ni se debe esperar otra cosa, pues está Lesteouste con la isla de Hierro en Canaria so una línea. Las piernas muy derechas, todos a una mano, y no barriga, salvo muy bien hecha.

Ellos vinieron a la nao con almadías, que son hechas del pie de un árbol, como un barco luengo, y todo de un pedazo, y labrado muy a maravilla según la tierra, y grandes en que en algunas venían cuarenta o cuarenta y cinco hombres, y otras más pequeñas, hasta haber dellas en que venía un solo hombre. Remaban con una pala como de fornero, y anda a maravilla; y si se les trastorna luego se echan todos a nadar, y la enderezan, y vacían con calabazas que traen ellos. Traían ovillos de algodón hilado y papagayos, y azagayas, y otras cositas que sería tedio de escribir, y todo daban por cualquiera cosa que se los diese.

Y yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro, y vide que algunos dellos traían un pedazuelo colgando en un agujero que tenían a la nariz, y por señas pude entender que yendo al Sur o volviendo la isla por el Sur, que estaba allí un Rey que tenía grandes vasos dello, y tenía muy mucho. Trabajé que fuesen allá y después vide que no entendían en la idea. Determiné de aguardar hasta mañana en la tarde y después partir para Sudoeste, que según muchos dellos me enseñaron decían que había tierra al Sur y al Sudoeste y al Noroeste, y questas del Noroeste les venían a combatir muchas veces y así ir al Sudoeste a buscar el oro y piedras preciosas. Esta isla es bien grande y muy llana y de árboles muy verdes, y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, ques placer de mirarla; y esta gente harto mansa, y por la gana de haber de nuestras cosas, y teniendo que no se les ha de dar sin que den algo y no lo tienen, toman lo que pueden y se echan luego a nadar; mas todo lo que tienen lo dan por cualquier cosa que les den; que hasta los pedazos de las escudillas y de las tazas de vidrio rotas rescataban, hasta que vi dar diez y seis ovillos de algodón por tres ceotís[1] de Portugal, que es una blanca de Castilla, y en ellos habría más de una arroba de algodón hilado. Esto defendiera y no dejara tomar a nadie, salvo que yo lo mandara tomar

todo para V. A. si hubiera en cantidad. Aquí nace en esta isla, mas por el poco tiempo no pude dar así del todo fe, y también aquí nace el oro que traen colgado a la nariz; mas por no perder el tiempo quiero ir a ver si puedo topar a la isla de Cipango. Agora como fue de noche todos se fueron a tierra con sus almadías."

Domingo 14 de Octubre. "En amaneciendo mandé aderezar el batel de la nao y las barcas de las carabelas, y fue al luengo de la isla, en el camino del Nornordeste, para ver la otra parte, que era la de la otra parte del Este que había y también para ver las poblaciones, y vide luego dos o tres y la gente, que venían todos a la playa llamándonos y dando gracias a Dios; los unos nos traían agua, otros otras cosas de comer; otros, cuando veían que ya no curaba de ir a tierra, se echaban a la mar nadando y venían, y entendíamos que nos preguntaban si éramos venidos del cielo; y vino uno viejo en el batel dentro, y otros a voces grandes llamaban todos hombres y mujeres: 'Venid a ver los hombres que vinieron del cielo: traedles de comer y beber'. Vinieron muchos y muchas mujeres, cada uno con algo, dando gracias a Dios, echándose al suelo, y levantaban las manos al cielo, y después a voces nos llamaban que fuésemos a tierra: mas yo temía de ver una grande restinga de piedras que cerca toda aquella isla al rededor, y entre medias queda hondo y puerto para cuantos naos hay en toda la cristiandad y la entrada dello muy angosta.

Es verdad que dentro desta cinta hay algunas bajas, mas la mar no se mueve más que dentro de un pozo. Y para ver todo esto me moví esta mañana, porque supiese dar de todo relación a vuestras Altezas, y también a donde pudiera hacer fortaleza, y vide un pedazo de tierra que se hace como una isla, aunque no lo es, en que había seis casas, el cual se pudiera atajar en dos días por isla; aunque yo no veo ser necesario, porque esta gente es muy simple en armas, como verán Vuestras Altezas de siete que yo hice tomar para le llevar y deprender nuestra fábula y volverlos salvo que Vuestras Altezas cuando mandaren puédenlos todos llevar a Castilla, o tenerlos en la misma isla captivos, porque con cincuenta hombres los terná todos sojuzgados, y les hará hacer todo lo que quisiera; y después junto con la dicha isleta están huertas de árboles las más hermosas que yo vi, y tan

verdes y con sus hojas como las de Castilla en el mes de abril y mayo, y mucha agua.

Islas innumerables

Yo miré todo aquel puerto, y después me volví a la nao y di la vela, y vide tantas islas que yo no sabía determinarme a cuál iría primero, y aquellos hombres que yo tenía tomado me decían por señas que eran tantas y tantas que no había número, y nombraron por su nombre más de ciento. Por ende, yo miré por la más grande, y aquella determiné andar, y así hago y será lejos desta de *San Salvador*, cinco leguas y las otras dellas más, dellas menos: todas son muy llanas, sin montañas y muy fértiles, y todas pobladas, y se hacen guerra la una a la otra, aunque éstos son muy simples y muy lindos cuerpos de hombres."

Lunes 15 de Octubre. "Había temporejado esta noche con temor de no llegar a tierra a sorgir antes de la mañana por no saber si la costa era limpia de bajas, y en amaneciendo cargar velas. Y como la isla fuese más lejos de cinco leguas, antes será siete, y la marea me detuvo, sería medio día cuando llegué a la dicha isla y fallé que aquella haz, que de la parte de la isla de *San Salvador*, se corre Norte Sur, y hay en ella cinco leguas, y la otra que yo seguí se corría Este Oeste, y hay en ella más de diez leguas. Y como desta isla vide otra mayor al Oeste, cargué las velas por andar todo aquel día hasta la noche, porque aun no pudiera haber andado al cabo de Oste, a la cual puse nombre la *isla de Santa María de la Concepción*,[1] y cuasi al poner del sol sorgí acerca del dicho cabo por saber si había allí oro, porque éstos que yo había hecho tomar en la isla de San Salvador me decían que ahí traían manillas de oro muy grandes a las piernas y a los brazos. Yo bien creí que todo lo que decían era burla para se huir. Con todo, mi voluntad era de no pasar por ninguna isla de que no tomase posesión, puesto que tomado de una se puede decir de todas; y sorgí e estuve hasta hoy Martes, que en amaneciendo fui a tierra con las barcas armadas, y salí, y ellos que eran muchos así desnudos, y de la misma condición de la otra isla de San Salvador, nos dejaron ir por la isla y nos daban lo que les pedía. Y porque el viento cargaba a la traviesa Sueste no me

quise detener y partí para la nao, y una almadía grande estaba a bordo de la carabela *Niña*, y uno de los hombres de la isla de San Salvador, que en ella era, se echó a la mar y se fue en ella, y la noche de antes a medio echado el otro,[2] y fue atrás la almadía, la cual huyó que jamás fue barca que le pudiese alcanzar, puesto que le teníamos grande avante. Con todo dio en tierra, y dejaron la almadía, y alguno de los de mi compañía salieron en tierra tras ellos, y todos huyeron como gallinas, y la almadía que habían dejado la llevamos a bordo de la carabela *Niña*, adonde ya de otro cabo venía otra almadía pequeña con un hombre que venía a rescatar un ovillo de algodón, y se echaron algunos marineros a la mar, porque él no quería entrar en la carabela, y le tomaron; y yo, que estaba a la popa de la nao, que vide todo, envié por él y le di un bonete colorado y unas cuentas de vidrio verdes pequeñas que le puse al brazo y dos cascabeles que le puse a las orejas, y le mandé volver a su almadía, que también tenía en la barca, y le envié atierra; y di luego la vela para ir a la otra isla grande que yo vía al Oeste, y mandé largar también la otra almadía que traía la carabela *Niña* por la popa, y vide después en tierra al tiempo de la llegada del otro a quien yo había dado las cosas susodichas, y no le había querido tomar el ovillo de algodón, puesto quél me lo quería dar; y todos los otros se llegaron a él, y tenía a gran maravilla y bien le pareció que éramos buena gente, y que el otro que se había huido nos había hecho algún daño, y que por esto lo llevábamos, y a esta razón usé esto con él de le mandar alargar, y le di las dichas cosas porque nos tuviesen en esta estima, porque otra vez, cuando vuestras altezas aquí tornen a enviar, no hagan mala compañía; y todo lo que yo le di no valía cuatro maravedís. Y así partí, que serían las diez horas, con el viento Sueste, y tocaba de Sur para pasar a estotra isla, la cual es grandísima, y adonde todos estos hombres que yo traigo de la de San Salvador hacen señas que hay muy mucho oro, y que lo traen en los brazos en manillas, y a las piernas, y a las orejas, y al nariz, y al pescuezo. y había de esta isla de Santa María a esta otra nueve leguas Este Oeste, y se corre toda esta parte de la isla Noreste Sueste, y se parece que bien habría en esta costa más de veintiocho leguas, en esta faz, y es muy llana sin montaña ninguna, así como aquellas de San Salvador y de Santa María, y todas playas sin roquedos, salvo que a todas hay

algunas peñas acerca de tierra debajo del agua, por donde es menester abrir el ojo cuando se quiere surgir y no surgir mucho acerca de tierra, aunque las aguas son siempre muy claras y se ve el fondo. Y desviado de tierra dos tiros de lombarda, hay en todas estas islas tanto fondo que no se puede llegar a él. Son estas islas muy verdes y fértiles, y de aires muy dulces, y puede haber muchas cosas que yo no sé, porque no me quiero detener por calar y andar muchas islas para hallar oro. Y pues éstas dan así estas señas que lo traen a los brazos y a las piernas, y es oro porque les mostré algunos pedazos del que yo tengo, no puedo errar con la ayuda de Nuestro Señor, que yo no lo halle adonde nace.

FIGURA 1. Portada del libro de Cristóbal Colón, *La letrera dellisole che ha trovato il Re dispagna*, Florencia, 1493. (Fuente: Santiago Sebastián, *Iconografía del indio americano, siglos XVI-XVII*, prólogo de Dietrich Briesemeister, Madrid, Ediciones Tuero, 1992, p. 28.)

Navegante de altura, solitario

Y estando a medio golfo destas dos islas, es de saber de aquella de Santa María y de esta grande, a la cual pongo nombre la *Fernandina*,[1] hallé un hombre solo en una almadía que se pasaba de la isla de Santa María a la Fernandina, y traía un poco de su pan, que sería tanto como el puño, y una calabaza de agua, y un pedazo de tierra bermeja hecha en polvo y después amasada, y unas hojas secas que debe ser cosa muy apreciada entre ellos, porque ya me trajeron en San Salvador dellas en presente, y traía un cestillo a su guisa en que tenía un ramalejo de cuentecillas de vidrio y dos blancas, por las cuales conocí quél venía de la isla de San Salvador, y había pasado a aquella de Santa María, y se pasaba a la Fernandina, el cual se llegó a la nao; yo le hice entrar, que así lo demandaba él, y le hice poner su almadía en la nao, y guardar todo lo que él traía; y le mandé dar de comer pan y miel, y de beber; y así le pasaré a la Fernandina, y le daré todo lo suyo, porque dé buenas nuevas de nos para, a Nuestro Señor aplaciendo, cuando vuestras Altezas envíen acá, que aquellos que vinieren reciban honra y nos den de todo lo que hubiere."

De la isla "Fernandina" y de su gente

Martes 16 de Octubre. "Partí de las *islas de Santa María de la Concepción*, que sería ya cerca del medio día, para la *isla Fernandina*, la cual muestra ser grandísima al Oeste, y navegué todo aquel día con calmería; no pude llegar a tiempo de poder ver el fondo para surgir en limpio, porque es en esto mucho de haber gran diligencia por no perder las anclas; y así temporicé toda esta noche hasta el día que vine a una población, adonde yo surgí, y adonde había venido aquel hombre que yo hallé ayer en aquella almadía a medio golfo, el cual había dado tantas buenas nuevas de nos que toda esta noche no faltó almadías a bordo de la nao, que nos traían agua y de lo que tenían. Yo a cada uno le mandaba dar algo, es a saber algunas cuentecillas, diez o doce dellas de vidrio en un filo, y algunas sonajas de latón destas que valen en Castilla un maravedí cada una, y algunas agujetas, de que todo tenían en grandísima excelencia, y también los manda-

ba dar para que comiesen, cuando venían en la nao, miel de azúcar; y después a horas de tercia envié al batel de la nao en tierra por agua, y ellos de muy buena gana le enseñaban a mi gente adónde estaba el agua, y ellos mismos traían los barriles llenos al batel, y se holgaban mucho de nos hacer placer.

Esta isla es grandísima y tengo determinado de la rodear, porque según puedo entender en ella, o cerca della, hay mina de oro. Esta isla está desviada de la de Santa María ocho leguas cuasi Este Oeste; y este cabo adonde yo vine, y toda esta costa se corre Nornorueste y Sursueste, y vide bien veinte leguas de ella, mas ahí no acababa. Ahora escribiendo esto di la vela con el viento Sur para pujar a rodear toda la isla, y trabajar hasta que halle Saometo, que es la isla o ciudad adonde es el oro, que así lo dicen todos estos que aquí vienen en la nao, y nos lo decían los de la isla de San Salvador y de Santa María.

Esta gente es semejante a aquella de las dichas islas, y una habla y unas costumbres, salvo questos ya me parecen algún tanto más doméstica gente, y de tracto, y más sotiles, porque veo que han traído algodón aquí a la nao y otras cositas que saben mejor refetar[1] el pagamento que no hacían los otros y aun en esta isla vide paños de algodón hechos como mantillos, y la gente más dispuesta, y las mujeres traen, por delante su cuerpo una cosita de algodón que escasamente les cobija su natura.

Ella es isla muy verde y llana y fertilísima, y no pongo duda que todo el año siembran panizo y cogen, y así todas otras cosas; y vide muchos árboles muy disformes de los nuestros, y dellos muchos que tenían los ramos de muchas maneras y todo en un pie, y un ramito es de una manera y otro de otra, y tan disforme, que es la mayor maravilla del mundo cuánta es la adversidad de una manera a la otra, verbi gracia, un ramo tenía las hojas a manera de cañas y otro de madera de lentisco; y así en un solo árbol de cinco o seis de estas maneras; y todos tan diversos; ni éstos son enjeridos, porque se pueda decir que el enjerto lo hace, antes son por los montes, ni cura dellos esta gente.

No le conozco secta ninguna, y creo que muy presto se tornarían cristianos, porque ellos son de muy buen entender. Aquí son los peces tan disformes de los nuestros ques maravilla. Hay algunos hechos como gallos de las más finas colores del mundo,

azules, amarillos, colorados y de todas colores, y otros pintados de mil maneras; y las colores son tan finas, que no hay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos. También hay ballenas: bestias en tierra no vide ninguna de ninguna manera, salvo papagayos y lagartos; un mozo me dijo que vido una grande culebra. Ovejas ni cabras ni otra niguna bestia vide; aunque yo he estado aquí muy poco, que es medio día, mas si las hubiese no pudiera errar de ver alguna. El cerco desta isla escribiré después que yo la hubiere rodeado."

Miércoles 17 de Octubre. "A medio día partí de la población adonde yo estaba surgido, y adonde tomé agua para ir rodear esta isla Fernandina, y el viento era Sudeste y Sur; y como mi voluntad fuese de seguir esta costa desta isla adonde yo estaba al Sueste, porque así se corre toda Nornorueste y Suroeste, y quería llevar el dicho camino de Sur y Sueste, porque aquella parte todos estos indios que traigo y otro de quien hube señas en esta parte del sur a la isla a que ellas llaman *Saometo*, adonde es el oro; y Martín Alonzo Pinzón, capitán de la carabela *Pinta*, en la cual yo mandé a tres de esto indios, vino a mí y me dijo que uno dellos muy certificadamente le había dado a entender que por la parte del Nornoreste muy más presto arrodearía la isla. Yo vide que el viento no me ayudaba por el camino que yo quería llevar, y era bueno por el otro, di la vela al Nornoreste, y cuando fue acerca del cabo de la isla, a dos leguas hallé un muy maravilloso puerto con una boca, aunque dos bocas se le puede decir, porque tiene un isleo en medio, y son ambas muy angostas, y dentro muy ancho para cien navíos si fuera fondo y limpio, y fondo al entrada: parecióme razón de ver bien y sondear, y así surgí fuera dél, y fui en él con todas las barcas de los navíos, y vimos que no había fondo. Y porque pensé cuando yo le vi que era boca de algún río, había mandado llevar barriles para tomar agua y en tierra hallé unos ocho o diez hombres que luego vinieron a nos, y nos amostraron ahí cerca la población, adonde yo envié la gente por agua, una parte con armas, otros con barriles, y así la tomaron; y porque era lejuelos me detuve por espacio de dos horas. En este tiempo anduve así por aquellos árboles, que era la cosa más hermosa de ver que otra se haya visto; viendo tanta verdura en tanto grado como en el mes de mayo en el Andalucía, y los

árboles todos están tan disformes de los nuestros como el día de la noche; y así las frutas, y así las yerbas y las piedras y todas las cosas. Verdad es que algunos árboles eran de la naturaleza de otros que hay en Castilla, por ende había muy gran diferencia, y los otros árboles de otras maneras eran tantos que no hay persona que lo pueda decir ni asemejar a otros de Castilla.

La gente toda era una con los otros ya dichos, de las mismas condiciones, y así desnudos y de la misma estatura, y daban de lo que tenían por cualquier cosa que les diesen; y aquí vide que unos mozos de los navíos les trocaron azagayas por unos pedazuelos de escudillas rotas y de vidrio, y los otros que fueron por el agua me dijeron cómo habían estado en sus casas, y que eran de dentro muy barridas y limpias, y sus camas y paramentos de cosas que son como redes de algodón:[1] ellas las casas son todas a manera de alfaneques, y muy altas y buenas chimeneas; mas no vide entre muchas poblaciones que yo vide ninguna que pasase de doce hasta quince casas. Aquí hallaron que las mujeres casadas traían bragas de algodón, las mozas no, sino salvo algunas que eran ya de edad, de diez y ocho años. Y ahí había perros mastines y branchetes, y ahí hallaron uno que había al nariz un pedazo de oro que sería como la mitad de un castellano, en el cual vieron letras; reñí yo con ellos porque no se lo rescataron y dieron cuanto pedía, por ver qué era y cuya esta moneda era; y ellos me respondieron que nunca se lo osó rescatar.

Después de tomada la agua volví a la nao y di la vela, y salí al Noroeste tanto que yo descubrí toda aquella parte de la isla hasta la costa que se corre Este Oeste, y después todos estos indios tornaron a decir que esta isla era más pequeña que no la isla *Saomet*, y que sería bien volver atrás por ser en ella más presto.

El viento allí luego más calmó y comenzó a ventar Oesnoroeste, el cual era contrario para donde habíamos venido, y así tomé la vuelta, y navegué toda esta noche pasado al Estesueste, y cuando al Este todo y cuando al Sueste; y esto para apartarme de la tierra, porque hacía muy gran cerrazón y el tiempo muy cargado: él era muy poco y no me dejó llegar a tierra a surgir.

Así que esta noche llovió muy fuerte después de media noche hasta cuasi el día, y aun está nublado para llover; y nos al cabo de la isla de la parte del Sueste, adonde espero surgir hasta que

aclarezca para ver las otras islas adonde tengo de ir; y así todos estos días después que en estas Indias estoy ha llovido poco o mucho. Crean vuestras Altezas que es esta tierra la mejor e más fértil, y temperada, y llana, y buena que haya en el mundo."

[*Diario de Navegación*, del 11 al 17 de octubre.]

[EL CONTINENTE DEL SUR]

La isla de Trinidad

Partí en nombre de la Santísima Trinidad, miércoles 30 de mayo (1498), de la Villa de San Lúcar, bien fatigado por mi viaje, que adonde esperaba descanso, cuando yo partí de estas Indias, se me dobló la pena. Y navegué a la Isla de la Madera por camino no acostumbrado, por evitar escándalo que pudiera tener con un armada de Francia que me aguardaba al Cabo de San Vicente; y de allí a las Islas de Canaria, de adonde me partí con una nao y dos carabelas, y envié los otros navíos a derecho camino a las Indias a la Isla Española, y yo navegué al Austro con propósito de llegar a la línea equinoccial, y de allí seguir al Poniente hasta que la Isla Española me quedase al Septentrión. Y llegado a las Islas de Cabo Verde, falso nombre, porque son tan secas que no vi cosa verde en ellas, y toda la gente enferma, que no osé detenerme en ellas; y navegué al Sudoeste 480 millas, que son 120 leguas, adonde en anocheciendo tenía la estrella del norte en cinco grados; allí me desamparó el viento, y entré en tanto ardor y tan grande, que creí que se me quemasen los navíos y gente, que todo de un golpe vino a tan desordenado, que no había persona que osase descender debajo de cubierta a remediar la vasija y mantenimientos; duró este ardor ocho días; al primer día fue claro, y los siete días siguientes llovió e hizo nublado y con todo no hallamos remedio; que cierto si así fuera de sol como el primero, yo creo que no pudiera escapar en ninguna manera.

Acuérdome que, navegando a las Indias, siempre que yo paso al Poniente de las Islas de los Azores 100 leguas, allí hallo mudar la temperanza, y esto es todo de Septentrión en Austro, y deter-

miné que si a nuestro Señor le pluguiese de me dar viento y buen tiempo, que pudiese salir de donde estaba, de dejar de ir más al Austro ni volver tampoco atrás, salvo de navegar al Poniente, a tanto que ya llegase a estar con esta raya con esperanza que yo hallaría allí así temperamento, como había hallado cuando yo navegaba en el paralelo de Canaria. Y que si sí fuese, que entonces yo podría ir más al Austro; y plugo a nuestro Señor que al cabo de estos ocho días de me dar buen viento levante, y yo seguí al Poniente, mas no osé declinar abajo al Austro porque hallé grandísimo mudamiento en el cielo y en las estrellas, mas no hallé mudamiento en la temperancia; así, acordé de proseguir delante siempre justo al Poniente, en aquel derecho de la Sierra Leona, con propósito de no mudar derrota hasta adonde yo había pensado que hallaría tierra, y allí adobar los navíos, y remediar, si pudiese, los mantenimientos y tomar agua, que no tenía.

Y al cabo de diez y siete días, los cuales nuestro Señor me dio de próspero viento, martes 31 de julio, a medio día, nos amostró tierra, y yo la esperaba el lunes antes, y tuve aquel camino hasta entonces; que en saliendo el sol, por defecto del agua que no tenía determiné de andar a las Islas de los caríbales, y tomé esa vuelta; y como su alta Majestad haya siempre usado de misericordia conmigo, por acertamiento subió un marinero a la gavia, y vio al Poniente tres montañas juntas; dijimos la Salve Regina y otras prosas, y dimos todos muchas gracias a nuestro Señor, y después dejé el camino de Septentrión, y volví hacia la tierra, adonde yo llegué a hora de completas a un cabo a que dije de la Galea, después de haber nombrado a la Isla de la Trinidad, y allí hubiera muy buen puerto si fuera fondo, y había casas y gente, y muy lindas tierras, tan hermosas y verdes como las huertas de Valencia en marzo. Pesome cuando no pude entrar en el puerto, y corrí la costa de esta tierra del luengo hasta el poniente, y andadas cinco leguas hallé muy bien fondo y surgí, y en el otro día di la vela a este camino, buscando puerto para adobar los navíos y tomar agua, y remediar el trigo y los bastimentos que llevaba solamente. Allí tomé una pipa de agua, y con ella anduve así hasta llegar al cabo, y allí hallé abrigo de levante y buen fondo, y así mandé surgir y adobar la vasija y tomar agua y leña, y des-

cender la gente a descansar de tanto tiempo que andaban penando. A esta punta llamé del Arenal y allí se halló toda la tierra hollada de unos animales que tenían la pata como de cabra, y bien que, parece ser, allí hay muchas, no se vio sino una muerta.

Los indios de Icacos

El día siguiente vino de hacia oriente una grande canoa con 24 hombres, todos mancebos y muy ataviados de armas, arcos y flechas y tablachinas, y ellos, como dije, todos mancebos, de buena disposición y no negros, salvo más blancos que otros que haya visto en las Indias, y de muy lindo gesto y hermosos cuerpos, y los cabellos largos y llanos, cortados a la guisa de Castilla, y traían la cabeza atada con un pañuelo de algodón tejido a labores y colores, el cual creía yo que era almaizar. Otro de estos pañuelos traían ceñido y se cobijaban con él en lugar de pañetes. Cuando llegó esta canoa habló de muy lejos, y yo ni otro ninguno no lo entendíamos, salvo que yo les mandaba hacer señas que se allegasen, y en esto se pasó más de dos horas, y si se llegaban un poco luego se desviaban. Yo les hacía mostrar bacines y otras cosas que lucían, para enamorarlos para que viniesen, y a cabo de buen rato se allegaron más que hasta entonces no habían, y ya deseaba mucho haber lengua, y no tenía ya cosa que me pareciese que era de mostrarles para que viniesen, salvo que hice subir un tamborín en el castillo de popa que tañesen, y unos mancebos que danzasen, creyendo que se allegarían a ver la fiesta; y luego que vieron tañer y danzar todos dejaron los remos y echaron mano a los arcos y los encordaron, y embrazó cada uno su tablachina, y comenzaron a tirarnos flechas; cesó luego el tañer y danzar, y mandé luego sacar unas ballestas, y ellos dejáronme y fueron a más andar a otra carabela, y de golpe se fueron debajo de la popa della, y el piloto entró con ellos, y dio un sayo y un bonete a un hombre principal que le pareció dellos, y quedó concertado que le iría hablar allí en la playa, adonde ellos fueron con la canoa, esperándole, y él, como no quiso ir sin mi licencia, como ellos lo vieron venir a la nao con la barca, tornaron a entrar en la canoa y se fueron, y nunca más los vide ni a otros de esta isla.

Corriente de aguas dulces del delta del Orinoco

Cuando yo llegué a esta punta del Arenal, allí se hace una boca grande de 2 leguas de Poniente a Levante, la isla de la Trinidad con la tierra de Gracia, y que para haber de entrar dentro para pasar al Septentrión había unos hileros de corrientes que atravesaban aquella boca y traían un rugir muy grande, y creí yo que sería un arrecife de bajos y peñas, por el cual no se podría entrar dentro en ella, y detrás de este hilero había otro y otro, que todos traían un rugir grande como la ola de la mar que va a romper y dar en peñas. Surgí allí a la dicha punta del Arenal, fuera de la dicha boca, y hallé que venía el agua del Oriente hasta el Poniente con tanta furia como hace Guadalquivir en tiempo de avenida, y esto de contino noche y día, que creí que no podía volver atrás por la corriente, ni ir adelante por los bajos; y en la noche, ya muy tarde, estando al bordo de la nao, oí un rugir muy terrible que venía de la parte del Austro hacia la nao, y me paré a mirar, y vi, levantando la mar de Poniente a Levante, en manera de una loma tan alta como la nao, y todavía venía hacia mí poco a poco, y encima della venía un filero de corriente que venía rugiendo con muy grande estrépito con aquella furia de aquel rugir que de los otros hileros que yo dije que me parecían ondas de mar que daban en peñas, que hoy en día tengo el miedo en el cuerpo que no me trabucasen la nao cuando llegasen debajo della, y pasó y llegó hasta la boca, adonde allí se detuvo grande espacio. Y el otro día siguiente envié las barcas a sondar y hallé en el más bajo de la boca que había seis o siete brazas de fondo, y de contino andaban aquellos hileros unos por entrar y otros por salir, y plugo a nuestro Señor de me dar buen viento, y atravesé por esa boca adentro, y luego hallé tranquilidad y por acertamiento se sacó del agua de la mar y la hallé dulce.

Tierra y Golfo de Paria

Navegué al Septentrión hasta una sierra muy alta, adonde serían 26 leguas de esta punta del Arenal, y allí había dos cabos de tierra muy alta, el uno de la parte del Oriente, y era de la misma

isla de la Trinidad, y el otro del Occidente, de la tierra que dije de Gracia, y allí hacía una boca muy angosta, más que aquella de la punta del Arenal, y allí había los mismos hileros y aquel rugir fuerte del agua como era en la punta del Arenal, y asimismo allí la mar era agua dulce; y hasta entonces yo no había habido lengua con ninguna gente de estas tierras, y lo deseaba en gran manera, y por esto navegué al luengo de la costa de esta tierra hacia el Poniente, y cuanto más andaba hallaba el agua de la mar más dulce y más sabrosa, y andando una gran parte llegué a un lugar donde me parecían las tierras labradas y surgí y envié las barcas a tierra, y hallaron que de fresco se había ido de allí gente, y hallaron todo el monte cubierto de gatos paules; volviéronse, y como ésta fuese sierra, me pareció que más allá del Poniente las tierras eran más llanas, y que allí sería poblado, y mandé levantar las anclas y corrí esta costa hasta el cabo de esta sierra, y allí a un río surgí y luego vino mucha gente, y me dijeron cómo llamaron a esta tierra Paria, y que de allí más al Poniente, era más poblado; tomé dellos cuatro y después navegué al Poniente, y andadas 8 leguas más al Poniente, allende a una punta que yo llamé del Aguja, hallé unas tierras las más hermosas del mundo, y muy pobladas; llegué allí una mañana a hora tercia, y por esta verdura y esta hermosura acordé surgir y ver esta gente, de los cuales luego vinieron en canoas a la nao a rogarme, de parte de su Rey, que descendiese en tierra; y cuando vieron que no curé dellos vinieron a la nao infinitísimos en canoas, y muchos traían piezas de oro al pescuezo, y algunos atados a los brazos algunas perlas; holgué mucho cuando las vi, y procuré mucho de saber dónde las hallaron, y me dijeron que allí y de la parte del Norte de aquella tierra.

Quisiera detenerme; mas estos bastimentos que yo traía, trigo y vino y carne para esta gente que acá está, se me acababan de perder, los cuales hube allá con tanta fatiga, y por esto yo no buscaba sino a más andar a venir a poner en ellos cobro y no me detener para cosa alguna; procuré de haber de aquellas perlas, y envié las barcas a tierra.

Esta gente es muy mucha, y toda de muy buen parecer, de la misma color que los otros de antes, y muy tratables; la gente nuestra que fue a tierra los hallaron tan convenibles, y los reci-

bieron muy honradamente; dicen que luego que llegaron las barcas a tierra que vinieron dos personas principales con todo el pueblo, creen que el uno era el padre y el otro era su hijo, y los llevaron a una casa muy grande hecha a dos aguas, y no redonda, como tienda de campo, como son estas otras; y allí tenían muchas sillas a donde los hicieron asentar, y otras donde ellos se asentaron, y hicieron traer pan, y de muchas maneras frutas e vino de muchas maneras blanco e tinto, mas no de uvas; debe él de ser de diversas maneras, uno de una fruta y otro de otra; y asimismo debe ser dello de maíz, que es una simiente que hace una espiga como una mazorca, de que llevé yo allá y hay ya mucho en Castilla, y parece que aquel que lo tenía mejor lo traía por mayor excelencia y lo daba en gran precio; los hombres todos estaban juntos a un cabo de la casa, y las mujeres en otro. Recibieron ambas las partes gran pena porque no se entendían, ellos para preguntar a los otros de nuestra patria, y los nuestros por saber de la suya. Y después que hubieron recibido colación allí en casa del más viejo, los llevó el mozo a la suya, e hizo otro tanto, y después se pusieron en las barcas y se vinieron a la nao.

Y yo luego levanté las anclas porque andaban mucho de priesa por remediar los mantenimientos que se me perdían, que yo había habido con tanta fatiga, y también por remediarme a mí, que había adolecido por el desvelar de los ojos: que bien quel viaje que yo fui a descubrir la tierra firme,[1] estuviese treinta y tres días sin concebir sueño y estuviese tanto tiempo sin vista, non se me dañaron los ojos ni se me rompieron de sangre y con tantos dolores como agora.

Esta gente, como ya dije, son todos de muy linda estatura, altos de cuerpos, y de muy lindos gestos, los cabellos muy largos y llanos, y traen las cabezas atadas con unos pañuelos labrados, como ya dije, hermosos, que parecen de lejos de seda y almaizares; otro traen ceñido más largo, que se cobijan con él en lugar de pañetes, así hombres como mujeres. La color de esta gente es más blanca que otra que haya visto en las Indias; todos traían al pescuezo y a los brazos algo a la guisa de estas tierras, muchos traían piezas de oro bajo colgado al pescuezo. Las canoas de ellos son muy grandes y de mejor hechura que no son estas otras, y más livianas, y en el medio de cada una tienen un apar-

tamiento como cámara, en que vi que andaban los principales con sus mujeres. Llamé allí a este lugar Jardines, porque así conforman por el nombre. Procuré mucho de saber dónde cogían aquel oro, y todos me señalaban una tierra frontera dellos al Poniente, que era muy alta, mas no lejos; mas todos me decían que no fuese allá porque allí comían los hombres y entendí entonces que decían que eran hombres caríbales, y que serían como los otros, y después he pensado que podría ser que lo decían porque allí habría animalias. También les pregunté adónde cogían las perlas, y me señalaron también que al Poniente y al Norte detrás de esta tierra donde estaban. Dejelo de probar por esto de los mantenimientos y del mal de mis ojos, y por una nao grande que traigo, que no es para semejante hecho.

"Tierra infinita" hasta entonces desconocida

Y como el tiempo fue breve, se pasó todo en preguntas, y se volvieron a los navíos, que sería hora de vísperas, como ya dije, y luego levanté las anclas hasta que me hallé que no había sino tres brazas de fondo, con creencia que todavía ésta sería isla y que yo podría salir al Norte; y así visto, envié una carabela sotil adelante a ver si había salida o si estaba cerrado, y así anduvo mucho camino hasta un golfo muy grande, en el cual parecía que había otros cuatro medianos, y del uno salía un río grandísimo, hallaron siempre cinco brazas de fondo y el agua muy dulce, en tanta cantidad que yo jamás bebila pareja della. Fui yo muy descontento della cuando vi que no podía salir al Norte ni podía ya andar al Austro ni al poniente porque yo estaba cercado por todas partes de la tierra, y así, levanté las anclas y torné atrás, para salir al Norte por la boca que yo arriba dije, y no pude volver por la población adonde yo había estado, por causa de las corrientes, que me habían desviado della, y siempre en todo cabo hallaba el agua dulce y clara, y que me llevaba al Oriente muy recio hacia las dos bocas que arriba dije, y entonces conjeturé que los hilos de la corriente y aquellas lomas que salían y entraban en estas bocas con aquel rugir tan fuerte, que era pelea del agua dulce con la salada. La dulce empujaba a la otra que no entrase, y la salada, por que la otra no saliese; y conjeturé que

allí donde son estas dos bocas, que algún tiempo sería tierra continua a la Isla de la Trinidad con la tierra de Gracia, como podrán ver vuestras Altezas por la pintura de lo que con ésta les envío. Salí yo por esta boca del Norte, y hallé quel agua dulce siempre vencía; cuando pasé, que fue con fuerza de viento, estando en una de aquellas lomas hallé en aquellos hilos de la parte de dentro el agua dulce, y de fuera, salada.

...Torno a mi propósito de la tierra de Gracia, y río y lago que allí hallé, es tan grande que más se le puede llamar mar que lago, porque *lago* es lugar de agua, y en siendo grande se dice mar, como se dijo al mar de Galilea y al mar Muerto; y digo que si no procede del Paraíso terrenal, que viene este río y procede de tierra infinita, pues el Austro, de la cual hasta agora no se ha habido noticia; mas yo muy asentado tengo en el ánimo que allí donde dije es el Paraíso terrenal, y descanso sobre las razones y autoridades sobrescriptas.

[*Carta* (iv) *a los Reyes*. Tercer viaje.]

[1] Por de escaramujos.

[1] Amainaron.

[2] Treo, vela cuadrada que se ponía sólo cuando había mal tiempo para correr.

[3] Ponerse a la corda es ponerse al pairo o atravesado para no andar ni decaer del punto en que se está.

[4] Examinando detenidamente este Diario, sus derrotas, recaladas, señales de las tierras, islas, costas y puertos, parece que esta primera isla que Colón descubrió y pisó, poniéndole por nombre San Salvador, debe ser la que está situada más al Norte de las turcas, llamada del Gran Turco. Sus circunstancias conforman con la descripción que Colón hace de ella. Su situación es por el paralelo de 21 grados 30 minutos, al Norte de la medianía de la isla de Santo Domingo. Navarrete. Actualmente se considera que Colón arribó a la isla Waking, una de las Bahamas, tesis que sostuvo Juan Bautista Muñoz.

[5] Yáñez.

[1] Ceutí o ceptí, moneda de Ceuta que circulaba en Portugal.

[1] No es en la isla Caico del Norte, como opina Navarrete, sino en Concepción.

[2] Con la ininteligible escritura de esta palabra en el original, y el vacío o hueco que se sigue, queda oscuro el sentido del periodo. Acaso quiso decir: "y la noche de antes al medio se echó el otro a nado, y fue atrás la almadía", etc. Navarrete.

[1] Conócese ahora con el nombre de Inagua Chica. Navarrete. Es la isla Long, según Morison.

[1] Refetar, verbo activo anticuado, contradecir, repugnar, resistir, rehusar o regatear.

[1] Hamacas.

[1] Se refiere al segundo viaje.

AMERIGO VESPUCCI

(Florencia, 1454–Sevilla, 1512)

Miembro de una familia negociante en sedas, pero que entre los suyos contaba a hombres de estudio, marinos y diplomáticos, Amerigo Vespucci se formó en la hora luminosa del Renacimiento, presidida en Florencia por Lorenzo el Magnífico. Todas las novedades del momento repercutían en la ciudad del Arno, donde Bonincontri, con sus lecciones sobre el *Astronomicon* de Manilio (1476-1480), agitaba el problema de las tierras no descubiertas.

Hecho decisivo en la vida de Vespucci fue su rápido viaje a Sevilla, como agente comercial de Lorenzo di Pier Francesco de Médici, llamado *il Popolano* (1489). Allí trabó amistad con Gianetto Berardi, respiró el aire del océano, oyó de descubrimientos atlánticos y de la mina de oro de Guinea; allí, tal vez, conoció a Cristóbal Colón. Tras un breve viaje a Italia, Vespucci se instala en Sevilla (1492), para ocuparse con Berardi de aprovisionamientos marítimos. Se interesaría entonces por los problemas de la navegación en su aspecto cosmográfico, él que de tiempo atrás era afecto a la cartografía.

A sus cuarenta y cinco años, Vespucci embarca por primera vez, por cuenta de la Corona, al lado de hombres de larga experiencia náutica, como Alonso de Hojeda y Juan de la Cosa (1499). A poco de su regreso lo llama el rey don Manoel, pasa a Lisboa y viajará en naves portuguesas (1501).

Un buen día de 1505 el florentino reaparece en Sevilla, donde lo aguarda su esposa María Cerezo. Se naturaliza en Castilla y ya no vuelve a navegar. Será "Piloto mayor" de la Casa de Contratación, es decir, el cartógrafo que convertirá en mapas las relaciones de navegantes y descubridores. Para él fue creado el cargo en 1508 y lo conservó hasta su muerte.

Las Cartas de Amerigo Vespucci que relatan sus viajes presentan dos problemas: uno de historia literaria: su autenticidad; otro de historia geográfica: la realidad de los viajes. Dos problemas que de costumbre no sólo se unen sino que se confunden. Quienes creen en la realidad de todos los viajes defienden la autenticidad de todas las cartas; quienes niegan la autenticidad de algunas de éstas, niegan también la realidad de algunos de aquéllos. De las famosas Cartas, sólo

tres dirigidas a Lorenzo di Pier Francesco son tenidas hoy como auténticas por unos y por otros. Sin embargo, ninguna razón impide que documentos apócrifos hablen de viajes auténticos.

Las tres Cartas, consideradas como auténticas, traducidas al latín, se refundieron, se completaron, se ampliaron, con datos interesantes, algunos de ellos tal vez directa o indirectamente vespuccianos, con historias truculentas y contradictorias, con detalles picarescos. Producto de tales desarrollos y complementos fantasiosos fueron la Carta a Soderini, relatando *cuatro viajes*, y la llamada Mundus Novus por aplicar esta denominación a las tierras meridionales recién descubiertas. Llegaron estos documentos a manos de los canónigos poetas de Saint-Dié en Lorena, quienes, entusiasmados, los reimprimieron (1507), precedidos de una *Cosmographiae Introductio* y acompañados de un mapa. En aquélla Mathias Ringmann propone que el Nuevo Mundo "descubierto", dice él, por Vespucci se denomine América, a semejanza de Europa, Asia y África, las tres partes del mundo Antiguo. En el mapa que acompaña el texto, Waldseemuller escribe ya el nombre de América. Este nombre hace rápida fortuna, y desde mediados del siglo xvi, cuando se evidencia que las tierras descubiertas en el hemisferio norte están separadas del Asia, pero que no existe solución de continuidad entre ellas y las del hemisferio sur, el nombre de América, como el de Nuevo Mundo, se extiende a todo el continente occidental.

La responsabilidad de Vespucci en aquella denominación es sólo indirecta pero real, pues calla por sistema el nombre de los jefes de las expediciones en que participó y en todo momento habla como protagonista de los hechos.

La primera de las tres Cartas auténticas (Sevilla, 18 de julio, 1500) da cuenta a Lorenzo de Médici de la expedición que salida de Cádiz el día 18 de mayo de 1499, regresó al mismo puerto el 8 de junio del año siguiente. Navegando desde Cabo Verde hacia el Sudoeste, llegan a una tierra baja y boscosa, próxima a la desembocadura de dos caudalosos ríos, que endulzan el agua hasta 15 millas mar adentro: el uno corre de Oeste a Este (Amazonas?), el otro de Sur a Norte (Pará?, Marañón?). Buscando una costa más abordable hacen rumbo a Mediodía, pero no tarda la corriente equinoccial (habían llegado por lo tanto a las inmediaciones del Cabo San Roque) en obligarlos a virar hacia el Noroeste. No hay dificultad en identificar el rumbo de la segunda parte del viaje: isla Trinidad, golfo de Paria, delta del Orinoco, archipiélago de Curazao, y al fin, la Española y retorno. Vespucci está convencido de haber llegado a la tierra firme del Asia. Un año antes, al ver las

bocas del Orinoco, el Almirante dijo "una tierra de que hasta entonces no se había sabido".

Al recibir noticia del descubrimiento realizado por Cabral, el rey don Manoel ordenó una armada con el fin de explorar la nueva tierra, que el descubridor llamaba isla de Vera Cruz, aunque ya sospechaba que pudiera ser continente. La expedición zarpó de Lisboa el 14 de mayo de 1501, dirigida por don Nuno Manoel, o por André Gonçalves o tal vez por Gaspar de Lemos —la cosa no es segura— y formaba parte de ella, en calidad de cosmógrafo, Amerigo Vespucci. La suerte quiso que a la altura de Cabo Verde, en el puerto guineo de Biseguiche (cerca del actual Dakar), encontraran las dos naves que regresaban de la India con Cabral. El día 4 de junio Vespucci comunicó a su corresponsal las noticias que acababa de saber de las tierras orientales. Es la segunda de sus cartas auténticas.

Tomando el rumbo de Poniente, llegaron al cabo San Roque el 18 de agosto; navegaron luego hacia el sur hasta São Vicente. Diez meses pasó Vespucci en la tierra del Brasil (que no llevaba todavía ese nombre) y convivió largas semanas con los indígenas. A pesar de ello, sus observaciones sobre la gente del país no valen las de Caminha. Sólo hay a su favor el haberse dado cuenta de la antropofagia de los tupís, aunque no percibió tal vez su carácter ritual y guerrero. La Carta de Vespucci, escrita ya de regreso en Lisboa, otoño de 1502 (tercera de las auténticas), tiene, como todas las suyas, mayor importancia por sus datos geográficos y astronómicos que por sus observaciones sobre la cultura de los nativos, deficientes o inexactas.

Esas Cartas de Amerigo Vespucci tienen la sencillez de estilo y la viveza de expresión de la lengua hablada. Al Popolano y a sus amigos debía pare-cerles oír la propia voz del compatriota ausente.

BIBLIOGRAFÍA

Cartas a Lorenzo di Pier Francesco de'Medici. 1500-1502.

Ediciones

1745	Florencia	Angelo Maria Bandini, *Vita e lettere di Amerigo Vespucci.* Da a conocer la de 1500.
1789	Florencia	Francesco Bartolozzi, *Ricerche istorico-critiche alla scoperta d'Amerigo Vespucci, con l'aggiunta di una relazione dal medessimo fin ora inedita.* Da a conocer la Carta de 1502.
1817	Florencia	Stanislao Canovai, *Viaggi d'Amerigo Vespucci con la vita, l'elogio e la dissertazione giustificativa.*
1827	Florencia	Gian Batista Baldelli-Boni, *Il Millione di Marco Polo.* Da a conocer la Carta de 1501.
1865	Lima	Francisco Adolpho de Varnhagen, *Amerigo Vespucci. Son caractere, ses écrits, sa vie, ses voyages.*
*t*1916	Princeton	George Tylor Northup, Vespucci reprints, texts and studies.
1924	Roma	Alberto Magnachi, *Amerigo Vespucci.* 2ª ed. Roma 1926.
1938	Londres	William Brooks Greenlee, *The Voyages of Pedro Álvarez Cabral to Brasil and India.* Publica la Carta de 1501.
1942	Bogotá	*Edición facsimilar de las cartas de Vespucci,* publicada bajo la dirección de E. Uribe White, por la Biblioteca Nacional de Colombia.
1948	Buenos Aires	Roberto Levillier, *América la bien llamada.* 2 vols. En el vol. I, Carta de 1500; en el II, Cartas de 1501 y 1502.

Traducciones

Inglesas		
1846	New Haven	Charles E. Lester, *The life and voyages of Americus Vespucius* (6ª edición, 1895).
1894	Londres	C. R. Marlham, *The letters of Amerigo Vespucci and other documents illustratives of his career.* Hakluyt Society.
Francesas		
1917	París	Henri Vignaud, *Americ Vespuce, 1451-1512. Sa bibliographie. Su vie. Ses voyages. Ses decouvertes. L'atribution de son nom a l'Amérique. Ses relations authentiques et contestées.*
Portuguesas		
1949	São Paulo	Marcondes de Souza, Thomas Oscar, *Amerigo Vespucci e suas viagems.* Universidade de São Paulo.
Castellanas		
1948	Buenos Aires	Roberto Lévillier, *Mundus Novus. Las cartas de Vespucio.* Editorial Nova.

[ENTRE EL MAR DULCE Y LA CORRIENTE EQUINOCCIAL]

Sabrá Vuestra Magnificencia cómo por comisión de la Alteza de estos reyes de España, partí con dos carabelas a 18 de mayo de 1499, para ir a descubrir a las partes del Sudoeste, es decir por la vía del mar Océano. Tomé mi camino a lo largo de la costa de África, tanto que navegué hacia las Islas Afortunadas, que hoy se llaman Islas Canarias; y después de haberme provisto de todo lo necesario, hechos nuestros rezos y oraciones hicimos vela desde una isla que se llama la Gomera y metimos la proa por el lebeche y navegamos 24 días con viento fresco sin ver ninguna tierra. Al cabo de 24 días tuvimos vista de tierra y encontramos haber navegado alrededor de 1 500 leguas desde la ciudad de Cádiz por la vía del lebeche. Vista la tierra, dimos gracias a Dios y echamos fuera las barcas con 16 hombres; llegamos a tierra y la encontramos tan llena de árboles que era cosa maravillosa, no sólo la grandeza de éstos sino su verdor, porque nunca pierden las hojas; y el olor suave que de ellos salía, porque todos son aromáticos, daba tanto placer al olfato que tuvimos en ello gran recreación. Andando con la barca a lo largo de la tierra para ver si encontrábamos disposición para desembarcar, como era tierra baja, trabajamos todo el día hasta la noche y nunca encontramos camino ni disposición para entrar en tierra; pues no sólo lo impedía el ser la tierra baja sino el espesor de los árboles; de manera que acordamos volver a las naves e ir a tentar la tierra en otra parte.

Una cosa maravillosa vimos en este mar y fue que antes de llegar a tierra unas 15 millas, encontramos el agua dulce como de río y tomamos de ella llenando todos los toneles vacíos que teníamos. Cuando llegamos a las naves, levamos áncora e hicimos vela y pusimos la proa hacia el Sur, porque mi intención era ver si podía dar la vuelta a un cabo de tierra que Ptolomeo llama el cabo de Cattegara, que está junto al gran Seno, porque mi opinión no estaba muy lejana de esto, según los grados de longitud y latitud, como luego se dirá.

Navegamos por el mediodía a lo largo de la costa y vimos salir de tierra dos ríos grandísimos, que el uno venía de poniente y corría hacia levante y tenía de ancho 4 leguas, que son 16 millas, y el otro corría del mediodía al septentrión y era ancho de 3 leguas. Estos dos ríos creo que causaban ser el mar dulce, a causa de su grandeza. Y visto que siempre la costa era tierra baja, acordamos entrar en uno de esos ríos y andar tanto por él hasta encontrar disposición de saltar en tierra o población de gente. Ordenadas nuestras barcas y puestas en ellas provisiones para cuatro días, con veinte hombres bien armados nos metimos por el río, y a fuerza de remos navegamos por él cerca de dos días cosa de 18 leguas, tentando la tierra en muchas partes y constantemente encontrábamos que seguía siendo tierra baja y con tanto espesor de árboles que apenas un pájaro podía volar por ella. Y así navegando por el río vimos señales certísimas de que la tierra adentro era habitada, y como las carabelas estaban en un lugar peligroso, cuando el viento saltara del otro lado, acordamos al fin de dos jornadas, volvernos a las carabelas y lo pusimos en práctica. Lo que vi que era admirable cosa fue una multitud de pájaros, de diversas formas y colores, y tantos papagayos y de tan diversas clases que era maravilla: algunos color de grana, otros verdes y colorados y color de limón, otros todos verdes, otros negros y encarnados; y el canto de los otros pájaros que estaban en los árboles era cosa tan suave y de tanta melodía, que nos sucedió muchas veces quedarnos parados por su dulzura.

Los árboles son de tanta belleza y tanta blandura que nos sentíamos estar en el paraíso terrenal, y ninguno de aquellos árboles ni sus frutos tenían semejanza con los de estas partes, y por el río vimos muchas clases de peces de variadas formas.

Cuando llegamos a las naves nos fuimos haciendo vela, con la proa constantemente al mediodía. Navegando por este camino y entrados ya en el mar unas cuarenta leguas, encontramos una corriente que iba de jaloque a maestral, tan ancha y de tanta furia que nos dio miedo y pasamos en ella grandísimo peligro. La corriente es tal que la del Estrecho de Gilbraltar y la del Faro de Messina son un estanque en comparación de ella, de manera que como venía por la proa no alcanzábamos a hacer ningún camino

aunque tuviésemos el viento fresco; así que visto lo poco que avanzábamos y el peligro que corríamos, acordamos poner proa al maestral y navegar hacia la parte del septentrión.

[*Carta* a Lorenzo de Médici, Sevilla, 18-VII-1500.]

[POR EL MAR CARIBE]

Los amables caníbales de la Trinidad y del delta del Orinoco

Digo que después que giramos nuestra navegación a la parte de septentrión, la primera tierra que encontramos habitada fue una isla que distaba de la línea equinoccial 10 grados, y cuando estuvimos junto a ella vimos gran número de gente a la orilla del mar que nos estaban mirando como cosa de maravilla, y surgimos cerca de la tierra a una milla y armamos las barcas y fuimos a tierra veintidós hombres bien armados. La gente, como nos vio saltar en tierra y conoció que éramos gente diferente de su naturaleza (porque no tienen barbas ni vestido ninguno, tanto los hombres como las mujeres, que como salieron del vientre de su madre así andan, que no se cubren ninguna vergüenza, y también por la diferencia del color, que ellos son de color pardo o leonado, y nosotros blancos) teniendo miedo de nosotros, todos se metieron en el bosque, y con gran fatiga, por medio de señales les dimos confianza y tratamos con ellos. Supimos que son de una gente que se llaman caníbales y que la mayor parte o todos ellos viven de carne humana; y esto téngalo por cierto Vuestra Magnificencia. No se comen entre ellos, pero navegan en ciertas naves que tienen, que se llaman *canoas*, y se van a tomar presa en las islas o tierras vecinas de una gente enemiga o de otra generación diferente de la suya. No comen a ninguna mujer, salvo en caso extremo. De esto fuimos ciertos en muchas partes, donde encontramos tal gente, porque nos ocurrió a menudo ver los huesos y cabezas de algunos que se habían comido, y ellos no lo niegan; tanto más que lo decían sus enemigos que de continuo están con temor de ellos. Son gente de gentil disposición y de bella estatura; van enteramente desnudos; sus armas son saetas que disparan, y rodelas, y son gente de buen esfuerzo

y de gran ánimo. Son muy buenos ballesteros. En conclusión, tuvimos trato con ellos y nos llevaron a un poblado que estaba tierra adentro cosa de dos leguas y nos dieron de comer; y cualquier cosa que les pedíamos en seguida nos la daban, creo que más por miedo que por amor. Después de haber estado con ellos todo el día, nos volvimos a las naves, quedando amigos.

FIGURA 2. Grabado de la versión alemana del libro de Amerigo Vespucci, *Mondus Novus*, imprenta de Van Doesborch, Estrasburgo, 1509. (Fuente: Santiago Sebastián, *Iconografía del indio americano, siglos XVI-XVII*, prólogo de Dietrich Briesemeister, Madrid, Ediciones Tuero, 1992, p. 42.)

Navegamos a lo largo de la costa de esta isla y vimos a la orilla del mar otros grandes poblados; fuimos con el batel a tierra y encontramos que nos estaban esperando todos cargados de provisiones y nos dieron muy bien de comer de lo que ellos comen: y visto que eran tan buena gente y nos trataban tan bien, no tomamos nada de lo suyo e hicimos vela y fuimos a meternos en

un golfo, que llamamos el Golfo de Paria, y fuimos a surgir frente a un grandísimo río que es el que hace dulce el agua de este golfo; y vimos una gran población que estaba junto al mar, donde había tan gran número de gente que era maravilla, y todos estaban sin armas y en son de paz. Fuimos con las barcas a tierra y nos recibieron con grande amor y nos llevaron a sus casas donde tenían muy bien preparado para comer. Aquí nos dieron a beber de tres clases de vino, no de vid, sino hecho de fruta, como la cerveza y era muy bueno; aquí comimos muchos mirabolanos frescos, que es muy excelente fruta, y nos dieron muchas frutas todas diversas de las nuestras y de muy buen sabor, y aromáticas. Nos dieron algunas perlas pequeñas y once grandes y con señales nos dijeron que si queríamos esperar algunos días, irían a pescarlas y nos traerían muchas. No nos importaba dar la espalda a tantos papagayos de variados colores, y con buena amistad nos separamos de ellos. De esta gente supimos que, como los de la isla sobredicha, eran caníbales y que comían carne humana.

Salimos de este golfo y fuimos costeando la tierra y siempre vimos numerosísima gente, y cuando teníamos ocasión tratamos con ellos y nos daban de lo que tenían y todo lo que les pedíamos. Todos van desnudos como nacen, sin vergüenza alguna, que si todo hubiese de contar de cuán poca vergüenza tienen, sería entrar en cosa deshonesta y mejor es callarlo.

Tierra firme... de Asia

Después de haber navegado unas 400 leguas de continuo por la costa, concluimos que ésta era tierra firme, que la creo en el confín del Asia por la parte de Oriente y el principio por la parte de Occidente, porque muchas veces nos acaeció ver diversos animales, como leones, ciervos, corzos, y otros animales terrestres que no se encuentran en las islas y están en tierra firme. Andando un día tierra adentro con 20 hombres vimos una serpiente, que era larga cosa de ocho brazas y gruesa como mi cintura; tuvimos gran miedo de ella y a causa de su vista nos volvimos al mar. Muchas veces nos sucedió ver animales ferocísimos y grandes serpientes.

Los gigantes de Curazao

Y así navegando fuimos hacia una isla que estaba distante de la tierra firme unas 15 leguas, y como al llegar no vimos gente y la isla nos pareció de buena disposición, acordamos abordarla y fuimos a tierra once hombres y encontramos un camino y nos pusimos a andar por él unas dos leguas y media tierra adentro. Encontramos una población de unas doce casas, donde no hallamos sino siete mujeres, de tan grande estatura, que no había ninguna que no fuera un palmo y medio más alta que yo; y como nos vieron tuvieron gran miedo de nosotros y la principal de ellas que era mujer discreta, con señales nos llevó a una casa y nos hizo dar de beber; y nosotros, como veíamos mujeres tan grandes, acordamos robarnos dos de ellas, que eran jóvenes de 15 años, para llevarlas como presente a estos reyes, porque sin duda eran criaturas fuera de la estatura común de los hombres. Y mientras que estábamos en esto vinieron 36 hombres y entraron en la casa donde estábamos bebiendo, y eran de tal estatura que cada uno de ellos era más alto arrodillado que yo en pie. En conclusión eran de la estatura de gigantes según la grandeza y proporción del cuerpo que correspondía con ésta, que cada una de ellas parecía una Pentesilea y ellos Anteo. Y cuando entraron, algunos de los nuestros tuvieron tanto miedo que aún no se dan por seguros. Tenían arcos y flechas y palos grandísimos hechos como espadas; y como nos vieron de pequeña estatura, comenzaron a hablar con nosotros para saber quién éramos y de dónde veníamos; y nosotros, dándolo todo por la paz, les respondíamos por señas que éramos gente pacífica y que íbamos a ver el mundo. En conclusión tuvimos por bien separarnos de ellos sin más, y por el mismo camino por el que vinimos nos fuimos. Nos acompañaron hasta el mar, y subimos a las naves.

Casi todos los árboles de esta isla son de naranjo agrio y tan buenos como los de Levante. Desde esta isla fuimos a otra vecina de ésta a unas 10 leguas y encontramos una muy grande población que tenía sus casas asentadas en el mar como Venecia, con mucho artificio; y maravillados de tal cosa acordamos ir a verlas, y cuando estuvimos en esas casas quisieron impedirnos que entrásemos en ellas. Probaron cómo cortan las espadas y tu-

vieron por bien dejarnos entrar. Encontramos que tenían las casas llenas de cosas de algodón finísimo; y todas las vigas de sus casas eran de naranjo. Nos llevamos mucho algodón y naranjas, y volvimos a las naves.

Diversidad de lenguas

En fin, navegamos otras 300 leguas por la costa, encontrando de continuo gente brava. Infinitas veces combatimos con ellos, y tomamos cosa de unos 20, entre los cuales había siete lenguas, que no se entendían unos con otros. Se dice que en el mundo no hay más de 77 lenguas, yo digo que son más de 1 000, porque sólo las que yo he oído son más de 40.

Después de haber navegado por estas tierras 700 leguas o más, sin contar las infinitas islas que hemos visto, teniendo las naves muy deterioradas y que hacían mucha agua que apenas podían achicar con dos bombas, la gente muy trabajada y fatigada y escaseando ya las provisiones, como nos encontrábamos, según el punto del piloto, cerca de una isla que se llama la Española, que es la que descubrió el Almirante Colón hace 6 años, a 120 leguas, acordamos ir a ella.

[*Carta* a Lorenzo de Médici, Sevilla, 18-VII-1500.]

FRAY RAMÓN PANÉ

(..., 1493 – 1502...)

Poco sabemos de este autor, pero digno de crédito, porque se funda en su propio testimonio y en el de Fray Bartolomé de las Casas, que convivió con él en la isla Española.

Fray Ramón fue uno de los jerónimos que acompañaron al Almirante en su segundo viaje. Salió, por tanto, de Cádiz el 25 de septiembre de 1493 y llegó a su destino antes de terminarse el año. Era lego, de mucho celo y de poca instrucción. "Pobre ermitaño" se califica a sí mismo repetidas veces; "hombre simple y de buena intención", lo llama Las Casas.

Residió como un año en la comarca de Macorix de abajo, sujeta a la señoría de Guavaoconel. Aprendió la lengua allí hablada (una de las tres de la isla de Haití), y fue el primer predicador del Evangelio en el Nuevo Mundo. Trasladóse luego a la Vega Real, señorío del cacique Guariónex, donde adquirió la lengua más general de la isla, continuando su apostolado. Residió allí un par de años, hasta que fracasada la conversión del cacique y su familia, se fue cerca de otro señor principal, que mostraba mejor voluntad, llamado Maviatúe. Por entonces ocupaba el gobierno de la Española el Adelantado don Bartolomé Colón, lugarteniente de su hermano, ido a Castilla, lo cual nos lleva a los últimos meses de 1497 o los primeros de 1498.

La más reciente fecha cierta que poseemos de Fray Ramón es la de 1502, pues en abril de aquel año el licenciado Bartolomé de las Casas llegó a la Española donde había de conocerlo y tratarlo.

Por orden del Almirante, inquirió lo más que pudo saber de los ritos, religión y antigüedades de los indios, y lo puso por escrito en una *Relación*, que es el primer documento etnográfico de América. Las muy largas citaciones que de esta obra hizo Las Casas en su *Historia apologética de las Indias* garantizan la autenticidad de la obra del ermitaño, que no conocemos en su texto original, sino en la versión italiana que acompaña la *Vida del Almirante* de Fernando Colón. También fue aprovechada por Pedro Mártir de Anglería *(Décadas* y *Epístolas)* y por el Trevisano.

Las Casas censura el lenguaje y el estilo de Fray Ramón, "que no hablaba bien nuestra castellana lengua, como fuera catalán de na-

ción". El hecho de ser catalán Fray Ramón obliga a desconfiar de la forma Pane o Pané, que se atribuye a su apellido. ¿Sería acaso Paner? También se le ha llamado Ponç. Nada hay de cierto.

Fray Ramón es un observador atento que sólo refiere aquello de que está seguro. "Éstos de los que escribo son los de la isla Española, porque de las demás islas no sé cosa alguna, pues no las he visto."

Si aquellos aborígenes de Haití transmitían sus creencias, sus leyes y sus leyendas mediante los cantos de sus areitos, la parte que de ellas conservamos la debemos al "pobre ermitaño de San Jerónimo", primer apóstol y primer etnólogo de aquel paraíso antillano destinado a tan rápida muerte.

BIBLIOGRAFÍA

De la antigüedad de los indios.
Traducción italiana

1571	Venecia	*Le Historie della vita e dei fatti di Cristoforo Colombo per D. Fernando Colombo suo figlio.* Traducción de Alfonso de Ulloa. Incluye la obra de Pané, que reaparece en casi todas las reediciones. Entre las más modernas y mejores.
1867	Londres	*Le Historie…* Nuova edizione riveduta e corretta per G. Antinaco.
1892	Roma	*Raccolta di documenti e studi pubblicati dalla R. Commissione Colombiana pel quarto centenario della scoperta dell' America.*

1930	Milán	*Le Historie…* a cura di Rinaldo Caddeo con studio introduttivo, note, appendici e numerose carte e incisioni.

Retraducción castellana

1749	Madrid	Barcia, vol. I, de la cual arrancan casi todas las posteriores.
1844	Buenos Aires	Reproducción de la anterior.
1892	Barcelona	"Escritura de fray Ramón del orden de San Jerónimo de la Antigüedad de los Indios, la cual, como sujeto que sabe su lengua, recogió con diligencia, de orden del Almirante", en José María Asensio, *Cristóbal Colón. Su vida, sus descubrimientos,* vol. II, pp. 123-137.
1892	Madrid	*Historia del Almirante…* Vols. V y VI de "Colección de libros raros o curiosos que tratan de América".
1918	Buenos Aires	Ed. "Emecé".
1932	Madrid	*Historia del Almirante. Traducida nuevamente del italiano.* Proemio de don Manuel Serrano y Sanz.
1947	Ciudad Trujillo	"La Relación de la Antigüedad de los Indios de la Española por Fray Ramón Pané, con una nota del Lic. Luis Floren Lozano". *Anales de la Universidad de Santo Domingo,* núm. 41-44.

[TRADICIONES Y CREENCIAS DE LA ISLA DE HAITÍ]

De dónde proceden los indios y de qué manera

La isla Española tiene una provincia llamada Caonao, en la que hay una montaña de nombre Canta, y en ella dos grutas denominadas Cacibayagua y Amayauba. De Cacibayagua salió la mayor parte de la gente que pobló la isla. Cuando vivían en aquella gruta, ponían guardia de noche, y se encomendaba este cuidado a uno que se llamaba Marocael, el cual, porque un día tardó en ir a la puerta, dicen que lo arrebató el sol. Viendo, pues, que el sol se había llevado a éste por su mala guardia, le cerraron la puerta, y fue transformado en piedra, cerca de la entrada. Dicen también que otros, habiendo ido a pescar, fueron cogidos por el sol y se convirtieron en árboles llamados *jobos*, y de otro modo mirobalanos. El motivo por que Marocael velaba y hacía guardia era para ver a qué parte enviaría la gente o la repartiría, y no parece sino que tardó para su mayor mal.

Sucedió que uno que se llamaba Guaguyona dijo a otro, de nombre Yadruvava, que fuese a coger una hierba llamada *digo*, con la que se limpian el cuerpo cuando van a bañarse; éste fue delante de ellos, mas lo arrebató el sol en el camino y se convirtió en pájaro que canta por la mañana como el ruiseñor, y se llama Yahuva Bayael. Guaguyona, viendo que éste no volvía cuando lo envió a coger el digo, resolvió salir de la gruta Cacibayagua.

Entonces, Guaguyona, indignado, resolvió marcharse viendo que no volvían aquellos que había enviado a coger el digo para bañarse, y dijo a las mujeres: dejad a vuestros maridos, vámonos a otras tierras y llevemos mucho digo. Dejad a vuestros hijos, y llevemos solamente dicha hierba con nosotros, que después volveremos por ellos.

Guaguyona salió con todas las mujeres, anduvo buscando otros países y llegó a Matinino, donde muy luego dejó las mujeres y se fue a otra región llamada Guanín; habían dejado los hi-

jos pequeños junto a un arroyo. Después, cuando el hambre empezó a molestarles, dícese que lloraban y llamaban a sus madres que se habían ido. Los padres no podían dar consuelo a los hijos, que llamaban con hambre a sus madres, diciendo *mamá*, indudablemente para demandar la teta. Llorando así al pedir la teta y diciendo *too, too*, como quien demanda una cosa con gran deseo y mucho ahínco, fueron transformados en animalillos a modo de ranas, que se llaman *tona*, por la petición que hacían de la teta, y de esta manera quedaron todos los hombres sin mujeres.

Digo que un día fueron a bañarse los hombres; estando en el agua llovía recio, y sentían mucho deseo de tener mujeres; muchas veces, cuando llo vía habían ido a buscar las huellas de sus mujeres, pero no podían encontrar alguna noticia de éstas; mas aquel día, bañándose, dicen que vieron echarse de encima de algunos árboles, por medio de las ramas, cierta forma de personas que no eran ni hombres, ni mujeres, pues no tenían sexo de varón, ni de hembra; procuraron cogerlas, pero ellas se escurrían como si fuesen anguilas; por esto llamaron a dos o tres hombres, por mandato de su cacique, para que, pues ellos no podían cogerlas, esperasen cuantas fuesen, y buscasen para cada una un hombre que fuese *caracaracol*, esto es, que tuviera las manos ásperas, y así las sujetarían fuertemente. Dijeron al cacique que había cuatro, y llevaron estos cuatro hombres que eran caracaracoles; caracaracol es una enfermedad como roña, que hace el cuerpo muy áspero. Después que las hubieron cogido, deliberaron cómo podían convertirlas en mujeres, pues no tenían sexo de varón, ni de hembra.

Buscaron un pájaro que se llama *inriri*, y antiguamente *inrire cahuvayal*, que vive en los árboles, y en nuestro idioma se llama pico. Juntamente tomaron aquellas personas sin sexo de varón, ni de hembra, les ataron los pies y las manos, cogieron el ave mencionada y se la ataron al cuerpo; el pico, creyendo que aquéllas eran maderos, comenzó la obra que acostumbra, picando y agujereando, en el lugar donde ordinariamente suele estar la naturaleza de las mujeres. De este modo dicen los indios que tuvieron mujeres, según contaban los muy viejos.

Como yo escribí con presura y no tenía papel bastante, no podré poner en un lugar lo que por error llevé a otro; pero con to-

do ello no me he equivocado, porque ellos lo creen como lo llevo escrito. Volvamos ahora a lo que habíamos de colocar antes; esto es, acerca de la opinión de los indios en punto al origen y principio del mar.

[*Relación acerca de las antigüedades de los indios*, caps. I, II, III, IV, VII, VIII.]

Cómo cuentan que fue hecho el mar

Hubo un hombre llamado Yaya, del que no saben su nombre; el hijo de éste llamábase Yayael, que quiere decir hijo de Yaya; queriendo Yayael matar a su padre, éste lo desterró, y así estuvo ausente cuatro meses; después su padre lo mató, puso los huesos en una calabaza y la colgó en el techo de su casa, donde estuvo pendiente algún tiempo. Sucedió un día que con deseo de ver a su hijo, Yaya dijo a su mujer; quiero ver a nuestro hijo Yayael; ella se alegró con esto y tomando la calabaza la volcó para ver los huesos de su hijo; de ella salieron muchos peces grandes y pequeños, por lo que viendo que aquellos huesos se habían transformado en peces resolvió comérselos. Dicen que, un día, habiendo ido Yaya a sus *conucos*, que quiere decir posesiones, que eran de una herencia, llegaron cuatro hijos de una mujer llamada Itiba Yauvava, todos de un vientre y gemelos, pues esta mujer, habiendo muerto de parto, la abrieron y sacaron los cuatro dichos hijos. El primero que extrajeron fue Caracaracol, que quiere decir lleno de roña; Caracaracol fue llamado; los otros no tenían nombre.

Mientras comían sintieron que venía Yaya de sus posesiones, y queriendo en aquel apuro colgar la calabaza, no la colgaron bien, de modo que cayó en tierra y se rompió. Dicen que fue tanta el agua que salió de aquella calabaza que llenó toda la tierra, y con ella murieron muchos peces. Entonces dicen que tuvo origen el mar. Salidos después de allí hallaron un hombre al que llamaron Conel, que era mudo.

[*Relación acerca de las antigüedades de los indios*, caps. IX, X.]

"Guanines" y "cibas"

La dueña de Guabonito dio a Biberoci Guahayona muchos *guanines* y muchas *cibas*, para que las llevara sujetas a los brazos, pues en aquel país las cibas son piedras que semejan mucho al mármol, y las llevan pendientes de los brazos y al cuello. Los guanines los llevan en las orejas, que se las agujerean cuando son pequeños; son aquellos de metal como de florín. El origen de estos guanines dicen que fueron Guabonito, Albeborael, Guahayona y el padre de Albeborael. Guahayona se quedó en la tierra con su padre, llamado Yauna. Su hijo, de parte de padre se llamaba Hia Guailí Guanin, que quiere decir hijo de Yauna; después se llamó Guanin, y hoy lleva el mismo nombre.

Como los indios no tienen letras, ni escrituras, no saben contar bien estas fábulas, ni yo puedo escribirlas con exactitud. Por lo cual creo que pongo primeramente lo que debía ser lo último, y lo último lo que debía estar antes; pero todo lo que escribo es según me lo contaron, y por tanto, yo lo refiero como lo supe de los indios.

[*Relación acerca de las antigüedades de los indios*, cap. VI.]

La "cohoba"

La *cohoba* es cierto polvo que ellos toman algunas veces para purgarse y para otros efectos que después se dirán. Toman ésta con una caña, medio brazo de larga; ponen un extremo en la nariz, y otro en aquel polvo, y así lo aspiran por la nariz y les hace purgar grandemente.

[*Relación acerca de las antigüedades de los indios*, cap. XI.]

La ley en canciones

Tienen su ley expuesta en canciones antiguas, por las que se gobiernan, igualmente que los moros por la escritura. Cuando quieren cantar sus canciones, tañen cierto instrumento que se llama *mayohavau*, que es de madera, cóncavo, fuerte y muy delgado, largo de un brazo, y ancho de medio brazo; la parte donde se toca tiene la forma de tenazas de herrador, y el otro lado semejante a una maza, de modo que parece una calabaza con el

cuello largo. Este instrumento que ellos tañen hace tanto ruido que se oye a distancia de una legua y media. Al son de éste cantan sus canciones, que las saben de memoria; lo tocan los hombres principales, que aprenden a manejarlo desde niños, y a cantar según su costumbre.

[*Relación acerca de las antigüedades de los indios*, cap. XIV.]

Cómo hacen y guardan los cemíes de madera o de piedra

Los de madera se hacen de la siguiente manera: Cuando alguno va de camino y le parece ver algún árbol que se mueve hasta la raíz, aquel hombre se detiene asustado y le pregunta quién es; el árbol responde: "Trae aquí un buhitihu; él te dirá quien soy". Aquel indio, llegado al médico, le dice lo que ha visto. El hechicero o brujo va luego a ver el árbol de que el otro le habló, se sienta junto a él y hace la *cohoba*, como arriba hemos dicho en la historia de los cuatro hermanos. Hecha la cohoba se levanta y le dice todos sus títulos como si fueran de un gran señor, y le dice: "Dime quién eres, qué haces aquí, qué quieres de mí y por qué me han hecho llamar; dime si quieres que te corte, o si quieres venir conmigo, y cómo quieres que te lleve; yo te construiré una casa con una heredad". Entonces que el árbol o *cemí*, hecho ídolo o diablo, le responde diciendo la forma en que quiere que lo haga. El brujo lo corta y lo hace del modo que se le ha ordenado, le edifica su casa con una posesión, y muchas veces al año le hace la cohoba, cuya cohoba es para tributarle oración, para complacerle, para saber del cemí algunas cosas malas o buenas, y también para pedirle riquezas. Cuando quieren saber si alcanzarán victoria contra sus enemigos, entran en una casa en la que no penetra nadie sino los hombres principales; su señor es el primero que comienza a hacer la cohoba y toca un instrumento. Mientras éste hace la cohoba ninguno de los que están en su compañía habla hasta que éste ha concluido. Después que acaba su discurso, está algún tiempo con la cabeza baja, y los brazos encima de las rodillas; luego alza la cabeza mirando al cielo y habla. Entonces, todos contestan a un tiempo con voz alta, y luego que han hablado todos para darle gracias, les cuenta la visión que tuvo embriagado con la cohoba que to-

mó por la nariz y se le subió a la cabeza; dicen haber hablado con los cemíes, y que los indios conseguirán victoria; que sus enemigos huirán; que habrá una gran mortandad, guerras, hambres y otras cosas tales, según el que está borracho, quiere decir. Júzguese cómo tendrán el cerebro, pues dicen que han visto las casas con los cimientos hacia arriba, y que los hombres caminan con los pies mirando al cielo. Esta cohoba se la hacen no solamente a los cemíes de piedra y de madera, mas también a los cuerpos de los muertos, según arriba hemos dicho. Los cemíes de piedra son de diversas hechuras; algunos hay que suponen sacados por los médicos del cuerpo de los enfermos; de éstos guardan aquellos que son mejores para el parto de mujeres preñadas. Hay otros que hablan, los cuales son de figura de un grande nabo con hojas extendidas por tierra, y largas como las de alcaparras. Estas hojas se parecen generalmente a las del olmo; otras, tienen tres puntas y creen que ayudan a nacer la *yuca;* su raíz es semejante al rábano, la hoja tiene generalmente seis o siete puntas; no sé a qué cosa compararla, porque no he visto alguna que se le parezca en España, ni en otro país. El tallo de la yuca es de la altura de un hombre. Digamos ahora de la fe que tienen en lo que se refiere a sus ídolos y cemíes, y de los grandes engaños que de éstos reciben.

[*Relación acerca de las antigüedades de los indios*, cap. XIX.]

Del cemí Buyayba

La *yuca* era pequeña, y la lavaron con el agua y el jugo mencionado para que fuese grande. Afirman que da enfermedades a quienes han hecho este cemí, por no haberle llevado yuca para comer. Este cemí era llamado Vaibrama. Cuando alguno enfermaba, llamaban al *buhitihu* y le preguntaban de qué procedería su dolencia; éste respondía que Vaibrama se la había enviado, porque no les envió de comer a los que tenían cuidado de su casa. Esto decía el buhitihu que lo había revelado el cemí Vaibrama.

[*Relación acerca de las antigüedades de los indios*, cap. XX.]

De otro cemí que se llamaba Opiyelguovirán

Del cemí Opiyelguovirán dicen que tiene cuatro pies como de perro; es de madera; muchas veces, por la noche salía de casa y se escondía en la selva, donde iban a buscarle, y vuelto a casa lo ataban con cuerdas, pero él se volvía al bosque. Cuando los cristianos llegaron a la isla Española dicen que éste huyó y se fue a una laguna; que lo siguieron por sus huellas, pero no vieron más, ni saben nada de él. Como lo compré así lo vendo.

[*Relación acerca de las antigüedades de los indios*, cap. XXII.]

Lo que creen de otro cemí que se llama Faraguvaol

Este *cemí* pertenece a un cacique principal de la isla Española; es ídolo y se le dan distintos nombres; fue hallado de la siguiente manera: Dícese que un día antes que la isla fuese descubierta, en el tiempo pasado, no saben cuándo, yendo de caza hallaron cierto animal tras del que corrieron y él se arrojó a una fosa; mirando en ésta vieron un madero que parecía cosa viva; el cazador, notando esto, fue a su señor, que era cacique y padre de Guarayonel, y le dijo lo que había observado. Luego fueron allá y vieron que aquello era como el cazador decía, por lo que cerca de aquel tronco le edificaron una casa. Dicen que el *cemí* salía de aquella casa varias veces y se iba al paraje de donde le habían traído, pero no en el mismo lugar, sino cerca; por esto, el mencionado señor, o su hijo Guarayonel, lo mandaron buscar y lo hallaron escondido; lo ataron de nuevo y lo pusieron en un saco. Sin embargo de esto, andaba, atado, lo mismo que antes. Así lo tiene por cierto aquella gente ignorante.

[*Relación acerca de las antigüedades de los indios*, cap. XXIV.]

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

(Sevilla, 1474 – Madrid, 1566)

De la personalidad compleja y robusta de Bartolomé de las Casas será pertinente señalar aquí tan sólo algunos de sus aspectos, aquellos que más directamente lo enlazan a nuestro tema.

Cuando no cumplidos los treinta años, licenciado en cánones por la Universidad de Salamanca, embarcaba con el comendador Nicolás de Ovando, rumbo a la Española, Las Casas parece cumplir un destino impuesto por ley de herencia. Allí se había trasladado en 1493 su padre, Pedro de las Casas, uno de los que el Almirante llevó en su segundo viaje, y allí estaba también su tío materno. Más aún, la vocación ultramarina tenía viejas raíces en la familia, pues en 1433 Juan II de Castilla confirmaba a Guillén de las Casas o Casaus la donación del señorío de Canarias hecha a su padre "Alfón de Casaus, que soledes ser llamado Alfón de las Casas".

Bartolomé de las Casas fue un testigo bien situado de la política de "conquista y población" en los años del gobierno de Nicolás de Ovando y de Diego Colón. Por primera vez aquella política encontró acérrimos adversarios en los primeros frailes de Santo Domingo, que en 1510 se establecieron en la isla, fray Pedro de Córdoba y fray Antonio Montesinos. Entonces precisamente Las Casas, ordenado presbítero, cantó su primera misa (la primera misa nueva del Nuevo Mundo). La doctrina de los dominicos, condenando la injusticia del trato aplicado a los indígenas, conmovió profundamente a Las Casas y fue el germen de su ulterior actuación. El momento no había llegado todavía.

Las Casas pasó a Cuba a principios de 1512 (o últimos de 1511) a los cuatro o cinco meses que Diego Velázquez había emprendido su conquista. Allí pudo ver los inicios de lo que en La Española se hallaba ya en pleno desarrollo. Las Casas, a quien había correspondido la encomienda de amplias tierras y numerosos indios, quiso predicar con el ejemplo de un trato benigno y paternal. ¿Era esto posible? Si la encomienda es un mal en sí misma, no puede haber encomendero bueno. El hecho de poseer una encomienda le quitaba autoridad a Las Casas para condenar el sistema; pero si él abandonaba la encomienda, sus indios pasarían de sus manos paternales a las de otro encomendero "destructor de indios". Para procurar un bien, causaría un grave

mal. El temperamento vehemente y rectilíneo de Las Casas no tardó en resolver su caso de conciencia.

Renuncia a sus bienes de conquistador; regresa a La Española y se une a la cruzada de fray Pedro de Córdoba y de fray Antonio Montesinos, viaja a España y profesa en el convento de predicadores de la ciudad de Santo Domingo (1523). Desaparecidos ya aquellos sus maestros, continuará la lucha tesoneramente hasta sus robustos 92 años.

La vehemencia apostólica de sus campañas, unida a la exageración andaluza de Las Casas, por lo menos en cuanto se refiere a números y magnitudes — entran en la vega de Maguá, nos dice, "sobre treinta mil ríos y arroyos, entre los cuales son los doce tan grandes como Ebro y Duero y Guadalquivir" — han estereotipado la imagen de fray Bartolomé como la del polemista por excelencia. Imagen incompleta, porque si Las Casas era polemista, un formidable polemista, era, al mismo tiempo y no en menor grado, un jurista y un historiador preocupado ante todo por la verdad y la justicia.

Desde su llegada a las Antillas en 1502, mucho antes de interesarse por la suerte de los indios, empezó ya su acopio de datos y documentos, lo que indica —como observa Hanke— su madera de historiador. Las Casas buscaba las fuentes más directas, los testimonios más fehacientes. Gracias a su celo histórico, disponemos del *Diario* del primer viaje colombino y de otros documentos que sin él estarían definitivamente perdidos; y por sus largas citaciones y referencias se disipan las dudas suscitadas por la hipercrítica contra la autenticidad de la *Vida del Almirante* escrita por su hijo Fernando. Las Casas es el único de los contemporáneos que supo comprender la grandeza histórica de Colón, sin caer, por otra parte, en la bobalicona admiración de tantos panegiristas posteriores.

Las Casas es un historiador apasionado, pero una cosa es pasión en los juicios y otra muy diversa inexactitud en los datos. El hombre que tanta diligencia pone en recoger y transcribir documentos; el que tiene tal sentido del detalle que nota de una manera precisa la correcta acentuación de las palabras indígenas que nos conserva — "*híbiz*, la primera sílaba luenga", "*guaríqueten*, la penúltima breve", "*cíbucam*, la media sílaba breve", "*burén*, aguda la última" —, tenía el prurito de la exactitud. No sorprende, por tanto, que Irene A. Wright, después de repasar concienzudamente en el Archivo de Indias los documentos concernientes a los primeros tiempos de la conquista de Cuba, afirme que aquellos documentos avalan las informaciones de fray Bartolomé, exceptuando su conocida exageración numérica.

El propósito de Las Casas de escribir una historia — que a pesar de todo, es la más completa y mejor documentada para el periodo que recubre (1492-1520)— no permitió que nos diera su obra de cronista para la cual lo dotaban óptimamente su intervención directa en los hechos, su conocimiento personal de los protagonistas, sus aptitudes de observador y su memoria prodigiosa. El cronista latente sale alguna vez a la superficie, cuando atestigua de lo que vio y vivió; casi siempre tratando de episodios de la Conquista, pero más raramente del estado de los aborígenes, sus creencias y su vida.

BIBLIOGRAFÍA

Historia de las Indias.

1875-76 Madrid — Primera edición de la obra en *C. D. I. – España,* vols. LXII-LXVI. "Advertencia preliminar" del Marqués de la Fuensanta del Valle y de don José Sancho Rayón.

1877 México — Reproducción de la anterior por J. M. Vigil. Como prólogo, la biografía de Las Casas por Manuel José Quintana. 2 vols.

1927 Madrid — Con prólogo de Gonzalo de Reparaz. M. Aguilar, editor. 3 vols.

1951 México — Edición crítica del manuscrito original por Agustín Millares Carlo. Estudio preliminar de Lewis Hanke. Fondo de Cultura Económica, 3 vols.

Apologética historia de las Indias.

1876 Madrid — Algunos capítulos publica Antonio María Fabié en el Apéndice a *C. D. I. – España,* vol. LXVI (último de la *Historia).*

1892 Madrid — *De las antiguas gentes del Perú,* por el padre Fray Bartolomé de las Casas. Prólogo de Marcos Jiménez de la Espada. *Colección de libros raros o curiosos,* vol. XXI. (Son 27 capítulos, no todos íntegros, de la *Apologética).*

1909	Madrid	En *Historiadores de Indias,* vol. I ("Nueva Biblioteca de Autores Españoles"), publica M. Serrano y Sanz la primera edición completa de la *Apologética historia de las Indias,* según el manuscrito hológrafo.
1939	Lima	*De las antiguas gentes del Perú…* (Reproduce la edición de 1892 Horacio H. Urteaga.)
1948	Lima	*De las antiguas…* (Nueva reproducción de la edición de 1892.) *Los pequeños grandes libros de historia americana.* Serie I, núm. 16.

[PRÁCTICAS COMUNES]

Dícese la manera de hacer el pan cazabi

Pasado, pues, el año, que es el tiempo del cual en adelante tiene su sazón el *comuco* o labranza, o la yuca, que son las raíces, para comenzar a hacer pan dellas o dél, van dos, o tres, o cuatro hombres o mujeres al comuco o labranza y sacan fácilmente y sin trabajo, con un palo escarbado, las raíces o yuca de los montones (como sea tierra molida y allí ayuntada, puesto que con las aguas se aprieta algo), de cada rama que se hizo de cada tarazón de nueve o diez de los que de a palmo plantaron, dos y tres y cuatro raíces mucho mayores que zanahorias y más gruesas, como se dijo, por manera que de cada montón sacan cuasi media carga y aun buena de un asno; y si la tierra es holgada y muy fértil, como la hay en muchas partes, da mucha más de la señalada.

Traídas estas raíces a casa, que comúnmente junto está la labranza, la cantidad dellas que quieren traer, con aquellas conchitas que dije como almejas, o las que llamamos en Castilla veneras, raspan aquella tez o hollejo que dije ser cuasi como leonada, y quedando la raíz como la nieve blanca, rállanlas en unas piedras ásperas sobre cierto lecho al cual llamaban *guaríqueten* (la penúltima breve) que hacen de palos y cañas puestas por suelo dél unas hojas o coberturas que tienen las palmas, que son como unos cueros de venados; finalmente, como si lo rallasen en una artesa para que aquella masa no se caiga, que es como la que podría salir de muchos nabos en un rallo rallados que estaría con mucho zumo blanco como es la masa dellos, de aquesta misma manera es aquella masa de la yuca.

Después de rallada la cantidad que determinan rallar, cúbrenla con las hojas de las palmas que dije y diré abajo, placiendo a Dios; déjanla cuasi como para livdar *(sic)* hasta otro día; tienen una manga que llaman *cíbucam* (la media sílaba breve) hecha de empleita de palma, de braza y media o poco más y ancha cuanto

quepa un brazo, la cual tiene un asa a cada cabo, de donde se puede colgar; esta manga hínchenla de aquella masa, muy llena y apretada, y cuélganla de la una asa de alguna rama de un árbol, y por la otra asa meten un palo de dos brazas o poco más, y metido el un cabo del palo en un agujero del árbol junto a la tierra, siéntanse dos y tres mujeres o personas al otro cabo del palo y están allí una hora o más sentadas, y así se aprieta y exprime toda aquella agua y jugo de la dicha masa. Sácanla después de la manga o cíbucam y queda ni más ni menos que si fuese alfeñique blanco y apretado, no seco, sino sin zumo, que es placer verlo cuán lindo está.

Tienen luego un cedazo algo más espeso que un harnero de los con que ahechan el trigo en el Andalucía, que llamaban *híbiz* (la primera sílaba luenga) hecho de unas cañitas de carrizo muy delicadas, y allí desboronan aquella masa ya vuelta en otra forma, la cual, como esté seca o enjuta sin el agua o zumo que tenía, luego se desborona con las manos y, pasado por aquel híbiz o cedazo algunas granzas o pedacillos de la yuca que no fue bien rallada.

La harina, así limpia y aparejada, tienen ya los hornos calientes, tres y cuatro, si quieren hacer cantidad de pan; estos hornos son como unos suelos de lebrillos en que amasan y lavan las mujeres del Andalucía; finalmente, son hechos de barro, redondos y llanos, de dos dedos en alto, como una rodela grande que estuviese no por medio levantada, sino toda llana; éstos llamaban *burén* (aguda la última). Tiénenlos puestos sobre tres o cuatro piedras, y debajo todo el fuego que cabe, y ellos así bien calientes, echan la dicha harina por todo el horno de dos dedos asimismo en alto, y está un cuarto bueno de hora cociéndose de aquella parte; después vuelven la torta con una hoja o vestidura de palma que es como si fuese pala o tabla muy delgada, de la manera que se vuelve una tortilla de huevos en la sartén con un plato, la cual está cociéndose de aquella parte otro tanto, y cocida queda la torta de altor de medio dedo, muy blanca y algo rosada; pónenla luego al sol, donde se tuesta en dos o tres horas y se para tan tiesa como si fuese un plato de barro cocido o una tabla, pero al tiempo del comer, luego o después de muchos días que lo ponen en la mesa, partiéndolo a pedazos con la mano, el

cual luego se parte y poco menos suena al partir que si partiesen un plato; metiéndolo en caldo de la olla se han de dar priesa a sacallo luego, porque no se quede todo deshecho en la escudilla como si fuese una oblea.

Queda blandísimo y suave y cuasi enjuto después de sacado del caldo y puestos los pedazos en un plato, del cual pueden comer suavemente mozos y viejos sin dientes, harto mejor, al menos los viejos, que del pan de trigo; hacíase y hácese muy delgado y muy más lindo y blanco, para poner a la mesa para los señores, cuasi como unas muy hermosas obleas, cuando es rallada la yuca en unos cueros de pescado como cazón, que los indios llamaban libuca (la media sílaba luenga), el cual cuero tenían apegado a una piedra, o cubierta la piedra con él, sobre que rallaban, y las tortas delgadas que desta masa rallada en aquellos cueros hacían, llamaban *xauxao;* en las piedras comunes rallado, hacían las tortas más gruesas para mantenimiento de mucha gente, y así cuando querían lo diferenciaban.

Después de puesto al sol aquellas dos, o tres, o cuatro horas o pocas más, en las cuales se seca y hace bizcocho, como es dicho, cuando se hace cantidad ponen las tortas en unos cadalechos de palos o cañas sobre unas horquetas, medio estado altas del suelo, y dura dos o tres años sin dañarse, tan bueno como si hubiera un mes que se hubiera hecho, pero hanlo de guardar de goteras y de agua, porque luego se deshace y no aprovecha para cosa sino para echarlo a los puercos y a las aves. Tiene cada persona que comer en dos arrobas de aquel pan o de aquellas tortas un mes bueno en abundancia.

[*Apologética historia de las Indias*, cap. XI.]

Manera que los indios tenían de producir el fuego

Hay otros (árboles) que llaman los indios *guácimas* (la media sílaba breve), que proprios son moredas en la hoja, puesto que la tiene áspera y gruesa, pero cuando comienza la nueva creo que sería para criar seda o poco menos: la fruta es de hechura de moras, pero es muy dura y negra, puesto que tiene algún zumo, pero muy poquito, y es dulce como miel, por lo cual los puercos le comen y con ella engordan y la van a buscar donde la huelen.

Deste árbol sólo sacaban fuego los indios; tomaban dos palos dél muy secos, el uno tan gordo como dos dedos, y hacían en él con las uñas o con una piedra una mosquecita, y ponían este palo debajo de ambos pies, y el otro palo era más delgado como un dedo, la punta redondilla, puesta en la mosca; con ambas palmas de las manos traíanlo a manera de un taladro, y esto con mucha fuerza; con este andar de manos salía del palo de abajo molido polvo, de la misma manera delgado como harina; cuanto el palo de abajo se ahondaba con el de arriba, y cuanto más el hoyo se ahondaba y el polvo salía, tanto más se hacía a priesa con las manos y con fuerza o vehemencia, y entonces el mismo polvo o madera molida que del palo de abajo salía era encendido de la manera que se enciende la yesca dando con el eslabón en el pedernal en Castilla.

Y ésta es la industria que los indios para sacar fuego sin hierro y pedernal tenían.

[*Apologética historia de las Indias*, cap. XIII.]

[DE LA ISLA DE CUBA]

Sus habitantes

Las gentes que primero la poblaron eran las mismas que tenían las islas de los Lucayos pobladas, gentes simplicísimas, pacíficas, benignas, desnudas, sin cuidado de hacer mal a nadie, antes bien unas a otras, como parece asaz claro en el libro i, cuando las descubrió y anduvo entre ellas muchos días el primer Almirante. Después pasaron desta isla Española alguna gente, mayormente después que los españoles comenzaron a fatigar y a oprimir los vecinos naturales désta, y, llegados en aquélla, o por grado o por fuerza en ella habitaron, y sojuzgaron por ventura los naturales della, que, como dije arriba, llamábanse ciboneyes (la penúltima luenga), y, según entonces creímos, no había cincuenta años que los désta hubiesen pasado a aquella isla. Finalmente, la gente que hallamos en ella era poco más o poco menos como la de ésta, excepto la de los dichos ciboneyes, que, como dije, era muy modesta y simplicísima. Tenían sus reyes y seño-

res, y sus pueblos de 200 y 300 casas, y en cada casa muchos vecinos, como acostumbraban los desta isla. Vivían todos pacíficos; no me acuerdo que oyésemos ni sintiésemos que unos pueblos contra otros, ni señores con otros tuviesen guerra.

Sus bailes y cantares eran más suaves y mejor sonantes y más agradables que los desta isla.

Su religión

La religión que tenían ninguna era, porque ni tenían templos, ni ídolos, ni sacrificios, ni cosa que acerca desto pareciese a idolatría; sólo tenían los sacerdotes o hechiceros o médicos, que en nuestra *Apologética historia* dijimos tener las gentes desta isla, los cuales se cree que hablaban con los demonios, o los demonios les declaraban sus dudas y les daban de lo que pedían respuestas. Y para ser dignos de aquella visión o comunicación diabólica, desta manera que diremos se disponían: ayunaban tres y cuatro meses y más continos, que cuasi cosa no comían, si no era cierto zumo de hierbas que sólo bastaba para no expirar y salírseles el ánima; después que así quedaban flaquísimos y macerados de hambre, y más que martirizados, eran ya dignos y aptos para que les apareciese aquella visión infernal, y con ellos comunicase, y apareciéndoles, notificaba si había de haber buenos o malos temporales, si enfermedades, si hijos les nacerían o vivirían los ya nacidos y otras cosas que le preguntaban; y éstos eran sus oráculos.

Así era en estas gentes, de gracia y de doctrina, como todas las otras del mundo, desamparadas, y por medio déstos, que los indios llamaban en la lengua desta Española y de Cuba *behiques* (la media sílaba luenga), debían sembrar en toda la otra gente muchas supersticiones y agorerías y ramos o señales de idolatría, que nosotros por aquellos tiempos de escudriñarlo no curamos, y así lo tuvieron en esta isla Española, como en el susodicho libro declaramos. Hacíanse aquellos behiques o hechiceros, médicos, y curaban soplando y con otros actos exteriores y hablando entre dientes algunas palabras.

Conocimiento tenían estas gentes de Cuba, de que había sido el cielo y las otras cosas criadas, y decían que por tres personas,

y que la una vino de tal parte y la otra de tal, como otras patrañas; yo les decía que aquellas tres personas eran un verdadero Dios en Trinidad, etc. Tuvieron noticia grande del Diluvio, y que se había perdido el mundo por mucha agua.

Sus leyes

Acerca de las costumbres y leyes que tenían, como duraron poco por la causa que los desta isla Española, ni los primeros que allí fuimos, ni los que después aquella isla asolaron no entendimos dellas nada.

Pues como estas gentes desta isla y de la de Cuba, y de todas estas Indias, las hayamos hallado vivir en pueblos y en ayuntamientos grandes, como lugares y ciudades, aunque más dellos no sepamos, podemos razonablemente juzgar que, o eran con justicia por sus mayores gobernadas, o que de su propia y natural condición vivían cada uno sin ofensa y daño de los demás.

Sus buenas costumbres

Las gentes destas cuatro islas, Española, Cuba, San Juan y Jamaica, y las de los Lucayos, carecían de comer carne humana, y del pecado contra natura y de hurtar y otras costumbres malas; de lo primero ninguno dudó hasta hoy; de lo segundo, tampoco aquellos que tractaron y conocieron estas gentes, solamente Oviedo, que presumió de escribir historia de lo que nunca vio, ni conoció, ni vio algunas déstas, las infamó deste vicio nefando, diciendo que eran todos sodomitas, con tanta facilidad y temeridad, como si dijera que la color dellas era un poco fusca o morena más que la de los de España. Es verdad lo que aquí digo, que por muchos años que en esta isla estuve y vide y conocí las gentes della, y traté con los españoles y con religiosos y españoles que con el primer Almirante la primera vez vinieron, y con mi mismo padre que con él entonces vino, y que nunca jamás oí ni sospeché, ni sentí que hombre hablase, ni sospechase, ni sintiese dellas cosa deste vicio, más que se habla, ni entiende, ni se siente, ni sospecha de los de España que son los nuestros, antes oí decir algunas veces a los mismos españoles que los oprimían y

acabaron de matar "¡oh, qué gente tan bien aventurada era ésta si fueran cristianos!", conociendo la bondad natural que tenían y carecían de vicios; y después, mirando yo de propósito en ello y preguntando a personas que pudieran saber o sospechar algo dello, si lo hubiera, y me fue siempre respondido, que ninguna memoria ni sospecha se tuvo desto y entre otras personas fue una mujer vieja, india, cacica o señora, que había sido casada con un español de los primeros en esta isla, estándola yo confesando, miré en preguntarle si antes que los españoles a esta isla viniesen había entre los hombres alguna costumbre o mácula deste vicio, y me respondió: "Padre, no, porque si la hubiera entre los indios, las mujeres, a bocados, los comiéramos y no quedara hombre dellos vivo". En la isla de Cuba, cuando allí fuimos, hallamos un indio solo que traía unas naguas, que es vestidura de mujeres, con que se cubren de la cinta a la rodilla, de lo cual tuvimos alguna sospecha si había algo de aquello, pero no lo averiguamos, y pudo ser que por alguna causa, aquél o otros, si quizá los había, se dedicasen a hacer oficios de mujeres y trajese aquel vestido, no para el detestable fin, de la manera que refiere Hipócrates y Galeno, que hacen algunas gentes cithias, los cuales, por andar mucho a caballo, incurren cierta enfermedad, y para sanar della sángranse de ciertas venas, de donde finalmente les proviene a que ya no son hombres para mujeres, y, conociendo en sí aquel defecto, luego mudan el hábito, y se dedican, ofrecen y ocupan en los oficios que hacen las mujeres, y no para otro mal efecto; así pudo ser allí o en otras partes destas Indias donde aquéllos se hallasen, o por otras causas, según sus ritos y costumbres, y no para fin de aquellas vilezas.

[*Historia de las Indias*, lib. III, p. XXIII.]

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO

(Madrid, 1478 – Valladolid, España, 1557)

Nacido en Madrid, pero oriundo del Valle de Valdés, en Asturias, Fernández de Oviedo tuvo una primera formación mediterránea. Entró a servir en su niñez en la casa de don Alfonso de Aragón, segundo duque de Villahermosa, sobrino de Fernando el Católico. Fue luego (1490) mozo de cámara del primogénito real príncipe don Juan, y acompañándolo se hallaba en Barcelona cuando los reyes recibieron al Almirante, al regreso de su primer viaje a las Antillas. Este hecho se marcó de manera indeleble en el recuerdo de Oviedo. Años más tarde, a propósito de la ciudad de Santo Domingo, hablará de Barcelona, de sus calles, de sus casas de piedra y de su Montjuic, y siempre dará al apellido del Almirante, de sus hermanos y de sus hijos, cuyo amigo fue, la forma catalana que oiría en Barcelona: Colom.

A la prematura muerte del príncipe Juan, se alista en los tercios de Nápoles, llegando a familiar del rey Fadrique. En 1502, lleno de recuerdos de Nápoles y de Sicilia, regresa a España, donde ejerce de secretario del gran capitán Gonzalo de Córdoba.

Por fin la ilusión, acariciada desde largo tiempo, se realiza. En 1514 se abre ante Fernández de Oviedo la inmensidad oceánica, embarcando en la expedición de Pedro Arias Dávila, la misma en que iba otro futuro cronista, Bernal Díaz del Castillo. Oviedo, que había conservado buenos apoyos en la corte, llevaba el cargo de veedor de las fundiciones de oro de Tierra Firme. Fue luego regidor y teniente del Darién, gobernador electo de la provincia de Cartagena, y durante muchos años alcaide de la fortaleza y regidor de Santo Domingo.

Fue también, y esto es lo más importante para nosotros, el primer "Cronista general de las Indias", desde 1532, y en esta calidad tenía reales cédulas para que conquistadores y gobernantes le enviasen relación de todo lo que pudiera interesar.

De las Indias, parece haber estado únicamente en Tierra Firme y en la isla de Haití, o La Española, pero cruzó doce veces el Atlántico.

En 1526 publica en Toledo el *Sumario de la natural historia de las Indias*, compuesto de memoria en España, pues todos sus papeles se encontraban en Santo Domingo. Es una buena descripción de las tierras recién descubiertas, con lo más notable de su flora y de su fauna,

de las costumbres de los naturales, las minas de oro, la navegación. El objeto de este *Sumario* era, sin duda, llamar la atención sobre la gran obra que preparaba y facilitar su aparición. Lo consiguió, pues la primera parte de la *Historia general y natural de las Indias occidentales* (xix libros), vio la luz en Sevilla en 1535. Reimprimiose en Salamanca, 1547, sin variación alguna de sustancia, pero recogiendo cuantas noticias y pormenores podían aumentar su interés. Sin embargo, el cronista no ve publicada la integridad de su trabajo, a causa (según indica Gómara) de las intrigas de Las Casas. Se retrasó tanto la impresión, que sólo estaba listo el primer libro de la Segunda Parte cuando, en 1557, Oviedo terminó su vida en la ciudad de Valladolid. La obra quedó así abandonada, hasta que la Academia de la Historia, de Madrid, encargó su edición completa a don José Amador de los Ríos. Tan sólo una parte del libro L y último ("Infortunios y naufragios") acompañó a las ediciones de la Primera Parte.

La última fecha citada por Oviedo es la de 1548. En esta época dejó la pluma. Había trabajado en su obra "desde el tiempo que estas partes se descubrieron por el primer almirante don Cristóbal Colom, año de 1492, hasta el presente de 1548, y pues ha cincuenta años que en esto entiendo, creer se debe que es historia". Claro está que 1492 (más exactamente, 1493) no ha de tomarse literalmente como fecha inicial de la historia de Oviedo, sino como aquella en que su ánimo juvenil, entrado apenas en la pubertad, concibió el primer deseo de escribirla, al ver al almirante con sus indios y sus presentes, y oír, tal vez en la cámara del príncipe don Juan, las narraciones semifabulosas de sus compañeros de aventura.

No fue Oviedo, como otros lo fueron, el hombre que sale de su terruño natal para enfrentarse, sin transición alguna, a los temores del océano, todavía apenas navegado, y al misterioso hechizo de las tierras vírgenes. En los viejos puertos mediterráneos, en la gran Parténope, que no olvidaba la corte de humanistas del Magnánimo, se había formado en aquel ambiente de entusiasmo crítico, que me parece signo y médula del Renacimiento. Su "curiosidad despierta", como la llama Iglesia, era servida por una mente positivista, y esto lo apega a la realidad de los hechos. "No escribo de autoridad de algún historiador o poeta, sino como testigo de vista en la mayor parte de cuanto aquí trataré; y lo que yo no hubiere visto, direlo por relación de personas fidelignas, no dando en cosa alguna crédito a un solo testigo, sino a muchos, en aquellas cosas que por mi persona no hubiere experimentado." Insistiendo de nuevo en esta distinción entre lo visto y lo no visto por él, añade: "Yo sé cierto que digo verdad en lo que es-

cribo, y confieso que en las cosas en que no he sido presente, podrían haberme engañado los que me dieron relación dellas".

Oviedo tiene buena cuenta en indicar a sus lectores las fuentes de información de todos los hechos que no presenció. Para la Nueva España se sirve de las *Cartas de relación*, cuya copia le mandó Cortés, y también de cartas del virrey Antonio de Mendoza. Por lo que se refiere al Perú, a más de utilizar testigos fidedignos sus conocidos, se valió de diversas narraciones escritas a vista de los sucesos, que cita, extracta o inserta íntegras, entre ellas las de Miguel de Artete, Diego de Molina, Alfonso Dávila, Fray Francisco de Bobadilla, Diego de Almagro, y sobre todo la del capitán Alfonso de Montemayor, la más completa e interesante de cuantas llegaron a sus manos. Conoció también la *Conquista del Perú*, de Francisco de Xerez, pero, lejos de seguirla, la contradice y enmienda, mostrándose poco pagado de su exactitud histórica. Esta *Antología* no es de historiadores, sino de cronistas; recogeremos, pues, aquellos textos en que el primer cronista general de las Indias habla como testigo presencial, aunque hayamos de reducirnos a la zona de las Antillas y del Caribe.

BIBLIOGRAFÍA

Historia general y natural de las Indias. 1547.
Ediciones

1535 Sevilla — *Primera Parte de la Historia…* (Comprende los libros I a XIX y el de los *Infortunios y naufragios,* que será el L y último de la obra completa.)

1552 — *Historia del Estrecho de Magallanes, que es su descubrimiento primero.* ("El autor lo escribió como libro XX de la General que pretendía acabar", dice León Pinelo, a quien debemos la noticia de esta impresión.)

1851-55 Madrid — *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-firme del mar Océano,* por el capitán… primer Cronista del Nuevo Mundo. Publícala la Real Academia de la Historia; cotejada con el códice original, enriquecida con las enmiendas y adiciones del autor, e ilustrada con la vida y el juicio de las obras del mismo por Don José Amador de los Ríos. 4 vols. in 4º.

1945 Asunción *Historia general…* Reproduce la edición anterior, sustituyendo el prólogo de J. Amador de los Ríos por otro de J. Natalicio González. Edición de la "Editorial Guarania" de Asunción del Paraguay, impresa en Buenos Aires, 14 vols. in 8º.

Traducciones

Francesas

1556 París *Histoire naturelle et génèrale des Indes, isles et terres fermes de la mer Océane,* Traduite du castillan en français par Jean Poleur. (Traduce la edición de 1535.)

1840 París *Histoire de Nicaragua,* écrite par Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. En Ternaux, vol. XIV. Corresponde al libro XLII (IV de la Tercera Parte) de la obra completa.

Italiana

1565 Venecia La *Primera Parte* (edición de 1535) y el lib. XLIX *(Navegación de Orellana),* en Ramusio, vol. III.

[DE LAS COSTUMBRES DE HAITÍ]

De los areytos o bailes cantando

Pasemos a los areytos o cantares suyos, que es la segunda cosa que se prometió en el título deste capítulo. Tenían estas gentes una buena e gentil manera de memorar las cosas pasadas e antiguas; y, esto era en sus cantares e bayles, que ellos llaman *areyto*, que es lo mismo que nosotros llamamos baylar cantando.

El qual *areyto* hacían desta manera. Quando querían aver placer, celebrando entre ellos alguna notable fiesta, o sin ella por su pasatiempo, juntábanse muchos indios e indias (algunas veces los hombres solamente, y otras veces las mujeres por sí); y en las fiestas generales, así como por una victoria o vencimiento de los enemigos, o casándose el cacique o rey de la provincia, o por otro caso en que el placer fuese comúnmente de todos, para que hombres e mujeres se mezclasen. E por más extender su alegría e regocijo, tomábanse de las manos algunas veces, e también otras trabábanse brazo ensartados, o asidos muchos en rengle (o en corro asimismo), e uno dellos tomaba el oficio de guiar (ora fuese hombre o mujer), y aquel daba ciertos pasos adelante e atrás, a manera de un contrapás muy ordenado, e lo mismo (y en el instante) hacen todos, e así andan en torno, cantando en aquel tono alto o baxo que la guía los entona, e como lo hace e dice, muy medida e concertada la cuenta de los pasos con los versos o palabras que cantan. Y así como aquel dice, la multitud de todos responde con los mismos pasos, e palabras, e orden; e en tanto que le responden la guía calla, aunque no cesa de andar el contrapás. Y acabada la respuesta, que es repetir o decir lo mismo que el guiador dijo, procede encontinente, sin intervalo, la guía a otro verso e palabras, que el corro e todos torna a repetir; e así sin cesar, les tura estos tres o quatro horas y más, hasta que el maestro o guiador de la danza acaba su historia; y a veces les dura desde un día hasta otro.

Algunas veces junto con el canto mezclan un atambor, que es hecho en un madero redondo, hueco, concabado, e tan grueso como un hombre e más o menos, como le quieren hacer; e suena como los atambores sordos que hacen los negros; pero no le ponen cuero, sino unos agujeros e rayos que trascienden a lo hueco, por do rebomba de mala gracia. E así, con aquel mal instrumento o sin él, en su cantar (qual es dicho) dicen sus memorias e historias pasadas; y en estos cantares relatan de la manera que murieron los caciques pasados, y quántos y quáles fueron, e otras cosas que ellos quieren que no se olviden. Algunas veces se remudan aquellas guías o maestro de la danza; y mudando el tono y el contrapás, prosigue en la misma historia, o dice otra (si la primera se acabó), en el mismo son u otro.

En el tiempo que el comendador mayor don fray Nicolás de Ovando gobernó esta isla, hizo un areyto antel Anacaona, mujer que fue del cacique o rey Caonabo (la qual era gran señora): e andaban en la danza más de trescientas doncellas, todas criadas suyas, mujeres por casar; porque no quiso que hombre ni mujer casada (o que hubiese conocido varón) entrasen en la danza o areyto. Así que tornando a nuestro propósito, esta manera de cantar en esta y en las otras islas (y aun en mucha parte de la Tierra-Firme) es una efigie de historia o acuerdo de las cosas pasadas, así de guerras como de paces, porque con la continuación de tales cantos no se les olviden las hazañas e acaecimientos que han pasado. Y estos cantares les quedan en la memoria, en lugar de libros de su acuerdo; y por esta forma recitan las genealogías de sus caciques y reyes o señores que han tenido, y las obras que hicieron, y los malos o buenos temporales que han pasado o tienen; e otras cosas que ellos quieren que a chicos e grandes se comuniquen e sean muy sabidas e fijamente esculpidas en la memoria. Y para este efecto continúan estos areytos, porque no se olviden, en especial las famosas victorias por batallas.

En tanto que turan estos sus cantares e los contrapases o bailes, andan otros indios e indias dando de beber a los que danzan, sin se parar alguno al beber, sino meneando siempre los pies e tragando lo que les dan. Y esto que beben son ciertos brebajes que entre ellos se usan, e quedan, acabada la fiesta, los más dellos y dellas embriagos e sin sentido, tendidos por tierra muchas

horas. Y así como alguno cae beodo, le apartan de la danza e prosiguen los demás; de forma que la misma borrachera es la que da conclusión al areyto. Esto quando el areyto es solemne e hecho en bodas o mortuorios o por una batalla, o señalada victoria e fiesta; porque otros areytos hacen muy a menudo sin se emborrachar. E así unos por este vicio, otros por aprender esta manera de música, todos saben esta forma de historiar, e algunas veces se inventan otros cantares y danzas semejantes por personas que entre los indios están tenidos por discretos e de mejor ingenio en tal facultad.

[*Historia general*, lib. v, cap. i.]

De las camas en que duermen, o hamacas

Bien es que se diga qué camas tienen los indios en esta isla Española, a la qual cama llaman *hamaca;* y es de aquesta manera.

Una manta tejida en partes y en partes abierta, a escaques cruzados hecha red, porque sea más fresca, y es de algodón hilado (de mano de las indias), la cual tiene de luengo diez o doce palmos y más o menos y del ancho que quieren que tenga. De los extremos desta manta están asidos e penden muchos hilos de cabuya o de henequén (de los cuales hilos se dirá adelante en el capítulo x del libro vii). Aquestos hilos o cuerdas son postizos e luengos, e vanse a concluir cada uno por sí en el extremo o cabos de la hamaca, desde un trancahilo (de donde parten), que está hecho como una empulguera de una cuerda de ballesta, e así la guarnecen, asidos al ancho de cornijal a cornijal, en el extremo de la hamaca. A los cuales trancahilos ponen sendas sogas de algodón o de cabuya bien hechas o del gordor que quieren: a las cuales sogas llaman *hicos*, porque hico quiere decir lo mismo que soga, o cuerda; y el un hico atan a un árbol o poste y el otro al otro, y queda en el aire la hamaca, tan alta del suelo como la quieren poner. E son buenas camas e limpias, e como la tierra es templada, no hay necesidad alguna de ropa encima, salvo si no están a par de algunas montañas de sierras altas, donde haga frío; e como son anchas e las cuelgan flojas, porque sean más blandas, siempre sobra ropa de la misma hamaca, si la quieren

tener encima de algunos dobleces della. Pero si en casa duermen, sirven los postes o estantes del buhío, en lugar de árboles, para colgar estas hamacas o camas: e si hace frío, ponen alguna brasa sin llama debajo de la hamaca, en tierra o por allí cerca, para se calentar.

[*Historia general*, lib. v, cap. ii.]

De las casas y moradas

Vivían los indios desta Isla de Haytí o Española en las costas o riberas de los ríos o cercas de la mar, o en los asientos que más les agradaban, o eran en su propósito, así en lugares altos, como en los llanos o en valles e florestas; porque de la manera que querían así hacían sus poblaciones e hallaban disposición para ello; e junto a sus lugares tenían sus labranzas e *conucos* (que así llaman sus heredamientos) de maizales e yuca, e arboledas de frutales. Y en cada plaza que avía en el pueblo o villa estaba lugar diputado para el juego de la pelota (que ellos llaman *batey)* y también a la salidas de los pueblos había asimismo sitio puesto con asientos, para los que mirasen el juego, e mayores que los de las plazas, de lo cual en el capítulo siguiente se tratará más largo.

Tornemos a las casas en que moraban, las cuales comúnmente llaman *buhío* en estas islas todas (que quiere decir casa o morada); pero propiamente en la lengua de Haytí el buhío o casa se llama *eracra*. Estas eracras o buhíos son en una de dos maneras, e en ambas se hacían, según la voluntad del edificador; y la una forma era aquesta. Hincaban muchos postes a la redonda de buena madera, y de la groseza (cada uno) conveniente, y en circuito a cuatro o cinco pasos de un poste del otro, o en el espacio que querían que hubiese de poste a poste: e sobre ellos, después de hincados en tierra, por encima de las cabezas, en lo alto pónenles sus soleras, e sobre aquellas ponen en torno la varazón (que es la templadura para la cubierta); las cabezas o grueso de las varas sobre las soleras que es dicho, e lo delgado para arriba, donde todas las puntas de las varas se juntan e resumen en punta, a manera de pabellón. E sobre las varas ponen de través cañas, o latas de palmo a palmo (o menos), de dos en dos (o senci-

llas), e sobre aquesto cubren de paja delgada e luenga: otros cubren con hojas de bihaos: otros con cogollos de cañas; otros con hojas de palmas, y también con otras cosas. En la bajo, en lugar de paredes desde la solera a tierra, de poste a poste, ponen cañas hincadas en tierra, someras e tan juntas, como los dedos de la mano juntos; e una a par de otra hacen pared, e átanlas muy bien con bejucos, que son unas venas o correas redondas que se crían revueltas a los árboles (y también colgando dellos) como la correhuela: los cuales bejucos son muy buena atadura, porque son flexibles e tajables, e no se pudren, e sirven de clavazón e ligazón en lugar de cuerdas y de clavo para atar un madero con otro, e para atar las cañas asimismo. El buhío o casa de tal manera hecho, llámase *caney*. Son mejores e más seguras moradas que otras, para defensa del aire, porque no las coge tan de lleno. Estos bejucos que he dicho o ligazón, se hallan dellos quantos quieren, e tan gruesos o delgados, como son menester. Algunas veces los hienden para atar cosas delgadas, como hacen en Castilla los mimbres para atar los arcos de las cubas; y no solamente sirve el bejuco para lo que es dicho, pero también es medicinal; e hay diversos géneros de bejucos, como se dirá en su lugar adelante, quando se trate de las hierbas, e plantas, e árboles medicinales e sus propriedades.

Esta manera de casa o caney, para que sea fuerte e bien trabada la obra e armazón toda, ha de tener en medio un poste o mástel de la groseza que convenga, e que se fije en tierra cuatro o cinco palmos hondo, e que alcance hasta la punta o capitel más alto del buhío; al cual se han de atar todas las puntas de las varas. El cual poste ha de estar como aquel que suele haber en un pabellón o tienda de campo, como se traen en los ejércitos e reales en España e Italia, porque por aquel mástel está fija la casa toda o caney.

Otras casas o buhíos hacen asimismo los indios, y con los mismos materiales; pero son de otra fación y mejores en la vista, y de más aposento, e para hombres más principales e caciques; hechas a dos aguas y luengas, como las de los cristianos, e así de postes e paredes de cañas y maderas, como está dicho. Estas cañas son macizas y más gruesas que las de Castilla y más altas, pero córtanlas a la medida de la altura de las paredes que quie-

ren hacer, y a trechos en la mitad van sus horcones, que acá llamamos haytinales, que llegan a la cumbrera e caballete alto; y en las principales hacen unos portales que sirven de zaguán o recibimiento, e cubiertas de paja, de la manera que yo he visto en Flandes cubiertas las casas de los villajes o aldeas. E si lo uno es mejor que lo otro e mejor puesto, creo que la ventaja tiene el cubrir de las Indias a mi ver, porque la paja o hierba de acá, para esto es mucho mejor que la paja de Flandes.

[*Historia general*, lib. VI, cap. I.]

Del juego del batey o de la pelota

En torno de donde los jugadores hacían el juego, diez por diez y veinte por veinte, y más o menos hombres, como se concertaban, tenían sus asientos de piedra; e al cacique e hombres principales poníanles unos banquillos de palo, muy bien labrados, de lindas maderas, e con muchas labores de relieve e concavadas, entalladas y esculpidas en ellos, a los cuales bancos o escabelo llaman *duho*. E las pelotas son de unas raíces de árboles e de hierbas e zumos e mezcla de cosas, que toda junta esta mixtura parece algo cerapez negra. Juntas estas y otras materias, cuécenlo todo e hacen una pasta; e redondéanla e hacen la pelota, tamaña como una de las de viento en España, e mayores e menores: la cual mixtura hace una tez negra, e no se pega a las manos; e después que está enjuta tórnase algo esponjosa, no porque tenga agujero ni vacuo alguno, como la esponja, pero aligerécese, y es como fofa y algo pesada.

Estas pelotas saltan mucho más que las de viento sin comparación, porque de sólo soltalla de la mano en tierra, suben mucho más para arriba, e dan un salto e otro e otro y muchos, disminuyendo en el saltar por sí mismas, como lo hacen las pelotas de viento e muy mejor. Mas como son macizas, son algo pesadas; e si les diesen con la mano abierta o con el puño cerrado, en pocos golpes abrirían la mano o la desconcertarían. Y a esta causa le dan con el hombro y con el codo y con la cabeza, y con la cadera lo más continuo, o con la rodilla; y con tanta presteza y soltura, que es mucho de ver su agilidad, porque aunque vaya la pelota casi a par del suelo, se arrojan de tal manera desde tres o

cuatro pasos apartados, tendidos en el aire, y le dan con la cadera para la rechazar. Y de cualquier bote o manera que la pelota vaya en el aire (e no rastrando), es bien tocada; porque ellos no tienen por mala ninguna pelota (o mal jugada), porque haya dado dos, ni tres, ni muchos saltos, con tanto que al herir, le den en el aire. No hacen chazas, sino pónense, tantos a un cabo como a otro, partido el terreno o compás del juego, y los de acullá la sueltan o sirven una vez, echándola en el aire, esperando que el toque primero qualquiera de los contrarios; y en dándole aquél, luego sucede el que antes puede de los unos o de los otros, y no cesan con toda la diligencia posible a ellos, para herir la pelota. Y la contención es que los deste cabo la hagan pasar del otro puesto adelante de los contrarios, o aquellos la pasen de los límites o puesto destos otros; y no cesan hasta que la pelota va rastrando, que ya por no aver sido el jugador a tiempo, o no hace bote, o está tan lejos que no la alcanza, e ella se muere o se para de por sí. Y este vencimiento se cuenta por una raya, e tornan a servir para otra los que fueron servidos en la pasada, e a tantas rayas, cuantas primero se acordaron en la postura, va el precio que entre las partes se concierta.

Y es cosa de maravillar ver cuán diestros y prestos son los indios (e aun muchas indias) en este juego: el cual lo más continuamente juegan hombres contra hombres, o mujeres contra mujeres, y algunas veces mezclados ellos y ellas; y también acaece jugarle las mujeres contra los varones, y también las casadas contra las vírgenes.

[*Historia general*, lib. VI, cap. II.]

De las canoas o piraguas

En esta Isla Española y en las otras partes todas destas Indias que hasta el presente se saben, en todas las costas de la mar, y en los ríos que los cristianos han visto hasta ahora, hay una manera de barcas que los indios llaman *canoa*, con que ellos navegan por los ríos grandes y asimismo por estas mares de acá; de las cuales usan para sus guerras y saltos y para sus contrataciones de una isla a otra, o para sus pesquerías y lo que les conviene. E asimismo los cristianos que por acá vivimos, no podemos

servirnos de las heredades que están en las costas de la mar y de los ríos grandes, sin estas canoas. Cada canoa es de una sola pieza o sólo un árbol, el cual los indios vacían con golpes de hachas de piedras engastadas; y con éstas cortan o muelen a golpes el palo ahocándolo, y van quemando lo que está golpeado y cortado, poco a poco, y matando el fuego, tornando a cortar y golpear como primero; y continuándolo así, hacen una barca casi de talle de artesa o dornajo; pero honda e luenga y estrecha, tan grande y gruesa como la sufre la longitud y latitud del árbol, de que la hacen; y por debajo es llana y no le dejan quilla, como a nuestras barcas y navíos.

Éstas he visto de porte de cuarenta y cincuenta hombres, y tan anchas que podría estar de través una pipa holgadamente entre los indios flecheros, porque éstos usan estas canoas tan grandes o mayores, como lo que he dicho, e llámanlas los caribes *piraguas*, y navegan con velas de algodón y al remo asimismo con sus *nahes* (que así llaman a los remos). Y van algunas veces bogando de pies, y a veces asentados, y cuando quieren de rodillas. Son estos nahes como palas luengas, y las cabezas como una muleta de un cojo o tullido. Hay algunas destas canoas tan pequeñas, que no caben sino dos o tres indios, y otras seis, y otras diez e de ahí adelante, según su grandeza. Pero las unas y las otras son muy ligeras, mas peligrosas, porque se trastornan muchas veces; pero no se hunden aunque se hinchan de agua; e como estos indios son grandes nadadores, tórnanlas a enderezar y danse muy buena maña a las vaciar. No son navíos que se apartan mucho de la tierra, porque como son bajos, no pueden sufrir grande mar; e si hace un poco de temporal, luego se anegan, y aunque no se hundan, no es buen pasatiempo andar hombre asido (dentro del agua) a la canoa, en especial el que no sabe nadar, como ha acaecido muchas veces a cristianos que se han ahogado. Y con todo eso son más seguras estas canoas que nuestras barcas (en caso de hundirse), porque aunque las barcas se hunden menos veces, por ser más alterosas y de más sostén, las que una vez se hunden vanse al suelo; y las canoas, aunque se aneguen e hinchan de agua, no se van al suelo ni hunden, como he dicho, e quédanse sobreaguadas. Pero el que no fuere muy buen nadador, no las contiene mucho. Ninguna barca anda tanto

como la canoa, aunque la canoa vaya con ocho remos e la barca con doce; e hay muchas canoas que la mitad menos de gente que vaguen, andará más que la barca; pero ha de ser en mar tranquila e con bonanza.

[*Historia general*, lib. VI, cap. IV.]

[DE LA ISLA DE JAMAICA]

Manera que tienen para tomar las ánseres bravas

En el tiempo que es el paso destas aves, pasan muchas e muy grandes compañías dellas por aquella isla; y como hay en ella algunas lagunas y estaños, cuando se posan en tierra para su pasto e descanso, asiéntanse a par destos lagos. E los indios que por allí cerca viven echan en el agua unas grandes calabazas vacías y redondas que se andan algunos días por encima del agua, y el viento las lleva de unas partes a otras e las trae a las orillas o costa de tierra. Las ánseres al principio se escandalizan e levantan y se apartan de las calabazas, viéndolas mover; pero como ven que no les viene daño de su movimiento, poco a poco pierden el miedo; y de día en día, domesticándose con las calabazas, descuídanse tanto que se atreven a subir muchas destas ánsares encima de las calabazas. E así se andan con el viento sobre ellas a una parte y a otra, según el aire las mueve; e cuando los indios ven y conocen que las ánsares están ya muy aseguradas e domésticas de la vista y movimiento e uso de las calabazas, pónese el indio una calabaza hasta los hombros, y todo los demás de la persona tiene debajo del agua, y por un agujero pequeño mira a dónde están las ánsares: e pónese junto a ellas, e salta alguna encima; e como él la siente, apártase muy paso, si quiere, nadando sin ser entendido ni sentido de la que lleva sobre sí ni de otra (porque en nadar esta gente e indios son de más habilidad de lo que se puede pensar de hombres); y cuando está algo desviado de las otras ánsares, y le parece que es tiempo, saca la mano y ásela por las piernas y métela debajo del agua y ahógala y pónesela en la cinta, e torna de la misma manera a tomar otra y otras. Y desta forma y arte toman los indios mucha cantidad dellas. También sin se desviar de allí, así como se le asienta enci-

ma, la toma como he dicho y la mete debajo del agua y se la pone en la cinta, sin que las demás se vayan ni espanten, porque piensan que aquellas tales se hayan ellas mismas escabullido por tomar algún pescado. Y desta causa no se alteran ni dejan los indios de tomar muchas. Pasando yo por aquella isla, comí algunas ánsares así engañadas, e son muy buen manjar: las cuales son pequeñas y blancas, e como he dicho, en tiempo del paso dellas hay innumerables; pero también entre el año se hallan algunas.

[*Historia general*, lib. XVIII, cap. II.]

SEGUNDA PARTE
LOS PUEBLOS DEL NORDESTE

Ponce de León dio el nombre de Florida a la tierra donde desembarcó en la Pascua florida de 1513; pero en los primeros tiempos el nombre no se aplicará sólo a la península —que se tuvo como isla— sino a una vasta región de límites imprecisos, extendida al Este y al Oeste de aquélla, y habitada por gentes de muy diversos grados de cultura.

Las tribus del extremo sur de la península pertenecían al mismo nivel que los habitantes de las islas. Los de más al Norte, en las zonas templadas y templado-frías de la costa atlántica y del interior, eran gente más fuerte y combativa, con técnicas avanzadas en los trabajos de hueso y de cuero, del cual se vestían, así como de algodón y lana, por la dureza del clima. Algunos eran diestros en el arte plumaria y en la confección de esteras. Vivían en régimen señorial; los más norteños habitaban poblaciones cercadas y sabían levantar muros de cal y canto.

Los relatos de las primeras expediciones dan noticias interesantes, aunque dispersas; Laudonnière hace conocer con mayores detalles la vida material y ciertos ritos guerreros de los timucúas; San Miguel, aunque tardío, es el primero en hablar de algunos aspectos de la vida de los guales, que distingue sin vacilación de las tribus meridionales, congéneres de los isleños.

Los costeros del Golfo, en cambio, ocupan niveles extremadamente bajos, obligados a una trashumancia estacional en busca de alimento, siempre acuciados por el hambre. Conocemos estos pueblos por Cabeza de Vaca, que vivió entre ellos la mayor parte de su larga aventura, continuada entre otros de mayor nivel, los pueblos "de las vacas", hasta llegar a los pimas, ya en la esfera mexicana.

ÁLVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA

(Sevilla... 1510 – Sevilla, 1558)

Sevillano, era hijo de Francisco de Vera, que lo fue de Pedro de Vera, conquistador de las Canarias, y de Teresa de Vaca, natural de Jerez de la Frontera. Antes de pasar el Atlántico había sin duda participado en expediciones africanas, puesto que tiene recuerdo personal de la tunecina isla de Gelves (perdida en 1510, reconquistada en 1520).

En 1527 embarca como tesorero del rey en la expedición de Pánfilo de Narváez a la Florida, la más desastrosa de que hay noticia en los orígenes de la América española.

Llegados a la costa occidental de la península de Florida, cerca de Tampa (12 de abril de 1528), desembarca Narváez con buena parte de los suyos, entre los cuales Álvar Núñez; y cuando después de una incursión al interior "por tierra muy trabajosa de andar y maravillosa de ver", llegan a Aute (cerca del actual San Marcos), las naves que debían esperarles ya se han ido. Casi dos meses trabajan en construir cinco barcas, con las cuales pretendían llegar al Pánuco, y entre tanto se alimentan de sus caballos, que no podían embarcar con ellos. Hácense a la mar el 22 de septiembre, atraviesan las aguas del Misisipi, el viento los engolfa, la tempestad los dispersa. La barca patroneada por Cabeza de Vaca naufraga definitivamente a primeros de noviembre en la isla que llamarán del Mal Hado (actual Galveston, Texas). En abril siguiente, pasa Cabeza de Vaca a la tierra firme. Entre aquella gente, primitiva y a menudo cruel, separados unos de otros y tratados como esclavos, quedan sólo cuatro supervivientes. Acechando el momento de reunirse y de escapar a su cautiverio, transcurren duros y monótonos seis años, trashumando con sus dueños en busca de comida. Por fin, en agosto de 1534 llega la hora de la huida. Álvar Núñez, Alonso del Castillo Maldonado, Andrés Dorantes y Estebanico, negro alárabe, natural de Asemor, inermes y desnudos, emprenden la marcha, con el propósito de salir al mar del Sur.

Atraviesan la actual Texas, cuyas tribus parecen más acogedoras a medida que se alejan de la costa; alcanzan el Bravo hacia su confluencia con el Pecos, y ven por primera vez las "vacas", es decir, los búfalos. Desechan el "camino de las vacas", que los desviaría al Norte, y buscando el "camino del maíz" cruzan el Bravo junto a su unión con

las aguas del Conchas —donde casi medio siglo más tarde, cuando la expedición de Rodríguez (1581), los jumanos conservarán todavía el recuerdo de aquellos cuatro caminantes exóticos y barbudos—. Entrados en lo que hoy es Chihuahua, toman sin desviarse ya la dirección del Oeste, el camino del sol, que los llevará a través de las asperezas de la Sierra Tarahumara hasta tierras feraces en las cuencas altas del Petoatlán y del Yaqui. Allí, cerca de la actual Bavícora, encuentran gente vestida y calzada, que vive en "casas de asiento"; allí tienen noticia de otros pueblos más al Norte, ricos en turquesas, en esmeraldas y en ganados, constructores de altos edificios; allí también saben de la proximidad del deseado mar y captan noticias de otros hombres barbudos como ellos, con armas y caballos. Son las avanzadas de las gentes de Nuño de Guzmán, gobernador de la Nueva Galicia. Ya en compañía de ellos, llegarán a la recién fundada ciudad de San Miguel de Culiacán, Sinaloa, a principios de mayo de 1536.

Así terminan ocho años de durísimas aventuras, treinta y un meses de incesante marcha, ora maltratados como esclavos, ora venerados como hechiceros, pero siempre hambrientos y desnudos. Extraordinario viaje de aventuras, peligros y desengaños. Larga peregrinación a través de innumerables tribus de lenguas diversas, primitivas y nómadas casi todas ellas. La narración de tales naufragios y aventuras, escrita por Álvar Núñez, es un documento humano de primera calidad y también un testimonio etnográfico.

Al llegar a México, Álvar Núñez escribió una primera relación sucinta, de la cual entregó una copia al virrey Mendoza y otra a la Audiencia de Santo Domingo, a su paso para España. Ésta es la que tuvo en sus manos y aprovechó en su *Historia* (lib. XXXV, caps. I-VI) Fernández de Oviedo; con ella coincide la conservada en el Archivo General de Indias, de Sevilla. Más adelante el autor amplió su relación, impresa en 1542. No pudo cuidar él mismo de editarla, pues por aquellas fechas andaba ya metido en nuevas aventuras.

Regresado a España en 1537, Cabeza de Vaca siente la nostalgia de las tierras vírgenes. Solicita del emperador y obtiene el cargo de gobernador y capitán general del Río de la Plata, con título de adelantado, que por muerte de Pedro de Mendoza y de su lugarteniente Juan Ayolas, ejercía *ad interim* Domingo Martínez de Irala.

Álvar Núñez zarpa de San Lúcar de Barrameda con 400 hombres y 46 caballos, en noviembre de 1540; pero en vez de dirigirse directamente al Río de la Plata, toma el camino del Brasil, y no para ganar tiempo sino para inquirir noticias del estado del Paraguay. Se detiene siete meses en la isla de Santa Catalina. Por fin, a principios de no-

viembre de 1541, parte del río Itabucú, frontero a aquella isla; sube la Serra do Mar, atraviesa la meseta de Curitiba, cruza diversos ríos, sigue la margen derecha del Iguazú, desde el Salto Grande hasta su confluencia con el Pará; lo cruza también, y marcha adelante para llegar a la ciudad de la Asunción, sobre el río Paraguay. Tal es en resumen el itinerario que el barón de Rio Branco logró fijar sobre el mapa.

En la Asunción, Álvar Núñez se posesiona de su cargo el día 11 de marzo de 1542, cargo en el cual fundara tantas ilusiones y cuyo objetivo primordial era abrir el camino hacia el Perú; sólo pudo ejercerlo dos años. Sus antiguas penalidades, su trato íntimo con los indígenas, habían dado a Cabeza de Vaca un sentido de humanidad y de respeto, en pugna con la conducta que solía prevalecer entre los conquistadores. Se formó contra el nuevo gobernador una compacta unanimidad. No sólo los capitanes y los soldados, que ya no podían seguir entregados al pillaje y al mestizaje, también los oficiales reales y hasta los frailes misioneros, todos se levantaron contra Cabeza de Vaca. Éste fue reducido a prisión el 25 de marzo de 1554, privado de sus bienes y un año después remitido a la metrópoli, bajo proceso. Entre tanto, Irala volvía a asumir interinamente el mando.

Cabeza de Vaca desembarcó en España en abril de 1545. El Consejo no lo tuvo por exento de culpa. Lo privó de su cargo que, aceptando los hechos consumados, fue conferido en propiedad a Domingo de Irala, y lo desterró por seis años a Orán. La Corona lo indultó, otorgándole al mismo tiempo una módica pensión. En 1547, en la corte del príncipe Felipe, lo conoció Fernández de Oviedo. Falleció radicado en Sevilla.

Álvar Núñez, cuyas altas virtudes personales de serenidad, valor y firmeza brillan en sus naufragios y aventuras, no tenía en cambio dotes de gobierno. Por ello fracasó en el Río de la Plata.

Los *Comentarios* que refieren la expedición al Paraguay no son obra personal de Cabeza de Vaca. Como él dice en el proemio dirigido al infante don Carlos, ordenó que los redactara al escribano Pero Fernández, secretario de su "adelantamiento y gobierno". Son obra apologética, pero contienen también interesantes datos acerca de las tribus, casi todas ellas trashumantes, de la cuenca paraguaya.

BIBLIOGRAFÍA

1. *Naufragios y Relación de la jornada a la Florida.*

2. *Comentarios de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, adelantado y gobernador del Río de la Plata.*

Ediciones

1542	Zamora	*La Relación que dio … de lo ocurrido en la armada en que iba por gobernador Pánfilo de Narváez.* (Se conocen sólo dos ejemplares.)
1555	Valladolid	*La Relación y Comentarios del gobernador Álvar Núñez de lo acaecido en las dos jornadas que hizo en las Indias.*
1749	Madrid	Barcia, vol. I, reproduce la edición de 1555.
1852	Madrid	Vedia, vol. II.
1870	Madrid	*Relación de … tesorero que fue en la Conquista… C. D. I. – Am.,* vol. XIV. (Contiene el texto breve, según copia existente en el Archivo General de Indias.)
1902	Asunción	*Comentarios… En Revista del Instituto Paraguayo,* año IV, núms. 33, 34 y 35, Edición de Pedro Hernández.
1906	Madrid	*Relación de los naufragios y Comentarios… Ilustrados con varios documentos inéditos.* Con una advertencia de M. Serrano Sanz. "Colección de libros y documentos referentes a la historia de América", vols. V y VI. (Reproduce íntegra la edición de 1555, con los "Prohemios", que las otras ediciones suprimieron.)
1922	Madrid	*Naufragios y Comentarios…* "Viajes Clásicos", Espasa-Calpe.
1942	México	Le Riverend, vol. III.
1944	México	*Naufragios… en Páginas para la historia de Sinaloa y Sonora,* vol. I.
1945	Madrid	*Los naufragios de… y Relación de la jornada que hizo en la Florida.* Edición de Justo García Morales.
1958	Madrid	*Viajes y viajeros. Viajes por Norteamérica.* Edición, con estudio y notas, de los textos de Cabeza de Vaca, Vizcaíno, Padre Kino, Lafora, Martí, Chateaubriand, Charnay, Fray Francisco Palou, Zavala, Menéndez de Avilés y Tamarón. "Biblioteca Indiana", vol. 2.

Traducciones

Italiana

1565	Venecia	Ramusio, vol. III. (Relación.)

Inglesas

1625-26		Londres, Purchas, vol. IV.
1851	Washington	Trad. por John Gilmary Shea.
1869	Londres	Perífrasis en *Tales of Old Travels,* narrated by H. Vingsley.
1871	Nueva York	Reproduce la de 1851.
1891	Londres	*The Conquest of the Rio de la Plata, 1535-1555,* II. Traduction with notes and introduction by Luis I. Domínguez. Hakluyt Society.
1905	Nueva York	*The Journey of… and his companions from Florida to the Pacific,* Translated from his own Narrative by Fanny Bandelier.

Francesas

1837	París	Ternaux, vol. VI *(Commentaires…)* y vol. VII *(Rélation et naufrages…).* Según el texto de 1555.

Portuguesa

1883	Río de Janeiro	*R.I.H.G.B.,* vol. LVI. Mala traducción de los *Comentarios,* por Tristão Alencar Araripe, sobre la traducción francesa.

[ANDANZAS DE MAR A MAR]

Llegada a la Florida (1528)

Doblamos el cabo de Sant Antón, y anduvimos con tiempo contrario hasta llegar a doce leguas de La Habana; y estando otro día para entrar en ella, nos tomó un tiempo de sur, que nos apartó de la tierra, y atravesamos por la costa de la Florida, y llegamos a la tierra martes 12 días del mes de abril, y fuimos costeando la vía de la Florida; y Jueves Santo surgimos en la misma costa, en la boca de una bahía, al cabo de la cual vimos ciertas casas y habitaciones de indios.

En este mismo día salió el contador Alonso Enríquez, y se puso en una isla que está en la misma bahía, y llamó a los indios, los cuales vinieron y estuvieron con él buen pedazo de tiempo, y por vía de rescate le dieron pescado y algunos pedazos de carne de venado. Otro día siguiente, que era Viernes Santo, el Gobernador se desembarcó con la más gente que en los bateles que traía pudo sacar; y como llegamos a los *buhíos* o casas que habíamos visto de los indios, hallámoslas desamparadas y solas, porque la gente se había ido aquella noche en sus canoas. El uno de aquellos buhíos era muy grande, que cabrían en él más de trescientas personas; los otros eran más pequeños, y hallamos allí una sonaja de oro entre las redes.

Otro día los indios de aquel pueblo vinieron a nosotros, y aunque nos hablaron, como nosotros no teníamos lenguas, no los entendíamos; mas hacíannos muchas señas y amenazas, y nos pareció que nos decían que nos fuésemos de la tierra, y con esto nos dejaron, sin que nos hiciesen ningún impedimento, y ellos se fueron.

Partido el bergantín, tornamos a entrar en la tierra los mismos que primero con alguna gente más, y costeamos la bahía que habíamos hallado; y andadas cuatro leguas, tomamos cuatro indios, y mostrámosles maíz para ver si lo conocían; porque hasta entonces no habíamos visto señal de él. Ellos nos dijeron que

nos llevarían donde lo había; y así, nos llevaron a su pueblo, que es al cabo de la bahía, cerca de allí, y en él nos mostraron un poco de maíz, que aún no estaba para cogerse.

Allí hallamos muchas cajas de mercaderes de Castilla, y en cada una de ellas estaba un cuerpo de hombre muerto, y los cuerpos cubiertos con unos cueros de venados pintados. Al comisario le pareció que esto era espe cie de idolatría, y quemó las cajas con los cuerpos. Hallamos también pedazos de lienzo y de paño, y penachos que parecían de la Nueva España; hallamos también muestras de oro. Por señas preguntamos a los indios de adónde habían habido aquellas cosas; señaláronnos que muy lejos de allí había una provincia que se decía Apalache, en la cual había mucho oro, y hacían seña de haber muy gran cantidad de todo lo que nosotros estimamos en algo. Decían que en Apalache había mucho.

Y tomando aquellos indios por guía, partimos de allí; y andadas diez o doce leguas, hallamos otro pueblo de quince casas, donde había buen pedazo de maíz sembrado, que estaba ya seco; y después de dos días que allí estuvimos, nos volvimos donde el contador y la gente y navíos estaban, y contamos al contador y pilotos lo que habíamos visto, y las nuevas que los indios nos habían dicho.

[*Naufragios*, caps. II, III, IV.]

Flecheros de Apalache

En esta revuelta hubo algunos de los nuestros heridos, que no les valieron buenas armas que llevaban; y hubo hombres este día que juraron que habían visto dos robles, cada uno de ellos tan grueso como la pierna por bajo, pasados de parte a parte de las flechas de los indios; y esto no es tanto de maravillar, vista la fuerza y maña con que las echan; porque yo mismo vi una flecha en un pie de un álamo, que entraba por él un jeme. Cuantos indios vimos desde la Florida aquí, todos son flecheros; y como son tan crecidos de cuerpo y andan desnudos, desde lejos parecen gigantes. Es gente a maravilla bien dispuesta, muy enjutos y de muy grandes fuerzas y ligereza. Los arcos que usan son grue-

sos como el brazo, de once o doce palmos de largo, que flechan a doscientos pasos con tan gran tiento, que ninguna cosa yerran.

[*Naufragios*, cap. VII.]

Naufragio

Otro día, saliendo el sol, que era la hora que los indios nos habían dicho, vinieron a nosotros, como lo habían prometido, y nos trajeron mucho pescado y de unas raíces que ellos comen, y son como nueces, algunas mayores o menores; la mayor parte de ellas se sacan de bajo del agua y con mucho trabajo. A la tarde volvieron, y nos trajeron más pescado y de las mismas raíces, y hicieron venir sus mujeres y hijos para que nos viesen; y así, se volvieron ricos de cascabeles y cuentas que les dimos, y otros días nos tornaron a visitar con lo mismo que estotras veces.

Como nosotros víamos que estábamos proveídos de pescado y de raíces y de agua y de las otras cosas que pedimos, acordamos de tornarnos a embarcar y seguir nuestro camino, y desenterramos la barca de la arena en que estaba metida, y fue menester que nos desnudásemos todos y pasásemos gran trabajo para echarla al agua, porque nosotros estábamos tales, que otras cosas muy más livianas bastaban para ponernos en él; y así embarcados, a dos tiros de ballesta dentro en la mar nos dio tal golpe de agua, que nos mojó a todos; y como íbamos desnudos, y el frío que hacía era muy grande, soltamos los remos de las manos, y a otro golpe que la mar nos dio, trastornó la barca; el veedor y otros dos se asieron de ella para escaparse; mas sucedió muy al revés, que la barca los tomó debajo y se ahogaron. Como la costa es muy brava, el mar de un tumbo echó a todos los otros envueltos en las olas y medio ahogados, en la costa de la misma isla, sin que faltasen más de los tres que la barca había tomado debajo. Los que quedamos escapados, desnudos como nacimos, y perdido todo lo que traíamos; y aunque todo valía poco, para nosotros entonces valía mucho. Y como entonces era por noviembre, y el frío muy grande, y nosotros tales, que con poca dificultad nos podían contar los huesos, estábamos hechos propia figura de la muerte. Los indios, de ver el desastre que nos había venido y el desastre en que estábamos, con tanta desventura y

miseria, se sentaron entre nosotros, y con el gran dolor y lástima que hubieron de vernos en tanta fortuna, comenzaron todos a llorar recio, y tan de verdad, que lejos de allí se podía oír, y esto les duró más de media hora; y cierto ver que estos hombres tan sin razón y tan crudos, a manera de brutos, se dolían tanto de nosotros, hizo que en mí y en otros de la compañía creciese más la pasión y la consideración de nuestra desdicha. Sosegado ya este llanto, yo pregunté a los cristianos y dije que si a ellos parecía, rogaría a aquellos indios que nos llevasen a sus casas; y algunos de ellos que habían estado en la Nueva España respondieron que no se debía hablar en ello, porque si a sus casa nos llevaban, nos sacrificarían a sus ídolos; mas, visto que otro remedio no había, y que por cualquier otro camino estaba más cerca y más cierta la muerte, no curé de lo que decían, antes rogué a los indios que nos llevasen a sus casas, y ellos mostraron que habían gran placer de ello, y que esperásemos un poco, que ellos harían lo que queríamos; y luego treinta de ellos se cargaron de leña, y se fueron a sus casas, que estaban lejos de allí y quedamos con los otros hasta cerca de la noche, que nos tomaron, y llevándonos asidos y con mucha priesa, fuimos a sus casas; y por el gran frío que hacía, y temiendo que en el camino alguno no muriese o desmayase, proveyeron que hubiese cuatro o cinco fuegos muy grandes puestos a trechos y en cada uno de ellos nos escalentaban; y desque vían que habíamos tomado alguna fuerza y calor, nos llevaban hasta el otro tan apriesa, que casi los pies no nos dejaban poner en el suelo, y de esta manera fuimos hasta sus casas, donde hallamos que tenían hecha una casa para nosotros, y muchos fuegos en ella; y desde a un hora que habíamos llegado, comenzaron a bailar y hacer gran fiesta (que duró toda la noche), aunque para nosotros no había placer, fiesta ni sueño, esperando cuándo nos habían de sacrificar; y la mañana nos tornaron a dar pescado y raíces, y hacer tan buen tratamiento, que nos aseguramos algo, y perdimos algo el miedo del sacrificio.

[*Naufragios*, cap. XII.]

La isla de Mal-Hado. Ritos y costumbres

A esta isla pusimos por nombre isla de Mal-Hado. La gente que allí hallamos son grandes y bien dispuestos; no tienen otras armas sino flechas y arcos, en que son por extremo diestros. Tienen los hombres la una teta horadada de una parte a otra, y algunos hay que las tienen ambas, y por el agujero que hacen, traen una caña atravesada, tan larga como dos palmos y medio, y tan gruesa como dos dedos; traen también horadado el labio de abajo, y puesto en él un pedazo de la caña delgada como medio dedo. Las mujeres son para mucho trabajo. La habitación que en esta isla hacen es desde octubre hasta en fin de febrero. El su mantenimiento es las raíces que he dicho, sacadas de bajo el agua por noviembre y diciembre. Tienen cañales, y no tienen más peces de para este tiempo; de ahí adelante comen las raíces. En fin de febrero van a otras partes a buscar con qué mantenerse, porque entonces las raíces comienzan a nacer y no son buenas.

Es la gente del mundo que más aman a sus hijos y mejor tratamiento les hacen; y cuando acaece que a alguno se le muere el hijo, llóranle los padres y los parientes, y todo el pueblo, y el llanto dura un año cumplido, que cada día por la mañana antes que amanezca comienzan primero a llorar los padres, y tras esto todo el pueblo; y esto mismo hacen al mediodía y cuando anochece; y pasado un año que los han llorado, hácenle las honras del muerto, y lávanse y límpianse del tizne que traen. A todos los defuntos lloran de esta manera, salvo a los viejos, de quien no hacen caso, porque dicen que ya han pasado su tiempo y de ellos ningún provecho hay; antes ocupan la tierra y quitan el mantenimiento a los niños. Tienen por costumbre de enterrar los muertos, si no son los que entre ellos son físicos, que a estos quémanlos; y mientras el fuego arde, todos están bailando y haciendo muy gran fiesta, y hacen polvo los huesos; y pasado un año, cuando se hacen sus honras todos se jasan [sajan] en ellas; y a los parientes dan aquellos polvos a beber, de los huesos, en agua.

Cada uno tiene una mujer conocida. Los físicos son los hombres más libertados; pueden tener dos, y tres, y entre éstas hay gran amistad y conformidad. Cuando viene que alguno casa su hija, el que la toma por mujer, dende el día que con ella se casa,

todo lo que matare cazando o pescando, todo lo trae la mujer a la casa de su padre, sin osar tomar ni comer alguna cosa de ello, y de casa del suegro le llevan a él de comer; y en todo este tiempo el suegro ni la suegra no entran en su casa, ni él ha de entrar en casa de los suegros ni cuñados; y si acaso se toparen por alguna parte, se desvían un tiro de ballesta el uno del otro, y entretanto que así van apartándose, llevan la cabeza baja y los ojos en tierra puestos; porque tienen por cosa mala verse ni hablarse. Las mujeres tienen libertad para comunicar y conversar con los suegros y parientes, y esta costumbre se tiene desde la isla hasta más de cincuenta leguas por la tierra adentro.

Otra costumbre hay, y es que cuando algún hijo o hermano muere, en la casa donde muriere, tres meses no buscan de comer, antes se dejan morir de hambre, y los parientes y los vecinos les proveen de lo que han de comer. Y como en el tiempo que aquí estuvimos murió tanta gente de ellos, en las más casas había muy gran hambre, por guardar también su costumbre y ceremonia; y los que buscaban, por mucho que trabajaban por ser el tiempo tan recio, no podían haber sino muy poco; y por esta causa los indios que a mí me tenían se salieron de la isla, y en unas canoas se pasaron a tierrafirme, a unas bahías adonde tenían muchos ostiones, y tres meses del año no comen otra cosa, y beben muy mala agua. Tienen gran falta de leña, y de mosquitos muy grande abundancia.

Sus casas son edificadas de esteras sobre muchas cáscaras de ostiones, y sobre ellos duermen en cueros, y no los tienen sino es acaso; y así estuvimos hasta en fin de abril, que fuimos a la costa de la mar, a do comimos moras de zarzas todo el mes, en el cual no cesan de hacer sus *areitos* y fiestas.

[*Naufragios*, cap. XIV.]

Médicos a la fuerza

En aquella isla que he contado nos quisieron hacer físicos sin examinarnos ni pedirnos los títulos, porque ellos curan las enfermedades soplando al enfermo, y con aquel soplo y las manos echan de él la enfermedad, y mandáronnos que hiciésemos lo mismo y sirviésemos en algo; nosotros nos reíamos de ello, di-

ciendo que era burla y que no sabíamos curar; y por esto nos quitaban la comida hasta que hiciésemos lo que nos decían. Y viendo nuestra porfía, un indio me dijo a mí que yo no sabía lo que decía en decir que no aprovecharía nada aquello que él sabía, ca las piedras y otras cosas que se crían por los campos tienen virtud; y que él con una piedra caliente, trayéndola por el estómago, sanaba y quitaba el dolor, y que nosotros, que éramos hombres, cierto era que teníamos mayor virtud y poder. En fin, nos vimos en tanta necesidad, que lo hubimos de hacer, sin temer que nadie nos llevase por ello la pena.

La manera que ellos tienen en curarse es ésta: que en viéndose enfermos, llaman un médico, y después de curado, no sólo le dan todo lo que poseen, mas entre sus parientes buscan cosas para darle. Lo que el médico hace es dalle unas sajas adonde tiene el dolor, y chúpanles al derredor de ellas. Dan cauterios de fuego, que es cosa entre ellos tenida por muy provechosa, y yo lo he experimentado, y me sucedió bien de ello; y después de esto, soplan aquel lugar que les duele, y con esto creen ellos que se les quita el mal. La manera con que nosotros curamos era santiguándolos y soplarlos, y rezar un Pater noster y un Ave María, y rogar lo mejor que podíamos a Dios nuestro Señor que les diese salud, y espirase en ellos que nos hiciesen algún buen tratamiento.

[*Naufragios*, cap. XV.]

Los capoques y los han

Toda la gente de esta tierra anda desnuda; solas las mujeres traen de sus cuerpos algo cubierto con una lana que en los árboles se cría. Las mozas se cubren con unos cueros de venados. Es gente muy partida de lo que tienen unos con otros. No hay entre ellos señor. Todos los que son de un linaje andan juntos. Habitan en ella dos maneras de lenguas; a los unos llaman de capoques, y a los otros de han; tienen por costumbre cuando se conocen y de tiempo a tiempo se ven, primero que se hablen estar media hora llorando; y acabado esto, aquel que es visitado se levanta primero y da al otro todo cuanto posee, y el otro lo recibe,

y de ahí a un poco se va con ello, y aun algunas veces después de recibido se van sin que hablen palabra.

Yo hube de quedar con estos mismos indios de la isla más de un año, y por el mucho trabajo que me daban y mal tratamiento que me hacían, determiné de huir de ellos y irme a los que moran en los montes y tierra firme, que se llaman los de Charruco, porque yo no podía sufrir la vida que con estos otros tenía; porque, entre otros trabajos muchos, había de sacar las raíces para comer de bajo del agua y entre las cañas donde estaban metidas en la tierra; y de esto traía yo los dedos tan gastados, que una paja que me tocase me hacía sangre de ellos, y las cañas me rompían por muchas partes, porque muchas de ellas estaban quebradas, y había de entrar por medio de ellas con la ropa que he dicho que traía.

[*Naufragios*, caps. XV, XVI.]

Mercader, en tierra firme

Y por esto yo puse en obra de pasarme a los otros, y con ellos me sucedió algo mejor; y porque yo me hice mercader, procuré de usar el oficio lo mejor que supe, y por esto ellos me daban de comer y me hacían buen tratamiento y rogábanme que me fuese de unas partes a otras por cosas que ellos habían menester; porque por razón de la guerra que contino traen, la tierra no se anda ni se contrata tanto. Y ya con mis tratos y mercaderías entraba la tierra adentro todo lo que quería, y por luengo de costa me alargaba cuarenta o cincuenta leguas. Lo principal de mi trato era pedazos de caracoles de la mar, y corazones de ellos y conchas, con que ellos cortan una fruta que es como frísoles, con que se curan y hacen sus bailes y fiestas; y ésta es la cosa de mayor precio que entre ellos hay, y cuentas de la mar y otras cosas. Así, esto era lo que yo llevaba la tierra adentro; y en cambio y trueco de ello traía cueros y almagra, con que ellos se untan y tiñen las caras y cabellos; pedernales para puntas de flechas, engrudo y cañas duras para hacerlas, y unas borlas que se hacen de pelos de venados, que las tiñen y paran coloradas; y este oficio me estaba a mí bien, porque andando en él tenía libertad para ir donde quería, y no era obligado a cosa alguna, y no era es-

clavo, y donde quiera que iba me hacían buen tratamiento y me daban de comer, por respeto de mis mercaderías, y lo más principal porque andando en ello, yo buscaba por dónde me había de ir adelante, y entre ellos era muy conocido; holgaban mucho cuando me vían y les traía lo que habían menester, y los que no me conocían me procuraban y deseaban ver, por mi fama.

Los trabajos que en esto pasé sería largo contarlos, así de peligros y hambres, como las tempestades y fríos, que muchos de ellos me tomaron en el campo y solo, donde por gran misericordia de Dios nuestro Señor escapé; y por esta causa yo no trataba el oficio en invierno, por ser tiempo que ellos mismos en sus chozas y ranchos metidos no podían valerse ni ampararse. Fueron casi seis años el tiempo que yo estuve en esta tierra solo entre ellos y desnudo como todos andaban.

[*Naufragios*, cap. XVI.]

Los mariames y los iguaces. Vista al Norte; los bisontes

Andrés Dorantes se huyó y se pasó a los mareames, que eran aquellos a donde Esquivel había parado, y ellos le contaron cómo habían tenido allí a Esquivel, y cómo estando allí se quiso huir porque una mujer había soñado que le había de matar un hijo, y los indios fueron tras él y lo mataron, y mostraron a Andrés Dorantes su espada y sus cuentas y libro y otras cosas que tenía. Esto hacen éstos por una costumbre que tienen, y es que matan sus mismos hijos por sueños, y a las hijas en naciendo las dejan comer a perros, y las echan por ahí. La razón por que ellos lo hacen es, según ellos dicen, porque todos los de la tierra son sus enemigos y con ellos tienen continua guerra; y que si acaso casasen sus hijas, multiplicarían tanto sus enemigos, que los sujetarían y tomarían por esclavos; y por esta causa querían más matarlas que no que de ellas mismas naciese quien fuese su enemigo. Nosotros les dijimos que por qué no las casaban con ellos mismos. Y también entre ellos dijeron que era fea cosa casarlas con sus parientes, y que era muy mejor matarlas que darlas a sus parientes ni a sus enemigos; y esta costumbre usan éstos y otros sus vecinos, que se llaman los iguaces, solamente, sin que ningunos otros de la tierra la guarden. Y cuando éstos se han de

casar, compran las mujeres a sus enemigos, y el precio que cada uno da por la suya es un arco, el mejor que puede haber, con dos flechas; y si acaso no tiene arco, una red hasta una braza en ancho y otra en largo. Matan sus hijos, y mercan los ajenos; no dura el casamiento más de cuanto están contentos, y con una higa deshacen el casamiento. Dorantes estuvo con éstos, y desde a pocos días se huyó. Castillo y Estebanico se vinieron dentro a la tierra firme a los iguaces.

Toda esta gente son flecheros y bien dispuestos, aunque no tan grandes como los que atrás dejamos, y traen la teta y el labio horadados. Su mantenimiento principalmente es raíces de dos o tres maneras, y búscanlas por toda la tierra, son muy malas, y hinchan los hombres que las comen. Tardan dos días en asarse, y muchas de ellas son muy amargas, y con todo esto se sacan con mucho trabajo. Es tanta la hambre que aquellas gentes tienen, que no pueden pasar sin ellas, y andan dos o tres leguas buscándolas. Algunas veces matan algunos venados, y a tiempo toman algún pescado; mas esto es tan poco, y su hambre tan grande, que comen arañas y huevos de hormiga, y gusanos y lagartijas y salamanquesas y culebras y víboras, que matan los hombres que muerden, y comen tierra y madera y todo lo que pueden haber, y estiércol de venados, y otras cosas que dejo de contar; y creo averiguadamente que si en aquella tierra hubiese piedras las comerían. Guardan las espinas del pescado que comen, y de las culebras y otras cosas, para molerlo después todo y comer el polvo de ello.

Entre éstos no se cargan los hombres ni llevan cosa de peso; mas llévanlos las mujeres y los viejos, que es la gente que ellos en menos tienen. No tienen tanto amor a sus hijos como los que arriba dijimos. Hay algunos entre ellos que usan pecado contra natura. Las mujeres son muy trabajadas y para mucho, porque de veinte y cuatro horas que hay entre día y noche no tienen sino seis horas de descanso, y todo lo más de la noche pasan en atizar sus hornos para secar aquellas raíces que comen; y desque amanece comienzan a cavar y a traer leña y agua a sus casas y dar orden en las otras cosas de que tienen necesidad.

Los más de éstos son grandes ladrones, porque aunque entre sí son bien partidos, en volviendo uno la cabeza, su hijo mismo

o su padre le toma lo que puede. Mienten muy mucho, y son grandes borrachos, y para esto beben ellos una cierta cosa. Están tan usados a correr, que sin descansar ni cansar corren desde la mañana hasta la noche, y siguen un venado; y de esta manera matan muchos de ellos, porque los siguen hasta que los cansan, y algunas veces los toman vivos.

Las casas de ellos son de esteras, puestas sobre cuatro arcos; llévanlas a cuestas, y múdanse cada dos o tres días para buscar de comer; ninguna cosa siembran que se puedan aprovechar; es gente muy alegre; por mucha hambre que tengan, por eso no dejan de bailar ni de hacer sus fiestas y areitos.

Para ellos el mejor tiempo que éstos tienen es cuando comen las tunas, porque entonces no tienen hambre, y todo el tiempo se les pasa en bailar, y comen de ellas de noche y de día; todo el tiempo que les duran exprímenlas y ábrenlas y pónenlas a secar, y después de secas pónenlas en unas seras, como higos, y guárdanlas para comer por el camino cuando se vuelven, y las cáscaras de ellas muélenlas y hácenlas polvo. Muchas veces, estando con éstos, nos aconteció tres o cuatro días estar sin comer porque no lo había; ellos, por alegrarnos, nos decían que no estuviésemos tristes; que presto habría tunas y comeríamos muchas, y beberíamos del zumo de ellas, y tendríamos las barrigas muy grandes y estaríamos muy contentos y alegres y sin hambre alguna; y desde el tiempo que esto nos decían hasta que las tunas se hubiesen de comer, había cinco o seis meses; y en fin, hubimos de esperar aquestos seis meses, y cuando fue tiempo fuimos a comer las tunas.

Hallamos por la tierra muy gran cantidad de mosquitos de tres maneras, que son muy malos y enojosos, y todo lo más del verano nos daban mucha fatiga; y para defendernos de ellos hacíamos al derredor de la gente muchos fuegos de leña podrida y mojada, para que no ardiesen y hiciesen humo; y esta defensión nos daba otro trabajo, porque en toda la noche no hacíamos sino llorar, del humo que en los ojos nos daba, y sobre eso, gran calor que nos causaban los muchos fuegos, y salíamos a dormir a la costa; y si alguna vez podíamos dormir, recordábannos a palos, para que tornásemos a encender los fuegos.

Los de la tierra adentro para esto usan otro remedio tan incomportable y más que éste que he dicho, y es andar con tizones en las manos quemando los campos y montes que topan, para que los mosquitos huyan y también para sacar debajo de tierra lagartijas y otras semejantes cosas para comerlas; y también suelen matar venados, cercándolos con muchos fuegos; y usan también esto por quitar a animales el pasto, que la necesidad les haga ir a buscarlo a donde ellos quieren, porque nunca hacen asiento con sus casas sino donde hay agua y leña, y alguna vez se cargan todos de esta provisión y van a buscar los venados, que muy ordinariamente están donde no hay agua ni leña; y el día que llegan matan venados y algunas otras cosas que pueden, y gastan toda el agua y leña en guisar de comer y en los fuegos que hacen para defenderse de los mosquitos, y esperan otro día para tomar algo que lleven para el camino; y cuando parten, tales van de los mosquitos, que parece que tienen enfermedad de San Lázaro; y de esta manera satisfacen su hambre dos o tres veces en el año, a tan grande costa como he dicho; y por haber pasado por ello, puedo afirmar que ningún trabajo que se sufra en el mundo iguala con éste.

Por la tierra hay muchos venados y otras aves y animales de las que atrás he contado. Alcanzan aquí vacas, y yo las he visto tres veces y comido de ellas, y paréceme que serán del tamaño de las de España; tienen los cuernos pequeños, como moriscas, y el pelo muy largo, merino, como una bernia; unas son pardillas, y otras negras, y a mi parecer tienen mejor y más gruesa carne que las de acá. De las que no son grandes hacen los indios mantas para cubrirse, y de las mayores hacen zapatos y rodelas; éstas vienen de hacia el norte por la tierra adelante hasta la costa de la Florida, y tiéndese por toda la tierra más de cuatrocientas leguas; y en todo este camino, por los valles por donde ellas vienen, bajan las gentes que por allí habitan y se mantienen de ellas, y meten en la tierra grande cantidad de cueros.

[*Naufragios*, cap. XVIII.]

Camino al Oeste. Los avavares

Después de habernos mudado, desde a dos días nos encomendamos a Dios nuestro Señor y nos fuimos huyendo, confiado que, aunque era ya tarde y las tunas se acababan, con los frutos que quedarían en el campo podríamos andar buena parte de tierra. Yendo aquel día nuestro camino con harto temor que los indios nos habían de seguir, vimos unos humos, y yendo a ellos, después de vísperas llegamos allá, do vimos un indio que como vio que íbamos a él, huyó sin querernos aguardar; nosotros enviamos al negro tras de él, y como vio que iba solo, aguardólo. El negro le dijo que íbamos a buscar aquella gente que hacía aquellos humos. Él respondió que cerca de allí estaban las casas, y que nos guiaría allá; y así, lo fuimos siguiendo; y él corrió a dar aviso de cómo íbamos, y a puesta del sol vimos las casas, y dos tiros de ballesta antes que llegásemos a ellas hallamos cuatro indios que nos esperaban y nos recibieron bien. Dijímosles en lengua de mariames que íbamos a buscarlos, y ellos mostraron que se holgaban con nuestra compañía; y así nos llevaron a sus casas, y a Dorantes y al negro aposentaron en casa de un físico, y a mí y a Castillo en casa de otro. Éstos tienen otra lengua y llámanse avavares, y son aquellos que solían llevar los arcos a los nuestros y iban a contratar con ellos; y aunque son de otra nación y lengua, entienden la lengua de aquellos con quien antes estábamos, y aquel mismo día habían llegado allí con sus casas.

Nosotros estuvimos con aquellos indios avavares ocho meses, y esta cuenta hacíamos por las lunas. En todo este tiempo nos venían de muchas partes a buscar, y decían que verdaderamente nosotros éramos hijos del sol. Dorantes y el negro hasta allí no habían curado; mas por la mucha importunidad que teníamos, viniéndonos de muchas partes a buscar, venimos todos a ser médicos, aunque en atrevimiento y osar acometer cualquier cura era yo más señalado entre ellos, y ninguno jamás curamos que no nos dijese que quedaba sano; y tanta confianza tenían que habían de sanar si nosotros los curásemos, que creían que en tanto que allí nosotros estuviésemos ninguno de ellos había de morir.

Toda esta gente no conocían los tiempos por el sol ni la luna, ni tienen cuenta del mes y año, y más entienden y saben las diferencias de los tiempos cuando las frutas vienen a madurar, y

en tiempo que muere el pescado y el aparecer de las estrellas, en que son muy diestros y ejercitados. Con éstos siempre fuimos bien tratados, aunque lo que habíamos de comer lo acabamos, y traíamos nuestras cargas de agua y leña. Sus casas y mantenimientos son como las de los pasados, aunque tienen muy mayor hambre, porque no alcanzan maíz ni bellotas ni nueces. Anduvimos siempre en cueros como ellos, y de noche nos cubríamos con cueros de venado. De ocho meses que con ellos estuvimos, los seis padecimos mucha hambre; que tampoco alcanzan pescado.

[*Naufragios*, caps. XX, XXII.]

El barbudo Mala-Cosa

Éstos y los de más atrás nos contaron una cosa muy extraña, y por la cuenta que nos figuraron, parecía que había quince o diez y seis años que había acontecido, que decían que por aquella tierra anduvo un hombre, que ellos llaman Mala-Cosa, y que era pequeño de cuerpo, y que tenía barbas, aunque nunca claramente le pudieron ver el rostro, y que cuando venía a la casa donde estaban se les levantaban los cabellos y temblaban, y luego parecía a la puerta de la casa un tizón ardiendo; y luego aquel hombre entraba y tomaba al que quería de ellos, y dábales tres cuchilladas grandes por las ijadas con un pedernal muy agudo, tan ancho como una mano y dos palmos en luengo, y metía la mano por aquellas cuchilladas y sacábales las tripas, y que cortaba de una tripa poco más o menos de un palmo, y aquello que cortaba echaba en las brasas; y luego le daba tres cuchilladas en un brazo, y la segunda daba por la sangradura y desconcertábaselo, y dende a poco se lo tornaba a concertar y poníale las manos sobre las heridas, y decíannos que luego quedaban sanos, y que muchas veces cuando bailaban aparecía entre ellos, en hábito de mujer unas veces, y otras como hombre; y cuando él quería, tomaba el buhío o casa y subíala en alto, y dende a un poco caía con ella y daba muy gran golpe. También nos contaron que muchas veces le dieron de comer y que nunca jamás comió; y que le preguntaban dónde venía y a qué parte tenía su casa, y

que les mostró una hendedura de la tierra, y dijo que su casa era allá debajo.

De estas cosas que ellos nos decían, nosotros nos reíamos mucho, burlando de ellas; y como ellos vieron que no lo creíamos, trujeron muchos de aquellos que decían que él había tomado y vimos las señales de las cuchilladas que él había dado en los lugares en la manera que ellos contaban.

[*Naufragios*, cap. XXII.]

Costumbres comunes a todos los indios de aquella tierra

Desde la isla de Mal-Hado, todos los indios que hasta esta tierra vimos, tienen por costumbre desde el día que sus mujeres se sienten preñadas no dormir juntos hasta que pasen dos años que han criado los hijos, los cuales maman hasta que son de edad de doce años; que ya entonces están en edad que por sí saben buscar de comer. Preguntámosles que por qué los criaban así, y decían que por la mucha hambre que en la tierra había, que acontecía muchas veces, como nosotros víamos, estar dos o tres días sin comer, y a las veces cuatro; y por esta causa los dejaban mamar, porque en los tiempos de hambre no muriesen; y ya que algunos escapasen, saldrían muy delicados y de pocas fuerzas; y si acaso acontece caer enfermos algunos, déjanlos morir en aquellos campos si no es hijo; y todos los demás, si no pueden ir con ellos, se quedan; mas para llevar un hijo o hermano, se cargan y lo llevan a cuestas. Todos éstos acostumbran dejar sus mujeres cuando entre ellos no hay conformidad, y se tornan a casar con quien quieren; esto es entre los mancebos, mas los que tienen hijos permanecen con sus mujeres y no las dejan.

Y cuando en algunos pueblos riñen y traban cuestiones unos con otros, apuñéanse y apaléanse hasta que están muy cansados, y entonces se desparten; algunas veces los desparten mujeres, entrando entre ellos; que hombres no entran a despartirlos; y por ninguna pasión que tenga no meten en ella arcos ni flechas y desque se han apuñeado y pasado su cuestión, toman sus casas y mujeres, y vanse a vivir por los campos y apartados de los otros, hasta que se les pasa el enojo; y cuando ya están desenojados y sin ira, tórnanse a su pueblo, y de ahí adelante son

amigos como si ninguna cosa hubiera pasado entre ellos, ni es menester que nadie haga las amistades, porque de esta manera se hacen; y si los que riñen no son casados, vanse a otro sus vecinos, y aunque sean sus enemigos, los reciben bien y se huelgan mucho con ellos, y les dan de lo que tienen; de suerte que cuando es pasado el enojo, vuelven a su pueblo y vienen ricos.

Toda es gente de guerra y tienen tanta astucia para guardarse de sus enemigos, como ternían si fuesen criados en Italia y en continua guerra. Cuando están en parte que sus enemigos los pueden ofender, asientan sus casas a la orilla del monte más áspera y de mayor espesura que por allí hallan, y junto a él hacen un foso, y en éste duermen. Toda la gente de guerra está cubierta con leña menuda, y hacen sus saeteras, y están tan cubiertos y disimulados, que aunque estén cabe ellos no los ven, y hacen un camino muy angosto y entra hasta en medio del monte, y allí hacen lugar para que duerman las mujeres y niños, y cuando viene la noche encienden lumbres en sus casas para que si hubiere espías crean que están en ellas, y antes del alba tornan a encender los mismos fuegos; y si acaso los enemigos vienen a dar en las mismas casas, los que están en el foso salen a ellos y hacen desde las trincheras mucho daño, sin que los de fuera los vean ni los puedan hallar; y cuando no hay montes en que ellos puedan de esta manera esconderse y hacer sus celadas, asientan en llano en la parte que mejor les parece, y cércanse de trincheras cubiertas de leña menuda, y hacen sus saeteras con que flechan a los indios; y estos reparos hacen para de noche.

Estando yo con los de aguenes, no estando avisados, vieron sus enemigos a medianoche, y dieron en ellos y mataron tres y hirieron otros muchos, de suerte que huyeron de sus casas por el monte adelante, y desque sintieron que se habían ido, volvieron a ellos y recogieron todas las flechas que los otros les habían echado, y lo más encubiertamente que pudieron los siguieron, y estuvieron aquella noche sobre sus casas sin que fuesen sentidos, y al cuarto del alba les acometieron y les mataron cinco, sin otros muchos que fueron heridos, y les hicieron huir y dejar sus casas y arcos, con toda su hacienda; y de ahí a poco tiempo vinieron las mujeres de los que se llamaban quevenes, y entendieron entre ellos y los hicieron amigos aunque algunas veces ellas

son principio de la guerra. Todas estas gentes, cuando tienen enemistades particulares, cuando no son de una familia, se matan de noche por asechanzas, y usan unos con otros grandes crueldades.

Ésta es la más presta gente para un arma de cuantas yo he visto en el mundo, porque si se temen de sus enemigos, toda la noche están despiertos con sus arcos a par de sí y una docena de flechas; y el que duerme tienta su arco, y si no le halla en cuerda, le da la vuelta que ha menester. Salen muchas veces fuera de las casas bajados por el suelo, de arte que no pueden ser vistos, y miran y atalayan por todas partes para sentir lo que hay; y si algo sienten, en un punto son todos en el campo con sus arcos y flechas, y así están hasta el día, corriendo a unas partes y otras donde ven que es menester o piensen que pueden estar sus enemigos. Cuando viene el día tornan a aflojar sus arcos hasta que salen a caza. Las cuerdas de los arcos son nervios de venados.

La manera que tienen de pelear es abajados por el suelo, y mientras se flechan andan hablando y saltando siempre de un cabo para otro, guardándose de las flechas de sus enemigos; tanto, que en semejantes partes pueden recibir muy poco daño de ballestas y arcabuces; antes los indios burlan de ellos, porque estas armas no aprovechan para ellos en campos llanos, adonde ellos andan sueltos; son buenas para estrechos y lugares de agua; en todo lo demás los caballos son los que han de sojuzgar, y lo que los indios universalmente temen.

Quien contra ellos hubiere de pelear ha de estar muy avisado que no le sientan flaqueza ni codicia de lo que tienen, y mientras durare la guerra hanlos de tratar muy mal; porque si temor les conocen o alguna codicia, ella es gente que saben conocer tiempos en que vengarse, y toman esfuerzos del temor de los contrarios. Cuando se han flechado en la guerra y gastado su munición, vuélvense cada uno su camino, sin que los unos sigan a los otros, aunque los unos sean muchos y los otros pocos; y ésta es costumbre suya. Muchas veces se pasan de parte a parte con las flechas, y no mueren de las heridas si no toca en las tripas o en el corazón, antes sanan, presto.

Ven y oyen más y tienen más agudo sentido que cuantos hombres yo creo que hay en el mundo. Son grandes sufridores

de hambre y sed y de frío, como aquellos que están más acostumbrados y hechos a ello que otros. Esto he querido contar aquí, porque allende que todos los hombres desean saber las costumbres y ejercicios de los otros, los que algunas veces se vinieren a ver con ellos estén avisados de sus costumbres y ardides, que suelen no poco aprovechar en semejantes casos.

[*Naufragios*, caps. XXIV, XXV.]

De las naciones y lenguas

También quiero contar sus naciones y lenguas, que desde la isla de Mal-Hado hasta los últimos hay. En la isla del Mal-Hado hay dos lenguas; a los unos llaman de caoques, y a los otros llaman de han. En la tierra firme enfrente de la isla hay otro–s que se llaman de chorruco, y toman el nombre de los montes donde viven. Adelante, en la costa del mar, habitan otros que se llaman doguenes, y enfrente de ellos otros que tienen por nombre los de mendica. Más adelante en la costa están los guevenes, y enfrente de ellos dentro en la tierra firme, los mariames; y yendo por la costa adelante, están otros que se llaman guaycones, y enfrente de éstos, dentro en la tierra firme, los iguaces. Cabo de éstos están otros que se llaman mayos, y detrás de éstos otros acubadaos, y de éstos hay muchos por esta vereda adelante. En la costa viven otros llamados quitoles, y enfrente de éstos, dentro en la tierra firme, los avavares. Con éstos se juntan los maliacones y otros cutalchiches, y otros que se llaman susolas, y otros que se llaman comos, y adelante en la costa están los camoles, y en la misma costa adelante otros a quien nosotros llamamos los de los higos. Todas estas gentes tienen habitaciones y pueblos y lenguas diversas. Entre éstos hay una lengua en que llaman a los hombres por *mira acá, arre acá*, a los perros, *xo.*

[*Naufragios*, cap. XXVI.]

Borracheras y otras costumbres

En toda la tierra se emborrachan con humo, dan cuanto tienen por él. Beben también otra cosa que sacan de las hojas de los árboles, como de encima, y tuéstanla en unos botes al fuego,

y después que la tienen tostada hinchen el bote de agua, y así lo tienen sobre el fuego, y cuando ha derivado dos veces, échanlo en una vasija y están enfriándola en media calabaza; y cuando está con mucha espuma bébenla tan caliente cuanto pueden sufrir, y desde que la sacan del bote hasta que la beben están dando voces, diciendo que quién quiere beber.

Y cuando las mujeres oyen estas voces, luego se paran sin osarse mudar, y aunque estén mucho cargadas, no osan hacer otra cosa, y si acaso alguna de ellas se mueve, la deshonran y la dan de palos, y con muy gran enojo derraman el agua que tienen para beber, y la que han bebido la tornan a lanzar, lo cual ellos hacen muy ligeramente y sin pena alguna. La razón de la costumbre dan ellos y dicen que si cuando ellos quieren beber aquella agua las mujeres se mueven de donde les toma la voz, que en aquella agua se les mete el cuerpo una cosa mala, y que dende poco les hace morir, y todo el tiempo que el agua está cociendo ha de estar el bote atapado; y si acaso está destapado y alguna mujer pasa, lo derraman y no beben más de aquella agua; es amarilla, y están bebiéndola tres días sin comer, y cada día bebe cada uno arroba y media de ella.

Y cuando las mujeres están con su costumbre no buscan de comer más de para sí solas, porque ninguna otra persona come de lo que ellas traen.

En el tiempo que así estaba entre éstos vi una diablura, y es, que vi un hombre casado con otro, y éstos son unos hombres amarionados impotentes, y andan tapados como mujeres y hacen oficio de mujeres y no tiran arco y llevan muy gran carga, y entre éstos vimos muchos de ellos así amarionados como digo, y son más membrudos que los otros hombres, y más altos; sufren muy grandes cargas.

[*Naufragios*, cap. XXVI.]

Harina de mezquiquez

Después que nos partimos de los que dejamos llorando, fuímonos con los otros a sus casas, y de los que en ellas estaban bien recebidos, y trujeron sus hijos para que les tocásemos las manos, dábannos mucha harina de mezquiquez. Este mezqui-

quez es una fruta que cuando está en el árbol es muy amarga, y es de la manera de algarrobas, y cómese con tierra, y con ella está dulce y bueno de comer. La manera que tienen con ella es ésta: que hacen un hoyo en el suelo, de la hondura que cada uno quiere; y después de echada la fruta en este hoyo, con un palo tan gordo como la pierna, y de braza y media en largo, la muelen hasta muy molida; y demás que se le pega de la tierra del hoyo, traen otros puños, y échanla en el hoyo y tornan otro rato a moler, y después échanla en una vasija de manera de una espuerta, y échanle tanta agua, que basta a cubrirla, de suerte que quede agua por cima, y el que la ha molido pruébala, y si le parece que no está dulce, pide tierra y revuélvela con ella, y esto hace hasta que la halla dulce, y asiéntanse todos al rededor, y cada uno mete la mano y saca lo que puede, y las pepitas de ella tornan a echar sobre unos cueros, y las cáscaras; y el que lo ha molido las coge y las torna a echar en aquella espuerta, y echa agua como de primero, y tornan a exprimir el zumo y agua que de ello sale, y las pepitas y cáscaras tornan a poner en el cuero y de esta manera hacen tres o cuatro veces cada moledura; y los que en este banquete, que para ellos es muy grande, se hallan, quedan las barrigas muy grandes, de la tierra y agua que han bebido; y de esto nos hicieron los indios muy gran fiesta, y hubo entre ellos muy grandes bailes y areitos en tanto que allí estuvimos.

[*Naufragios*, cap. XXVII.]

Paso del Pecos. Indios cazadores

Llevábamos tanta compañía, que en ninguna manera podíamos valernos con ellos. Por aquellos valles donde íbamos, cada uno de ellos llevaba un garrote tan largo como tres palmos, y todos iban en ala; y en saltando alguna liebre (que por allí había hartas), cercábanla luego, y caían tantos garrotes sobre ella, que era cosa de maravilla, y de esta manera la hacían andar de unos para otros; que a mi ver era la más hermosa caza que se podía pensar, porque muchas veces ellas se venían hasta las manos; y cuando a la noche parábamos, eran tantas las que nos habían dado, que traía cada uno de nosotros ocho o diez cargas de ellas;

y los que traían arcos no parecían delante de nosotros, antes se apartaban por la sierra a buscar venados; y a la noche cuando venían, traían para cada uno de nosotros cinco o seis venados, y pájaros y codornices, y otras cazas; finalmente, todo cuanto aquella gente hallaban y mataban nos lo ponían delante, sin que ellos osasen tomar ninguna cosa, aunque muriesen de hambre; que así lo tenían ya por costumbre después que andaban con nosotros, y sin que primero lo santiguásemos; y las mujeres traían muchas esteras, de que ellos nos hacían casas, para cada uno la suya aparte, y con toda su gente conocida; y cuando esto era hecho, mandábamos que asasen aquellos venados y liebres, y todo lo que habían tomado; y esto también se hacía muy presto en unos hornos que para esto ellos hacían; y de todo ello nosotros tomábamos un poco, y lo otro dábamos al principal de la gente que con nosotros venía, mandándole que lo repartiese entre todos.

Cada uno con la parte que le cabía venían a nosotros para que la soplásemos y santiguásemos, que de otra manera no osaren comer de ella; y muchas veces traíamos con nosotros tres o cuatro mil personas y era tan grande nuestro trabajo, que a cada uno habíamos de soplar y santiguar lo que habían de comer y beber, y para otras muchas cosas que querían hacer nos venían a pedir licencia, de que se puede ver qué tanta importunidad recibíamos. Las mujeres nos traían las tunas y arañas y gusanos, y lo que podían haber; porque aunque se muriesen de hambre, ninguna cosa habían de comer sin que nosotros la diésemos. Y yendo con éstos, pasamos un gran río, que venía del norte.

[*Naufragios*, cap. XXIX.]

Del Pecos al Conchos. Cuecen sin ollas

Y pasados unos llanos de treinta leguas, hallamos mucha gente que de lejos de allí venía a recibirnos, y salían al camino por donde habíamos de ir, y nos recibieron de la manera de los pasados.

Éstos nos guiaron por más de cincuenta leguas de despoblado de muy ásperas sierras, y por ser tan secas no había caza en ellas, y por esto pasamos mucha hambre, y al cabo un río muy

grande, que el agua nos daba hasta los pechos; y desde aquí, nos comenzó mucha de la gente que traíamos a adolecer de la mucha hambre y trabajo que por aquellas sierras habían pasado, que por extremo eran agras y trabajosas.

A éstos dijimos que queríamos ir a la puesta del sol, y ellos respondiéronnos que por allí estaba la gente muy lejos, y nosotros les mandábamos que enviasen a hacerles saber cómo nosotros íbamos allá, y de esto se excusaron lo mejor que ellos podían, porque ellos eran sus enemigos, y no querían que fuésemos a ellos; mas no osaron hacer otra cosa; y así, enviaron dos mujeres, una suya, y otra que de ellos tenían cautiva; y enviaron éstas porque las mujeres pueden contratar aunque haya guerra; y nosotros las seguimos, y paramos en un lugar donde estaba concertado que las esperásemos; mas ellas tardaron cinco días; y los indios decían que no debían de hallar gente. Ésta fue la más obediente gente que hallamos por esta tierra, y de mejor condición; y comúnmente son muy dispuestos. Convalecidos los dolientes, y ya que había tres días que estábamos allí, llegaron las mujeres que habíamos enviado, diciendo que habían hallado muy poca gente, y que todos habían ido a las vacas, que era en tiempo de ellas y mandamos a los que habían estado enfermos, que se quedasen, y los que estuviesen buenos fuesen con nosotros, y que dos jornadas de allí, aquellas mismas dos mujeres irían con dos de nosotros a sacar gente y traerla al camino para que nos recibiesen, y con esto, otro día de mañana todos los que más recios estaban partieron con nosotros, y a tres jornadas paramos, y el siguiente día partió Alonso del Castillo con Estebanico el negro, llevando por guía las dos mujeres, y la que de ellas era cautiva los llevó a un río que corría entre unas sierras donde estaba un pueblo en que su padre vivía, y éstas fueron las primeras casas que vimos que tuviesen parecer y manera de ello. Aquí llegaron Castillo y Estebanico; y después de haber hablado con los indios, a cabo de tres días vino Castillo adonde nos había dejado, y trajo cinco o seis de aquellos indios, y dijo cómo había hallado casas de gente y de asiento, y que aquella gente comía frísoles y calabazas, y que había visto maíz.

Aquí estuvimos un día, y el siguiente nos partimos, y llevámoslos con nosotros a otras casas de asiento, donde comían lo

mismo que ellos, y de ahí adelante hubo otro nuevo uso, que los que sabían de nuestra vida, no salían a recibirnos a los caminos, como los otros hacían; antes los hallábamos en sus casas, y tenían hechas otras para nosotros, y estaban todos asentados, y todos tenían vueltas las caras hacia la pared y las cabezas bajas y los cabellos puestos delante de los ojos, y su hacienda puesta en montón en medio de la casa, y de aquí adelante comenzaron a darnos muchas mantas de cueros, y no tenían cosa que no nos diesen.

Es la gente de mejores cuerpos que vimos, y de mayor viveza y habilidad y que mejor nos entendían y respondían en lo que preguntábamos; y llamámoslos de las Vacas, porque la mayor parte que de ellas mueren, es cerca de allí; y porque aquel río arriba más de cincuenta leguas, van matando muchas de ellas. Esta gente anda del todo desnudos, a la manera de los primeros que hallamos. Las mujeres andan cubiertas con unos cueros de venado, y algunos pocos hombres, señaladamente viejos, que no sirven para la guerra. Es tierra muy poblada. También nosotros quisimos saber de dónde habían traído aquel maíz, y ellos nos dijeron que de donde el sol se ponía, y que lo había por toda aquella tierra; mas que lo más cerca de allí era por aquel camino. Preguntámosles por dónde iríamos bien, y que nos informasen del camino, porque no querían ir allá; dijéronnos que el camino era por aquel río arriba hacia el norte, y que en diez y siete jornadas no hallaríamos otra cosa ninguna que comer, sino una fruta que llaman *chacan*, y que la machucan entre unas piedras si aun después de hecha esta diligencia no se puede comer, de áspera y seca; y así era la verdad, y dijéronnos también que entretanto que nosotros fuésemos por el río arriba, iríamos siempre por gente que eran sus enemigos y hablaban su misma lengua, y que no tenían que darnos cosa de comer; mas que nos recibirían de muy buena voluntad, y que nos darían muchas mantas de algodón y cueros y otras cosas de las que ellos tenían, mas que todavía les parecía que en ninguna manera no debíamos tomar aquel camino. Dudando lo que haríamos, y cuál camino tomaríamos que más a nuestro propósito y provecho fuese, nosotros nos detuvimos con ellos dos días. Dábannos a comer frísoles, y calabazas; la manera de cocerlas es tan nueva,

que por tal, yo la quise aquí poner, para que se vea y se conozca cuán diversos y extraños son los ingenios y industrias de los hombres humanos. Ellos no alcanzan ollas, y para cocer lo que ellos quieren comer, hinchen media calabaza grande de agua, y en el fuego echan muchas piedras de las que más fácilmente ellos pueden encender, y toman el fuego; y cuando ven que están ardiendo tómanlas con unas tenazas de palo, y échanlas en aquella agua que está en la calabaza, hasta que la hacen hervir con el fuego que las piedras llevan; y cuando ven que el agua hierve, echan en ella lo que han de cocer, y en todo este tiempo no hacen sino sacar unas piedras y echar otras ardiendo para que el agua hierva para cocer lo que quieren, y así lo cuecen.

[*Naufragios*, caps. XXIX, XXX.]

Camino del maíz. Por fin, gente vestida y calzada

Pasados dos días que allá estuvimos, determinamos de ir a buscar el maíz, y no quisimos seguir el camino de las Vacas porque es hacia el norte, y esto era para nosotros muy gran rodeo, porque siempre tuvimos por cierto que yendo la puesta del sol, habíamos de hallar lo que deseábamos; y así, seguimos nuestro camino, y atravesamos toda la tierra hasta salir a la mar del Sur; y no bastó a estorbarnos esto el temor que nos ponían de la mucha hambre que habíamos de pasar (como a la verdad la pasamos) por todas las diez y siete jornadas que nos habían dicho. Por todas ellas el río arriba nos dieron muchas mantas de vacas, y no comimos de aquella su fruta, mas nuestro mantenimiento era cada día tanto como una mano de unto de venado, que para estas necesidades procurábamos siempre de guardar, y así pasamos todas las diez y siete jornadas, y al cabo de ellas atravesamos el río, y caminamos otras diez y siete.

A la puesta del sol, por unos llanos, y entre unas sierras muy grandes que allí se hacen, allí hallamos una gente que la tercera parte del año no comen sino unos polvos de paja; y por ser aquel tiempo cuando nosotros por allí caminamos, hubímoslo también de comer hasta que, acabadas estas jornadas, hallamos casas de asiento, a donde había mucho maíz allegado, y de ellos y de su harina nos dieron mucha cantidad, y de calabazas y frí-

soles y mantas de algodón, y de todo cargamos a los que allí nos habían traído, y con esto se volvieron los más contentos del mundo. Nosotros dimos muchas gracias a Dios nuestro Señor por habernos traído allí a donde habíamos hallado tanto mantenimiento. Entre estas casas había algunas de ellas que eran de tierra, y las otras todas son de estera de cañas; y de aquí pasamos más de cien leguas de tierra, y siempre hallamos casas de asiento y mucho mantenimiento de maíz, y frísoles y dábannos muchos venados y muchas mantas de algodón, mejores que las de la Nueva España. Dábannos también muchas cuentas y de unos corales que hay en la mar del Sur, muchas turquesas muy buenas que tienen hacia el norte; y finalmente, dieron aquí todo cuanto tenían, y a mí me dieron cinco esmeraldas hechas puntas de flechas, y con estas flechas hacen ellos sus areitos y bailes; y pareciéndome a mí que eran muy buenas, les pregunté que dónde las habían habido, y dijeron que las traían de unas sierras muy altas que están hacia el norte, y las compraban a trueco de penachos y plumas de papagayos, y decían que había allí pueblos de mucha gente y casas muy grandes. Entre éstos vimos las mujeres más honestamente tratadas que a ninguna parte de Indias que hubiésemos visto. Traen unas camisas de algodón, que llegan hasta las rodillas, y unas medias-mangas encima de ellas, de unas faldillas de cuero de venado sin pelo, que tocan en el suelo, y enjabónanlas con unas raíces que limpian mucho, y así las tienen muy bien tratadas; son abiertas por delante y cerradas con unas correas; andan calzados con zapatos.

Pasamos por gran número y diversidades de lenguas; con todas ellas Dios nuestro Señor nos favoreció, porque siempre nos entendieron y les entendimos; y así, preguntábamos y respondían por señas, como si ellos hablaran nuestra lengua y nosotros la suya; porque, aunque sabíamos seis lenguas, no nos podíamos en todas partes aprovechar de ellas, porque hallamos más de mil diferencias.

En el pueblo donde nos dieron las esmeraldas, dieron a Dorantes más de seiscientos corazones de venado abiertos, de que ellos tienen siempre mucha abundancia para su mantenimiento y por esto le pusimos nombre el pueblo de los Corazones, y por él es la entrada para muchas provincias que están a la mar del

Sur; y si los que la fueren a buscar por aquí no entraren, se perderán; porque la costa no tiene maíz, y comen polvo de bledo y de paja y de pescado que toman en la mar con balsas, porque no alcanzan canoas. Las mujeres cubren sus vergüenzas con yerba y paja. Es gente muy apocada y triste. Creemos que cerca de la costa, por la vía de aquellos pueblos que nosotros trajimos, hay más de mil leguas de tierra poblada, y tienen mucho mantenimiento, porque siembran tres veces en el año frísoles y maíz.

[*Naufragios*, caps. XXXI, XXXII.]

Las avanzadas de Nuño de Guzmán. Llegada al Mar del Sur

En este tiempo Castillo vio al cuello de un indio una hebilleta de talabarte de espada, y en ella cosido un clavo de herrar; tomósela, y preguntámosle qué cosa era aquélla, y dijéronnos que había venido del cielo. Preguntámosle más, que quién la había ido de allá, y respondieron que unos hombres que traían barbas como nosotros, que habían venido del cielo, y llegado a aquel río, y que traían caballos y lanzas y espadas, y que habían alanceado dos de ellos; y lo más disimuladamente que pudimos les preguntamos qué se habían hecho aquellos hombres, y respondiéronnos que se habían ido a la mar, y que metieron las lanzas por debajo del agua, y que ellos se habían también metido debajo, y que después los vieron ir por cima hacia puesta del sol.

Anduvimos mucha tierra, y toda la hallamos despoblada, porque los moradores de ella andaban huyendo por las sierras, sin osar tener casa ni labrar, por miedo de los cristianos. Fue cosa de que tuvimos muy gran lástima, viendo la tierra muy fértil y muy hermosa y muy llena de aguas y de ríos, y ver los lugares despoblados y quemados, y la gente tan flaca y enferma huida y escondida toda; y como no sembraban, con tanta hambre, se mantenían con cortezas de árboles y raíces. De esta hambre a nosotros alcanzaba parte en todo este camino, por que mal nos podían ellos proveer estando tan deventurados, que parecía que se querían morir. Trajéronnos mantas de las que habían escondido por los cristianos, y diéronnoslas, y aun contáronnos cómo otras veces habían entrado los cristianos por la tierra, y habían destruido y quemado los pueblos, y llevado la mitad de los hombres

y todas las mujeres y muchachos, y que los que de sus manos habían podido escapar andaban huyendo.

Venían entonces con nosotros indios de cien leguas de allí, y no podíamos acabar con ellos que se volviesen a sus casas; y por asegurarlos dormimos aquella noche ahí y otro día caminamos y dormimos en el camino; y el siguiente día, los que habíamos enviado por mensajeros nos guiaron a donde ellos habían visto los cristianos; y llegados a hora de vísperas, vimos claramente que habían dicho la verdad, y conocimos la gente que era de a caballo, por las estacas en que los caballos habían estado atados. Desde aquí, que se llama el río de Petutan, hasta el río donde llegó Diego de Guzmán, puede haber hasta él desde donde supimos de cristianos, ochenta leguas; y desde allí al pueblo donde nos tomaron las aguas, doce leguas; y desde allí hasta la mar del Sur había doce leguas.

[*Naufragios*, cap. XXXII.]

EXPEDICIÓN DE LUCAS DE AYLLÓN

(1526)

Lucas Vázquez de Ayllón, hidalgo toledano, hombre de toga que en 1511 llegó como juez de apelaciones a San Juan de Puerto Rico y en 1519 era oidor en la Audiencia de Santo Domingo, fue comisionado por sus colegas para ir a Cuba y apaciguar a Diego de Velázquez en su querella contra Hernán Cortés. Fracasado en su empeño y partiendo para la Nueva España la expedición de Pánfilo de Narváez, Ayllón se embarcó en ella para tentar un último esfuerzo. Ya en San Juan de Ulúa, Narváez lo reembarcó, preso, para Cuba; pero durante la travesía consiguió imponerse y conducir la nave a la Española.

Ayllón se había ya contaminado del medio ambiente y quiso lanzarse a expediciones y conquistas. Lo sugestionaron las informaciones de un esclavo suyo, el famoso Francisco de Chicora, que le ponderaba fabulosas riquezas, inexistentes, de aquellos países nórdicos donde le serviría de lengua. (El indio sólo pensaba en regresar a su tierra y quedar libre entre los suyos.)

Ayllón capituló con Carlos V para emprender descubrimientos al Norte, entre los 27 y 35 grados. La expedición fue un desastre; el licenciado no podía improvisarse general y marino. Los indios chicorigues —de aquí el nombre de Chicara dado a la región— le mataron mucha gente. La fuerza quedó reducida a dos quintos de su efectivo, y el propio Ayllón murió, junto al río que llamaron Gualdape (hoy Peedee, en la Carolina del Norte), casi en el límite septentrional de su concesión.

Fernández de Oviedo nos ha conservado la Relación testifical que le dieron algunos de los más conspicuos entre los supervivientes de la expedición: Pedro de Quejo, piloto mayor, Francisco Gómez, capitán y alcalde, los frailes predicadores Antonio Montesino, Antonio de Cervantes, Pedro de Estrada y otras personas fidedignas.

BIBLIOGRAFÍA

Véase la de Fernández de Oviedo, cuya *Historia general*, en su libro xxxvii, caps. I-IV, contiene la relación testifical del viaje de Ayllón.

[DE LA PROVINCIA DE GUALDAPE]

Del río Jordán al río Gualdape

En la prefación de suso se dijo cómo el año de mil e quinientos e veinte y tres vino despachado e proveydo el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón para ir por capitán general e gobernador de Su Majestad a cierta provincia de la Tierra-Firme, que está de la otra parte de la isla Fernandina, alias Cuba: el cual, como aquí a Sancto Domingo llegó, venido de España, residió en su oficio de oidor desta Real Audiencia e Chancilleria que aquí hay; e también entendía en se aderezar e proveer para las cosas de su armada e hacer su viaje. E tardó tanto en esto, que le enviaron a mandar los señores del Consejo Real de Indias que pusiese en efeto su empresa, conforme a lo que tenía capitulado, si no que proveerían en el negocio para que fuese otro capitán a lo hacer, e le excluirían de la negociación o cargo que se le había dado, para que aquella tierra se poblase: y por esto él se determinó de se dar más priesa en su partida, la cual fue dende el Puerto de Plata, que en esta isla está a la parte de la banda del Norte: de donde salió mediado el mes de julio del año de mil e quinientos e viente y seis años con una nao grande, que era la capitana, e otra que llaman *la Bretona*, e otra nao nombrada Sancta Cathalina, e otra que se dice *la Chorruca*, e un bergantín e un patax o gabarra. Así que eran seis velas por todas, en que fueron quinientos hombres, e los más dellos isleños e diestros en estas partes e ochenta o noventa caballos muy buenos, e bien proveydo de todos los bastimentos e cosas que para la jornada le pareció que era necesario.

De la manera ques dicho fue su viaje derecho a se desembarcar en un río que le llaman río Jordán, que está más al oriente de la provincia de la Florida, en la mesma costa de la Tierra Firme, ciento e cincuenta leguas, poco más o menos: la boca del qual río está en treinta y tres grados e dos tercios desta parte de la linia equinoccial, a la banda de nuestro polo ártico.

Aquella tierra quel licenciado Ayllón e su armada fueron a buscar, la llama el cronista Pedro Mártir en su tratado Chicora, porque aquel indio falso adalid quel licenciado llevó, e otras lenguas de aquella tierra la nombraban así; pero dende a muy pocos días se huyeron la tierra adentro, e dejaron en blanco al licenciado e a los demás que de sus palabras fiaban: y en toda la costa, ni en lo que dentro de la tierra vieron los españoles, ni se pudo ver ni haber noticia de provincia ni puerto, ni río ni población que tal nombre toviese: ni vieron tierra ni provincia que se llamase de los nombres que se contenían en la capitulación quel licenciado tuvo con Su Majestad Cesárea, que yo he visto, que son los quel dicho indio le debiera avisar. E dice la licencia real que le da facultad para que pueda ir el dicho licenciado, o enviar a proseguir el descubrimiento de la tierra e provincias e islas de Duahe, Chicora, Yta, Tancac, Anica, Tivezocayo, Xapira, Guacaya, Xoxi, Sona, Pasqui, Aranui, Xamunanauc, Huaque, Tanaca, Yenyohol, Pahoc, Yamiscaron, Orixa, Inisiguanin y Noxa: que en cada nombre destos pensó el licenciado que llevaba un tesoro, e como he dicho ninguna tierra se supo de tales títulos. Pero paréceme que bastaba el de adelantado que por la capitulación real se le prometió destas tierras e provincias e islas, e de todo lo que por su industria fuese descubierto; e otras mercedes se le prometieron por la dicha capitulación, fecha en Valladolid a veinte e seis de junio de mil e quinientos e veinte y tres años. Así que, éste fue el recabdo queste caballero sacó de la confianza de su indio Francisco de Chicora. Pero el principio de la perdición e desventura de aquesta armada, fue que al entrar, que la dicha nao capitana entraba en el río Jordán, se perdió con todos los bastimentos (puesto que se salvó la gente), e los otros navíos que eran menores entraron sin peligro.

Después que estovieron allí algunos días, descontentos de la tierra e idas las lenguas o guías que llevaron, acordaron de irse a poblar la costa adelante hacia la costa occidental, e fueron a un grande río (quarenta o quarenta e cinco leguas de allí, pocas más o menos) que se dice Gualdape: e allí asentaron su campo o real en la costa dél, e comenzaron a hacer casas, porque no las había, sino algunas caserías lejos unas de otras, e la tierra toda muy llana e de muchas ciénegas, pero el río muy poderoso e de mu-

chos e buenos pescados; e a la entrada dél era bajo, si con la creciente no entraban los navíos. E como les faltaban mantenimientos y en la tierra no los hallaban, e los fríos eran muy grandes, porque aquella tierra, donde pararon, está en treinta e tres grados para arriba, y era raso, adoleció mucha gente e muriéronse muchos; y el licenciado luego cayó malo e también se lo llevó Dios.

Ginés Doncel, después que vido muerto al licenciado Ayllón, como hombre sin consejo e que confiaba de su habilidad e sagacidad que podría ser capitán de los que quedaban, so color que como estaban descontentos de la tierra él decía que los llevaría della, e dando otros falsas colores a su destino, prendió al teniente e a los alcaldes, e púsolos en grande necesidad; e trajo a su opinión a un Pedro de Bazán, que no tenía más sosiego quél, e a otros desconcertados e aparejados a hacer su voluntad e lo que le pareciese. En esta sazón los indios mataron algunos españoles desmandados: los cuales son muy grandes flecheros, pero no tienen hierba, sino muy recios arcos que hacen de castaños (que hay muchos la tierra adentro), e traen sus carcajes de cueros de adives e otros animales: e la gente natural de aquella tierra son bien dispuestas personas, e más altos que los indios destas nuestras islas comúnmente.

Preso el Ginés e otros algunos de su confederación, acordaron éstos que quedaban de se venir a estas islas, e pusiéronlo en efeto: e metieron el cuerpo del licenciado en la gabarra o patax, para lo traer a esta cibdad de Sancto Domingo, donde tenía su casa e asiento, o al puerto de Plata, donde tenía la mitad de un ingenio poderoso y era bien heredado para lo traer dende allí a esta ciudad; pero porque tuvieron mala navegación, al cabo dieron con él en la grande sepultura desta mar oceana, donde están o fueron echados otros capitanes e gobernadores (o los echó su ventura antes e después que al licenciado). Así que en esto paró su gobernación.

Sepulturas, adoratorios y otras construcciones

La tierra de Gualdape, e también dende el río de Sancta Elena abajo al Occidente, es toda tierra llana. Las poblaciones no las

vieron estos españoles que fueron con el licenciado Ayllón, sino algunas casas o buhíos a manera de caseríos, lejos unos de otros; y en algunas isletas de la costa pequeñas hay ciertas mezquitas o templos de aquella gente idólatra, e muchos huesos de difunctos, apartados los de los muchachos e niños de los mayores. Y éstos son como osarios o carneros de la gente común, porque los de los hombres principales están por sí en capilla o templo separado de la otra comunidad, e también en isletas. E aquellas casas o templos tienen paredes de cal e canto (la cual cal hacen de conchas de ostiones de la mar) y éstas son de hasta un estado y medio de alto, e lo demás de ese estado y medio arriba es de madera de pinos, que hay muchos. Hay algunas casas principales por aquella costa, que debe entre aquella gente ser habida cada una dellas por un pueblo, porque son muy grandes, e son hechas de pinos muy altos e muy gentiles; y en lo alto déjanles sus ramas e hojas, e después que hacen una hilera o rengle de pinos por pared e otra del otro cabo, quedando en medio el anchura de quince o treinta pies de una rengle a otra, e de luengo bien trescientos o más pies, por lo alto juntas las ramas, e así no hay necesidad de tejado ni cubierta, no obstante que con esteras muy bien puestas cubren todo lo alto, entretejidas en los vacuos o lumbres de entre los pinos dichos, e por de dentro hay otros pinos atravesados con la haz de los primeros, que duplican el grosor de la pared. De forma que la tapia queda gruesa e fuerte, porque están juntos los maderos: y en cada casa destas tales pueden muy bien estar o caber doscientos hombres, e vivir en ellas, como lo hacen los indios, dejándoles su puerta donde conviene.

Peces del río Gualdape

Como el suceso de la gobernación del licenciado Ayllón paró en lo que la historia ha dicho, y en aquella ningún español quedó vivo, los que escaparon, después que volvieron a estas islas, cada uno tiró por su parte; pero no faltan de todo punto algunas personas que testifican lo ques dicho, e aun añaden que en el río de Gualdape se tomaron en una canal sobre setecientos lenguados perfetos, y algunos dellos mucho mayores que los de España. E muchos otros pescados se tomaron en veces, así como al-

bures, bagres, centollas, besuguillos de palmo e de jeme de luengo. Pero entre lo ques dicho e muchas corbinas, e galludillos, e tollos, e cazones muy grandes e chicos, e arañas buenas, hubo dos pescados de que yo me maravillé cuánto más apartados eran de lo que tengo dicho: uno fue un cazón tan grande, que mandó la justicia que no comiesen dél, porque no hiciese daño; mas como la necesidad era de más fuerza que los alcaldes, constriñó a cuatro o cinco hombres a que comiesen del cazón, e hízoles mal provecho, porque se les cayeron e pelaron las barbas e cabellos e cejas, sin que ésas ni en otra parte de sus personas les quedase pelo alguno. El otro es cierto pescado de mar que tiene concha como tortuga, pero es delgada como la del cangrejo e negra, e tiene muchos pies de cada banda o costado, e abierto hállanle muchos huevos no mayores que lentejas: estando crudo este pescado, él e los huevos hieden mucho a marisco; y estando cocido, huele muy bien y es buen manjar e de buena digestión.

Así lo que se dijo en los capítulos precedentes como en éste, lo testifican los padres que tengo alegados e otras personas de crédito.

[Oviedo, *Historia general*, lib. XXVII, caps. I-IV.]

RODRIGO RANGEL

(1524 – 1543)

En el año de 1527 Motolinía, guardián entonces en Texcoco, intervino como juez comisario en la causa "por horrorosa blasfemia" contra el nonagenario conquistador Rodrigo Rangel. La igualdad del nombre y la diferencia de las edades hacen sospechar que aquel decano de los conquistadores sería familiar, acaso abuelo, del Rodrigo Rangel a quien debemos una *Relación* de la Florida.

Poco sabemos de este segundo Rangel, a quien podríamos llamar el joven; en efecto, casi únicamente lo que refiere Fernández de Oviedo, que lo trató y lo tenía en buena estima. Hidalgo y capitán, "demás de ser buen soldado e hombre de bien, tenía buen caballo". Conquistador de la Nueva España y alcalde de Tenochtitlán, en 1524 Cortés lo envió a la pacificación de los zapotecas y de los mixes. Años más tarde participó en la expedición de Hernando de Soto a la Florida, que gracias a él conocemos en detalle.

Hernando de Soto tenía ya una larga y negra historia como conquistador, si hemos de creer a Oviedo, quien lo retrata calificándolo de "instruido en la escuela de Pedrarias Dávila en la desipación y asolación de los indios de Castilla del Oro, graduado en las muertes de los naturales de Nicaragua, y canonizado en el Perú según la orden de los Pizarros". Hallóse en la prisión de Atahualpa, "donde se enriqueció; e fue uno de los que más ricos han vuelto a España, porque él llevó e puso en salvo en Sevilla sobre cien mil pesos de oro". Ambicionando, sin embargo, mayor riqueza, gestionó y obtuvo en 1537 ser nombrado gobernador de Cuba y "adelantado" para descubrir, pacificar y poblar los territorios concedidos antes a Pánfilo de Narváez y a Vázquez de Ayllón.

La expedición, fuerte de seiscientos hombres, el día 30 de mayo de 1539 desembarca en la bahía de Tampa, territorio de los

indios tocobagas, penetra luego en son de guerra en el de los timacúes, donde en las cercanías del río Suwance cautivan al cacique Aguacaleyquen; siguen hacia los Apalaches y cerca de Aute encuentran los restos del campamento de Narváez, que les sirve de invernada. En la primavera de 1540 se lanzan a la exploración del interior, empresa fecunda en toda clase de aventuras, que los lleva a través de los actuales estados de Georgia, Carolina del Sur, Carolina del Norte, Tennessee, nuevamente Georgia, Alabama y Misisipi, donde pasan el invierno con la tribu chickasúa. En Georgia, en las tierras de la joven cacica de Talimeco, descubren numerosos recuerdos de la gente de Vázquez de Ayllón, y en las tierras del cacique Chicaha hallan los primeros pueblos cercados. En Alabama traban amistad con el soberbio cacique Athahachi, en Tucallosa, que ha perpetuado su nombre en el río Black Warrior; poco después sufren una sangrienta derrota en Mabila. Al llegar la primavera de 1541 reanudan la marcha hacia el noroeste, atravesando Arkansas y Oklahoma, hasta invernar en Autianque, junto a uno de los afluentes del Misisipi. En mayo de 1542 fallece Hernando de Soto y los supervivientes de la expedición se retiran, por Texas, hasta llegar nuevamente al río Misisipi, donde construyen siete bergantines. Navegando en ellos aguas abajo y después por el mar del Golfo, arriban finalmente a Pánuco, extremo oriental de la Nueva España, en septiembre de 1543. Algunos de ellos, en compañía de Rodrigo Rangel, marcharon luego a Santo Domingo.

Rangel llevaba consigo su Diario de aquella memorable odisea y pudo hacer relación a la Audiencia, cuyo presidente licenciado Alfonso López de Cerrato "le mandó e encargó que por escrito" le diera razón de todo a Oviedo. Así, el Cronista de las Indias estuvo en posesión del Diario de Rangel o del resumen hecho por él mismo. Oviedo convierte la Relación, adornándola de algún comentario, en los capítulos xxi a último (xxx) del lib. XVII de su *Historia general y natural de las Indias*. La narración, sin embargo, queda interrumpida en el capítulo xxviii, por faltar siete hojas en el manuscrito autógrafo.

No conocemos los últimos años del hidalgo Rangel.

BIBLIOGRAFÍA

Véase la de Fernández de Oviedo, en cuya *Historia general*, libro xvii, caps. xxii-xxviii, se contiene el *Diario* de Rangel.

[LA EXPEDICIÓN DE SOTO]

Desembarque (30 de mayo, 1539)

La tierra do se embarcaron está nortesur con la isla de la Tortuga, que está en la boca de la canal de Bahamá; y el cacique o señor de aquella tierra se llamaba Ocita, y está diez leguas al Poniente de la bahía de Johan Ponçe.

Otro día miércoles envió el gobernador al capitán Baltasar de Gallegos con el indio que les quedaba, a buscar alguna gente o pueblo o casa al tiempo que el sol se ponía, yendo fuera de camino, porque el indio que era la guía, los llevaba desatinados y confusos: plugo a Dios que vieron de lejos hasta veinte indios embijados (ques cierta unción roja que los indios se ponen, cuando van a la guerra o quieren bien parecer), y llevaban muchos penachos y sus arcos y flechas. Y como corrieron los cristianos contra ellos, los indios huyendo se metieron en un monte, y uno dellos salió al camino dando voces y diciendo: "Señores, por amor de Dios y de Sancta María no me mateis: que yo soy cristiano, como vosotros, y soy natural de Sevilla y me llamo Johan Ortiz". El placer que los cristianos sintieron fue muy grande en les dar Dios lengua y guía en tal tiempo, de que tenían grande necesidad. Y con este placer muy ufanos todos, volvió aquella noche bien tarde Baltasar de Gallegos al real, y todos los indios que venían con él, y los españoles del ejército se alborotaron mucho, creyendo otra cosa y se pusieron en armas; pero reconocido lo que era, fue mucha el alegría que todos hubieron, porque estimaron que por medio de aquella lengua harían mejor sus fechos.

[Oviedo, *Historia general*, lib. XVII, cap. XXII.]

El cacique Mocozo

Y sin perder tiempo, el sábado siguiente (7, junio) determinó gobernador de ir con aquel Johan Ortiz, lengua, al cacique que

lo había tenido, que se decía Mocozo, por le hacer de paz y traerle a la amistad de los cristianos, el cual atendió en su pueblo con sus indios y mujeres e hijos sin faltar nadie, y quejóse al gobernador, de los caciques Orriygua, Neguarete, Capaloey y Ecita, que son caciques todos cuatro de aquella costa, diciendo que lo amenazaban porque este cacique tomaba nuestra amistad y holgaba de dar aquel cristiano lengua a los cristianos. El gobernador le hizo decir con la misma lengua que no temiese de aquellos caciques ni de otros, porquél lo favorecería y los cristianos todos y muchos más que habían de venir presto serían sus amigos y le ayudarían y favorecerían contra sus enemigos. Este mismo día salió el capitán Johan Ruiz Lobillo con hasta cuarenta soldados a pie la tierra adentro, y dio en unos ranchos, y no pudo tomar sino dos indias; y por las cobrar, le siguieron nueve indios tres leguas flechándole, y le mataron un cristiano y le hirieron tres o cuatro sin que les pudiese hacer daño alguno, puesto que tenía arcabuceros y ballesteros, porque aquellos indios son tan sueltos y tan buena gente de guerra, como en todas las naciones del mundo se pueden ver hombres.

[Oviedo, *Historia general*, lib. XVII, cap. XXII.]

Con el cacique de Aguacaleyquen

A los nueve de septiembre partieron todos juntos de Aguacaleyquen, llevando consigo el cacique y su hija y a un indio principal que se decía Guatutima, por guía, porque decía aquél que sabía mucho de lo de adelante y daba muy grandes nuevas. E hicieron una puente de pinos para pasar el río de Aguacaleyquen y fueron a dormir a un pueblo pequeño. Otro día viernes fueron a Uriutina, pueblo de alegre vista y de mucha comida, y había en él un muy gran buhío, en la mitad del cual había un gran patio. Ya por allí había buena población. Desde que salieron de Aguacaleyquen, iban y venían mensajeros de Uzachile, cacique grande, tañendo con una flauta por cirimonia; y el viernes a doce de septiembre llegaron estos cristianos a un pueblo que le llamaron de las Muchas-Aguas, porque les llovió tanto, que no pudieron salir de allí el sábado ni el domingo, y salieron el lunes siguiente, quince de aquel mes, y hallaron una ciénega muy mala y to-

do el camino muy trabajoso, y fueron a dormir a Napituca, que era un pueblo muy alegre, de gentil asiento y mucha comida.

[Oviedo, *Historia general*, lib. XVII, cap. XXIV.]

Restos de la expedición de Pánfilo de Narváez

Domingo cinco de octubre fueron a Calahuchi, y tomáronse dos indios y una india y tasajos de venados en mucha cantidad, y allí se les huyó la guía que llevaban.

Otro día fueron adelante llevando por guía un indio viejo que los traía perdidos, y una india los llevó a Iviahica, y hallaron alzada toda la gente, y otro día salieron de allí dos capitanes y hallaron toda la gente alzada. Johan de Añasco había salido deste pueblo, y ocho leguas dél halló el puerto donde Pánfilo de Narváez se había embarcado en las barcas que hizo. Esto se conoció por las calaveras de los caballos y asiento de fragua y pesebres y morteros que tenían hechos para moler el maíz, y por cruces hechas en los árboles. E invernaron allí y estuvieron hasta cuatro de marzo del año de mil y quinientos y cuarenta años, en el cual tiempo acaecieron muchas cosas notables con los indios, los cuales son valentísimos hombres.

[Oviedo, *Historia general*, lib. XVII, cap. XXIV.]

Lienzo de cáscaras de moral

El lunes veinte y nueve de marzo [1540] salieron de allí para Ichisi, y llovió tanto, y creció de tal manera un río pequeño, que si no se dieran mucha prisa a pasar, peligraran todos los del ejército. Este día salieron indios e indias a los recibir: venían ellas vestidas de blanco, y parecían bien, y daban a los cristianos tortillas de maíz y unos manojos de cebolletas ni más ni menos que las de Castilla, tan gordas como la cabeza del dedo pulgar y más. Y fue aqueste un manjar que les ayudó mucho de ahí adelante; y comíanlas con tortillas asadas y cocidas y crudas, y éranles gran socorro, porque son muy buenas. El vestido blanco, de que aquellas indias venían vestidas, son unas mantas como de lienzo basto y algunas delgadas; hacen el hilo dellas de las

cáscaras de los morales, no de la primera sino de la de en medio; y sábenlo beneficiar e hilar y aparejar también y tejerlo, que hacen muy lindas mantas, y pónense una de la cinta abajo y otra atada por un lado y metida la cabeza sobre los hombros, como aquellos bohemianos o egipcianos que suelen algunas veces andar vagabundos por España. Es tal el hilo, que quien se halló en esto me certificó que vio hilarlo a las mujeres desas cáscaras de morales, y hacerlo tan bueno como hilo de Portugal de lo más precioso que procuran en España las mujeres para labrar, y más delgado y parejo alguno y más recio. Los morales son ni más ni menos que los de España, y tan grandes y mayores; pero la hoja más blanda y mejor para seda, y las moras para comer mejores y aun mayores que las de España, y también les aprovecharon mucho muchas veces a los españoles, para se mantener.

[Oviedo, *Historia general*, lib. XVII, cap. XXV.]

La cacica de Talimeco

Viernes, último de abril, tomó el gobernador algunos de caballo, los más descansados, y la india que trajo Baltazar de Gallegos por guía, y fue camino de Cofitachequi, y fue a dormir cabe un río grande y hondo, y envió a Johan de Añasco con algunos de caballo a procurar de haber algunas lenguas y canoas para pasar el río, y tomó algunas: y otro día llegó el gobernador al paso enfrente del pueblo, y vinieron principales indios con dones, y vino la cacica señora de aquella tierra, la cual trajeron principales con mucha autoridad en unas andas cubiertas de blanco (de lienzo delgado) y en hombros, y pasó en las canoas, y habló al gobernador con mucha gracia y desenvoltura. Era moza y de buen gesto, y quitóse una sarta de perlas que traía al cuello y echósela al gobernador por collar o manera de se congraciar y ganarle la voluntad: y pasó todo el ejército en canoas y dieron muchos presentes de cuero muy bien adobados y mantas; todo muy bueno, e infinitos tasajos de venados y hostias secas, mucha y muy buena sal. Todos los indios andaban cubiertos hasta en pies con muy gentiles cueros muy bien adobados, y mantas de la tierra, y mantas de martas cebellinas, y mantas de gatos de

clavo, olorosas; la gente muy limpia y muy pulida y naturalmente bien acondicionada.

[Oviedo, *Historia general*, lib. XVII, cap. XXVI.]

Rastro de la expedición de Vázquez de Ayllón

A los siete de mayo viernes fue Baltasar de Gallegos con la más gente del real a Ilapi a comer siete barbacoas de maíz que dijeron estaban allí que eran depósito de la cacica. Este mismo día entraron el gobernador y Rodrigo Rangel en la mezquita u oratorio desta gente idolatría, y desenvueltos unos enterramientos hallaron unos cuerpos de hombres asados en barbacoa, los bustos y hueco y prescuezos, y brazos y piernas lleno de perlas; y andándolas sacando, vio el Rangel una cosa, como esmeralda verde y muy buena y mostrola al gobernador y holgose mucho; y mandole que se asomase a la cerca e hiciese llamar a Johan de Añasco, contador de Sus Majestades, y el Rangel le dijo: "Señor no llamemos a nadie: que podrá ser que haya alguna buena piedra o joya". Y el gobernador replicó, y aun algo airado, y dijo: "Pues aunque la haya ¿habémosla de hurtar?" Venido que fue Johan de Añasco, sacaron aquella esmeralda y era de vidrio, y tras aquella otras y otras cuentas de vidrio y rosarios con sus cruces. También hallaron hachas vizcaínas de hierro, en lo cual conocieron que estaban en la gobernación o tierra, donde fue a se perder el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón. Sacaron de allí ocho o nueve arrobas de perlas; y como la cacica vio que hacían los cristianos mucho caso dellas, dijo: "¿Eso teneis en mucho?... Id aquí a Talimeco, pueblo mío, y hallareis tantas que en esos vuestros caballos no las podáis llevar".

Hacíanse allí algunas cosas como de España, que debieran industriar los indios que se le fueron al licenciado Lucas Vázquez de Allyón, porque hacían calzas y borceguíes y antiparras con unos lazos de cuero blanco, y ellas negras, y con pestañas o cejas de cuero colorado, como si en España se hubieran hecho. En la mezquita o casa de oración de Talimeco, había pectos, como de coseletes y capacetes hechos de cueros de vacas crudos y pelados, y de lo mismo muy buenas rodelas. Este Talimeco era pueblo de gran autoridad, y aquel su oratorio en un cerro alto y

muy autorizado; el *caney* o casa del cacique muy grande y muy alto y ancho, todo esterado alto y bajo con muy primas y hermosas esteras, y por tan buen arte asentadas que parecía que todas las esteras eran una sola estera. Por maravilla había buhío que no estuviese esterado.

[Oviedo, *Historia general*, lib. XVII, cap. XXVI.]

Muros y torres

El domingo salieron de allí y fueron a dormir al campo, y otro día, lunes, fueron a Tuasi, donde les dieron tamemes y les dieron treinta y dos indias. Lunes trece de septiembre salió de allí el gobernador, y fueron a dormir al campo, y el martes hicieron otra jornada, y pararon así mismo en el campo, y el miércoles fueron a un pueblo viejo que tenía dos cercas y buenas torres, y son desta manera aquellos muros. Hincan muchos palos gordos altos y derechos juntos unos con otros: éstos téjenlos con unas varas largas, y embárranlos por de dentro y por de fuera, y hacen sus saeteras a trechos, y hacen sus torres y cubos repartidos por el lienzo y partes del muro que le convienen; y apartados dellos, parecen a la vista una cerca o muralla muy gentil, y son bien fuertes tales cercas.

[Oviedo, *Historia general*, lib. XVII, cap. XXVI.]

Cacique Athahachi

Domingo, diez de octubre, entró el gobernador en el pueblo de Tascaluza, que se llamaba Athahachi, pueblo nuevo; y estaba el cacique en un balcón que se hacía en un cerro a un lado de la plaza, arrevuelto a la cabeza cierta toca como almaizar, tocado como moro, que le daba autoridad, y un pelote o manta de plumas hasta en pies muy autorizado, sentado sobre unos cojines altos, y muchos principales de sus indios con él. Era de tan alta estatura como aquel Antonico de la guarda del Emperador, nuestro señor, y de muy buenas proporciones, muy bien hecho y gentil hombre: tenía un hijo mancebo, tan alto como él, pero era más delgado. Estaba siempre delante deste cacique un indio muy bien dispuesto en pie, con un quitasol en una vara que era como

un moscador redondo y muy grande, con una cruz (semejante a la que traen los caballeros de la Orden de San Johan de Rodas) en medio en campo negro, y la cruz blanca. Y aunque el gobernador entró a la plaza, y se apeó y subió a él, no se levantó, sino estúvose quedo y seguro, como si fuera un rey, y con mucha gravedad. El gobernador estuvo un poco sentado con él, y desde a poco se levantó y dijo que se fuesen a comer y llevolo consigo, y vinieron indios a danzar; y danzaron muy bien al modo de los labradores de España, de manera que era placer verlos.

[Oviedo, *Historia general*, lib. XVII, cap. XXVII.]

Escudos hechos de cañas

Sábado veinte y uno de mayo [1541] se pasó el real a una savana entre el río y un pueblo pequeño, e hicieron ranchos, y se comenzaron a hacer cuatro piraguas, para pasar de la otra parte. Decían muchos desos conquistadores, que era mayor río aqueste quel Danubio. De la otra banda del río se juntaron hasta siete mil indios para defender el paso, y con hasta doscientas canoas, todas con escudos, que son hechos de cañas juntas, tales y tan tejidas con tal hilo que apenas los pasa una ballesta. Venían lloviendo flechas y el aire lleno dellas, y con tal grita que parecía cosa de mucho temor; pero visto que no se dejaba la obra de las piraguas por ellos, dijeron que Pacaha, cuyos eran, los mandaba quitarse de allí, y así dejaron el paso desembarcado.

[Oviedo, *Historia general*, lib. XVII, cap. XXVIII.]

Cuestión de precedencia

En esto se hizo hora de comer, y sentóse el adelantado y mandó sentar a entrambos caciques, entre los cuales hubo gran contención sobre cuál dellos se sentaría a la mano derecha del gobernador. Pacaha le dijo a Casqui: "Bien sabes tú que yo soy mayor señor que tú y de más honrados padres y abuelos, y que me pertenece mejor lugar que a ti". Casqui respondió así: "Verdad es que tú eres más gran señor que yo, y tus pasados lo fueron mayores que los míos. Y pues este gran señor que aquí está dice que no habemos de mentir, yo no negaré la verdad; empero bien

sabes tú que yo soy más viejo y puedo más que tú, y te encierro en tu cerca cada vez que quiero, y tú nunca has visto mi tierra". En efecto, esto quedó en determinación del gobernador, y mandó que Pacaha se sentase a la mano derecha, porque era mayor señor y más antiguo en Estado, y había en él y en los suyos buenas costumbres y manera de gente cortesana a su modo dellos. Casqui había traído una hija, muchacha bonita, al gobernador. Pacaha le dio una mujer suya muy fresca y muy honesta, y le dio una hermana y otra india principal. El gobernador los hizo amigos y los abrazó y mandó que se tratasen de una tierra a otra con sus mercaderías y negocios, y así quedaron de lo hacer; y con esto se partió de allí el gobernador a los veinte y nueve de julio.

[Oviedo, *Historia general*, lib. XVII, cap. XXVIII.]

RENÉ DE LAUDONNIÈRE

(..., 1561 – 1572...)

El experto capitán René Goulaine de Laudonnière fue el segundo del eminente marino Jean Ribault en las expediciones que el almirante Gaspard de Coligny envió a la Florida. Tratábase de fundar un establecimiento, núcleo de colonización para los calvinistas y arma poderosa para el rey de Francia en su lucha con el de España. Constituiría una base estratégica para asaltar las naves que, por la vía del Canal de Bahamas, llevaban a la península la plata que producía el Nuevo Mundo.

La primera expedición real zarpó en febrero de 1562 y, evitando la ruta de los españoles, llegó en dos meses a la Florida, que ya era bautizada como "la Nueva Francia". Establecieron relación de amistad con los indígenas, levantaron hitos con las armas del rey de Francia, y entrando en el río que llamaron de Mayo (actual St. John's River) fundaron, según planes de Laudonnière, un reducto fortificado (Parris Island?). En Charlesfort, que así se llamó por memoria del reinante Carlos IX, quedaron de guarnición unos treinta hombres, base para futuras expediciones; el resto, cumplida su misión, regresó a Francia para buscar vituallas y fuerzas que permitieran afianzar aquel primer paso.

A su llegada a Dieppe el 22 de julio recrudecía la guerra civil, y después del sitio de aquella ciudad el capitán Ribault hubo de pasar a Inglaterra. Demorada por esta causa la nueva expedición, el hambre acució a los de Charlesfort, hasta el punto que, desmantelando la posición, huyeron de ella en un bergantín de fortuna.

Retenido Ribault en Inglaterra, es el propio Laudonnière quien dirige la segunda expedición salida en julio de 1564. Su primera tarea en la Florida, reanudado el contacto con los caciques amigos, fue la de establecer un nuevo asiento que sustituyera al desaparecido Charlesfort. Su emplazamiento parece situarse en el actual St. John's Bluff, y se llamó la Carolina.

Laudonnière, buen militar en campaña, no era un hombre de gobierno. Débil con sus jóvenes consejeros, haciendo confianza a quien no la merecía, no se daba cuenta de cómo se desmoralizaba su guarnición. Unos ansiaban ir en busca del oro y de las minas de que oían ha-

blar; otros pretendían hacerse corsarios; además se dejó sentir el hambre, parte por retraso en la cosecha, parte por imprevisión. Quiso Laudonnière ser amigo de los indios y se esforzó en aprender su lengua; pero no supo tratarlos. Compromisos precipitados que luego no podía cumplir, tergiversaciones y "habilidades" fueron su descrédito ante los jefes del país.

Cuando al fin llegó (agosto de 1565) Ribault con la tercera expedición —ésta ya no sólo de militares, sino también de colonos— Laudonnière le entregaba un fuerte desmoralizado y sin amigos entre los vecinos. Fácil le resultó pocas semanas después al Adelantado Pedro Menéndez de Avilés rodear por tierra la Carolina, entrar en ella a mansalva y tomarla sin encontrar apenas resistencia. Buena parte de los "herejes" —que así los llamaban— lograron salvarse en las naves. Ribault y Laudonnière, cada uno en la suya, emprenden el regreso a Francia el 25 de septiembre. La tempestad los separa inmediata y definitivamente.

Laudonnière, ignorando la suerte de su jefe, es empujado hasta el país de Gales; desde Swansea sigue por tierra a Bristol y Londres; el embajador de Francia lo socorre, pasa el Canal y enterado en París de que el rey se encuentra en Moulins, allá se dirige para rendir informe parcial del desastre —que será completado cuando se sepa de Ribault y su gente—. (La memoria de cuyo desastrado fin perpetúa la cala Matanzas —Matanzas Inlet— al sur de Saint-Augustine, Georgia.)

La relación más completa de estas primeras expediciones francesas a la Florida es obra del propio Laudonnière, que nos da no sólo un testimonio de primera mano sino también un raro ejemplo de probidad histórica, ya que, por él mismo, conocemos las equivocaciones y los desaciertos de su gestión política en la Carolina. Tan loable honradez garantiza la veracidad de sus informaciones sobre las costumbres y las técnicas de la gente indígena con quien estuvo en contacto. Su obra es una de las fuentes más apreciadas y, en muchos casos, única.

No conocemos el título que Laudonnière puso a sus relatos de las tres expediciones. Seguramente el de *L'Histoire notable de la Floride* les fue dado por el erudito Basanier al reunirlos con otros textos referentes al mismo asunto y entregarlos a la imprenta en 1586. En aquella fecha habría ya fallecido Laudonnière.

BIBLIOGRAFÍA

Ediciones

1586 París *L'Histoire notable de la Floride situés és Indes Occidentales,* contenant les *trois* voyages faits en icelle par certains capitaines et pilotes français, descrits par le capitaine Laudonnière … Mise en lumiére par M. Basanier.

1853 París *L'Histoire…*

1958 París *Les Français en Amérique pendant la deuxième moitié du XVIe siècle.* (II) Les Français en Floride. Textes de … René de Laudonnière… annotés par Suzanne Lussagnet. Introduction par Ch.-A. Julien. Presses Universitaires de France. (Notas marginales refieren el texto a los folios de la primera edición.)

Traducciones

Inglesa

1587 Londres *A notable historie containing foore voyages made by certayne French Captaynes in Florida,* publicada por Richard Hakluyt.

[DE LOS INDIOS TIMUCÚA]

Aspecto físico

Los hombres tienen un color aceitunado, son de gran corpulencia, bellos y bien proporcionados, sin ninguna deformidad. Cubren sus cuerpos con una piel de ciervo bien curtida; la mayoría llevan pintado el torso, los brazos y los muslos formando franjas de bella apariencia. Esta pintura no puede quitarse nunca, puesto que con anterioridad se han hecho punciones hasta la propia carne. Tienen los cabellos muy negros y los llevan largos hasta la altura de la cadera, trenzándolos en tal forma que les sienta bien.

Las mujeres son de condición similar, corpulentas y del mismo color que los hombres, van pintadas como ellos, aun cuando al nacer no tienen una piel tan olivácea sino mucho más blanca, ya que la razón principal de tal pigmentación proviene de las unturas aceitosas que se ponen en una ceremonia que no conozco, así como a causa del sol a que están expuestos sus cuerpos.

La constitución física de las mujeres es tal que pueden atravesar a nado grandes ríos, mientras sostienen a sus hijos sobre un brazo; además, sin gran dificultad, son capaces de subirse a los árboles más altos de la región.

Armas y juegos

Son simuladores y traicioneros, cuidan de su persona y combaten con bravura, a pesar de no poseer más armas que el arco y la flecha. Hacen las cuerdas de sus arcos de tripas o piel de ciervo, que preparan tan bien como se pueda hacer en Francia, dándoles diferentes colores. Las flechas las hacen de piedras o dientes de pescado y las adornan con gran propiedad.

Hacen que los jóvenes se ejerciten en las carreras a pie, para lo que realizan un concurso que gana el que sea más resistente. Practican también, con asiduidad, el tiro de arco. Juegan a la pe-

lota en la siguiente forma: en un árbol que han plantado en medio de la plaza, que tiene una altura de ocho o nueve brazas, colocan un cuadrado de madera, y gana el que lo toca con la pelota en el transcurso del juego. Tienen, además, gran afición por la caza y la pesca.

Guerra. Caza de cabelleras

Cuando van a la guerra, el rey va adelante, con un bastón en una mano y el arco en la otra, así como un carcaj bien provisto de flechas. Todos los hombres le siguen, armados igualmente de arcos y flechas. Al combatir, profieren grandes gritos y exclamaciones.

Los reyes de la región se hacen con frecuencia la guerra, la que sólo se produce mediante la sorpresa. Matan a todos los hombres que pueden capturar, arrancándoles la cabeza a fin de apoderarse de su cabellera y llevársela de regreso, con el fin de convertirlas en trofeos una vez llegados a sus casas. Salvan a las mujeres y los niños, a los que alimentan y conservan siempre con ellos.

Al volver de la guerra convocan a todas las personas y celebran el regreso con gran alegría durante tres días y tres noches de abundantes comidas, bailes y cantos. Hacen bailar incluso a las mujeres más ancianas, llevando en las manos las cabelleras de los enemigos y, al tiempo que bailan, cantan loas al Sol, atribuyéndole el honor de la victoria.

Religión. Hechiceros y médicos

No tienen noción de Dios ni de ninguna religión, excepto aquella que les proporciona el Sol y la Luna.

Tienen sacerdotes en los que creen plenamente, ya que son grandes magos, adivinos e invocadores de diablos.

Estos sacerdotes, que les sirven de médicos y cirujanos, llevan siempre consigo un saco lleno de hierbas y medicinas para medicar a los enfermos, en su mayor parte de viruelas. A pesar de

que gustan de las mujeres y jovencitas, a las que llaman hijas del Sol, hay algunos que son sodomitas.

Una de sus costumbres consiste en que, cuando se sienten mal, los médicos les succionan hasta hacer brotar la sangre en el lugar donde se produce el dolor, o sea, algo así como nuestras sangrías.

Matrimonio. Familia. Comida

Se casan cada uno con una sola mujer, permitiéndose que los reyes tengan dos o tres, aunque a pesar de ello sólo la primera es reconocida y honrada como reina y sólo los hijos de la primera mujer heredan los bienes y la autoridad del padre.

Las mujeres hacen toda la labor doméstica. Los hombres no conviven con ellas en cuanto se dan cuenta de que están embarazadas, ni comen nada de lo que tocan mientras tienen las menstruaciones.

Hay, en toda esta gran región, un buen número de hermafroditas, los cuales tienen a su cargo los trabajos más pesados y, por lo mismo, son los que llevan los víveres cuando van a la guerra. Se pintan intensamente el rostro y se embadurnan los cabellos con plumón de ave, para parecer más temibles.

Los víveres que llevan consisten en pan, miel y harina de mijo tostado al fuego; la que guardan durante mucho tiempo. A veces llevan también pescado ahumado. Cuando la necesidad los obliga comen mil porquerías, habiendo llegado a masticar carbón y a meter arena en la pasta de esa harina.

El cacique y su consejo

No realizan ninguna empresa sin convocar en repetidas ocasiones a su consejo y sin examinar por varias veces el asunto de que se trate. Se reúnen todas las mañanas en la gran casa pública en la que ya está el rey, el cual se acomoda en un asiento más alto que el de los demás. Uno tras otro lo van a saludar. Empiezan el saludo los más ancianos, para lo cual levantan las manos a la altura del rostro por dos veces a la vez que dicen: *"Ha, he,*

ya, ha, ha", y los demás contestan: *"Ha, ha"*. Una vez hecho el saludo se sienta cada uno en su lugar alrededor del interior de la casa. Si hay algún asunto que tratar, el rey llama a los *Iaruars*, es decir, a los más ancianos y a los sacerdotes, y les pide su consejo. Después ordena que se haga *casiné*, brebaje preparado con las hojas de cierto árbol, que se bebe caliente. El rey bebe primero, después ordena que se pase ese mismo vaso a los demás, uno tras otro. El vaso mide por lo menos una cuarta, medida de París.

Dan tal importancia a este brebaje que nadie puede beber en la asamblea si no ha hecho prueba de su persona en la guerra. Además, esta bebida tiene tal virtud que, el que lo bebe, se llena de sudor, pasado el cual se pierde el hambre y la sed por veinticuatro horas.

Funerales

Cuando muere un rey, lo entierran con mucha solemnidad y, sobre la sepultura, colocan la gran copa en la que solía beber. Alrededor de la sepultura plantan muchas flechas y durante tres días y tres noches lloran incesantemente y no prueban bocado. Todos los reyes amigos ordenan un duelo semejante y, como testimonio de amistad, tanto los hombres como las mujeres se cortan más de la mitad de los cabellos. Durante seis lunas se encomienda a ciertas mujeres llorar y clamar a voz en cuello la muerte del rey tres veces al día: al amanecer, al mediodía y al anochecer. Todos los bienes del difunto se meten dentro de su casa y se les prende fuego, de modo que no quede ni rastro.

Lo mismo se hace a la muerte de muchos de los sacerdotes, con la diferencia de que entierran el cuerpo dentro de la casa y prenden fuego a ésta.

Cultivos

Siembran el mijo dos veces por año, en marzo y junio, en la misma tierra. El mijo está listo para la cosecha a los tres meses de sembrado. Los otros seis meses dejan descansar la tierra.

Cosechan también buenas calabazas y habas. No abonan las tierras y, únicamente cuando van a sembrar, prenden fuego a las hierbas que han crecido durante los seis meses de reposo y las queman todas. Emplean un instrumento de labranza de madera, parecido a una azada grande, como las que se usan en los viñedos en Francia. Ponen siempre dos granos de mijo juntos.

Cuando es necesario sembrar la tierra, el rey ordena a uno de los suyos que convoque todos los días a asamblea a cuantas personas pueda encontrar para el trabajo. Mientras éste continúa, el rey manda hacer mucho brebaje del que ya hemos hablado antes. Durante la temporada de cosecha del mijo, éste se lleva a la casa pública y ahí se reparte a cada quien según su rango.

Invernada

Siembran solamente lo que creen necesario para seis meses, y esto en forma escasa, ya que durante el invierno, tres o cuatro meses, se retiran a los bosques. Ahí construyen pequeñas cabañas de palma para su retiro, y viven de bellotas, pescado, ostras, ciervos, pavos y de otros animales que cazan. Comen la carne asada al carbón, así como en cecina, o sea ahumada.

También comen con gusto la carne de cierto cocodrilo, ya que en realidad ésta es blanca y sabrosa. A pesar de tener cierto gusto a almizcle, nosotros la comimos muchas veces.

Viveros de pesca

Pasamos la mayor parte del día con los indios. El capitán se embarcó para pasar a la otra orilla del río y el rey se mostró contrariado. No pudiéndonos ofrecer nada, dio orden de que con toda celeridad nos pescaran algunos peces, cosa que hicieron en un instante; pues hallándonos en sus jardines plenos de cañas y trazados en forma de laberinto, nos trajeron truchas, mújoles grandes, platijas, rodaballos y una infinidad de otras especies, todas diferentes de las nuestras. Hecho esto, embarcamos y regresamos a la otra orilla.

[Laudonnière, *L'histoire...*, I, ff. 4, 7-9.]

Días después, Jean Ribaut decidió volver a ver a los indios que habitan la orilla occidental del río y llevar una buena cantidad de guerreros, pues su propósito era apropiarse de dos indios de esa región para embarcarlos a Francia, ya que la reina (Catalina de Médicis) se lo había ordenado.

Una vez hecho esto reemprendimos nuestra ruta original, y llegamos al lugar donde por primera vez habíamos encontrado a los indios y, con el permiso del rey, nos llevamos dos indios. Éstos sintieron que los habíamos destacado por encima de los otros y se consideraban muy dichosos de partir. Aparejamos las velas inmediatamente y navegamos hacia el gran río. Pero los dos indios, viendo que no hacíamos ningún intento de desembarcar, sino que seguíamos la corriente central del río, empezaron a preocuparse y querían arrojarse al agua, fuera como fuera, pues eran tan buenos nadadores que no hubieran tenido dificultad alguna en llegar a tierra.

Dándose cuenta de que todo lo que hicieran no los conducía a ninguna parte, suplicaban que les devolviéramos lo que habían llevado consigo, cosa que hicimos de inmediato. Entonces, se acercaron el uno al otro y se pusieron a cantar, acoplándose dulcemente: por sus cantos parecía que se lamentaban por la ausencia de sus amigos. Prosiguieron sus canciones, sin parar, durante toda la noche, mientras que nosotros nos vimos obligados a anclar, pues el oleaje se nos había vuelto contrario.

[Laudonnière, *L'histoire*, f. 14.]

Ceremonia del "Toya" (con el cacique Audusta u Orista; en Port-Royal Sound, Carolina del Sur)

La amistad era grande entre nuestros franceses y el rey Audusta, ya que entre él y nosotros había bienes comunes, hasta el punto de que este buen rey no hacía nada sin consultarnos. Estando próximas a celebrarse las fiestas de *Toya*, ceremonias extrañas para describir, envió embajadores a los franceses, suplicándole de su parte que asistieran, cosa que aceptaron con placer por la curiosidad de saber de qué se trataba.

Se embarcaron y navegaron hasta el reducto del rey, quien se llegó hasta ellos para recibirlos, agasajarlos y conducirlos a su casa, donde se esforzó en darles el mejor trato posible.

Mientras tanto, los indios se preparaban para celebrar la fiesta al día siguiente, y el rey los condujo a la plaza donde la fiesta tendría lugar. Ahí vieron muchas mujeres que se esforzaban en dejar la plaza limpia por todos los medios posibles. Ésta consiste en un gran círculo de tierra bien aplanado.

Al día siguiente muy temprano, todos los participantes en la fiesta, que estaban ya pintados y emplumados de muchos y variados colores, se dirigieron desde la casa del rey hacia el lugar de *Toya*. Una vez ahí se colocaron formando hileras y siguieron a tres indios que estaban pintados y procedían en forma distinta a los demás. Cada uno de ellos llevaba un tambor y, al entrar al círculo, bailaron y cantaron en forma lamentable, mientras los demás los seguían dando respuestas a sus cantos. Después de que hubieron bailado, cantado y dado la vuelta tres veces, se pusieron a correr como caballos desbocados, por en medio de los más espesos bosques.

Las mujeres indias se pasaron todo el día llorando triste y amargamente: y en su furia asieron los brazos de las jovencitas y los punzaron cruelmente con conchas bien aguzadas de mejillones hasta hacerles brotar la sangre, la que esparcieron luego por el aire gritando *He Toya* tres veces.

El rey Audusta había llevado a todos los franceses a su casa, mientras se celebraba la fiesta, y estaba pesaroso hasta cierto punto cuando los vio reír. Él lo hizo porque los indios estaban ya muy enfurecidos, como suele ocurrir en sus fiestas. Uno de nuestros franceses, por medios sutiles, se las ingenió para salirse de la casa de Audusta y se escondió sigilosamente tras una gran zarza, desde la que pudo, a sus anchas, presenciar las ceremonias de la fiesta.

Los tres que iniciaron la fiesta son llamados *Ioanas*, siendo algo así como los sacerdotes o sacrificadores de la Ley India, a la que ellos se ajustan: en parte por fe y creencia, ya que de origen son instruidos en los sacrificios, y en parte, también, gracias a que son magos tan sutiles que toda cosa extraviada se puede recobrar de inmediato por su intermedio. No son únicamente re-

verenciados por esto, sino por yo no sé qué ciencia y conocimiento que tienen de las hierbas, con las que curan las enfermedades.

Los que se habían desparramado por entre los bosques regresaron dos días después y, una vez llegados, empezaron a bailar con entusiasmo, en el mismo centro de la plaza, para divertir a los buenos padres indios, quienes por su gran vejez o falta de condición natural no participaban en la fiesta.

Cuando todas estas danzas terminaron, se pusieron a comer con tal avidez que, más que comer, devoraban la carne, ya que ni el día de la fiesta ni los dos días siguientes habían bebido ni comido. Nuestros franceses no fueron olvidados en tales banquetes, ya que habían sido invitados y se mostraban muy contentos de su presencia.

Después de estar con los indios durante algún tiempo, un francés obtuvo de regalo un muchachito, e indagó por su medio sobre qué habían hecho los indios dentro del bosque durante su ausencia. Él le dio a entender por señas que los *Ioanas* habían hecho invocaciones a Toya y que, por medios mágicos, lograron que se hiciera presente y le pidieron muchas cosas extrañas, que no osaba decirle por temor a los *Ioanas.*

[Laudonnière, *L'histoire*, I, ff. 23-25.]

La casa del rey Oualé o Gualé

Su casa estaba tapizada de plumajería de diversos colores, de la altura de una pica. El lugar donde el rey descansa está cubierto de lienzos blancos tejidos a franjas, en forma muy ingeniosa, y franqueada por todo alrededor de una franja color escarlata.

[Laudonnière, *L'histoire*, I, f. 26.]

"Thimogona", rito para avivar el rencor al enemigo

(Regresando de la tierra de los timucúa, los franceses entran en la del *paracusi* o cacique Molona, a pocas leguas del fuerte Carolina, aguas arriba del actual St. John's River. Le dan noticias de aquellos sus enemigos hereditarios, y aunque no traen cabe-

zas ni prisioneros, le dicen haber muerto a algunos.) El *paracusi* estaba tan satisfecho que no sabía en qué forma retribuir a nuestros franceses, a quienes hizo entrar en sus lares para festejarlos con mayor honor. Haciendo sentarse a su vera, y en su propio asiento, al capitán Vasseur (cosa que los indios consideraban un gran honor), así como a dos de sus propios hijos, bellos y pujantes personajes, ordenó que todos los demás se dispusieran en el orden que les pareciera.

Hecho esto, vinieron los indios, según la costumbre que tienen, a ofrecer el *casiné* al *paracusi*, primero, y después a algunos de sus amigos y favoritos. El que lo ofreció puso el vaso aparte y asió una pequeña azagaya que pendía del techo de la sala y, furioso, irguió la cabeza, marchó a grandes pasos y fue a pegarle a un indio que estaba sentado en una de las esquinas de la sala, gritando en voz alta *Hyou*, sin que el pobre indio se conmoviera en lo más mínimo por el golpe que pacientemente soportó. El que tenía la azagaya la regresó con prontitud a su lugar y empezó a dar de beber al igual que antes, pero no durante mucho rato, pues apenas había ofrecido la bebida a tres o cuatro personas cuando de nuevo dejó el vaso, retomó la azagaya y con gran celeridad volvió a donde estaba el que había golpeado antes, dándole un fuerte golpe en el costado, a la vez que gritaba *Hyou*, tal como había hecho la vez anterior; después, dejó la azagaya en su lugar y se colocó en medio de los otros.

Poco tiempo después, el que había sido golpeado se dejó caer de espaldas abriendo los brazos y las piernas, como si estuviese a punto de exhalar el último suspiro. Entonces, el más joven de los hijos del *paracusi*, vistiendo una larga piel blanca, se puso a los pies del golpeado llorando amargamente. Medio cuarto de hora más tarde, otros dos de sus hermanos, vestidos en forma parecida, se pusieron a la vera del paciente y empezaron a gemir en forma lastimera. Su madre, con un pequeño en brazos, se acercó por otro lado, dirigiéndose a donde estaban sus hijos. Empezó a dar infinidad de gritos, levantando los ojos al cielo y prosternándose en el suelo; gritaba tan plañideramente que sus lamentos habrían movido a compasión a los muros más duros del mundo. Eso no fue todo, ya que se presentó un grupo de jo-

vencitas que no pararon de llorar, durante mucho rato, junto al indio que estaba echado.

Cargaron a éste y, con los gestos más tristes que se puedan ver, lo llevaron a otra casa poco distante de la gran sala del *paracusi* y prosiguieron durante unas dos horas sus llantos y gemidos. A todo esto, los indios siguieron bebiendo el *casiné*, pero lo hicieron con un silencio tal que no se pronunció palabra en la sala.

Le Vasseur, molesto por no entender tales ceremonias, preguntó al *paracusi* qué significaban estas cosas, y éste, lentamente, le respondió: *Thimogona, Thimogona*, sin darle más explicaciones. Más molesto aún ante una respuesta tan breve, se dirigió a otro indio, hermano del *paracusi* y *paracusi* como su hermano, llamado Malica, quien le dio la misma respuesta que el primero, suplicando a los otros franceses que no inquirieran más sobre estas cosas y que tuvieran paciencia durante un tiempo.

Le Vasseur, La Caille y los demás salieron de la sala y entraron en la habitación a la que habían llevado al indio; ahí encontraron al *paracusi* sentado sobre esteras de pequeñas cañas, que descansaba según la costumbre india y, junto a él, el indio perseguido, acostado sobre los mismos tapices. A su alrededor se hallaban la mujer del *paracusi* con todas las jovencitas que lloraban en la sala, las que habían calentado musgo y lo utilizaban en lugar de paños para frotar el costado del indio.

A todo esto, el *paracusi* fue de nuevo interrogado por los franceses acerca del motivo por el cual el indio hubiera sido tan ultrajado en su presencia. Él respondió que ello era solamente una ceremonia, mediante la cual traían a la memoria la muerte y persecución de sus antepasados *paracusi*, hecha por su enemigo *Thimogona*. Dijo, además, que cada vez, y todas las veces, que él o alguno de sus amigos o aliados volvían de ese país sin traer la cabeza de algunos enemigos o algún prisionero, en perpetua memoria de todos sus antepasados, hacían golpear al más amado de todos sus hijos con las mismas armas con las que habían sido muertos en el pasado, a fin de que, renovando la llaga, la muerte ficticia hiciera de nuevo llorar.

Una vez así informados sobre tales ceremonias, agradecieron al *paracusi* el buen trato recibido y, haciéndose a la vela, me vi-

nieron a encontrar en el fuerte, donde todo me lo contaron en la misma forma que lo relato.

[Laudonnière, *L'histoire*, II, ff. 50-52.]

FRAY ANDRÉS DE SAN MIGUEL

(Medina Sidonia, 1577 – Salvatierra, 1644)

La necesidad impelió a Andrés de Segura, siendo aún muy joven, a tentar la fortuna de América. En 1593 zarpó de Cádiz para la Nueva España, a bordo de la gallarda nao *Nuestra Señora de la Merced*, pero fracasado lamentablemente el viaje, dos años después hubo de regresar, más pobre en dinero, aunque muy rico en experiencia duramente adquirida.

Se dice que, inminente el naufragio, hizo voto de profesar en la orden del Carmen, si Dios salvaba su vida. El hecho es que en 1597 reembarca para la Nueva España, se dirige a Puebla y allí toma el hábito carmelita y el nombre con que es conocido. No quiso salir de la condición de lego, consagrándose ahincadamente al estudio de las ciencias y de la técnica. Sus escritos son numerosos en estas ramas. Arquitecto, construye templos y conventos para su orden; ingeniero, proyecta las obras del subsuelo de la ciudad de México realizadas bajo el virrey Marqués de Cadereita. Lo alcanzó la muerte a los 67 años, mientras dirigía la construcción del convento carmelita de Guazindeo o Salvatierra.

Su *Relación de los trabajos que la gente de una nao llamada* Nuestra Señora de la Merced *padeció, y de algunas cosas que a aquella flota sucedieron*, circunstanciada descripción de su primer y accidentado viaje, revela dotes de escritor, fino sentido de observación, espíritu de justicia —y, con ello, un dejo inconfundible de gracia andaluza—. La precisión cronológica, la minucia del detalle, obligan a creer que no fue escrita a mucha distancia de los hechos referidos.

A la salida del canal de Bahamá, día 14 de marzo de 1595, una tempestad desbarata y dispersa la flota. Desmantelada y con vías de agua la nave donde iba Andrés Segura, hubieron de abandonarla por una chalupa de fortuna construida con sus despojos. A los doce días de navegar, agotadas las provisiones de bizcocho y agua, alcanzan tierra, más muertos que vivos, en una pequeña isla deshabitada. Es la que se llamará de Reinoso, cerca de la desembocadura del Tacatacuru (hoy St. Mary's River). Indecisos y sin lumbre, por el momento descansan y reparan su hambre en los bancos de ostiones, hasta que guiados por

las piraguas de unos indígenas, el día 29 de abril llegan al cacicazgo, "reino" dice el cronista, de Asao (St. Simon's island).

Dominan toda aquella costa, entre las desembocaduras de los ríos llamados hoy Satilla, Florida, y Savannah, Georgia, los indios guale, próximos parientes de los timucúa por su lengua y su cultura. En Asao hacen un breve alto, acogidos por los caciques y festejados con juegos de destreza y bebida de "casina". Ellos mismos los acompañan río arriba, hasta el fuerte español de San Pedro (Cumberland Island), donde presencian la escena del llanto de bienvenida al cacique local; el gobernador Martín de Avendaño envía para recogerlos una fragata, que los llevará a su fuerte de San Andrés (16 de mayo). En la misma saldrán al cabo de un mes, costeando la Florida, para lograr por fin el puerto de La Habana, tras un desgraciado encuentro con los ingleses. Habían partido de Cuba el 11 de marzo, regresaron el 29 de junio. Ciento once días de aventura grabados de manera indeleble en la memoria del futuro carmelita y que nos proporcionan algunas de las estampas más características de la Florida primitiva.

BIBLIOGRAFÍA

Relación de los trabajos que la gente de una nao llamada Nuestra Señora de la Merced, *padeció, y de algunas cosas que en aquélla sucedieron.*

1902 México *Dos antiguas relaciones de la Florida,* publícalas por primera vez Genaro García; pp. 153-226, Fray Andrés de San Miguel, *Relación…*

[LOS INDIOS GUALE]

Aspecto físico

El vestido de los hombres de esta provincia y de las a ella circunvecinas es un solo pellejo de venado, muy blanco, no curtido sino sobado entre las manos y con las uñas, que nunca las cortan. El vestido dellas es una manera de güeypil y naguas del pastle largo que se cría en los árboles, hechos a manera de fluecos; el güeypil cuelga del cuello hasta más de la cinta, y las naguas de la cinta al suelo.

Crían todos cabelleras largas y sobre la frente se cortan un poco el cabello. Y almagran ellos aquella parte, el pecho, molledos y moslos; y algunos traen en las muñecas, molledos, ligadura y garganta del pie, por grandeza, sartas de abalorio.

Todos generalmente tienen los brazos enjutos entre la sangradera y la muñeca, y los molledos y pantorrillas. Todos los niños que vi, antes de saber andar, tenían ceñidas y apretadas estas partes, que es la traza de que usan para enjugarlas. Todos comúnmente son muy bien dispuestos, sueltos y de muy buenas facciones y miembros. Su color es como los desta tierra (México) y algunos más blancos, y más las indias. Generalmente son altos. No vi ninguno gordo, de miembros fornidos y fuertes. Sí de su ligereza, dicen que corren tras los venados flechándolos sin perderlos de vista.

En lo que vi de la tierra, que son muchas leguas, no hay ninguna piedra, y la tierra por ser tan arenisca no debe de ser buena para adobes o no han dado en hacerlos, y por esta causa todas las paredes de las casas son de maderos toscos y cubiertas de palma, que en componerla y adobar un pellejo de venado y en tirar y pescar son extremados.

Todas las casas son pequeñas, porque como tienen poco que guardar en ellas, sólo las hacen para su abrigo, y por esto las casas de los caciques son también pequeñas. El mayor de los siete caciques que había en esta provincia —que en aquel tiempo era

de mi edad [18 años]—, estando todos en el pueblo donde él vivía, como a su igual en edad me cobró afición y llevó a su casa y me enseñó. Tenía tres o cuatro aposentos pequeños, y se diferenciaba de los demás en tener algo más de sustento, pero todo paraba en maíz y algunas gallinas de Castilla, y en tener dos mujeres, que en lugar del vestido común de pastle, las traía cargadas de pellejos de venados. Debía de ser por grandeza, que por lo demás lo mismo les cubría uno que todos, por traerlos uno sobre otro.

Habitación

En este primer pueblo estuvimos aposentados en un jacal grande de forma redonda, fabricado de pinos enteros que sólo les faltaban las ramas, y mal descortezados asentaban el pie en la tierra y las puntas todas se ajuntaban en lo alto, como un pabellón o como las varillas de un quitasol. Podrían dormir en él trescientos hombres. Tenía por dentro todo en derredor un continuado cada lecho o catre bien acomodado para descansar y dormir en él muchos hombres, y porque no había otra ropa sino alguna paja que echaban debajo, la puerta del jacal era tan pequeña que para entrar en él nos convenía abajar. Todo hecho de propósito contra el frío, que lo sentíamos con ser verano cuando llegamos. Y para no sentir de noche el frío y estar sin ropas bastaba tapar de noche la puerta con una que para esto tenían hecha de palma, y encender dentro dos tizones. Con sólo esto sudábamos de noche y no sentíamos, estando dentro, el frío de día.

Alimentos

Aquí nos tuvieron los dos primeros días, dándonos de gracia y con muestras de mucho amor todo el atole o poleados y torta de maíz tostado que podíamos comer. Las gallinas rescatábamos por cosa de poco precio, y tan poco que en una ocasión no quise dar dos agujas por una gallina.

Festejo. Deporte y bebida

Pasados estos días quiso el cacique mayor que los más días que hubiésemos de estar en su reino fuese en su pueblo, que estaba cerca. Mudámonos a él una tarde, con facilidad por ser el camino llano y limpio y no tener que mudar más de las personas. Cuando llegamos al pueblo habría poco más de una hora de sol, y hallamos al cacique mayor y a sus principales, que eran muchos, en una plaza grande y limpia, a la puerta de un jacal en todo semejante al primero, pero mayor. Recibiéronnos con rostros alegres y apacibles semblantes y palabras, que ni las entendimos ni nos entendieron.

Luego trataron de festejarnos con cierto juego, y para darle principio se pusieron todos juntos con su cacique a una parte de la plaza, cada uno con una vara o pedazo de asta puntiaguda, de la hechura y tamaño de un dardo; el uno dellos no se pareciera. El cacique tenía una piedra en la mano de la hechura y tamaño de una torta de pan de a medio real, y comenzando el juego, el que la tenía la arrojó rodando con toda su fuerza, y todos a un tiempo y sin orden echaron sus varas y al mismo tiempo partían de carrera tras ellas. No entendí bien el juego, pero pareciome que el que más corría y llegaba primero tomaba su vara y la piedra, y sin detenerse un punto la volvía a arrojar a la parte de donde habían salido, y de la misma manera la tornaban y la volvían a arrojar. En este ejercicio gastaron gran rato de tiempo y tan metidos en fuga, que les corría el sudor por todo el cuerpo.

Acabada la fiesta nos entramos todos juntos en el jacal y nos sentamos españoles, caciques y principales en el cada lecho que estaba levantado más de una vara del suelo. Había en el jacal y cerca de la puerta, la cara derecha de ella, un idolillo o figura humana mal tallada. Servíanle de orejas las de un coyote, y de cola la del mismo coyote, lo demás del cuerpo lo tenía almagrado. Cerca de los pies del ídolo había una tinaja de boca ancha llena de una bebida que llaman *casina*, y a la redonda de la tinaja y del ídolo había una grande suma de ollas de a dos azumbres también llenas de *casina*. Éstas tomaron cada una un indio en la mano, y con reverencia la fueron dando a los que habían jugado, que estaban sentados en el cada lecho, y cada uno tomó y bebió la suya. Con que se les pusieron las barrigas como atambor, y cuando las iban bebiendo los vientres íbanles creciendo y hin-

chándoseles. Estuvieron así un rato sosegados, y nosotros esperando ver qué paraba aquella fiesta, cuando vimos que abriendo sus bocas con mucho sosiego iban echando cada uno por ellas un grande caño de agua tan clara como la habían bebido, y otros de rodillas por el suelo, con entrambas manos iban esparciendo el agua que echaban a la una y otra parte. Los que esto hacen todos son principales. Este fin tuvo aquella solemne fiesta.

La "casina"

Casina llaman a un pequeño arbolito de tamaño y hechura de la murta, y para hacer dél el agua que beben y llaman casina, tuestan la hoja en una cazuela honda, y bien tostada le echan agua encima, y en hirviendo la van sacando y bebiendo caliente, y van echando encima otra nueva agua. Su olor es como de lejía. Esto beben por la mañana indios y españoles, y dicen que es saludable contra la piedra, y que por esta bebida no hay indio que la tenga, porque hace orinar mucho. Yo la bebí algunas veces en la casa que estuve en San Agustín, y causa el efecto que dicen y no tiene mal gusto, pero no servirá de golosina como el chocolate. Ésta es la común bebida de españoles y indios, y no hay memoria de que beban sasafrás sino en enfermedad.

A la casina con que los indios nos festejaron, para poderla trocar, según después supe, le mezclan agua de la mar, y no comen en todo aquel día hasta que la han trocado. Esto no lo tengo por tan cierto, porque después vi a un cacique viejo, cristiano, llamado don Felipe, porque supo que así se llamaba el rey, que siempre que la bebía, sin que tuviese agua salada, la trocaba, y así puede ser que el trocarla sea de sólo los hombres graves entre ellos y no de todos.

Alimentos de maíz y de bellota

El siguiente día después que llegamos a este pueblo, estando juntos el cacique mayor y sus principales, por medio de un indio que entre ellos había, a quien llamaban el Piloto y hablaba, aunque mal, algunas palabras en castellano, y entendía lo que nos bastaba, les pidió nuestro escribano con breves razones que nos

diesen lo necesario hasta San Agustín y que ellos nos llevasen con sus piraguas; a lo que brevemente respondieron con más obras que palabras, y luego vimos ocupado el pueblo en buscar gallinas y en moler maíz, que lo hacen a mucho trabajo, porque lo muelen en unos morteros de madera hondos y angostos, la mano es a la traza de pisón de más de dos varas de alto, y el pisón anda arriba y lo delgado en el mortero. Las tortas que hacen de esta manera son pocos menores que comales, y gruesas de dos dedos. No les echan sal porque no la tienen, y las cuecen debajo del rescoldo. Es pan muy sabroso y de mucho sustento. Deste hacen poco. Lo más que comen es atole y tortas de bello ta.

Lo más de nuestro matalotaje fue en harina, que por ser de maíz tostado también se come en polvo.

Piraguas

Juntas las gallinas, tortas y harina, nos fuimos a embarcar al río, donde hallamos aprestadas y a punto dos piraguas bien grandes, la mayor tenía ocho remeros y la menor seis. De los indios que venían cargados de gallinas se fue uno con ellas, y aunque lo buscaron con diligencia no pareció, y sin aquellas nos embarcamos siendo ya tarde, y se embarcó con nosotros el cacique mayor y otro cacique, y con ellos algunos principales y el piloto indio como intérprete y piloto de aquella navegación.

Llantos rituales

En estos días que aquí nos detuvimos, vino su cacique que estaba ausente. (...) Cuando supimos que llegaba a la ribera fuimos todos a darle la bienvenida. Al mismo recibimiento acudieron los que de sus vasallos supieron su venida, que fueron muchos. En saltando en tierra, que nos hubo hablado, enderezó su camino al jacal, y todos nosotros con él. Mas los indios y indias, chicos y grandes, comenzaron en alta voz tan grande llanto como si lo vieran muerto delante de sí. Y así lo fueron siguiendo y llorando hasta el jacal, donde se sentó en el cada lecho, y todos los indios prosiguiendo su llanto se hincaron de rodillas delante

dél, que los estuvo oyendo con mucho sosiego y gravedad hasta que de cansado se levantó y se fue. Y los indios cesando de su llanto se levantaron y fueron enjugando sus lágrimas. Los que por estar ausentes no se hallaron al recibimiento, y los de los pueblos distantes venían después, y estando muchos juntos venía el cacique, y sentado en el catre, los indios se ponían de rodillas delante dél y hacían su llanto hasta que él se levantaba y se iba, y ellos se volvían a sus casas. Desta manera se continuó el venir a llorarlo muchos días.

Estando después en San Agustín me iba todos los días a pescar al río, y dende él oía todas las tardes que comenzaba a llorar uno en alta voz, y que luego le seguía en el mismo tono todo el pueblo. Y preguntando la causa supe que había muerto su cacique, y que así lo habían de llorar todo un año. Desta manera llora toda esta gente a sus caciques vivos y muertos.

[Fr. Andrés de San Miguel, *Relación*, pp. 193-200.]

[EN EL MAR DE LA FLORIDA]

Navegación costera

Salimos del puerto sábado 17 de junio. Todo este viaje fuimos siempre por la costa, tierra a tierra, sin apartarnos de ella media legua, y cuando faltaba viento o era contrario, saltábamos en tierra y sirgábamos la fragata; y cuando así íbamos, iban cuatro soldados con sus arcabuces haciendo escolta algo más a tierra. Dende que salimos del puerto nos fueron siempre saliendo al encuentro piraguas de indios con cosas de resgato. En todas venía toda la gente que en ellas cabía, y todos bogaban en pie con unos canaletes largos de dos varas, las palas de una sesma de ancho y media vara de largo y el asta como de lanza, todo bien labrado de una pieza y madera recia. Siempre salían mucho antes de que llegáramos a emparejar con ellos, y cuando no salían a tiempo que tomasen la fragata antes de pasar, y se quedaban atrás por ser el viento fresco, daban voces diciendo "amaina, toltuga, toltuga, pescado, pescado...", y aunque nunca los esperamos eran tan ligeras sus piraguas, que a fuerza de remos siem-

pre nos alcanzaban. En entrando en la fragata, convenía mirarlos a las manos, porque hurtaban lo que podían y no se avergonzaban de ser tomados en el hurto.

En toda esta costa no vi pueblo alguno, sino rancherías. Dicen que están los pueblos más la tierra adentro. Cuando nos faltaba agua dábamos las botijas a los indios destas rancherías para que la trajesen. En una déstas vi que en viendo los indios los arcabuces se hincaron de rodillas y puestas las manos, temblando, decían "miedo, miedo". En otra, habiéndoles dado las botijas, nos fuimos todos en tropa con ellos, y vi que uno dellos se apartaba y echaba por otro camino, y entendiendo que se iba con la botija me fui tras dél, que se fue a meter donde las indias estaban escondidas, y cuando ellas me vieron dieron grandes voces, que los soldados me las dieron que lo dejase y me fuese donde ellos estaban. Oía las voces sobre unos árboles muy hermosos a cuyos pies yo estaba. Debían ser sabinos, aunque no advertí si lo eran.

Pescadores de ballenas

Todos los indios desta costa no visten más de un braguero tejido de palma, del ancho de cuatro dedos, con tres ramales. Las dos ciñen la cinta y el otro por debajo, y cada uno remata en una borla de la misma palma, y todos tres juntos hacen una escoba que les cubre parte de las asentaderas.

En algunas partes desta costa vi grande suma de los huesos del espinazo de las ballenas que los indios matan. Dijéronnos que las matan con una estaca y un mazo. Toda aquella costa es un continuado placel de poco fondo y por todo él mucho pescado. Por esta causa deben de entrar en él muchas ballenas a comer, y en viéndolas los indios salen de sus canoillas y el primero que llega salta encima della con la estaca y mazo en las manos, y aunque la ballena se quiera hundir muy profunda, no puede, y en tocando en el fondo se vuelve arriba, y el indio que ha encima sólo atiende a hincar la estaca en el respiradero, que lo hacen brevemente. Y así la dejan y se vuelven a tierra, donde ahogada la echa la mar, y allí la despedazan y hacen tasajos para su sustento, y en particular los gustan los de tierra adentro.

Estos indios ni siembran ni cogen, ni tienen más cuidado del sustento y del vestido que los animales y aves, y nada les falta y viven hasta muy viejos, contentos con su suerte.

Indios dexega

Y en esta costa, cerca de donde dicen Cabo Cañaverales, hay unos indios que llaman dexega, y son tenidos por inhumanos, crueles y enemigos de los españoles. Destos no vimos ninguno ni saltamos en su tierra.

El cacique amigo

Y cerca de la tierra de La Habana, casi en derecho del puerto, hay otros indios muy amigos de los españoles, cuyo cacique (...) nos salió al encuentro en una gran canoa labrada a la española, con diez y seis remeros, todos bogando en pie y él puesto en la popa, también en pie.

En llegando a la fragata se entró en ella, y fue recibido de los españoles como un grande amigo que era de todos ellos. Su vestido era el natural a que añadía el braguero, diferenciándose de los demás en el brío y gallardía de su persona y en el respeto que todos le mostraban, y en el mucho abalorio con que adornaba su cuerpo, ciñendo con sartas de cuatro y seis dedos de ancho su cuello, molledos, muñecas, debajo de las rodillas, gargantas de los pies, encima de los tobillos. En esto se diferenciaba el rey de sus vasallos.

Este cacique nos trajo más ámbar que todos los que en toda la costa nos salieron, y habiendo negociado y despedídose como tan ladino y amigo, se entró en su canoa, y puesto en pie sobre la popa comenzó a caminar hacia tierra, y a pocos pasos dio con su persona en la mar, y habiendo vuelto a entrar en la canoa se fue para uno de los remeros, y echándole mano de los cabellos dio con él en la mar, y al punto se fue a fondo, y tomando el cacique su remo lo levantó con entrambas manos sobre el hombro, y estaba esperando así a que el indio subiese arriba para darle con él, y cansado de esperarle él y nosotros de verle así armado, dejó el remo y se fue a su asiento, y luego pareció el indio sobre

el agua y se entró en la canoa y se fueron, dejándonos espantados de que un hombre pudiese estar tanto tiempo sin ahogarse debajo del agua. Con este ejemplo no se hará dificultoso que salten, bajen y suban sobre la ballena hasta clavarle la estaca.

TERCERA PARTE
LAS GRANDES CULTURAS DE MESOAMÉRICA Y SUS ANEXAS

En contraste con los diversos pueblos insulares y del Nordeste, "salvajes" los unos y "bárbaros" los otros, según la terminología clásica, la región central del continente ofrece el escenario de grandes civilizaciones.

Las "altas culturas" de Mesoamérica (*mexicanas* y *maya,* tomando ambos términos en sentido extenso) se caracterizan por: el gran desarrollo de la agricultura y la posesión de animales menores; la perfección técnica en cerámica, tejidos, arte plumaria, escultura y metalurgia, y la grandiosidad de las construcciones de piedra. Desconocen, en cambio, la rueda (y, por lo tanto, el carro), el arado, la navegación de altura y el ganado mayor.

Sus religiones son de tipo politeísta-naturalista, y su culto se basa en la idea de la purificación por el dolor y por la muerte. En relación con estas religiones florecen: un arte primoroso en lo pequeño y espléndido en lo grande, una literatura muy rica y variada y una moral o "sabiduría" de profunda humanidad.

Estos pueblos poseen escritura (ideográfica) y calendarios de admirable precisión; son también los de formas sociales más ricas y complicadas.

Las formas *mexicanas* (en sentido amplio, no sólo aztecas) sobreponiéndose a un fondo de agricultores comunitarios (*calpulcalli*) entroncan ligas tribales guerreras, bajo doble jefatura, con organizaciones urbano-sacerdo-tales. La hegemonía de una de aquellas confederaciones o ligas ("naciones", para los cronistas) sobre otras tiende a formar estructuras monárquicas más o menos amplias, que la Conquista frustrará.

En aquel momento los mexicanos, saliendo de una especie de "edad media", viven en el renacimiento de una cultura anterior, interrumpida por la invasión de gentes afines, pero menos civilizadas.

Los mayas —sin duda el pueblo de más alto nivel científico de todo el grupo— poseen un sistema de numeración decimal con signo cero. Viven en un ambiente de "Estado-ciudad" de tipo sacerdotal y oligárquico, sobre el consabido fondo de comunidades agrícolas. Cuando la Conquista, la zona maya —en sentido

amplio— parece hallarse en una fase de plena decadencia, que se ha comparado a la de Egipto de las últimas dinastías.

Territorios conexos con estas grandes civilizaciones los hay en el Norte y en el Sur de la zona mesoamericana.

Al Norte, los indios pueblos se emparientan con la cultura mexicana, de la cual son, tal vez, una degeneración empobrecida o, tal vez, una forma previa fosilizada. Carecen total o casi totalmente de los rasgos más específicos de altas culturas (como la metalurgia) pero, en cambio, tienen una curiosa especialización como constructores de altos edificios en plantas superpuestas. Su estructura social es de tipo gran aldea, moderadamente democrática. En conjunto, su nivel cultural aparece como intermedio entre el mexicano y el de los pueblos del Nordeste.

Por el Sur, las influencias maya y azteca se prolongan hasta ponerse en contacto con formas de civilización vecinas de la cultura incaica.

Cortés, Díaz del Castillo, Motolinía, Sahagún, Pomar y Zorita hablan especialmente de los nahuas; la *Relación de Michoacán,* de los tarascos; Landa, de los mayas; Niza, Pérez de Ribas y Tello, de las culturas anexas del Norte; Bobadilla y Oviedo de las del Sur.

HERNÁN CORTÉS

(*Medellín, Extremadura, 1485 – Castilleja de la Cuesta, 1547*)

Conoció en la Universidad de Salamanca el estudio de las leyes y su práctica en la covachuela de un escribano en Valladolid; lecciones provechosas, que no olvidó al decidirse finalmente por la carrera de las armas.

Se enganchó en las huestes de Nicolás de Ovando, nombrado gobernador de La Española; más tarde, en la expedición de su amigo Diego Velázquez, para conquistar a Cuba (1509-1510), con el modesto cargo de auxiliar del tesorero Miguel de Pasamonte. Allí la suerte (ayudada por la experiencia adquirida) le fue más propicia que en La Española.

Habían fracasado las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba y de Juan de Grijalba a las costas del Golfo mexicano. Velázquez organiza la tercera. Cortés, nombrado capitán de la expedición, es, en realidad, un socio, un "accionista" de la empresa. Cuando Velázquez pretende destituirlo es ya demasiado tarde. Entre la gente de Hernán Cortés se cuentan veteranos de una y otra de las expediciones anteriores, y uno que lo era de ambas: Bernal Díaz del Castillo.

Parten del extremo meridional de Cuba, frontero a Yucatán, a mediados de febrero de 1518. La tierra costeña se parece a las islas hasta entonces descubiertas; no así sus habitantes. En vez de la ingenua sencillez de tribus primitivas, aparecen viejas civilizaciones de pueblos constructores y artistas refinados. Tierra adentro, tierra arriba, árboles que parecen conocidos, animales que recuerdan a los de Europa, frío, altas montañas, nieves perpetuas, volcanes. Llamaradas de fuego vomitadas por bocas de hielo. Sorpresa. Esfúmase el mito del paraíso tropical, surge la profundidad histórica y geográfica de un gran imperio organizado.

No fueron menos poderosas que las armas, la diplomacia y la política de Cortés. Las *Cartas de relación* al emperador son el más antiguo testimonio de la invasión y conquista del inmenso territorio, al cual se apresura a dar nombre. "Por lo que he visto y comprendido cerca de la similitud que toda esta tierra tiene a España, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace, y en muchas cosas que la equiparan a ella, me pareció que el más conveniente nombre para

esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del mar océano." En 15 de octubre de 1522 el nombramiento de gobernador y capitán general de esa Nueva España marca el zenit de la gloria de Hernán Cortés a los 37 años de su edad.

Una expedición, con menor éxito, a las Hibueras para hallar el paso al Mar del Sur (1524); envidias, delaciones y juicio de residencia; un primer viaje a España, su rehabilitación y el Marquesado del Valle; la búsqueda del paso del N. O., que dio por resultado el descubrimiento de California (1538), llenan los últimos años de Cortés hasta su definitivo regreso a España (1540) y su muerte en Castilleja de la Cuesta, el 2 de diciembre de 1547.

Después, el traslado de sus restos a México, en ejecución de su voluntad testamentaria, y la disputa que persiste ante su tumba, moralmente abierta. El mito heroico de Gómara y el denuesto que no cesa, homenaje involuntario a lo perenne de su obra.

"Era Fernando Cortés de buena estatura, rehecho y de gran pecho; el color ceniciento, la barba clara, el cabello largo. Tenía gran fuerza, mucho ánimo, destreza en las armas. Fue travieso cuando muchacho, y cuando hombre fue asentado; y así, tuvo en la guerra buen lugar, y en la paz fue alcalde de Santiago de Baracoa, que era y es la mayor honra de la ciudad entre vecinos. Allí cobró reputación para lo que después fue. Fue muy dado a mujeres, y diose siempre. Lo mismo hizo al juego, y jugaba a los dados en maravilla bien y alegremente. Fue muy gran comedor y temperado en la bebida, teniendo abundancia. Sufría mucho la hambre con necesidad; según lo mostró en el camino de las Higueras y en el mar que llamó de su nombre. Era recio porfiando, y así tuvo más pleitos que convenía a su estado. Gastaba liberalísimamente en la guerra, en mujeres, por amigos y en antojos, mostrando escasez en algunas cosas, por donde lo llamaban río de avenida. Vestía más polido que rico, y así era hombre limpísimo. Deleitábase de tener mucha casa y familia, mucha plata de servicio y de respeto. Tratábase muy de señor, y con tanta gravedad y cordura, que no daba pesadumbre ni parecía nuevo… Era muy celoso en su casa, siendo atrevido en las ajenas; condición de putañeros. Era devoto rezador, y sabía muchas oraciones y salmos de coro; grandísimo limosnero; y así, encargó mucho a su hijo, cuando se moría, la limosna. Daba cada año mil ducados por Dios, de ordinario; y algunas veces tomó a cambio dinero para limosna, diciendo que con aquel interés rescataba sus pecados… Tal fue, como habéis oído, Cortés, conquistador de la Nueva España."

Así lo dibuja Gómara, después de un trato directo, asiduo, aislado. Visto a distancia de siglos y en el tropel de los conquistadores del Nuevo Mundo, Cortés se nos destaca como el más culto de todos ellos. Hijo del Renacimiento, cree en el renombre y en la gloria, "el sol de los muertos", esperanza que lo inmuniza contra las injusticias del presente; posee una amplia visión histórica, altas dotes de gobierno, y con ello una mentalidad no exenta de preocupaciones jurídicas, persiguiendo la ilusión, o el engaño, de la guerra justa. Si un rasgo unifica las múltiples facetas del espíritu de Cortés, aparejando ideas y conducta, este rasgo será la audacia. Su mismo subconsciente lo declara. *Audentes fortuna juvat.* El aforismo inmortalizado por Virgilio lo incorpora a las *Cartas de relación,* pero no como una cita, sino plenamente asimilado, como una íntima convicción, clave y secreto de todo su peligroso vivir: *A los osados ayuda fortuna.*¿Por qué no lo puso de lema en su escudo de armas?

Las *Cartas de relación* cortesianas son la obra del diplomático exponiendo desde el mejor punto de vista la obra del guerrero y del político. Interesan sobre todo, como es lógico, para la historia de la conquista, pero traducen también la admirativa sorpresa ante una civilización insospechada y el horror por un culto sanguinario. Allí encontramos la primera visión occidental de la vida, los monumentos y el gobierno del pueblo mexicano, que más pormenorizado hallaremos de nuevo en Bernal Díaz. Pero aunque las impresiones fueron simultáneas, ésta no se redujo a escritura sino algunas décadas más tarde. Visiones externas, de lo que entra por los ojos. Profundizar en el meollo de las ideas escapa a los guerreros: será patrimonio de los varones de hábitos o de toga.

Las *Cartas* son obra de un escritor, de un escritor de recursos. Protagonista, deja que los resultados hablen por sí mismos, demasiado elocuentes para necesitar ponderación. Tan ingenuo sería creer todos los detalles de las *Cartas* como acusarlas de falta de veracidad. Cada género literario tiene sus reglas, que no son otras que su razón de ser. Las *Cartas* son escritas en defensa —siquiera sea defensa fría— de una gestión política y militar. La habilidad del escritor, la habilidad de Cortés, estriba en que la defensa parezca una exposición objetiva, mesurada y ecuánime.

BIBLIOGRAFÍA

Cartas de Relación al Emperador Carlos V.

Ediciones

1522	Sevilla	*Segunda Relación* (Tepeaca, 30 de octubre de 1520).
1523	Sevilla	*Tercera Relación* (Coyoacán, 15 de mayo de 1522).
1525	Toledo	*Cuarta Relación* (Temixtitán-México, 15 de octubre de 1524).
1749	Madrid	En Barcia, vol. II, se reúnen por primera vez las tres *Relaciones* conocidas.
1770	México	Francisco Antonio Lorenzana, *Historia de Nueva España, escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés.* Contiene las tres *Relaciones.*
1852	Madrid	En *C. D. I. – España,* vol. I, pp. 421-461, Navarrete publica la Carta del Ayuntamiento de Veracruz al Emperador, fecha 10 de julio de 1519, que toma el lugar de *Primera Relación.*
1852	Madrid	Vedia, vol. I, añade la *Quinta Relación* (Temixtitán-México, 3 de septiembre de 1526): es la primera edición completa.
1866	París	*Cartas y Relaciones de Hernán Cortés al Emperador Carlos Quinto,* colegidas y publicadas por don Pascual de Gayangos. Se sirve del manuscrito de Viena.
1870	México	*Cartas del famoso conquistador Hernán Cortés al Emperador Carlos Quinto.* "Biblioteca Histórica de la Iberia", vol. I. Reproduce la edición de Navarrete (1852).
1915	Sevilla	*Cartas y otros documentos de Hernán Cortés... en el Archivo General de Indias de Sevilla,* ilustradas y editadas por el P. Mariano Cuevas, S. J.
1922	Madrid	*Cartas de Relación de la conquista de Méjico,* edición de Dantin Cereceda. Espasa-Calpe. Este texto se integra en la "Colección Austral", con el número 547 (última edición, Buenos Aires, 1957).
1946	México	Le Riverend, vol. I, pp. 93-591.

1946	Buenos Aires	*Cartas y Relaciones de Hernán Cortés,* edición de Nicolás Coronado.
1958	México	*Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac.* Aclaraciones y rectificaciones por la profesora Eulalia Guzmán. Tomo I, en que se contienen las Relaciones I y II. Edición crítica, paleografiada sobre el manuscrito de Viena.

Traducciones

Latinas

1524	Nuremberg	Pedro Savorgnani de Forlí, las *Relaciones* 2ª y 3ª.
1532	Colonia	*De Insulis nuper inventis publica,* con otras obras, las *Relaciones* 2ª, 3ª y 4ª.
1555	Basilea	*Novus Orbis* (2ª edición, la de Juan Hervagie) da también las tres *Relaciones.*

Italianas

1524	Venecia	Traducción de Nicolás Liburno, *Relaciones* 2ª y 3ª.
1565	Venecia	En Ramusio, vol. III, la traducción anterior, completada con la de la *Relación* 4ª.

Francesa

1778	París	*Correspondance de Fernand Cortés avec l'empereur Charles V sur la conquête du Mexique,* traduite par le Vicomte de Flavigny. Traduce la edición de Lorenzana (1770). (Nueva edición, 1779.)
	París	Traducción de Desiré Charnay, con prólogo de E. T. Hamy.

Inglesas

1843	Nueva York	*Dispatches of Ferdinand Cortes.* Translated with introduction and notes by G. Folson.
1908	Nueva York	*Letters of Cortes.* Traducción de F. M. MacNutt (2 volúmenes).
1929	Nueva York	*Hernando Cortes Five Letters,* translated by J. Bayard Morris.

[ÁSPERA SUBIDA]

Los pueblos costeños

La gente desta tierra que habita desde la isla de Cozumel y punta de Yucatán hasta donde nosotros estamos, es una gente de mediana estatura, de cuerpos y gestos bien proporcionada, excepto que en cada provincia se diferencian ellos mismos los gestos, unos horadándose las orejas y poniéndose en ellas muy grandes y feas cosas, y otros horadándose las ternillas de las narices hasta la boca, y poniéndose en ellas unas ruedas de piedras muy grandes que parecen espejos, y otros se horadan los bezos de la parte de abajo hasta los dientes, y cuelgan dellos unas grandes ruedas de piedras o de oro, tan pesadas, que les traen los bezos caídos y parecen muy disformes, y los vestidos que traen es como de almaizales muy pintados, y los hombres traen tapadas sus vergüenzas, y encima del cuerpo unas mantas muy delgadas y pintadas a manera de alquizales moriscos, y las mujeres de la gente común traen unas mantas muy pintadas desde la cintura hasta los pies y otras que les cubren las tetas, y todo lo demás traen descubierto; y las mujeres principales andan vestidas de unas muy delgadas camisas de algodón muy grandes, labradas y hechas a manera de roquetes; y los mantenimientos que tienen es maíz y algunos cuyes, como los de las otras islas, y potuyuca así como la que comen en la isla de Cuba, y cómenla asada, porque no hacen pan della; y tienen sus pesquerías y cazan, crían muchas gallinas como las de Tierra-Firme, que son tan grandes como pavos.

Hay algunos pueblos grandes y bien concertados, las casas en las partes que alcanzan piedra son de cal y canto, y los aposentos dellas pequeños y bajos, muy amoriscados; y en las partes donde no alcanzan piedra, hácenlas de adobes y encálanlos por encima, y las coberturas de encima son de paja. Hay casas de algunos principales muy frescas y de muchos aposentos, por-que nosotros habemos visto más de cinco patios dentro de unas so-

las casas, y sus aposentos muy aconcertados, cada principal servicio que ha de ser por sí, y tienen dentro sus pozos y albercas de agua, y aposentos para esclavos y gente de servicio, que tienen mucha; y cada uno destos principales tienen a la entrada de sus casas, fuera della, un patio muy grande, y algunos dos o tres y cuatro muy altos con sus gradas para subir a ellos, y son muy bien hechos, y con éstos tienen sus mezquitas y adoratorios y sus andenes, todo a la redonda, muy ancho, y allí tienen sus ídolos que adoran, dellos de piedra, y dellos de barro, y dellos de palos, a los cuales honran y sirven en tanta manera y con tantas ceremonias, que en mucho papel no se podría hacer de todo ello a vuestras reales altezas entera y particular relación.

Y estas casas y mezquitas donde los tienen son, las mayores y menores, las más bien obradas que en los pueblos hay, y tiénenlas muy ataviadas, con plumajes y paños muy labrados y con toda manera de gentileza; y todos los días antes que obra alguna comiencen, queman en las dichas mezquitas incienso, y algunas veces sacrifican sus mismas personas, cortándose unos las lenguas, y otros las orejas, y otros acuchillándose el cuerpo con unas navajas, y toda la sangre que dellos corre la ofrecen a aquellos ídolos, echándola por todas partes de aquellas mezquitas, y otras veces echándola hacia el cielo, y haciendo otras muchas maneras de ceremonias; por manera que ninguna obra comienzan sin que primero hagan allí sacrificio.

Y tienen otra cosa horrible y abominable y digna de ser punida, que hasta hoy no se ha visto en ninguna parte, y es que todas las veces que alguna cosa quieren pedir a sus ídolos, para que más aceptación tenga su petición toman muchas niñas y niños, y aun hombres y mujeres de mayor edad, y en presencia de aquellos ídolos los abren vivos por los pechos y les sacan el corazón y las entrañas, y queman las dichas entrañas y corazones delante de los ídolos, ofreciéndoles en sacrificio aquel humo. Esto habemos visto algunos de nosotros, y los que lo han visto dicen que es la más terrible y más espantosa cosa de ver que jamás han visto. Hácenlo estos indios tan frecuentemente y tan a menudo, que según somos informados, y en parte habemos visto por experiencia en lo poco que ha que en esta tierra estamos, no hay año en que no maten y sacrifiquen cincuenta ánimas en ca-

da mezquita, y esto se usa y tienen por costumbre desde la isla de Cozumel hasta esta tierra adonde estamos poblados; y tengan vuestras majestades por muy cierto que, según la cantidad de la tierra nos parece ser grande y las muchas mezquitas que tienen, no hay año que, en lo que hasta ahora hemos descubierto y visto, no maten y sacrifiquen desta manera tres o cuatro mil ánimas.

FIGURA 3. Portada del libro de Hernán Cortés, *Cartas de relación*, imprenta de Hillen de Hocstraten, Amberes, 1523. (Fuente: Santiago Sebastián, *Iconografía del indio americano, siglos XVI-XVII*, prólogo de Dietrich Briesemeister, Madrid, Ediciones Tuero, 1992, p. 48.)

[*Primera Relación,* Villa Rica de la Vera Cruz, 10 de julio de 1519.]

Tlaxcala

La ciudad es tan grande y de tanta admiración, que aunque mucho de lo que della podría decir deje, lo poco que diré creo es casi increíble, porque es muy mayor que Granada, y muy más fuerte, y de tan buenos edificios y de muy mucha más gente que Granada tenía al tiempo que se ganó, y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, que es de pan y de aves y caza y pescados de los ríos, y de otras legumbres y cosas que ellos comen muy buenas. Hay en esta ciudad un mercado en que cuotidianamente, todos los días, hay en él de treinta mil ánimas arriba vendiendo y comprando, sin otros muchos mercadillos que hay por la ciudad en partes. En este mercado hay todas cuantas cosas, así de mantenimiento como de vestido y calzado, que ellos tratan y puede haber. Hay joyerías de oro y plata y piedras, y de otras joyas de plumaje, tan bien concertado, como puede ser en todas las plazas y mercados del mundo. Hay mucha loza de todas maneras y muy buena, y tal como la mejor de España. Venden mucha leña y carbón y yerbas de comer y medicinales. Hay casas donde lavan las cabezas como barberos y las rapan; hay baños. Finalmente, que entre ellos hay toda manera de buena orden y policía, y es gente de toda razón y concierto; y tal, que lo mejor de África no se le iguala.

Es esta provincia de muchos valles llanos y hermosos, y todos labrados y sembrados, sin haber en ella cosa vacua; tiene en torno la provincia noventa leguas y más; la orden que hasta ahora se ha alcanzado que la gente della tiene en gobernarse, es casi como las señorías de Venecia y Génova o Pisa, porque no hay señor general de todos. Hay muchos señores y todos residen en esta ciudad, y los pueblos de la tierra son labradores y son vasallos destos señores, y cada uno tiene su tierra por sí; tienen unos más que otros, y para sus guerras que han de ordenar júntanse todos y todos juntos las ordenan y conciertan.

Créese que deben de tener alguna manera de justicia para castigar los malos, porque uno de los naturales desta provincia hurtó cierto oro a un español, y yo le dije a aquel Magiscazin, que es el señor de todos, e hicieron su pesquisa, y siguiéronlo hasta una ciudad que está cerca de allí, que se dice Churultecal,[1] y de allí lo trajeron preso, y me lo entregaron con el oro y me dijeron que yo le hiciese castigar: yo les agradecí la diligencia

que en ello pusieron, y les dije que, pues estaba en su tierra, que ellos lo castigasen como lo acostumbraban, y que yo no me quería entrometer en castigar a los suyos estando en su tierra; de lo cual me dieron gracias, y lo tomaron, y con pregón público, que manifestaba su delito, le hicieron llevar por aquel gran mercado, y allí le pusieron al pie de uno como teatro que está en medio del dicho mercado, y encima del teatro subió el pregonero, y en altas voces tornó a decir el delito de aquél, y viéndolo todos, le dieron con unas porras en la cabeza hasta que lo mataron. Y muchos otros hemos visto en prisiones, que dicen que los tienen por hurtos y cosas que han hecho.

Hay en esta provincia, por visitación que yo en ella mandé hacer, quinientos mil vecinos, que con otra provincia pequeña que está junto con ésta, que se dice Guazincango,[2] que viven a la manera destos, sin señor natural; los cuales no menos están por vasallos de vuestra alteza que estos de Tascaltecal.

[*Segunda Relación,* Tepeaca, 30 de octubre de 1520.]

Cholula

Esta ciudad de Churultecal está asentada en un llano, y tiene hasta veinte mil casas dentro del cuerpo de la ciudad, y tiene de arrabales otras tantas. Es señorío por sí, y tiene sus términos conocidos; no obedecen a señor ninguno, excepto que se gobiernan como estotros de Tascaltecal. La gente desta ciudad es más vestida que los de Tascaltecal, en alguna manera; porque los honrados ciudadanos della todos traen albornoces encima de la otra ropa, aunque son diferenciados de los de África, porque tienen maneras; pero en la hechura y tela y los rapacejos son muy semejables. Todos éstos han sido y son, después, deste trance pasado, muy ciertos vasallos de vuestra majestad, y muy obedientes a lo que yo en su real nombre les he requerido y dicho; y creo lo serán de aquí adelante.

Esta ciudad es muy fértil de labranzas, porque tiene mucha tierra y se riega la más parte della, y aun es la ciudad más hermosa de fuera que hay en España, porque es muy torreada y llana. Y certifico a vuestra alteza que yo conté desde una mezquita cuatrocientas y tantas torres en la dicha ciudad, y todas son de

mezquitas. Es la ciudad más a propósito de vivir españoles que yo he visto de los puertos acá, porque tiene algunos baldíos y aguas para criar ganados, lo que no tienen ningunas de cuantas hemos visto; porque es tanta la multitud de la gente que en estas partes mora, que ni un palmo de tierra hay que no esté labrada; y aun con todo en muchas partes padecen necesidad, por falta de pan; y aun hay mucha gente pobre, y que piden entre los ricos por las calles y por las casas y mercados, como hacen los pobres en España y en otras partes que hay gente de razón.

[*Segunda Relación,* Tepeaca, 30 de octubre de 1520.]

Llegada a México

Y así seguí la dicha calzada, y a media legua antes de llegar al cuerpo de la ciudad de Temixtitan, a la entrada de otra calzada que viene a dar de la tierra firme a esta otra, está un muy fuerte baluarte con dos torres, cercado de muro de dos estados, con su pretil almenado por toda la cerca que toma con ambas calzadas, y no tiene más de dos puertas, una por do entran y otra por do salen. Aquí me salieron a ver y hablar hasta mil hombres principales, ciudadanos de la dicha ciudad, todos vestidos de una manera y hábito, y según su costumbre, bien rico; y llegados a me hablar, cada uno por sí hacía, en llegando a mí, una ceremonia que entre ellos se usa mucho, que ponía cada uno la mano en la tierra y la besaba; y así estuve esperando casi una hora hasta que cada uno hiciese su ceremonia. Y ya junto a la ciudad está una puente de madera de diez pasos de anchura, y por allí está abierta la calzada, porque tenga lugar el agua de entrar y salir, porque crece y mengua, y también por fortaleza de la ciudad, porque quitan y ponen unas vigas muy luengas y anchas, de que la dicha puente está hecha, todas las veces que quieren, y destas hay muchas por toda la ciudad, como adelante, en la relación que de las cosas della haré, vuestra alteza verá.

Pasada esta puente, nos salió a recibir aquel señor Muteczuma con hasta doscientos señores, todos descalzos y vestidos de otra librea o manera de ropa, asimismo bien rico a su uso, y más que la de los otros; y venían en dos procesiones, muy arrimados a las paredes de la calle, que es muy ancha y muy hermosa y derecho,

que de un cabo se parece el otro, y tiene dos tercios de legua, y de la una parte y de la otra muy buenas y grandes casas, así de aposentamientos como de mezquitas; y el dicho Muteczuma venía por medio de la calle con dos señores, el uno a la mano derecha y el otro a la izquierda; de los cuales el uno era aquel señor grande que dije que me había salido a hablar en las andas, y el otro era su hermano del dicho Muteczuma, señor de aquella ciudad de Iztapalapa, de donde yo aquel día había partido;[1] todos tres vestidos de una manera, excepto el Muteczuma, que iba calzado, y los otros dos señores descalzos: cada uno le llevaba de su brazo; y como nos juntamos, yo me apeé, y le fui a abrazar solo: y aquellos señores que con él iban me detuvieron con las manos para que no le tocase; y ellos y él hicieron asimismo ceremonia de besar la tierra; y hecha, mandó a aquel su hermano que venía con él que se quedase conmigo y me llevase por el brazo, y él con el otro se, iba adelante de mí poquito trecho; y después de me haber él hablado, vinieron asimismo a me hablar todos los otros señores que iban en las dos procesiones, en orden uno en pos de otro, y luego se tornaban a su procesión. Y al tiempo que yo llegué a hablar al dicho Muteczuma quite-me un collar que llevaba de margaritas [perlas] y diamantes de vidrio, y se lo eché al cuello; y después de haber andado la calle adelante, vino un servidor suyo con dos collares de camarones, envueltos en un paño, que eran hechos de huesos de caracoles colorados, que ellos tienen en mucho; y de cada collar colgaban ocho camarones de oro, de mucha perfección, tan largos casi como un jeme; y como se los trajeron, se volvió a mí y me los echó al cuello, y tornó a seguir por la calle en la forma dicha, hasta llegar a una muy grande y hermosa casa, que él tenía para nos aposentar, bien aderezada. Y allí me tomó por la mano y me llevó a una gran sala, que estaba frontero de un patio por do entramos. Y allí me hizo sentar en un estrado muy rico, que para él lo tenía mandado hacer, y me dijo que le esperase allí, y él se fue; y dende a poco rato, ya que toda la gente de mi compañía estaba aposentada, volvió con muchas y diversas joyas de oro y plata, y plumajes, y con hasta cinco o seis mil piezas de ropa de algodón, muy ricas y de diversas maneras tejidas y labradas. Y después de me las haber dado, se sentó en otro estrado, que luego le hicieron allí junto con el otro donde yo estaba.

[*Segunda Relación,* Tepeaca, 10 de octubre de 1520.]

[LA GRAN TENOCHTITLÁN]

El valle y la ciudad

Porque para dar cuenta, muy poderoso señor, a vuestra real excelencia de la grandeza, extrañas y maravillosas cosas desta gran ciudad de Temixtitán, y del señorío y servicio deste Muteczuma, señor della, y de los ritos y costumbres que esta gente tiene, y de la orden que en la gobernación, así desta ciudad como de las otras que eran deste señor, hay, sería menester mucho tiempo, y ser muchos relatores y muy expertos: no podré yo decir, de las cien partes una de las que dellas se podrían decir; mas como pudiere, diré algunas cosas de las que VI, que aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración, que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos, no las podemos con el entendimento comprender. Pero puede nuestra majestad ser cierto que si alguna falta en mi relación hubiere, que será antes por corto que por largo, así en esto como en todo lo demás de que diere cuenta a vuestra alteza, porque me parecía justo a mi príncipe y señor decir muy claramente la verdad, sin interponer cosas que la disminuyan ni acrecienten.

Antes que comience a relatar las cosas desta gran ciudad y las otras que en este capítulo dije, me parece, para que mejor se puedan entender, que débese decir de la manera de México, que es donde esta ciudad y algunas de las otras que he hecho relación están fundadas, y donde está el principal señorío deste Muteczuma. La cual dicha provincia es redonda y está toda cercada de muy altas y ásperas sierras, y lo llano della tendrá en torno hasta setenta leguas, y en el dicho llano hay dos lagunas que casi lo ocupan todo porque tienen ambas en torno más de cincuenta leguas. Y la una destas dos lagunas es de agua dulce, y la otra, que es mayor, es de agua salada. Divídelas por una parte una cordillera pequeña de cerros muy altos que están en medio desta llanura, y al cabo se van a juntar las dichas lagunas en un estrecho de llano que entre estos cerros y las sierras altas se hace; el cual es trecho tendrá un tiro de ballesta, y por entre la una

laguna y la otra, y las ciudades y otras poblaciones que están en las dichas lagunas, contratan las unas con las otras en sus canoas por el agua, sin haber necesidad de ir por la tierra. Y porque esta laguna salada grande crece y mengua por sus mareas según hace la mar, todas las crecientes corre el agua della a la otra dulce, tan recio como si fuese caudaloso río, y por consiguiente a las menguantes va la dulce a la salada.

Esta gran ciudad de Temixtitán está fundada en esta laguna salada, y desde la tierra firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquiera parte que quisieren entrar a ella, hay dos leguas. Tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas jinetas. Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles della, digo las principales, muy anchas y muy derechas, y algunas destas y todas las demás son la mitad de tierra, y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas, y todas las calles de trecho a trecho están abiertas por do atraviese el agua de las unas a las otras, y en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay sus puentes de muy anchas y muy grandes vigas juntas y recias y bien labradas; y tales, que por muchas dellas pueden pasar diez de caballo juntos a la par. Y viendo que si los naturales desta ciudad quisiesen hacer alguna traición, tenían para ello mucho aparejo, por ser la dicha ciudad edificada de la manera que digo, y que quitadas las puentes de las entradas y salidas, nos podrían dejar morir de hambre sin que pudiésemos salir a la tierra, luego que entré en la dicha ciudad di mucha priesa a hacer cuatro bergantines, y los hice en muy breve tiempo, tales que podían echar trescientos hombres en la tierra y llevar los caballos cada vez que quisiésemos. Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuos mercados y trato de comprar y vender.

El gran mercado de Tlaltelolco

Tiene otra plaza tan grande como dos veces la de la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercadurías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas, joyas

de oro y de plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas; véndese tal piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, búharos, águilas, falcones, gavilanes y cernícalos, y de algunas aves destas de rapiña venden los cueros con su pluma y cabezas y pico y uñas. Venden conejos, liebres, venados y perros pequeños que crían para comer, castrados. Hay calle de herbolarios, donde hay todas las raíces y yerbas medicinales que en la tierra se hallan. Hay casas como de boticarios donde se venden las medicinas hechas, así potables como ungüentos y emplastos. Hay casas de barberos, donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde dan de comer y beber por precio. Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes, para traer cargas. Hay mucha leña, carbón, braseros de barro y esteras de muchas maneras para camas, y otras más delgadas para asiento y para esterar salas y cámaras. Hay todas las maneras de verduras que se hallan, especialmente cebollas, puerros, mastuerzo, ajos, berros, borrajas, acederas y cardos y tagarninas. Hay frutas de muchas maneras, en que hay cerezas y ciruelas que son semejables a las de España. Venden miel de abejas, y cera y miel de cañas de maíz, que son tan melosas y dulces como las de azúcar, y miel de unas plantas que llaman en las otras islas *maguey,* que es muy mejor que arrope; y destas plantas hacen azúcar y vino, que asimismo venden. Hay a vender muchas maneras de hilado de algodón de todas colores en sus madejicas, que parece propiamente alcaicería de Granada en las sedas, aunque esto otro es en mucha más cantidad. Venden colores para pintores cuantas se pueden hallar en España, y de tan excelentes matices cuanto pueden ser. Venden cueros de venado con pelo y sin él, teñidos, blancos y de diversos colores. Venden mucha loza, en gran manera muy buena, venden muchas vasijas de tinajas grandes y pequeñas, jarros, ollas, ladrillos y otras infinitas maneras de vasijas, todas de singular barro, todas o las más vidriadas y pintadas. Venden maíz en grano y en pan, lo cual hace mucha ventaja, así en el grano como en el sabor, a todo lo de las otras islas y tierra firme. Venden pasteles de

aves y empanadas de pescado. Venden mucho pescado fresco y salado, crudo y guisado. Venden huevos de gallinas y de ánsares y de todas las otras aves que he dicho en gran cantidad, venden tortillas de huevos, hechas. Finalmente, que en los dichos mercados se venden todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra, que demás de las que he dicho, son tantas y de tantas calidades, que por la prolijidad y por no me ocurrir tantas a la memoria, y aun por no saber poner los nombres, no la expreso. Cada género de mercaduría se vende en su calle, sin que entremetan otra mercaduría ninguna, y en esto tienen mucha orden. Todo lo venden por cuenta y medida, excepto que hasta agora no se ha visto vender cosa alguna por peso.

Hay en esta gran plaza una muy buena casa como de audiencia donde están siempre sentados diez o doce personas, que son jueces y libran todos los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen, y mandan castigar los delincuentes. Hay en la dicha plaza otras personas que andan continuo entre la gente mirando lo que se vende y las medidas con que miden los que venden, y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa.

Urbanismo y urbanidad

Hay en esta gran ciudad muchas casas muy buenas y muy grandes, y la causa de haber tantas casas principales es que todos los señores de la tierra vasallos del dicho Muteczuma tienen sus casas en la dicha ciudad, y residen en ella cierto tiempo del año; y demás desto, hay en ella muchos ciudadanos ricos, que tienen asimismo muy buenas casas. Todos ellos, demás de tener muy buenos y grandes aposentamientos, tienen muy gentiles vergeles de flores de diversas maneras, así en los aposentamientos altos como bajos.

Por la una calzada que a esta gran ciudad entran, vienen dos cañones de argamasa, tan anchos como dos pasos cada uno y tan altos casi como un estado, y por el uno dellos viene un golpe de agua dulce muy buena, del gordor de un cuerpo de hombre, que va a dar al cuerpo de la ciudad de que se sirven y beben todos. El otro, que va vacío, es para cuando quieren limpiar el otro caño, porque echan por allí el agua en tanto que se limpia; y

porque el agua ha de pasar por las puentes, a causa de las quebradas, por do atraviesa el agua salada, echan la dulce por unas canales tan gruesas como un buey, que son de la longura de las dichas puentes, y así se sirve toda la ciudad. Traen a vender el agua por canoas por todas las calles, y la manera de como la toman del caño es, que llegan las canoas debajo de las puentes por do están las canales, y de allí hay hombres en lo alto que hinchen las canoas, y les pagan por ello su trabajo.

En todas las entradas de la ciudad y en las partes donde descargan las canoas, que es donde viene la más cantidad de los mantenimientos que entran en la ciudad, hay chozas hechas, donde están personas por guardas y que reciben *certum quid* de cada cosa que entra. Esto no sé si lo lleva el señor o si es propio para la ciudad; porque hasta ahora no lo he alcanzado; pero creo que para el señor, porque en otros mercados de otras provincias se ha visto coger aquel derecho para el señor dellas.

Hay en todos los mercados y lugares públicos de la dicha ciudad, todos los días, muchas personas trabajadores y maestros de todos oficios, esperando quien los alquile por sus jornales.

La gente desta ciudad es de más manera y primor en su vestido y servicio que no la otra destas otras provincias y ciudades, porque como allí estaba siempre este señor Muteczuma, y todos los señores sus vasallos ocurrían siempre a la ciudad, había en ella más manera y policía en todas las cosas. Y por no ser más prolijo en relación de las cosas desta gran ciudad (aunque no acabaría tan aína) no quiero decir más sino que en su servicio y trato de la gente della hay la manera casi de vivir que en España, y con tanto concierto y orden como allá, y que considerando esta gente ser bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de la comunicación de otras naciones de razón, es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas.

"Cosas de maravilla" de servicio y señorío

En los servicios de Muteczuma y de las cosas de admiración que tenía por grandeza y estado, hay tanto que escribir, que certifico a vuestra alteza que yo no sé por do comenzar, que pueda acabar de decir alguna parte dellas; porque como ya he dicho,

¿qué más grandeza puede ser, que un señor bárbaro como éste tuviese contrahechas de oro y plata y piedras y plumas todas las cosas que debajo del cielo hay en su señorío, tan al natural lo de oro y plata, que no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese; y lo de las piedras, que no baste juicio a comprender con qué instrumentos se hiciese tan perfecto; y lo de pluma, que ni de cera ni en ningún broslado se podría hacer tan maravillosamente?

El señorío de tierras que este Muteczuma tenía, no se ha podido alcanzar cuánto era, porque a ninguna parte, doscientas leguas de un cabo y de otro de aquella su gran ciudad, enviaba sus mensajeros, que no fuese cumplido su mandato, aunque había algunas provincias en medio destas tierras, con quien él tenía guerra. Pero lo que se alcanzó, y yo dél pude comprender, era su señorío tanto casi como España, porque hasta sesenta leguas desta parte de Putunchan, que es el río Grijalva, envió mensajeros a que se diesen por vasallos de vuestra majestad los naturales de una ciudad que se dice Cumatan,[1] que había desde la gran ciudad a ella doscientas y treinta leguas; porque las ciento y cincuenta yo he hecho andar a los españoles. Todos los más de los señores destas tierras y provincias, en especial los comarcanos, residían, como ya he dicho, mucho tiempo del año en aquella gran ciudad, y todos o los más tenían sus hijos primogénitos en el servicio de Muteczuma. En todos los señoríos destos señores tenían fuerzas hechas, y en ellas gente suya, y sus gobernadores y cogedores del servicio y renta que de cada provincia le daban, y había cuenta y razón de lo que cada uno era obligado a dar, porque tienen caracteres y figuras escritas en el papel que hacen, por donde se entienden.

Cada una destas provincias servía con su género de servicio, según la calidad de la tierra; por manera que a su poder venía toda suerte de cosas que en las dichas provincias había. Era tan temido de todos, así presentes como ausentes, que nunca príncipe del mundo lo fue más.

Tenía, así fuera de la ciudad como dentro, muchas casas de placer, y cada una de su manera y pasatiempo, tan bien labradas cuanto se podría decir, y cuales requerían ser para un gran príncipe y señor.

Tenía dentro de la ciudad sus casas de aposentamiento, tales y tan maravillosas, que me parecería casi imposible poder decir la bondad y grandeza dellas. Y por tanto no me podré en expresar cosa dellas, mas de que en España no hay su semejable. Tenía una casa poco menos buena que ésta, donde tenía un muy hermoso jardín con ciertos miradores que salían sobre él, y los mármoles y losas dellos eran de jaspe, muy bien obradas. Había en esta casa aposentamientos para se aposentar dos muy grandes príncipes con todo su servicio. En esta casa tenía diez estanques de agua, donde tenía to-dos los linajes de aves de agua que en estas parte se hallan, que son muchos y diversos, todas domésticas; y para las aves que se crían en la mar eran los estanques de agua salada, y para las de ríos, lagunas de agua dulce; la cual vaciaban de cierto a cierto tiempo por la limpieza, y la tornaban a henchir por sus cañones; y a cada género de aves se daba aquel mantenimiento que era propio a su natural y con que ellas en el campo se mantenían. De forma que a las que comían pescado se lo daban y las que gusanos, gusanos, y las que maíz, maíz, y las que otras semillas más menudas, por consiguiente se las daban. Y certifico a vuestra alteza que a las aves que solamente comían pescado se les daba cada día diez arrobas dél, que se toma en la laguna salada. Había para tener cargo destas aves trescientos hombres que en ninguna otra cosa entendían. Había otros hombres que solamente entendían en curar las aves que adolecían. Sobre cada alberca y estanque de estas aves había sus corredores y miradores muy gentilmente labrados donde el dicho Muteczuma se venía a recrear y a las ver. Tenía en esta casa un cuarto en que tenía hombres y mujeres y niños, blancos de su nacimiento en el rostro y cuerpo y cabellos y cejas y pestañas.

Tenía otra casa muy hermosa, donde tenía un gran patio losado de muy gentiles losas, todo él hecho a manera de un juego de ajedrez. Y las casas eran hondas cuanto estado y medio, y tan grandes como seis pasos en cuadra; y la mitad de cada una destas casas era cubierta el soterrado de losas, y la mitad que quedaba por cubrir tenía encima una red de palo muy bien hecha; y en cada una destas casas había un ave de rapiña, comenzando de cernícalo hasta a águila, todas cuantas se hallan en España, y muchas más raleas que allá no se han visto. Y de cada una destas

raleas había mucha cantidad, y en lo cubierto de cada una destas casas había un palo, como alcandra, y otro fuera debajo de red, que en el uno estaban de noche y cuando llovía, y en el otro se podían salir al sol y al aire a curarse. A todas estas aves daban todos los días de comer gallinas, y no otro mantenimiento. Había en esta casa ciertas salas grandes, bajas, todas llenas de jaulas grandes, de muy gruesos maderos, muy bien labrados y encajados, y en todas o en las más había leones, tigres, lobos, zorras y gatos de diversas maneras, y de todos en cantidad; a las cuales daban de comer gallinas cuantas les bastaban. Y para estos animales y aves había otros trescientos hombres, que tenían cargo dellos.

Tenía otra casa donde tenía muchos hombres y mujeres monstruos, en que había enanos, corcovados y contrahechos, y otros con otras disformidades, y cada una manera de monstruos en su cuarto por sí; y también había para éstos personas dedicadas para tener cargo dellos. Y las otras casas de placer que tenía en su ciudad dejo de decir por ser muchas y de muchas calidades.

La manera de su servicio era que todos los días luego en amaneciendo eran en su casa seiscientos señores y personas principales, los cuales se sentaban, y otros andaban por unas salas y corredores que había en la dicha casa, y allí estaban hablando y pasando tiempo, sin entrar donde su persona estaba. Y los servidores destos y personas de quien se acompañaban henchían dos o tres grandes patios y la calle, que era muy grande. Y éstos estaban sin salir de allí todo el día hasta la noche. Y al tiempo que traían de comer al dicho Muteczuma, asimismo lo traían a todos aquellos señores tan cumplidamente cuanto a su persona, y también a los servidores y gentes destos les daban sus raciones. Había cotidianamente la dispensa y botillería abierta para todos aquellos que quisiesen comer y beber.

La manera de que les daban de comer, es que venían trescientos o cuatrocientos mancebos con el manjar, que era sin cuento, porque todas las veces que comía y cenaba le traían de todas las maneras de manjares, así de carnes como de pescados y frutas y yerbas que en toda la tierra se podían haber. Y porque la tierra es fría, traían debajo de cada plato y escudilla de manjar un bra-

serico con brasa, porque no se enfriase. Poníanle todos los manjares juntos en una gran sala en que él comía, que casi toda se henchía, la cual estaba toda muy bien esterada y muy limpia, y él estaba asentado en una almohada de cuero pequeña muy bien hecha. Al mismo tiempo que comía estaban allí desviados dél cinco o seis señores ancianos, a los cuales él daba de lo que comía. Y estaba en pie uno de aquellos servidores que le ponía y alzaba los manjares, y pedía a los otros que estaban más afuera lo que era necesario para el servicio. Y al principio y fin de la comida y cena siempre le daban agua a manos, y con la toalla que una vez se limpiaba nunca se limpiaba más, ni tampoco los platos y escudillas en que le traían una vez el manjar se los tornaban a traer, sino siempre nuevos, y así hacían de los brasericos.

Vestíase todos los días cuatro maneras de vestiduras, todas nuevas, y nunca más se las vestía otra vez. Todos los señores que entraban en su casa no entraban calzados, y cuando iban delante dél algunos que él enviaba a llamar, llevaban la cabeza y ojos inclinados, y el cuerpo muy humillado, y hablando con él no le miraban a la cara; lo cual hacían por mucho acatamiento y reverencia. Y sé que lo hacían por este respeto, porque ciertos señores reprendían a los españoles, diciendo que cuando hablaban conmigo estaban exentos, mirándome la cara, que parecía desacatamiento y poca vergüenza. Cuando salía fuera el dicho Muteczuma, que era pocas veces, todos los que iban con él y los que topaba por las calles le volvían el rostro, y en ninguna manera le miraban, y todos los demás se postraban hasta que él pasaba. Llevaba siempre delante sí un señor de aquellos con tres varas delgadas altas, que creo se hacía porque se supiese que iba allí su persona. Y cuando lo descendían de las andas, tomaba la una en la mano y llevábala hasta donde iba.

Eran tantas y tan diversas las maneras y ceremonias que este señor tenía en su servicio, que era necesario más espacio del que yo al presente tengo para las relatar, y aun mejor memoria para las retener, porque ninguno de los soldanes ni otro ningún señor infiel de los que hasta agora se tiene noticia, no creo que tantas ni tales ceremonias en servicio tenga.

[*Segunda Relación,* Tepeaca, 30 de octubre de 1520.]

[1] Cholula.
[2] Huejotzingo.

[1] Acompañaban a Moctezuma: Cacamatzin, rey de Texcoco, y Cuitlahuatzin, rey de Ixtapalapa.

[1] Zumatlán.

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

(*Medina del Campo, 1492 – Guatemala, 1580...*)

En el año 1514, a los veintidós de su edad, Bernal Díaz viene a las Indias con Pedro Arias, cuando éste es nombrado gobernador de Tierra Firme, y pasa luego a Cuba, recién conquistada por Diego Velázquez. Allí se alista en la expedición de Francisco Hernández de Córdoba, que descubre las costas de México en 1517; al año siguiente, en la de Juan de Grijalba; por fin, en la de Cortés (1519), hecho decisivo de su vida.

Ganada Tenochtitlán, recibe las encomiendas de Tlalpa y Potonchan. Con Gonzalo de Sandoval marcha a Coatzacoalcos, avecindándose en la villa, recién fundada, de Espíritu Santo. Participa en la campaña del capitán Luis Marín contra Chiapas, en la cual obtiene la encomienda de Chamula (1523); más tarde, en la entrada contra los zapotecas, a las órdenes de Rodrigo Rangel. En abril de 1528, despojado ya de Tlalpa y de Chamula, recibe en compensación Gualpitan, Micapa y Popoloatan.

Acompaña a Cortés a las Hibueras. Regresa por tierra a México. Pleitea... Hacia 1535-36 se casa con Teresa Becerra, hija única de Bartolomé Becerra, conquistador y hombre prominente de Guatemala. Allí se radica.

Viaja a España en 1540, y a su regreso, el licenciado Alfonso Maldonado, que a la muerte de Pedro de Alvarado le sucedió en el gobierno de Guatemala, le encomienda los pueblos de Zacatepec, Goanagazapa y Mistán. En nuevo y rápido viaje a la Península, asiste en 1550 a la Junta de Valladolid, sosteniendo, contra Las Casas, la opinión favorable a la perpetuidad de las encomiendas. Regresa definitivamente a Guatemala.

Una real cédula de 28 de febrero de 1551 lo autoriza a llevar por todas partes —en todas las *Indias, islas y tierra firme del mar océano*— dos guardaespaldas, como diríamos hoy, "dos criados con armas ofensivas, y defensivas", a causa de sus enemistades. Su posición debía de ser holgada, y así lo confirma Juan Rodríguez Cabrilla de Medrano, al declarar: "ha tratado y trata de su persona y casa... con mucho esplendor y abundancia de armas y caballos y criados, como muy buen caballero...". Sin embargo, en 20 de febrero de 1558, Díaz del Castillo

manda una petición a Las Casas, "padre y defensor destos pobres indios", con el cual, a pesar de todo, seguía en buenas relaciones y le dice: "...quiero dar cuenta de mi vida, y es que estoy viejo y muy cargado de hijos e de nietos e de mujer moza". Tenía entonces 66 años, y aún le quedaban más de veinte. Murió en Santiago de Guatemala, cuyo regidor fue por dilatado tiempo.

"Soy viejo de más de ochenta y cuatro años y he perdido la vista y el oír" afirma Bernal Díaz en el primer párrafo de su obra —cronológicamente el último— dictado en 1576. En realidad, el texto de la *Historia* parece terminado (o mejor, interrumpido) en 1568, pero casi todo él se refiere a los años 1517-1530. Distancia entre los hechos y su narración, más aparente que real. El viejo capitán, al reducir a escritura sus recuerdos, no ha de bucear en una memoria vacilante, ofuscada por los años. Aquellos recuerdos, con acento acaso involuntario de *miles gloriosus,* Bernal Díaz los había referido una y mil veces a su mujer, a sus hijos, a sus nietos, a los nuevos pobladores, a los "chapetones" que no conocieron el periodo heroico del descubrimiento y la conquista; y al referirlos, los había revivido también una y mil veces. Su narración es tanto más detallada cuanto a sucesos más antiguos se refiere. Ello prueba que no se ayuda sino de su recuerdo, porque las impresiones juveniles son las más claras e indelebles.

"No era latino", como él mismo dice; su instrucción fue somera, de hombre de armas; su literatura, romances y libros de caballería. Lo que sí era: inteligente, reflexivo y de *buena conversación.* Conversación, es decir, de lenguaje más hablado que escrito, es su *Historia.* Como si alguien se la hubiera tomado taquigráficamente, Bernal Díaz fija en ella una versión a la que en largos años había dado forma.

Bernal Díaz es el arquetipo del cronista, del soldado que refiere lo que ha visto, y lo que él y sus compañeros realizaron. Para la presente *Antología,* claro está, es aquello y no esto lo que más puede interesarnos. Soldado no sólo disciplinado, sino admirador sincero de su jefe, es al mismo tiempo celosísimo de que no se atribuya únicamente a éste lo que estimaba gloria y honor de todo el cuerpo expedicionario. Los capitanes como él no son autómatas, sino hombres de consejo y de iniciativa, a quienes el jefe ordena, pero después de escucharlos. Por ello, si Bernal Díaz sintió desgana de proseguir su obra, recibió nuevos bríos para acabarla de la comezón que le despertó leer a Gómara, el creador del mito cortesiano. ¿Héroe Cortés? Sí, también lo era para Bernal Díaz, pero héroe entre héroes, *primus inter pares.*

De *verdadera* —tal vez como una puya contra Gómara— adjetiva Bernal Díaz su *Historia de la Conquista de la Nueva España,* y verda-

dera le parece a todo lector desapasionado. Impresión de veracidad que viene ante todo del cuidado del autor en indicarnos, como señala Ramírez Cabañas, "cuáles sucesos de los que va mencionando presenció, como actor o testigo, cuáles le refirieron sus compañeros de armas y aquéllos de que tuvo noticia por papeles o escritos ajenos". El manuscrito original de Bernal Díaz se conserva todavía en Guatemala.

BIBLIOGRAFÍA

Historia verdadera de la conquista de la Nueva España.
Ediciones
a) Texto mutilado y alterado.

1632	Madrid	*Historia verdadera…* Escrita por el capitán…, uno de los conquistadores. Sacada a luz por el P. M. Fray Alonso Remon, predicador y coronista general del Orden de Nuestra señora de la Merced Redempción de cautivos. (Hubo dos ediciones consecutivas, una de ellas sin fecha.)
1795	Madrid	(Texto de la anterior, en 4 vols.)
1837	París	*Historia…* Nueva edición corregida.
1852	Madrid	En Vedia, vol. II
1854	México	(Edición en 4 vols., tomada de la anterior.)
1862	Madrid	*Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España,* escrita… (en 3 vols.).
1870	México	"Biblioteca Histórica de la Iberia", vols. IV, V, VI.
1877	Madrid	
1891-92	México	Tipografía de Ángel Bassols y Hermanos (3 vols. en 8º).
1891-92	México	Imprenta de I. Escalante y Cía. (3 vols. en 4º). Noticias sobre el autor, por don Joaquín García Icazbalceta.
s. a.	París	*Conquista de la Nueva España,* "Biblioteca Económica de Clásicos Castellanos". Sociedad Editora Louis Michaud. (4 vols. en 8º.)
1906	Madrid	(Última edición del texto adulterado.)

b) Texto del manuscrito original.

1904	México	*Historia…* Única edición hecha según el códice autógrafo… La publica Genaro García. (2 vols.)
1928	Madrid	*Historia…* Prólogo de Carlos Pereyra. "Viajes Clásicos." Editados y anotados bajo la dirección de J. Dantín Cereceda. Espasa-Calpe. (Reimpresión en 1933.)
1933-34	Guatemala	*Verdadera y notable relación del descubrimiento y conquista de la Nueva España y Guatemala.* Edición conforme al manuscrito original que se guarda en el Archivo de la Municipalidad de Guatemala. Prólogo de Eduardo Mayora. "Biblioteca Goathemala" de la Sociedad de Geografía e Historia, vols. 10 y 11.
1939	México	*Historia…* Introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas. Editorial Pedro Robredo. (3 vols.) (Reedición en 1950, 1955.)
1955	México	Cía. Editorial Continental. (4 tomos en 2 vols.)
1955	Buenos Aires	"Colección Austral", núm. 1274, Espasa-Calpe. (Reproduce la edición de 1929 de la misma editorial).

Traducciones

Alemanas

1838	Bonn	*Denkwuerdigkeiten der Hauptmanns Bernal Díaz del Castillo, oder wahrhahfte Geschichte der Entdeckung und Eroberung von Neu Spanien…* traducción de Ph. J. von Rehfues. (4 vols. en 8º.) (Reedición, Bonn 1843-44.)
1849	Hamburg	*Die Entdeckung und Eroberung von Mexiko.* Edición fragmentaria, con un prefacio de Karl Ritter.

Inglesas

1800	Londres	*The True History of the Conquest of Mexico written in the year 1568.* Translated from the original Spanish by Maurice Keatinge.

		Reediciones: Salem, 1803; Cambridge, 1811.
1844	Londres	*The Memoirs of the Conquistador Bernal Díaz del Castillo, written by himself, containing a true and full account of the Discovery and Conquest of Mexico and New Spain.* Translated from the original Spanish by John Ingram Lockart.
1908-1912	Londres	*The True History of the conquest of New Spain…* from the only exact copy made of the original manuscript edited and published in Mexico by Genaro García. Translated into English with introduction and notes by Alfred Percival Maudsley. "Hakluyt Society". Reedición, Londres, 1928.
1927	Londres	*The History of the Conquest of Mexico…* Translated by Mac Bride.
1956	Nueva York	*The Discovery and Conquest of Mexico, 1517-1521…* Edited from the only exact copy of the original manuscript (and published in Mexico) by G. García. Translated with an introduction and notes by A. P. Maudsley. Introduction to the American edition by Irving H. Leonard.
1956	Garden City Nueva York	*The Bernal Díaz Chronicles. The True Story of the Conquest of Mexico…* Translated and edited by Albert Idell.
Francesas		
1876	París	Histoire véridique de la conquête de la Nouvelle Espagne, écrite par le capitaine Bernal Díaz del Castillo, l'un de ses conquistateurs. Traduction par D. Jourdanet. (2 vols. in 8º.) Reedición, París, 1877; 1 vol. in 4º.
1877-1878	París	Véridique histoire de la conquête de la Nouvelle Espagne, par le capitaine… l'un des conquérants. Traduite de l'espagnol, avec une introduction et des notes, par José Mª de Heredia. (4 vols.)

[DESCUBRIMIENTO DE YUCATÁN]

Ningún pueblo tan grande en las Islas

En ocho días del mes de febrero del año de mil y quinientos y diez y siete salimos de La Habana, del puerto de Axaruco, que está en la banda del norte, y en doce días doblamos la punta de Santo Antón, que a por otro nombre en la isla de Cuba se llama Tierra de los guanahataveyes, que son unos indios como salvajes. Y doblada aquella punta y puestos en alta mar, navegamos a nuestra ventura hacia donde se pone el sol, sin saber bajos ni corrientes ni qué vientos suelen señorear en aquella altura, con gran riesgo de nuestras personas, porque en aquella sazón nos vino una tormenta que duró dos días con sus noches, y fue tal, que estuvimos para nos perder, y desque abonanzó, siguiendo nuestra navegación, pasados veintiún días que habíamos salido del puerto, vimos tierra, de que nos alegramos y dimos muchas gracias a Dios por ello. La cual tierra jamás se había descubierto ni se había tenido noticia della hasta entonces, y desde los navíos vimos un gran pueblo que, al parecer, estaría de la costa dos leguas, y viendo que era gran poblazón y no habíamos visto en la isla de Cuba ni en la Española pueblo tan grande, le pusimos por nombre el Gran Cairo.

Y acordamos que con los dos navíos de menos porte se acercasen lo más que pudiesen a la costa para ver si habría fondo para que pudiésemos anclar junto a tierra; y una mañana, que fueron cuatro de marzo, vimos venir diez canoas muy grandes, que se dicen *piraguas,* llenas de indios naturales de aquella poblazón, y venían a remo y vela. Son canoas hechas a manera de artesas, y son grandes y de maderos gruesos y cavados de arte que están huecos; y todas son de un madero y hay muchas dellas en que caben cuarenta indios.

Hombres de más razón que los indios de Cuba

Llegados los indios con las diez canoas cerca de nuestros navíos, con señas de paz que les hicimos, y llamándoles con las manos y capeando para que nos viniesen a hablar, porque entonces no teníamos lenguas que entendiesen la de Yucatán y mejicana, sin temor ninguno vinieron, y entraron en la nao capitana sobre treinta dellos, y les dimos a cada uno un sartalejo de cuentas verdes, y estuvieron mirando por un buen rato los navíos. Y el más principal dellos, que era cacique, dijo por señas que se querían tornar en sus canoas y irse a su pueblo; que para otro día volverían y traerían más canoas en que saltásemos en tierra. Y venían estos indios vestidos con camisetas de algodón como jaquetas, y cubiertas sus vergüenzas con unas mantas angostas, que entre ellos llaman *masteles,* y tuvímoslos por hombres de más razón que a los indios de Cuba, porque andaban los de Cuba con las vergüenzas de fuera, eceto las mujeres, que traían hasta los muslos unas ropas de algodón, que llaman *naguas.*

Volvamos a nuestro cuento. Otro día por la mañana volvió el mismo cacique a nuestros navíos y trajo doce canoas grandes, ya he dicho que se dicen piraguas, con indios remeros, y dijo por señas, con muy alegre cara y muestras de paz, que fuésemos a su pueblo y que nos darían comida y lo que hubiésemos menester, y que en aquellas sus canoas podíamos saltar en tierra; entonces estaba diciendo en su lengua: "Cones cotoche, cones cotoche", que quiere decir: Andad acá, a mis casas. Por esta causa pusimos por nombre aquella tierra Punta de Catoche, y así está en las cartas de marear. Pues viendo nuestro capitán y todos los demás soldados los muchos halagos que nos hacía aquel cacique, fue acordado que sacásemos nuestros bateles de los navíos y en el uno de los más pequeños y en las doce canoas saltásemos en tierra todos de una vez, porque vimos la costa toda llena de indios que se habían juntado de aquella población; y así salimos todos de la primera barcada. Y cuando el cacique nos vio en tierra y que no íbamos a su pueblo, dijo otra vez por señas al capitán que fuésemos con él a sus casas, y tantas muestras de paz hacía, que tomando el capitán consejo para ello, acordóse por todos los más soldados que, con el mejor recaudo de armas que pudiésemos llevar, fuésemos. Y llevamos quince ballestas y

diez escopetas, y comenzamos a caminar por donde el cacique iba con otros muchos indios que le acompañaban. Y yendo desta manera, cerca de unos montes breñosos comenzó a dar voces el cacique para que saliesen a nosotros unos escuadrones de indios de guerra que tenía en celada para nos matar; y a las voces que dio, los escuadrones vinieron con gran furia y presteza y nos comenzaron a flechar, de arte que de la primera rociada de flechas nos hirieron quince soldados, y traían armas de algodón que les daba a las rodillas, y lanzas, y rodelas, y arcos, y flechas, y hondas, y mucha piedra, y con sus penachos; y luego, tras las flechas se vinieron a juntar con nosotros pie con pie, y con las lanzas a manteniente nos hacían mucho mal. Mas quiso Dios que luego les hicimos huir, como conocieron el buen cortar de nuestras espadas y de las ballestas y escopetas; por manera que quedaron muertos quince dellos.

Ídolos de barro

Y un poco más adelante donde nos dieron aquella refriega estaba una placeta y tres casas de cal y canto que eran cúes y adoratorios donde tenían muchos ídolos de barro, unos como caras de demonios, y otros como de mujeres, y otros de otras malas figuras, de manera que, al parecer, estaban haciendo sodomías los unos indios con los otros, y dentro, en las casas, tenían unas arquillas chicas de madera y en ellas otros ídolos, y unas patenillas de medio oro y lo más cobre, y unos pinjantes, y tres diademas, y otras pecezuelas de pescadillos y ánades de la tierra, y todo de oro bajo.

Y desque lo hubimos visto, así el oro como la casas de cal y canto, estábamos muy contentos porque habíamos descubierto tal tierra; porque en aquel tiempo ni era descubierto el Perú ni aun se descubrió de ahí a veinte años. Y cuando estábamos batallando con los indios, el clérigo González, que iba con nosotros, se cargó de las arquillas e ídolos y oro, y lo llevó al navío. Y en aquellas escaramuzas prendimos dos indios, que después que se bautizaron se llamó el uno Julián y el otro Melchor, y entrambos eran trastabados de los ojos. Y acabado aquel rebato nos volvimos a los navíos y seguimos la costa adelante descubriendo ha-

cia do se pone el sol, y después de curados los heridos dimos velas.

[Capítulo II.]

[CAMINO POR LAS TIERRAS ALTAS]

Los caciques y los "papas" de Tlaxcala

Como los caciques vieron que comenzaba a ir nuestro fardaje camino de su ciudad, luego se fueron adelante para mandar que todo estuviese muy aparejado para nos recibir y para tener los aposentos muy enramados. Y ya que llegábamos a un cuarto de legua de la ciudad, sálennos a recibir los mismos caciques que se habían adelantado, y traen consigo sus hijos y sobrinos y muchos principales, cada parentela y bando y parcialidad por sí; porque en Tascala había cuatro parcialidades, sin la de Tepacaneca, señor de Topeyanco, que eran cinco; y también vinieron de todos los lugares sus sujetos, y traían sus libreas diferenciadas, que aunque eran de henequén, eran muy primas y de buenas labores y pinturas, porque algodón no lo alcanzaban. Y luego vinieron los *papas* de toda la provincia, que había muchos por los grandes adoratorios que tenían, que ya he dicho que entre ellos se dicen *cúes,* que son donde tienen sus ídolos y sacrifican. Y traían aquellos papas braseros, con ascuas de brasas, y con sus incensos sahumando a todos nosotros; y traían vestidos algunos dellos ropas muy largas, a manera de sobrepellices, y eran blancas, y traían capillas en ellos, querían parecer como a las de los que traen los canónigos, como ya lo tengo dicho, y los cabellos muy largos y engreñados, que no se pueden desparcir si no se cortan, y llenos de sangre, que les salía de las orejas, que en aquel día se habían sacrificado, y abajaban las cabezas, como a manera de humildad, cuando nos vieron, y traían las uñas de los dedos de las manos muy largas; y oímos decir que aquellos papas tenían por religiosos y de buena vida. Y junto a Cortés se allegaron muchos principales, acompañándole, y desque entramos en lo poblado no cabían por las calles y azoteas de tantos indios e indias que nos salían a ver con rostros muy alegres, y trajeron obra de veinte piñas, hechas de muchas rosas de la tie-

rra, diferenciadas las colores y de buenos olores, y las dan a Cortés y a los demás soldados que les parecían capitanes, especial a los de caballos; y desque llegamos a unos buenos patios, adonde estaban los aposentos, tomaron luego por la mano a Cortés y Xicotenga "el Viejo" y Maseescasi y les meten en los aposentos, y allí tenían aparejado para cada uno de nosotros, a su usanza, unas camillas desteras y mantas de henequén, y también se aposentaron los amigos que traíamos de Cempoal y de Coca-tlán cerca de nosotros. Mandó Cortés que los mensajeros del gran Moctezuma se aposentasen junto con su aposento.

Otro día vinieron los mismos caciques viejos y trajeron cinco indias, hermosas doncellas y mozas, y para ser indias eran de buen parecer y bien ataviadas, y traían para cada india otra india moza para su servicio; y todas eran hijas de caciques. Y dijo Xicotenga a Cortés: "Malinche; ésta es mi hija, y no ha sido casada, que es doncella, y tomalla para vos". La cual le dio por la mano, y las demás que las diese a los capitanes

Y Cortés se lo agradeció, y con buen semblante que mostró dijo quél las recibía y tomaba por suyas, y que agora al presente que las tuviesen en poder sus padres. Y preguntaron los mismos caciques que por qué causa no las tomábamos agora; y Cortés respondió porque quiere hacer primero lo que manda Dios Nuestro Señor, ques en el que creemos y adoramos, y a lo que le envió el rey nuestro señor, ques quiten sus ídolos y que no sacrifiquen ni maten más hombres, ni hagan otras torpedades malas que suelen hacer, y crean en lo que nosotros creemos, ques un solo Dios verdadero. Y se les dijo otras muchas cosas tocantes a nuestra santa fe, y verdaderamente fueron muy bien declaradas, porque doña Marina y Aguilar, nuestras lenguas, estaban ya tan expertos en ello, que se lo daban a entender muy bien. Y se les mostró una imagen de Nuestra Señora con su hijo precioso en los brazos, y se les dio a entender cómo aquella imagen es figura como Nuestra Señora que se dice Santa María, questá en los altos cielos, y es la madre de Nuestro Señor, ques aquel niño Jesús que tiene en los brazos, y que le concibió por gracia de Espíritu Santo, quedando virgen antes del parto y en el parto y después del parto, y aquesta gran señora ruega por nosotros a su hijo precioso, ques Nuestro Dios y Señor. Y se les dijo otras muchas

cosas que se convenían decir sobre nuestra santa fe, y que si quieren ser nuestros hermanos y tener amistad verdadera con nosotros, y para que con mejor voluntad tomásemos aquellas sus hijas para tenellas, como dicen, por mujeres, que luego dejen sus malos ídolos y crean y adoren en Nuestro Señor Dios, ques el en que nosotros creemos y adoramos, y verán cuánto bien les irá, porque, demás de tener salud y buenos temporales, sus cosas se les hará prósperamente, y cuando se mueran irán sus ánimas a los cielos a gozar de la gloria perdurable, y que si hacen los sacrificios que suelen hacer aquellos sus ídolos, que son diablos, les llevarán a los infiernos, donde para siempre arderán en vivas llamas. Y porque en otros razonamientos se les había dicho otras cosas acerca que dejen los ídolos, en esta plática no se les dijo más.

Y lo que respondieron a todo es que dijeron: "Malinche: ya te hemos entendido antes de agora y bien creemos que ese vuestro Dios y esa gran señora, que son muy buenos; mas mira, agora viniste a estas nuestras casas; el tiempo andando entenderemos muy más claramente vuestras cosas, y veremos cómo son y haremos lo que sea bueno. ¿Cómo quieres que dejemos nuestros teules, que desde muchos años nuestros antepasados tienen por dioses y les han adorado y sacrificado? Ya que nosotros, que somos viejos, por te complacer lo quisiéramos hacer, ¿qué dirán todos nuestros papas y todos los vecinos y mozos y niños de esta provincia, sino levantarse contra nosotros? Especialmente, que los papas han ya hablado con nuestro teule el mayor, y les respondieron que no los olvidemos en sacrificios de hombres y en todo lo que de antes solíamos hacer; si no, que toda esta provincia destruirían con hambres, pestilencias y guerras". Así que dijeron y dieron por respuesta que no curásemos más de los hablar en aquella cosa, porque no los habían de dejar de sacrificar aunque les matasen.

[Capítulos LXXV, LXXVII.]

Fausto y grandeza de Cacamatzin

Y fuimos a dormir a un pueblo que se le dice Yztapalatengo, questá la mitad de las casas en el agua y la mitad en tierra firme,

donde está una serrezuela y agora está una venta, y allí tuvimos bien de cenar.

Dejemos esto y volvamos al gran Montezuma, que como llegaron sus mensajeros y oyó la respuesta que Cortés le envió, luego acordó de enviar a un su sobrino, que se decía Cacamatzin, señor de Tezcuco, con muy gran fausto, a dar el bienvenido a Cortés y a todos nosotros. Y como siempre teníamos de costumbre de tener velas y corredores del campo, vino uno de nuestros corredores avisar que venían por el camino muy gran copia de mejicanos de paz, y que al parecer venían de ricas mantas vestidos; y entonces cuando esto pasó era muy de mañana, y queríamos caminar, y Cortés nos dijo que reparásemos en nuestras posadas hasta ver qué cosa era.

Y en aquel instante vinieron cuatro principales y hacen a Cortés gran reverencia y le dicen que allí viene Cacamatzin, gran señor de Tezcuco, sobrino del gran Montezuma, y que nos pide por merced que aguardemos hasta que venga, y no tardó mucho, porque luego llegó con el mayor fausto y grandeza que ningún señor de los mejicanos habíamos visto traer, porque venía en andas muy ricas, labradas de plumas verdes y mucha argentería y otras ricas pedrerías engastadas en arboledas de oro que en ellas traía hechas de oro muy fino, y traían las andas a cuestas ocho principales, y todos, según decían, eran señores de pueblos. Ya que llegaron cerca del aposento donde estaba Cortés le ayudaron a salir de las andas, y le barrieron el suelo, y le quitaban las pajas por donde había de pasar, y desque llegaron ante nuestro capitán le hicieron grande acato, y el Cacamatzin le dijo: "Malinche: aquí venimos yo y estos señores a te servir e hacerte dar todo lo que hubieres menester para ti y tus compañeros, y meteros en vuestras casas, ques nuestra ciudad, porque así nos es mandado por nuestro señor el gran Montezuma, y dice que le perdones porque él mismo no viene a lo que nosotros venimos; y porque está mal dispuesto lo deja, y no por falta de muy buena voluntad que os tiene".

Y cuando nuestro capitán y todos nosotros vimos tanto aparato y majestad como traían aquellos caciques, especialmente el sobrino de Montezuma, lo tuvimos por gran cosa y platicamos entre nosotros que cuando aquel cacique traía tanto triunfo, qué

haría el gran Montezuma. Y como el Cacamatzin hubo dicho su razonamiento, Cortés le abrazó y le hizo muchas quiricias a él y a todos los más principales, y dio tres piedras que se llaman margaritas, que tienen dentro de sí muchas pinturas de diversos colores, y a los demás principales se les dio diamantes azules, y les dijo que se lo tenía en merced a que cuándo pagaría al señor Montezuma las mercedes que cada día nos hace. Y acabada la plática, luego nos partimos, y como habían venido aquellos caciques que dicho tengo, traían mucha gente consigo y de otros muchos pueblos questán en aquella comarca, que salían a vernos, todos los caminos estaban llenos dellos.

[Capítulo LXXXVII.]

"Parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el Libro de Amadís"

Y otro día por la mañana llegamos a la calzada ancha y vamos camino de Istapalapa. Y desque vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblazones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a Méjico, nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían, si era entre sueños y no es de maravillar que yo lo escriba aquí desta manera, porque hay mucho que ponderar en ello, que no sé cómo lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni vistas ni aun soñadas, como veíamos. Pues desque llegamos cerca de Istapalapa, ver la grandeza de otros caciques que nos salieron a recibir, que fue el señor de aquel pueblo, que se decía Coadlabaca, y el señor de Cuyuacan, que entrambos eran deudos muy cercanos de Montezuma.

Y desque entramos en aquella ciudad de Istapalapa, de la manera de los palacios donde nos aposentaron, de cuán grandes y bien labrados eran, de cantería muy prima, y la madera de cedros y de otros buenos árboles olorosos, con grandes patios y cuartos, cosas muy de ver, y entoldados con paramentos de algodón. Después de bien visto todo aquello, fuimos a la huerta y

jardín, que fue cosa muy admirable vello y paseallo, que no me hartaba de mirar la diversidad de árboles y los olores que cada uno tenía, y andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales y rosales de la tierra, y estanque de agua dulce, y otra cosa de ver: que podían entrar en el vergel grandes canoas desde la laguna por una abertura que tenían hecha, sin saltar en tierra, y todo muy encalado y lucido, de muchas maneras de piedras y pinturas en ellas que había harto que ponderar, y de las aves de muchas diversidades y raleas que entraban en el estanque. Digo otra vez que lo estuve mirando, que creí que en el mundo hubiese otras tierras descubiertas como éstas porque en aquel tiempo no había Perú ni memoria dél. Agora todo está por el suelo, perdido, que no hay cosa en pie.

Pasemos adelante, y diré cómo trajeron un presente de oro los caciques de aquella ciudad y los de Cuyuacan, que valía sobre dos mil pesos, y Cortés les dio muchas gracias por ello y les mostró grande amor, y se les dijo con nuestras lenguas las cosas tocantes a nuestra santa fe, y se les declaró el gran poder de nuestro señor el emperador; y porque hubo otras muchas pláticas, lo dejaré de decir, y diré que en aquella sazón era muy gran pueblo, y questaba poblada la mitad de las casas en tierra y la otra mitad en el agua, y agora en esta sazón está todo seco y siembran donde solía ser laguna. Está de otra manera mudado, que si no lo hubiera de antes visto, dijera que no era posible que aquello questaba lleno de agua questé ahora sembrado de maizales. Dejémoslo aquí, y diré del solemnísimo recibimiento que nos hizo Montezuma a Cortés y a todos nosotros en la entrada de la gran ciudad de Méjico.

[Capítulo LXXXVII.]

[LA CIUDAD DE MOCTEZUMA]

Perfil de Moctezuma

Era el gran Montezuma de edad de hasta cuarenta años y de buena estatura y bien proporcionado, y cenceño, y pocas carnes, y la color ni muy moreno, sino propia color y matiz de indio, y traía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, y pocas barbas prietas y bien puestas y ralas, y el rostro algo largo y alegre, y los ojos de buena manera, y mostraba en su persona, en el mirar, por un cabo amor y cuando era menester gravedad; era muy pulido y limpio, bañábase cada día una vez, a la tarde. Tenía muchas mujeres por amigas, hijas de señores, puesto que tenía dos grandes cacicas por sus legítimas mujeres, que cuando usaba con ellas era tan secretamente que no lo alcanzaban a saber sino alguno de los que le servían.

Era muy limpio de sodomías; las mantas y ropas que se ponía un día no se las ponía sino después de cuatro días; tenía sobre doscientos principales de su guarda en otras salas junto a la suya, y éstos no para que hablasen todos con él, sino cuál y cuál, y cuando le iban a hablar se habían de quitar las mantas ricas y ponerse otras de poca valía, mas habían de ser limpias, y habían de entrar descalzos y los ojos bajos, puestos en tierra, y no miralle a la cara, y con tres reverencias que le hacían y le decían en ellas: "Señor, mi señor, mi gran señor", primero que a él llegasen; y desque le daban relación a lo que iban, con pocas palabras les despachaba; no le volvían las espaldas al despedirse dél sino la cara y ojos bajos, en tierra, hacia donde estaba, y no vueltas las espaldas hasta que salían de la sala. Y otra cosa VI: que cuando otros grandes señores venían de lejos tierras a pleitos o negocios, cuando llegaban a los aposentos del gran Montezuma habían de venir descalzos y con pobres mantas, y no habían de entrar derecho en los palacios, sino rodear un poco por un lado de la puerta del palacio, que entrar de rota batida teníanlo por desacato.

Servicio de su mesa

En el comer, le tenían sus cocineros sobre treinta maneras de guisados, hechos a su manera y usanza, y teníanlos puestos en braseros de barro chicos debajo, porque no se enfriasen, y de aquello quel gran Montezuma había de comer guisaban más de trescientos platos, sin más de mil para la gente de guarda; y cuando había de comer salíase el Montezuma algunas veces con sus principales y mayordomos y le señalaban cuál guisado era mejor, y de qué aves y cosas estaba guisado, y de lo que le decían de aquello había de comer, y cuando salía a lo ver eran pocas veces y como por pasatiempo. Oí decir que le solían guisar carnes de muchachos de poca edad, y como tenía tantas diversidades de guisados y de tantas cosas, no lo echábamos de ver si era de carne humana o de otras cosas, porque cotidianamente le guisaban gallinas, gallos de papada, faisanes, perdices de la tierra, codornices, patos mansos y bravos, venado, puerco de la tierra, pajaritos de caña, y palomas y liebres y conejos, y muchas maneras de aves y cosas que se crían en estas tierras, que son tantas que no las acabaré de nombrar tan presto. Y así no miramos en ellos mas sé que ciertamente desque nuestro capitán le reprendía el sacrificio y comer de carne humana, que desde entonces mandó que no le guisasen tal manjar. Dejemos de hablar en esto y volvamos a la manera que tenía en su servicio al tiempo de comer.

Y es desta manera: que si hacía frío, teníanle hecho mucha lumbre de ascuas de una leña de cortezas de árboles, que no hacían humo; el olor de las cortezas de que hacían aquellas ascuas es muy oloroso, y por que no le diesen más calor de lo quél quería, ponían delante una como tabla labrada con oro y otras figuras de ídolos, y él sentado en un asentadero bajo, rico y blando, y la mesa también baja, hecha de la misma madera de los sentaderos, y allí le ponían sus manteles de mantas blancas y unos pañizuelos algo largos de lo mismo, y cuatro mujeres muy hermosas y limpias le daban agua a manos en unos como a manera de aguamaniles hondos, que llaman xicales; ponían debajo, para recoger el agua, otros a manera de platos, y le daban sus tobajas, y otras dos mujeres le traían el pan de tortilla. Y ya que comen-

zaba a comer echábanle delante una como puerta de madera muy pintada de oro, por que no le viesen comer, y estaban apartadas las cuatro mujeres aparte; y allí se le ponían a sus lados cuatro grandes señores viejos y de edad en pie, con quien el Montezuma de cuando en cuando platicaba y preguntaba cosas; y por mucho favor daba a cada uno destos viejos un plato de lo quél más le sabía, y decían que aquellos viejos eran sus deudos muy cercanos y consejeros y jueces de pleitos, y el plato y manjar que les daba el Montezuma comían en pie y con mucho acato, y todo sin miralle a la cara. Servíase con barro de Cholula, de uno colorado y otro prieto. Mientras que comía, ni por pensamiento habían de hacer alboroto ni hablar alto los de su guarda, questaban en las salas, cerca de la del Montezuma. Traíanle fruta de todas cuantas había en la tierra, mas no comía sino muy poca de cuando en cuando.

Traían en unas como a manera de copas de oro fino con cierta bebida hecha del mismo cacao; decían que era para tener aceso con mujeres, y entonces no mirábamos en ello; mas lo que yo VI, que traían sobre cincuenta jarros grandes, hechos de buen cacao, con su espuma, y de aquello bebía, y las mujeres le servían al beber con gran acato, y algunas veces al tiempo de comer estaban unos indios corcovados, muy feos, porque eran chicos de cuerpo y quebrados por medio los cuerpos, que entre ellos eran chocarreros, y otros indios que debieran ser truhanes, que le decían gracias, y otros que le cantaban y bailaban, porquel Montezuma era aficionado a placeres y cantares, y aquéllos mandaba dar los relieves y jarros del cacao, y las mismas cuatro mujeres alzaban los manteles y le tornaban a dar aguamanos, y con mucho acato que le hacían; y hablaba el Montezuma a aquellos cuatro principales viejos en cosas que le convenían y se despedían dél con gran reverencia que le tenían; y él se quedaba reposando.

Y desque el gran Montezuma había comido, luego comían todos los de su guarda y otros muchos de sus serviciales de casa, y me parece que sacaban sobre mil platos de aquellos manjares que dicho tengo; pues jarros de cacao con su espuma, como entre mejicanos se hace, más de dos mil, y fruta infinita. Pues para

sus mujeres, y criadas, panaderas, y cacahueteras qué gran costo tenía.

Dejemos de hablar de la costa y comida de su casa, y digamos de los mayordomos y tesoreros y despensas y botellería, y de los que tenían cargo de las casas adonde tenían el maíz. Digo que había tanto quescrebir, cada cosa por sí, que yo no sé por dónde comenzar, sino que estábamos admirados del gran concierto y abasto que en todo tenía, y más digo, que se me había olvidado, que es bien tornallo a recitar, y es que le servían al Montezuma, estando a la mesa cuando comía, como dicho tengo otras dos mujeres muy agraciadas de traer tortillas, amasadas con huevos y otras cosas sustanciosas, y eran muy blancas las tortillas, y traíanselas en unos platos cobijado con sus paños limpios, y también le traían otra manera de pan, que son como bollos largos hechos y amasados con otra manera de cosas substanciales, y pan *pachol*, que en esta tierra así se dice, ques a manera de unas obleas; también le ponían en la mesa tres cañutos muy pintados y dorados, y dentro tenían liquidámbar arrevuelto con unas yerbas que se dice *tabaco,* y cuando acababa de comer, después que le habían bailado y cantado y alzado la mesa, tomaba el humo de uno de aquellos cañutos, y muy poco, y con ello se adormía.

Cuentas y armas

Dejemos ya de decir del servicio de su mesa, y volvamos a nuestra relación. Acuérdome que era en aquel tiempo su mayordomo mayor un gran cacique, que le pusimos por nombre Tapia, y tenía cuenta de todas las rentas que le traían al Montezuma con sus libros, hechos de su papel, que se dice *amal*, y tenía destos libros una gran casa dellos.

Dejemos de hablar de los libros y cuentas, pues ya fuera de nuestra relación, y digamos cómo tenía Montezuma dos casas llenas de todo género de armas, y muchas dellas ricas, con oro y pedrería donde eran rodelas grandes y chicas, y unas como macanas, y otras a manera despadas de a dos manos, engastadas en ellas unas navajas de pedernal, que cortan muy mejor que nuestras espadas, y otras lanzas más largas que no las nuestras, con

una braza de cuchilla, engastadas en ellas muchas navajas, que aunque den con ellas en un broquel o rodela no saltan, y cortan, en fin, como navajas, que se rapan con ellas las cabezas; y tenía muy buenos arcos y flechas, y varas de a dos gajos, y otras de a uno, con sus tiraderas, y muchas hondas y piedras rollizas hechas a mano, y unos como paveses que son de arte que las pueden arrollar arriba cuando no pelean, porque no les estorbe, y al tiempo del pelear, cuando son menester, las dejan caer y quedan cubiertos sus cuerpos de arriba abajo. También tenía muchas armas de algodón colchadas y ricamente labradas por de fuera de plumas de muchos colores, a manera de divisas e invenciones, y tenían otros como capacetes y cascos de madera y de hueso, también muy labrados de pluma por de fuera, y tenían otras armas de otras hechuras que por excusar prolijidad lo dejo de decir, y sus oficiales, que siempre labraban y entendían en ello, y mayordomos que tenían cargo de las armas.

[Capítulo XCI.]

Artesanías

Pasemos adelante y digamos de los grandes oficiales que tenía de cada oficio que entrellos se usaban. Comencemos por lapidarios y plateros de oro y plata y todo vaciadizo que en nuestra España los grandes plateros tienen que mirar en ellos y déstos tenía tantos y tan primos en un pueblo que se dice Escapuzalco, una legua de Méjico. Pues labrar piedras finas y chalchivis, que son como esmeraldas, otros muchos grandes maestros. Vamos adelante a los grandes oficiales de asentar de plumas y pintores y entalladores muy sublimados, que por lo que ahora hemos visto la obra que hacen, tememos consideración en lo que entonces labraban; que tres indios hay ahora en la ciudad de Méjico tan primísimos en su oficio de entalladores y pintores, que se dicen Marcos de Aquino y Juan de la Cruz, y el Crespilla, que si fueran en el tiempo de aquel antiguo o afamado Apeles, o de Micael Ángel, o Berruguete, que son de nuestros tiempos, también les pusieran en el número dellos.

Pasemos adelante y vamos a las indias tejedoras o lavanderas, que le hacían tanta multitud de ropa fina con muy grandes labo-

res de plumas. De donde más cotidianamente le traían era de unos pueblos y provincia questá en la costa del norte de cabe la Veracruz, que se decían Cotastán, muy cerca de San Juan de Ulúa, donde desembarcamos cuando vinimos con Cortés. Y en su casa del mismo gran Montezuma todas las hijas de señores quél tenía por amigas siempre tenían cosas muy primas, y otras muchas hijas de vecinos mejicanos, questaban como a manera de recogimiento, que querían parecer monjas, también tejían, y todo de pluma. Estas monjas tenían sus casas cerca del gran cu del Vichilobos, y por devoción suya o de otro ídolo de mujer, que decían que era su abogada para casamientos, las metían sus padres en aquella religión hasta que se casaban, y de allí las sacaban para las casar.

Pasemos adelante y digamos de la gran cantidad que tenía el gran Montezuma de bailadores y danzadores, y otros que traen un palo con los pies, y de otros que vuelan cuando bailan por alto, y de otros que parecen como matachines, y éstos eran para dalle placer. Digo que tenía un barrio déstos que no entendían en otra cosa.

Pasemos adelante y digamos de los oficiales que tenía de canteros y albañiles, carpinteros, que todos entendían en las obras de sus casas; también digo que tenía tantas cuantas quería. No olvidemos las huertas de flores y árboles olorosos, y de los muchos géneros que dellos tenía, y el concierto y paseaderos dellas, y de sus albercas y estanques de agua dulce; como viene el agua por un cabo y va por otro, y de los baños que dentro tenía, y de la diversidad de pajaritos chicos que en los árboles criaban, y de qué yerbas medicinales y de provecho que en ellas tenía, era cosa de ver, y para todo esto muchos hortelanos, y todo labrado de cantería y muy encalado, así baños como paseaderos, y otros retretes y apartamentos como cenaderos, y también adonde bailaban y cantaban; y había tanto que mirar en esto de las huertas como en todo lo demás, que no nos hartábamos de ver su gran poder; y así, por el consiguiente, tenía cuantos oficios entrellos se usaban de todos gran cantidad de indios maestros dellos.

[Capítulo XCI.]

México y la laguna desde el gran templo de Tlaltelolco

Y así dejamos la gran plaza sin más la ver y llegamos a los grandes patios y cercas donde está el gran cu; y tenía antes de llegar a él un gran circuito de patios, que me parece que eran más que la plaza que hay en Salamanca, y con dos cercas alrededor de calicanto, y el mismo patio y sitio todo empedrado de piedras grandes de losas blancas y muy lisas, y adonde no había de aquellas piedras estaba encalado y bruñido y todo muy limpio, que no hallaran una paja ni polvo en todo él. Y desque llegamos cerca del gran cú, antes que subiésemos ninguna grada dél, envió el gran Montezuma desde arriba, donde estaba haciendo sacrificios, seis papas y dos principales para que acompañasen a nuestro capitán, y al subir de las gradas, que eran ciento y catorce, le iban a tomar de los brazos para le ayudar a subir, creyendo que se cansaría, como ayudaban a su señor Montezuma, y Cortés no quiso que llegasen a él. Y desque subimos a lo alto del gran cu, en una placeta que arriba se hacía, adonde tenían un espacio con andamios, y en ellos puestas unas grandes piedras, adonde ponían los tristes indios para sacrificar, y allí había un gran bulto de como dragón, y otras malas figuras, y mucha sangre derramada de aquel día. Y así como llegamos salió el Montezuma de un adoratorio, adonde estaban sus malditos ídolos, que eran en lo alto del gran cu, y vinieron con él dos papas, y con mucho acato que hicieron a Cortés y a todos nosotros, le dijo: "Cansado estaréis, señor Malinche, de subir a este nuestro gran templo". Y Cortés le dijo con nuestras lenguas, que iban con nosotros, que él ni nosotros no nos cansábamos en cosa ninguna. Y luego le tomó por la mano y le dijo que mirase su gran ciudad y todas las más ciudades que había dentro en el agua, y otros muchos pueblos alrededor de la misma laguna en tierra, y que si no había visto muy bien su gran plaza, que desde allí la podría ver muy mejor, y así lo estuvimos mirando, porque desde aquel grande y maldito templo estaba tan alto que todo lo señoreaba muy bien; y de allí vimos las tres calzadas que entran en Méjico, ques la de Istapalapa, que fue por la que entramos cuatro días hacía, y la de Tacuba, que fue por donde después salimos huyendo la noche de nuestro gran desbarate, cuando Cuedlavaca, nuevo señor, nos echó de la ciudad, como adelante diremos, y la de Tepeaquilla. Y veíamos el agua dulce que venía de Chapultepec, de que se proveía la ciudad, y en aquellas tres

calzadas, las puentes que tenían hechas de trecho a trecho, por donde entraba y salía el agua de la laguna de una parte a otra; y veíamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos y otras que volvían con cargas y mercaderías; y veíamos que cada casa de aquella gran ciudad, y de todas las más ciudades questaban pobladas en el agua, de casa a casa no se pasaba sino por unas puentes levadizas que tenían hechas de madera, o en canoas; y veíamos en aquellas ciudades cúes y adoratorios a manera de torres y fortalezas, y todas blanqueando, que era cosa de admiración, y las casas de azoteas, y en las calzadas otras torrecillas y adoratorios que eran como fortalezas. Y después de bien mirado y considerado todo lo que habíamos visto, tornamos a ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella había, unos comprando y otros vendiendo, que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí había sonaba más que de una legua, y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño y llena de tanta gente no la habían visto.

[Capítulo XCII.]

Adoratorios de los ídolos

Dejemos esto y volvamos a nuestro capitán, que dijo a fray Bartolomé de Olmedo, ya otras veces por mí memorado, que allí se halló: "Paréceme, señor padre, que será bien que demos un tiento a Montezuma sobre que nos deje hacer aquí nuestra iglesia". Y el padre dijo que será bien, si aprovechase; mas que le parecía que no era cosa convenible hablar en tal tiempo; que no veía al Montezuma de arte que en tal cosa concediese.

Y luego nuestro Cortés dijo al Montezuma, con doña Marina, la lengua: "Muy gran señor es Vuestra Majestad, y de mucho más es merecedor; hemos holgado de ver vuestras ciudades; lo que os pido por merced, que pues questamos aquí; en este vuestro templo, que nos mostréis vuestros dioses y teules". Y el Montezuma dijo que primero hablaría con sus grandes papas. Y luego que con ellos hubo hablado dijo que entrásemos en una to-

rrecilla y apartamiento a manera de sala, donde estaban dos como altares, con muy ricas tablazones encima del techo, y en cada altar estaban dos bultos, como de gigante, de muy altos cuerpos y muy gordos, y el primero, questaba a mano derecha, decían que era el de Vichilobos, su dios de la guerra, y tenía la cara y rostro muy ancho y los ojos disformes y espantables; en todo el cuerpo tanta de la pedrería y oro y perlas y aljófar pegado con engrudo, que hacen en esta tierra de unas raíces, que todo el cuerpo y cabeza estaba lleno dello, y ceñido el cuerpo unas a manera de grandes culebras hechas de oro y pedrería, y en una mano tenía un arco y en otra unas flechas. Y otro ídolo pequeño que allí cabél estaba, que decían que era su paje, le tenía una lanza no larga y una rodela muy rica de oro y pedrería; y tenía puestos al cuello el Vichilobos unas caras de indios y otros como corazones de los mismos indios, y éstos de oro y dellos de plata, con mucha pedrerías azules; y estaban allí unos braseros con incienso, que es su copal y como tres corazones de indios que aquel día habían sacrificado y se quemaban, y con el humo y copal le habían hecho aquel sacrificio. Y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañado y negro de costras de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedía muy malamente.

Luego vimos a otra parte, de la mano izquierda, estar el otro gran bulto del altor del Vichilobos, y tenía un rostro como de oso, y unos ojos que le relumbraban, hechos de sus espejos, que se dice *tezcat*, y el cuerpo con ricas piedras pegadas según y de la manera del otro su Vichilobos, porque, según decían, entrambos eran hermanos, y este Tezcatepuca era el dios de los infiernos, y tenía cargo de las ánimas de los mejicanos, y tenía ceñido al cuerpo unas figuras como diablillos chicos, y las colas dellos como sierpes, y tenía en las paredes tantas costras de sangre y el suelo todo bañado dello, como en los mataderos de Castilla no había tanto hedor. Y allí le tenían presentado cinco corazones de aquel día sacrificados, y en lo más alto de todo el cu estaba otra concavidad muy ricamente labrada la madera della, y estaba otro bulto como de medio hombre y medio lagarto, todo lleno de piedras ricas y la mitad dél enmantado. Éste decían quel cuerpo dél estaba lleno de todas las semillas que había en toda la tierra, y decían que era el dios de las sementeras y frutas; no se me

acuerda el nombre, y todo estaba lleno de sangre, así paredes como altar, y era tanto el hedor, que no veíamos la hora de salirnos afuera.

Y allí tenían un atambor muy grande en demasía que cuando le tañían el sonido dél era tan triste y de tal manera como dicen instrumento de los infiernos, y más de dos leguas de allí se oía; decían que los cueros de aquel atambor eran de sierpes muy grandes. Y en aquella placeta tenían tantas cosas muy diabólicas de ver, de bocinas y trompetillas y navajones y muchos corazones de indios que habían quemado, con que sahumaron a aquellos sus ídolos, y todo cuajado de sangre. Tenían tanto, que los doy a la maldición; y como todo hedía a carnecería no veíamos la hora de quitarnos de tan mal hedor y peor vista.

Y nuestro capitán dijo a Montezuma, con nuestra lengua, como medio riendo: "Señor Montezuma: no sé yo cómo un tan gran señor y sabio varón como Vuestra Majestad es no haya colegido en su pensamiento cómo no son estos vuestros ídolos dioses, sino cosas malas, que se llaman diablos, y para que Vuestra Majestad lo conozca y todos sus papas lo vean claro, hacedme una merced: que hayáis por bien que en lo alto de esta torre pongamos una cruz, y en una parte destos adoratorios, donde están vuestro Vichilobos y Tezcatepuca, haremos un aparato donde pongamos una imagen de Nuestra Señora [la cual imagen ya el Montezuma la había visto], y veréis el temor que dello tienen esos ídolos que os tienen engañados". Y el Montezuma respondió medio enojado, y dos papas que con él estaban mostraron malas señales, y dijo: "Señor Malinche: si tal deshonor como has dicho creyera que habías de decir, no te mostrara mis dioses. Aquestos tenemos por muy buenos, y ellos nos dan salud y aguas y buenas sementeras y temporales y victorias cuantas queremos, y tenémoslos de adorar y sacrificar; lo que os ruego es que no se diga otras palabras en su deshonor".

Y desque aquello lo oyó nuestro capitán y tan alterado, no le replicó más en ello, y con cara alegre le dijo: "Hora es que Vuestra Majestad y nosotros nos vamos". Y el Montezuma respondió que era bien; y que porquél tenía que rezar y hacer cierto sacrificio en recompensa del gran *tatacul,* que quiere decir pecado, que había hecho en dejarnos subir en su gran cu, y ser causa de

que nos dejase ver sus dioses, y del deshonor que les hicimos en decir mal dellos, que antes que se fuese lo había de rezar y adorar. Y Cortés le dijo: "Pues que así es, perdone, señor". Y luego nos bajamos las gradas abajo, y como eran ciento y catorce y algunos de nuestros soldados estaban malos de bubas o humores, les dolieron los muslos del abajar.

Y dejaré de hablar de su adoratorio y diré lo que me parece del circuito y manera que tenía, y si no lo dijere tan al natural como era, no se maravillen, porque en aquel tiempo tenía otro pensamiento de entender en lo que traíamos entre manos, que es en lo militar y en lo que mi capitán me mandaba, y no en hacer relaciones. Volvamos a nuestra materia. Paréceme quel circuito del gran cu sería de seis grandes solares de los que dan en esta tierra, y desde abajo hasta arriba, adonde estaba una torrecilla, y allí estaban sus ídolos, ya estrechando, y en medio del alto cu, hasta lo más alto dél, van cinco concavidades a manera de barbacanas y descubiertas, sin mamparos. Y porque hay muchos cúes pintados en reposteros de conquistadores, y en uno que yo tengo, que cualquiera dellos a quien los han visto podrán colegir la manera que tenían por de fuera; mas lo que yo vi y entendí, y dello hubo fama en aquellos tiempos que fundaron aquel gran cu, en el cimiento dél habían ofrecido de todos los vecinos de aquella gran ciudad oro y plata y aljófar y piedras ricas, y que le habían bañado con mucha sangre de indios que sacrificaron, que habían tomado en las guerras, y de toda manera de diversidad de semillas que había en toda la tierra, por que les diesen sus ídolos victorias y riquezas y muchos frutos.

Dirán ahora algunos lectores muy curiosos que cómo pudimos alcanzar a saber que en el cimiento de aquel gran cu echaron oro y plata y piedras de chalchivis ricas y semillas, y lo rociaban con sangre humana de indios que sacrificaban, habiendo sobre mil años que se fabricó y se hizo. A esto doy por respuesta que desque ganamos aquella fuerte y gran ciudad y se repartieron los solares, que luego propusimos que en aquel gran cu habíamos de hacer la iglesia de nuestro patrón y guiador señor Santiago, y cupo mucha parte de la del solar del alto cu para el solar de la santa iglesia de aquel cu de Vichilobos, y cuando abrían los cimientos para hacellos más fijos, hallaron mucho oro

y plata y chalchivis y perlas y aljófar y otras piedras; y asimismo a un vecino de Méjico, que le cupo otra parte del mismo solar, halló lo mismo, y los oficiales de la Hacienda de Su Majestad demandaban por de Su Majestad, que les venía de derecho, y sobrello hubo pleito, y no se me acuerda lo que pasó, mas que se informaron de los caciques y principales de Méjico y Guatemuz, que entonces era vivo, y dijeron ques verdad que todos los vecinos de Méjico de aquel tiempo echaron en los cimientos aquellas joyas y todo lo demás, y que así lo tenían por memoria en sus libros y pinturas de cosas antiguas, y por esta causa aquella riqueza se quedó para la obra de la santa iglesia del señor Santiago.

[Capítulo XCII.]

Los patios del templo mayor. Otros adoratorios

Dejemos desto y digamos de los grandes y suntuosos patios questaban delante del Vichilobos, adonde está ahora señor Santiago, que se dice el Tate-lulco, porque así se solía llamar.

Ya he dicho que tenían dos cercas de calicanto antes de entrar dentro, y que era empedrado de piedras blancas como losas, y muy encalado y bruñido y limpio, y sería de tanto compás y tan ancho como la plaza de Salamanca; y un poco apartado del gran cu estaba otra torrecilla que también era casa de ídolos o puro infierno, porque tenía a la boca de la una puerta una muy espantable boca de las que pintan que dicen que están en los infiernos con la boca abierta y grandes colmillos para tragar las ánimas; y asimismo estaban unos bultos de diablos y cuerpos de sierpes junto a la puerta, y tenían un poco apartado un sacrificadero, y todo ello muy ensangrentado y negro de humo y costras de sangre, y tenían muchas ollas grandes y cántaros y tinajas dentro en la casa llenas de agua, que era allí donde cocinaban la carne de los tristes indios que sacrificaban y que comían los papas, porque también tenían cabe el sacrificadero muchos navajones y unos tajos de madera, como en los que cortan carne en las carnicerías, y asimismo detrás de aquella maldita casa, bien apartado de ella, estaban unos grandes rimeros de leña, y no muy lejos una gran alberca de agua, que se henchía y vaciaba, que le venía

por su caño encubierto de lo que entraba en la ciudad de Chapultepec; yo siempre la llamaba aquella casa del infierno.

Pasemos adelante del patio, y vamos a otro cu, donde era enterramientos de grandes señores mejicanos, que también tenía otros muchos ídolos, y todo lleno de sangre y humo, y tenía otras puertas y figuras de infierno; y luego junto de aquel cu estaba otro lleno de calaveras y zancarrones, puestos con gran concierto, que se podían ver mas no se podrían contar, porque eran muchas y las calaveras por sí y los zancarrones en otros rimeros; y allí había otros ídolos, y en cada casa o cu y adoratorio que he dicho estaban papas con sus vestiduras largas, de mantas prietas y las capillas largas asimismo, como de dominicos que también tiraban un poco a las de los canónigos, y el cabello muy largo y hecho que no se puede despartir ni desenredar, y todos los más sacrificadas las orejas, y en los mismos cabellos mucha sangre.

Pasemos adelante que había otros cúes apartados un poco, donde estaban las calaveras, que tenían otros ídolos y sacrificios de otras malas pinturas, y aquellos ídolos decían que eran abogados de los casamientos de los hombres. No quiero detenerme más en contar de ídolos, sino solamente diré que alrededor de aquel gran patio había muchas casas y no altas, y eran adonde pasaban y residían los papas y otros indios que tenían cargo de los ídolos, y también tenían otra muy mayor alberca o estanque de agua, y muy limpia, a una parte del gran cu; era dedicada solamente para el servicio de Vichilobos, Tezcatepuca, y entraba el agua en aquella alberca por caños encubiertos que venían de Chapultepec. Y allí cerca estaban otros grandes aposentos a manera de monasterio, adonde estaban recogidas muchas hijas de vecinos mejicanos, como monjas, hasta que se casaban; y allí estaban dos bultos de ídolos de mujeres, que eran abogadas de los casamientos de las mujeres, y aquéllos sacrificaban y hacían fiestas para que les diesen buenos maridos.

Mucho me he detenido en contar de este gran cu del Tatelulco y sus patios, pues digo era el mayor templo de todo Méjico, porque había tantos y muy suntuosos, que entre cuatro o cinco perrochas o barrios tenían un adoratorio y sus ídolos; y porque eran muchos y yo no sé la cuenta de todos, pasaré adelante y di-

ré que, en Cholula, el gran adoratorio que en él tenían era de mayor altor que no el de Méjico, porque tenía ciento y veinte gradas, y, según decían, el ídolo de Cholula teníanle por bueno e iban a él en romería de todas partes de la Nueva España a ganar perdones, y a esta causa le hicieron tan suntuoso cu; mas era de otra hechura que el mejicano, y asimismo los patios muy grandes y con dos cercas. También digo que el cu de la ciudad de Tezcuco era muy alto de ciento y diez y siete gradas, y los patios anchos y buenos y hechos de otra manera que los demás, y una cosa de reír es que tenían en cada provincia sus ídolos y los de la una provincia o ciudad no aprovechaba a los otros, y así tenían infinitos ídolos y a todos sacrificaban.

[Capítulo XCII.]

FRAY TORIBIO DE BENAVENTE, MOTOLINÍA

(*Benavente, León, 1490 – México, 1569*)

Fray Toribio, Paredes por su familia, Benavente por su villa natal en el viejo reino de León, es más conocido con el nombre de Motolinía. Así quiso llamarse, en cuanto supo que esta palabra repetida por los indios de Tlaxcala al ver por vez primera a los franciscanos significaba "pobre".

Embarcada, en enero de 1524 en San Lúcar de Barrameda, la misión franciscana de fray Martín de Valencia, llegó a la gran Tenochtitlan el día 17 de junio. "Los Doce" —como quien dice los doce apóstoles— fueron los primeros evangelizadores de la Nueva España. "Gran ciencia era saber la lengua de los indios..." Aprenderla hubo de ser la tarea de los primeros meses.

Motolinía, sucesivamente "guardián" de incipientes comunidades (México, Texcoco, Huejotzingo, Tlaxcala), comenzó evangelizando los pueblos de la laguna dulce (Xochimilco, Coyoacán, Cuitláhuac...) en el propio año 1524, lanzándose poco después a la región de Cuernavaca. Gran optimismo el de los primeros años. Las sombras aparecen únicamente por el lado de los conquistadores.

De la marcha de Cortés a las Hibueras a la instauración de la segunda Audiencia, se extiende un largo quinquenio de tiranía: Salazar y Chirinos, Alonso de Estrada, Nuño de Guzmán y Delgadillo. Amparándose en las bulas papales de León X y de Adriano VI y las cartas patentes firmadas por Carlos V, Motolinía se defiende contra el cabildo municipal, que acusa a los franciscanos de usurpación de funciones. Entra luego en conflicto con la Audiencia, cuando, haciendo honor a sus títulos de "defensor, protector y juez de los indios", asila en un convento de Huejotzingo a varios caciques perseguidos por aquella amenaza con la excomunión a sus emisarios. Con tal motivo se le abrió proceso. El conflicto tomaba sesgo peligroso, y fray Toribio emprendió su primer viaje a Nicaragua y a Guatemala.

Destituida la primera Audiencia por su sanguinaria arbitrariedad, la segunda, con varones tan respetables como Ramírez de Fuenleal y Vasco de Quiroga, instaura un régimen de honradez y de justicia. El capítulo franciscano elige a Motolinía guardián de Tlaxcala, y a él se

debe la inmediata fundación (1531) de Puebla de los Ángeles, para dar asiento a los españoles, que no anduvieran ociosos y vagabundos, esperando repartimientos de indios. Fray Toribio alarga su misión hasta Oaxaca y Tehuantepec, admira en Mitla "los edificios más de ver que en parte alguna de la Nueva España" y compone una doctrina cristiana en lengua zapoteca. Apenas descargado de su oficio (1533) sale nuevamente a Guatemala, y al regresar, habitando Cuauhtitlán, recibe en 1536 el mandato de escribir un memorial de las cosas notables de los naturales del país y de los trabajos de la misión franciscana. Motolinía, que no soñaba en ello, por su voto de obediencia se ve convertido en historiador.

El nuevo trabajo, sin embargo, no exime a fray Toribio de su labor misionera. En el mismo año de 1536 es nombrado por segunda vez guardián de Tlaxcala, donde organiza grandes fiestas religiosas, con representación de autos sacramentales, en castellano y en náhuatl. Por lo menos uno, la *Conquista de Jerusalén,* del cual no se conserva el texto, es obra suya. Recorre la extensa jurisdicción de Tlaxcala: a través de las serranías de levante, por Xalapa llega al mar, al río Alvarado, al Papaloapan. Dos veces navegó por su estero, "la una fue la tarde de un día claro y sereno...".

Sería prolijo seguir a fray Toribio en todas sus andanzas apostólicas: Tehuacán, Oaxaca, la Mixteca, Guatemala —donde organiza la "custodia" del Santo Nombre de Jesús—, México... ejerce el cargo de provincial; lo encontramos luego en Atlixco, tal vez en Tecamachalco. Por fin, cumplidos ya los ochenta años, agotado por sus trabajos y austeridades, Motolinía regresó a su primera residencia, el convento de San Francisco de México, donde había de alcanzarlo su hora deseada. Se durmió en la paz de Jesucristo el día 9 de agosto de 1569. Fue el último de los Doce en abandonar la misión de la Nueva España, después de cuarenta y cuatro años de constante esfuerzo. Vino a evangelizar a los idólatras, y "por cuenta" que llevaba, quince años antes de morir había bautizado más de trescientos mil, desposado y velado otros tantos y confesado otra grandísima multitud. "Fue —dice Mendie-ta— el que anduvo más tierra." La anduvo y la amó, y amó a los indios. De ello son el mejor testimonio sus escritos.

Relación de los ritos antiguos, idolatrías y sacrificios de los indios de esta Nueva España, y de la maravillosa conversión que Dios en ellos ha obrado: tal es el título de la obra de Motolinía, según él mismo lo consigna en la carta proemial. León Pinelo la llama "Relación de las cosas, idolatrías y ceremonias de la Nueva España". Desde Robertson acá es generalmente conocida como *Historia de los indios de la Nueva*

España. Trata poco de lo pretérito y remoto. Fue su declarado propósito transmitir un testimonio de primera mano, una imagen objetiva *hic et nunc* —una "instantánea", si vale la palabra—. Más que emitir juicios y formular opiniones, atestigua hechos y nos da el criterio para valorar su propio testimonio: unas veces la afirmación categórica; otras, la afirmación atenuada, sostenida sólo por la afirmación ajena; en asuntos graves, como el infanticidio cometido en su hijo por el cacique Acxotécatl, Motolinía se desplaza para informarse *in situ*. Ante los milagros y prodigios, incluso los atribuidos a fray Martín de Valencia, su actitud es de la mayor reserva. Es un hombre sincero; se esfuerza en ser verídico, sólo afirma aquello de que está seguro. Nunca pretende engañar. Reconoce lealmente y rectifica sus errores. No tiene, sin embargo, fray Toribio el espíritu crítico de Sahagún: su buena fe lo vence, y a veces se engaña. Así ocurrió con su creencia en el descuaje de la idolatría.

La *Historia*, tal cual nos ha llegado, se compone de tres partes. Sin considerar la carta proemio, que es una introducción histórica sobre los antiguos pueblos de Anáhuac, la redacción no sigue un orden sistemático, aunque en términos generales puede decirse que la primera parte trata de los antiguos cultos y de las ceremonias cristianas que vinieron a sustituirlos; la segunda, de la conversión de los indios y de su aprovechamiento en la nueva fe; la tercera, de los misioneros franciscanos, de la tierra, de sus productos y de las ciudades de México. Los capítulos, algunos escrupulosamente fechados, no se insertan por el orden en que parecen escritos.

Seguramente Motolinía escribió a vuela pluma, siguiendo el soplo de sus recuerdos, por los hechos anteriores a 1536, y anotando al día los sucesos posteriores que juzgaba dignos de memoria y conducentes a su propósito. En un repaso de su obra, trataría de ordenar los materiales y añadiría algunos capítulos o fragmentos. Fray Toribio, que trabajaba hacía años en su obra, parece acabarla precipitadamente. Le falta dar la última mano. ¿Causa de la prisa? Tal vez una buena ocasión que se le ofrecía de presentar su libro al conde de Benavente. No se trataba de un fraile, sino de un soldado. "Él con otros tres compañeros estuvieron cautivos por esclavos más de siete años, que escaparon de la armada de Pánfilo de Narváez; después se huyeron, y otros indios los trajeron y sirvieron camino de más de setecientas leguas, y los tenían por hombres caídos del cielo; y éstos descubrieron mucha tierra encima de la Nueva Galicia." (¿No está dibujado aquí el grupo de Cabeza de Vaca? Todo coincide, incluso las fechas. El salmantino

Alonso del Castillo Maldonado fue tal vez quien tomó a su cargo llevar el libro de Motolinía al conde de Benavente.)

Comparando la *Historia* con otra obra de Motolinía, los *Memoriales,* se ve que la mayor parte del contenido es común a ambas, pero que cada una de ellas presenta algunos capítulos que le son exclusivos. Los *Memoriales* traen mayores noticias de las antigüedades índicas, mientras que la *Historia* se ocupa más de la evangelización cristiana. Las diferencias de estilo entre ambas obras son también muy apreciables. Sin que nunca Motolinía, por la marcha lenta de la frase y sobre todo por largas digresiones intercaladas, dé la impresión de un narrador, la prosa de la *Historia* aparece más cuidada, más "castigada", por decirlo a la antigua, aunque no exenta de modismos populares; más ágil también y menos "ejemplar". No hay duda de que la *Historia* está sacada de los *Memoriales,* no éstos de aquélla. Las citas escriturarias, las referencias a hechos bíblicos congruentes, han desaparecido en el paso de los *Memoriales* a la *Historia,* aunque no dejan de gravitar sobre ella. ¿Por qué la *Historia* nos habla de las diez plagas de México, ni una más ni una menos? Porque en los *Memoriales* se compara cada una de ellas con una de las diez plagas de Egipto descritas en el Éxodo. Otra modificación es de notar: se suprime la mayor parte de los nombres indígenas que registran los *Memoriales,* "por ser nombres extraños... nombres que no se pueden entender ni pronunciar". Resumiendo, podría decirse que la *Historia* es la versión para españoles laicos de los *Memoriales,* escritos para frailes nahuatlacos.

El envío al conde de Benavente —fechado en Tehuacán a 24 de febrero de 1541— señala el *terminus ad quem* de la *Historia;* pero los *Memoriales,* de donde fue sacada, continuaron en poder de Motolinía y abiertos a nuevos acrecentamientos.

La primera adición es de 1541-1542. Había vuelto a Texcoco, y allí, cerca del señor acolhua que él bautizó y casó, aprendió a leer los antiguos códices. Informado además por los ancianos que en otro tiempo administraban justicia, añadió a los *Memoriales* un documentado estudio sobre el matrimonio de los indios. Otro acrecentamiento, que ensancha su horizonte hacia la cultura tarasca, se lo proporciona a Motolinía su viaje de 1549 a Uruapan. Algunos capítulos de la "Relación de la provincia de Mechuacan", con el famoso "Calendario de toda la gente índica", pasan a enriquecer los *Memoriales.* Nada en ellos, tal como hoy los conocemos, parece posterior a 1549. No sabemos si Motolinía se desinteresó de su obra, sea por propia negligencia, o por propia voluntad o por algún factor externo. Acaso su manuscrito fue llevado a España, puesto que Mendieta, el historiador franciscano dis-

cípulo y amigo de fray Toribio, no lo halló en la Nueva España y hubo de pedirlo al doctor Alonso de Zorita. Si recordamos que Gómara, cuya obra se imprimió en 1554, aprovecha pasajes de Motolinía que no se hallan en la *Historia* de 1541, pero sí en los *Memoriales,* habremos de concluir que éstos habían llegado a España antes de 1554, o que existía una versión de la *Historia* más cercana a los *Memoriales* que la enviada al conde de Benavente en 1541.

BIBLIOGRAFÍA

Historia de los Indios de la Nueva España. 1541.

Ediciones

1848	Londres	*Ritos antiguos, sacrificios e idolatrías de los Indios de la Nueva España, y de su conversión a la fe, y quiénes fueron los que primero la predicaron.* En las *Mexican Antiquities,* vol. IX, publicadas por Lord Kingsborough. (Es el último texto del volumen y de la colección, compaginación separada. Comprende sólo 13 capítulos de la parte I, 9 de la II y ninguno de la III.)
1858	México	*Historia de los Indios de Nueva España,* edición de Joaquín García Icazbalceta en *C. D. I. – México,* vol. I.
1869	Madrid	*Ritos antiguos…* en *C. D. I. – España,* vol. LIII.
1903	México	*Memoriales* de fray… Manuscrito de la colección del señor don Joaquín García Icazbalceta. Publícalo por primera vez su hijo Luis García Pimentel. *Documentos históricos de México,* vol. I.
1914	Barcelona	*Historia…* Edición y estudio biográfico por Daniel Sánchez García, O. F. M.

1941 México *Historia…* Reimpresión de la anterior por la Editorial Salvador Sánchez Hayhoe.

1956 México Fray Toribio de Benavente (Motolinía). *Relaciones de la Nueva España.* Introducción y selección de L. Nicolau d'Olwer. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma. Biblioteca del Estudiante Universitario, vol. 72.

Traducción

Inglesa

1951 Washington *Motolinia's History of the Indians of New Spain.* Translated and annotated by Francis Borgia Steck, with a bio-biographical study of the Author. Academy of American Franciscan History.

[RITOS ANTIGUOS, SACRIFICIOS E IDOLATRÍAS]

De la fiesta llamada Panquetzaliztli y los sacrificios y homicidios que en ella se hacían

En aquellos días de los meses que arriba quedan dichos, en uno de ellos que se llamaba Panquetzaliztli, que era el catorceno, el cual era dedicado a los dioses de México, mayormente a dos de ellos que se decían ser hermanos y dioses de la guerra, poderosos para matar y destruir, vencer y sujetar; pues en ese día, como pascua o fiesta más principal, se hacían muchos sacrificios de sangre, así de las orejas como de la lengua, que esto era muy común; otros se sacrificaban de los brazos y pechos y de otras partes del cuerpo; pero en esto de sacarse un poco de sangre para echar a los ídolos, como quien esparce agua bendita con los dedos, o echar la sangre de las orejas y lengua en unos papeles y ofrecerlos, a todos y en todas partes era general; pero de otras partes del cuerpo en cada provincia había su costumbre; unos de los brazos, otros de los pechos, que en esto de las señales se conocían de qué provincia eran. Demás de estos y otros sacrificios y ceremonias, sacrificaban y mataban a muchos de la manera que aquí diré.

Tenían una piedra larga, de una brazada de largo, y casi palmo y medio de ancho, y un buen palmo de grueso o de esquina. La mitad de esta piedra estaba hincada en la tierra, arriba en lo alto encima de las gradas, delante del altar de los ídolos. En esta piedra tendían a los desventurados de espaldas para los sacrificios, y el pecho muy tieso, porque los tenían atados de los pies y de las manos, y el principal sacerdote de los ídolos o su lugarteniente, que eran los que más ordinariamente sacrificaban, y si alguna vez había tantos que sacrificar que éstos se cansasen, entraban otros que estaban ya diestros en el sacrificio, y de presto con una piedra de pedernal con que sacaban lumbre, de esta piedra hecho un navajón como hierro de lanza, no mucho agudo, porque como es piedra muy recia y salta, no se puede hacer muy

aguda; esto digo porque muchos piensan que era de aquellas navajas de piedra negra, que en esta tierra las hay, y sácanlas con el filo tan delgado como de una navaja, y tan dulcemente corta como navaja, sino que luego saltan mellas. Con aquel cruel navajón, como el pecho estaba tan tieso, con mucha fuerza abrían al desventurado y de presto sacábanle el corazón, y el oficial de esta maldad daba con el corazón encima del umbral del altar de parte de afuera, y allí dejaba hecha una mancha de sangre; y caído el corazón se estaba un poco bullendo en la tierra, y luego poníanlo en una escudilla delante del altar. Otras veces tomaban el corazón y levantábanle hacia el sol, y a las veces untaban los labios de los ídolos con la sangre. Los corazones a las veces los comían los ministros viejos; otras los enterraban, y luego tomaban el cuerpo y echábanlo por las gradas abajo a rodar; y llegado abajo, si era de los presos en guerra, el que lo prendió con sus amigos y parientes llevábanlo y aparejaban aquella carne humana con otras comidas, y otro día hacían fiesta y lo comían; y el mismo que lo prendió, si tenía con que lo poder hacer, daba aquel día a los convidados, mantas; y si el sacrificado era esclavo no lo echaban a rodar, sino abajábanle los brazos, y hacían la misma fiesta y convite que con el preso en guerra, aunque no tanto con el esclavo; sin otras fiestas y días de más ceremonias, con que las solemnizaban, como en estotras fiestas aparecerá.

Cuanto a los corazones de los que sacrificaban, digo: que en sacando el corazón al sacrificado, aquel sacerdote del demonio tomaba el corazón en la mano, y levantábale como quien lo muestra al sol, y luego volvía a hacer otro tanto al ídolo, y poníasele delante en un vaso de palo pintado mayor que una escudilla, y en otro vaso cogía la sangre y daba de ella como a comer al principal ídolo, untándole los labios, y después a los otros ídolos y figuras del demonio. En esta fiesta sacrificaban de los tomados en guerra o esclavos, porque casi siempre eran de éstos los que sacrificaban, según el pueblo, en unos veinte, en otros treinta, en otros cuarenta y hasta cincuenta y sesenta; en México sacrificaban ciento, y ahí arriba.

En otro día de aquellos ya nombrados sacrificaban muchos, aunque no tantos como en la ya dicha; y nadie piense que ninguno de los que sacrificaban matándoles y sacándoles el corazón

o cualquiera otra muerte, que era de su propia voluntad, sino por fuerza, y sintiendo muy sentida la muerte y no sin espantoso dolor. Los otros sacrificios de sacarse sangre de las orejas o lengua o de otras partes, éstos eran voluntarios casi siempre. De aquellos que sacrificaban desollaban algunos, en unas partes dos o tres, en otras cuatro o cinco, en otras diez, y en México hasta doce o quince, y vestían aquellos cueros, que por las espaldas y encima de los hombros, dejaban abiertos, y vestido lo más justo que podían, como quien viste jubón y calzas, bailaban con aquel cruel y espantoso vestido: y como todos los sacrificados o eran esclavos o tomados en guerra, en México para este día guardaban alguno de los presos en la guerra, que fuese señor o persona principal, y a aquel desollaban para vestir el cuero de él al gran señor de México Moteuczoma, el cual con aquel cuero vestido bailaba con mucha gravedad, pensando que hacía gran servicio al demonio que aquel día honraban; y esto iban muchos a ver como cosa de gran maravilla, porque en los otros pueblos no se vestían los señores los cueros de los desollados, sino otros principales.

En otro día de otra fiesta, en cada parte sacrificaban una mujer, y desollábanla, y vestíase uno el cuero de ella y bailaba con todos los otros del pueblo; aquello con el cuero de la mujer vestido, y los otros con sus plumajes.

[*Historia de los indios de la Nueva España,* tratado primero, cap. sexto.]

Conventos de mujeres

A las espaldas de los principales templos había una sala aparte de mujeres, no cerrada, porque no acostumbraban puertas, pero honestas y muy guardadas; las cuales servían en los templos por votos que habían hecho; otras por devoción prometían de servir en aquel lugar un año, o dos, o tres; otras hacían el mismo voto en tiempo de algunas enfermedades, y éstas todas eran doncellas vírgenes por la mayor parte; aunque también había algunas viejas, que por su devoción querían allí morir, y acabar sus días en penitencia. Estas viejas eran guardas y maestras

de las mozas; y por estar en servicio de los ídolos eran muy miradas las unas y las otras.

En entrando, luego las trasquilaban; dormían siempre vestidas por más honestidad y para se hallar muy prestas al servicio de los ídolos; dormían en comunidad todas en una sala; su ocupación era hilar y tejer mantas de labores y otras de colores para servicio de los templos. A la medianoche iban con sus maestras y echaban incienso en los braseros que estaban delante de los ídolos. En las fiestas principales iban todas en procesión por una banda, y los ministros por la otra, hasta llegar delante de los ídolos, en lo bajo al pie de las gradas, y los unos y las otras con tanto silencio y recogimiento, que no alzaban los ojos de la tierra ni hablaban palabra. Éstas, aunque las más eran pobres, los parientes les daban de comer, y todo lo que habían menester para hacer mantas, y para hacer comida que luego por la mañana ofrecían caliente, así sus tortillas de pan como sus gallinas guisadas en unas como cazuelas pequeñas, y aquel calor a vaho decían que recibían los ídolos, y lo otro los ministros. Tenían una como maestra o madre que a tiempo las congregaba y hacía capítulo, como hace la abadesa a sus monjas, y a las que hallaba negligentes penitenciaba; por esto algunos españoles las llamaron monjas, y si alguna se veía con algún varón dábanla gran penitencia; y si se hallaba alguna ser conocida de varón, averiguada la verdad a entrambos mataban. Ayunaban todo el tiempo que allí estaban, comiendo a mediodía, y a la noche su colación. Las fiestas que no ayunaban comían carne. Tenían su parte que barrían de los patios delante los templos; lo alto siempre lo barrían los ministros, en algunas partes con plumajes de precio y sin volver las espaldas, como dicho es.

Todas estas mujeres estaban allí sirviendo al demonio por sus propios intereses; las unas porque el demonio les hiciese mercedes; las otras porque les diese larga vida; otras por ser ricas; otras por ser buenas hilanderas y tejedoras de mantas ricas. Si alguna cometía el pecado de la carne, estando en el templo, aunque más secretamente fuese, creía que sus carnes se habían de podrecer, y hacían penitencia porque el demonio encubriese su pecado. En algunas fiestas bailaban delante de los ídolos muy honestamente.

[*Historia de los indios de la Nueva España,* tratado primero, cap. noveno.]

De una muy grande fiesta que hacían en Tlaxcallan, de muchas ceremonias y sacrificios

Después de lo arriba escrito vine a morar en esta casa de Tlaxcallan, y preguntando e inquiriendo de sus fiestas, me dijeron de una notable crueldad, la cual aquí contaré.

Había en esta ciudad de Tlaxcallan, entre otras muchas fiestas, una al principal demonio que ellos adoraban, la cual se hacía en el principio del mes de marzo cada año; porque la que se hacía de cuatro en cuatro años, era la fiesta solemne para toda la provincia, mas esta otra que se hacía llamábanla año de dios. Llegado el año levantábase el más antiguo ministro o *tlamacazque* que en estas provincias de Tlaxcallan, Huexotzinco y Cholollan había, y predicaba y amonestaba a todos, y decíales: "Hijos míos: ya es llegado el año de nuestro dios y señor; esforzaos a le servir y hacer penitencia, y el que se sintiese flaco para ello, sálgase dentro de los cinco días; y si se saliere a los diez y dejare la penitencia, será tenido por indigno de la casa de dios, y de la compañía de sus servidores, y será privado, y tomarle han todo cuanto tuviese en su casa".

Llegado el quinto día tornábase a levantar el mismo viejo en medio de todos los otros ministros, y decía: "¿Están aquí todos?" y respondían: "Sí". (O faltaban uno o dos, que pocas veces faltaban.) "Pues ahora todos de buen corazón comencemos la fiesta de nuestro señor." Y luego iban todos a una gran sierra que está de esta ciudad cuatro leguas, y las dos de una trabajosa subida, y en lo alto, un poco antes de llegar a la cumbre, quedábanse allí todos orando, y el viejo subía arriba, adonde estaba un templo de la diosa Matlaluege, y ofrecían allí unas piedras, que eran como género de esmeraldas, y plumas verdes grandes, de que se hacen buenos plumajes, y ofrecía mucho papel e incienso de la tierra, rogando por aquella ofrenda al señor su dios y a la diosa su mujer, que les diese esfuerzo para comenzar su ayuno y acabar con salud y fuerzas para hacer penitencia. Hecha esta ora-

ción volvíase para sus compañeros y todos juntos se volvían para la ciudad.

Luego venían otros menores servidores de los templos, que estaban repartidos por la tierra sirviendo en otros templos, y traían muchas cargas de palos tan largos como el brazo y gruesos como la muñeca, y ponían los en el principal templo, y dábanles muy bien de comer, y venían muchos carpinteros, que habían rezado y ayunado cinco días, y aderezaban y labraban aquellos palos y acabados de aderezar fuera de los patios, dábanles de comer, e idos aquéllos venían los maestros que sacaban las navajas, también ayunados y rezados, y sacaban muchas navajas con que se habían de abrir las lenguas; y así como sacaban las navajas ponían las sobre una manta limpia, y si alguna se quebraba al sacar, decíanle que no había ayunado bien. (Nadie que no vea cómo se sacan estas navajas podrá bien entender cómo las sacan, y es de esta manera: primero sacan una piedra de navajas, que son negras como azabache, y puesta tan larga como un palmo, o algo menos, hácenla rolliza y tan gruesa como la pantorrilla de la pierna, y ponen la piedra entre los pies y como un palo hacen fuerza a los cantos de la piedra, y a cada empujón que dan, salta una navaja; y sacarán de una piedra más de doscientas navajas, y a vueltas algunas lancetas para sangrar.) Puestas las navajas en una manta limpia, perfumábanlas con su incienso, y cuando el sol se acababa de poner, todos los ministros allí juntos, cuatro de ellos cantaban a las navajas con cantares del demonio, tañendo con sus atabales; y ya que habían cantado un rato, callaban aquéllos y los atabales, y los mismos sin atabales cantaban otro cantar muy triste, y procuraban devoción y lloraban; creo que era lo que luego habían de padecer.

Acabado aquel segundo cantar estaban todos los ministros parejados, y luego un maestro bien diestro como cirujano horadaba las lenguas de todos por medio, hecho un buen agujero con aquellas navajas benditas; y luego aquel viejo y más principal ministro sacaba por su lengua de aquella vez cuatrocientos y cinco palos de aquellos que los carpinteros ayunados y con oraciones habían logrado; los otros ministros antiguos y de ánimo fuerte, sacaban otros cada cuatrocientos cinco palos, que algunos eran tan gruesos como el dedo pulgar de la mano, y otros al-

go más gruesos; otros había de tanto grueso como puede abrazar el dedo pulgar y el que está par dispuestos en redondo; otros más mozos sacaban doscientos, como quien no dice nada. Esto se hacía la noche que comenzaba el ayuno de la gran fiesta, que era ciento sesenta días antes de su pascua. Acabada aquella colación de haber pasado los palos, aquel viejo cantaba que apenas podía menear la lengua; mas pensando que hacía gran servicio a dios esforzándose cuanto podía.

Entonces ayunaban de un tirón ochenta días, y de veinte en veinte días sacaban cada uno por su lengua otros tantos palos, hasta que se cumplían los ochenta días, en fin de los cuales tomaban un ramo pequeño y poníanle en el patio adonde todos le viesen, el cual era señal que todos habían de comenzar el ayuno; y luego llevaban todos los palos que habían sacado por las lenguas, así ensangrentados, y ofrecíanlos delante del ídolo, e hincaban diez o doce varas de cada cinco o seis brazas de madera que en el medio pudiesen poner los palos de su sacrificio; los cuales eran muchos por ser los ministros muchos.

Los otros ochenta días que quedaban hasta la fiesta ayunábanlos todos, así señores como todo el pueblo, hombres y mujeres; y en este ayuno no comían ají, que es uno de sus principales mantenimientos, y de que siempre usan a comer en toda esta tierra y en todas las islas. También dejaban de bañarse, que entre ellos es cosa muy usada; asimismo se abstenían de sus propias mujeres; pero los que alcanzaban carne podíanla comer, especialmente los hombres. El ayuno de todo el pueblo comenzaba ochenta días antes de la fiesta, y en todo este tiempo no se había de matar el fuego, ni había de faltar en casa de los señores principales de día ni de noche; y si había descuido, el señor de la casa adonde faltaba el fuego mataba un esclavo y echaba la sangre de él en el brasero u hogar do el fuego se había muerto. En los otros ochenta días, de veinte en veinte días, aquella devota gente, porque la lengua no pudiese mucho murmurar, sacaban por sus lenguas otros palillos de a jeme, y del gordor de un cañón de pato; y esto se hacía con gran cantar de los sacerdotes; y cada día de ésos iba el viejo de noche a la sierra ya dicha y ofrecía al demonio mucho papel, y copalli, y codornices, y no iban con él sino cuatro o cinco, que los otros, que eran más de doscientos,

quedaban en las salas y servicio del demonio ocupados, y los que iban a la sierra no paraban ni descansaban hasta volver a casa.

En estos días del ayuno salía aquel ministro viejo a los pueblos de la comarca, como a su beneficio, a pedir el hornazo, y llevaba un ramo en la mano, e iba en casa de los señores y ofrecíanle mucha comida y mantas, y él dejaba la comida y llevábase las mantas.

Antes del día de la fiesta, cuatro o cinco días, ataviaban y aderezaban los templos, y encalábanlos y limpiábanlos; y el tercer día antes de la fiesta, los ministros pintábanse todos, unos de negro, otros de colorado, otros de blanco, verde, azul, amarillo; y así pintados a las espaldas de la casa o templo principal bailaban un día entero. Luego ataviaban la estatua de aquel su demonio, la cual era de tres estados de altura, cosa muy disforme y espantosa; tenían también un ídolo pequeño, que decían haber venido con los viejos antiguos que poblaron esta tierra y provincia de Tlaxcallan; este ídolo ponían junto a la grande estatua, y teníanle tanta reverencia y temor que no le osaban mirar; y aunque le sacrificaban codornices, era tanto el acatamiento que le tenían que no osaban alzar los ojos a mirarle. Asimismo ponían a la grande estatua una máscara, la cual decían que había venido con el ídolo pequeño, de un pueblo que dicen Tollan, y de otro que se dice Poyanhtlan, de donde se afirma que fue natural el mismo ídolo. En la vigilia de la fiesta tornaban a ofrecerle; primeramente ponían a aquel grande ídolo en el brazo izquierdo una rodela muy galana de oro y pluma, y en la mano derecha una muy larga saeta; el casquillo era de piedra de pedernal del tamaño de un fierro de lanza, y ofrecíanle también muchas mantas y *xicoles,* que es una manera de ropa como capa sin capilla, y al mismo ídolo vestían con una ropa larga abierta a manera de ropa de clérigo español, y el ruedo de algodón tejido en hilo y de pelo de conejo, hilado y teñido como seda.

Luego entraba la ofrenda de la comida, que era muchos conejos y codornices y culebras, langostas y mariposas, y otras cosas que vuelan en el campo. Toda esta caza se la ofrecían viva, puesta delante se la sacrificaban. Después de esto, a la medianoche, venía uno de los que allí servían vestido con las insignias del de-

monio y sacábales lumbre nueva, y esto hecho sacrificaban uno de los más principales que tenían para aquella fiesta; a éste llamaban hijo del sol. Después comenzaba el sacrificio y muertes de los presos en la guerra a honra de aquel gran ídolo; y a la vuelta nombraban otros dioses por manera de conmemoración, a los cuales ofrecían algunos de los que sacrificaban; y porque ya está dicha la manera de sacrificar, no diré aquí sino el número de los que sacrificaban.

En aquel templo de aquel gran ídolo que se llamaba Comaxtlí, que es un barrio llamado Ocotelolco, mataban cuatrocientos y cinco, y en otro barrio que está de allí a media legua, una gran cuesta arriba, mataban otros cincuenta o sesenta; y en otras veinte y ocho partes de esta provincia, en cada pueblo según que era; de manera que llegaba el número de los que en este día sacrificaban, a ochocientos hombres en sola la ciudad y provincia de Tlaxcallan; después llevaba cada uno los muertos que había traído vivos al sacrificio, dejando alguna parte de aquella carne humana a los ministros, y entonces todos comenzaban a comer ají con aquella carne humana, que había cerca de medio año que no lo comían.

[*Historia de los indios de la Nueva España,* tratado primero, cap. décimo.]

De los teocallis

La manera de los templos de esta tierra de Anáhuac o Nueva España, nunca fue vista ni oída, así de su grandeza y labor, como de todo lo demás; y la cosa que mucho sube en altura también requiere tener gran cimiento; y de esta manera eran los templos y altares de esta tierra, de los cuales había infinitos, de los que se hace aquí memoria para los que a esta tierra vinieren de aquí en adelante, que lo sepan, porque ya casi va pereciendo la memoria de todos ellos.

Llamábanse estos templos *teocallis,* y hallamos en toda esta tierra, que en lo mejor del pueblo hacían un gran patio cuadrado; en los grandes pueblos tenía de esquina a esquina un tiro de ballesta y en los menores pueblos eran menores los patios. Este patio cercábanle de pared, y muchos de ellos eran almenados;

miraban sus puertas a las calles y caminos principales, que todos los hacían que fuesen a dar al patio, y por honrar más sus templos sacaban los caminos muy derechos por cordel, de una y de dos leguas, que era cosa harto de ver desde lo alto del principal templo, cómo venían de todos los pueblos menores y barrios los caminos muy derechos e iban a dar al patio de los teocallis.

En lo más eminente de este patio había una gran cepa cuadrada y esquinada, que para escribir esto medí una de un pueblo mediano que se decía Tenanyocan y hallé que tenía cuarenta brazas de esquina a esquina lo cual todo lo henchían de pared maciza, y por la parte de fuera iba su pared de piedra: lo de dentro henchíanlo de piedra todo, o de barro y adobe; otros de tierra bien tapiada; y como la obra iba subiendo, íbanse metiendo adentro, y de braza y media o de dos brazas en alto iban haciendo y guardando unos relejes metiéndose adentro, porque no labran a nivel; y por más firme labraban siempre para adentro, esto es, el cimiento ancho, y yendo subiendo la pared iba enangostando; de manera que cuando iban en lo alto del teocalli habían enangostádose y metídose para adentro, y así por los relejes como por la pared, hasta siete y ocho brazas de cada parte; quedaba la cepa en lo alto de treinta y cuatro a treinta y cinco brazas.

A la parte de Occidente dejaban sus gradas y subida, y arriba en lo alto hacían dos altares grandes allegándolos hacia Oriente, que no quedaba más espacio de cuanto se podía andar; el uno de los altares a mano derecha y el otro a mano izquierda, que cada uno por sí tenía sus paredes y casa cubierta con capilla. En los grandes teocallis tenían dos altares, y en los otros uno, y cada uno de estos altares tenía sus sobrados; los grandes tenían tres sobrados encima de los altares, todos de terrados y bien altos, y la cepa también era muy alta, de modo que parecíanse desde muy lejos. Cada capilla de éstas se andaba a la redonda y tenía sus paredes por sí. Delante de estos altares dejaban grande espacio, donde se hacían los sacrificios, y sola aquella cepa era tan alta como una gran torre, sin los sobrados que cubrían los altares.

Tenía el teocalli de México, según me han dicho algunos que lo vieron, más de cien gradas; yo bien las vi y las conté más de una vez, mas no me recuerdo. El de Tezcoco tenía cinco o seis

gradas más que el de México. (La capilla de San Francisco en México que es de bóveda y razonable de alta, subiendo encima y mirando a México, hacíale mucha ventaja el templo del demonio en altura, y era muy de ver desde allí a todo México y a los pueblos de la redonda.)

En los mismos patios de los pueblos principales había otros cada doce o quince teocallis harto grandes, unos mayores que otros; pero no allegaban al principal con mucho. Unos tenían el rostro y gradas hacia otros, otros los tenían a oriente, otros al mediodía, y en cada uno de éstos no había más de un altar con su capilla, y para cada uno había sus salas y aposentos donde estaban aquellos tlamacazques o ministros, y que eran muchos y los que servían de traer agua y leña; porque delante de todos estos altares había braseros que toda la noche ardían, y en las salas también tenían sus fuegos. Tenían todos aquellos teocallis muy blancos, y bruñidos, y limpios, y en algunos había huertecillos con flores y árboles. Había en todos los más de estos grandes patios un otro templo que después de levantada aquella cepa cuadrada, hecho su altar, cubríanlo con una pared redonda, alta y cubierta con su chapitel; éste era del dios del aire, del cual dijimos tener su principal silla en Cholollan, y en toda esta provincia había muchos de éstos. A este dios del aire llamaban en su lengua Quetzalcóatl, y decían que era hijo de aquel dios de la grande estatua y natural de Tollan, y que de allí había salido a edificar ciertas provincias adonde desapareció y siempre esperaban que había de volver; y cuando aparecieron los navíos del Marqués del Valle don Hernando Cortés, que esta Nueva España conquistó, viéndolos venir a la vela desde lejos decían que ya venía su dios; y por las velas blancas y altas decían que traía por la mar teocallis; mas cuando después desembarcaron decían que no era su dios sino que eran muchos dioses.

No se contentaba el demonio con los teocallis ya dichos, sino que en cada pueblo y en cada barrio, y a cuarto de legua, tenían otros patios pequeños adonde había tres o cuatro teocallis, en algunos más, en otras partes sólo uno, y en cada mogote o cerrejón uno o dos; y por los caminos y entre los maizales había otros muchos pequeños, y todos estaban blancos y encalados, que parecían y abultaban mucho, que en la tierra bien poblada parecía

que todo estaba lleno de casas, en especial de los patios del demonio, que eran muy de ver, y había harto que mirar entrando dentro de ellos, y sobre todos habían ventaja los de Tezcoco y México.

Los chololtecas comenzaron su teocalli extremadísimo de grande, que sólo la cepa de él que ahora parece, tendrá de esquina a esquina un buen tiro de ballesta, y desde el pie a lo alto ha de ser buena la ballesta que echase un pasador; y aun los indios naturales de Chololan señalan que tenía de cepa mucho más, y que era mucho más alto que ahora parece; el cual comenzaron para hacerle más alto que la más alta sierra de esta tierra, aunque están a la vista las más altas sierras que hay en toda la Nueva España, que son el volcán de la Sierra Blanca, que siempre tiene nieve. Y como éstos porfiasen a salir con su locura, confundiólos Dios, como a los que edificaban la torre de Babel, con una gran piedra que en figura de sapo cayó con una terrible tempestad que sobre aquel lugar vino; y desde allí cesaron de más labrar en él. Y hoy día es tan de ver este edificio, que si no pareciese la obra ser de piedra y barro, y a partes de cal y canto, y de adobes, nadie creería sino que era alguna sierra pequeña. Andan en él muchos conejos y víboras, y en algunas partes están sementeras de maizales. En lo alto estaba un teocalli viejo y pequeño, y desbaratáronle, y pusieron en su lugar una cruz alta, la cual quebró un rayo, y tornando a poner otra y otra, también las quebró; y a la tercera yo fui presente, que fue el año pasado de 1535; por lo cual descopetaron y cavaron mucho de lo alto, adonde hallaron muchos ídolos e idolatrías ofrecidas al demonio; y por ello yo confundía a los indios, diciendo: que por los pecados en aquel lugar cometidos no quería Dios que allí estuviese su cruz. Después pusieron allí una gran campana bendita, y no han venido más tempestades ni rayos después que la pusieron.

[*Historia de los indios de la Nueva España,* tratado primero, cap. duodécimo.]

De muchas supersticiones y hechicerías que tenían los indios

No se contentaba el demonio con el servicio que esta gente le hacía adorándole en los ídolos, sino que también los tenía ciegos en mil maneras de hechicerías y ceremonias supersticiosas. Creían en mil agüeros y señales, y mayormente tenían gran agüero en el búho; y si le oían graznar o aullar sobre la casa que se asentaba, decían que muy presto había de morir alguno de aquella casa; y casi lo mismo tenían de las lechuzas y mochuelos y otras aves nocturnas; también si oían graznar un animalejo que ellos llaman *cuzatli,* le tenían por señal de muerte de alguno. Tenían también agüero en encuentro de culebras y alacranes, y de otras muchas sabandijas que se mueven sobre la tierra. Tenían también en que la mujer que paría dos de un vientre, lo cual en esta tierra acontece muchas veces, que el padre o la madre de los tales había de morir; y el remedio que el cruel demonio les daba, era que mataban uno de los gemelos, y con esto creían que no morirían el padre ni la madre, y muchas veces lo hacían. Cuando temblaba la tierra adonde había alguna mujer preñada, cubrían de pronto las ollas o quebrábanlas porque no muriese; y decían que el temblar de la tierra era señal de que se había de gastar y acabar el maíz de las trojes. En muchas partes de esta tierra tiembla muy a menudo la tierra, como es en Tecoantepec, que en medio año que allí estuve tembló muchas veces, y mucho más me dicen que tiembla en Cuauhtemallan. Si alguna persona enfermaba de calenturas recias, tomaba por remedio hacer un perrillo de masa de maíz, y poníanlo sobre una penca de maguey y luego de mañana sácanle a un camino y dicen que el primero que pasa lleva el mal apegado en los zancajos, y con esto quedaba el paciente muy consolado.

Tenían también libros de sueños y de lo que significaban, todo puesto por figuras y caracteres, y había maestros que los interpretaban, y lo mismo de los casamientos. Cuando alguna persona perdía alguna cosa, hacían ciertas hechicerías con unos granos de maíz, y miraban en un lebrillo o vasija de agua, y allí decían que veían al que lo tenía y la casa adonde estaba, y allí también decían que veían si el que estaba ausente era muerto o vivo.

Para saber si los enfermos eran de vida, tomaban un puñado de maíz de lo más grueso que podían haber y echábanlo como quien echa unos dados, y si algún grano quedaba enhiesto, te-

nían por cierta la muerte del enfermo. Tenían otras muchas y endiabladas hechicerías e ilusiones con que el demonio los traía engañados, las cuales han ya dejado, en tanta manera, que a quien no lo viere no lo podrá creer la gran cristiandad y devoción que mora en todos estos naturales, que no parece sino que a cada uno le va la vida en procurar de ser mejores que su vecino o conocido; y verdaderamente hay tanto que decir y tanto que contar de la buena cristiandad de estos indios, que de sólo ello se podría hacer un buen libro. Plegue a Nuestro Señor los conserve y dé gracia para que perseveren en su servicio, y en tan santas y buenas obras como han comenzado.

[*Historia de los indios de la Nueva España,* Tratado segundo, cap. octavo.]

FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN

(*Sahagún de Campos, León, 1499 – México, 1590*)

En 1529 fray Bernardino de Sahagún emprende su apostólica aventura, en la expedición dirigida por Fray Antonio de Ciudad Rodrigo. Atrás quedaban, al zarpar de Cádiz, la infancia leonesa en las riberas del Cea, junto a los vetustos muros del cenobio benedictino que dio nombre a su villa natal; la adolescencia en la Universidad de Salamanca, y en esta misma ciudad la profesión religiosa para vestir el sayal del *Poverello.* Treinta años de su vida diluyéndose en la estela del recuerdo, mientras cruza el océano impulsado por su celo de sembrador de la fe. Al abordar la Villa Rica de la Vera Cruz, sesenta años de misión lo aguardaban en la Nueva España.

Al llegar al Valle de México, estaba en plena fiebre constructiva la ciudad destinada a eclipsar el esplendor de la gran Tenochtitlan. Fiebre constructiva y también destructiva. Por las ruinas que aún quedaban, *ex ungue leonem,* conoció Sahagún la grandeza, hermosura y suntuosidad del teocalli mayor, y nos lo describe con mezcla de entusiasmo y asombro. Tanto le impresionó aquella fábrica que —nos dice — "yo la hice pintar en esta ciudad de México, y lleváronla a España, por cosa muy digna de ver... y aunque en la pintura parecía tan lindo, más lo era mucho más vistoso el edificio". Apreció, pues, Sahagún desde el primer momento el valor de la cultura autóctona, y hubo de prever difícil la tarea de suplantar en el corazón de aquel pueblo a unos dioses en cuyo honor había levantado pocas décadas antes la ingente mole de aquellos templos.

Es muy variada, densa y fecunda la actividad de Sahagún en la Nueva España. Actividad misionera en Tlamanalco (1530-1532), desde donde asciende el Popocatépetl, y en Xochimilco (1535), donde una madrugada cerca de la aurora oye la voz del *Hanquacemihuique;* labor pedagógica desde el primer día en el colegio para indios caciques de Santa Cruz de Tlaltelolco (1536-40); vuelta a las misiones por el valle de Puebla, en Huejotzingo y Cholula: escala entonces el Iztaccíhuatl, repite tal vez la subida al Popocatépetl y puede contemplar la gran erupción del Poyauhtécatl o Pico de Orizaba; nueva y larga permanencia en Tlaltelolco (1545-58), interrumpida por sus visitas a Michoacán y a Tula, cuyas ruinas le causan admiración. En todas partes, una abundante producción en lengua náhuatl, que ya domina cual

ningún otro: versión de las Epístolas y de los Evangelios, Sermones, Comentarios…

Sumergido en el medio indígena de Tlaltelolco, donde mucho mejor que en el reconstruido México se conservaba el ambiente de los tiempos anteriores a la conquista, Sahagún se interesa no ya por el indio como catecúmeno, sino también por la cultura y el pasado histórico del pueblo azteca, y estima que las antigüedades mexicanas debían conservarse en su propia lengua. Así nació el *Tratado de la retórica y filosofía y teología de la gente indiana,* compilado en lengua náhuatl hacia 1547. También en Tlaltelolco y por el mismo tiempo (1550-55) realizó Sahagún el más propiamente histórico de sus trabajos. Desde las *Cartas de Relación* de Cortés, mucho se había escrito sobre la conquista, pero todo desde el campo de los invasores y en romance. Sahagún tuvo la singular idea de volver el tapiz al revés, escribiendo en lengua náhuatl y por relación de indígenas: testigos presenciales y actores de aquel drama.

Las discusiones que en el seno de su propia orden franciscana había suscitado el prurito de nuestro autor de conservar en lengua náhuatl las tradiciones y, sobre todo, las creencias idolátricas que los misioneros tenían por misión extirpar de la conciencia indígena, fueron acalladas por un acto de autoridad. Recién elegido provincial (1558), fray Francisco de Toral ordenó a Sahagún "que escribiese en lengua mexicana lo que le pareciese ser útil para la doctrina, cultura y manutenencia de la cristiandad de estos naturales de esta Nueva España, y para ayuda de los obreros y de los misioneros que los doctrinan". De este encargo nacería, tras larga elaboración y muchas vicisitudes, la *Historia general de las cosas de Nueva España.*

Los diversos materiales obtenidos y revisados en Tepepulco (1558-60), Tlaltelolco (1561-65) y México (1565-68), son la base de la redacción final del texto náhuatl de la *Historia,* ordenado en doce libros (1569). Una constante hostilidad la puso por varios años a riesgos de pérdida, y retrasó su traducción castellana hasta 1577. El golpe de gracia lo dio una real cédula, ordenando al virrey la confiscación de todos los textos y elementos de la obra y su inmediata remisión a la Corte (1578).

Sahagún, ya más que octagenario, al verse despojado de su obra, reacciona con admirable tenacidad: trata de rehacerla, por lo menos en aquellas partes que cree indispensables para la instrucción de los misioneros. Su única concesión será escribir en castellano y no en náhuatl sobre las antigüedades idolátricas. Así lo hace con el *Calendario Mexicano* y el *Arte adivinatoria.* Muchas otras obras publicó fray

Bernardino durante los años 1578-1585, como si previera próximo su fin. Sin embargo, aún le quedaban por delante muy amargos días.

No alcanzó el consuelo de la muerte hasta 1590. Enfermo gravemente en Tlaltelolco —donde residía desde 1571— en sus últimos días lo trasladaron a San Francisco de México. Murió el 28 de octubre.

La *Historia de las cosas de Nueva España* es una verdadera enciclopedia mexicana. Tiene, por su fondo, poco de historia política, algo más de historia natural y casi todo de historia moral: descripción de creencias, usos y costumbres. Por su forma, pretende ser el "tesoro" exhaustivo de la lengua náhuatl. No se trata, pues, de historia en el sentido corriente de la palabra sino de etnografía y lingüística. Conocer a fondo el lenguaje y las creencias de los mexicanos, para evangelizarlos con eficacia, fue el primer móvil de Sahagún; pero poco a poco las cosas le van interesando por sí mismas; observa cómo, al contacto de la cultura importada, la antigua desaparece o se bastardea, cómo el lenguaje se pervierte y hasta sospecha que el hombre indio va en trance de desaparecer. Fray Bernardino quiere formalizar un inventario detallado del barco que sentía zozobrar. Para ello es necesario interrogar a los naturales mexicanos, o mejor, dejar que hablen espontáneamente sobre los asuntos que afectan a su vida. Así el aspecto lingüístico de la obra se hermana a su aspecto etnográfico y folklórico.

Después de madura reflexión y análisis minucioso, Sahagún formula un cuestionario, "minuta" —como él dice— de todos los tópicos referentes a la cultura material y espiritual del pueblo azteca, como base de la encuesta que se propone realizar. Selecciona luego a los más seguros informadores ancianos que se formaron bajo el antiguo imperio y vivieron en él sus mejores años —capacitados, por tanto, para conocer la tradición— y también hombres probos, para no desfigurarla. Les pide sus respuestas en la forma más fácil y asequible, a la que estaban acostumbrados: con sus pinturas indígenas; se esfuerza en provocar una repetición de los mismos conceptos, pero con diferentes giros y vocablos. Por fin, contrasta y depura las informaciones, de una parte con los tres grupos de Tepepulco, Tlaltelolco y México; de otra, con los "trilingües" del Colegio de Santa Cruz, que fijan por escrito en náhuatl el significado de las pinturas y que, en romance o en latín, lo pueden precisar. De esta manera nuestro autor creaba empíricamente el más riguroso y exigente método de la ciencia antropológica; método que podríamos llamar de encuesta y mesa redonda.

Conocido el método de Sahagún se deduce la parte importantísima que en la gestación de la *Historia* debe atribuirse a los colaboradores

indígenas. Pero a Sahagún pertenece, con la responsabilidad de la obra, su temario formulado en la "minuta", su método por él creado y su ordenamiento final, cuando por tres años y a solas "pasó y repasó" los manuscritos. La *Historia* en lengua náhuatl es de Sahagún, con tanta o mayor razón que un monumento es del arquitecto que lo concibe, lo planea y lo dirige.

El método expuesto produjo, como debía, una obra enteramente objetiva —mejor aún, impersonal—. ¿Basta ello para que prestemos una fe absoluta a los informes de la *Historia*? Cabe una objeción, basada precisamente en lo que parece su mejor garantía de acierto: el triple cedazo en que la obra fue cernida. Siempre que los tres grupos de Tepepulco, Tlaltelolco y México representaban una misma tradición, ésta se depuraba en los tres cedazos, no hay duda. Pero cuando representaban tradiciones diferentes ¿qué sucedió? ¿Prevalece la última revisión? ¿Se ha formulado, por amalgama, una *especie* de tradición común? Merece consignarse la reserva.

En el orden etnográfico, era propósito de Sahagún fijar la tradición indiana en el momento de ser interrumpida por la conquista. "Excavar" en aquélla hasta hallar el sustrato primitivo, que hubo de influir sobre las nuevas aportaciones, es tarea que el autor no se propuso. Felizmente, porque no tenía medios para realizarla. En el orden histórico su objeto no era la verdad real, sino aquello que los aztecas tenían como verdad. Para hallarla, Sahagún consulta también las antiguas pinturas.

Él mismo dice: "De estos libros y escrituras los más de ellos se quemaron al tiempo que se destruyeron las otras idolatrías, *pero no dejaron de quedar muchas escondidas, que las hemos visto y aún se guardan, por donde hemos entendido sus antigüallas*".

Al ahondar Sahagún en el conocimiento del pueblo mexicano se compenetró cordialmente con él. Su posición ante el indio no es vaga filantropía, ni puro sentimiento de caridad cristiana, ni menos aún protección paternalista, distante y desdeñosa, sino amor franciscano y amistad sincera tejida de respeto por sus cualidades y de conmiseración por sus desventuras. Con probidad científica aprovecha y públicamente agradece la colaboración de los indígenas a su obra; admira el talento del indio para las artes, los oficios y el estudio; aquilata sobre todo su sistema de organización y gobierno, aspecto en el cual los pueblos mexicanos "echan el pie delante a muchas otras naciones que tienen gran presunción de políticas".

Espíritu libre de prejuicios raciales, patrióticos o culturales, ni el interés particular ni el provecho de la Corona cuentan en los móviles

y en los propósitos de fray Bernardino de Sahagún. Antes que súbdito del emperador o del rey *Prudente,* es un miembro de la sociedad universal, de la república cristiana, cuyos límites trata de ensanchar convirtiendo a los paganos. Convirtiéndolos, pero no asimilándolos: porque nuestro misionero parece convencido de que una sola ganancia indiscutible aportó la conquista a la Nueva España, la religión; pero que por lo demás, la cultura indígena en nada sustancial era inferior, y en algunos puntos superaba a la cultura importada.

BIBLIOGRAFÍA

Historia general de las cosas de Nueva España.
Ediciones

1829	México	*Historia de la Conquista de México,* por el P.:...— Es el libro XII de la *Historia general* (1ª redacción), editado por Carlos María de Bustamante.
1830	México	*Historia general...* Dala a luz con notas y suplementos Carlos María de Bustamante. Comprende los libros I-XI, en tres volúmenes. Por razones que el editor juzgó de honestidad, se permitió alteraciones y mutilaciones.
1830	Londres	*Historia general...* editada por Lord Kingsborough en los vols. V y VI de sus *Antiquities of Mexico.*
1840	México	*La aparición de Nuestra Señora de Guadalupe...* Publícala... con notas sobre la conquista de México, Carlos María de Bustamante. Contiene el libro XII de la *Historia general* (2ª redacción).

1886	México	*Apéndiz del Libro I,* que falta en las ediciones de 1830. Publícalo García Icazbalceta en *Bibliografía mexicana del siglo XVI,* pp. 309-314.
1890-1895	México	*Historia General...* Editada por Ireneo Paz, según las ediciones de Bustamante. "Biblioteca Mexicana", vols. 22-25.
1936	México	*La producción literaria de los Aztecas,* por Rubén M. Campos, publica el libro VI de la *Historia,* según la edición de Bustamante.
1938	México	*Historia general...* por Ramírez Cabañas. Cinco volúmenes.
1943	México	*Suma indiana.* Introducción y selección (de la *Historia general)* de Mauricio Magdaleno. Ediciones de la UNAM. Biblioteca del Estudiante Universitario, vol. 42. Contiene fragmentos de la edición de 1938.
1946	México	*Historia general...* Noticia preliminar, bibliografía... por... Miguel Acosta y Saignez. Tres vols.
1956	México	*Historia general...* con numeración, anotaciones y apéndices por Ángel María Garibay K. Cuatro vols.

Traducciones

Francesas

1880	París	*Histoire Générale des choses de la Nouvelle Espagne...* Traduite et annotée par D. Jourdanet... et par Rémi Simeon.
1932	Nashville	Traducción inglesa por Fanny R. Bandelier. Publicado sólo el vol. 1 (libros I-IV) según la edición de Bustamante. La muerte de la traductora interrumpió la obra.

1950-1955	Santa Fe, N. M.	*General History of the Things of New Spain.* Florentin codex… Translated from the Aztec into English, with notes and illustrations, by Arthur J. O. Anderson and Charles E. Dibble. The School of American Research and The University of Utah. Publicados seis vols., conteniendo los libros I, II, III, VII, VIII y XI.
Alemanas		
1927	Stuttgart	*Einige Kapitel aus dem Geschichtswerk des P. Sahagún aus dem Aztekischem übersetzt von Eduard Seler.* Contiene el libro XII, y parte de los I, II, III, VI, VIII y X. Edición póstuma a cargo de la viuda, asesorada por Walter Lehmann.

[CREENCIAS, COSTUMBRES Y GOBIERNO]

Supersticiones y ceremonias en nacimientos y bateos

Aquí se pone la ceremonia que hacían las mujeres a las recién paridas. En sabiendo que alguna parienta había parido luego todas las vecinas, y amigas y parientas, iban a visitarla para ver la criatura que había nacido; y antes que entrasen en aquella casa, fregábanse las rodillas con ceniza y también fregaban las rodillas a sus niños, que llevaban consigo, no solamente las rodillas, mas todas las coyunturas del cuerpo; decían que con esto remediaban las coyunturas que no se aflojasen.

También hacían otra superstición: que cuatro días arreo ardía el fuego en casa de la recién parida, y guardaban estos cuatro días con mucha diligencia que nadie sacase fuera el fuego, porque decían que si sacaban fuego fuera quitaban la buena ventura a la criatura que había nacido.

Síguese la ceremonia que hacían cuando bautizaban a sus hijos e hijas. Este bautismo se hacía cuando salía el sol, y convidaban a todos los niños para entonces y dábanles de comer; la criatura que nacía en buen signo luego la bautizaban, y si no había oportunidad de bautizarla luego diferíanla para la tercera o séptima o décima casa, y esto hacían para proveerse de las cosas necesarias para el convite de los bateos.

Llegado el día de los bateos comían y bebían los viejos y viejas, y saludaban al niño y a la madre.

Al niño le decían: "Nieto mío, has venido al mundo donde has de padecer muchos trabajos y fatigas, porque estas cosas hay en el mundo. Por ventura vivirás mucho tiempo, te lograremos y te gozaremos, porque eres imagen de tu padre y de tu madre, eres proven y brotón de tus abuelos y antepasados, los cuales conocíamos, que vivieron en este mundo".

Dicho esto y otras cosas semejantes, halagaban a la criatura, trayéndole la mano sobre la cabeza en señal de amor: y luego comenzaban a saludar a la madre, diciendo de esta manera: "Hi-

ja mía, o señora mía, habéis sufrido trabajo en parir a vuestro hijo que es amable como una pluma rica o piedra preciosa; hasta ahora érades uno, vos y vuestra criatura, ahora ya sois dos distintos, cada uno ha de vivir por sí, y cada uno ha de morir por sí, por ventura gozaremos y lograremos algún tiempo a vuestro hijo y lo tendremos como a sartal de piedras preciosas.

Esforzaos, hija, y tened cuidado de vuestra salud; mirad, no caigáis en enfermedad por vuestra culpa y tened cuidado de vuestro hijito, mirad que las madres mal avisadas matan a sus hijos durmiendo, o cuando maman; si no les quitan la teta con tiento, suélense agujerar el paladar y mueren; mirad que pues que nos le ha dado nuestro señor no le perdamos por vuestra culpa, y no es menester fatigaros con más palabras".

Síguese la manera del convite que se hacía en los bateos. Llegado el día de los bateos, juntábanse los convidados en la casa del que hacía el bateo y luego se asentaban por su orden, porque tenían sus asientos a cada uno según su manera.

Luego comenzaban los que tenían el cargo de servir las cosas del convite, los que habían elegido para esto; ponían luego cañas de humo con sus platos delante de cada uno de los convidados; luego dábanles flores en las manos, y poníanles guirnaldas en las cabezas y echábanles sartales de flores al cuello; y luego todos los convidados comenzaban a chupar el humo de las cañas, y a oler las flores.

Después de esto venían los servidores de la comida, y traían comida a cada uno según su comida, y la ponían delante del que estaba sentado.

Una orden de *chiquihuites* con diversas maneras de pan, y pareados en los *chiquihuites* otros tantos cajetes con diversas maneras de cazuela, con carne o pescado; y antes que comenzasen a comer los convidados la comida que les habían puesto, tomaban un bocado de la comida y arrojábanle al suelo a honra del dios Tlaltecutli, y luego comenzaban a comer; habiendo comido daban las sobras a sus criados, y también los cajetes y *chiquihuites.*

Luego venían los que servían el cacao y ponían a cada uno una jícara de cacao, y a cada uno le ponían su palillo, que llaman

aquautl, y las sobras del cacao daban a sus criados.

Después de haber ellos bien bebido y comido estábanse en sus asientos un ratillo, reposando; y algunos a quien no les contentaba la comida y bebida, levantábanse luego enojados e íbanse murmurando del convite y el que los convidó y entrábanse en su casa enojados; y si alguno de parte del que convidó veía aquello, decíalo al señor del convite, el cual los hacía llamar para el día siguiente y les daba de comer y consolaba; a este día llamaban *apeualo,* porque en él se acababa todo el convite.

A las mujeres, que comían en otra parte, no las daban cacao a beber sino ciertas maneras de mazamorra, sembrado con diversas maneras de *chilmolli* por encima; y a la noche los viejos y viejas juntábanse y bebían *pulcre* y emborrachábanse. Para hacer esta borrachería ponían delante de ellos un cántaro de *pulcre,* y el que servía echaba en una jícara y daba a cada uno a beber, por su orden, hasta el cabo.

A las veces daban *pulcre* que llaman *iztacoctli,* que quiere decir *pulcre* blanco, que es lo que mana de los magueyes, y otras veces daban *pulcre* hechizo de agua y miel, cocido con la raíz, al cual llaman *ayotli,* que quiere decir *pulcre* de agua, lo cual tenía guardado y aparejado el señor del convite de algunos días antes.

Y el servidor, cuando veía que no se emborrachaban, tornaba a dar a beber por la parte contraria a la mano izquierda, comenzando de los de más abajo.

En estando borrachos, comenzaban a cantar; unos cantaban y lloraban, y otros cantaban y habían placer; cada uno cantaba lo que quería, y por el tono que se le antojaba; ninguno concertaba con otro. Unos de ellos cantaban a voces, y otros cantaban bajito, como dentro de sí.

Otros no cantaban, sino parlaban y reían y decían gracias, y daban grandes risadas cuando oían a los que decían gracias. De esta manera se hacían los convites, cuando alguno convidaba por alguna causa.

[*Historia,* lib. IV, caps. XXXIV, XXXV y XXXVI.]

Ceremonias del fuego nuevo, al acabar la gavilla de cincuenta y dos años

Acabada la dicha rueda de los años, al principio del nuevo año que se decía *ome ácatl,* solían hacer los de México y de toda la comarca una fiesta o ceremonia grande, y que llamaban *toxiuh molpilia;* y es casi atadura de los años, y esta ceremonia se hacía de cincuenta y dos en cincuenta y dos años, es a saber, después que cada una de las cuatro señales había regido trece veces a los años.

Decíase aquella fiesta *toxiuh molpilia,* que quiere decir, "átanse nuestros años", y porque era principio de otros cincuenta y dos años, decían también *xiuhtzitzquilo,* que quiere decir, "se torna el año nuevo", y en señal de esto cada uno tocaba a las yerbas, para dar a entender que ya se comenzaba la cuenta de otros cincuenta y dos años para que se cumpliesen ciento cuatro años, que hacen un siglo.

Así que entonces sacaban también nueva lumbre y cuando ya se acercaba el día señalado para sacar nueva lumbre, cada vecino de México solía echar, o arrojar en el agua o en las acequias o lagunas, las piedras o palos que tenían por dioses de su casa, y también las piedras que servían en los hogares para cocer comida, y con que molían *ajíes* o chiles, y limpiaban muy bien las casas y al cabo mataban todas las lumbres.

Era señalado cierto lugar donde se sacaba y se hacía la dicha nueva lumbre, y era encima de una sierra que se dice *Uixachtlan,* que está en los términos de los pueblos de Itztapalapa y Colhuacan, dos leguas de México; y se hacía la dicha lumbre a media noche, y el palo de donde se sacaba fuego estaba puesto sobre el pecho de un cautivo que fue tomado en la guerra, y el que era más generoso, de manera que sacaban la dicha lumbre de palo bien seco, con otro palillo largo y delgado como asta, rodándole entre las palmas muy de presto con entrambas palmas como *toeciendo;* y cuando acertaban a sacarla y estaba ya hecha, luego incontinenti abrían las entrañas del cautivo y sacábanle el corazón y arrojábanlo en el fuego, atizándole con él, y todo el cuerpo se acababa en el fuego.

Y los que tenían oficio de sacar lumbre nueva eran los sacerdotes solamente, y especialmente el que era del barrio de Copolco tenía el dicho oficio, él mismo sacaba y hacía fuego nuevo.

Está arriba declarado que en la sierra de *Uixachtlan* solían hacer fuego nuevo, y el orden que tenían en ir a aquella sierra es éste: que en la vigilia de la dicha fiesta, ya puesto el sol, se aparejaban los sacerdotes de los ídolos y se vestían y se componían con los ornamentos de sus dioses, así que parecían que eran los mismos dioses; y al principio de la noche empezaban a caminar, poco a poco y muy despacio, y con mucha gravedad y silencio, y por esto decían *teonenemi,* que quiere decir, caminan como dioses; partíanse de México y llegaban a la dicha sierra ya casi cerca de media noche, y el dicho sacerdote del barrio de Copolco, cuyo oficio era de sacar (la) lumbre nueva, traía en sus manos los instrumentos con que se sacaba el fuego; y desde México por todo el camino iba probando la manera con que fácilmente se pudiese hacer lumbre.

Venida aquella noche en que (se) había de hacer y tomar lumbre nueva, todos tenían muy grande miedo y estaban esperando con mucho temor lo que acontecería, porque decían y tenían esta fábula o creencia entre sí, que si no se pudiese sacar lumbre que habría fin el linaje humano, y que aquella noche y aquellas tinieblas serían perpetuas, y que el sol no tornaría a nacer o salir; y que de arriba vendrían y descenderían los *tzitzimime,* que eran unas figuras feísimas y terribles, y que comerían a los hombres y mujeres.

Por lo cual todos se subían a las azoteas, y allí se juntaban todos los que eran de cada casa, y ninguno osaba estar abajo.

Y las mujeres preñadas en su rostro o cara ponían una carátula de penca de maguey, y también encerrábanlas en las trojes porque tenían y decían, que si la lumbre no se pudiese hacer, ellas también se volverían fieros animales y que comerían a los hombres y mujeres.

Lo mismo hacían con los niños, porque ponían les la dicha carátula de maguey en la cara, y no los dejaban dormir poco ni mucho; y los padres y las madres ponían muy gran solicitud en despertarlos, dándoles cada rato de empujones y voces, porque decían que si los dejasen a ellos dormir que se habían de volver ratones.

De manera que todas las gentes no entendían en otra cosa sino en mirar hacia aquella parte, donde se esperaba la lumbre,

y con gran cuidado estaban esperando la hora y momento en que había de parecer y se viese el fuego; y cuando estaba sacada la lumbre, luego se hacía una hoguera muy grande para que se pudiese ver desde lejos; y todos, vista aquella luz, luego cortaban sus orejas con navajas y tomaban de la sangre que salía y esparcíanla hacia aquella parte de donde parecía la lumbre.

Y todos eran obligados a hacerlo, hasta los niños que estaban en las cunas, porque también les cortaban las orejas; porque decían que de aquella manera, todos hacían penitencia o merecían, y los ministros de los ídolos abrían el pecho y las entrañas del cautivo, con un pedernal agudo como un cuchillo según está dicho arriba.

Hecha aquella hoguera grande, según dicho es de la lumbre nueva, luego los ministros de los ídolos, que habían venido de México y de otros pueblos, tomaban de aquella lumbre, porque allí estaban esperándola, y enviaban por ella los que eran muy ligeros y grandes corredores, y llevábanla en unas teas de pino hechas a manera de hachas; corrían todos a gran prisa, y a porfía, para que muy presto se llevase la lumbre a cualquier pueblo.

Los de México, en trayendo aquella lumbre, con aquellas teas de pino, luego la llevaban al templo del ídolo de Huitzilopochtli y poníanla en un candelero hecho de cal y canto, puesto delante del ídolo, y ponían en él mucho incienso de copal; y de allí tomaban y llevaban al aposento de los sacerdotes que se dicen mexicanos y después a otros aposentos de los dichos ministros de los ídolos, y de allí tomaban y llevaban todos los vecinos de la ciudad; y era cosa de ver aquella multitud de gente que venía por la lumbre, y así hacían hogueras grandes y muchas en cada barrio, y hacían muy grandes regocijos.

Lo mismo hacían los otros sacerdotes de otros pueblos, porque llevaban la dicha lumbre muy de prisa y a porfía, porque el que más podía correr que otros tomaba la tea de pino y así, muy presto, casi en un momento llegaban a sus pueblos, y luego venían a tomar todos los pueblos de ella; y era cosa de ver la muchedumbre de los fuegos en todos los pueblos, que parecía ser de día, y primero se hacían lumbres en las casas donde moraban los dichos ministros de los ídolos.

De la dicha manera hecha la lumbre nueva, luego los vecinos de cada pueblo, en cada casa, renovaban sus alhajas, y los hombres y mujeres se vestían de vestidos nuevos y ponían en el suelo nuevos petates, de manera que todas las cosas que eran menester en casa, eran nuevas, en señal del año nuevo que se comenzaba; por lo cual todos se alegraban y hacían grandes fiestas, diciendo que ya había pasado la pestilencia y hambre, y echaban en el fuego mucho incienso y cortaban cabezas de codornices, y con las cucharas de barro ofrecían incienso a sus dioses, a cuatro partes del mundo, estando cada uno en el patio de su casa, y después metían lo ofrecido en la hoguera, y después comían *tzouatl,* que es comida hecha de bledos con miel, y mandaban a todos ayunar y que nadie bebiese agua hasta medio día.

Siendo ya medio día comenzaban a sacrificar y a matar hombres cautivos, o esclavos, y así hacían fiestas y comían y renovaban las hogueras.

Y las mujeres preñadas que estuvieron encerradas y tenidas por animales fieros, si entonces acontecía parir, ponían a sus hijos estos nombres: *Molpilia,* etc., en memoria de lo que había acontecido en su tiempo, y a las hijas *Xiuhnenetl,* etc.

En tiempo de Motecuzoma hízose aquella fiesta ya dicha, el cual mandó en todo su reino que trabajasen de tomar algún cautivo que tuviese el dicho nombre, y fue tomado un hombre de Huexotzingo, muy generoso, el cual se decía *Xiuhtlamin;* y lo tomó en la guerra un soldado de Tlaltilulco que había (de) nombre *Itzcuin,* por lo cual después le llamaban a él *Xiuhtlaminmani,* que quiere decir "tomador de *Xiuhtlamin*"; y en el pecho del dicho cautivo se hizo la lumbre nueva y su cuerpo se quemó, según era (la) costumbre.

[*Historia,* lib. VII, caps. X, XI, XII, XIII.]

De los atavíos de los señores

En este capítulo se ponen cinco o seis maneras de mantas que usaban los señores para su vestir.

Usaban los señores una manera de mantas muy ricas que se llamaban *coaxayacayo tilmatli;* era toda la manta leonada y tenía la una cara de monstruo, o de diablo, dentro de un círculo plateado, en un campo colorado; estaba toda ella llena de estos círculos y caras, y tenía una franja todo alrededor; de la parte de adentro tenía una labor de unas eses, contrapuestas en unos campos cuadrados, y de estos campos unos van ocupados y otros vacíos; de la parte de afuera esta franja tenía unas esférulas macizas, no muy juntas. Estas mantas usaban los señores y dábanlas por librea a las personas notables y señaladas en la guerra.

Usaban también otras mantas que se llamaban *teccizyo tilmatli,* llamábanse de esta manera porque tenían tejidos dibujos de caracoles mariscos, de *tochómitl* colorado, y el campo era de unos remolinos de agua, azules claros. Tenía un cuadro que la cercaba toda de azul, la mitad oscuro y la mitad claro, y otro cuadro después de éste de pluma blanca, y luego una franja de *tochómitl* colorado, no deshilada sino tejida y almenada.

Otra manera de mantas usaban los señores que se llaman *temalacayo tilmatli tenixio.* Esta manera de mantas era (de) leonado oscuro todo el campo, y en este campo estaban tejidas unas figuras de rueda de molino; en la circunferencia tienen un círculo negro, y dentro de éste otro círculo blanco más ancho, y el centro era un círculo pequeño leonado, rodeado con un círculo negro, estas figuras eran doce de tres en tres, en cuadro. Tenía esta manta una franja por todo el rededor llena de ojos en campo negro, y por eso se llama *tenixio,* porque tiene ojos por toda la orilla.

Usaban también otras mantas que se llamaban *itzcoayo tilmatli* que tenía seis sierras como hierros de aserrar, dos en el un lado y otras dos en el otro, y otras dos en el medio, todas contrapuestas en un campo leonado; entre cada dos estaban unas letras eses sembradas, con unas letras eses entrepuestas; tenían dos bandas del campo leonado, más desocupadas que las demás; tenían una franja por todo el rededor, con unos lazos de pluma en unos campos negros.

Usaban también unas mantas que se llamaban *ome tochtecomayo tilmatli;* estaban sembradas de unas jícaras muy ricas y

muy hermosas, que tenían tres pies, y dos alas como de mariposa; el vaso era redondo, colorado, y negro, las alas verdes, bordadas de amarillo, con tres esférulas amarillas en cada una; el cuello de esta jícara era hecho como una marquesota de camisa, con cuatro cañas que salían arriba, labradas de pluma azul y colorado; y estaban sembradas estas jícaras en un campo blanco. Tenían en las dos orillas delanteras dos bandas de colorado, con unas bandas atravesadas de blanco, de dos en dos.

No se explican más mantas que las dichas porque comúnmente las demás las usan todos; pero es de notar la habilidad de las mujeres que las tejen, porque ellas pintan las labores en la tela cuando las van tejiendo, y ordenan los colores en la misma tela conforme al dibujo, y así la tejen como primero la han pintado, diferenciando colores de hilos como lo demanda la pintura.

Usaban otras mantas que se llamaban *papaloyo tilmatli tenixio;* tienen el campo leonado, y en él sembradas unas mariposas tejidas de pluma blanca, con un ojo de persona en el medio de cada una; estaban ordenadas en rende, de esquina en esquina; tiene esta manta una flocadura de ojos por todo el rededor, en campo negro, y después una franja colorada almenada.

Usaban también otras mantas de leonado, sembradas de unas flores que llaman *ecacozcatl,* puestas de tres en tres por todo el campo, y en medio de cada dos, dos trocitos de pluma blanca tejidos; tienen una franja de pluma por todo el rededor, y después una flocadura de ojos por todo el rededor; y esta manta se llama *xaualquauhyo tilmatli tenixio.*

Usaban otras mantas que se llamaban *ocelotentlapalli yític ica océlotl;* estaba en el medio pintada como cuero de tigre y tenía por flocadura de una parte y de otra unas fajas coloradas, con unos trozos de pluma blanca hacia la orilla.

Todas estas mantas arriba dichas son sospechosas; la manta que se llama *ixneztlacuilolli,* y otra manta que se llamaba *ollin,* que tenía pintada la figura del sol, con diversos colores y labores.

[*Historia,* lib. VIII, cap. VIII.]

De los aderezos que los señores usaban en sus areitos

Uno de los aderezos, y el primero que usaban los señores en los areitos, se llamaba *quetzalilpiloni,* y eran dos borlas hechas de plumas ricas guarnecidas con oro, muy curiosas; y traíanlas atadas a los cabellos de la coronilla de la cabeza, que colgaban hasta el pescuezo por la parte de las sienes, y traían un plumaje rico a cuestas, que se llamaba *tlauhquecholtzontli,* muy curioso.

Llevaban también en los brazos unas ajorcas de oro, que todavía las usan, y unas orejeras de oro que ya no las usan; traían también atada a las muñecas una correa gruesa negra, sobada con bálsamo, y en ella una cuenta gruesa de *chalchihuitl,* u otra piedra preciosa.

También traían un barbote de *chalchihuitl* engastado en oro metido en la barba, y ya tampoco usan esto; también traían estos barbotes hechos de cristal, largos y dentro de ellos unas plumas azules metidas, que les hacen parecer zafiros.

Otras muchas maneras de piedras preciosas traían por barbotes. Traían el bezo agujerado, y por allí los traían colgados, como que salían de dentro de la carne; también traían unas medias lunas de oro, colgadas en los bezotes.

Traían también agujeradas las narices los grandes señores, y en los agujeros metidas unas turquesas muy finas, u otras piedras preciosas, una de la una parte y otra de la otra de la nariz; traían también unos sartales de piedras preciosas al cuello; traían una medalla colgada de un collar de oro, y en el medio de ella una piedra preciosa llana y por la circunferencia colgaban unos pinjantes de perlas; usaban también unos brazaletes de mosaico, hechos de turquesas, con unas plumas ricas que salían de ellos, que eran más altas que la cabeza, y bordadas con plumas ricas, y con oro, y con unas bandas de oro, que subían con las plumas.

Usaban también traer en las piernas, de la rodilla abajo, grebas de oro muy delgadas; usaban también traer en la mano derecha una banderilla de oro, y en lo alto un remate de plumas ricas; usaban también traer por guirnaldas una ave de plumas ricas hecha, que traía la cabeza y el pico hacia la frente y la cola hacia el cogote, con unas plumas muy ricas y muy largas, y las alas de esta ave venían hacia las sienes, como cuernos, hechas de plumas ricas; también usaban traer unos moscaderos en la

mano, que llamaban *quetzallicaceuaztli,* y con unas bandas de oro, que subían con las plumas; usaban también traer en la mano izquierda unos brazaletes de turquesas muy buenas sin plumaje ninguno.

Traían un collar de oro, hecho de cuentas de oro y entrepuestos unos caracolitos mariscos, entre cada dos cuentas uno; también usaban traer collares de oro, hechos a manera de eslabones de víboras.

También usaban los señores, en los areitos, traer flores en la mano juntamente con una caña de humo que iban chupando.

Tenían también un espejo en que se miraban cuando se componían, y después de compuestos mirábanse bien al espejo, y luego lo daban a un paje para que lo guardase; traían también unas cotaras, los calcaños de las cuales eran de cuero de tigre, y las suelas de cuero de ciervo hechas de muchos dobleces y cosido, con pinturas.

Usaban de atambor y de atamboril, el atambor era alto, como hasta la cinta, de la manera de los de España en la cobertura; era el tamboril de madera, hueco, tan grueso como un cuerpo de un hombre, y tan largo como tres palmos, unos poco más y otros poco menos, y muy pintados; este atambor y este atamboril ahora lo usan de la misma manera.

Usaban también unas sonajas de oro, y las mismas ahora usan de palo; y usaban de unas conchas de tortuga hechas de oro, en que iban tañendo, y ahora las usan estos naturales de la misma tortuga.

También usaban de carátulas o máscaras labradas de mosaico, y de cabelleras, como las usan ahora, y unos penachos de oro que salían de las carátulas.

[*Historia,* lib. VIII, cap. IX.]

De los aderezos que los señores usan en la guerra

Usaban los señores en la guerra un casquete de plumas muy coloradas, que se llamaban *tlauhquechol,* con oro, y alrededor del casquete una corona de plumas ricas, y del medio de la corona salía un manojo de plumas ricas, que llaman *quetzalli* como

penachos, y colgaba de este plumaje hacia las espaldas un atambor pequeñuelo, puesto en una escaleruela como para llevar carga, y todo esto era dorado.

Llevaban un coselete de pluma bermeja que les llegaba hasta los medios muslos, todo sembrado de caracolitos de oro; y llevaban unas faldetas de pluma rica.

Llevaban una rodela con un círculo de oro por toda la orilla, y el campo de la orilla era de pluma rica, colorada, verde, azul, etcétera; y de la parte de abajo, del medio abajo, por la circunferencia llevaban colgados unos rapacejos hechos de pluma rica, con unos botones, y unas borlas todo de pluma.

Llevaban un collar de piedras preciosas muy finas y todas iguales y redondas (que) eran *chalchihuites* y turquesas muy finas; y llevaban unas plumas verdes en lugar de cabellera, con unas bandas de oro entrepuestas, o llevaban un coselete de plumas verdes y a cuestas llevaban el atambor, también verde en un *cacaxtli;* también el atambor llevaba unas faldetas de plumas ricas y de oro, y llevaban unos rayos hechos de oro, sembrados por el coselete.

Llevaban otra manera de divisas y armas, que se llaman *ocelotótec,* que era hecho de cuero de tigre con unos rayos de oro sembrados, y el atambor que llevaban a cuestas era pintado como cuero de tigre, y las faldetas del atambor eran de plumas ricas con unas llamas de oro en el remate; y otra manera de rodela con pluma rica que se llama *xiuhtótotl,* y en el medio de ella estaba un cuadro de oro; llevaban también a cuestas unas plumas verdes a manera de mariposas, y traían una manera de chamarra hecha de plumas amarillas, que se llaman *tociuitl,* porque son de papagayo, y llegaba esta chamarra hasta las rodillas con unas llamas de oro sembradas.

Usaban otra manera de rodela hecha de plumas ricas, y el centro de ella era de oro, redondo, labrado en él una mariposa.

Otra manera de armas solían usar los señores, hechas con plumas verdes que se llaman *quetzalli,* a manera de choza, y en todas las orillas tenían unas flocaduras de pluma rica y con oro; llevaban también una chamarra de plumas amarillas; usaban también los señores en la guerra una manera de capacete de oro,

y con dos manojos de *quetzalli,* puestos a manera de cuernos, y con este capacete usaban la chamarra que arriba se dijo; usaban también otra manera de capacete de plata, y también traían otra manera de divisas de pluma rica y de oro; llevaban también con este capacete una chamarra hecha de la misma pluma ya dicha, y con unas llamas de oro.

También solían traer los señores en la guerra una manera de banderilla hecha de *quetzalli,* entrepuestas unas bandas de oro, y en lo alto de la banderilla iba un manojo de *quetzalli,* como penacho; otra manera de banderillas hechas de plata, y en lo alto de las banderillas sus penachos; también usaban de otra manera de banderillas, hechas de unas bandas de oro, y en lo alto de éstas sus penachos.

También los señores llevaban a cuestas unas maneras de divisas que se llaman *itzpapálotl;* es esta divisa hecha de manera de figura del diablo, hecha de plumas ricas, y tenía las alas y cola a manera de mariposa, de plumas ricas, y los ojos y uñas y pies y cejas, y todo lo demás era de oro, y en la cabeza de ésta poníanle dos manojos de *quetzalli* que eran como cuernos.

Otra manera de divisas solían traer a cuestas los señores que se llama *xochiquetzalpapálotl,* también hecha a manera de la imagen del diablo, porque tenía la cara, y manos y pie, y ojos y uñas y nariz como del diablo hechos de oro, y las alas y cola de la misma pluma ya dicha, y el cuerpo era hecho de diversas plumas ricas, verdes, azules, etc., y con oro, y tenían sus cuernos de pluma rica, como de mariposa; usaban también de otra divisa que se llama *quetzalpatzactli,* con una chamarra hecha de plumas verdes, con una rodela también de pluma verde, vestida con una plancha de oro redonda en el medio.

Otras divisas usaban que se llaman *tozquaxólotl;* era como un cestillo hecho de plumas, y en medio de él un perrillo, el cual tenía en la cabeza un plumaje largo; tenía este perrillo los ojos de oro, y las uñas de oro, etc.; con esto llevaban una chamarra de pluma amarilla con unas llamas de oro sembradas.

Usaban de otra divisa como la arriba dicha, salvo que la pluma era azul y llevaba mezclado mucho oro, y también la chamarra era de pluma azul; usaban de otras divisas de la misma manera de las ya dichas, sino que la pluma era blanca, y otras de la

misma manera de pluma colorada; usaban otras divisas que se llamaban *zacatzontli,* de plumas ricas amarillas, con su chamarra de pluma amarilla; usaban divisas que se llamaban *tostzitzímitl,* hechas de plumas ricas con oro y el *tzitzímitl* era como un monstruo hecho de oro, que estaba en medio de la divisa; llevaba este *tzitzímitl* un penacho de pluma rica; usaban también otra divisa que llaman *xoxouhqui tzitzímitl,* (y) era un monstruo como demonio, hecho de plumas verdes y con oro, y encima de la punta de la cabeza llevaba un penacho de plumas verdes; usaban también de otra divisa, que se llamaba *iztac tzitzímitl,* (que) es como las arriba dichas, salvo que los plumajes eran blancos; usaban también de unos capillos que llaman *coztic cuextécatl,* con un penacho que salía de la punta del capillo; llevaban en este capillo una medalla de oro, atada con un cordón al mismo capillo, como manera de guirnalda; la chamarra que era compañera de esta divisa, era de pluma amarilla, con unas llamas de oro; llevaban una media luna de oro colgada de las narices; llevaban unas orejeras de oro que colgaban hasta los hombros, hechas a manera de mazorcas de maíz.

A otra divisa de la manera ya dicha llamaban *iztac cuextécatl,* a otra divisa como las dichas llamaban *chictlapanqui cuextécatl,* porque la mitad era verde y la mitad amarilla, así el capillo, como la chamarra; a otras divisas de éstas llamaban *coztic teocuitlacopilli,* porque el capillo era todo de oro, con un vaso con plumas encima de la punta del capillo; a otras divisas de éstas llamaban *iztac teocuitlacopilli,* (y) no eran como la de arriba, sino que eran de plata.

Usaban también llevar en la guerra unos caracoles mariscos, para tocar el arma, y unas trompetas; también usaban de unas banderillas de oro las cuales, en tocando el arma, las levantaban en las manos para que comenzasen a pelear los soldados.

Usaban también estandarte, hecho de pluma rica, *coni,* una gran rueda de pluma rica; llevaba este estandarte en el medio la imagen del sol, hecha de oro.

También usaban otras divisas que llaman *xiloxochipatzactli,* hechas a manera de almete, con muchos penachos, y dos ojos de oro; usaban también de espadas de madera, y el corte era de pie-

dras de navajas pegadas a la madera, que era en forma de espada roma.

Otras divisas usaban también que llamaban *quetzalaztatzontli,* hechas de pluma de oro; usaban de otras divisas que llamaban *ocelotlachicómitl,* que es un cántaro aforrado en cuero de tigre, del cual sale un clavel lleno de flores, hecho de pluma rica.

[*Historia,* lib. VIII, cap. XII.]

De los atavíos de las señoras

Usaban las señoras vestirse los *huipiles* labrados y tejidos de muy muchas maneras de labores.

Usaban también las señoras de poner mudas en la cara con color colorado o amarillo, o prieto hecho de incienso quemado con tinta; y también untaban los pies con el mismo color prieto; y también usaban traer los cabellos largos hasta la cinta, y otras traían los cabellos hasta las espaldas; y otras traían los cabellos largos de una parte y otra de las sienes y orejas, y toda la cabeza trasquilada; y otras traían los cabellos torcidos con hilo prieto de algodón, y los tocaban a la cabeza, y así lo usan hasta ahora, haciendo de ellos como unos cornezuelos sobre la frente; y otras tienen más largos los cabellos, y cortan igualmente el cabo de los cabellos por hermosearse, y en torciéndolos y atándolos parecen ser todos iguales, y otras trasquilan toda la cabeza.

Usan también las mujeres teñir los cabellos con lodo prieto, o con una yerba verde que se llama *xiuhquilitl,* por hacer relucientes los cabellos, a manera de color morado; y también limpian los dientes con color colorado o grana.

Usaban también pintar las manos con todo el cuello y pecho. También las señoras usaban el bañarse y enjabonarse, y enseñábanlas a ser vergonzosas y hablar con reverencia, y tener acatamiento a todos, y ser diestras y diligentes en las cosas necesarias a la comida, etc.

[*Historia,* lib. VIII, cap. XV.]

De la manera de las casas reales

1. De la audiencia en las causas criminales

El palacio de los señores, o casas reales, tenía muchas salas: la primera era la sala de la Judicatura, donde residían el rey, los señores cónsules, u oidores, y principales nobles, oyendo las cosas criminales, como pleitos y peticiones de la gente popular, y allí juzgaban a los criminales a pena de muerte, o ahorcar, o apedrear o achocarlos con palos; de manera que los señores usaban dar muchas maneras de muerte por justicia, y también allí juzgaban a los principales nobles y cónsules, cuando caían en algún crimen condenándolos a muerte o a destierro, o ser trasquilados, o les hacían *mace-guales* o los desterraban perpetuamente del palacio, o echábanlos presos en unas jaulas recias y grandes.

También allí los señores libertaban a los esclavos injustamente hechos.

En tiempo de Motecuzoma hubo muy gran hambre por espacio de dos años, por lo cual los principales vendieron muchos así (a) sus hijos como hijas, por no tener qué comer; y oyendo Motecuzoma que los señores vendieron sus hijos e hijas por el hambre, hubo gran misericordia, y mandó a sus vasallos que juntasen todos los esclavos hidalgos que se habían comprado; y luego el señor mandó dar a sus dueños a cada uno su paga, o sus dones, como mantas de cuatro piernas y delgadas, y *quachtles,* que son como de campeche; y también les dieron maíz por los que habían comprado los principales, y fue la paga doblada del precio que habían dado.

Y en esta primera sala, que se llamaba *tlaxitlan,* los jueces no diferían los pleitos de la gente popular, sino procuraban de determinarlos presto; ni recibían cohechos, ni favorecían al culpado, sino hacían la justicia derechamente.

2. De la audiencia en las causas civiles

Otra sala del palacio se llamaba *tecalli* o *tecalco;* en este lugar residían los senadores y los ancianos para oír los pleitos y peticiones, que les ofrecían la gente popular; y los jueces procuraban de hacer su oficio con mucha prudencia y sagacidad, y presto los despachaban; porque primeramente demandaban la pintura, en que estaban escritas, o pintadas las causas, como hacienda o casas o maizales; y después cuando ya se quería acabar el plei-

to, buscaban los senadores los testigos, para que se afirmasen en lo que habían visto u oído; con esto se acababan los pleitos.

Y si oía el señor que los jueces o senadores, que tenían que juzgar, dilataban mucho, sin razón, los pleitos de los populares, que pudieran acabar presto, y los detenían por los cohechos o pagas o por amor de los parentescos, luego el señor mandaba que les echasen presos en unas jaulas grandes, hasta que fuesen sentenciados a muerte; y por esto los senadores y jueces estaban muy recatados o avisados en su oficio.

En el tiempo de Motecuzoma echaron presos (a) muchos senadores o jueces, en unas jaulas grandes, a cada uno de por sí, y después fueron sentenciados a muerte, porque dieron relación a Motecuzoma que estos jueces no hacían justicia derecha, o justa, sino que injustamente la hacían, y por eso fueron muertos; y eran éstos que se siguen; el primero se llamaba Mixcoatlailotlac, el segundo Teicnótlamachtli, el tercero Tlacochcálcatl, el cuarto Ixtlacami coatlailotlac, el quinto Umaca, el sexto Toqual, el séptimo Uictlolinqui. Éstos eran todos del Tlatelolco.

3. De la audiencia para la gente noble

Otra casa del palacio se llamaba *tecpilcalli;* en este lugar se juntaban los soldados nobles y hombres de guerra, y si el señor sabía que alguno de ellos había hecho algún delito criminal de adulterio, aunque fuese más noble o principal, luego le sentenciaban a muerte; matábanle a pedradas.

En el tiempo de Motecuzoma fue sentenciado un gran principal que se llamaba Uitznauatlecamalacatl, el cual había cometido adulterio, y le mataron a pedradas delante de toda la gente.

4. Del consejo de guerra

Otra sala del palacio se llamaba *tequiacacalli,* por otro nombre *quauh-calli.* En este lugar se juntaban los capitanes, que se nombraban *tlatlacochcalca* y *tlatlacateca,* para el consejo de la guerra.

Había también otra sala del palacio que se llamaba *achcauhcalli;* en este lugar se juntaban y residían los *achcacauhtin,* que tenía cargo de matar a los que condenaba el señor, y si no cumplían lo que les mandaba el señor, luego les condenaban a muerte.

Había otra sala en el palacio que se llamaba *cuicacalli*. En este lugar se juntaban los maestros de los mancebos, que se llamaban *tiachcauan* y *telpochatlatoque*, para aguardar lo que les había de mandar el señor, para hacer algunas obras públicas; y cada día a la puesta del sol tenían por costumbre de ir desnudos a la dicha casa de *cuicacalli*, para cantar y bailar; solamente llevaba cada uno una manta hecha a manera de red, y en la cabeza ataban unos penachos de plumas con unos cordones hechos de hilo de algodón colorado, porque se llamaba *tochacatl*, con que ataban los cabellos; y en los agujeros de las orejas ponían unas turquesas, y en los agujeros de la barba traían unos barbotes de caracoles mariscos blancos.

Y así todos los mancebos que se criaban en las casas de *telpochcalli*, iban a bailar cada noche y cesaban como a las once, y luego los sacerdotes y ministros de los ídolos comenzaban a tañer a maitines, con unos caracoles mariscos grandes, por razón que era hora de salir a hacer penitencia, según su costumbre.

De esta manera, en cesando de bailar todos los mancebos, luego iban a dormir en las casas del *telpochcalti*, y nadie se iba a dormir a su casa; y todos dormían desnudos, sino con aquellas mantillas con que bailaban se cubrían cada uno por sí; y en durmiendo un poco, luego luego se levantaban para ir al palacio del señor.

Y si el señor sabía que alguno de ellos había echado algunas derramas de tributo o de comida o bebida, que comiesen los maestros de los mancebos, luego el señor los mandaba prender y echarlos en la cárcel de las jaulas grandes, por sí cada uno; o si sabía el señor que alguno de ellos se había emborrachado o amancebado, o había adulterio, mandábale prender, y sentenciábanle a muerte; o le daban garrote, o le mataban a pedradas, o palos delante de toda la gente, para que tomasen miedo de no atreverse a hacer cosa semejante.

5. De las trojes o alhóndigas

Otra sala del palacio se llamaba *petlacalco*. En este lugar posaba un mayordomo del señor, que tenía cargo y cuenta de todas las trojes de los mantenimientos de maíz que se guardaban para proveimiento de la ciudad y república, que cabían a cada dos mil fanegas de maíz, en las cuales había maíz de veinte años sin da-

ñarse; también había otras trojes en que se guardaba mucha cantidad de frijoles.

Había también otras trojes en que se guardaban todos los géneros de bledos y semillas; había otras trojes en que se guardaba la sal gruesa por moler, que la traían por tributo de tierra caliente; también había otras trojes en que se guardaban fardos de chile y pepitas de calabazas de dos géneros, unas medianas y otras mayores.

En estas alhóndigas estaban también de aquellos que hacían algunos delitos, por los cuales no merecían muerte.

6. De la casa de los mayordomos

Otra sala se llamaba *calpixcacalli,* por otro nombre *texancalli.* En este lugar se juntaban todos los mayordomos del señor; trayendo cada uno la cuenta de los tributos que tenía a su cargo, para dar cuenta y razón de ellos al señor cuando se los pidiese, y así cada día tenía cada uno aparejado el tributo que era a su cargo; y si el señor sabía y tenía averiguado de alguno de los mayordomos, que había tomado y aplicado para sí alguna parte del tributo que era a su cargo, luego mandaba el señor prenderle y echarle en una jaula hecha de viguetas gruesas; y también mandaba y proveía el señor que todas las mujeres amancebadas con el tal mayordomo, e hijos o hijas o deudos, les echasen fuera de su casa, y les desposeyesen de la casa con toda la hacienda que antes tenía el mayordomo delincuente; y así la casa con toda la hacienda se aplicaba al señor, y luego mandaba cerrarla y condenábale a muerte.

Había otra sala que se llamaba *cocalli.* En este lugar se aposentaban todos los señores forasteros, que eran amigos, o enemigos del señor, y dábales muchas joyas ricas, como mantas labradas y *maxtles* muy curiosos, y barbotes de oro que usaban poner en los agujeros de la barba, y las orejeras de oro que ponían en las orejas agujeradas, y otros barbotes de piedras preciosas de *chalchihuites* engastados en oro, y unas cuentas de *chalchihuites,* y otras cuentas de las mismas piedras para las muñecas, que usaban traerlas.

Lo que dice de los enemigos era, que con salvoconducto, venían a ver la majestad del señor de México, y los edificios del

templo y la cultura de los dioses, y el servicio o policía que el rey o señor de México tenía en su república.

7. De la casa de los cantores, y de los atavíos del areito

Había otra sala que se llamaba *mixcoacalli*. En este lugar se juntaban todos los cantores de México y Tlatilulco, aguardando a lo que les mandase el señor, si quisiese bailar, o probar u oír algunos cantares de nuevo compuestos, y tenían a la mano aparejados todos los atavíos del areito, atambor y atamboril, con sus instrumentos para tañer el atambor y unas sonajas que se llamaban *ayacachtli*, y *tetzilacatl*, y *omichicauatztli*, y flautas, con todos los maestros tañedores y cantores y bailadores, y los atavíos del areito para cualquier cantar.

Si mandaba el señor que cantasen los cantores de *Uexotzincáyotl*, o *Anahuacáyotl*, así los cantaban y bailaban con los atavíos del areito de *Uuexotzincáyotl* o *Anahuacáyotl*, y si el señor mandaba a los maestros y cantores que cantasen y bailasen el cantar que se llama *Cuextecáyotl*, tomaban los atavíos del areito conforme al cantar y se componían con cabelleras y máscaras pintadas, con narices agujeradas y cabellos bermejos, y traían la cabeza ancha y larga como lo usan los cuextecas, y traían las mantas tejidas a manera de red.

De manera que los cantores tenían muchas y diversas maneras de atavíos, de cualquier areito, para los cantares y bailes.

8. De la casa de los cautivos

Otra sala se llamaba *malcalli*. En este lugar los mayordomos guardaban los cautivos que se tomaban en la guerra, y tenían gran cargo y cuenta de ellos, y dábanles la comida y bebida y todo lo que se les pedía a los mayordomos.

Otra sala se llamaba *totocalli*, donde estaban unos mayordomos que guardaban todo género de aves. Y también en este lugar se juntaban todos los oficiales, como plateros, o herreros y oficiales de plumajes, y pintores, y lapidarios que labraban *chalchihuhites*, y entalladores. Y también en este lugar residían unos mayordomos que tenían cargo de guardar tigres, y leones y onzas y gatos cervales.

[*Historia*, lib. VIII, cap. XIV.]

De los oficiales que labran pluma

Según que los viejos antiguos dejaron por memoria de la etimología de este vocablo *Amanteca,* es que los primeros pobladores de esta tierra trajeron consigo a un dios que se llamaba *Coyotlinaual,* de las partes de donde vinieron lo trajeron consigo, y siempre le adoraron.

A éstos llamaron *in econi intlacapixoani mexiti,* que quiere decir: "los que primero poblaron que se llamaron mexiti", de donde vino este vocablo México.

Éstos desque asentaron en esta tierra y se comenzaron a multiplicar, sus nietos e hijos hicieron una estatua de madera, labrada, y edificáronla un *cu,* y el barrio donde se edificó llamáronle *Amantla;* en este barrio honraban y ofrecían a este dios que llamaban *Coyotlinaual* y por razón del nombre del barrio, que es *Amantla,* tomaron los vecinos de allí este nombre, *amanteca.*

Los atavíos y ornamentos con que componían a este dios en sus fiestas eran un pellejo de *cóyotl,* labrado; componíanle estos amantecas vecinos de este barrio Amantla aquel pellejo; teníase la cabeza de *cóyotl* con una carátula de persona, y los colmillos teníalos de oro, tenía los dientes muy largos como punzones; tenía en la mano un báculo con que se sustentaba, labrado con piedras negras de *ixtli,* y una rodela labrada de cañas macizas, que tenía por la orilla un cerco de azul claro; tenía a cuestas un cántaro o jarro de cuya boca salían muchos *quetzales;* poníanle en las gargantas de los pies unas calzuelas con muchos caracolitos blancos, a manera de cascabeles; poníanle unas cotaras tejidas o hechas de unas hojas de un árbol que llaman *icotl,* porque cuando llegaron a esta tierra usaban aquellas cotaras, componíanle siempre con ellas, para dar a entender que ellos eran los primeros pobladores *chichimecas,* que habían poblado en esta tierra de México; y no solamente adoraban a este dios en este barrio de Amantla, pero también a otros siete ídolos, a los cinco de ellos componían como varones y a los dos como mujeres, pero este Coyotlinaual era el principal de todos; el segundo se llamaba Tizaua, el tercero Macuilocélotl, el cuarto Macuilochtli, en el quinto lugar ponían a las dos mujeres, la una se llamaba

Xiuhtlati y la otra Xilo; el séptimo estaba frontero de los ya dichos, hacia ellos, el cual se llamaba Tepoztécatl.

La manera con que ataviaban (a) estos dioses arriba dichos, los que eran varones, todos llevaban a cuestas aquella divisa que llevaba Coyotlinaual; solamente al dios que se llamaba Tizaua no le componían de pellejo de *cóyotl* (y), solamente llevaba a cuestas el jarro con los *quetzales,* y unas orejeras de concha de mariscos; llevaba también su báculo y su rodela, y sus caracolitos en las piernas, y unas cotaras blancas.

El dios que se llamaba Macuilocélotl tenía vestido el pellejo de *cóyotl* con la cabeza metida en la cabeza del *cóyotl* muerto, como celada, y por la boca veía, y también llevaba a cuestas el jarro con sus *quetzales* y el báculo, con su rodela y sus cotaras blancas; de la misma manera componían al dios Macuiltochtli.

De las dos mujeres, la que se llamaba Xiuhtlati iba ataviada con un *huipil* azul, y la otra que se llamaba Xilo, que era la menor, iba vestida con un *huipil* colorado, teñido con grana; estas ambas tenían los huipiles sembrados de plumas ricas, de todo género de aves que crían plumas ricas.

La orilla del *huipilli* estaba bordada con plumas de diversas maneras, como arriba se dijo, tenían éstas en las manos cañas de maíz verdes por báculos, y llevaban también un aventadero de plumas ricas en la otra mano, y un joyel de oro hecho a manera de comal; también llevaban orejeras de oro muy pulidas, y muy resplandecientes.

Ninguna cosa llevaban a cuestas; llevaban por cabellos papeles; llevaban las muñecas de ambos brazos adornadas con plumas ricas de todas maneras; también llevaban las piernas de esta manera emplumadas desde las rodillas hasta los tobillos; tenían también cotaras tejidas de hojas de árbol que se llama *yezotl,* para dar a entender que eran chichimecas venidos a poblar a esta tierra.

[*Historia,* lib. IX, cap. XVIII.]

De la fiesta que los oficiales de pluma hacían a sus dioses

Hacían fiesta a estos dioses dos veces cada año, una vez en el mes que se llama *panquetzaliztli* y otra vez en el mes que se llama *tlaxochimaco;* en el mes de *panquetzaliztli* mataban a la imagen de Coyotlinaual. Si en esta fiesta no se ofrecía quien matase algunos esclavos, que se llamaban *tlaaltiltin,* estos amantecas se juntaban todos y compraban un esclavo, para matar (lo) a honra de este dios; comprábanlo con mantas que se llamaban *quachtli,* que eran allegadas como de tributo.

Empero si alguno de estos amantecas hacía fiesta de por sí, y mataba algunos esclavos, de éstos mataba uno a honra de este dios Coyotlinaual y componíanle a éste con todos los atavíos de aquel dios, como arriba se dijo; y si era alguna persona de caudal este que hacía fiesta, mataba dos o tres, o más esclavos, que se llamaban *tlaaltiltin,* a honra de aquellos dioses, y si no era persona de caudal mataba uno a honra de aquel dios que se llamaba Coyotlinaual.

Cuando se hacía la fiesta todos los viejos y viejas se juntaban en el barrio de Amantla; allí cantaban y hacían velar a todos los que habían de morir a honra de aquellos dioses, y tenían costumbre, para que no temiesen la muerte los que habían de morir, de darles a beber un brebaje que llaman *itzpachtli;* este brebaje desatinaba o emborrachaba, para que cuando les cortasen los pechos estuviesen sin sentido.

Había alguno de estos esclavos alocados, que ellos mismos corriendo se subían a lo alto del *cu,* deseando que los matasen de presto, deseando presto acabar la vida. La segunda vez cuando hacían la fiesta a estos dioses que se llamaba *tlaxochimaco,* no mataban a ningún esclavo.

Hacían entonces la fiesta a honra de las dos diosas ya dichas; también esta honra la enderezaban a los otros cinco dioses. En esta fiesta todas las mujeres amantecas se juntaban en el barrio de Amantla, y todas se componían de los afeites y atavíos de estas diosas, como arriba se dijo; pero los hombres solamente se emplumaban las piernas con pluma colorada, y entonces ofrecían sus hijos e hijas, estos amantecas a estos dioses y diosas, de meterles en el *Calmécac:* a los hombres para que aprendiesen el oficio *tultecayotl,* y si era mujer demandaban a aquellos dioses que la ayudasen para que fuese gran labrandera y buena tintore-

ra de *tochimitl,* en todos los colores, así para pluma como para *tochómitl.*

El barrio de los *amantecas* y el barrio de los pochtecas estaban juntos, y también los dioses de los amantecas y de los pochtecas estaban pareados, el uno se llamaba *Yiacatecutli,* que es el dios de los mercaderes, y el otro se llamaba Coyotlinaual, que es dios de los amantecas, por esta causa los mercaderes y los oficiales de la pluma se honraban los unos a los otros.

Y cuando se sentaban en los convites, de una parte se sentaban los mercaderes y de la otra parte los oficiales de la pluma. Eran casi iguales en las haciendas y en el hacer de las fiestas, o banquetes: porque los mercaderes traían de lejas tierras las plumas ricas; y los amantecas las labraban y componían, y hacían las armas y divisas y rodelas de ellas, de que usaban los señores y principales, que eran de muchas maneras y de muchos nombres, como en la letra está explicado.

Y antes que tuviesen noticia de las plumas ricas de que se hacen las divisas y armas arriba dichas, estos *toltecas* labraban plumajes para bailar de plumas blancas y negras de gallinas, y de garzotas, y de ánades. No sabían entonces aún los primores en este oficio, que ahora se usan; toscamente componían la pluma, y la cortaban con navajas de *itztli,* encima de tablas de ahuehuetl; las plumas ricas parecieron en tiempo del señor que se llamaba Auitzotl, y trajéronla los mercaderes que llamaban *tecunenenque,* cuando conquistaron a las provincias de Anáhuac: entonces comenzaron los amantecas a labrar cosas primas y delicadas.

[*Historia,* lib. IX, cap. XIX.]

JUAN BAUTISTA POMAR

(*Texcoco... – 1582...*)

Lo poco que sabemos de Juan Bautista Pomar se debe al historiador Torquemada. Era mestizo, hijo de un español y de una bastarda del último rey de Texcoco, Nezahualpitzintli, y, por tanto, biznieto del gran poeta Netzahualcóyotl. Pese a la bastardía de su ascendencia materna, pretendió la gobernación de Texcoco y casi la totalidad del patrimonio familiar de los reyes. Obtuvo satisfacción al entrar en posesión de tres cuartas partes de las casas reales y de otros bienes de la herencia.

En 1582, a requirimiento de Juan Velázquez de Salazar, alcalde de Tex-coco, Pomar dio una tardía respuesta al cuestionario que por real cédula de 1555 se envió a todas las Audiencias de las Indias. Es la *Relación de Texcoco,* en la cual Pomar describe la situación geográfica, los recursos naturales, los usos y costumbres, la antigua religión y la historia etnográfica y política de su patria. "En Pomar —como dice García Icazbalceta— tenemos otro historiador y panegirista de Texcoco, muy diminuto en comparación de Ixtlil-xótchil, pero más antiguo y más sobrio. Aunque siempre se acuerda de que es texcocano no inventa lo que ignora, y aquello que le consta lo dice sin tanta exageración."

Sus fuentes son las más directas y verídicas. No le falta léxico castellano, pero en el estilo y en la construcción se nota que escribe en una lengua que dominaba imperfectamente.

BIBLIOGRAFÍA

Relación de Texcoco. 1582.

Ediciones

1891	México	*N. C. D. – México,* vol. III, por García Icazbalceta. (Utiliza una copia del siglo XVII, carente de las figuras a que repetidamente se refiere el texto y que debían existir en el manuscrito original.)
1941	México	Segunda edición de *C. D. – México,* vol. III.

[EDIFICIOS DE TEXCOCO]

Forma y materiales de las casas

La forma y edificios de sus casas son bajas, sin sobrado ninguno, unas de piedra y cal, y otras de piedra y barro simple; las más de adobe, de que más usan en esta ciudad, por ser muy bueno, porque los hallamos hoy día a edificios viejos, hechos de más de doscientos años a esta parte, tan enteros y sanos, que largamente pueden servir en edificios nuevos.

Tienen las cubiertas con vigas, y en lugar de tablas con muchas astillas muy menudas, tan bien puestas, que no cuela por entre ellas ninguna tierra de la que ponen encima para terrado. La mayor parte de ellas tienen su patio, y a la redonda de él los aposentos que han menester, en que tienen sus dormitorios y recibimientos, para hombres en un cabo y en otro para mujeres; y despensas y cocinas y corrales.

Palacio de Nezahualcoyotzin

Las casas de los principales y señores, especialmente las de los reyes, son muy grandes y de tan poderosas maderas, que casi parece imposible que industria ni fuerzas humanas las pudieran poner en sus lugares, como por las ruinas de ellas hoy se ven en esta ciudad, especialmente en las casas de Nezahualcoyotzin que están en la plaza, que según su grandeza y el sitio y término de ellas, pudieran aposentar en ellas más de mil hombres. Son sobre terraplenes, de un estado las que menos; de cinco a seis el que más.

Los principales aposentos que tenían eran unas salas de veinte brazas y más de largo, y otras tantas en ancho, porque eran cuadrados, y en medio de ellos muchos pilares de madera de trecho a trecho, sobre grandes bases de piedra, sobre las cuales ponían las madres en que cargaba la demás maderazón. No tenían estos aposentos puertas, sino unas portadas de madera como pi-

lares de la propia forma que los de dentro, tres brazas uno de otro, por donde se mandaban para entrar y salir; y como eran de madera y estaban descubiertas al sol y al agua duraban poco, porque en comenzándose a podrir por los pies los pilares de las portadas, venían por allí a perderse toda la casa; y no duraba tan poco que destos aposentos, que ha más de ciento y cuarenta años que se edificaron, hay algunos todavía en pie y que se viven; de donde se juzga que si la maderazón de ella estuviera guardada y cubierta del agua, durara mucho más sin comparación de lo que ha durado.

Tenía esta casa un patio muy grande con un suelo de argamasa muy enlucido y encalado, cercado de gradas por donde se subía a los grandes aposentos y salas que a la redonda tenía.

Había en estas casas aposentos dedicados para los reyes de México y Tacuba, donde eran aposentados cuando a esta ciudad venían. Tenían aposentos para los demás señores inferiores del rey, sin otras de consejos de guerra, y otras de la música y cantos ordinarios, y otras en que vivían las mujeres, con otros muchos palacios y grandes cocinas y corrales.

Casas de los principales

El modo y la traza de las demás casas de principales y hombres ricos es por la misma traza, pero muy pequeñas a respecto de las reales, aunque todas, como se ha dicho, se fundan sobre terrapleno, porque lo tienen por punto y blasón de largo tiempo introducido, el preciarse de proceder de casa conocida con terrapleno, como decir los hidalgos de España de casa y solar conocido.

[Pomar, *Relación de Texcoco,* XXXI.]

ALONSO DE ZORITA

(*¿Córdoba?, España, 1512 – Granada, España, 1585…*)

Alonso de Zorita o Zurita, graduado en leyes en la Universidad de Salamanca, en el año 1547 embarcó para América con el cargo de oidor, que desempeñó sucesivamente en las Audiencias de Santo Domingo (1547), de los Confines (1553) y finalmente de México (1556). Estando en su primer destino, fue comisionado para tomar residencia al gobernador del Nuevo Reino de Granada Miguel Díaz de Almendáriz, visitando con esta ocasión Santa Marta y el Cabo de Vela (1549-1552). Desde México, en razón de su cargo, visitó diversas regiones de la Nueva España, y había recorrido ya casi toda Guatemala.

En 1560 le fue concedida licencia, con motivo de una sordera que le impedía o por lo menos le dificultaba el ejercicio de sus funciones. Zorita es uno de los personajes que más honor hicieron a la magistratura colonial. Quedaba en gran estrechez económica al dejar su cargo; formuló entonces un proyecto de expedición terrestre desde la Nueva Galicia hasta la Florida y solicitó acaudillarla (1561). No siéndole concedido, regresó a España en 1564, fijándose en la ciudad de Granada.

Desde aquel momento se dedicó a escribir, valiéndose de los "memoriales y borradores" redactados sobre el terreno durante su estancia en México: observación personal de los hechos, fruto también de sus conversaciones con los mejor enterados de los antiguos misioneros (Motolinía, Olmos, Sahagún…) y aun, a través de intérpretes, con mexicanos supervivientes del antiguo régimen.

La primera obra de Zorita, escrita, a lo que parece, poco después de su regreso a España (1565?), es la *Breve y sumaria relación de los señores y maneras y diferencias que había de ellos en la Nueva España,* redactada como respuesta a una real cédula de diciembre de 1553, en la cual se pedían informes a las Audiencias sobre los tributos que los naturales pagaban a sus antiguos señores. La real cédula llegó a la Audiencia de los Confines cuando Zorita se disponía a salir para México, y cuando él se posesionó en esta Audiencia la respuesta había sido ya enviada. Pero años después el antiguo oidor retirado quiere aportar la luz de sus informes, y escribe la *Breve y sumaria relación,* aten2iéndose al texto, ya que no al orden del temario oficial.

En el año de 1585 (a los 73 de su edad, como él anota) terminó Zorita otra obra de mayor empuje, su *Relación de las cosas notables de la Nueva España, y de su conquista y pacificación, y de la conversión de los naturales della.* A más de las fuentes directas utilizadas antes, se sirve Zorita de las obras de los cronistas y de los historiadores— muy especialmente de los *Memoriales* de Motolinía.

El estilo de Zorita es el de un magistrado acostumbrado a precisar los hechos; se caracteriza sobre todo por su claridad.

Es notable la coincidencia entre las ideas de Zorita y las de Sahagún sobre la personalidad y la cultura de los mexicanos. Observa Zorita que la pérdida del buen gobierno de los indios antiguos todo lo ha vuelto confusión; comprueba que los mexicanos son gente "de mucha habilidad, y que han deprendido cuantos oficios manuales saben los españoles, con gran facilidad y muy en breve, y algunos de sólo vista y en pocos días, y hay entre ellos buenos latinos y músicos"; concluyendo que aquellos que los llaman *bárbaros*, "por lo mismo nos lo podrían llamar a los españoles y a otras naciones tenidas por de mucha habilidad y prudencia".

BIBLIOGRAFÍA

Breve y sumaria relación de los señores de la Nueva España. ¿1565?

Ediciones

1864	Madrid	*C. D. I. – Am.,* vol. II. (Texto incompleto, edición defectuosa.)
1866	México	*C. D. – México,* vol. II. (El mismo texto de la anterior.)
1891	México	*N. C. D. – México,* vol. III, por García Icazbalceta. (Texto completo, según el manuscrito original.)
1941	México	Segunda edición de *N. C. D. – México,* vol. III.
1942	México	*Breve y sumaria relación de los señores de la Nueva España,* por… Prólogo y notas de Joaquín Ramírez Cabañas. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma. Biblioteca del Estudiante Universitario, vol. 32.

Traducción

1840	París	*Rapport sur les différentes classes des chefs de la Nouvelle Espagne, sur les lois, les moeures des habitantes sur les impôts établis avant et depuis la conquête,* par Alonso de Zorita. Ternaux, vol. XI. (Traducción del texto completo.)

[TRIBUTOS AL SEÑOR PRINCIPAL Y A LOS OTROS SEÑORES]

Tributos que se pagaban

En lo que los súbditos tributaban había orden y concierto, y cada provincia y pueblo tributaba según su calidad y gente y tierras que tenían, porque cada pueblo o provincia tributaba de lo que en ella se cogía y labraba, sin que fuese necesario salir a lo buscar fuera de su natural, ni de tierra caliente a fría, ni de fría a caliente.

El común tributo era sementeras de maíz, ají, frisoles, algodón, y para ello tenían en cada pueblo señaladas tierras, y en ellas tenían los señores cantidad de esclavos que las guardaban y labraban, y la gente del pueblo les ayudaba y de otros comarcanos, si en ellos no había tierra para ello, porque habiéndolas en su pueblo, labraban la sementera y no iban a otros. Daban asimismo leña y agua y servicio para casa. Los oficiales tributaban de lo que era su oficio, y jamás se repartió tributo por cabezas, sino que a cada pueblo y a cada oficio mandaban lo que habían de dar y ellos lo repartían y proveían y acudían con ello a sus tiempos, como adelante se dirá; y era como el encabezamiento que se hace en Castilla.

Por manera que los labradores hacían, labraban y beneficiaban, cogían y encerraban las sementeras: los oficiales tributaban lo que era de su oficio: los mercaderes de sus mercancías, ropas, plumas, joyas, piedras, cada uno de lo que trataba, y los tributos de éstos eran de más valor, por ser gente rica y próspera.

Adonde se cogía algodón hacían sementeras de ellos para el tributo, y en algunas partes, aunque no se cogía, lo daban porque tenían sujetos donde se cogía: a otros pueblos daban el algodón para que lo labrasen, porque se hacía en ellos buena ropa, aunque no lo cogían; y ésta era la mejor, por ser labrada por gente de tierra fría, que es para más que la de tierra caliente. Así que unos pueblos daban el algodón y otros lo labraban. El maíz

y cheli y frisoles los sembraban y daban donde se criaba, y fruta y pescado y caza donde lo había. Donde se cogía oro lo tributaban en polvo, poca cantidad y no otra cosa, y lo cogían en ríos sin trabajo. En todo esto había gran concierto para que no fuesen unos más agraviados que otros y era poco lo que cada uno pagaba, y como la gente era mucha venía a ser mucho lo que se juntaba; y en fin todo lo que tributaban era de poca costa y con poco trabajo y sin vejación alguna.

De los pueblos que habían ganado por guerra y habían sido rebelados, llevaban mayores tributos en lo que está dicho.

A los señores supremos hacían presentes los demás señores inferiores en ciertas fiestas que hacían por año en reconocimiento de sujeción y vasallaje. Los mercaderes, demás del tributo que pagaban, tenían costumbre como gente rica y próspera y estimada de los señores, de hacerles para estas fiestas sus presentes, no de obligación sino voluntario, y no lo daba cada uno por sí, sino que se recogía entre todos, y cada uno daba lo que quería, y el más principal de ellos lo daba en nombre de todos al señor: y todo esto era para lo gastar con todos ellos en las fiestas.

Acabadas las fiestas, los señores supremos daban a los inferiores sus súbditos y comarcanos que acudían a ellas, mantas ricas y otras cosas, según la calidad de cada uno, con que iban contentos y pagados de lo que habían traído.

Todos estos señores supremos e inferiores, y otros particulares, tenían tierras propias patrimoniales, y en ellas sus *mayeques* o *tlalmaites* de que ya se ha dicho. Los tributos que éstos daban eran del señor, y dellos y de lo que rentaban sus tierras patrimoniales podían disponer a su voluntad como de cosa propia.

Por manera que resumiendo lo dicho, las dos maneras de tributación que son *teccallec* y *calpullec,* que es casi todo el común, son los que ahora tributan a V. M. y a los encomenderos, y mercaderes y oficiales que se pusieron por tercera manera de tributarios.

La cuarta manera de tributarios que son los *mayeques* o *tlalmaitec,* sirven y tributan a los señores de las tierras que labran, adonde no se las han quitado, que son pocos o ningunos a los que las han dejado, como queda ya dicho.

[Zorita, *Breve relación,* cap. I.]

Cómo se pagaban los tributos

Las sementeras se recogían al tiempo de la cosecha, y se encerraban en cada un pueblo en casas o trojes que había diputadas para ello, y de allí se iba sacando para gastar en lo que se ha dicho, salvo en el circuito de México que se traía a la ciudad para provisión de la gente que allí había, porque no había donde sembrar por ser todo ello laguna.

En lo que daban o tributaban los oficiales y mercaderes había diversas costumbres, porque en unas partes lo daban de veinte en veinte días, en otras de ochenta en ochenta, porque ellos contaban cada mes de veinte días, y en efecto venía a caber a cada uno de en año en año una vez a dos o tres, porque estaba repartido el tributo por pueblos y por oficios, según era lo que tributaban y la distancia que había a cada pueblo; y no todos tributaban cada veinte días ni cada ochenta, sino por su tanda como estaban repartidos, y así todo el año había quien tributase, y no había falta de ello en casa de los señores, y lo mismo era en la fruta y pescado y caza y loza, y otras cosas para comida y servicio, y cada tributario pagaba tributo repartido en dos o tres pagas o más según convenía.

La orden que tenían en el repartimiento, era señalar a cada pueblo las tierras que había de labrar según la calidad y gente de él, y lo que se había de sembrar en ellas, que era de lo que se daba en la tierra, porque como se ha dicho el tributo común y general era sementeras, y a los mercaderes y oficiales lo que habían de dar, según los que había en cada pueblo o provincia y conforme a lo que trataban, y la gente que habían de dar para servicio, y la que habían de dar para la guerra, teniendo en todo atención a la gente que había y a su posibilidad, y a la calidad de la tierra: y porque no se andaban mudando de unos pueblos a otros, ni de unos barrios a otros, sino que era como ley guardada y usada, y que casi nunca se usó otra cosa, aunque no de fuerza, sino que adonde habían nacido y vivido sus padres y abuelos, vivían y acababan sus descendientes, no eran los tributos inciertos ni variables, ni había confusión alguna en ello.

Para recoger estos tributos y para hacer labrar las sementeras de común y de particulares, y aun para ver cómo se cumplía con lo demás que está dicho, tenían estos señores supremos, así los universales como sus sujetos, sus mayordomos señalados de aquellos *pilles* que dijimos, y éstos recogían los tributos de sus vasallos y de las provincias a ellos sujetas; donde había otros inferiores no eran necesarios mayordomos, y acudían los unos y los otros al señor supremo con ellos, o a quien y como él lo mandaba. En tiempo de pestilencia o de esterilidad, acudían estos inferiores y mayordomos al señor supremo y universal a darle relación de ello, y siendo así, que siempre lo era, porque no osaban de otra manera tratar de ello, mandaba que no se cobrase el tributo aquel año de los pueblos donde esto sucedía; y si era necesario, por ser grande la falta y esterilidad, les mandaba dar ayuda para se sustentar, y simiente para sembrar a otro año, porque su intento era relevar y conservar sus vasallos en cuanto era posible.

El servicio personal y ordinario de cada un día de agua y leña y para casa, estaba repartido por sus días, por sus pueblos y barrios, y de manera que a lo más cabía a uno dos veces por año, y como está dicho era entre los cercanos, y por ello eran relevados en algo de lo que otros tributaban, y a las veces venía todo un pueblo con la leña que les cabía, por llevarlo de una vez y esto cuando estaba algo lejos, y el más ordinario servicio era de esclavos, que tenían muchos.

[Zorita, *Breve relación,* cap. v.]

RELACIÓN DE MICHOACÁN

(*1541*)

El anónimo autor de la *Relación* cuenta en su prólogo cómo el virrey don Antonio de Mendoza le encargó "que escribiese de la gobernación desta provincia", y cómo él ensanchó el cuadro de su obra, para que aprovechase también a los misioneros. El virrey pasó dos veces por Michoacán, en 1539 y en 1541. El encargo referido parece situarse en la primera de aquellas fechas.

El lugar de redacción no ofrece duda: es la ciudad de Mechuacan (hoy Tzintzuntzan), capital del antiguo reino tarasco.

En cuanto al autor —"intérprete" se llama él— sólo hay de seguro que era fraile franciscano. Acaso fray Martín de Jesús o de la Coruña, que había llegado a Tzintzuntzan en 1526 y era custodio en 1541; acaso, con más fundamento, Maturino Gilberti, autor de un *Diálogo de la doctrina cristiana en la lengua de Michoacán,* impresa en México en el año 1539.

El manuscrito que se conserva en la Biblioteca del Escorial, fuente de todas las copias y ediciones, por su bella presentación parece ser el ofrecido al virrey Mendoza. Quedaron en blanco espacios destinados a miniaturas de los últimos capítulos, como si hubiera faltado tiempo para acabar su ornamentación. ¿Acaso hubo de entregarse aprovechando la conyuntura del último viaje de don Antonio de Mendoza a Michoacán? La obra, concebida en 1539, se habría terminado dos años después.

El prólogo y alguno que otro pasaje suelto tienen perfecta redacción castellana, pero el grueso de la obra lleva el marcado sello de la traducción directa. "Las sentencias van sacadas al propio de su estilo de hablar, y yo pienso —dice el franciscano— de ser notado mucho en esto; mas, como fiel intérprete, no he querido mudar de su manera de decir, por no corromper sus sentencias." *Sus sentencias,* es decir, los dictados de "los viejos de la ciudad de Mechoa-can": Don Pedro Cuiniérangar, el gobernador, familiar del último rey Cazonci, el gran sacerdote, Petámuti, y otros dignatarios. En la miniatura del prólogo aparecen, con las insignias de su jerarquía, junto al franciscano, en actitud de ofrecer el libro a don Antonio de Mendoza, sentado en su trono virreinal.

La obra está dividida en tres partes: i. Religión ("de dónde vinieron los dioses más principales y fiestas que les hacían"); II. Historia ("población y conquista por los antepasados del Cazonci"); III. Gobierno y vida social ("gobernación que tenían entre sí hasta que vinieron los españoles, y hace fin en la muerte del Cazonci"). Tres partes que al encuadernar el manuscrito fueron desordenadas y mutiladas.

El franciscano traduce exactamente; los prohombres tarascos eran los más doctos en la religión, costumbres y tradiciones de su pueblo. Si ellos no quisieron engañar —y nada induce a sospecharlo— los informes de la *Relación de Michoacán* merecen entero crédito.

BIBLIOGRAFÍA

Relación de las ceremonias, ritos y gobierno... de Michoacán. 1541.

1869 Madrid *C. D. I.-España,* vol. LIII, pp. 5-293: *Relación de las ceremonias, y ritos y gobierno de los Indios de la provincia de Mechuacan, hecha al Ilmo. señor D. Antonio de Mendoza, Virrey y Gobernador de la Nueva España.* Sacada del códice original existente en la Biblioteca del Escorial por don Florencio Jener.

1875 Madrid Simple cambio de portada. El librero M. Murillo acaparó tomos sueltos de la edición anterior y les puso una portada especial, con el pie "Librería de M. Murillo".

1903 Morelia *Relación...* Edición hecha sobre la copia del Ms. del Escorial existente en la Biblioteca del Congreso, Washington.

1940 México *Crónica de Michoacán.* Selección, introducción y notas de Federico Gómez de Orozco. Ediciones de la UNAM. Biblioteca del Estudiante Universitario, vol. 12. Contiene algunos capítulos de la *Relación.*

1956 Madrid *Relación...* Reproducción facsímil del Ms. C. II.5 de El Escorial. Con transcripción, prólogo, introducción y notas por José Tudela... Revisión de las cosas tarascas por José Corona Núñez... Estudio preliminar "La Relación de Michoacán como fuente para la historia de la sociedad y cultura tarascas" por Paul Kirchhoff.

[DE LAS FIESTAS A LOS DIOSES]

Sicuíndaro ("Desuello")

Cinco días antes de esta fiesta, se llegaban los sacerdotes de los pueblos sobredichos, con sus dioses, y venían a la fiesta, y entraban en las casas de los papas los bailadores llamados *Cescuárecha,* y otros dos sacerdotes llamados *huaripitzípecha,* y ayunaban hasta el día de la fiesta, y la víspera de la fiesta señalaban en los pechos los sacerdotes dos esclavos o delincuentes que habían de sacrificar el día de la fiesta, y el día de la fiesta bailaban los dichos bailadores con sus rodelas de plata a las espaldas y lunetas de oro al cuello, y venían los principales a aquel baile, y éstos representaban las nubes blanca y amarilla, colorada y negra, disfrazándose para representar cada nube destas, habiendo de representar la nube negra, vestíanse de negro, y así de las otras, y bailaban éstos allí con los otros, y otros cuatro sacerdotes que representaban otros dioses que estaban con la dicha Cuerauáperi y sacrificaban los dichos esclavos, y en sacando los corazones hacían sus ceremonias con ellos, y así calientes como estaban, los llevaban a las fuentes calientes del pueblo de *Araró* desde el pueblo de *Zinapécuaro,* y echábanlos en una fuente caliente pequeña, y atábanlos con tablas, y echaban sangre en todas las otras fuentes que están en el dicho pueblo, que eran dedicadas a otros dioses que estaban allí; y aquellas fuentes echan vaho de sí y decían que de allí salían las nubes para llover, y que las tenía en cargo esta dicha diosa *Cuerauáperi,* y que ellas las enviaba de Oriente, donde estaba, y por este respeto echaban aquella sangre en las dichas fuentes. Después de hecho el sacrificio, salían aquellos dos, llamados *Huaripitzípecha,* que quiere decir quitadores de cabellos, y andaban tras la gente, hombres y mujeres, y cortábanles los cabellos con unas navajas de la tierra, y éstos andaban todos embijados de colorado, y unas mantas sesgadas en las cabezas, y tomaban de aquellos cabellos que habían sacrificado y echábanlos en el fuego, y después el siguiente día bailaban vestidos con los pellejos de los esclavos sacrifica-

dos, y por el mes de *charapu-tzapi,* llevaban ofrendas por los dichos sacrificados, y en otra fiesta, llamada *Caherihuapánsquaro* bailaban con unas cañas de maíz a las espaldas. Iba esta diosa en dos fiestas con sus sacerdotes a la ciudad de Mechuacan, por la fiesta *Cuingo y Curíndaro* y allí les daban dos esclavos en ofrenda para su sacrificio.

Asimismo esta diosa *Cuerauáperi* se revestía en alguno de improviso y caíase amortecido, y después íbase él mismo a que le sacrificasen y dábanle a beber mucha sangre y bebíala, y entraba en hombres y mujeres y éstos que así tomaba de dos o tres pueblos, de tarde en tarde se los sacrificaban diciendo que ella misma los había escogido para su sacrificio. Era tenida en mucho en toda esta provincia y nombrada en todas sus fábulas y oraciones, y decían que era madre de todos los dioses de la tierra y que ella los envió a morar a las tierras, dándoles mieses y semillas que trajesen, como se ha contado en sus fábulas. Tenía sus cúes en el pueblo de *Araró* y otros pueblos, y su ídolo principal era en un cu que está en el pueblo de *Zinapécuaro,* encima de un cerro, donde parece hoy en día derribado, y decía la gente que esta diosa enviaba los hombres a la tierra.

[*Relación,* parte I, cap. último.]

[DE LA JUSTICIA GENERAL]

Había una fiesta llamada *Equata-cónsquaro* que quiere decir de las flechas. Luego el siguiente día después de la fiesta, hacíase justicia de los malhechores que habían sido rebeldes o desobedientes, y echábanlos a todos presos en una cárcel grande, y había un carcelero diputado para guardallos, y eran éstos los que cuatro veces habían dejado de traer leña para los fogones. Cuando el Cazonci enviaba mandamiento general por toda la provincia que trajesen leña, a quien la dejaba de traer lo echaban preso.

Y eran éstos los espías de la guerra; los que no habían ido a la guerra o se volvían della sin licencia; los malhechores; los médicos que habían muerto a alguno; las malas mujeres; los hechiceros; los que se iban de sus pueblos y andaban vagabundos; los que habían dejado perder las sementeras del Cazonci por no

desherbarlas, que eran para las guerras; los que quebraban los magueis; y a los pacientes en el vicio contra natura. A todos éstos echaban presos en aquella cárcel, que fuesen vecinos de la ciudad y de todos los otros pueblos y a otros esclavos desobedientes, que no querían servir a sus amos, y a los esclavos que dejaban de sacrificar en sus fiestas. A todos estos susodichos llamaban *uázcota* y si cuatro veces habían hecho delitos los sacrificaban. Y cada día hacían justicia de los malhechores, mas una hacían general este dicho día, veinte días antes de la fiesta, hoy uno mañana otro hasta que se cumplían los veinte días. Y el marido que tomaba a su mujer con otro, les hendía las orejas a entrambos, a ella y al adúltero, en señal de que los había tomado en adulterio. Y les quitaba las mantas y se venían a quejar y las mostraba al que tenía cargo de hacer justicia, y era creído con aquella señal que traía. Si era hechicero traían la cuenta de los que había hechizado y muerto, y si alguno había muerto, su pariente del muerto cortábale un dedo de la mano y traíale revuelto en algodón y veníase a quejar. Si había arrancado el maíz verde uno a otro, traía de aquellas cañas para ser creído y los ladrones que dicen los médicos que habían visto los hurtos en una escudilla de agua o en un espejo: de todos éstos, se hacía justicia, la cual hacía el sacerdote mayor por mandado del Cazonci.

Pues venido el día desta justicia general, venía el sacerdote mayor llamado *Petámuti,* y componíase. Vestíase una camiseta llamada *ucatatararénguequa* negra, y poníase al cuello unas tenacillas de oro y una guirnalda de hilo en la cabeza, y un plumaje en un trenzado que tenía como mujer, y una calabaza a las espaldas, engastonada en turquesas, y un bordón o lanza al hombro, e iba al patio de Cazonci así compuesto, con mucha gente de la ciudad y de los pueblos de la provincia; e iba con él el gobernador del Cazonci, y asentábase en su silleta, que ellos usan, y venían allí todos los que tenían oficios del Cazonci, y todos sus mayordomos que tenían puestos sobre las sementeras de maíz y frisoles y ají y otras semillas, y el capitán general de la guerra, que lo era algunas veces su gobernador, llamado Angatácuri, y todos los caciques y todos los que se habían querellado, y traían al patio todos los delincuentes, unos atadas las manos atrás, otros unas cañas al pescuezo. Y estaba en el patio muy gran nú-

mero de gente, y traían allí una porra, y estaba allí el carcelero, y como se asentase en su silla, aquel sacerdote mayor llamado *Petámuti,* oye las causas de aquellos delincuentes, desde por la mañana hasta mediodía, y consideraba si era mentira lo que se decía de aquellos que estaban allí presos, y si dos o tres veces hallaba que habían caído en aquellos pecados susodichos perdonábalos, y dábalos a sus parientes; y si eran cuatro veces, condenábalos a muerte. Y desta manera estaba oyendo causas todos aquellos veinte días, hasta el día que había de hacer justicia él y otro sacerdote que estaba en otra parte. Si era alguna cosa grande, remitíanlo al Cazonci y hacíanselo saber. Y como se llegase el día de la fiesta, y estuviesen todos aquellos malhechores en el patio con todos los caciques de la provincia, y principales, y mucho gran número de gente, levantábase en pie aquel sacerdote mayor, y tomaba su bordón o lanza, y contábales allí toda la historia de sus antepasados: cómo vinieron a esta provincia y las guerras que tuvieron al servicio de los dioses; y duraba hasta la noche que no comían, ni bebían él ni ninguno de los que estaban en el patio. Y porque no engendre hastío la repartiré en sus capítulos e iré declarando algunas sentencias, lo más al propio de su lengua, y que se pueda entender. Esta historia sabía aquel sacerdote mayor y enviaba otros sacerdotes menores por la provincia, para que la dijesen por los pueblos, y dábanles mantas los caciques. Después de acabada de recontar, se hacía justicia de todos aquellos malhechores.

[*Relación,* parte II, cap. I.]

[DEL GOBIERNO Y ADMINISTRACIÓN]

De la gobernación que tenía esta gente entre sí

Dicho se ha en la primera parte, hablando de la historia del dios *Curicáueri,* cómo los dioses del cielo le dijeron cómo había de ser rey, y que había de conquistar toda la tierra, y que había de haber uno que estuviese en su lugar, que entendiese en mandar traer leña para los cúes. A esto pues, decía esta gente que el que era *Cazonci* estaba en lugar de *Curicáeuri.* Después del abuelo de Cazonci, llamado *Tzitzispandácuare,* todo fue un señorío esta provincia de Mechuacan y así la mandó su padre y él mismo hasta que vinieron los españoles, pues había un rey y tenía su gobernador y un capitán general en las guerras, y componíase como el mismo Cazonci: tenía puestos cuatro señores muy principales en cuatro fronteras de la provincia, y estaba dividido su reino en cuatro partes: tenía puestos por todos los pueblos caciques que ponía él de su mano, y entendían en hacer traer leña para los cúes con la gente que tenía cada uno en su pueblo, y de ir con su gente de guerra a las conquistas. Había otros llamados *achaecha,* que eran principales, que de continuo acompañaban al Cazonci y le tenían palacio. Asimismo, lo más del tiempo estaban los caciques de la provincia con el Cazonci; a estos caciques llamaban ellos *caracha-capacha.* Hay otros llamados *ocámbecha,* que tienen encargo de contar la gente y hacerlos juntar para las obras públicas, y de recoger los tributos; éstos tienen cada uno de ellos un barrio encomendado, y al principio de la gobernación de don Pedro, que es ahora gobernador, repartió a cada principal destos veinte y cinco casas, y estas casas no cuentan ellos por hogares ni vecinos, sino cuantos se llegan en una familia, que suele haber en alguna casa dos o tres vecinos con sus parientes. Y hay otras casas que no están en ellas más de marido y mujer, y en otras, madre e hijo. Y así desta manera.

A estos principales llamados *ocámbecha* por este oficio no les solían dar más de leña y alguna sementerilla que le hacían: y

otros le hacían cotaras; y ahora muchas veces en achaque de tributo piden demasiado a la gente que tienen en cargo, y se lo llevan ellos, y éstos guardan muchas veces los tributos de la gente, especialmente oro y plata.

Había otro diputado sobre todos éstos, que era después del Cazonci: éste ahora recoge los tributos de todos los principales llamados *ocámbecha*.

Hay otro llamado *piruuaqua-uándari,* que tiene cargo de recoger todas las mantas que da la gente y algodón para los tributos, y éste todo lo tiene en su casa, y tiene cargo de recoger los petates y esteras de los oficiales, para las necesidades del común.

Hay otro llamado *tareta-uaxátati,* diputado sobre todos los que tienen cargo de las sementeras del Cazonci, y aquél sabía las sementeras, cuyas eran; éste era como mayordomo mayor diputado sobre todas las sementeras, que otro mayordomo había sobre cada sementera, el cual la hacía sembrar y desherbar y coger por todos los pueblos para la guerra y ofrendas a los dioses.

Había otro mayordomo mayor diputado sobre todos los oficiales de hacer casas que eran más de dos mil; otros mil para la renovación de los cúes, que hacían muchas veces. No entendían en otra cosa, más de hacer las casas y cúes, que mandaba el Cazonci; y de éstos hay todavía muchos.

Había otro llamado *cacari,* diputado sobre todos los canteros y pedreros, mayordomo mayor en este oficio, y ellos tenían otros mandoncillos entre sí: destos hay todavía muchos con uno que los tiene a su cargo.

Había otro llamado *quanícoti,* cazador mayor, y diputado sobre todos los deste oficio: éstos traían venados y conejos al Cazonci, y otros pajareros había, por sí, que le servían de caza.

Había otro diputado sobre toda la caza de patos y codornices, llamado *curu-hapindi,* éste recogía todas estas dichas aves para los sacrificios de la diosa *Xarátanga,* que se sacrificaban en sus fiestas, y después toda esta caza comía el Cazonci con los señores.

Había otro llamado *uaruri,* diputado sobre todos los pescadores de red que tenía encargo de traer pescado al Cazonci y a todos los señores, que los que tomaban el pescado no gozaban de-

llo, mas todo lo traían al Cazonci y a los señores, porque su comida desta gente, todo es de pescado, que las gallinas que tenían no las comían, mas teníanlas para la pluma de los atavíos de sus dioses. Este dicho *uaruri* todavía tiene esta costumbre de recoger el pescado de los pescadores, aunque no en tanta cantidad como en su tiempo.

Había otro llamado *tarama,* diputado sobre todos los pescadores de anzuelo.

Había otro mayordomo mayor llamado *cauáspati,* diputado sobre todo el ají que se cogía del Cazonci, y otros mayordomos sobre todas las semillas, como bledos de muchas maneras y frisoles y lo demás.

Había otro mayordomo mayor para recibir y guardar toda la miel que traían al Cazonci de cañas de maíz y abejas.

Había un tabernero mayor, diputado para recibir todo el vino que hacían para sus fiestas de *maguey,* éste se llamaba *atari.*

Había otro llamado *cutzurí,* pellejero mayor de baldrés, que hacía cotaras de cuero para el Cajmei; éste todavía tiene su oficio.

Había otro llamado *uzquarécuri,* diputado sobre todos los plumajeros que labraban de pluma los atavíos de los dioses y hacían los plumajes para bailar. Todavía hay estos plumajeros. Éstos tenían por los pueblos muchos papagayos grandes colorados y de otros papagayos para la pluma, y otros les traían pluma de garzas, otros otras maneras de plumas de ave.

Había otro llamado *pucuriquari,* diputado sobre todos los que guardaban los montes, que tenían cargo de cortar vigas y hacer tablas y otra madera de los montes, y éste tenía sus principales por sí y los otros señores. Todavía le hay aquí en Mechuacan este *pucuriquari.* Otro que hacía canoas con su gente.

Había otro llamado *cuiringuri,* diputado para hacer atambores y atabales para sus bailes y otro sobre todos los carpinteros.

Había otro que era tesorero mayor diputado para guardar toda la plata y oro con que hacían las fiestas a sus dioses, y éste tenía diputados otros principales, con gente que tenían la cuenta de aquellas joyas, que eran rodelas de plata, guirnaldas de oro y así otras joyas.

Había otro llamado *cherénguequa-uri,* diputado para hacer jubones de algodón para las guerras, con gente que tenía consigo y principales.

Había otro llamado *quanícoqua-uri,* diputado para hacer arcos y flechas para las guerras y éste lo guardaba, y las flechas como habían menester muchas, que son de caña, la gente de la ciudad las hacían cada día.

Había otro diputado sobre las rodelas, que las guardaba, y los plumajeros las labraban de pluma de aves ricas, y de papagayos, y de garzas blancas. Había otro mayordomo mayor sobre todo el maíz que traían al Cazonci en mazorcas, y éste lo ponía en sus trojes muy grandes, y se llamaba *quengue.*

Había otro llamado *icháruta-uándari,* diputado para hacer canoas, y otro llamado *parícuti,* barquero mayor que tenía su gente diputada para remar y ahora todavía le hay.

Había otro sobre todas las espías de la guerra.

Había otro llamado *uaxanoti,* diputado sobre todos los mensajeros y correos, los cuales estaban allí en el patio del Cazonci para cuando se ofrecía de enviar a alguna parte, y ahora sirven éstos de llevar cartas. Tenían su alférez mayor para la guerra, con otros que llevaban las banderas, que eran de plumas de aves puestas en unas cañas largas.

Todos estos oficios tenían por sujeción y herencia los que los tenían, que muerto uno, quedaba en su lugar algún hijo suyo o hermano puestos por mano del Cazonci.

Había otro que era guarda de las águilas grandes y pequeñas y otros pájaros que tenía más de ochenta águilas reales y otras pequeñas en jaula, y les daban de comer del común gallinas. Había otros que tenían cargo de dar de comer a sus leones y adives, y un tigre y un lobo que tenía, y cuando eran estos animales grandes, los flechaban y traían otros pequeños.

Había otro diputado sobre todos los médicos del Cazonci.

Había otro diputado sobre todos los que plantaban xicales, llamado *urani-atari,* el cual hay todavía.

Otro sobre todos los pintores, llamado *chunicha.*

Otro diputado sobre todos los olleros.

Otro sobre los que hacen jarros y platos y escudillas, llamado, *hucátziqua-uri.*

Había otro diputado sobre todos los barrederos de su casa. Otro diputado sobre todos los que hacían flores y guirnaldas para la cabeza.

Había otro diputado sobre todos sus mercaderes que le buscaban oro y plumajes y piedras con rescate.

Andaban con él los valientes hombres, que eran como sus caballeros, llamados *quangariecha,* con unos bezotes de oro o de turquesa, y sus orejeras de oro.

[*Relación,* parte III, cap. I.]

[DE LA MANERA COMO SE CASABAN]

Los señores entre sí, se casan de esta manera

Sabía un señor o cacique que tenía una hija otro señor o principal, o que estaba con su madre, y enviaba un mensajero con sus presentes a pedir aquella mujer para su hijo o pariente, y llegando a la casa de aquel señor o principal decíanle: "¿Pues qué hay señor, qué negocio es por el que vienes?" Respondía el mensajero: "Señor, envíame fulano, tal señor o principal a pedir tu hija". Respondía el padre: "Seas bien venido, efecto habrá, basta que lo ha dicho". Decía el mensajero: "Señor, dice que le des tu hija para su hijo". Tornaba a responder el padre: "Efecto habrá, y así será como lo dice, días ha que tenía intención de dársela, porque soy de aquella familia y cepa y morador de aquel barrio; seas bienvenido, yo enviaré uno que la lleve, esto es lo que le dirás".

Y así se despedía el mensajero, y partido, iba aquel señor a sus mujeres y decíales: "¿Qué haremos a lo que nos han venido a decir?" Respondían las mujeres y decían: "¿Qué habemos nosotros de decir? Señor, mándalo tú solo". Respondía él: "Sea como dicen; ¿cómo no tenemos allá nuestras sementeras?"

Y ataviaban aquella mujer y liaban su ajuar, y llevaban mantas para su esposo y camisetas y hachas para la leña de los *cúes,* con las esteras que se ponían a las espaldas y cinchos. Y ataviá-

banse todas las mujeres que lleva-ban consigo, y liaban todas sus alhajas, petacas y algodón que hilaba, y partíase junto con sus parientes y aquellas mujeres, y un sacerdote o más, y así llegaban a la casa del esposo, donde ya estaba él aparejado y tenía allí su pan de boda, que eran tamales muy grandes llenos de frisoles molidos, y xicale; y mantas, y cántaros, y ollas, y maíz, y ají, y semillas de bledos y frisoles en sus trojes, y tenía allí un rimero de naguas y atavíos de mujeres, y estaban todos ayuntados en uno los parientes, y saludaban al sacerdote y decíanle que viniese en buena hora, y ponían en medio del aposento aquella señora.

Y decía el sacerdote: "Ésta envía tal señor, que es su hija, plega a los dioses que lo digáis de verdad en pedirla, y que seáis buenos casados". Esta costumbre había en los tiempos pasados, y aquellos señores que guardaron de la ceniza, que es los primeros que fueron señores, que decía esta gente que los hombres hicieron los dioses de ceniza, como se dijo en la Primera parte, aquéllos empezaron a casarse con sus parientes por hacerse beneficio unos a otros, y por ser todos unos los parientes, y nosotros tenemos esta costumbre después de ellos. "Plega a los dioses que seáis buenos casados, que os hagáis beneficios. Mirá que señalamos aquí nuestra vivienda de voluntad, no lo menospreciemos ni seamos malos, porque no seamos infamados y tengan que decir del señor que dio su hija; pues haceos beneficios y haceos de vestir; no lo tengáis en poco; no se mezcle aquí otra liviandad en esta casa, ni de algún adulterio; haceos bien y sed bien casados; mirá no os mate alguno por algún adulterio o lujuria que cometiéreis; mirá no os ponga nadie la porra con que matan encima los pescuezos, y no os cubran de piedras por algún crimen."

Y decía a la mujer: "Mirá que no os hallen en el camino hablando con algún varón, que os prenderán, y entonces daremos que decir de nosotros en el pueblo. Sed los que habéis de ser, que yo he venido a señalar la morada que habéis de tener aquí, y vivienda que habéis de hacer". Esto es lo que decía a la mujer.

Al marido decía aquel sacerdote: "Y tú, señor, si notares a tu mujer de algún adulterio, déjala mansamente, y envíala a su casa sin hacerle mal, que no echará a nadie la culpa, sino a sí mis-

ma si fuere mala. Esto es así, plega a los dioses que me hayáis entendido, sentí esto que se os ha dicho".

Y decía al padre del esposo: "Muchas mercedes nos ha hecho nuestro hermano; plega a los dioses que sea así como se ha dicho, y que nos oyésedes. Cómo ¿yo no los amonestaré también a estos mis hijos? Ya nos ha dado nuestro hermano su hija, porque somos y tenemos nuestra cepa aquí, y aquí nos dejaron nuestros antepasados, los chichimecas". Entonces nombraba sus antepasados, que habían morado allí. Decía al sacerdote: "Ya, señor, veniste, hazlo saber a nuestro hermano".

Acabados sus razonamientos comían todos en uno, y daban de aquellos tamales grandes susodichos y otras comidas, y mostrábales el suegro las sementeras que les daba para sembrar, dábanles mantas al sacerdote y a las mujeres que la habían llevado, y volvíanse a su casa y enviaban un presente al padre del novio al otro viejo, padre de la novia. Esta manera tienen de casarse los señores entre sí, que se casaban siempre con sus parientas, y tomaban mujeres de la cepa donde venían, y no se mezclaban los linajes, como los judíos.

De la manera que se casaba la gente baja

Cuando se había de casar la gente baja, los parientes del que se había de casar hablaban con los padres y parientes de la mujer, y ellos lo concertaban entre sí, y a éstos, no iban los sacerdotes, y dábanse sus ajuares, y el padre de la moza amonestaba a su hija, de esta manera: "Hija, no dejes a tu marido echado de noche, y te vayas a otra parte a hacer algún adulterio; mira no seas mala, no me hagas este mal, mira que serás agüero, y no vivirás mucho tiempo; mira que tú sola buscarás tu muerte; quizá tu marido entra en los *cúes* a la oración, y tú sola buscarás tu muerte, que no matarán más de aquí; mira que no andaba yo así, que soy tu padre; que me harás echar lágrimas, metiéndome en tu maleficio; y no solamente matarían a ti sino a mí también contigo".

Porque así era costumbre, que por el maleficio de uno, morían sus parientes o padres, y así la enviaba en casa del marido o moraban juntos. Otros se casaban por amores sin dar parte a sus

padres; y concertábanse entre sí. Otras desde chiquitas las señalaban para casarse con ellas. Otros tomaban primero a la suegra, siendo la hija chiquita, y después que era de edad la moza, dejaban la suegra y tomaban la hija, con quien se casaban. Otros se casaban con sus cuñadas muertos sus maridos, otros con sus parientas como está dicho, y dejábanlas, y tomaban otras cuando no les hacían mantas, o habían cometido adulterio.

Síguese más del casamiento de estas gentes

Cuando nuevamente se casaba uno con una mujer, después de haberle dado su ajuar, y después que el varón la tenía en su casa, tenían esta costumbre, que antes que llegase a ella ni la conociese carnalmente, iba cuatro días por leña para los *cúes,* y la mujer barría su casa y un gran trecho del camino por donde entraban a su casa; y esto era oración que hacían por ser buenos casados, y por durar en su casamiento muchos días, en significación de lo cual barría el camino la mujer, para la vida que habían de tener adelante, y después se juntaban en uno. Si era señora hacían a sus criadas que les cubriesen a entrambos, si era mujer de baja suerte, decía el marido a su mujer que le cubriese, y así quedaban por marido y mujer. Y otros no guardaban tantos días; mas al segundo día se conocían; otros más, otros menos.

De los que se casaban por amores

Si a un mancebo le parecía bien una doncella que tenía padre, concertábanse ellos y juntábase con ella, después enviaba alguna pariente suya, o alguna mujer, a pedir en casamiento aquella que conoció, y el padre y madre espantados de aquello, le preguntaban a su hija que de dónde la conocía aquel mancebo, y ella decía que no sabía; decía el padre de ella: "Si tuviera hacienda ése que te pide, casárase contigo y labrara alguna sementera para darte de comer, y sirviérase del tal, y a mí que soy viejo, me guardara". Quería decir en esto que él tenía algún oficio o encomienda, que si por ser viejo, no lo pudiera cumplir, que aquel su yerno que pedía su hija por mujer, le reservara de aquel trabajo, y le hiciera por él; por eso decía que él guardara algunos días,

que había de venir. Si la hija no conocía que se había juntado aquel mancebo con ella, tomaba un palo el padre y dábale de palos a la que iba con el mensaje, porque le decía aquello de su hija, y tres o cuatro veces enviaba desta manera aquel mancebo para casarse con aquella moza.

Creían entonces sus padres della que la había conocido, y reprendían la hija por lo que había hecho, y decíanle: "Yo que soy tu padre no andaba desta manera que tú andas, gran afrenta me has hecho, echado me has tierra en los ojos". Quería decir, no osaré parecer entre la gente ni tendré ojos para mirarlos, porque todos me lo darán en la cara, y me afrentarán por esto que has hecho. Decía más a su hija: "Yo cuando mancebo me casé con esta tu madre y tenemos casa, y me dieron ajuar de maíz y mantas, y me dieron casa, ¿a quién pareces tú en esto que has hecho? ¿para qué quieres aquel perdido? Por ser un perdido se juntó contigo para deshonrarte". La madre también la reprendía, iban a la casa del que la había corrompido, y tomábanle todo lo que tenía en su casa de mantas y piedras de moler, y la sementera que tenía hecha para sí, y deshonrábanse; y si determinaban de dársela, platicábanlo entre sí sus padres, y decían: "Ya ¿para qué queremos esta nuestra hija?, ya ¿cómo la podemos tornar a ser virgen? que ya está corrompida, ya han mudado entrambos sus corazones, y han hablado entre sí". Entonces llevábansela a la casa dél, acompañándolos sus parientes y entregábansela, haciéndoles sus razonamientos; si eran de un barrio quedaban casados; si no no se la daban.

Del repudio

Cuando no eran buenos casados, hacíanlo saber al sacerdote mayor llamado *petámuti,* y el dicho sacerdote los amonestaba que fuesen buenos casados diciéndoles: "¿Por qué reñís? cesá ¿cómo, no tenéis casa? tomá a probar cómo os habréis; mirá que tenéis ya hijos". Y reprendía al que tenía culpa e íbanse. Si tornaban a quejarse otras tres veces, decíanles: "Ya vosotros queréis dejar de ser casados, dejaos pues, ¿a quién lo habéis de decir, pues tantas veces os habéis quejado?" Y tomaba otra mujer, dando las causas porque no eran buenos casados, por mal trata-

miento; y vivían juntos, y no se podían dejar; mas si la tomaba en adulterio, quejábanse a ese sacerdote y matábanla. Si él andaba con otras mujeres, que no quería hacer vida con aquella su mujer, quitábansela sus padres y casábanla con otro, y si quejaba que no hacían vida en uno, éste que había tomado la segunda mujer, echábanlos presos en la cárcel pública, y no se podían descasar. Si uno tenía dos mujeres, iba la una mujer a los médicos llamados *xurimecha,* y ellos con sus hechizos, le apartaban de la una, y decían que le juntaban con la otra en esta manera: toman dos maíces y una xical de agua, y si aquellos maíces se juntaban en el suelo de la xical y se sumían juntos, era señal que habían de estar así juntos aquellos casados. Si se apartaba uno de aquellos maíces, decían que apartaban aquella mujer de aquel marido, y que le juntaban con la otra.

[*Relación,* parte III, caps. XI-XV.]

FRAY DIEGO DE LANDA

(*Cifuentes de la Alcarria, 1524 – Mérida de Yucatán, 1579*)

Mancebo de 17 años, toma el hábito en el convento de San Juan de los Reyes de la ciudad de Toledo, poco después se ordena, y en 1549, con la misión de fray Nicolás de Albalate, llega a Yucatán. Allí comienza su nueva vida, y un rápido ascenso en las jerarquías de su orden franciscana. Guardián mayor del convento de Izamal (1552), custodio de Yucatán (1556), guardián del convento mayor de Mérida (1560) y, por fin, provincial de Yucatán y Guatemala.

Aprendió a perfección la lengua maya, que no usó únicamente para la tarea misional, sino también para adentrarse en el conocimiento íntimo de la cultura autóctona. Su carácter impetuoso y su ambición de poder lo llevaron a luchas constantes, a veces con razón y otras sin ella, enfrentándose a los encomenderos, a los clérigos seculares, al alcaide mayor Diego Quixada, al defensor de indios Rodrigo de Vivanco, al gobernador Velasco de Gijón. No habiendo todavía obispo en Yucatán, el provincial Landa era de hecho la mayor autoridad eclesiástica, y a veces entendió el proselitismo religioso de manera más castrense que evangélica; de ahí medidas "irreflexivas y atroces", como las llama el padre Mariano Cuevas.

La llegada a Mérida en agosto de 1562 del primer obispo de Yucatán, fray Francisco de Toral —hombre inflexible y recto franciscano "indigenista" al estilo de Sahagún— puso un alto a la actividad del provincial Landa, denunciándolo ante el rey por la destrucción de Maní. Fray Diego hubo de renunciar a su cargo y salió para España.

En el destierro —que destierro fue para fray Diego de Landa volver a su patria— sintió la nostalgia de la tierra adoptiva y, reviviéndola en el recuerdo, escribió la *Relación de las cosas de Yucatán* (1565), en Ocaña, en Guadalajara, en Toledo, en Cabrera... Sus fuentes son, ante todo, el cono-cimiento personal, directo, y sus conversaciones con los conquistadores y con los mayas (caps. II, IX, XI, XLI). Acaso conoció también y la tendría consigo una obra, hoy perdida, que más tarde poseyó Cogolludo: La *Relación de las costumbres de los indios,* del noble maya H' Chi Xiu, que después de bautizado se llamó Antonio de Herrera Chiu.

"Al levantar Landa de esta manera un monumento que no le pertenece a él sino a los indios, hacíase tan pagano como ellos, pues daba nacimiento, de nueva cuenta, a los dioses que encaminaron por los senderos de la tierra niña a las tribus; vivía las costumbres de un pueblo al cual castigó bárbaramente; coronábase de flores, como los indios en las fiestas de las divinidades primitivas; escuchaba con igual embeleso que ellos el canto de las aves, y asociábase y condolíase ante los cataclismos sufridos por el pueblo del Mayab cuando los clanes se dispersaron sobre la tierra" (Pérez Martínez).

Fallecido fray Francisco de Toral, le sucedió en el obispado su antagonista fray Diego de Landa. Volvía a Yucatán en 1573, después de dos lustros de ausencia, para ofrecerle, como expiación de antiguos excesos, el tesoro de su *Relación* manuscrita. El obispo fue diferente de lo que había sido el provincial. Entre fines de 1574 y principios de 1575 Landa hizo un viaje a México, donde mandó imprimir la doctrina cristiana en lengua maya. Vuelto a su diócesis, falleció en la ciudad de Mérida en 29 de abril de 1579.

A la muerte de Landa el manuscrito de su obra quedó guardado en la biblioteca del convento franciscano de Mérida. Allí lo conocieron seguramente Cogolludo y Vázquez de Espinosa. Quizá se perdió en la expulsión de 1826. Parece comprendía 3 000 párrafos, agrupados en 225 capítulos. Una copia de la *Relación,* por lo menos, había llegado a España, y la consultó el historiador Herrera; tampoco la poseemos.

Por fortuna, en 1863, el americanista francés abate Brasseur de Bourbourg descubrió en la biblioteca de la Academia de la Historia de Madrid una refundición anónima, hecha hacia 1616. El desconocido autor suprime capítulos, extracta otros; conserva algunos. Perdido el original, esto es lo que nos queda de la obra de Landa. Su valor literario, claro está, se esfuma en la refundición; pero la minuciosidad de los detalles, la exacta descripción de los monumentos, los diseños que la acompañan, su testimonio personal que aduce (... morando yo allí... que he visto...), sus rectificaciones a Oviedo: todo ello da la sensación de una absoluta veracidad.

"El noventa y nueve por ciento de lo que sabemos hoy acerca de los mayas —dice William Gates en el prólogo a su traducción inglesa — lo conocemos como resultado de lo que Landa nos ha dicho o hemos aprendido en su uso y estudio." Gracias a la *Relación de las cosas de Yucatán,* sobre todo, ha sido posible interpretar los jeroglíficos cronológicos —rayo de luz en un pasado oscuro—.

Relación de las cosas de Yucatán. 1566.

Ediciones

1864	París	*Rélation des choses de Yucatán de Diego de Landa,* Texte espagnol et traduction française en regard… par l'abbé Brasseur de Bourbourg. Incompleta. Sólo contiene 50 de los 70 folios del manuscrito, terminando en el cap. XLII.
1884	Madrid	Primera edición completa. La publica Juan de Dios de la Rada y Delgado, como apéndice a su traducción de la obra de León Rosny, *Ensayo sobre la interpretación de la escritura hierática de la América Central.*
1900	Madrid	*C. D. I. – Ultramar,* vol. XIII de la 2ª serie. Faltan los capítulos XXXIV y XLII, y los mapas.
1828-29	París	*Rélation des choses de Yucatán (Relación de las cosas de Yucatán).* Texte espagnol et traduction française… édition complète accompagnée de notes… precédée d'une introduction sur la vie et l'oeuvre de l'auteur… par Jean Genet. 2 vols. La edición quedó trunca por suicidio del traductor; alcanza sólo al folio 45r del manuscrito, capítulo XLI.
1938	México	*Relación…* Introducción y notas por Héctor Pérez Martínez. Con un apéndice en el cual se publican por primera vez varios documentos importantes y cartas del autor.
1938	Mérida Yucatán	*Relación… Primera edición yucateca. Precedida de* una nota sobre la vida y la obra de fray Diego de Landa escrita por el Prof. Alfredo Barrera Vásquez, y seguida de un Apéndice que contiene la reimpresión de diez relaciones de las escritas por los encomenderos de Yucatán en los años de 1579 y 1581.
1959	México	Edición y prólogo por Ángel María Garibay K. "Biblioteca Porrua", núm. 13.

Traducciones

Francesas

1864	París	La de Brasseur de Bourbourg, incompleta, acompañando al texto.
1928-29	París	La de Genet, incompleta, acompañando al texto.

Inglesas

1937	Baltimore, Md.	*Yucatan before and after the Conquest* by Friar Diego de Landa, translated with notes by William Gates. (The Maya Society.)
1941	Cambridge, Mass.	*Landa's Relación de las cosas de Yucatán...* Papers of the Peabody Museum of American Archaeology... Harvard University, XVIII. Versión inglesa de Alfred M. Tozzer, basada en la de C. P. Bowditch y comparada con el texto del manuscrito original. Excelente anotación.

Rusa

1955	Moscú	Publicación del Instituto de Etnografía de la Academia de Ciencias. Para la versión, que se basa en las ediciones de 1900 y 1928-29, ha tenido en cuenta las traducciones de Genet, Gates y Tozzer. Introducción, Mapas. Ilustraciones.

[DE LOS MAYAS DE YUCATÁN]

Provincia de Yucatán

Que algunos viejos de Yucatán dicen haber oído a sus [ante] pasados que pobló aquella tierra cierta gente que entró por levante, a la cual había Dios librado abriéndoles doce caminos por el mar, lo cual, si fuese verdad, era necesario que viniesen de judíos todos los de las Indias, porque pasado el estrecho de Magallanes se habían de ir extendiendo más de dos mil leguas de tierra que hoy gobierna España.

Que la lengua de esta tierra es toda una, y que esto aprovechó mucho para su conversión aunque en las costas hay alguna diferencia en vocablos y en el tono de hablar; y que así los de la costa son más pulidos en su trata y lengua; y que las mujeres cubren los pechos, y las de más adentro no.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. v.]

Los edificios antiguos

Que en Yucatán hay muchos edificios de gran hermosura que es la cosa más señalada que se ha descubierto en las Indias, todos de cantería muy bien labrada sin haber ningún género de metal en ella con que se pudiesen labrar.

Que están estos edificios muy cerca unos de otros y que son templos, y que la razón de haber tantos es por mudarse las poblaciones muchas veces; y que en cada pueblo labran un templo por el gran aparejo que hay de piedra y cal y cierta tierra blanca excelente para edificios. Que estos edificios no son hechos por otras naciones sino por indios, lo cual se ve por hombres de piedra desnudos y honestados de unos largos listones, que llaman en su lengua *ex,* y de otras divisas que los indios traen.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. v.]

Manera de fabricar las casas de Yucatán

Que la manera (que los indios tenían de) hacer sus casas era cubrirles de paja, que tienen muy buena y mucha, o con hojas de palma, que es propia para ésta; y que tenían muy grandes corrientes para que no se lluevan, y que después echan una pared de por medio y a lo largo, que divide toda la casa y en esta pared dejan algunas puertas para la mitad que llaman las espaldas de la casa, donde tienen sus camas, y la otra mitad blanquean de muy gentil encalado y los señores las tienen pintadas de muchas galanterías; y esta mitad es el recibimiento y aposento de los huéspedes y no tiene puerta sino toda es abierta conforme al largo de la casa y baja mucho la corriente delantera por temor de los soles y aguas, y dicen que también para enseñorarse de los enemigos de la parte de dentro en tiempo de necesidad. El pueblo menudo hacía a su costa las casas de los señores; y que con no tener puertas tenían por grave delito hacer mal a casas ajenas. Tenían una puertecilla atrás para el servicio necesario y unas camas de varillas y encima una esterilla donde duermen cubiertos por sus mantas de algodón; en verano duermen comúnmente en los encalados con una de aquellas esterillas, especialmente los hombres.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. XX.]

Pintura y labrado de los indios

Labrábanse los cuerpos, y cuanto más (por) tanto más valientes y bravos se tenían, porque el labrarse era gran tormento. Y era de esta manera; los oficiales de ella labraban la parte que querían con tinta y después sajábanle delicadamente las pinturas y así, con la sangre y tinta, quedaban en el cuerpo las señales; y que se labraban poco a poco por el grande tormento que era, y también después se (ponían) malos; porque se les enconaban las labores y supurábanse y que con todo esto se mofaban de los que no se labraban. Y que se precian mucho de ser requebrados y tener gracias y habilidades naturales, y que ya comen y beben como nosotros.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. XXII.]

Modo de ornar sus cabezas y de llevar sus vestidos

Que los indios de Yucatán son gente bien dispuesta, altos, recios y de muchas fuerzas y comúnmente todos estevados porque en su niñez, cuando las madres los llevan de una parte a otra, van a horcajadas en los cuadriles. Tenían por gala ser bizcos, lo cual hacían por arte las madres colgándoles del pelo cuando niños, un pegotillo que les llegaba al medio de las cejas; y como les andaba allí jugando, ellos alzaban los ojos y venían a quedar bizcos. Y que tenían las cabezas y frentes llanas, hecho también por sus madres, por industria, desde niños; que traían las orejas horadadas para zarcillos y muy harpadas de los sacrificios. No criaban barbas y decían que les quemaban los rostros sus madres con paños calientes siendo niños, para que no les naciesen. Y que ahora crían barbas aunque muy ásperas como cerdas de rocines.

Que criaban cabello como las mujeres; por lo alto quemaban como una buena corona y así crecía mucho lo de debajo y lo de la corona quedaba corto y que lo trenzaban y hacían una guirnalda de ello en torno de la cabeza dejando la colilla atrás como borlas.

Que todos los hombres usaban espejos y no las mujeres; y que para llamarse cornudos decían que su mujer les había puesto el espejo en el cabello sobrante del colodrillo.

Que se bañaban mucho, no curando de cubrirse de las mujeres sino cuanto podía cubrir la mano.

Que eran amigos de buenos olores y que por eso usan ramilletes de flores y yerbas olorosas, muy curiosos y labrados.

Que usaban pintarse de colorado el rostro y cuerpo y les parecía muy mal, pero teníanlo por gran gala.

Que su vestido era un listón de una mano de ancho que les servía de bragas y calzas y que se daban con él algunas vueltas por la cintura de manera que uno de los cabos colgaba adelante y el otro detrás, y que estos cabos los hacían sus mujeres con curiosidad y labores de pluma; y que traían mantas largas y cuadradas y las ataban en los hombros; y que traían sandalias de cáñamo o cuero de venado por curtir, seco, y no usaban otro vestido.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. xx.]

Costumbre de allanar la cabeza

Que las indias criaban a sus hijitos en toda la aspereza y desnudez del mundo, porque a los cuatro o cinco días de nacida la criaturita poníanla tendidita en un lecho pequeño, hecho de varillas, y allí, boca abajo, le ponían entre dos tablillas la cabeza: la una en el colodrillo y la otra en la frente, entre las cuales se la apretaban tan reciamente y la tenían allí padeciendo hasta que acabados algunos días les quedaba la cabeza llana y enmoldada como la usaban todos ellos. Era tanta la molestia y el peligro de los pobres niños, que algunos peligraban, y el autor vio agujerarle a uno la cabeza por detrás de las orejas, y así debían hacer a muchos.

Criábanlos en cueros, salvo que de 4 a 5 años les daban una mantilla para dormir y unos listoncillos para honestarse como sus padres, y a las muchachas las comenzaban a cubrir de la cintura para abajo. Mamaban mucho porque nunca dejaban, en pudiendo de darles leche aunque fuesen de tres o cuatro años, de donde venía haber entre ellos tanta gente de buenas fuerzas.

Criábanse los dos primeros años a maravilla lindos y gordos. Después con el continuo bañarlos las madres y los soles, se hacían morenos; pero eran todo el tiempo de la niñez bonicos y traviesos, que nunca paraban de andar con arcos y flechas y jugando unos con otros y así se criaban hasta que comenzaban a seguir el modo de vivir de los mancebos y tenerse en su manera en más, y dejar las cosas de niños.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. xxx.]

Educación de los mancebos

Que los mozos reverenciaban mucho a los viejos y tomaban sus consejos y así se jactaban de (ser) viejos y decían a los mozos lo que habían visto, que ellos les habían de creer; si los mozos acataban los consejos les daban más crédito a los ancianos. Eran tan estimados en esto, que los mozos no trataban con vie-

jos sino en cosas inevitables (y eso, si) los mozos eran por casar; con los casados, muy poco. Por eso usaban tener en cada pueblo una casa grande y encalada, abierta por todas partes, en la cual se juntaban los mozos para sus pasatiempos. Jugaban a la pelota y a un juego con unas tabas como a los dados, y a otros muchos. Dormían aquí todos juntos casi siempre, hasta que se casaban.

Y dado que he oído que en otras partes de las Indias usaban en tales casas del nefando pecado, en esta tierra no he entendido que hiciesen tal, ni creo lo hacían porque los allegados de esta pestilencial miseria dicen que no son amigos de mujeres como eran éstos, que a esos lugares llevaban a las malas mujeres públicas y en ellos usaban de ellas, y las pobres que entre esta gente acertaban a tener este oficio, no obstante que recibían de ellos galardón, eran tantos los mozos que a ellas acudían, que las traían acosadas y muertas.

Embadurnábanse de color negro hasta que se casaban y no se solían labrar hasta casados, sino poco. En las demás cosas acompañaban siempre a sus padres y así salían tan buenos idólatras como ellos y servíanles mucho en los trabajos.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. xxx.]

[MATRIMONIOS Y REPUDIOS]

Que antiguamente se casaban de 20 años y ahora de 12 o 13 y por eso ahora se repudian más fácilmente, como que se casan sin amor e ignorantes de la vida matrimonial y del oficio de casados; y si los padres no podían persuadirlos de que volviesen con ellas, buscábanles otras y otras. Con la misma facilidad dejaban los hombres con hijos a sus mujeres, sin temor de que otro las tomase por mujeres o después volver a ellas; pero con todo eso son muy celosos y no llevan a paciencia que sus mujeres no sean honestas; y ahora, en vista de que los españoles, sobre eso matan a las suyas, empiezan a maltratarlas y aun a matarlas. Si cuando repudiaban (a sus mujeres) los hijos eran niños, dejábanlos a las madres; si grandes los varones, con los padres; y (si) hembras, con las madres.

Que aunque era tan común y familiar cosa repudiar, los ancianos y de mejores costumbres lo tenían por malo y muchos había que nunca habían tenido sino una (mujer) la cual ninguna tomaba (en familia) del padre, porque era cosa muy fea entre ellos; y si algunos se casaban con las cuñadas, mujeres de sus hermanos, era tenido por malo. No se casaban con sus madrastras ni cuñadas, hermanas de sus mujeres, ni tías, hermanas de sus madres, y si alguno lo hacía era tenido (por) malo. Con todas las demás parientas de parte de su madre contraían (matrimonio), aunque fuese (su) prima hermana.

Los padres tienen mucho cuidado de buscarles con tiempo a sus hijos, mujeres de estado y condición, y si podían, en el mismo lugar; y poquedad era entre ellos buscar las mujeres para sí, y los padres casamiento para sus hijas; y para tratarlo concertaban las arras y dote, lo cual era muy poco y dábalo el padre del mozo al consuegro y hacia la suegra, allende del dote, vestidos a la nuera e hijo; y venido el día se juntaban en casa del padre de la novia y allí, aparejada la comida, venían los convidados y el sacerdote y reunidos los casados y consuegros trataba el sacerdote cuadrarles y si lo habían mirado bien los suegros y si les estaba bien; y así le daban su mujer al mozo esa noche si era para

ello y luego se hacía la comida y convite y de ahí en adelante quedaba el yerno en casa del suegro, trabajando cinco o seis años para el mismo suegro; y si no lo hacía echábanle de la casa. Las madres trabajaban para que la mujer diese siempre de comer al marido en señal de casamiento. Los viudos y viudas se concertaban sin fiesta ni solemnidad y con sólo ir ellos a casa de ellas y admitirlos y darles de comer se hacía el casamiento; de lo cual nacía que (las mujeres) se dejaban con tanta facilidad como se tomaban. Nunca los yucatenenses tomaron más de una como se ha hallado en otras partes tener muchas juntas, y los padres, algunas veces (a nombre de sus hijos), niños, contraen matrimonio (y los casados esperan) hasta que sean venidos en edad y (los padres) se tratan como suegros.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. XXV.]

Herencias y tutelas

Que los indios no admitían que las hijas heredaran con los hermanos si no era por vía de piedad o voluntad y entonces dábanles algo del montón y lo demás lo partían igualmente los hermanos, salvo que al que más notablemente había ayudado a allegar la hacienda dábanle su equivalencia; y si eran todas hijas, heredaban los hermanos (del padre) o (los) más propincuos; y si eran de (tal) edad que no era prudente entregarles la hacienda, dábanla a un tutor, deudo más cercano, el cual daba a la madre para criarlos porque no usaban dejar nada en poder de (las) madres, o quitábanles los niños, principalmente siendo los tutores hermanos del difunto. Estos tutores daban a los herederos lo que se les entregaba, y no hacerlo era gran fealdad entre ellos y causa de muchas contiendas. Cuando así lo entregaban era delante de los señores y principales, quitando lo que había dado para criarlos; y no daban de las cosechas de las heredades sino cuando eran colmenares y algunos árboles de cacao, porque decían que harto era tenerlas en pie. Si cuando el señor se moría no estaban los hijos (en edad) de regir y tenía hermanos, regía el mayor de los hermanos o el más desenvuelto, y mostraban al heredero sus costumbres y fiestas para cuando fuese hombre; y estos hermanos, aunque el heredero (tuviese ya la edad) para regir,

mandaban toda la vida; y si no había hermanos, los sacerdotes y gente principal elegían un hombre suficiente para ello.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. XXIV.]

Obediencia y respeto a los señores

Allende de la casa hacía todo el pueblo a los señores sus sementeras, y se las beneficiaban y cogían en cantidad que les bastaba a él y a su casa; y cuando había caza o pesca, o era tiempo de traer sal, siempre daban parte al señor, porque estas cosas siempre las hacían en comunidad. Si moría el señor, aunque le sucediese el hijo mayor, eran siempre los demás hijos muy acatados y ayudados y tenidos por señores.

A los demás principales inferiores del señor ayudaban en todas estas cosas conforme a quienes eran, o al favor que el señor les daba. Los sacerdotes vivían de sus oficios y ofrendas.

Los señores regían el pueblo concertando los litigios, ordenando y concertando las cosas de sus repúblicas, todo lo cual hacían por manos de los más principales, que eran muy obedecidos y estimados, especialmente de la gente rica a quienes visitaban; tenían palacio en sus casas donde concertaban las cosas y negocios, principalmente de noche; y si los señores salían del pueblo llevaban mucha compañía, lo mismo que cuando salían de sus casas.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. XX.]

Comidas y bebidas

Que el mantenimiento principal es el maíz del cual hacen diversos manjares y bebidas, y aun bebido como lo beben, les sirve de comida y bebida, y que las indias echan el maíz, a remojar en cal y agua una noche antes, y que a la mañana (siguiente) está blando y medio cocido y de esta manera se le quita el hollejo y pezón; y que lo muelen en piedras y que de lo medio molido dan a los trabajadores, caminantes y navegantes grandes pelotas y cargas y que dura algunos meses con sólo acedarse; y que de aquello toman una pella y deslíenla en un vaso de la cáscara de

una fruta que cría un árbol con el cual les proveyó Dios de vasos; y que se beben aquella sustancia y se comen lo demás y que es sabroso y de gran mantenimiento; y que de lo más molido sacan leche y la cuajan al fuego y hacen como poleadas para las mañanas y que lo beben caliente; y que en lo que sobra de las mañanas echan agua para beber en el día porque no acostumbran beber agua sola. Que también tuestan el maíz, lo muelen y deslíen en agua, que es muy fresca bebida, echándole un poco de pimienta de Indias y cacao.

Que hacen del maíz y cacao molido una a manera de espuma muy sabrosa con que celebran sus fiestas y que sacan del cacao una grasa que parece mantequilla y que de esto y del maíz hacen otra bebida sabrosa y estimada; y que hacen otra bebida de la sustancia del maíz molido así crudo, que es muy fresca y sabrosa.

Que hacen pan de muchas maneras, bueno y sano, salvo que es malo de comer cuando está frío; y así pasan las indias trabajo en hacerlo dos veces al día. Que no se ha podido acertar a hacer harina que se amase como la del trigo, y que si alguna vez se hace como pan de trigo no vale nada.

Que hacen guisados de legumbres y carne de venados y aves monteses y domésticas, que hay muchas, y de pescados, que hay muchos, y que así tienen buenos mantenimientos, principalmente después de que crían puercos y aves de Castilla.

Que por la mañana toman la bebida caliente con pimienta, como está dicho, y entre día, las otras frías, y a la noche los guisados; y que si no hay carne, hacen sus salsas de pimienta y legumbres. No acostumbraban comer los hombres con las mujeres; ellos comían por sí en el suelo o cuando mucho sobre una esterilla por mesa, y comen bien cuando tienen, y cuando no, sufren muy bien el hambre y pasan con muy poco. Se lavan las manos y la boca después de comer.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. XXI.]

Sus borracheras y banquetes

Que los indios eran muy disolutos en beber y emborracharse, de lo cual les seguían muchos males como matarse unos a otros, violar las camas pensando las pobres mujeres recibir a sus maridos; también con padres y madres como en casa de sus enemigos; y pegar fuego a sus casas: y que con todo eso se perdían por emborracharse. Y cuando la borrachera era general y de sacrificios, contribuían todos para ello, porque cuando era particular hacía el gasto el que la hacía con ayuda de sus parientes. Y que hacen el vino de miel y agua y cierta raíz de un árbol que para esto criaban, con lo cual se hacía el vino fuerte y muy hediondo; y que con bailes y regocijos comían sentados de dos en dos o de cuatro en cuatro, y que después de comido, los escanciadores, que no se solían emborrachar, traían unos grandes artesones de beber hasta que se hacía un zipizape; y las mujeres tenían mucha cuenta de volver borrachos a casa sus maridos.

Que muchas veces gastan en un banquete lo que en muchos días, mercadeando y trompeando, ganaban; y que tienen dos maneras de hacer estas fiestas. La primera, que es de los señores y gente principal, obliga a cada uno de los convidados una ave asada, pan y bebida de cacao en abundancia y al fin del convite suelen dar a cada uno una manta para cubrirse y un banquillo, y el vaso más galano que pueden, y si muere alguno de ellos es obligada la casa o sus parientes a pagar el convite. La otra manera es entre parentelas, cuando casan a sus hijos o hacen memoria de las cosas de sus antepasados; y ésta no obliga a restitución, salvo que si cuando han convidado a un indio a una fiesta así, él convida a todos cuando hace fiesta o casa a sus hijos. Y sienten mucho la amistad y la conservan (aunque estén) lejos uno de otros, con estos convites; y que en estas fiestas les daban de beber mujeres hermosas las cuales, después de dado el vaso, volvían las espaldas al que lo tomaba hasta vaciado el vaso.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. XXII.]

Farsas, músicas y bailes

Que los indios tienen recreaciones muy donosas y principalmente farsantes que representan con mucho donaire; tanto, que de éstos alquilan los españoles para que viendo los chistes de los

españoles que pasan con sus mozas, maridos o ellos propios, sobre el buen o mal servir, lo representan después con tanto artificio como curiosidad. Tienen atabales pequeños que tañen con la mano, y otro atabal de palo hueco, de sonido pesado y triste, que tañen con un palo larguillo con leche de un árbol puesta al cabo; y tienen trompetas largas y delgadas, de palos huecos; y al cabo unas largas y tuertas calabazas; y tienen otro instrumento (que hacen) de la tortuga entera con sus conchas, y sacada la carne táñenlo con la palma de la mano y es su sonido lúgubre y triste.

Tienen silbatos hechos con las cañas de los huesos de venado y caracoles grandes, y flautas de cañas, y con estos instrumentos hacen son a los valientes. Tienen especialmente dos bailes muy de hombre de ver. El uno es un juego de cañas, y así le llaman ellos *colomché,* que lo quiere decir. Para jugarlo se junta una gran rueda de bailadores con su música que les hacen son, y por su compás salen dos de la rueda; el uno con un manojo de bohordos y baila enhiesto con ellos; el otro baila en cuclillas, ambos con compás de la rueda, y el de los bohordos, con toda su fuerza, los tira al otro, el cual con gran destreza, con un palo pequeño arrebátalos. Acabado de tirar vuelven con su compás de la rueda, y salen otros a hacer lo mismo. Otro baile hay en que bailan ochocientos y más y menos indios, con banderas pequeñas, con son y paso largo de guerra, entre los cuales no hay uno que salga de compás; y en sus bailes son pesados porque todo el día entero no cesan de bailar y allí les llevan de comer y beber. Los hombres no solían bailar con las mujeres.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. XXII.]

Industria, comercio y moneda

Que los oficios de los indios eran olleros y carpinteros, los cuales, por hacer ídolos de barro y madera, con muchos ayunos y observancias, ganaban mucho. Había también cirujanos o, por mejor decir, hechiceros, los cuales curaban con yerbas y muchas supersticiones; y así de todos los demás oficios. El oficio a que más inclinados estaban es el de mercaderes llevando sal, ropa y esclavos a tierra de Ulúa y Tabasco, trocándolo todo por cacao y cuentas de piedra que eran su moneda, y con ésta solían com-

prar esclavos, u otras cuentas más finas y buenas, las cuales traían sobre sí los señores como joyas en las fiestas; y tenían por moneda y joyas otras hechas de ciertas conchas coloradas, y las traían en sus bolsas de red que tenían, y en los mercados trataban todas cuantas cosas había en esa tierra.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. XXIII.]

Costumbres de guerra

En los caminos y pasos, los enemigos le ponían defensas de flechaderos de varazón y madera y comúnmente hechos de piedra. Después de la victoria quitaban a los muertos la quijada y limpia de la carne, poníansela en el brazo. Para su guerra hacían grandes ofrendas de los despojos y si cautivaban algún hombre señalado, le sacrificaban luego porque no querían dejar quien les dañase después. La demás gente era cautiva en poder del que la prendía. Que a esos holcanes si no era en tiempo de guerra, no daban soldada, y cuando había guerra, los capitanes les daban cierta moneda, y poca, porque era de la suya, y si no bastaba, el pueblo ayudaba a ello. El pueblo dábales también la comida, y ésa la aderezaban las mujeres para ellos; la llevaban a cuestas por carecer de bestias y así les duraban poco las guerras. Acabada la guerra, los soldados hacían muchas vejaciones en sus pueblos (mientras) duraba el olor de la guerra y sobre ello hacíanse servir y regalar; y si alguno había matado algún capitán o señor, era muy honrado y festejado.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. XXIX.]

Penas y castigos

Que a esta gente les quedó de(sde) Mayapán (la) costumbre de castigar a los adúlteros de esta manera: hecha la pesquisa y convencido alguno del adulterio, se juntaban los principales en casa del señor, y traído el adúltero atábanle a un palo y le entregaban al marido de la mujer delincuente; si él le perdonaba, era libre; si no, le mataba con una piedra grande (que) dejábale (caer) en la cabeza desde una parte alta; y la mujer por satisfacción bastaba la infamia que era grande, y comúnmente por esto las dejaban.

La pena del homicida aunque fuese casual, era morir por insidias de los parientes, o si no, pagar el muerto. El hurto pagaban y castigaban aunque fuese pequeño, con hacer esclavos y por eso hacían tantos esclavos, principalmente en tiempo de hambre, y por eso fue que nosotros los frailes tanto trabajamos en el bautismo: para que les diesen libertad.

Y si eran señores o gente principal, juntábase el pueblo y prendido (el delincuente) le labraban el rostro desde la barba hasta la frente, por los dos lados, en castigo que tenían por grande infamia.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. XXX.]

Diversidad y abundancia de ídolos

Que tenían gran muchedumbre de ídolos y templos suntuosos a su manera y aun sin los templos comunes, tenían los señores sacerdotes y gente principal oratorios e ídolos en casa para sus oraciones y ofrendas particulares. Y que tenían a Cuzmil y el pozo de Chichenizá en tanta veneración como nosotros las romerías a Jerusalén y Roma y así los iban a visitar y ofrecer dones, principalmente a Cuzmil, como nosotros a los lugares santos, y cuando no iban, enviaban siempre sus ofrendas. Y los que iban tenían también la costumbre de entrar en los templos derelictos cuando pasaban por ellos a orar y quemar copal.

Tantos ídolos tenían que aun no les bastaban los de sus dioses; pero no había animales ni sabandijas a los que no les hiciesen estatua, y todas las hacían a la semejanza de sus dioses y diosas. Tenían algunos pocos ídolos de piedra y otros de madera y de bultos pequeños, pero no tantos como de barro. Los ídolos de madera eran tenidos en tanto, que se heredaban como lo principal de la herencia. Ídolos de metal no tenían porque no hay metal ahí. Bien sabían ellos que los ídolos eran obras suyas y muertas y sin deidad, mas los tenían en reverencia por lo que representaban y porque los habían hecho con muchas ceremonias, especialmente los de palo.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. XXVII.]

Oficios de los sacerdotes

Los más idólatras eran los sacerdotes, *chilanes,* hechiceros y médicos, *chaces* y *nacones*. El oficio de los sacerdotes era tratar y enseñar sus ciencias y declarar las necesidades y sus remedios, predicar y echar las fiestas, hacer sacrificios y administrar sus sacramentos. El oficio de los *chilanes* era dar al pueblo las respuestas de los demonios y eran tenidos en tanto que acontecía llevarlos en hombros. Los hechiceros y médicos curaban con sangrías hechas en la parte donde dolía al enfermo y echaban suertes para adivinar en sus oficios y otras cosas. Los *chaces* eran cuatro hombres ancianos elegidos siempre de nuevo para ayudar al sacerdote a hacer bien y cumplidamente las fiestas. *Nacones* eran dos oficios: el uno perpetuo y poco honroso porque era el que abría los pechos a las personas que sacrificaban; el otro era una elección hecha de un capitán para la guerra y otras fiestas, que duraba tres años. Éste era de mucha honra.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. XXVII.]

Víctimas humanas

Que si las fiestas, en las cuales para solemnizarlas se sacrificaban animales, también por alguna tribulación o necesidad les mandaba el sacerdote o *chilanes* sacrificar personas y para esto contribuían todos. Algunos daban para que se comprasen esclavos o por devoción entregaban a sus hijitos los cuales eran muy regalados hasta el día y fiesta de sus personas, y muy guardados (para) que no se huyesen o ensuciasen de algún pecado carnal; y mientras les llevaban de pueblo en pueblo con bailes, los sacerdotes ayunaban con los chilanes y oficiales.

Y llegado el día juntábanse en el patio del templo y si había (el esclavo) de ser sacrificado a saetazos, desnudábanle en cueros y untábanle el cuerpo de azul (poniéndole) una coroza en la cabeza; y después de echado el demonio, hacía la gente un solemne baile con él, todos con flechas y arcos alrededor del palo y bailando subían en él y atábanle siempre bailando y mirándole todos. Subía el sucio del sacerdote vestido y con una flecha le hería en la parte verenda, fuese mujer u hombre y sacaba sangre y

bajábase y untaba con ella los rostros del demonio; y haciendo cierta señal a los bailadores, ellos, como bailando, pasaban de prisa y por orden le comenzaban a flechar el corazón el cual tenía señalado con una señal blanca; y de esta manera poníanle al punto los pechos como un erizo de flechas.

Si le habían de sacar el corazón, le traían al patio con gran aparato y compañía de gente y embadurnado de azul y su coroza puesta, le llevaban a la grada redonda que era el sacrificadero y después de que el sacerdote y sus oficiales untaban aquella piedra con color azul y echaban al demonio purificando el templo, tomaban los *chaces* al pobre que sacrificaban y con gran presteza le ponían de espaldas en aquella piedra y asíanle de las piernas y brazos que le partían por en medio. En esto llegaba el sayón *nacón* con un navajón de piedra y dábale con mucha destreza y crueldad una cuchillada entre las costillas, del lado izquierdo, debajo de la tetilla y acudíale allí luego con la mano y echaba la mano al corazón como rabioso tigre arrancándoselo vivo, y puesto en un plato lo daba al sacerdote el cual iba muy de prisa y untaba a los ídolos los rostros con aquella sangre fresca.

Algunas veces hacían este sacrificio en la piedra y grada alta del templo y entonces echaban el cuerpo ya muerto a rodar gradas abajo y tomábanle abajo los oficiales y desollábanle el cuerpo entero, salvo los pies y las manos, y desnudo el sacerdote, en cueros vivos, se forraba con aquella piel y bailaban con él los demás, y esto era cosa de mucha solemnidad para ellos. A estos sacrificados comúnmente solían enterrar en el patio del templo, o si no, comíanselos repartiendo entre los señores y los que alcanzaban; y las manos y los pies y cabeza eran del sacerdote y oficiales; y a estos sacrificados tenían por santos. Si eran esclavos cautivos en guerra, su señor tomaba los huesos para sacarlos como divisa en los bailes, señal de victoria. Algunas veces echaban personas vivas en el pozo de Chichenizá creyendo que salían al tercer día aunque nunca más parecían.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. XXVIII.]

Duelos y entierros

Que esta gente tenía mucho, excesivo temor a la muerte y lo mostraban en que todos los servicios que a sus dioses hacían no eran por otro fin ni para otra cosa sino para que les diesen salud y vida y mantenimientos. Pero ya que venían a morir, era cosa de ver las lástimas y llantos que por sus difuntos hacían y la tristeza grande que les causaban. Llorábanlos de día. Hacían abstinencias y ayunos por el difunto, especialmente el marido o la mujer, y decían (del difunto) que se lo había llevado el diablo, porque de él pensaban que les venían todos los males, en especial la muerte.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. XXXIII.]

Estatuas para conservar las cenizas

A los señores y gente de mucha valía quemaban los cuerpos y ponían las cenizas en vasijas grandes, y edificaban templos sobre ellas, como muestran haber hecho antiguamente los que se hallaron en Izamal. Ahora, en este tiempo, se halló que echaban las cenizas en estatuas huecas, hechas de barro, cuando (los muertos) eran muy señores.

La demás gente principal hacía a sus padres estatuas de madera a las cuales dejaban hueco el colodrillo, y quemaban alguna parte de su cuerpo y echaban allí las cenizas y tapábanlo; y después desollaban al difunto el cuero del colodrillo y pegábanselo allí, enterrando los residuos como tenían de costumbre; guardaban estas estatuas con mucha reverencia entre sus ídolos. A los antiguos señores Cocom, habían cortado las cabezas cuando murieron, y cocidas las limpiaron de la carne y después aserraron la mitad de la coronilla para atrás, dejando lo de adelante con las quijadas y dientes. A estas medias calaveras suplieron lo que de carne les faltaba con cierto betún y les dieron la perfección muy al propio de cuyas eran, y las tenían con las estatuas de las cenizas, todo lo cual tenían en los oratorios de las casas, con sus ídolos, en gran reverencia y acatamiento, y todos los días de sus fiestas y regocijos les hacían ofrendas de sus comidas para que no les faltase en la otra vida donde pensaban (que) sus almas descansaban y les aprovechaban sus dones.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. XXXIII.]

Creencia acerca de una vida futura

Que esta gente ha creído siempre en la inmortalidad del alma más que otras muchas naciones aunque no haya sido de tanta policía, porque creían que después de la muerte había otra vida más excelente de la cual gozaba el alma en apartándose del cuerpo. Esta vida futura, decían que se dividía en buena y mala vida, en penosa y llena de descanso. La mala y penosa, decían, era para los viciosos; y la buena y deleitosa para los que hubiesen vivido bien en su manera de vivir; los descansos que decían habrían de alcanzar si eran buenos, eran ir a un lugar muy deleitable donde ninguna cosa les diese pena y donde hubiese abundancia de comidas y bebidas de mucha dulzura, y un árbol que allá llaman *yaxché,* muy fresco y de gran sombra, que es (una) ceiba, debajo de cuyas ramas y sombra descansarían y holgarían todos siempre.

Las penas de la mala vida que decían habrían de tener los malos, eran ir a un lugar más bajo que el otro que llaman *mitual,* que quiere decir infierno, y en él ser atormentados por los demonios, y de grandes necesidades de hambre y frío y cansancio y tristeza. También había en este lugar un demonio, príncipe de todos los demonios, al cual obedecían todos y llámanle en su lengua *Hunhau,* y decían (que) estas mala y buena vida no tenían fin, por no tenerlo el alma. Decían también, y lo tenían por muy cierto (que) iban a esta su gloria los que se ahorcaban; y así había muchos que con pequeñas ocasiones de tristeza, trabajos o enfermedades se ahorcaban para salir de ellas e ir a descansar a su gloria donde, decían, los venía a llevar la diosa de la horca que llamaban *Ixtab.* No tenían memoria de la resurrección de los cuerpos y no daban razón de quién hubieron noticia de esta su gloria e infierno.

[*Relación de las cosas de Yucatán,* cap. XXXIII.]

FRAY MARCOS DE NIZA

(*Niza, ¿1500? – México, 1543...*)

Fray Marcos, nacido en la mediterránea Niza perteneciente entonces a los duques de Savoya, llegó al Nuevo Mundo en 1531. Desde Santo Domingo, pasando tal vez por Nicaragua, marcha al Perú con los primeros franciscanos y en calidad de comisario. Hállase presente, según su propio testimonio recogido por Las Casas, en las tragedias iniciales de la Conquista. En agosto de 1534 lo sabemos en Quito y parece haber quedado como superior de la "custodia" del Perú erigida el año siguiente. En abril de 1537, después de pasar por Guatemala, Fray Marcos se encontraba ya en México.

En esta ciudad, los relatos de Cabeza de Vaca y sus compañeros habían esparcido el rumor de que mucho más al norte de su ruta de viaje existían pueblos asentados en ciudades permanentes y de una gran civilización, que ellos no habían visitado, pero de los cuales tenían confusas referencias. Se creyó confirmada así la existencia de las "Siete Ciudades" que, según la leyenda, siete obispos fugitivos de los árabes en el siglo VIII fundaron en algún punto del Oeste.

¿Quién descubriría el misterio de aquellas ciudades fabulosas? Lo intentó, el primero, el franciscano Fray Juan de Olmedo o de la Asunción, que, en 1537, emprendió el camino guiado por el negro Estebanico, quedado con Dorantes cuando Cabeza de Vaca y Castillo Maldonado regresaron a España. Llegó Fray Juan hasta la Casa Grande, cerca del paralelo 33 (actuales confines de Nuevo México y Arizona).

El relato de este fracaso despertó en Fray Marcos, recién llegado del Perú, el anhelo de dar con aquellas ciudades. Tal vez competirían en riqueza y suntuosidad con la del Cuzco, tan profundamente grabada en su memoria. Obtenida una misión del virrey Antonio de Mendoza, sale de Culiacán el 7 de marzo de 1539, rumbo al norte. Lo acompañan Fray Honorato, francis-cano también, y buen número de indios de Ixtlán y Pototlán; sirve de guía el indispensable Estebanico.

Siguiendo por la costa y sin atravesar la sierra que tenía al este, la expedición llega a Acapa o Huacapan, desde donde Fray Marcos envía en descubierta, a unas sesenta leguas al norte, al guía Estebanico. Pasadas unas semanas, regresa un mensajero del negro, anunciando que a treinta jornadas de Huacapan existía una gran ciudad —Cíbola— de

altos edificios y de gente bien vestida. Confirman estas noticias indios tatuados, que llegaban a Huacapan: ellos iban a trabajar a Cíbola y les pagaban con turquesas y cueros de vaca —es decir, de *cíbolo,* rumiante cornúpeta hoy casi extinguido—.

Siguiendo en su camino hacia el norte, hasta el paralelo 35, Fray Marcos atraviesa la tierra de los pueblos, recibiendo constante confirmación de las Siete Ciudades por las cuales pregunta. Sin embargo, no penetra en ellas. Contempla desde lejos Cíbola, que, aun siendo la más pequeña, "es mayor que la ciudad de México". No osa entrar, noticioso de que Estebanico, por haber ofendido involuntariamente al señor de la ciudad, había sido muerto. Fray Marcos había llegado al extremo oeste del actual Nuevo México; la ciudad de Cíbola era uno de los pueblos zuñi.

A su regreso a México, el 2 de septiembre del propio año 1539, ante el virrey Mendoza, el oidor Ceynos y el gobernador de la Nueva Galicia Vicente Vázquez Coronado, Fray Marcos ratifica la verdad de su relación, de que levanta acta el escribano. Con tales noticias, el siguiente año 1540 el virrey ordena la expedición de Vázquez Coronado, el cual, no habiendo hallado rastro de las Siete Ciudades, tachó de falsa la relación de Fray Marcos. En realidad, el gobernador de la Nueva Galicia extravió el camino y dejando a su izquierda las "Ciudades" de los indios pueblos, fue a dar a los desiertos de la Gran Quivira.

La sinceridad del franciscano estaba fuera de discusión, pero fue tenido por un iluso. Sin embargo, como observa Chavero, basta leerlo para ver en él todas las características de la autenticidad. Da razón exacta de lugares y distancias, precisa nombres y refiere costumbres sin contradecirse jamás, y entra en detalles y pormenores que no podrían ser fruto de una "imaginación embustera." En verdad, Fray Marcos distingue cuidadosamente lo que vio de lo que oyó, pero informa como de una realidad de lo que entendía imperfectamente.

Fray Marcos de Niza fue provincial de 1540 a 1543, y murió en México.

BIBLIOGRAFÍA

Relación.

Ediciones

1864	Madrid	En *C. D. I. – Am.,* vol. p. 325 *ss.*
1926	Alburquerque, N. M	Percy M. Baldwin, *Fray Marcos de Niza's* Relation, *Spanish and English edition.*

Traducciones

Italiana

1565	Venecia	En Ramusio, vol. III.

Inglesas

1600	Londres	En Hakluyt, vol. III. (Traducción de la italiana.)
1905	Nueva York	*The Journey of Alvar Nuñez Cabeza de Vaca and his companions from Florida to the Pacific, translated from his own Narrative by Fanny Bandelier, Together with the Report of Father* Marcos de Niza *and a letter from the viceroy Mendoza.* (Esta traducción procede también de la italiana.)
1926	Alburquerque, N. M.	Percy M. Baldwin, *Fray Marcos de Niza's* Relation *Spanish and English edition,* pp. 8-33.
1949	Dallas	*The Journey of Fray Marcos de Niza,* by Cleve Hallenbeck. University Press.

Francesa

1838	París	En Ternaux, vol. IX, p. 256-284. (Traducción sobre copia de original, sacada por Muñoz.)

[CAMINO A LAS SIETE CIUDADES]

De los ópatas del alto Sonora a los pueblos de zuñi

Y así me volví a proseguir mi camino, y fui por aquel valle cinco días, el cual es tan poblado de gente lucida y tan abastado de comida, que basta para dar de comer en él a más de trescientos de caballo; riégase todo y es como un vergel, están los barrios a media legua y a cada cuarto de legua, y en cada pueblo destos hallaba muy larga relación de Cíbola, y tan particularmente me contaban della, como gente que cada año van allí a ganar su vida.

Aquí hallé un hombre, natural de Cíbola, el cual dijo haberse venido de la persona que el señor tiene, allí en Cíbola, puesta, por quel Señor destas siete ciudades vive y tiene su asiento en la una dellas, que se llama Ahacus, y en las otras siete tiene puestas personas que mandan por él. Este vecino de Cíbola es hombre de buena disposición, algo viejo y de mucha más razón que los naturales deste valle y que los de atrás; díjome que se quería ir conmigo para que yo le alcanzase perdón.

Informéme particularmente dél, y díjome que Cíbola es una gran ciudad en que hay mucha gente y calles y plazas, y que en algunas partes de la ciudad hay unas casas muy grandes, que tienen a diez sobrados, y que en éstas se juntan los principales, ciertos días del año; dicen que las casas son de piedra y de cal, por la manera que lo dijeron los de atrás, y que las portadas y delanteras de las casas principales son de turquesas; díjome que, de la manera desta ciudad, son las otras siete, y algunas mayores, y que la más principal dellas es Ahacus; dice que a la parte del Sueste hay un reino, que se llama Marata, en que solía haber muchas y muy grandes poblaciones, y que todas tienen estas casas de piedra y sobrados, y questos han tenido y tienen guerra con el Señor destas siete ciudades, por la cual guerra se ha disminuido en gran cantidad este reino de Marata, aunque todavía está sobre sí y tiene guerra con estotros. Y así mismo dijo que, a

la parte de Sueste, está el reino que llaman de Totonteac, dice que es una cosa, la mayor del mundo y de más gente y riquezas; y que aquí visten paños de lo que es hecho esto que yo traigo, y otros más delicados y que se sacan de los animales que atrás se señalaron, y que es gente de mucha policía, y diferente de la que yo he visto. También dijo que hay otra provincia y reino muy grande, que se dice Acus, porque hay Ahacus y Acus: y Ahacus, con aspiración, es una de las siete ciudades, la más principal, y sin aspiración, Acus, es reino y provincia por sí; díjome que los vestidos que traen en Cíbola son de la manera que atrás me habían dicho; dice que todos los de aquella ciudad duermen en camas altas del suelo, con ropas y toldos encima, que cubre las camas; díjome que iría conmigo hasta Cíbola y adelante, si lo quisiere llevar. La misma relación me dieron en este pueblo otras muchas personas, aunque no tan particularmente.

Por este valle caminé tres días, haciéndome los naturales todas las fiestas y regocijos que podían; aquí en este valle vi más de dos mil cueros de vacas, extremadamente bien adobados, vi mucha más cantidad de turquesas y collares dellas, en este valle, que en todo lo que había dejado atrás; y todos dicen que viene de la ciudad de Cíbola, de la cual tienen tanta noticia, como yo de lo que traigo entre manos; y así mismo la tienen del reino de Marata, y de Acus y del de Totonteac.

Aquí en este valle, me trajeron un cuero, tanto y medio mayor que de una gran vaca, y me dijeron ques de un animal que tiene sólo un cuerno en la frente, y queste cuerno es corvo hacia los pechos, y que de allí sale una punta derecha, en la cual dicen que tiene tanta fuerza, que ninguna cosa, por recia que sea, deja de romper, si topa con ella; y dicen que hay muchos animales destos en aquella tierra; la color del cuero es a manera de cabrón y el pelo tan largo como el dedo.

Aquí tuve mensajeros de Esteban, los cuales de su parte me dijeron que iba ya en el postrer despoblado, y muy alegre, por ir más certificado de las grandezas de la tierra; y me envió a decir que, desde que se apartó de mí, nunca había tomado a los indios en ninguna mentira, y que hasta allí todo lo había hallado por la manera que le habían dicho y que así pensaba hallar lo demás. Y así lo tengo por cierto, porque es verdad que, desde el primer día

que yo tuve noticia de la ciudad de Cíbola, los indios me dijeron todo lo que hasta hoy he visto; diciéndome siempre los pueblos que había de hallar en el camino y los nombres dellos; y en las partes donde no había poblado, me señalaban dónde había de comer y dormir, sin haber errado en un punto, con haber andado, desde la primera nueva que tuve de la tierra hasta hoy, ciento y doce leguas, que no parece poco digna de escribir la mucha verdad desta gente. Aquí en este valle, como en los demás pueblos de atrás, puse cruces e hice los autos y diligencias que convenían, conforme a la instrucción.

Los naturales de este valle me rogaron que descansase aquí tres o cuatro días, porque estaba el despoblado cuatro leguas de aquí; y desde el principio dél hasta llegar a la ciudad de Cíbola hay largos quince días de camino; y que me querían hacer comida y aderezar lo necesario para él. Y me dijeron que con Esteban, negro, habían ido de aquí más de trescientos hombres acompañándole y llevándole comida, y que conmigo también querían ir muchos, por servirme y por que pensaban volver ricos; yo se lo agradecí y les dije que aderezasen presto, porque cada día se me hacía un año, con deseo de ver a Cíbola. Y así me detuve tres días, sin parar adelante, en los cuales siempre me informé de Cíbola y de todo lo demás, y no hacía sino tomar indios y preguntalles aparte a cada uno por sí, y todos se conformaban en una misma cosa, y me decían la muchedumbre de gente y la orden de las calles y grandeza de las casas la manera de las portadas, todo como me lo dijeron los de atrás. Pasados los tres días, se juntó mucha gente para ir conmigo, de los cuales tomé treinta principales, muy bien vestidos con aquellos collares de turquesas, que algunos dellos tenían a cinco y a seis vueltas; y con éstos tomé la gente necesaria que llevase comida para ellos y para mí, y me puse en camino. Por mis jornadas, entré en el despoblado, a nueve días de mayo.

A la vista de Cíbola

Rogueles que algunos dellos quisiesen ir a Cíbola, para ver si había escapado alguno otro indio, y para que supiesen alguna nueva de Esteban, lo cual no pude acabar con ellos. Visto esto,

yo les dije que, en todo caso, yo había de ver la ciudad de Cíbola, y me dijeron que ninguno iría conmigo; y al cabo viéndome determinado, dos principales dijeron que irían conmigo, con los cuales y con mis indios y lenguas, seguí mi camino hasta la vista de Cíbola, la cual está asentada en un llano, a la falda de un cerro redondo.

Tiene muy hermoso parecer de pueblo; el mejor que en estas partes yo he visto; son las casas por la manera que los indios me dijeron, todas de piedra con sus sobrados y azoteas, a lo que me pareció desde un cerro donde me puse a verla. La población es mayor que la ciudad de México; algunas veces fui tentado de irme a ella, porque sabía que no venturaba sino la vida, y ésta ofrecí a Dios el día que comencé la jornada; al cabo temí, considerando mi peligro y que si yo moría, no se podría haber razón desta tierra, que a mi ver es la mayor y mejor de todas las descubiertas. Diciendo yo a los principales que tenía conmigo, cuán bien me parecía Cíbola, me dijeron que era la menor de las siete ciudades, y que Totonteac es mucho mayor y mejor que todas las siete ciudades y que es de tantas casas y gente, que no tiene cabo.

Vista la disposición de la ciudad, pareciome llamar aquella tierra el nuevo reino de San Francisco, y allí hice, con ayuda de los indios, un gran montón de piedra, y encima dél puse una cruz delgada y pequeña, porque no tenía aparejo para hacella mayor, y dije que aquella cruz y mojón ponía en nombre de D. Antonio de Mendoza, visorrey y gobernador de la Nueva España por el Emperador, nuestro señor, en señal de posesión, conforme a la instrucción; la cual posesión dije que tomaba allí de todas las siete ciudades y de los reinos de Totonteac y de Acus y de Marata, y que no pasaba a ellos, por volver a dar razón de lo hecho y visto.

[Fray Marcos de Niza, *Relación.*]

ANDRÉS PÉREZ DE RIBAS, S. J.

(*Córdoba, España, 1576 – México, 1655*)

Siendo ya sacerdote Andrés Pérez de Ribas entra en la Compañía de Jesús; pasa inmediatamente a la Nueva España y profesa en la ciudad de México dos años después (1604). Por aquel tiempo, la conquista de Sinaloa estaba en manos del capitán Diego Martínez de Hurdaide; algunos misioneros habían sufrido el martirio en aquellas lejanas tierras. Y a ellas es enviado el P. Ribas.

La provincia de Sinaloa comprendía desde el río Petatlán (hoy río Sinaloa) hasta tierras de la actual Sonora, incluía el río Yaqui y sus límites septentrionales se perdían en las tierras inexploradas. Habitaban aquella extensa región "gentes y naciones por una parte las más humildes y desconocidas; por otra, las más bárbaras e indómitas del Nuevo Orbe".

Se encarga al nuevo misionero, ante todo, la doctrina y colonización de los pueblos situados en la zona del Zuaque (hoy río del Fuerte) —los ahomes costeros, y los zuaques, serranos—. En vista del buen éxito de su actividad, los superiores encargan luego al P. Ribas la difícil misión de los yaquis, entre los cuales vivía en 1617.

Después de tres largos lustros en la peligrosa vanguardia de las misiones del Norte, Andrés Pérez de Ribas retorna a la ciudad de México, para desempeñar sucesivamente los más importantes cargos de su orden: rector del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo (1631), director de la Casa de la Profesa, y finalmente, provincial de la Nueva España (1640). Tres años más tarde asiste en Roma, como procurador de su provincia, a la VIII Congregación general de la Compañía. De Roma pasaría a Madrid, donde, según él afirma, termina su *Historia de los triunfos de nuestra Santa Fe,* comenzada en México. Impresa la obra en 1645, el autor regresa a la capital de la Nueva España, para dedicarse a estudiar y escribir, tarea en la cual la muerte lo detiene, próximo a cumplir los 80 años. La vocación histórica del P. Ribas se manifiesta principalmente en tres obras: *Historia de Sinaloa,* cuyo manuscrito, hoy perdido, señala Beristáin y Souza; *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús en México,* que no fue publicada hasta 1892, y la ya mencionada *Historia de los triunfos,* la más importante de todas ellas. Obra bien escrita, ordenada, clara, amena y, sobre todo,

veraz. Pérez de Ribas habla de lo que ha visto, de aquello en que ha participado. Se complace en subrayarlo, como su mejor título. Dirigiéndose al lector, en el prólogo de su *Historia* declara que: "es testigo de vista de mucho de lo que en ella se refiere y lo tocó [como dicen] con las manos, porque estuvo por tiempo de diez y seis años empleado en estas misiones y doctrinas de algunas gentilidades de ellas; acompañó a los capitanes y soldados de presidios que entraron a pacificarlas y trató a muchos de los primeros Padres que las fundaron, y aprendió y trató en sus lenguas a muchos caciques e indios más entendidos de las dichas misiones; y lo demás de que no fue testigo de vista, sacó de muy fieles originales".

La *Historia* en su mayor parte, como en los capítulos que se insertan, es una verdadera crónica.

BIBLIOGRAFÍA

1645	Madrid	*Historia de los triunfos de nuestra santa Fe entre gentes las más bárbaras y fieras del Nuevo Orbe; conseguidos por los soldados de la milicia de la Compañía de Jesús en las misiones de la Provincia de Nueva España. Refiérense asimismo las costumbres, ritos y supersticiones que usaban estas gentes…* Escrita por el P. Andrés Pérez de Ribas, Provincial en la Nueva España, 3 vols.
1944	México	*Historia de los triunfos de nuestra santa Fe entre gentes las más bárbaras y fieras del Nuevo Orbe.* Reimpresa por Luis Álvarez y Álvarez de la Cadena. Prólogo de Raúl Cervantes Ahumada. Vols. I, II y III de la colección "Páginas para la Historia de Sinaloa y Sonora".

[PUEBLOS DEL NOROESTE (SINALOA Y SONORA)]

Agricultores y nómadas. Su convivencia

Las poblaciones de estas naciones son ordinariamente a las orillas y riberas de los ríos; porque si se apartaran de ellos, ni tuvieran agua que beber, ni aun tierras en que sembrar. Las habitaciones, en su gentilidad, eran de aldeas o rancherías, no muy distantes unas de otras, aunque en partes a dos y tres leguas, conforme hallaban la comodidad de puestos y tierras para sementeras, que ordinariamente las procura-

ban tener cerca de sus casas. Éstas hacían, unas de varas de monte hincadas en tierra, entretejidas y atadas con bejucos, que son unas ramas como de zarzaparrilla, muy fuertes y que duran mucho tiempo. Las paredes que hacían con esa varazón las afortaban con una torta de barro, para que no las penetrase el sol, ni los vientos, cubriendo la casa con madera y encima tierra o barro, con que hacían azotea y con eso se contentaban. Otros hacían sus casas de *petates,* que es un género de esteras tejidas de caña rajada, y éstas cosidas unas con otras sirven de pared y cubierta, que es tumbada sobre arcos de varas hincadas en tierra, y sobre ella corre el agua sin peligro de goteras, y quedan al modo de los carros cubiertos de España. Delante de sus casas levantan unas ramadas que les sirven de portal, sobre que guardan los frutos de sus sementeras, y debajo de él es su vivienda entre día y les sirve de sombra. Allí duermen de noche en tiempo de calores, teniendo por colchón y cama una estera de caña de las dichas.

Cerradura ni llave, ni la usaban ni la conocían, y lo que más es, sin temor de hurtos, contentándose cuando algunas veces hacían ausencia de su casa, con poner a la puerta algunas ramas de árbol sin otra guarda. Y ésta tenían también para los frutos de la sementera cuando los dejaban en el campo, porque no se picasen de gorgojo, sobre una ramada cubierta con ramos de espinos.

Las semillas que estas gentes siembran, y frutos de la tierra que benefician y cogen, y de que se sustentan, son en primer lugar el *maíz,* que en España llaman trigo de las Indias, que se da con tanto multiplico, que suele rendir, una fanega sembrada, ciento y más de fruto. Demás de ése siembran entre el maíz varios géneros de calabazas, sabrosas y dulces, y de algunas de ellas hacen tasajos, que secos al sol les duran mucho tiempo del año. El frijol, que es semilla semejante a la haba de Castilla, y aún más suave, usan todos sembrarlo, con otros género de semillas que tienen por regalo. También les sirve de sustento un género de algarrobillas, que llevan árboles silvestres, que llaman *mezquites,* y molidas las beben en agua; y por ser algo dulces son para ellos lo que el chocolate a los españoles; y de esto abundan sus montes y selvas, y de otras frutillas semejantes. Sírveles también de sustento y regalo la planta del *mezcal;* que en su forma y pencas, es al modo de una grande závila, siendo muchos los géneros de esta planta; y es la que celebran algunas historias, que sirve para hacer vino de ella, miel y vinagre; sus pencas para sacar de ellas hilo y pita cuando son delicadas, y sus puntas, de agujas: que a la verdad para todos esos usos sirve; pero a estas gentes principalmente de comida. Porque cuando está de sazón la cortan con el tronco, y éste asado entre pie-

dras, que abrasadas en fuego y echadas en una olla que hacen en tierra, y a calor manso se ablandan esos troncos con parte de sus pencas, y son para ellos como cajetas de conserva, porque así asada esta planta es muy dulce; y sola ésa suelen beneficiar y plantar cerca de sus casas, y no tratan de beneficio de otra alguna. Porque aunque tienen muchos *nopales,* que llevan *tunas,* que en Castilla llaman higos de las Indias, éstas las producen los montes de suyo y las que después diré, que se llaman *pitayas.* Las plantas de Castilla sembradas se dan bien en estas tierras, particularmente naranjos, higueras, sandías y melones por extremo buenos, de suerte que apenas se halla uno que no sea fino.

Dije de estas naciones, que ordinariamente habitan a las riberas y orillas de los ríos, porque hay otras (y son las más bárbaras que se han visto, ni descubierto en el orbe) que ni labran tierra, ni siembran como las otras, ni tienen género de casa o vivienda, ni defensa de las inclemencias del cielo: y el modo de vivir de éstos, cuanto es más digno de saberse:

Y éstos, unos viven en espesuras de breñas, montes y arcabucos; otros en las marinas y médanos de arena del mar: sustentándose los primeros con caza, raíces o frutillas silvestres, y bebiendo de algunos charcos o lagunillas de agua recogida de las lluvias: y los marítimos de su pesca de mar y a veces de langosta, culebras y otros animales, teniendo por pan para comer el pescado fresco, otro que tienen seco y salado. Y aunque es verdad que los unos y los otros a tiempo de cosecha de maíz suben a los pueblos de los amigos labradores a rescatarlo, y permutar por él algún pescado, y otro tiempo del año cogen una semilleja de hierba, que nace debajo del agua en el mar, que también les sirve de pan. Pero lo cierto es lo que por ventura pareciere increíble a las naciones de Europa, que la mayor parte del año se sustentan estas tales gentes sin pan, ni otra semilla que lo supla, con sólo pescado o con las frutillas silvestres que hemos dicho. La que por más largo tiempo gozan, y se da con más abundancia es la pitaya, árbol peregrino para Europa y peregrino entre los demás árboles del mundo:...

Éstas son las comidas y sustento de algunas de estas peregrinas naciones: y es caso muy digno de reparo, que con tener tan poca y poco regalada comida, son las más corpulentas (particularmente estos marítimos y montaraces) y de más alta estatura de todas las naciones de Nueva España, y aun de las de Europa, y muy sueltas y ligeras; y con ese corto y parco sustento y ajeno de regalo, viven muchos años, hasta la edad decrépita.

Y pues he escrito de su peregrino sustento, también diré lo que lo es en éstos para ampararse de las lluvias y demás inclemencias del cielo. Cuando llueve, si quieren defenderse del agua, el remedio es coger una macolla o manojo de paja larga del campo. Éste atan por lo alto, y sentándose el indio lo abre, y pone sobre la cabeza, de suerte que le cubra el cuerpo alrededor, y éste le sirve de capa aguadera y de techo y casa, o tienda del campo, aunque esté lloviendo toda una noche. Ésta es la defensa de la lluvia; y para la de los soles fortísimos de esta tierra no la tienen mejor, porque todo el reparo es hincar unos ramos de árboles en la arena, y sentarse, vivir y dormir a esa sombra. Para los vientos no hay defensa, sino recibirlos en el cuerpo desnudo. Para los de algunas noches rigurosas de los dos meses del año (que ya dijimos lo son diciembre y enero) se valen de candeladas que encienden, acostándose en la arena fría cerca de ellas. Y este género de abrigo usan cuando caminan por despoblado, haciendo una hilera de candeladas un poquito distantes una de otra (que leña nunca les falta, por los muchos montes de que abunda esta provincia) y entre candelada y candelada, tenderse cada uno a dormir, teniendo cuidado de atizarla cuando despiertan. Y finalmente, si un indio de este jaez quiere caminar cuatro o seis leguas en una noche, por rigurosa de frío que sea, el remedio de que se vale es tomar un tizón encendido en la mano, y aplicarlo cerca del estómago para su abrigo, y corre el demás cuerpo al viento.

Este tan peregrino género de gente es mucho menor en número que las labradoras, y con tal modo de vivir están más contentos que si tuvieran los haberes y palacios del mundo.

[Pérez de Ribas, *Historia de los triunfos,* lib. I, cap. II.]

Vestido y peinado

El vestido de estas gentes de ordinario era muy parco o casi ninguno en los varones: las mujeres andaban cubiertas de medio cuerpo abajo con mantas de algodón que dijimos tejían; y las que ésas no alcanzaban, se cubrían haciendo faldellines de gamuzas de venados, que las saben aparejar bien, y en ellas hacían algunas labores de almagre, particularmente la gente moza. También se pintaban la cara y colgaban de las orejas algunas pedrezuelas y dijes. A las niñas (por chiquitas que sean y aun acabadas de nacer) las cubren (por pobres que sean) con alguna mantilla en que muestran también su honestidad. De los varones podíamos decir que andaban totalmente descubiertos: porque aunque algunos de ellos se cubrían con mantas de algodón o

de pita; pero ésas fácilmente las dejaban y arrimaban. Y éstos son en los que quedaba algo de policía humana, que otras naciones más pobres y montaraces, menos cubierta traían, excepto las mujeres que siempre usaron de alguna, aunque fuese de yerbas y hojas de plantas; muestra de ser hijos de los primeros padres Adán y Eva, que se cubrieron de hojas de árboles, en pena de su pecado y después los cubrió Dios de pieles de animales. Crían el cabello largo mujeres y hombres. Muchas de las mujeres lo traen tendido sobre los hombros, otras veces recogido y trenzado: y las unas y los otros estiman mucho sus cabelleras: los varones la traen ordinariamente recogida, con unos cerquillos o coronillas galanas, que labran de hoja de palma y adornan con plumas de colores; y cuando entran en el monte a cazar, usan de unas monterillas de gamuza, porque no se trabe el cabello en los árboles y ramas.

[Pérez de Ribas, *Historia de los triunfos,* lib. I, cap. III.]

Costumbres de aquellos pueblos. Borracheras

El vicio que más generalmente cundía en estas gentes, y de tal suerte que apenas se hallaba una en la cual no predominase, era el de la embriaguez, en que gastaban noches y días, porque no la usaban cada uno a solas y en sus casas, sino en célebres y continuos convites que hacían para ellas y cualquiera del pueblo que hacía vino, era llenando grandes ollas y convidando a la boda a los de su ranchería o pueblo, y a veces también a los comarcanos y vecinos; y como era tanta la gente, no faltaba convite para cada día y noche de la semana y así siempre andaban en esas embriagueces. El vino lo hacían de varias plantas y frutos de la tierra, como de tunas que en Castilla llaman higos de las Indias, o de pitayas. Otras veces de las algarrobillas de mezquite que atrás dije, o de la planta de mezcal y sus pencas, conforme a los tiempos en que se dan estos frutos, y de otras plantas que molidas o quebrantadas y echadas en agua, en dos o tres días se acedan y toman el gusto que tanto arrebataba el juicio que de almas racionales les había quedado a estas gentes. Entre todos los vinos que hacían, el más estimado y gustoso, era de panales de miel que cogen a sus tiempos. Y es de advertir que en este vicio de embriaguez, había una cosa que lo templaba, porque en él no entraban mujeres, ni los que eran mozos y gente nueva.

Eran célebres estas embriagueces y generales entre ellos; en ocasión que se preparaban y convocaban a guerras, para enfurecerse más en ellas; o cuando habían alcanzado alguna victoria, o cortado cabeza

de algún enemigo, que eso les bastaba para celebrarlas, juntándose a la borrachera baile general, al son de grandes tambores, que sonaban y se oían a una legua: en este baile entraban las mujeres y se celebraba de esta suerte: la cabeza o cabellera del enemigo muerto u otro miembro, como pie o brazo, se ponía en una asta en medio de la plaza y enderredor se hacía el baile, acompañado de algazara bárbara y baldones al enemigo muerto y cantares que referían la victoria, de suerte que todo estaba manifestando un infierno, con cáfilas de demonios, que son los que gobernaban estas gentes. Y en estas tales fiestas eran también muy célebres los brindis del tabaco, muy usado de todas estas gentes bárbaras. Y cuando una nación convida a otra a hacer liga para alguna guerra, el estilo de convidarla era enviarle cantidad de cañitas de carrizo embutidas de tabaco, en las cuales encendidas gozan del humo que tanto ha cundido por el mundo y emanado de tales gentes. Y el admitir este presente era darse por coligadas y convidadas para la guerra.

Armas y guerra

Las armas que generalmente usan son arco y flecha, llevando grandes manojos de ellas en sus carcajes al hombro y en esta arma son diestrísimos porque desde niños se ejercitan en ella. Y en pudiendo andar el niño, le ponen en la mano un arquito pequeño y se enseña a tirar pajitas por flechas y cuando mayorcitos, a flechar lagartijas. Con lo cual salen tan diestros en tirar la flecha y usar de ella con tanta velocidad y presteza, que mientras se dispone y dispara un soldado español su arcabuz, hacen ellos ocho o diez tiros. Las más de las flechas traen untadas con yerba tan ponzoñosa, que si es algo fresca, por poco que encarne en cualquier miembro o parte del cuerpo, ni hay contrayerba que le cure, ni remedio para escapar con vida el herido con ella. Usan también en tiempo de guerra sembrar los caminos de púas de madera durísima, untadas con esa ponzoña, enterrándolas entre la yerba hasta la punta, para herir los pies de los indios enemigos, que ordinariamente andan descalzos y cualquiera herida, por pequeña que sea, si la ponzoña se entra en la sangre, es bastante para quitar la vida. Y es cierto que es más de temer una de éstas, que la de una bala de arcabuz; que al fin cuando ésta cae en un brazo o pierna, se puede curar y no es mortal; y para esta otra no se ha hallado contrayerba ni remedio, en cualquiera parte del cuerpo que caiga. Usan también para de cerca, cuando se vienen a manos con el enemigo, de otra arma que llaman *macana,* que es una como porra de madera recísima con que a

un golpe le abren la cabeza. Algunos también usan de un género de chuzos, la punta y hasta todo de palo de brasil, porque hierro no le tenían ni conocían; y de estos chuzos usan los que como capitanes entre nosotros traen la jineta. De armas defensivas usaban indios principales, que son adargas pequeñas de cuero de caimán o cocodrilo, que es muy duro y resiste a una flecha, como el tiro no sea de brazo muy fuerte, o muy de cerca, que a este tal no resiste. Por defensa también debemos contar la que ponen en la muñeca del brazo izquierdo, donde resurge con grande violencia la cuerda del arco cuando dispara la flecha: y para que no lastime revuelven a la muñeca y con galantería un pellejo de marta blando, que recibe el golpe de la cuerda. Porque los arcos de que usan no tienen ástil como la ballesta, sino sólo la vara recísima de arco, y con todo la tiran con tanta fuerza, que si es el brazo fuerte le hace casi juntar una punta con otra, y juegan de ella con la velocidad y facilidad que habemos dicho.

Para salir a la guerra se embijan, o pintan con un barniz que hacen de un aceite de gusanos, revuelto con almagre u ollín de sus ollas, con que quedan pintados de cara y cuerpo, de suerte que parecen fieros demonios del Infierno. Las cabezas y cabelleras adornan de vistosas plumas y penachos de aves que crían o cazan en los montes; porque las alegrías de estas naciones eran matar gente. Algunos principales que hacían oficio como de capitanes, usaban salir a la guerra con saltambarcas o capotes de algodón azules, sembradas de conchas de nácar, que holgaban en ellas, y resplandecen mucho; y con otros dijecillos al cuello. Cuando pelean es tal el movimiento del cuerpo ya levantándolo, ya encorvándolo, ya mudando lugar, que no lo dan a que se les haga puntería.

Matrimonio

El tener muchas mujeres no era general en todos, sino lo ordinario en los principales y cabezas: y en algunas naciones eran muchos más los que se contentaban con solo una mujer que los que usaban de muchas. Sus matrimonios, lo ordinario, no eran indisolubles y así venían a ser amancebamientos faltando la indisolubilidad que pide el verdadero contrato del matrimonio. Éste cuando era de doncella lo celebraban con alguna solemnidad. La primera, que no se contraía sin orden y voluntad de sus padres, y si ésa faltara se tuviera por muy grande desorden, y apenas visto entre ellos. Algunas naciones usaban cuando entregaban la desposada doncella a su marido, le quitaban del cuello una concha labrada, que suelen traer las tales como joyel y seña de su

virginidad. La cual si pierde antes de casarse es cosa afrentosa entre ellos. Otra señal de templanza confieso también que me admiraba algunas veces entre estas gentes, y era de ver con qué seguridad caminaban mujeres solas, y doncellitas, por el campo y por los caminos sin que nadie las ofendiese. Lo que no sé si con tanta seguridad lo pudieran hacer en algunas tierras de cristianos.

[Pérez de Ribas, *Historia de los triunfos,* lib. I, cap. III.]

Sus singulares juegos

El que llaman del *patoli* es muy general en ellos y corresponde al de los naipes o dados: porque en lugar de ellos usan de unas cuatro cañitas cortas, rajadas, menores de un jeme, y en ellas tienen unas figurillas y puntos que les dan el valor o pérdida. Éstas, cuando juegan las botan, arrojándolas sobre una piedrecita, para que salten y caigan los puntos a su ventura y gane o pierda el que las juega, rayando en la tierra los puntos que gana, hasta cumplir el número de la apuesta que se hace allí presente. Ésta es de sartas de caracolillos de la mar, que ellos estiman y con que se adornan. También se sirven de posta, arcos o flechas, cuchillos o hachuelas que alcanzan: y de lo mismo suelen ser ordinariamente las apuestas de otros juegos. Aunque éste del patoli es en el que más continuamente se entretienen.

Otro es célebre entre ellos, que llaman "correr al palo", muy usado en todas estas naciones; y que les sirve de ejercitarse para la guerra. A éste se junta de ordinario mucho número de indios; cual vez salen ciento, cual doscientos; y para él se desafían pueblos enteros; éstos se parten en dos cuadrillas; cada una de ellas trae su palillo, que es rollizo, de madera un poco pesada, no tiene más de un jeme de largo, en medio está cavado, de suerte que caído en tierra, pueda entrar debajo de él la punta del pie descalzo, como ellos lo traen, para botarlo. Cada cuadrilla arroja a un mismo tiempo el palillo en tierra, y desde el puesto de donde sale, lo comienza a botar y tirar con el pie uno de cada cuadrilla, con tanta destreza, que con el brazo no hiciera más largo tiro un buen tirador; y es ley del juego, que el palillo no le ha de tocar la mano, sino sólo el pie. Aunque pueden ayudarse de una varilla que llevan en la mano, para ponerlo sobre el empeine; y cuando el indio está cogiéndolo para arrojarlo, ya se han adelantado otros compañeros para proseguir con los botes al término señalado y volver botando el palo al de donde salieron; y la cuadrilla que primero llega, ésa gana la apuesta: y es tan largo el espacio en ida y vuelta, que ordinariamente corren dos, tres o más leguas, con que se hacen muy ligeros

para la guerra, en que nunca están parados, sino en continuo movimiento: y sudando arroyos en este juego, se arrojan al río y quedan muy contentos. Y generalmente en estos ejercicios estas naciones son valientes, alentadas y más alegres que las otras de la Nueva España; que los mexicanos no usan este juego.

También usan no pocas de estas naciones otro juego de pelota, ésta es mucho mayor que la que se juega en Europa; y la materia es amasada de una particular goma de árboles que llaman *ulle,* por una parte muy sólida y por otra muy ligera en saltar del suelo que apenas para: juéganla en la plaza que tienen limpia, barrida y llana, que llaman *batei.* En él se confrontan dos cuadrillas de cuatro, seis u ocho indios cada una, botando el uno de ella la pelota contra la otra, para que el contrario que se halla más cerca la arrebate. Es ley de este juego que a la pelota no le ha de tocar la mano, porque si lo hace pierde raya: y sólo se ha de botar con el encuentro del hombro o con el cuadril del muslo desnudo; y es tal algunas veces el ímpetu con que la arrojan, que salta la pelota del hombro o cuadril del indio, treinta y cuarenta pasos y tan alta algunas veces cuando es con el hombro, que no la alcanzan a rebatir los contrarios; no obstante que la pelota es tan pesada y recia, que si acierta a dar al indio en el estómago, lo dejará muerto, como ha sucedido algunas veces; pero cuando la pelota viene saltando por el plano de la tierra, se arroja con gran destreza y ligereza el contrario a ella a rebatirla con el cuadril, hasta que la hace pasar al término contrario que es con que se gana la suerte y apuesta.

En este juego, como en el pasado, salen con la agitación sudando arroyos, como es tierra caliente; pero el remedio lo tienen a mano en el río, arrojándose a refrescar y bañar, lo cual frecuentan muchas veces al día; y todas las personas, chicas y grandes, hombres y mujeres, nadan como peces.

[Pérez de Ribas, *Historia de los triunfos,* lib. I, cap. IV.]

Cacerías

De estas cazas unas suelen ser generales, a que se convocan uno o muchos pueblos o rancherías y juntas y de comunidad: otras particulares a que se sale el indio por su entretenimiento e interés, y en ésta se ejercitan mucho los muchachos, particularmente en caza de tórtolas y codornices; de que hay grande abundancia y así matan muchas.

Cuando la caza es general, el modo con que la hacen es cercando un monte espeso de breñas y arcabucos; y si es tiempo en que está se-

ca la maleza, le pegan fuego por todas partes, cercándolas ellos con sus arcos y flechas en las manos. El fuego obliga a salir del monte toda la caza terrestre y volátil y hasta las serpientes y culebras, no se escapa cosa de sus flechas; y si algún animal se escapa con alguna clavada, por no ser en el corazón la herida, el día siguiente van a buscarlo al lugar donde tienen por cierto que cayó muerto; porque como ordinariamente (aun para la caza) usan las flechas con yerba, a más tardar cuando salió herida cae muerta dentro de veinticuatro horas. Y es muy de notar que el ser muerta con flecha de yerba no hace ponzoñosa la carne; y el modo de descubrir el lugar en que cayó muerto el animal, es mirando a lo alto del aire, si revolotean los *zopilotes* (género de águilas que hay muchas en esta tierra, que se sustentan de carnes muertas) y en viéndolos conocen que allí cayó la caza; en hallándola cargan con ellos a sus casas, y con ella se hartan; porque todo el venado se cuece junto, y se convidan vecinos y parientes a este convite.

Reducirse pueden a las cazas, las que hacen estos indios de dos géneros de animalillos que tienen por regalado sustento y hallan con abundancia en los montes. El primero es de las que se llaman *iguanas,* animalillo muy semejante al lagarto, y en sus pintas más feo que él: éste se cría y halla en cóncavos de árboles y también en el agua y así viene a ser terrestre y acuátil; por esta razón se usa comer aun en días de pescado: es sana y sabrosa comida. Las piedras (que al modo de las bezahares, aunque más blancas) que crían estos animalillos, son muy medicinales y de precio y para el remedio de retención de orina, y no se hallan en todas las iguanas. El cogerlas y prenderlas en el cóncavo del árbol, lo hace el indio con mucho tiento con la mano: y quebrándole luego la quijada porque no pueda morder, ni hacer presa, como la suele hacer; y así quebradas las quijadas lleva manojos de ellas vivas; y si se quieren guardar así ocho o quince días sin comer, y echadas a un rincón, se sustentan vivas hasta que sirven de comida. Pero de esta y de otra cualquier caza se abstienen cuando sus mujeres han parido, pareciéndoles por esta superstición bárbara, que ha de morir la criatura si no guardan este ayuno estándose en sus casas.

Por caza también puedo contar entre las de estas gentes, la que hacen de panales o colmenas silvestres, que Dios les da en sus selvas y montes, que si bien no fructifican cera sus abejitas, que no son mayores que moscas, pero fabrican una suavísima miel, que en la suavidad, dulzura y olor, hace ventaja a la mejor de Castilla. La forma de este panal o colmena es redonda y de dos tercias de alto; y si es muy crecido el panal, de una vara. La materia de la cubierta en que están cerca-

dos y guardados los panales y su licor, es de una hoja como la de los panales de avispas de Castilla; y tiene su puerta para entrar y salir las abejitas, no mayor que lo pide su cuerpecito. El modo y traza de fabricar estos panales es también maravilloso: porque lo arman en rama alta y pendiente de árbol que tenga algún gancho, de que esté preso el panal y no lo pueda arrancar el viento. La miel, como se fabrica de flores muy olorosas, así lo es ella también. Ahora se sigue decir el modo como los indios buscan estos frutos, que Dios les dio en las breñas, donde ordinariamente están escondidos; y el tiempo de primavera es cuando se hallan. Vase pues el indio que busca panales a donde hay algún charco o lagunilla de agua, de los que suele haber en las orillas de montes rebalsados: allí espera que las abejitas lleguen a coger el rocío para forjar la miel; y al punto que se levanta, la sigue a carrera y con la vista a vuelo, hasta dar con el paraje del panal; y en hallándolo corta la rama de que está pendiente, llévalo a su casa y goza de su fruto; que no sólo es la miel, sino también los polluelos de las abejitas, que aunque no están formados, sino como gusanitos en sus casitas de panales, poniéndolos sobre las brasas y asados le sirven de manjar y comida; motivo todo de alabanzas al liberalísimo Creador, que tanto cuidó del sustento y regalo de estas pobres gentes. El indio que anda a caza de panales ha de ser de buena vista para divisar al viento la abejuela; y por la misma razón no ha de ser día nublado para cazarlas.

[Pérez de Ribas, *Historia de los triunfos,* lib. I, cap. IV.]

Manera de cargar

Y a lo que toca a entretenimiento de estas gentes, quiero también añadir de su modo de trabajo en llevar carga, por ser particular. Porque la carga es al hombro desnudo y atravesando en él un palo de madera lisa y muy fuerte y cargando a las dos puntas dos redes largas a modo de balanzas, donde cabe una fanega de maíz y con él (si es menester) dos hijuelos, como si fueran en jaula; carga a veces tan pesada que hace blandear el palo, por fuerte que sea y con él caminará el indio tres y cuatro y más leguas; de suerte que me espantaba algunas veces de que tan grande peso no les quebrantaba el hueso del hombro; pero ya que no lo quiebra, cría en él un callo tan grueso como una nuez.

[Pérez de Ribas, *Historia de los triunfos,* lib. I, cap. IV.]

Instrumentos de madera

Finalmente, estas naciones ciegas no supieron género de letras, pintura, ni arte. El de la agricultura sólo se extendía a las sementeras que quedan dichas. Y para sembrar esas semillas y limpiar la tierra no tenían otros instrumentos que los de unas cuchillas anchas y largas de palo, con que movían la tierra; en que también ayudaban a los varones las mujeres. Éstas usaban el arte de hilar y tejer algodón u otras yerbas silvestres, como el cáñamo de Castilla o pita; y de ésta hacían algunas mantas, no en telares, que aun ese arte no alcanzaron; sino con traza trabajosa, hincando unas estacas en el suelo, de donde tiraban la tela.

[Pérez de Ribas, *Historia de los triunfos*, lib. I, cap. III.]

Gobierno

Leyes, ni reyes que castigasen tales vicios y pecados, no los tuvieron, ni se hallaba entre ellos género de autoridad y gobierno político que los castigase. Es verdad que reconocían algunos caciques principales, que eran como cabezas y capitanes de familias o rancherías, cuya autoridad sólo consistía en determinar alguna guerra, o acometiendo contra enemigos, o en asentar paces con otra nación: y por ningún caso se determinaban semejantes facciones sin la voluntad de los dichos caciques, que para tales efectos no dejaban de tener muy grande autoridad. En casa de éstos se celebraban las borracheras célebres de guerra, y también a éstos les ayudaban sus súbditos a hacer sus sementeras, que eran lo ordinario mayores que las de los demás. Esta tal autoridad alcanzaban dichos caciques, no tanto por herencia, cuanto por valentía en la guerra, o amplitud de familia de hijos, nietos y otros parientes, y tal vez por ser muy habladores y predicadores suyos.

[Pérez de Ribas, *Historia de los triunfos*, lib. I, cap. III.]

Hechizos, supersticiones y sermones

Viniendo ahora a las gentes bárbaras de que trata esta historia, y habiendo estado muy atento los años que entre ellas anduve para averiguar lo que pasaba en esta materia de idolatría, lo que con puntualidad puedo decir es que, aunque en algunas de estas tales gentes no se puede negar que había rastros de idolatría formal; pero otras no tenían conocimiento alguno de Dios, ni de alguna deidad, aunque falsa, ni adoración explícita de Señor que tuviese dominio en el mundo, ni entendían había providencia de creador y gobernador de quien espe-

rasen premios de buenas obras en la otra vida o castigo de las malas; ni usaron de comunidad culto divino. El que en ellos se hallaba, se venía a reducir a supersticiones bárbaras, o hechizos enseñados por los demonios a particulares personas, con quienes en su gentilidad tenían familiar trato y éste unos, implícito y heredado de sus mayores que se los enseñaban a la hora de su muerte, encargándoles usasen algunas ceremonias de hechizos y supersticiones que servían para curar o matar o engañar. Porque los tales ordinariamente son curanderos, y la gente entre ellos más viciosa y temida de todos, porque conocen que con sus hechizos matan cuando quieren...

El medio de curar estos endemoniados médicos es unas veces soplando la parte lesa o dolorida del cuerpo, o todo él, con tanta fuerza y conato, que se oye muchos pasos el ruido que hacen: otras chupando la parte dolorida. Y aunque en parte pudiéramos decir, que esta acción tenía el efecto natural de la ventosa, que atrae o disgrega el humor; pero eso está envuelto en tantas supersticiones y embustes, que no nos podemos fiar que sea todo seguro y libre de engaño, o pacto con el demonio: porque a los enfermos les dan a entender, que les sacan del cuerpo palos, espinas y pedrezuelas que les causan el dolor y enfermedad, y todo es embuste, porque ellos traen ésos en la boca o en la mano con disimulación, y cuando han curado al enfermo se los muestran, vendiéndoles por verdad, lo que es patraña y mentira; y aun suelen hacer ostentación de lo que dicen sacaron del cuerpo, al modo que los sacamuelas hacen sus sartas de ellas para mostrar la destreza de su arte. También usan curar la herida de la flecha chupando la ponzoña y éste es remedio provechoso, con tal que ellos renuncien al pacto que suelen tener en todo esto con el demonio; porque chupando la herida, juntamente se chupa la ponzoña, y la lengua es también sana, y no recibe daño considerable escupiendo luego la ponzoña que no es mortal si no toca la sangre y se incorpora con ella.

El pacto que con estos hechiceros tiene asentado el demonio, ordinariamente está ligado, y lo tienen muy guardado en unos cuerecillos de animales parecidos al hurón, de que hacen unas bolsillas y dentro de ellas unas pedrezuelas de color o chinas medio transparentes, y esta bolsilla guardan como si fuera de reliquias: y cuando para bautizar se entregan estas prendas, es buena señal de que reciben de veras la fe de Cristo, y dejan y se apartan de la familiaridad del demonio. Éste muchas veces se les aparecía en tiempo de su gentilidad, hablándoles en figura de animales, pescados o serpientes, que no se ha olvidado cuán a su propósito le salió el haber derribado a nuestra primera madre en esta forma. Honrábanle mucho, o temíanlo cuando se les pare-

cía; y por título de honra le llamaban abuelo, sin hacer discurso si era creatura, o creador, y aunque la figura de animal o serpiente en que se les aparecía el demonio, la observaban y pintaban a su modo, y tal vez levantaban alguna piedra, o palo a manera de ídolo; pero claramente no parece reconocían deidad, ni suprema potestad del universo. A este género de idolatría se venía a reducir lo más que de este género se hallaba entre estas gentes. Aunque en otras que más adelante se escribe, había mayores rastros de idolatría formal, como en sus lugares se verá. Pero gracias a Dios que de toda esta ceguedad, mentiras y embustes se ven cada día salir libres estas gentes, por la gran misericordia de Dios, de que se contarán no pocos casos muy singulares en el discurso de la historia.

Pero porque uno de los oficios y ejercicios de hechiceros, de quienes he hablado, era el de predicar y hacer célebres sermones y pláticas a los pueblos, y ser materia que pertenece a religión falsa o verdadera: escribiré aquí los usos y costumbres que tenían acerca de ésta. Muy usado fue en todas estas naciones el haber predicadores que ejercitaban este oficio. Éstos lo más ordinario eran sus principales y caciques y más cuando eran hechiceros, cuyo oficio remedaban en algo al de sacerdotes de ídolos de la gentilidad. El tiempo y ocasión más señalada para predicar estos sermones era cuando se convocaban para alguna empresa de guerra, o para asentar paces con alguna nación o con los españoles, o de celebrar alguna victoria que hubiesen alcanzado, o cabezas de enemigos que hubiesen cortado. En tales ocasiones se juntan en la casa, o ramada del cacique, los principales viejos y hechiceros. Encendíase una candelada, y alrededor se sentaban: luego seguía el encenderse algunas cañitas de tabaco que tenían preparadas, y con ellas se convidaban a chupar esos brindis. Celebrada esa acción, luego se levantaba en pie el indio de más autoridad entre ellos, y desde allí entonaba el principio de su predicación, y comenzaba a paso lento, a dar vueltas a la plaza del pueblo, prosiguiendo su sermón, y levantando el tono y los gritos, de suerte que desde sus casas y hogueras le oían todos los del pueblo. En esta vuelta a la plaza y sermón, gastaban cual vez media hora, cual más o menos, como quería el predicador; la cual acabada, volvía a su asiento donde los compañeros le recibían con grandes aplausos que cada uno de por sí le hacía. Si era viejo el que había predicado, que ordinariamente lo son, el aplauso era éste: "Has hablado y amonestándonos muy bien, mi abuelo, yo tengo un mismo corazón con el tuyo". Si era viejo el que daba el parabién, decía: "Mi hermano mayor o menor, mi corazón siente y dice lo que tú has dicho"; y vuelven a convidarlo con otro brindis y cañita de

tabaco. Habiendo acabado éste, se levantaba otro predicante por la misma forma, y hacía su sermón dando su vuelta, y gastando otra media hora. Y en estos sermones sucedía gastarse lo más de la noche, principalmente si la materia de que trataba era más célebre, de paz, o de guerra señalada. Lo que en estos sermones predican, conforme a su capacidad bárbara, lo repiten muchas veces y unas mismas razones. Si era para incitar a guerra, representando el valor de sus arcos y flechas, el defender su tierra, mujeres e hijos; y que allí tenían los hechos de sus capitanes y valientes, nombrando los que al presente eran guerreros en su nación, etc. Si se trata de asentar paces con los españoles, predicaban la conveniencia de la paz, el gozar con quietud de sus tierra y río con ella; cuán bien les estaba tener en su amparo a los españoles, añadiendo, cuando trataba de que entrasen Padres a darles doctrinas, otras razones que en ocasiones, adelante, en esta historia se dirán. Y el ordinario epílogo del sermón era exhortar a todos los del pueblo, chicos y grandes, invocándolos con nombres de parentesco: "Mis abuelos, mis padres, mis hermanos mayores y menores, hijos e hijas de mis hermanos, tened todos mi mismo corazón a sentir": con que remataban sus sermones, que es cierto tenían grande fuerza para mover la gente al intento que pretendían; ahora fuese para lo malo, ahora para lo bueno.

[Pérez de Ribas, *Historia de los triunfos,* lib. I, cap. V.]

FRAY ANTONIO TELLO

(*Guadalajara, Jal., ¿1567? – 1653...*)

En 1596, bajo el virreinato del conde de Monterrey, formó en la expedición de Sebastián Vizcaíno, que embarcó en Acapulco "al descubrimiento de la isla de California", acampada por breve tiempo en el puerto de La Paz. En 1605 fue elegido guardián del convento de Zocoalco; en 1630, misionero en Amatlán y el mineral de Jora; en 1641 guardián de Tecolotlán y en 1648 de Cocula.

Él mismo dice que escribía en 1653, ya en su vejez (86 años?) y que tal vez sería aquél su "reposo final".

Como resultado de sus viajes, de su curiosidad y de su buena información, fray Antonio Tello había concebido una *Crónica* miscelánea cuyo vasto plan se desarrollaría en tres libros: i. Origen, religión, usos y costumbres de los pueblos de la Nueva España (libro hoy perdido); ii. Conquista espiritual y temporal de la Provincia de Xalisco en el Nuevo reino de la Galicia y Nueva Vizcaya, y descubrimiento de Nuevo México; iii. Vidas de varones ejemplares de la Provincia franciscana de San Pedro y San Pablo.

Un resumen de la *Crónica,* cuyo manuscrito se conservaba, según Beristáin de Souza, en el convento de San Francisco de México, parece debido a fray Pablo de la Concepción Beaumont.

Él firma el colofón en la copia, y en ese lugar dice: "El hermano fray Antonio, indio, fue uno de los que aprovechó en la escuela de fray Pedro de Gante". El tratamiento de "hermano" aplicado a quien tuvo tantas veces el cargo de guardián, el nombre de Juan Antonio a quien siempre se llama Antonio Tello, el presentarlo como discípulo de fray Pedro de Gante; toda esta serie de inexactitudes, induce a pensar que también puede ser inexacta la filiación india atribuida a fray Antonio Tello. ¿Acaso Beaumont confundió dos personajes en uno? Por su dominio del castellano y por una cierta verbosidad de su estilo, fray Antonio Tello, caso de no ser criollo, mejor parecería mestizo.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que con fray Antonio Tello llegamos ya a los límites entre historiadores y cronistas. Cronista, pudo serlo de la expedición californiana de Sebastián Vizcaíno, pero no lo fue. Ni tan sólo habla de ella en su libro, cuyo marco territorial rebasaría. En términos generales —así por razones cronológicas como por

la amplitud de la materia tratada— hoy fray Antonio es un verdadero historiador. Sin embargo, el cronista nos sale al paso en los capítulos destinados al descubrimiento de Nuevo México, en 1541. No pudo participar en aquel hecho anterior a su nacimiento, pero no hay duda de que recibió amplias informaciones de compañeros de Francisco Vázquez Coronado —si no es que tuvo en sus manos alguna relación coetánea que ellos escribieron—. En todo caso, una imagen tan viva, tan realista, tan directa como la cacería de búfalos o "cíbolos" en los llanos de las vacas, no podía faltar en estas páginas.

BIBLIOGRAFÍA

Crónica miscelánea.

1866 México *Fragmento de una historia de la Nueva Granada;* escrita por el P. Fray Antonio Tello, de la Orden de San Francisco. Lo publica García Icazbalceta en *C. D. México,* vol. II.

1891 Guadalajara *Segunda, tercera y cuarta parte de la Crónica Miscelánea, en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la Santa Provincia de Xalisco en el Reino de la Galicia y Nueva Vizcaya y descubrimiento del Nuevo México.* Introducción bibliográfica y edición de José López-Portillo y Rojas.
Reediciones en Guadalajara, 1942, 1945.

[DE LOS INDIOS DE LOS LLANOS DE LAS VACAS]

En estos llanos de las Vacas hay unos indios que no tienen pueblos, ni estancias, ni siembran, sino que se sustentan de las vacas que matan, adobando los cueros para cubrirse con ellos, y los venden a los comarcanos por rescate, y en algunas partes hay muchos bien adobados, y con pinturas, pero se entendió que no eran nuestros indios los que los aderezaban, sino los que los rescataban de ellos.

No vieron los nuestros más de una cuadrilla de indios, de hasta cincuenta gandules con sus mujeres, los cuales dijeron había otras cuadrillas mayores. Y nuestros españoles fueron corriendo tras las primeras vacas que vieron, porque así que los sintieron echaron a huir y alancearon algunas, aunque los más de los caballos rehusaban en gran manera llegar a ellas. Determinaron, así por esto como porque después de cansadas arremetían volviendo y haciendo rostro, e inventaron algunos dellos arrojadizos con que las mataban; y yendo caminando cada día encontraban muchas por aquellos campos, donde había unas neblinas que no se veía sierra, árbol ni otra cosa sino llanos cubiertos de las boñigas de las vacas, y esto era lo que servía de leña al ejército, y se comenzó a abrir camino con amontonar a trechos gran golpe de ellas, y vez hubo que, viendo algún montón, les pareció a algunos que era montaña, y dijeron: "¡Gracias a Dios, que ya vemos árboles!" y andando y llegando cerca desaparecía, porque era golpe de ganado, que como los sentía llegar huía.

Habiendo, pues, andado de esta manera cuatro o cinco días, vieron en aquellos caminos de las vacas muchos rastros como de varas delgadas que iban arrastrando, y no cayendo en lo que pudiese ser, se dieron prisa siguiendo aquellos rastros, y alcanzaron aquella cuadrilla de los cincuenta gandules que dije vieron los nuestros, los cuales iban con sus mujeres y llevaban unos perrillos cargados, no grandes sino medianos, y un soldado fue tras uno de ellos, y le quitó la carga, y vio que llevaba las siete varas, que son las que sirven de armar su choza o tienda, y un cuero sin pelo para poner encima de ellas, y otro con pelo con

que se debían de cubrir, y otro pedazo de cuero en que traían envuelto un buen pedazo de carne, que pesaría bien arroba y media o más, y todo el cuero era adobado, y unas medias calzas de cuero de venado y dos buches de vacas, que les servían como de cántaro para acarrear agua; y las varas llevaban porque como en todos aquellos llanos no se halla ni cría árbol ni sombra ninguna, hacen su toldo sobre ellos, que les sirve de sombra, en que se ranchean y mudan de un lugar a otro cuando les parece. Iba todo tan bien atado, con correas de cuero pelado y bien adobado, que era de ver.

Son estos indios de buena estatura y andan gordos y lucios con sus mujeres, y no se sabe qué ejercicio tengan o si son haraganes y por no trabajar se vienen allí de los pueblos. A ninguna de las mujeres se vio criar, ni muchacho alguno entre ellos; andan vestidas de la cintura abajo con unos a manera de faldellines de cuero de venado adobado, hasta los pies y unos como capotes vizcaínos y mangas por encima, y medias calzas de venado y sandalias de cuero crudo. Ellos andan en carnes, y cuando el frío los aflige, traen unos cueros adobados por capa; y todos trasquilados a navaja, desde la mitad de la cabeza hasta la frente, y lo demás como sobre peine; y las mujeres andan también trasquiladas. Ellos llevan consigo muy buenos arcos y flechas; y el principal y mejor adobo para curtir los cueros dicen ser los sesos de las vacas.

El sustento y comida de estos indios es la carne cruda de las vacas, y en ello se han como los perros, porque así beben la sangre caliente de todo género como si fuese el mejor vino, sin tener asco ni temor de que los mate, como se dice de aquel griego, que porque Xerxes le mandó ir contra su patria, se mató bebiendo sangre de un toro, por no ir contra ella.

Estando, pues, el real y campo asentado adonde estos indios se habían rancheado, junto a un arroyuelo que se hacía de otros manantiales que de allí manaban, salieron dos soldados a matar una vaca, si la vían, para su comida; y pasando junto al rancho de los indios, les dijeron por señas si querían ir a matar alguna res, y ellos salieron luego a ello tomando sus arcos y flechas; y no lejos del real toparon una manadilla pequeña de ganado, de la cual se apartó un torillo nuevezuelo, y tras él fueron los solda-

dos a caballo y también los indios, y uno de ellos, corriendo se fue emparejando al codillo del toro, y le dio un flechazo que le hizo echar mucha sangre por la boca y luego todos arremetieron a la cola, y dieron tantas vueltas con él que le derribaron, y como el más diestro vaquero le volvieron, los cuernos abajo; y lo primero que hicieron fue sacarle la gordura de los párpados de los ojos, y comérsela así caliente, y luego con unos pedernales, como si fueran cien hachas, lo fueron cortando por sus coyunturas y lo desollaron, habiéndole abierto por el lomo y sacándole el redaño y gordura de los riñones, que luego se lo comieron, y después las criadillas; y sacándole las tripas, la sangre que había quedado en el cuerpo la bebieron, cogiéndola con dos manos, como quien bebe agua de arroyo. Llevaban un tizón de boñiga ardiendo, y luego juntaron otras boñigas y hicieron lumbre y luego cogieron las tripas y fueron vaciando la basura y humor que tenían, exprimiéndolas con las manos, y aquellas revueltas a la lumbre se las comieron. Luego un indio dio una cuchillada pequeña en el buche del torillo, y puso hierbezuelas porque no saliese sino el agua, y la bebió como si fuese del más claro río y tomando un pedazo de carne, metían en la boca lo que cabía, y partiendo con un pedernal lo que quedaba, medio mascado lo tragaban.

Los soldados tomaron lo que quisieron de la carne, y se volvieron al real, y los indios hicieron un buen montoncillo de cueros adobados y los dieron a los soldados, y habiendo tomado cada uno lo que quiso, habiéndoles dado algunas cosas de rescate, quedaron muy contentos.

[Caps. CXXIX y CXXX.]

FRAY FRANCISCO DE BOBADILLA

(*1538*)

En el convento de la Merced de la ciudad del Cuzco fue enterrado Diego de Almagro, agarrotado y degollado por orden de Hernando Pizarro, en 1538. Una gran responsabilidad moral le cabía en esa muerte al comendador fray Francisco de Bobadilla, provincial de la orden de la Merced.

Cuando en 1537 Almagro y Francisco Pizarro, después de la batalla de Abancay, trataron de zanjar sus diferencias y nombran para ello sus componedores, fray Francisco se interpone. Fingiéndose amigo de Almagro (los hechos demostraron serlo de Pizarro), consiguió que aquél lo aceptara como árbitro único, en cuyas manos se dejaba la sentencia. Ésta fue tal, que el alcalde Diego Núñez de Mercado hubo de exclamar: "... Dígoos, padre, que havés dado una sentencia la más injusta e agraviada que se ha dado después que Pilato sentenció a Jesucristo hasta agora". Apelada la sentencia de Bobadilla, la guerra se reanimó entre los dos adversarios, y Almagro cayó prisionero en Las Salinas... Pero cuando fue enterrado en el Cuzco, Bobadilla ya no estaba allí. Era comendador de la Merced el bachiller Varga.

En septiembre de 1538 encontramos a Bobadilla al lado y al servicio de Pedrarias Dávila. Gobernaba éste Nicaragua y fue avisado de que Gil González Dávila, descubridor de aquella tierra, había convertido y hecho bautizar tanto como 32 000 indios o más; que el capitán Francisco Fernández había bautizado también una gran cantidad, y otro tanto el gobernador Diego López de Salceda. Y como sus enemigos, entre los cuales se contaban aquellos tres, le culpaban de negligente a este respecto, Pedrarias quiso hacer probanza de que eran burla tales conversiones y que no existían en Nicaragua tales cristianos. Encargó la comisión a Bobadilla, grande amigo suyo.

La información se hizo en los últimos días de septiembre de 1538 en Teoca, de la jurisdicción de Granada (Salteaba, para los

indios), autenticada por el escribano Bartolomé Pérez. Mediante preguntas directas y, sobre todo, valiéndose de un temario preparado al efecto, fueron interrogados los caciques Chicoyatónal, Nisesboy, Quiávit, el sacerdote Tazoteiba, los ancianos Cípat, Coyéret, el principal Astochímal, y otros trece entre caciques y sacerdotes, cuyos nombres no se registran. Sirvieron de "lenguas" o intérpretes jurados, Luis Dávila, Francisco Ortiz y Francisco de Arcos.

Si a Pedrarias le interesaba demostrar que las "conversiones" alardeadas por sus antecesores y adversarios no tenían ningún valor (y demostrado quedó), fray Francisco pretendía ser reconocido como el gran apóstol de Nicaragua. Por ello la información requerida por el gobernador se acompaña de una estadística, autorizada por el propio escribano, de los bautismos administrados por el comendador y no falta la memoria de algún prodigio que podría atribuírsele.

Bobadilla es un gran bautizador, al estilo de Motolinía, que también llevaba su estadística. La del provincial de la Merced ofrece un buen "récord": en 186 días (de septiembre de 1538 a marzo de 1539), había bautizado a 52 558 indígenas, entre hombres, mujeres y niños: 282 por día. La cifra más elevada corresponde a la comarca central de Nicaragua: 29 063 bautizos en sólo nueve días, o sea 3 229 por jornada. No hay duda de que esta relación pertenece a la categoría de aquellas "hechas así de caballero o de paso para enviar a España a su Majestad, para los señores de su Consejo, más con intención y propósito de impetrar oficios y mercedes, y conservarse en los que tienen, y obispados y otras dignidades, que no para continuar y perseverar en la enseñanza de los nuevamente bautizados".

Bastan a dibujar la personalidad de fray Francisco de Bobadilla las noticias que hemos resumido de Oviedo acerca de su actuación en el Perú (lib. XLVII, caps. XV, XVI, XIX) y en Nicaragua (lib. XLII, caps. II, III).

Esto aparte, la información recogida por Bobadilla sobre las costumbres y las creencias de los indios de Nicaragua es un documento de la mayor importancia. Sin desconocer el hecho de que sólo se responde a lo que se pregunta y de que las respuestas pueden en algún caso no ser enteramente exactas, por insufi-

ciencia de los traductores, tocante a Nicaragua es la única fuente que poseemos, sistemática y proporcionada por personas conspicuas de la sociedad indígena, formadas en la época anterior al primer contacto con los cristianos. Es también un testimonio de la íntima ligazón entre la cultura dominante en Nicaragua y la cultura de los nahuas.

BIBLIOGRAFÍA

Véase la de Fernández de Oviedo, en cuya *Historia general*, lib. XLII, cap. III, se contiene la Información de Bobadilla (1538).

[CREENCIAS, RITOS Y COSTUMBRES DE LOS INDIOS DE NICARAGUA]

Matrimonio

Deseando este padre reverendo quedar bien informado de las cosas de Nicaragua, y teniendo tan buen aparejo de lenguas para interpretar y entender los indios; y teniendo juntos algunos caciques e indios principales y viejos, quiso saber qué manera tenían en sus matrimonios y en otras cosas, y dijéronle así:

Y. Nosotros, quando queremos casar nuestros hijos, va el padre del hijo al padre de la hija y ruégale que se la quiera dar por nuera, y si es contento matan gallinas de las grandes (que son como pavos, y no inferiores, sino mejores que nuestros pavos de España) y allegan cacao (de aquellas almendras que corren por moneda) y algunos *xulos* (éstos son unos perros gozques mudos que crían en casa), y son buen manjar, y otras comidas; y hácese mucha fiesta de areytos, y los vecinos y amigos juntos, celébrase la boda desta forma. Es preguntado el padre o madre de la novia, o aquel que la da, si viene virgen; y si dicen que sí y el marido no la halla tal, se la torna, y el marido queda libre, y ella por mala mujer conocida: pero si no es virgen y ellos son contentos, pasa el matrimonio, cuando antes de consumar la cópula avisaron que no era virgen, porque muchos hay que quieren más las corrompidas que no las vírgenes. El dote es árboles de fruta, así como mameyes y nísperos y cocales y ciruelos de aquellos que hacen vino, y tierras, y de la hacienda que tiene el padre della, y también el padre dél, les da de lo que tiene a su hijo en casamiento; y si esta mujer y marido mueren sin haber hijos que los hereden, vuelve la hacienda al tronco de cada uno, y si los tienen, ésos hereda. Y cuando se han de juntar en uno, toma el cacique al novio y a la novia por los dedos meñiques o auriculares de las manos izquierdas con su mano derecha, y mételos a entrambos en una casa chiquita, que para ello tienen, y díceles: "Mirad que seais bien casados, y que miréis bien por vuestra hacienda, y que siempre la aumentéis y no la dejéis perder". Y dé-

jalos allí solos con un fuego pequeño, que baste a darles claridad, de unas astillas de tea, y los novios se están quedos, mirando cómo aquella poca tea se quema; y acabada, quedan casados y ponen en efeto lo demás. Y luego el día siguiente comen con mucha fiesta y placer los parientes y los que allí van, y les dan de lo que tienen; pero antes desta comida, si el marido halló virgen la novia, dicen que está buena y acuden con una gran grita los parientes y del bando della en señal de victoria: y si no la halló tal, sale muy enojado y envíala a casa de sus padres, y busca otra con que se case.

F. ¿Puede tener el indio más de una mujer entre vosotros?

Y. No más de una legítima casada; mas algunos tienen otras, que son de sus esclavas, con quien se echan; mas aquellas tales no son sus mujeres: y con la que nos casamos no la podemos dejar por ninguna manera, ni casar con otra durante la vida de la primera. Y aunque algunas veces reñimos y nos apartamos, pasado el enojo, nos tornamos a juntar; y si uno es casado y viviendo su mujer, se casa con otra, tómanle la hacienda y destiérranle de toda la tierra, y si torna, riñen con él sus parientes dél y tórnase a ir: y para reprehensión y riña júntanse sus parientes a *monexico* o concejo entre sí, y repréndenle por de poca vergüenza y malo y échanlo de allí; pero no lo matan por ello. Y la mesma pena se da a la que se casa con hombre que sabía que era casado, que así le toman a ella la hacienda y la destierran. Y esa hacienda que se toma, danla toda a la primera mujer que así queda sin marido, y puédese ella tornar a casar, pues que su marido tomó otra mujer siendo ella viva, y el marido primero es ido desterrado de la tierra; pero si del primero marido que así fue desterrado, quedaron hijos a esa mujer primera, no se puede ella casar. Y la mujer que es adúltera, sabido el marido el adulterio, la castiga y la envía en casa de su padre con lo que ella tiene: y se puede él casar otra vez, porque su mujer fue mala; y ella no se puede casar.

F. ¿Qué pena le dan al adúltero, que se echa con la mujer de otro?

Y. El marido della riñe con él y le da de palos; pero no lo mata.

F. ¿Adónde se quedan los hijos del que destierran y de la mujer que queda y se casó su marido por haber ella hecho adulterio?

Y. Quedan adonde quiere el padre que queden, o en poder della o dél. Si alguno saca o lleva una mujer casada a otras partes, ninguno tiene que hacer con él, ni al marido della no se le da nada que ella se vaya, pues ques mala mujer, ni cura della, ni a él le es imputada vergüenza ni cargo alguno; mas los parientes della la blasfeman y reciben mucho enojo y aborrecimiento della.

F. ¿ En qué grados os podéis casar con vuestras parientas?

Y. No podemos casar con nuestras madres ni con nuestras hijas ni con nuestras hermanas; pero con todas las otras, de cualquier grado que sean de nuestro linaje, podemos casar, porque el parentesco está menos junto.

F. ¿Qué pena dan al que se echa con su hermana?

Y. Nunca tal cosa se hace; pero el que duerme con la hija de su amo o señor, todos los que están en la casa donde esto acaece, parientes dellos, toman los dos delincuentes fornicarios y entiérranlos vivos, sin ningún llanto ni dolor, ni fiesta, diciendo todos: "Mueran: que son bellacos".

Justicia

F. ¿Tenéis justicia, que castigue los delitos?

Y. No; y si alguno mata a otro, el muerto se queda por muerto, y al que lo mata, no le dan pena ni le hacen daño; pero si alguno mata a otro, ques libre, da a sus parientes y mujer un esclavo o esclava o ropa o de lo que tiene, y no se le da otro castigo.

F. ¿Qué pena dan al que mata algún cacique?

Y. Nunca tal acaece; porque el cacique no comunica con personas bajas.

F. Al que hurta ¿qué le hacen?

Y. Si le toma el dueño del hurto con el hurto, átalo y llévalo a su casa, y tiénelo atado hasta que le paga o contenta de aquello que le hurtó; y si no tiene de qué pagar, tiéneselo por esclavo: y al que se ha rescatado, córtanle los cabellos en señal que ha sido

ladrón, porque en tanto que le crecen consiga el crédito que dél se debe tener para adelante; y después que le han crecido, no se los cortan más.

F. ¿Qué pena dan al ques puto, al qual vosotros llamais *cuylon,* si es el paciente?

Y. Los muchachos lo apedrean y le hacen mal, y le llaman bellaco, y algunas veces mueren del mal que les hacen.

F. ¿Tenéis mujeres malas entre vosotros, que ganan precio por dar sus cuerpos?

Y. Sí hay, y lo que ganan es para ellas.

F. ¿Esas mujeres tienen rufianes, a quien den parte de lo que ganan?

Y. Rufianes tienen; mas para servirse dellos, y lo demás no se usa.

F. Al que fuerza alguna mujer en el campo ¿qué pena le dan?

Y. Si ella da voces, acude gente y toman al forzador y átanlo, y llévanlo a casa del padre della; y tiénenlo atado cinco o seis días hasta que se rescata o contenta a sus padres della o a ella, si no tiene padres: y si no se rescata, queda el forzador por esclavo de los padres della, si los ha, y si no, queda por esclavo de la mujer forzada.

F. Cuando alguno viene a pobreza ¿qué hace o de qué se sostiene?

Y. El que tiene extrema necesidad y ha vendido cuanto tiene, acaece que venden los padres a los hijos, y aun cada uno se puede vender a sí propio, si quiere a por lo que quisiere; pero puédense los unos a los otros rescatar con voluntad del señor de los tales esclavos y no de otra manera.

Canibalismo

F. Esta carne humana que comés ¿cómo lo hacés, si es a falta de manjares, o por qué?

Y. Cómo se hace es que se corta la cabeza al que ha de morir, y hácesele el cuerpo pequeños pedazos, y aquéllos échanse a cocer en ollas grandes, y allí échase sal y ají y lo ques menester

para guisarlo. Después de guisado, traen cebollos de maíz, y con mucha alegría golosa siéntanse los caciques en sus *duhos,* y comen de aquella carne, y beben mazamorra y cacao. Y la cabeza no la cuecen ni asan ni comen; pero pónese en unos palos que están fronteros de los oratorios y templos. Y ésta es la ceremonia que tenemos en comer de aquesta carne la cual nos sabe como de pavos o puerco o de *xulo* (id est, de aquellos sus perros) ques precioso manjar entre nosotros; y este manjar de la carne humana es muy preciado. Las tripas destos que así comemos son para los trompetas, a quien llamamos *escoletes,* y los que les tañen al cacique con las trompetas en tanto quél come y las fiestas, y cuando el señor se va a echar, como hacen los cristianos a sus capitanes grandes. Estos *escoletes* lavan aquellas tripas y las comen, como la carne.

Casa del cabildo

F. Vosotros llamáis a vuestros concejos y ayuntamientos secretos *monexicos:* ¿tenéis casas de cabildo, donde os juntéis?

Y. Sí tenemos: y allí nos juntamos, cuando el cacique tiene necesidad de proveer algunas cosas tocantes a la guerra o a otras necesidades, y el cacique (al cual en aquella lengua se llama *teite*) habla y propone el caso y necesidad presente, y los exhorta y pide su auxilio, pues que lo que pide es bien universal de la república. Y después que le han oído los otros, dan sus pareceres, y de allí sale acordado lo que se ha de hacer.

(Esta casa de cabildo llaman galpón, pero según yo vi muchos soportales en las plazas de aquella tierra, y aquellos, aunque juntos, es para tener sus divisiones, y son apartados cada uno para sí, en los cuales en cada uno hay un principal con cierto número de gente, que siempre están allí en guarda del señor principal, y cada portal de aquellos llaman galpón.)

Ritos y festividades

F. Aquellas piedras que tenéis puestas en los caminos, y cuando pasáis a par dellas las echáis hierbas, ¿a qué propósito es aquello?

Y. Porque tenemos opinión que haciéndolo así, no nos cansamos ni tenemos hambre, o que a lo menos haciendo esto no nos cansamos tanto y nos aqueja menos la hambre en el camino por donde vamos; y el nombre propio del dios de la hambre, llamámosle Bisteot.

F. ¿Tenéis otros dioses?

Y. Al dios del aire llamamos Chiquinaut y Hecat.

F. En el tiempo de aquellas once fiestas, que decís que tenéis cada año, ¿qué fiesta o solemnidad hacéis a tales días?

Y. En aquellas fiestas no trabajamos ni entendemos en más de emborracharnos; pero no dormimos con nuestras mujeres, y aquellos días, por quitar la ocasión, duermen ellas dentro en casa y nosotros fuera della; y al que en tales días se echa con su mujer, nuestros dioses les dan dolencia luego, de que mueren; y por eso ninguno lo osa hacer, porque aquellos días son dedicados a nuestros dioses.

F. ¿Qué dioses son aquestos? ¿Cómo se llaman por sus nombres propios?

Y. Llámanse los de las fiestas desta manera: Agat, Ocelot, Oate, Coscagoate, Olin, Tapecat, Quiauit, Sochit, Cipat, Acat, Cali, Quespal, Coat, Misiste, Mazat, Toste, At, Izquindi, Ocomate, Malinal Acato. Estos días son nuestras fiestas, como vosotros los cristianos tenéis los domingos, y estos días repartimos en un año.

Guerras

F. Aquellas hacinas grandes de leña apilada, que están en las plazas de los templos ¿para qué son?

Y. Para que se alumbren los padres de los templos: la cual leña traen allí los muchachos y mancebos, y no tocan en ella mujeres. Y de noche queman de aquella en los oratorios, para que los que sirven a los padres, vean lo que está dentro. Y en aquellos portales que están a trechos cubiertos en torno de la plaza, el cual portal se llama *galpón,* allí duermen los mancebos que no tienen mujeres, y porque estén allí puestos y juntos para la gue-

rra; y hacen su vela ordenada cada noche, porque los contrarios enemigos no salten de noche.

F. ¿Sobre qué tenéis esos contrarios y guerras?

Y. Sobre los términos de nuestras jurisdicciones, y por echar los unos a los otros de la tierra.

(Las armas desta gente son lanzas y macanas y arcos y flechas y espadas y rodelas: y las espadas son de palo y en los filos dellas unos dientes de pedernales que cortan como navajas. Las armas defensivas son aquellas rodelas de cortezas de árboles o de madera ligera, y cubiertas de plumas y de labores de pluma y de algodón; y de tal manera, que son muy ligeras y lindas y fuertes, y unos jubones bastados de algodón, algunos hasta la cinta, y otros que les cubren los muslos. No tiran con hierba, que no la saben hacer ni tienen noticia della.)

F. ¿En esas guerras que tenéis, es el cacique capitán, o quién manda la gente, cuando habéis de pelear?

Y. Escogemos a uno que ya está tenido y estimado por valiente hombre, y de quien se tiene vista la experiencia; y aqueste ordena la gente y los amonesta que sean valientes y maten cuantos pudieren de sus enemigos, y corten brazos y cabezas y lo demás de sus contrarios, y que no huyan.

F. ¿Pues por qué dicen que huis, si matan vuestros capitanes, y no osáis esperar en viéndole muerto?

Y. Porque aquél anima la gente y sabe lo que se ha de hacer, y el cacique queda en el pueblo y no sabemos lo que querrá hacer; mas si el cacique es valiente hombre, también va a pelear, y aunque maten al capitán queda y gobierna el ejército, o nombra luego otro capitán. Mas si queda en el pueblo, cuando torna la gente, sálelos a recibir con mucho placer, si vuelven con victoria, y si vienen vencidos o desbaratados llora delante dellos con mucho sentimiento y dolor.

F. ¿Cómo se parten los despojos, que se han habido de los enemigos?

Y. No se parten: que los cautivos y despojos cada uno es señor de lo que tomó en la guerra, sin que dé parte a ninguno. Verdad es que de los esclavos que traen, luego sacrifican algunos en aquel montón de tierra, ques dicho que está delante del templo.

F. Y si no traéis esclavos ¿qué sacrifican?

Y. Si no los traen, van allí a par del montón los capitanes principales y lloran con mucha tristeza. Y al que en la guerra no hace lo quel capitán le manda, quítanle las armas y danle con ellas y dícenle feas e injuriosas palabras, y échanle del real, y no le pueden matar ni se acostumbra; pero si le matase el capitán, no le harían mal por eso.

Servicios, limosnas y sueldos

F. Estos indios que hay pobres entre vosotros y mendicantes ¿por amor de quién piden limosna, o qué es lo que dicen, cuando la demandan?

Y. No piden por amor de Dios, ni dicen sino "dadme esto, que lo he menester", y dánselo porque diga bien de quien se lo da, y así se hace. Y esos pobres no van a pedir a todos, sino a quien creen que les dará lo que piden; y también se lo dan, porque han mancilla de su pobreza. Y así andan de casa en casa pidiendo.

F. Estos oficiales que hay entre vosotros, ¿con qué les pagáis sus labores y jornales o lo que se les compra?

Y. Con maíz o con cacao o con mantas y con aquellas cosas con que contratamos, trocando unas cosas por otras; y así vamos de unas partes a otras a hacer nuestras mercaderías y de unos pueblos a otros.

Mercados

F. ¿Tenéis ley y ordenanzas y precios señalados de lo que se ha de dar por cada cosa?

Y. No, sino la voluntad de los dos que contratan, y así lo barata y vende cada uno lo mejor quél puede, y ninguno del pueblo (que sea hombre) no puede entrar en el *tiangüez* (ques la plaza del mercado) a comprar ni vender ni a otra cosa, ni pararse a lo mirar desde fuera: y si lo miran les riñen, y si entrasen, les darían de palos y los tendrían por bellacos a cualquiera que por allí se hallase o pasase. Pero todas las mujeres van al *tiangüez* con sus mercaderías, y también pueden entrar los hombres y las

mujeres, si son de otros pueblos y forasteros, en los dichos *tiangüez* y mercados sin pena; pero esta costumbre no es general para los forasteros en todas partes, sino entre los aliados y confederados amigos; y a los dichos mercados van todo género de mujeres y aun los muchachos (si no han dormido con mujeres). Allí se venden esclavos, oro, mantas, maíz, pescado, conejo y caza de muchas aves, y todo lo demás que se trata y vende o compra entre nosotros de lo que tenemos y hay en la tierra y se trae de otras partes.

Deformación craneana

F. ¿Cómo no tenéis vosotros la cabeza de la hechura que los cristianos?

Y. Cuando los niños nacen, tienen las cabezas tiernas, y hácenselas como veis que las tenemos con dos tolondrones a los lados dividiendo, y queda por medio de la cabeza un gran hoyo de parte a parte; porque nuestros dioses dijeron a nuestros pasados que así quedamos hermosos y gentiles hombres, y las cabezas quedan más recias para las cargas que se llevan en ellas.

Dioses

F. En aquellos veinte y un dioses y días que nombrastes que guardáis en el año, nombrastes Mazat y nombrastes Toste, y a los venados llamáis *mazat* y a los conejos *toste*. Veamos ¿esos animales son dioses y los adoráis, cómo por qué los coméis?

Y. Verdad es que así los nombramos esos animales, porque de cada uno desos nombres tenemos un dios; mas no por eso comemos a dios, sino para tomar esos animales y cazarlos invocamos al dios Mazat, para tomar los ciervos, y al dios Toste para tomar los conejos en más cantidad, y ponemos las cabezas a la puerta de la casa del que los mata por memoria. Tomamos la sangre de los venados después de degollados, y secada envolvémosla en unas mantas y ponémosla en una cesta colgada en casa, y eso tenemos por el dios de los venados.

F. ¿Cómo tomáis esos animales? ¿Y si tenéis dioses de los otros?

Y. Matámoslos con los arcos y con cepos y redes y como mejor podemos; pero no tenemos dioses de los puercos ni de los pescados ni gallinas, mas tenemos el del agua, que se dice Quiateot, el cual llueve: y honrámosle con sahumerios de tea y resina, y si con este servicio no llueve, sacrificamos indios o indias.

F. ¿Llueve con eso?

Y. A las veces sí, y a las veces no.

Costumbres diversas

F. Cuando algún indio se quiere ir de la tierra ¿puédelo hacer?

Y. Puédelo hacer; mas no puede vender su hacienda, pero puédela dejar a sus parientes.

F. ¿Por qué no admitís a las mujeres que entren en vuestros templos?

Y. Porque nuestros antiguos así lo ordenaron, y también mandaron que estando con su costumbre no durmiéramos con ellas en ninguna manera.

F. ¿Cuando alguno tiene necesidad, préstanle otros aquello que pide o le falta y él págalo?

Y. El que toma algo prestado, en su mano está pagarlo o no; pero si es maíz u otra cosa que se pueda tomar y entregarse, el que prestó vase al maizal del otro y págase de su mano, sin incurrir en pena.

F. ¿ Por qué andáis desnudos, pues que os podríades vestir y tenéis mucho algodón y muy bueno?

Y. Porque así está en costumbre y desta manera anduvieron nuestros padres y antecesores.

F. ¿Es verdad que hay entre vosotros el que mirando algunas personas a otras, las matan?

Y. Sí: mucha verdad es que a los niños aojan y algunas veces se mueren dello.

Confesión y penitencia

F. Cuando alguno de vosotros hace alguna cosa mal hecha ¿decislo a los padres de vuestros templos, o pedís perdón a vuestros *teotes*, arrepintiéndoos y pesándoos dello?

Y. Decímoslo a los viejos más antiguos y no a los padres; y como lo habemos dicho, andamos descansados y con placer de se lo haber dicho, como si no lo hubiésemos hecho. Y los viejos nos dicen: "Anda: idos y no lo hagáis otra vez". Y hacémoslo así, porque lo tenemos por bueno, y porque no nos muramos y nos venga otro mal, y porque pensamos que quedamos libres de lo que hicimos.

F. ¿Eso decíselo público o en secreto a los viejos, y a cuántos viejos se lo decís?

Y. A uno solo y en secreto y no delante de nadie, y estando en pie, y este viejo no lo puede descubrir a nadie, sino tenerlo secreto en su corazón.

F. ¿Qué pecados y males son ésos que le decís a ese viejo?

Y. Decímosle cuándo habemos quebrado aquellas fiestas que tenemos y no las habemos guardado, o si decimos mal de nuestros dioses, cuando no llueve, y si decimos que no son buenos; y los viejos nos echan para el templo.

F. ¿Qué pena os echan, o cómo la cumplís?

Y. Mándannos que llevemos leña, con que se alumbre el templo o que le barramos, y cumplimos esa penitencia sin falta alguna.

F. ¿Esa confesión hacéisla delante de cualquiera viejo?

Y. No, sino a uno que está diputado para esto y trae por señal al cuello una calabaza; y muerto aquél, nos juntamos a cabildo y hacemos otro, el que nos parece más bueno, y así van sucediéndole, y es mucha dignidad entre nosotros tal oficio. Y este viejo no ha de ser hombre casado, ni está en el templo ni en casa de oración alguna, sino en su casa propia.

F. ¿Qué nombre tiene ese vuestro confesor de la calabaza?

Y. El que se tenía primero antes que tal oficio tuviese.

F. Después que habéis hecho esos errores ¿qué tanto tardáis en los ir a decir a ese viejo?

Y. Luego desde a poco, ese día o el siguiente; pero no se dicen hasta que el que yerra es de edad que llega a mujer, y no de antes, porque son muchachos.

Sacrificios

F. Cuando se hacen los sacrificios ¿qué reza o dice aquel padre o sacerdote que los hace?

Y. Dice a aquellos ídolos y piedras que están en los templos, estas palabras: "Tomad, recibid esto que os dan los caciques", y diciendo aquesto hacen los sacrificios.

F. ¿Esos templos tienen renta o algunos derechos y propios, y los que sacrifican son de vuestros parientes o vosotros?

Y. No tienen propios ni rentas, ni comemos ni sacrificamos a nuestros hijos ni parientes, sino de nuestros enemigos y de esclavos o forasteros.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XLI, cap. III.]

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO*

[LA GENTE DEL GOLFO DE NICARAGUA]

En la costa del golfo

Hay en la isla de Chira muy buena loza o vidriado de cántaros y jarros y todo lo que se suele hacer de barro: la cual parece propio azabache en la tez y color negro; y es muy hermosa cosa de ver las vasijas dello, y yo he traído desde allí algunas piezas gentiles desta loza hasta esta ciudad de Santo Domingo.

La isla de Chara es la que los cristianos llaman San Lúcar, y allí y en la de Chira y esotras deste Golfo traen las indias unas bragas pintadas, que son un pedazo de tela de algodón de muchas labores y colores, cogido en un hilo que se ciñen; y esta tela es tan ancha como dos palmos, y por detrás baja desde la cinta y métenla entre ambas piernas y pasa delante, y alcanza a cubrir el ombligo y ponerse debajo del mismo hilo o cinta, y así cubren todas sus partes vergonzosas: todo lo demás de las personas traen descubierto y desnudo. Los cabellos pártenlos las mujeres por mitad de la cabeza derechamente por la crencha, desde media frente al colodrillo, y de la una mitad hacen un trenzado que viene a quedar encima sobre la una oreja al un lado y de los otros medios cabellos hacen otro trenzado al otro lado, y muy tiesos, y tan luengos como son los cabellos. Y es gente muy bien dispuesta, así los hombres como las mujeres.

Estas mujeres que he dicho deste golfo de Nicoya y sus comarcas, y los hombres son gente bien dispuesta. Ellos traen cogidos los cabellos con una cinta de algodón, hechos todos los cabellos un trenzado detrás, y es tan luengo como un palmo o menos al colodrillo: otros los cogen para arriba, y el trenzado sube derecho sobre la coronilla de la cabeza. El miembro generativo traen atado por el capullo, haciéndole entrar tanto adentro, que a algunos no se les parece de tal arma sino la atadura, que es

unos hilos de algodón allí revueltos. Preguntándoles yo la causa por qué andan así, decían que porque aquello era su usanza, y era mejor traerlos así que no suelto, como los indios de la isla de Chira o como nuestros caballos.

En la isla de Chira vi una niña de hasta dos años que mamaba, y llorando por su madre, que andaba entendiendo en su casa, decía "mama" muchas veces; y preguntando yo al cacique que qué decía, me dijo que llamaba a su madre. Estos indios de Chara son de otra lengua diversa, y entiéndense algo con la de Cueva, porque con la plática que tienen con los cristianos, la han aprendido. Bojará la isla de Chara en su circunferencia cuatro leguas.

En estas islas hay perlas, y yo las vi en las islas de Chara y Chira y Pocosí, y las saqué de algunas hostias [ostras] que los indios nos traían para comer. La isla de Pocosí es pequeña, y puede bojar hasta una legua, y yo la he andado por su costa a la redonda. Es muy alta y muy singular puerto, y está a un tiro de escopeta de la Tierra Firme, o poco más, y tiene un pueblo pequeño de indios, y es abundantísima de pesquerías. Hay en estas islas un pescado que llaman los cristianos pie de burro, que son como unos ostiones muy grandes y muy gruesos, y también se hallan perlas en algunos dellos. Afirman los hombres de la mar que es el más excelente pescado de todos: de las conchas dellos hacen los indios cuentas para sus sartales y puñetes, quellos llaman *chaquira,* muy gentil y colorado, que parecen corales, y también morado y blanco; y cada color es perfecta en las cuentas que hacen destas conchas del pie de burro, y asaz duras; y son tan grandes estos pies de burro como la cabeza de un hombre, y de ahí para abajo algo menores.

Hay asimismo de aquellos nacarones que se dijo en el libro XIX, cap. IX, en los cuales también se hallan perlas; y de las conchas destos hacen palas para sus labores, y también hacen dellos *nahes* o remos para sus canoas o balsas; pero en estas islas de Chara y Pocosí no tienen canoas, sino balsas de cuatro o cinco o seis maderos atados a los cabos y en medio a otros palos más delgados atravesados: y la ligadura es de tomicás de esparto de aquella tierra, ques como lo de Castilla y más luengo, pero no

tan recio; mas basta para esto y para atar y liar la paja en la cobertura de las casas o buhíos.

Comen los indios en estas islas muchos venados y puercos, que los hay en grandísima cantidad, y maíz, y fésoles muchos y de diversas maneras, y muchos y buenos pescados, y también sapos: y yo les he hallado atados en las casas de los indios, y se los he visto comer asados; y ninguna cosa viva dejan de comer por sucia que sea.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXIX, cap. XXI.]

Los indios de Nicoya

Los indios de Nicoya y de Oroci son de la lengua de los chorotegas, y traen horadados los bezos bajos, y puestos sendos huesos blancos redondos del tamaño de medio real o más, como lo traen los indios de la Nueva España. Son flecheros y valientes hombres, y llámanse cristianos desde que Gil González anduvo por allí; pero yo creo que hay pocos dellos que lo sean. Son idólatras y tienen muchos ídolos de barro y de palo en unas casillas pequeñas y bajas que les hacen dentro del pueblo, allende de sus casas principales de oración, que llaman *teyopa* en lengua de chorotegas, y en la de Nicaragua *archilobo.*

Todos los indios de Nicoya, en especial los principales y sus mujeres, traen pintados los brazos de aquella pintura negra que se hace con la sangre propia y carbón, cortando y dibujando primero con navajas de pedernal, y la divisa son tigres, que estos chorotegas llaman *nambue,* y en lengua de Nicaragua se dice *teguam,* y en lengua de Cueva *ochi.*

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXIX, cap. XXI.]

[DIVERSAS MANERAS DE AREYTOS]

El "mitote" de la cosecha del cacao

Acostumbraron los antiguos (en el otoño) acabados de coger los frutos de la tierra, que se juntaban los hombres en los templos y hacían fiestas y sacrificios, haciendo placer a sí mismos y honra a sus dioses. Pues luego, si tal costumbre hubo antigua, y entre gente de tanta razón, no es mucho que los indios lo hagan. Y así digo que en la plaza del cacique Viejo, que así le llaman, porque él era muy viejo (y yo le conocí y hablé), pero su propio nombre fue Agateyte, y su plaza y señorío se decía Tecoatega, era uno de los mayores señores de aquella gobernación de Nicaragua, y tenía seis mil hombres de hecho de arco y flecha, y más de veinte mil vasallos entre hombres y mujeres, chicos y grandes. Y halleme un día a ver un areyto, que allí llaman *mitote,* y cantar en coro, como los indios suelen hacerlo, y era acabando de coger el fruto del cacao, que son aquellas almendras que entre aquella gente corren por moneda, y de que hacen aquel brebaje que por tan excelente cosa tienen; y fue de aquesta manera. Andaban un contrapás hasta sesenta personas, hombres todos, y entrellos ciertos hechos mujeres, pintados todos y con muchos y hermosos penachos y calzas, y jubones muy abigarrados y diversas labores y colores, e iban desnudos, porque las calzas y jubones que digo eran pintados y tan naturales que ninguno los juzgara sino por tan bien vestidos como cuantos gentiles soldados alemanes o tudescos se pueden ataviar. Y esa pintura era de borra de algodón picado (y primero hilado), que lo hacen quedar como la borra que dejan las tijeras de los tundidores, y era de cuantas colores puede haber, y aquéllas muy finas. Algunos llevaban máscaras de gestos de aves, y aquel contrapás andábanlo alrededor de la plaza y de dos en dos, y desviados a tres o cuatro pasos; y en medio de la plaza estaba un palo alto hincado de más de ochenta palmos, y encima en la punta del palo estaba un ídolo asentado y muy pintado, que dicen ellos ques el dios del cacaguat o cacao: y había cuatro palos en cuadro puestos en torno

del palo, y revuelto a eso una cuerda de bejuco tan gruesa como dos dedos (o de cabuya), y a los cabos della atados dos muchachos de cada siete u ocho años, el uno con un arco en la mano, y en la otra un manojo de flechas; y el otro tenía en la mano un moscador lindo de plumas, y en la otra un espejo. Y a cierto tiempo del contrapás, salían aquellos muchachos de fuera de aquel cuadro, y desenvolviéndose la cuerda, andaban en el aire dando vueltas alrededor, desviándose siempre más afuera y contrapesándose el uno al otro, destorciendo lo cogido de la cuerda; y en tanto que bajaban esos muchachos, danzaban los sesenta un contrapás, muy ordenadamente, al son de los que cantaban y tañían en cerco atambores y atabales, en que habría diez o doce personas cantores y tañedores de mala gracia, y los danzantes callando y con mucho silencio.

Duróles esta fiesta del cantar y tañer y bailar, como es dicho, más de media hora; y al cabo deste tiempo comenzaron a bajar los muchachos, y tardaron en poner los pies en tierra tanto tiempo como se tardaría en decir cinco o seis veces el Credo. Y en aquello que dura el desarrevolverse la cuerda, andan con asaz velocidad en el aire los muchachos, meneando los brazos y las piernas, que parece que andan volando; y como la cuerda tiene cierta medida, cuando toda ella se acaba de descoger, paran súbitamente a un palmo de tierra. Y cuando ven que están cerca del suelo, ya llevan encogidas las piernas, y a un tiempo las extienden, y quedan de pie los niños, uno a la una parte y otro a la otra, a más de treinta pasos desviados del palo que está hincado; y en el instante, con una grita grande, cesa el contrapás y los cantores y músicos y con esto se acaba su fiesta.

Y estase aquel palo allí hincado ocho o diez días, a cabo de los cuales se juntan cien indios o más y le arrancan, y quitan de allí aquel *cemi* o ídolo que estaba encima del palo, y llévanlo a la mezquita y templo de sus sacrificios, donde se está hasta otro año que tornan a hacer la misma fiesta. Y sin duda es cosa para holgar de verlo; pero lo que mejor me pareció era la manera del atavío o vestido cual es dicho, y los muchos y lindos penachos que llevaban, y ver de una librea o forma de pintura dos dellos o cuatro, y de otra diferenciada otros tantos, pareados y muy gen-

tiles hombres; y digo así que en España y Francia e Italia y Alemania parecieran muy bien, y en cualquiera parte del mundo.

El areyto de las varas

Otra manera de areyto vi en la misma plaza de Tocoatega, después de muerto el dicho cacique Viejo, al cual sucedió un hijo suyo, gentil mancebo; y fue un domingo diez y seis de mayo, día de pascua del Espíritu Santo, desta manera. Delante del buhío del cacique estaban debajo de una barbacoa hasta veinte indios, pintados de *bija* y de *xagua,* ques rojo y negro, y con muchos y lindos penachos, cantando de pie, con tres o cuatro atambores y atabales; y fuera de aquel portal, en la plaza, delante desos músicos, a veinte pasos, andaban hasta diez o doce gandules disfrazados y muy pintados asimismo de bija y xagua, con sus penachos y tiras y moscadores y pelotes de algodón y de otras maneras, bailando a forma de contrapás. Y desviados destos, diez pasos a la mano derecha, estaban otros cuatro gandules, dispuestos hombres, pintados como los susodichos de muchas colores, y las caras rojas como sangre pintadas, con ciertas cabelleras y plumas y penachos, y como ellos se suelen poner para mejor parecer en la guerra. Y destos cuatro los tres estaban parados o quedos, que no se movían, y el uno solo bailaba y andaba a manera de contrapás, sin salir ni se apartar más de un paso o dos a un lado o a otro de Tecoatega, señor de aquella plaza, que estaba arrojándole varas al que bailaba desde a tres o cuatro pasos dél; y muchas veces o las más le daba por aquellos costados y lomos y vientre y brazos y piernas y por donde le acertaba, pero nunca le tiraba a la cabeza. Y al tiempo quel cacique soltaba la vara, el que la atendía hurtaba o torcía el cuerpo a un lado o al otro, o se abajaba o volvía las espaldas, de forma que muchas veces le erraba; pero las más veces le acertaba y le daba buenos golpes, que le alzaban bien las ronchas. Y quitábase aquél y entraba otro de los dichos cuatro, y esperaba otros diez o doce tiros, o los quel cacique quería: y así discurría de uno en uno por todos cuatro hasta que hubo rompido hasta treinta varas en ellos. Estas varas eran más ligeras que cañas, a manera de cañalejas, delgadas como el dedo menor de la mano, y en la par-

te más gruesa y cabo de la vara un cipote o cabeza de cera; de manera que aunque el golpe no era peligroso, era bestial burla, por estar como estaban desnudos. Y el que recibía el tiro ningún sentimiento ni mudanza hacía, ni se tentaba la herida, ni se condolía de ningún golpe; sino luego se preparaba para esperar otro, y con una misma cara y semblante; y también con la misma vara tiraba el cacique tres o cuatro veces hasta la quebrar o le errar y que la vara pasase adelante.

Desta manera quebró y despendió en los dichos cuatro indios bien treinta varas de las ques dicho, y estaba mucha gente de indios chicos y grandes y mujeres, mirando la dicha fiesta; y acabadas de tirar las varas el cacique mandó sacar cacao, y dio de su mano a cada uno de los cuatro hasta quinientos granos y almendras del dicho cacao. Y hecho aquesto, con una grande grita, se fueron los bailadores y músicos y cantores y los golpeados; y tras ellos mucha gente de indios, a otras plazas, a otros caciques y señores a hacer lo mismo y esperarles otros tantos tiros, cuatro mancebos, otros de los que estaban sanos y no garrochados; y para esto ellos mismos llevaban dos indios cargados con dos brazados de aquellas varas.

Así como se fueron yo pregunté al cacique que para qué se hacía aquello, o que si era aquel día fiesta entrellos, o qué misterio significaba: y dijo que no era fiesta, sino que aquellos indios eran de otras plazas, y eran mancebos, y por su placer andaban como en aguinaldo a pedir cacao a los señores y caciques que lo tenían, y aquellos se lo daban, como él había hecho: y que primero que se lo diesen, acostumbraban tirarles veinte o treinta varas hasta las quebrar en ellos, según es dicho, en que parecía que se mostraban mancebos de buen esfuerzo, y altos y dispuestos para la guerra y de buen sufrimiento para las heridas. Y es cierto quel cacique ques dicho, se las arrojaba aquellas varas de buena gana, y era mancebo y recio y les daba buenos papirotazos, que les levantaba un dedo o más las ronchas.

Areito para beoderas

Otros areitos hay que son más comunes para hacer sus beoderas, en los cuales anda tan espeso el vino como el cantar, hasta

que caen hechos cueros borrachos y tendidos por el suelo. Y muchos de los que así se embriagan se quedan allí donde caen, hasta quel vino se les pasa o viene el día siguiente, porque el que le ve caer de su compañía, más le ha envidia que no mancilla, y aun porque no entró a bailar sino para quedar de aquella manera. Pero diré aquí de otro que a la verdad yo y un clérigo y otros tres o cuatro españoles que allí nos hallamos quisiéramos estar lejos dellos, porque ver setenta u ochenta indios con su cacique borrachos, y gente tan bestial e idólatra y tan llena de vicios (y que de los cristianos yo creo que ningún contentamiento tienen en la verdad, porque de ser señores los han hecho siervos, y en sus ritos y ceremonias y vicios les han ido a la mano) ¿qué se puede pensar de su amistad? Y demás desto estábamos lejos del socorro y ayuda de los cristianos, y en casa de uno de los mayores señores de aquella gobernación, y en tierra que así por mar como por la tierra tenían aparejo para se salir con lo que hiciesen: todas estas conjeturas eran aparejo para temer lo que allí vimos. Verdad es que uno de los caciques que más se han preciado de la amistad de los españoles, es aqueste llamado Nicoya, y era bautizado, y se llamaba don Alonso, y como indio se dice Nambi; y si le pedían algunos indios para alguna cosa que hubiésemos menester, decía él: "Yo no tengo indios, sino cristianos, y si cristianos queréis, yo os los daré". "Pues dadnos cristianos que hagan aquesto, de que tenemos necesidad." Y luego nos daba tantos indios como se le pedían, y hacían lo que se les mandaba. Pero oíd agora lo que debajo de su bautismo este cacique y su gente hicieron, y fue aquesto. Un sábado diez y nueve de agosto de mil quinientos y veinte y nueve años, en la plaza de Nicoya don Alonso, cacique de aquella provincia, por otro nombre llamado Nambi, que en aquella su lengua chorotega quiere decir perro, dos horas antes que fuese de noche, a una parte de la plaza comenzaron a cantar y andar en corro en un areito hasta ochenta o cien indios, que debían ser de la gente común y plebes, porque a otra parte de la plaza misma se sentó el cacique con mucho placer y fiesta en un *duho* o banquillo pequeño, y sus principales y hasta otros setenta u ochenta indios en sendos duhos. Y comenzó una moza a les traer de beber en unas higueras pequeñas, como escudillas o tazas, de una *chicha* o vino quellos hacen de maíz muy fuerte y algo aceda, que en la

color parece caldo de gallina, cuando en él deshacen una o dos yemas de huevo. Y así como comenzaron a beber, trajo el mismo cacique un manojo de tabacos, que son del tamaño de un jeme, y delgados como un dedo, y son de una cierta hoja arrollada y atada con dos o tres hilos de cabuya delgados: la cual hoja y planta della ellos crían con mucha diligencia para el efecto destos tabacos, y encendíanlas por el un cabo poca cosa, y entre sí se va quemando (como un pibete) hasta que se acaba de quemar, en lo cual dura un día: y de cuando metíanla en la boca por la parte contraria de donde arde, y chupan para dentro un poco espacio aquel humo, y quítanla, y tienen la boca cerrada, y retienen el resollo un poco, y después alientan y sáleles aquel humo por la boca y las narices. Y cada uno de los indios que he dicho tenía una destas hojas rebollada, a la qual ellos llaman yapoquete, y en lengua desta isla de Haití o Española se dice tabaco. Y continuando el beber yendo y viniendo indios e indias con aquel brebaje, a vueltas del cual les traían otras higueras o tazas grandes de cacao cocido, como ellos lo acostumbran beber (pero desto no toman sino tres o cuatro tragos, y de mano en mano, ora de lo uno, cuando de lo otro, entremedias tomando aquellas ahumadas, y tañendo entre ellos con las palmas un atabal y cantando otros), estuvieron así hasta más de media noche, que los más dellos cayeron en tierra sin sentido, embriagados, hechos cueros. Y como la embriaguez diferenciadamente obra en los hombres, unos parecía que dormían sin se mover, otros andaban llorando, y otros gritando, y otros dando traspiés desatinados. Y estando ya en este estado, vinieron sus mujeres y amigos o hijos, y los tomaron y llevaron a dormir a sus casas, donde se durmieron hasta otro día a medio día, o hasta la noche siguiente algunos, y más y menos, según que habían cargado y participaron de la beodera. Y el que aquesto desta gente no hace, es tenido entrellos por hombre de poco y no suficiente para la guerra.

En aquel tiempo que lloraban y gritaban, era cosa temerosa ver sus desatinos; y en aquel tiempo quellos se están emborrachando mucho más, porque cuanto más nos era encubierto el dudoso fin de la fiesta, tanto más era de temer el peligro en que nos parecía que estábamos. Desta misma manera, aparte, lo ha-

cen las mujeres de la manera que está dicho, pero las principales.

El areito de las tres grandes fiestas

Y entre las otras tienen otra manera de areito y grito, ques de aquesta forma. En tres tiempos del año, en días señalados que ya tienen por fiestas principales, este cacique de Nicoya, y sus principales y la mayor parte de toda su gente, así hombres como mujeres, con muchos plumajes y aderezados a su modo y pintados, andan un areito a modo de contrapás en corro, las mujeres asidas de las manos y otras de los brazos, y los hombres en torno dellas más afuera así asidos, con intervalo de cuatro o cinco pasos entrellos y ellas, porque en aquella calle que dejan en medio, y por de fuera y de dentro, andan otros dando a beber a los danzantes, sin que cesen de andar los pies ni de tragar aquel su vino: y los hombres hacen meneos con los cuerpos y cabezas, y ellas por consiguiente. Llevan las mujeres cada una aquel día un par de *gutaras* (o zapatos nuevos); y después que cuatro horas o más han andado aquel contrapás delante de su mezquita o templo en la plaza principal en torno del montón del sacrificio, toman una mujer u hombre (el que ya ellos tienen elegido para sacrificar) y súbenlo en el dicho montón y ábrenle por el costado y sácanle el corazón, y la primera sangre dél es sacrificada al sol. Y luego descabezan aquel hombre y otros cuatro o cinco sobre una piedra que está en el dicho montón en lo alto dél, y la sangre de los demás ofrecen a sus ídolos y dioses particulares, y úntanlos con ella, y úntanse a sí mismos los bezos y rostros aquellos interceptores o sacerdotes, o mejor diciendo, ministros manigoldos o verdugos infernales; y echan los dichos cuerpos así muertos a rodar de aquel montón abajo, donde son recogidos, y después comidos por manjar santo y muy preciado. En aquel instante que acaban aquel maldito sacrificio, todas las mujeres dan una grita grande y se van huyendo al monte y por los boscajes y sierras, cada una por su parte o en compañía de otra, contra la voluntad de sus maridos y parientes, de donde las tornan a unas con ruegos, y a otras con promesas y dádivas, y a otras que han menester más duro freno a palos y atándolas por

algún día hasta que se les ha pasado la beodez; y la que más lejos toman, aquella es más alabada y tenida en más.

Aquel día u otro adelante de la fiesta de las tres cogen muchos manojos de maíz atados, y pónenlos alrededor del montón de los sacrificios, y allí primero los maestros o sacerdotes de Lucifer, que están en aquellos sus templos, y luego el cacique, y por orden los principales de grado en grado, hasta que ninguno de los hombres queda, se sacrifican y sajan con unas navajuelas de pedernal agudas las lenguas y orejas y el miembro o verga generativa (cada cual según su devoción), e hinchen de sangre aquel maíz, y después repártenlo de manera que alcance a todos, por poco que les quepa, y cómenlo como por cosa muy bendita.

[OTRAS COSTUMBRES]

Sentencia libidinosa más que no matrimonio

Diré solamente una forma de matrimonio que en aquellas partes se usó y no se desusara tan presto entre los infieles. Acaecía que un padre o madre tenían una o dos o más hijas, y aquellas en tanto que no se casaban por voluntad de sus padres (o de las mismas), con quien les placía, por vía de acuerdo y contratación, no dejan de usar de sus personas: y danse a quien se les antoja por precio o sin él; y aquella ques más deshonesta e impúdica y más gayones o enamorados tiene, y mejor los sabe pelar, ésa es la más hábil y más querida de sus padres. Y en aquel oficio sucio gana el dote y con que se case, y aun sostiene la casa del padre: y para apartarse ya de aquel vicio o tomar marido, pide un sitio al padre allí cerca de donde él vive, y se lo señala tan grande como le quiere. Entonces ella ordena de hacer la casa a costa de majaderos, y dice a sus rufianes o enamorados (estando todos juntos) quella se quiere casar y tomar a uno dellos por marido, y que no tiene casa y quiere que se la hagan en aquel lugar señalado: y da la traza de cómo ha de ser, y que si bien la quieren, para tal día ha de estar hecha, ques de allí a treinta o cuarenta días. Y al uno da cargo de traer la madera para la armar, y a otro que traiga las cañas para las paredes, y a otro el bejuco y parte de la varazón, y a otro la paja para la cubrir, y a

otro que traiga pescado, y a otro ciervos y puercos y otras cosas, y a otro el maíz para la comida en abundancia, según el ser della y dellos. Y esto se pone luego por obra y se cumple, sin faltar una mínima cosa de todo ello: antes traen duplicado, porque los tales son ayudados de sus parientes y amigos, y tienen por mucha honra quedar con la mujer habida desta manera, y quél sea escogido y los competidores desechados. Y venido el día de la boda o sentencia libidinosa, más que no matrimonio, cenan juntos los gayones y ella y los padres y amigos de los unos y de los otros en aquella nueva casa, en quella y el uno de los enamorados han de quedar casados: y después que han cenado, ques a prima noche (porque la cena se comienza de día) ella se levanta y dice ques hora de ir a dormir con su marido, y dales en pocas palabras las gracias de lo que en su servicio aquellos sus servidores han trabajado; y dice quella se quisiera hacer tantas mujeres, que a cada uno dellos pudiera dar la suya, y que en el tiempo pasado ya habían visto su buena voluntad y obra con que los había contentado, y que ya no había de ser sino de un hombre, y quiero que sea aqueste: y diciendo aquesto, tómale de la mano y éntrase con él donde han de dormir. Entonces los que quedan por desechados, se van con sus compañías, y los parientes y amigos de los novios comienzan un areito y a bailar y beber hasta caer de espaldas, y así se acaba la fiesta. Y ella es buena mujer de ahí adelante, y no se llega más a ninguno de los conocidos ni a otro hombre y entiende en su hacienda. De aquellos que fueron desechados algunos lo toman en paciencia y los más, y aun también acaece amanecer ahorcado de un árbol alguno y algunos dellos, porque haya el diablo más parte en la boda. Pero es de notar que aunque las ánimas de tales ahorcados se pierden, quel cuerpo no le dejan perder, si no que renuevan con la carne dél su boda y convites, porque siempre el ahorcado se desespera y queda allí cerca colgado de un bejuco. Ved qué les muestran sus *teotes* o dioses, pues que tal fin hacen y tan mal acaban.

Gobierno comunal

En las otras cosas de sus costumbres de aquestas gentes me parece una ques justa y honesta, así como cuando los caciques

han de proveer algunas cosas para sus ejércitos y guerra, o cuando se ha de dar algún presente a los cristianos, o se ha de dispensar en algún gasto extraordinario. Y es que entran en su *monexico* o cabildo el cacique y sus principales, y echan suertes (después de acordado lo que se ha de dar) a cuál dellos ha de quedar el cargo de proveello y de repartillo, por todos los vecinos, y hacer que se cumpla de la manera que en el monexico fue ordenado, y así se hace, sin faltar cosa alguna.

Los regidores y oficiales de la comunidad que han de asistir con el cacique o presidente en el monexico, son elegidos de cuatro en cuatro lunas, y aquéllas cumplidas, son como un otro vecino cualquiera, y sirven otros otro tanto; pero siempre los hacen de los *guegües*, id est, viejos más principales. Y lo primero que hacen en aquellos sus ayuntamientos es que señalan dos fieles ejecutores por otros cuatro meses, los cuales, o a lo menos uno dellos, nunca se quita de la plaza y *tiangüez* o mercado: y aquellos fieles son allí alcaldes y absolutos gobernadores dentro de las plazas, para no consentir fuerce ni mala medida, ni dar de menos de lo que han de dar o trocar en sus ventas y baraterías los contrayentes: y castigan sin remisión alguna a los transgresores de sus ordenanzas y costumbres, y a los forasteros hacen que se les haga más cortesía y más buen acogimiento, porque siempre vengan más a su contratación.

Peinados y peines

En la provincia de Nicaragua y sus anexos se precian los indios de andar muy bien peinados, y hacen peines de púas de huesos de venados, blancos, que parecen de marfil, y otros hacen negros de madera recia y muy gentil, y son buenos y a manera de escarpidores, ralos los dientes, y esas púas o dientes pónenlos engastados en cierta pasta que parece barro cocido, y algunos desos engastes son bermejos, y algunos negros; pero los unos y los otros son hienda y suciedad que hurgan los murciélagos, en lo cual muchos indios a quien lo pregunté fueron conformes. Y yo he tenido algunos destos peines, y traje desde aquella tierra a esta ciudad de Santo Domingo seis o siete dellos: llegada aquella pasta al fuego, está blanda como cera, y arde de grado o

presto; y enfriándose, está muy recia y aprieta como el hierro las dichas púas de los peines.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XLII, cap. XI.]

* Véase la bibliografía de las páginas 77-78.

CUARTA PARTE
TIERRA FIRME, DE MAR A MAR

Desde Honduras hasta los límites de la cultura incaica y del Atlántico al Pacífico, se extiende una multitud de pueblos sin unidad política, pero que muestran características culturales comunes. La gran cordillera es como su espina dorsal y puente tendido entre las dos culturas superiores, la de Mesoamérica y la incaica.

Agricultores, de costumbres primitivas, belicosos, cazadores de cabezas, desnudos si la temperatura o el rango no exigen el abrigo de alguna manta de algodón, caníbales casi todos ellos —algunos, quizá, más por gula que por rito— poseen, en cambio el arte de la piedra y alcanzan el laboreo del oro y de la plata, a veces con notable perfección. Algunos conocen la vela para sus canoas; otros ignoran el arco y son poderosos en la cerbatana.

Su régimen social es el de pequeños señoríos, teocráticos y despóticos, con una dura estratificación de clases, hereditarias, pero abiertas, a las cuales se entra y en ellas se progresa por méritos de guerra. Subsisten restos matriarcales; así la sucesión, que pasa al sobrino hijo de la hermana.

Magia, hechicería, animismo y —por lo menos en las clases dominadoras— culto a los muertos, perfilan su religión. Una abundante literatura, transmitida por el canto, era como el archivo de sus mitos, de sus leyendas y de su historia.

El Almirante fue el primero en descubrir la tierra donde se fundía el oro; Jiménez de Quesada habla de Tunja y Bogotá, los más altos exponentes de la cultura de aquellos pueblos, pero es la gente del Istmo la que mejor conocemos, gracias a Fernández de Oviedo. Los señalamientos culturales del grupo perduran hacia el Sur, entre pueblos sujetos al imperio incaico (Cieza de León), al paso que se ramifican y descienden hacia el Este, por tierras de la actual Venezuela (Bastidas). No faltan islotes de primitivos irreductibles, como, aun en época ya tardía, los iribais (Fray Matías de San Francisco).

CRISTÓBAL COLÓN*

[DE LA COSTA DE LOS MOSQUITOS HASTA VERAGUA]

Sus habitantes, minas de oro, fraguas y crisoles

Llegué al cabo de Gracias a Dios, y de allí me dio Nuestro Señor próspero el viento y corriente. Esto fue a 12 de septiembre (1502). Llegué a tierra de Cariay, adonde me detuve a remediar los navíos y bastimentos, y dar aliento a la gente, que venía muy enferma. Yo, que, como dije, había llegado muchas veces a la muerte, allí supe de las minas de oro de la provincia de Ciamba, que yo buscaba. Dos indios me llevaron a Carambarú, adonde la gente anda desnuda y al cuello un espejo de oro, que no le querían vender ni dar trueque. Nombráronme muchos lugares en la costa de la mar, adonde decían que había oro y minas; al postrero era Veragua, y lejos de allí obra de veinte y cinco leguas: partí con intención de los tentar a todos, y llegado ya el medio supe que había minas a dos jornadas de andadura.

Día de la Epifanía (6-1-1503) llegué a Veragua, ya sin aliento; allí me deparó Nuestro Señor un río y seguro puerto.

A seis de febrero, lloviendo, envié setenta hombres la tierra adentro; y a las cinco leguas hallaron muchas minas: los indios que iban con ellos los llevaron a un cerro muy alto, y de allí les mostraron hacia toda parte cuanto los ojos alcanzaban, diciendo que en toda parte había oro, y que hacia el poniente llegaban las minas veinte jornadas, y nombraban las villas y lugares y donde había de ello más o menos. Después supe yo que el Quibián que había dado estos indios, les había mandado que fuesen a mostrar las minas lejos y de otro su contrario; y que adentro de su pueblo cogían, cuando él quería, un hombre en diez días una mozada de oro: los indios sus criados y testigos de esto traigo conmigo. Adonde él tiene el pueblo llegan las barcas. Volvió mi hermano con esa gente, y todos con oro que habían cogido en cua-

tro horas que fue allá a la estada. La calidad es grande, porque ninguno de éstos jamás había visto minas y los más oro.

En Cariay, y en estas tierras de su comarca, son grandes hechiceros y muy medrosos. Diera el mundo porque no me detuviera allí una hora. Cuando llegué allí luego me enviaron dos muchachas muy ataviadas: la más vieja no sería de once años y la otra de siete; ambas con tanta desenvoltura que no serían más unas putas; traían polvos de hechizos escondidos: en llegando las mandé adornar de nuestras cosas y las envié a tierra.

Allí vide una sepultura en el monte, grande como una casa y labrada, y el cuerpo descubierto y mirando en ella. De otras artes me dijeron y más excelentes…

Otra gente hallé que comían hombres: la deformidad de su gesto lo dice. Allí dicen que hay grandes mineros de cobre: hachas de ello, otras cosas labradas, fundidas, soldadas hube, y fraguas con todo su aparejo de platero, y los crisoles. Allí van vestidos; y en aquella provincia vide sábanas grandes de algodón, labradas de muy sutiles labores; otras pintadas muy sutilmente a colores con pinceles. Dicen que en la tierra adentro hacia el Catayo las hay tejidas de oro. De todas estas tierras y de lo que hay en ellas, falta de lengua, no se saben tan presto. Los pueblos bien que sean espesos, cada uno tiene diferente lengua, y es en tanto que no se entienden los unos con los otros, más que nos con los de Arabia. Yo creo que esto sea en esta gente salvaje de la costa de la mar, mas no en la tierra dentro.

Cuando yo descubrí las Indias dije que eran el mayor señorío rico que hay en el mundo. Yo dije del oro, perlas, piedras preciosas, especierías, con los tratos y ferias; y porque no pareció todo tan presto, fui escandalizado. Este castigo me hace agora que no diga salvo lo que yo oigo de los naturales de la tierra. De uno oso decir, porque hay tantos testigos, y es que yo vide en esta tierra de Veragua mayor señal de oro en dos días primeros que en la Española en cuatro años, y que las tierras de la comarca, no pueden ser más hermosas, ni más labradas, ni la gente más cobarde, y buen puerto y hermoso río, y defendible al mundo.

[*Carta* (VII) *a los Reyes*. Jamaica, 7 de julio de 1503.]

* Véanse pp. 17-18.

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO*

[DE LOS CUNA-CUEVA DEL ISTMO Y OTRAS GENTES VECINAS]

Aspecto físico. Ornato y cuidado de sus personas

Estos indios de la Cueva, cuanto a su disposición de las personas, son algo mayores que los destas nuestras islas por la mayor parte, y más varones, y de la misma color. Andan desnudos, y en su miembro viril un caracol de pescado o un cañuto de madera, y los testigos de fuera; y aquel caracol o cañuto con un hilo asido y ceñido trabado de dos agujericos. Las mujeres traen *naguas,* que son mantas pequeñas de algodón, desde la cinta hasta la rodilla o más alto, rodeadas al cuerpo: y las señoras y mujeres principales (*espaves*) traen estas naguas bajas hasta los tobillos; y en las cabezas ellos ni ellas ninguna cosa, ni en toda la persona, más de lo ques dicho. Verdad es que algunos señores, entrellos de los más principales, traían en lugar de caracol un cañuto de oro torcido o liso, de muy fino oro, y las señoras *espaves,* que son mujeres muy principales, por adornamiento y porque las tetas (de que mucho se precian), estuviesen altas y más tiestas, y no se les caigan, se ponían una barra de oro atravesada en los pechos, debajo de las tetas, que se las levanta, y en ella algunos pájaros y otras figuras de relieve, todo de oro fino: que por lo menos pesaba ciento y cincuenta y aun doscientos pesos una barreta destas.

Esta invención destas barras de oro, para levantar las tetas, es primor y usanza de las mujeres principales del golfo de Urabá: las cuales mujeres van a las batallas con sus maridos, y también cuando son señoras de la tierra y mandan y capitanean su gente. Demás de las barras que he dicho, usan muchas águilas y patenas de oro, así las mujeres como los hombres, y hermosos penachos.

Cuando las mujeres principales salen en campo, y asimismo los señores desta gente, como no tienen caballos, ni bestias, ni carros que los lleven a cuestas, usan otra manera de caballería, que es desta manera que ahora diré. Siempre el señor, cacique, o *saco,* o varón principal, tiene una docena o dos de indios de los más recios, diputados para sus andas, en que van de camino echados en una hamaca, la cual va en un palo largo puesta, que de su natura es muy liviano, y los extremos de aquel palo puestos sobre los hombros de aquellos indios, y van corriendo o medio trotando en galope con el señor a cuestas. Cuando se cansan los dos que lo llevan, sin se parar, se ponen en el mismo lugar otros dos dellos que allí van por respeto vacíos para lo mismo, y continúan su camino: y un día, si es en tierra llana, andan desta manera quince o veinte leguas, teniendo postas puestas en paradas de tales indios para se remudar. Y los indios que para este oficio tienen, por la mayor parte son esclavos o *naborías,* que son cuasi esclavos obligados a servir; y estos indios que en lo ques dicho sirven de las hamacas, búscanlos que sean *carates.* Y para que se entienda qué cosa es carate, digo que carate se llama al indio que naturalmente tiene toda la persona o la mayor parte desta como descostrado, levantados los cueros a manera de empeines. Ellos parecen feos, mas comúnmente son recios y de mejores fuerzas, y parecen frisados, y aquella frisa es dolencia que se acaba, cuando ha acabado de les andar todo el cuerpo toda aquella comezón o enfermedad y han mudado todo el cuero de la persona.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXIX, cap. XXVI.]

Depilación, baños

Estas gentes destas partes comúnmente son sin barbas o lampiños, puesto que algunos indios he visto, pero pocos, que las tienen, así en las caras como en las otras partes que los nuestros hombres en nuestra España o Europa. Y queriendo yo más particularmente entender aquesto, averigué en esta provincia de Cueva (de quien aquí se trata), que también tenían barbas como los cristianos; mas así como les nacen, se las pelan, y de habituarse a aquello y a untarse con algunas hierbas y otras cosas

quellos saben, ningunas les nacen, o si nacen, no les duran; pero en sus vergüenzas y en los sobacos, muchos indios en muchas partes desta tierra tienen tantos pelos, como los cristianos, o cualquiera otra nación, excepto las mujeres, que tienen más diligencia y aviso para que en tales lugares no se les críe, ni haya polvo ni lana. Verdad es que cerca desta provincia, en la del Cenú, ellos con barbas, y ellas y ellos con todas las otras partes secretas que allí traen públicas, no tienen diferencia ni menos que nosotros; y en este caso, cuando en otras gentes destas Indias se hable, se dirá lo demás, ques muy diferente de lo que está dicho.

Tienen por costumbre, así los indios como las indias, de se bañar tres o cuatro veces al día, por estar limpios y porque dicen que descansan en lavarse, y por de mañana que las indias vayan al río o fuente por agua, primero que de allá vengan, se lavan y aun nadan un poco, en lo cual son muy diestros; y este lavarse tornan a hacer a medio día y a la tarde, y por lo menos una vez al día ellos, y las indias mucho más. Y es verdad que estando un día o dos sin se lavar, como acaece, o por andar camino u otras causas, que naturalmente huelen a monte, o un mal olor como el de los negros de Guinea, que en algunos es insoportable.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXIX, cap. XXVIII.]

Pinturas

También he dicho de sus pinturas de la *bija* y de la *xagua* y de otras maneras, así en guerra como en paz ellos y ellas; pero en especial en la guerra se acostumbran a pintar más a menudo los indios, y les parece que no es hombre militar el que no lo hace. Algunos quieren decir que no es solamente por la gala tal pintura, sino porque se hallan más sanos, pintándose con tales cosas; y por eso no dejan de usar de tales pinturas perpetuas, que no duran menos que sus vidas, ni se les acaban sino con pudrirse la carne pintada. Y esta tal pintura úsanla de dos maneras; la una es como marca en cierta forma, y con esta tal hierran al *paco,* que quiere decir esclavo: la otra es por gentileza que significa gala y libertad, y cada una destas se ponen en lugares deputados en la persona; porque en la cara de la boca abajo, aunque alcance a las orejas, y en los brazos y pecho, es gala de hombres y

mujeres libres, y de la boca arriba en la cara, es cautiverio. Y aquella señal, que traen los libres vasallos y criados y aceptas personas al señor, son de una manera, tan justamente, sin tener uno más que otro, que no parece sino que por estampa está hecho de molde: y en aquella pintura no menguan ni crecen, porque como he dicho es divisa o como una librea conocida del *tiba* o *quevi,* en cuyo señorío y obediencia viven los que así están pintados. Y el mismo *saco* o *tiba* o príncipe trae la misma pintura; la cual pintura o divisa escoge el señor, quando hereda la casa y estado, y la hace diferente de la que usó su padre, para que se conozca cuáles sirvieron al uno y cuáles al otro. Otros hay que aunque heredan la casa, no mudan la divisa que su padre tenía; y por esta causa los que han de heredar no se pintan, porque tienen esperanza de mudar la divisa y tomar la que les pareciere. Y estos tales son siempre odiosos a sus padres, porque no se pintan de su divisa, y los que toman la marca o divisa del padre, en sus días, quiérelos mucho; y después no la puede mudar ni menguar ni crecer en ella, porque lo tendrían por malo y mentiroso a su padre, y no le darían crédito en nada.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXIX, cap. XXVIII.]

Habitación y mobiliario

De las casas y moradas destas gentes se ha dicho en otras partes destas historias, y de sus camas, que son las *hamacas* que se dijo en el libro V, capítulo II; pero aun en ésas hay diferencias, porque las de Tierra-Firme en esta gobernación de Castilla del Oro la manta de la hamaca no es hecha red, sino entera y muy gentil tela delgada y ancha, tan luenga como conviene. Hay otras, que la manta es de paja tejida y de colores y labores; y destas hay muchas en Nata y en otras partes: y esta paja está hecha como cordón sobre hilos de algodón, y son cosas de ver y muy frescas y gentiles en la vista. Todo lo demás que toca a estos hechos está dicho en el lugar alegado; pero no todos los indios las tienen, y los que no las alcanzan, duermen en *barbacoas,* que son bancos hechos de cañas, o en otro armadijo que esté dos o tres palmos altos o más de tierra, por la humedad: y los que

más no pueden, échanse en aquel común colchón, ques el suelo, sobre paja u hojas de palmas o lo que hallan.

De los *buhíos* y casas traté en la primera parte, en el capítulo I del libro VI, y dije qué tales son en estas islas y otras: y también se dijo en el capítulo X deste libro XXIX de las *barbacoas* de las provincias de Abrayme y Teruy, donde los indios viven y tienen sus moradas en los árboles, y asimismo de las *barbacoas* sobre muchas palmas juntas, en que los indios viven en la costa del Río Grande, que entra en el golfo de Urabá, la cual provincia se llama Tatuma, y son de mucha admiración, y allí tienen sus moradas: y sube una mujer por el árbol arriba con el hijo en brazos tan sueltamente como si fuese por tierra llana, por ciertos escalones hechos de bejucos nacidos y revueltos y atados al árbol, y el terreno de abajo cubierto de agua y paludes bajos y a partes hondos; y de allí salen en canoas a la tierra enjuta, donde hacen sus labranzas y conucos. Esta manera de pueblos hacen por estar seguros del fuego y de sus enemigos y de las bestias fieras, y porque están más fuertes. En las otras partes, donde los indios pueblan, por la mayor parte es desparcidos en valles y laderas y costas de los ríos y donde les parece, y también en las sierras (a la manera de nuestras montañas de España y en Vizcaya y Galicia) pueblan como en barrios, unas casas desviadas de otras; pero muchas dellas y gran territorio debajo de la obediencia de un cacique o *tiba,* o *saco;* o *queví* o señor principal, porque estos nombres, como tengo dicho, usan los señores en diferentes provincias. Este nombre *queví* en arábigo quiere decir grande; y así al que en la lengua de Cueva llaman *queví,* es más señor y de más estado y gente quel *tiba* ni el *saco.*

Hay otra manera de *buhíos* o casas en Nata redondos, como unos chapiteles muy altos, y son de mucho aposento y seguros, porque el viento de la brisa, que allí corre mucha parte del año con mucho ímpetu, no los puede así coger como a los que son cuadrados o de otra forma. Son de recia y buena madera, y más hermosos de dentro que todas las maneras de casas que se ha dicho; y ponen en la punta del chapitel una cosa de barro cocido a manera de candelero, y el cuello alto, y en la forma questá aquí pintado. La paja con que se cubre es muy buena, y las cañas de las paredes gruesas, y por de fuera y de dentro forradas las pare-

des con caña delgada muy bien puesta y con muchos apartamientos. El asiento deste pueblo es muy gentil y de hermosas vegas, y muy llano y dispuesto para ganados y todas granjerías; y hay muchas vacas y puercos y yeguas, y es tierra de mucha caza y montería, porque cerca hay montañas y boscajes en tierra alta.

Había en este pueblo, cuando yo le vi en el año de mil quinientos veinte y siete años hasta cuarenta y cinco o cincuenta *buhíos,* y está dos leguas de la mar un río arriba, y creo sin duda que mengua allí la mar en la costa dos leguas y más. En este río hay tantos lagartos o cocatrices grandes, que son innumerables los que cada día se ven por la costa echados en tierra al sol, de los cuales en su lugar se dirá.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXIX, cap. 5]

Alimentos y bebidas

Donde quiera que hay mar y río hay pescados y pescadores; y estos indios de Cueva son muy dados a este ejercicio de las pesquerías, de todas aquellas maneras que se dijo en el capítulo I del libro XIII; porque a la verdad esta gente tiene en esta provincia por principal mantenimiento suyo el pescado, así porque son muy inclinados a ello, como porque con más facilidad lo pueden haber en abundancia y a menos trabajo que las salvajinas de puercos y venados, que también matan y comen. Y así en la pesquería como en la montería, se aprovechan mucho de las redes, que hacen de henequén y cabuya y asimismo de algodón, que tienen mucho y bueno, de que natura los ha proveído, y hay boscajes y matas grandes como árboles dello. Y yo por árboles tengo alguna manera de algodón que hay en estas islas y en la Tierra-Firme, pues duran muchos años y son altos, puesto que la madera es feble o floja y vana asaz: y lo que los indios quieren hacer más blanco y mejor, cúranlo y plántanlo en sus asientos y heredamientos y cerca de sus casas. También sin redes matan y montean los animales que he dicho, y otros a lanzadas y en cepos que les arman, y a veces en ojeo con cantidad de gente, y los atajan y reducen a lugares estrechos. Después que los han muerto, como no tienen cuchillos para los desollar, quartéanlos, há-

cenlos partes con piedras de pedernales y con hachuelas de piedra que tienen enastadas; y asan la carne sobre unos palos, que ponen a manera de trévedes o parrillas en hueco (quellos llaman *barbacoas*) y la lumbre debajo; porque, como la tierra está en clima que naturalmente es calurosa, presto se daña el pescado o la carne, que se asa el mismo día que muere.

Allende de la carne y pescados, tienen muchas y diversas frutas: su pan, como tengo dicho, es maíz y yuca. Todos por la mayor parte beben agua, pero a ninguno desplace el vino: antes son muy amigos dél, y aqueste hacen del maíz, según la cantidad que quieren hacer de *chicha,* que así llaman a su vino, y para hacerlo tienen esta forma. Ponen el maíz en remojo, y así está hasta que allí en el agua comienza a brotar por los pezones, y se hincha, y salen unos co-gollicos por aquella parte quel grano estuvo pegado en la mazorca que se crió; y desque está así sazonado, cuécenlo en buen agua, y después que ha dado ciertos hervores y menguando la cantidad que ya ellos saben ques menester, apartan del fuego la olla o tinajuela, en que lo cuecen, y repósase y asiéntase abajo el grano. Y aquel día no está para beber; pero el segundo día está más asentado, y comienzan a beber dello, aunque está algo espeso: y al tercero día está bueno y claro, porque está de todo punto asentado, y el cuarto día muy mejor, y la color dello es como la del vino cocido blanco de España, y es gentil brebaje. El quinto día se comienza a acedar, y el sexto más, y el séptimo es vinagre y no para beberse; pero no lo dejan llegar a ese término, y desta causa siempre hacen la cantidad que les parece porque no se pierda ni dañe: y así antes que aquello no esté para beber, tienen otro, que se va haciendo de la manera ques dicho. A mi parecer es de mejor sabor y más sustancia que la sidra o vino de manzanas que se hace y beben en Vizcaya, o que la cerveza o biara que beben los ingleses y en Flandes (que todo, lo uno y lo otro, he probado y bebido). Este vino es sano y templado, y tiénenle los indios por preciado y gentil mantenimiento, y tiénelos gordos. También se hace muy buen vinagre del maíz en esta manera. Tuestan los granos del maíz al fuego, y después muélenlos y hácenlos harina, la cual mezclan con agua, y danle ciertos hervores, y apartan la olla como está, y pásanla donde esté reposada hasta otro día, que la

tornan a cocer así como está: y después del segundo cocimiento cuélanlo, y lo que ha salido limpio, hecho agua o vinagre, pónenlo al sol dos o tres días. Y al tiempo que lo comienzan a poner al sol, échanle un poco de agua limpia, para que se haga más fuerte; y en fe de aquellos tres días que ha estado al sol, queda hecho buen vinagre y dura muchos días, que no se daña y corrompe ni afloja de su ser que tuvo, cuando mejor fue.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXIX, cap. XXVIII.]

Tabacos y ahumadas

Ya en la primera parte (en el libro V y capítulo II), tengo dicho qué cosa son tabacos y ahumadas que los indios desta y otras islas usan; pero en esta provincia de Tierra-Firme, en Castilla del Oro, usan echar en el fuego ciertas hierbas y gomas de ciertos árboles, que todo ello hiede y es incomportable sino a los indios, que lo han de costumbre, y dicen ellos ques sana cosa. Los cuales sahumerios ellos usan, después que han cenado y están hartos, para se dormir por medio de aquel humo que desde el fuego recibían y lo olían; con el cual, luego en poco espacio, sobreviene un profundo y pesado sueño, y tanto más grave y para más tiempo cuanto más el fuego dura de consumir aquella materia. Y cuanto dura un cuarto de hora el humo, dicen que les dura el sueño cuatro o cinco horas después a los indios, y así a proporción ellos echan en el fuego lo que les parece que les debe de bastar o quieren estar sin despertar.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXIX, cap. XXIX.]

Religión. Magia. Supersticiones

Entre los indios en Castilla del Oro muy ordinaria cosa es adorar al sol y la luna, y tener en mucho crédito y veneración al diablo: y así para sus idolatrías y sacrificios tenían hombres deputados y reverenciados, los cuales comúnmente eran sus médicos, y conocían muchas hierbas, de que usaban, y eran apropiadas a diversas enfermedades, que por largo curso tenían experimentadas en parte, no tan dignas de crédito totalmente algunas de sus efectos cuanto aprobadas con la autoridad que les quería

atribuir aquel su médico o maestro, llamado *tequina* (puesto que en algunas decían verdad, y son excelentes).

Los hombres que dije que tienen los indios en veneración, llámanlos para se consejar con ellos para comenzar sus guerras, y para todas las otras cosas que son de importancia. Deste nombre *tequina* se hace mucha diferencia; porque a cualquiera ques más hábil y experto en algún arte, así como en ser mejor montero o pescador, o hacer mejor una red o una canoa u otra cosa, le llaman *tequina,* que quiere decir lo mismo que maestro: por manera que al ques maestro de las responsiones e inteligencias con el diablo, llámanle tequina en aquel arte, porque aqueste tal es el que administra sus idolatrías y ceremonias y sacrificios, y el que habla con el diablo, según ellos dicen, y él da sus respuestas; y él dice que diga a los otros lo que han de hacer, y lo que será mañana y desde a muchos días, porque como Satanás sea antiguo astrólogo, conoce los movimientos naturales del tiempo, y cielos, y planetas, y del zodiaco, e influencias de arriba, y va donde van las cosas guiadas naturalmente; y así, por el efecto a que van referidas en su conclusión, da él noticia de lo que será adelante. Y háceles entender que por su deidad, y como señor y movedor y disponedor de todo lo ques y será, sabe las cosas que están por venir; y díceles quél atruena y hace llover, y guía los tiempos, y les da o quita los frutos en las plantas y hierbas y árboles, y en todo lo que sustenta las criaturas. Pues como muchas veces ven que en efecto así acaece, como se lo ha pronosticado algunos días antes, danle crédito en todo lo demás y sacrifícanle en muchas y diversas maneras, en unas partes con sangre y vidas humanas, y en otras con sahumerios aromáticos y de buen olor y de malo también. Y cuando Dios dispone lo contrario quel diablo ha dicho al tequina y el tequina a otros, les miente, dales a entender que ha mudado la sentencia por algún enojo o achaque que a él le parece, como aquel ques suficiente maestro de engaños con los mortales, en especial con gente que tan pobre y desapercibida está de defensas contra tan grande adversario, al cual ellos llaman *tuyra*. Y este mismo nombre en aquella lengua de Cueva dan los indios a los cristianos, porque los tienen por sagaces o por tales como el diablo, pensando que en decirles *tuyras,* los honran y loan mucho. Questas gentes se gobiernen,

formando alguna opinión de religiosidad y crédito que dan a sus tequinas no me maravillo, pues tal tercero anda por medio como el tuyra.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXIX, cap. XXVI.]

Chupadores y herbolarios

Quédame de decir que en aquesta lengua de Cueva hay muchos indios hechiceros y en especial un cierto género de malos, que los cristianos en aquella tierra llaman chupadores, que a mi parecer deben ser lo mismo que los que en España llaman brujas y en Italia extrias. Éstos chupan a otros hasta que los secan y matan, y sin calentura alguna de día en día poco a poco se enflaquecen tanto, que se les pueden contar los huesos, que se les parecen solamente cubiertos con el cuero; y el vientre se les resuelve de manera quel ombligo traen pegado a los lomos y espinazo, y se tornan de aquella forma que pintan a la muerte, sin pulpa ni carne. Estos chupadores, de noche, sin ser sentidos, van a hacer mal por las casas ajenas: y ponen la boca en el ombligo de aquel que chupan, y están en aquel ejercicio una o dos horas o lo que les parece, teniendo en aquel trabajo al paciente, sin que sea poderoso de se valer ni defender, no dejando de sufrir su daño con silencio. Y conoce el así ofendido, y ver al malhechor, y aun les hablan: lo cual, así los que hacen este mal como los que le padecen, han confesado algunos dellos; y dicen questos chupadores son criados y *naborías* del *tuyra,* y quél se los manda así hacer, y el *tuyra* es, como está dicho, el diablo.

Son muy grandes herbolarios algunos indios en aquella provincia, y conocen muchas hierbas para diversas enfermedades, en especial los señores y hombres principales, y aquellos *tequinas,* y aun algunas mujeres, en las cuales es más peligroso el oficio; porque todas aquellas que se precian de maestras de tal arte, son unas viejas astutas y mal inclinadas, y de mala proporción y vista, que se entremeten a adivinar, y hacen más desconciertos que los hombres de su oficio. Y destas hay asimismo chupadoras en más cantidad que de hombres, que en eso entiende.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXIX, cap. XXXII.]

Letras parlantes

Una cosa de las que más se han espantado los indios de cuantos han visto entre los cristianos son las letras, y que por ellas nos entendamos con los ausentes. Y así cuando algún cristiano escribe, a otro que está algunas leguas de allí, y algún indio es el mensajero, quedan espantados que en la carta digan acullá lo que se ha hecho acá, que aquel indio ha visto hacerse, o lo que se entiende hacer; y llévanla con tanto respeto y temor y guarda que les parece que también sabrá decir la carta lo quel indio piensa o hace, como él mismo, y aun algunos piensan que tiene ánima la carta, y ya se ha platicado entre ellos para lo experimentar. Y especialmente un cacique en aquella tierra de Cueva mandó a un indio suyo que a una carta de su amo, que había de llevar a cierta parte a otros cristianos, le preguntase en el camino a la carta el que la llevaba algunas cosas que le mandó, y así lo hizo; y dada la carta, volvió con otra en respuesta de aquel a quien iba, y después aparte el cacique dijo a su indio si había hecho lo que le mandó, y dijo que sí; pero que la carta no le había querido responder a nada, y que creía que maliciosamente la carta no quería hablar sino con los cristianos, y que ella había dicho a su amo lo que le había el indio preguntado; por lo cual el cacique, de temor desto, huyó y se alzó. Desde a pocos días fue preso, y preguntándole la causa porque se había huido, pues que no se le había hecho sinrazón ni mal tratamiento alguno, dijo quél sabía que la carta le había dicho lo que su indio le había preguntado a la carta, y que aquel indio era bellaco porque el cacique no se lo había mandado, y quél lo había muerto después para lo castigar, y quél sería bueno; dando a entender quél creía que la carta había dicho por dónde a él le viniese daño. El que esta experiencia hizo, fue el capitán Gonzalo de Badajoz, el cual le dijo al cacique que la verdad era que la carta se lo había dicho todo y él lo sabía, y que las cartas todo lo entienden cuanto se conseja o se trata contra los cristianos, y ellos les tienen mandado quellas no hablen con los indios ni les descubran ningún secreto. Y así se lo creyó este cacique, y de astuto el capitán quiso dejarle en esta sospecha.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXIX, cap. XXVIII.]

El principio de la guerra mejor fundado y sobre questas gentes riñen y vienen a batalla es sobre cuál tendrá más tierra y señorío, y también sobre otras diferencias; y a los que pueden matar matan, y a los que prenden, los hierran y se sirven dellos por esclavos, cada señor tiene su hierro conocido, y algunos los hacen sacar un diente de los delanteros al que toman por esclavo, y aquella es su señal, y le llaman *paco* al esclavo.

El principal señor se llama *quevi,* y en algunas partes *saco;* y aqueste nombre *cacique* no es de la Tierra-Firme, sino propiamente desta Isla Española, y como fue esto lo primero que poblaron y ganaron los cristianos, ellos han dado este nombre cacique a los señores de otras partes por donde en estas Indias han discurrido. En la lengua de Cueva, de que aquí se trata, el nombre del señor es *quevi,* y en algunas provincias de Castilla del Oro se llama *tiva,* y en otras partes della se dice *jura,* y en algunas *guajiro;* pero este nombre guajira hanle tomado de los caribes, que no es propio de Cueva, sino allegado y extranjero. Asimismo en Cueva, al ques hombre principal, señor de vasallos, si es sujeto a otro mayor, llámanle a este tal principal *saco;* y aqueste *saco* tiene otros indios a él sujetos, que tienen tierras y lugares, y llámanlos *cabras,* que son como caballeros o hijosdalgos, separados de la gente común, y son más principales que los otros del vulgo, y mandan a los otros. Pero el cacique o *saco* y el *cabra* cada uno tiene su nombre, y asimismo las provincias y ríos y valles y lugares y asientos donde viven, y los árboles y aves y animales y peces tienen sus nombres propios y particulares; no obstante que así como nosotros decimos en general pescado, dicen ellos *haboga.*

La manera como un indio ques de la gente baja o común o plebea sube a ser *cabra,* y alcanza este nombre e hidalguía para proceder a los otros comunes, es cuando quiere que en una batalla de un señor contra otro se señala y sale herido, peleando animosamente, aquella sangre son las letras del previlegio y título y principio de su nobleza: y el señor cuyo es, le llama *cabra,* y le da gente que mande, y le da tierra o mujer, o le hace otra merced señalada por lo que obró aquel día en su presencia, porque si el

príncipe no está presente, no se gana tal honor. Y donde en adelante es más honrado que los otros y separado y apartado del vulgo y gente común; y sus hijos varones deste suceden en esa misma hidalguía, y se llaman *cabras,* y son obligados a seguir la milicia y arte militar de la guerra. A la mujer del *cabra,* demás de su nombre propio, le llaman *espave,* que quiere decir señora o más principal mujer que las comunes o plebeas mujeres: el cual título ella adquiere *inmediaté* que su marido es *cabra;* y asimismo a las mujeres de los *quevís* o *sacos* o *cabras* llaman *espaves.*

Cuando van a la guerra, llevan sus caudillos o capitanes: éstos son *sacos* o *cabras,* y son ya hombres de experiencia en las cosas de las armas quellos usan, y van con sus penachos y embijados o pintados de *xagua,* y llevan insignias señaladas para ser conocidos en las batallas, así como joyas de oro o penacho u otra divisa. Tienen una particularidad o costumbre entre sí inviolable, y es que aunque prendan a las espías y las hagan pedazos, a tormentos que les den, ni por promesas que se les hagan, no confesarán más verdad ni mentira de lo que les es ordenado por el capitán, *tiba* o señor que los envía, ni en daño de su gente. Por la mayor parte sus empresas se fundan sobre una *bebedera* y areito: y después que está acordado lo que se ha de hacer, lo cantan aquel día de la determinación o el siguiente, y luego se pone por obra todo lo que en el areito se ha cantado. Esto es como para testimonio o consultación con el vulgo, después quel señor o los más aceptos a él su *tequina* han consultado la cosa que quieren emprender; y esta orden tienen en las guerras voluntarias los que son agresores, porque el que defiende, muévese a caso él, como le sucede la necesidad.

En las cosas de la justicia tienen sus ejecutores, que son como alguaciles, y aquestos prenden y matan a quien el principal señor manda que muera de los plebeos; pero si es hombre el que ha de padecer que sea *saco* o *cabra,* no ha de poner en él las manos ninguno de la comunidad o plebeo, sino el señor de todos; y aquél le mata por sus manos con una macana, o le echa una o dos lanzas o varas primero y le hiere, y remítelo a que lo acabe su ejecutor, si de aquel los primeros golpes no le mata; porque aquel principio quel señor dio a la ejecución de la justicia es como desgraduarle y quitarle de ser *cabra* o persona noble.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXIX, cap. XXVI.]

Tienen una costumbre los indios desta provincia de Cueva, ques muy sociable y obligatoria a los comunes con su señor en el comer; y es quel capitán o señor principal, ora sea en el campo o en su asiento y casa, todo lo que hay de comer se le pone delante, y él lo reparte a todos, y manda dar a cada uno lo que le place. Y tiene hombres deputados para que le siembren el maíz y la yuca, y para sus labores del campo, y otros para que le monteen y maten puercos y ciervos y otras salvajinas, y otros que pesquen; y él por su persona algunas veces en todas estas cosas por su placer se ocupa, en tanto que no tiene guerra. Al comer no le sirven hombres, sino mujeres: aquellas comidas que dije de suso, no son con todo el pueblo, cuando el señor reparte la comida; pero con los principales y más señalados y aun algunos otros, estando en el campo, a la continua; y estando en paz, todas las fiestas, y algunos días, aunque no sea fiesta.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXIX, cap. XXVII.]

Armas y guerras

En algunas partes desta tierra son belicosos los indios, y en otras no tanto; no son flecheros, y pelean con macanas y con lanzas luengas y con varas que arrojan, como dardos con estóricas (que son cierta manera de *avientos*) de unos bastones bien labrados, con los cuales arrojan las varas, quedando siempre la estórica en la mano: y ponen la punta de la estórica en la punta de la vara, y sacúdenla muy recia y derecha y lejos, o cerca, bien guiada, como buenos punteros. Algunas varas destas van silbando en el aire, a causa que les hacen cerca del extremo cierta oquedad o poma redonda, y por la oquedad de aquélla y agujeros que tiene, así como la echan y es tocada del aire, así va luego por lo alto con ruido silbando. Y estas tales que silban, usan dellas en las fiestas, cuando bracean por gentileza, y no en la guerra, porque las tales, con aquel sonido o silbato avisan al enemigo, y cuando en la guerra de un real a otro las tiran, o de noche, es como en caso de menosprecio de los contrarios. Hase de entender questa manera de armas se usan en esta provincia de Cueva, y en otras particulares provincias, que son aquellas varas

de palmas negras y de otros árboles de muy buenas maderas, y las puntas delgadas y agudas, que pasan un hombre de parte a parte, si le aciertan por lo hueco. Y algunas hacen de cañas de ciertos carrizos, que son muy derechas y sin nudo alguno, tan gruesas como el menor dedo de la mano o más delgadas, y ligeras y lisas; en las cuales engastan al cabo en lugar de hierro un palmo y medio o dos de otro palo de palma, negra, muy bien labrado y con muchas lenguas; y a algunos ponen huesos de animales y de pescados por hierros, y son enconados. Y las lanzas luengas que usan algunos destos indios, hácenlas asimismo de palmas y de *xagua* y de otras buenas maderas; y traen macanas de una y de dos manos, y en algunas provincias, así como en Esquegua, y Urraca, y Borica, y Paris, tienen lanzas tan luengas o más que picas, de palmas muy recias y hermosas y negras como azabache.

Sus guazábaras o peleas son muchas veces sin propósito; pero no sin darles el diablo causa, porque son gente que aunque tienen diferencias y pasiones un señor con otro, las menos veces son movidos con razón, y las más son voluntarias e inducidos por el tuyra y su tequina, dándoles a entender ques divinamente intentada la guerra que les conseja. Pero entre la gente de un mismo *tiba* o señor pocas veces riñen ni vienen a las armas, ni es así liviana la obediencia que tienen a sus mayores, como la de otras gentes; porque así dispone el cacique o señor o *tiba* de las vidas de sus indios, como entre los cristianos se dispone de las cosas que menos estiman; ni hay pleito ni diferencia entre ellos que dure tercero día la contención, ni más de cuanto el señor la sepa y mande lo que en tal debate se debe hacer, y justo o injusto lo que manda; así se cumple *inmediaté*. Verdad es que como el hurto entre aquesta gente le tienen por el mayor delito que se puede cometer, cada uno tiene licencia de cortar ambas manos y echárselas al cuello colgadas al ladrón que toman dentro en maizal o heredamiento, si sólo una espiga hallan que ha cortado sin licencia de su dueño.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXIX, cap. XXVI.]

Costumbres de guerra y marcha

En las cosas de la guerra he visto desta gente que se precian mucho; y cuando salen en campo, llevan caracoles grandes hechos bocinas, que suenan mucho, y también atambores y muy hermosos penachos, y algunas armaduras de oro en los pechos, y patenas y brazales y otras piezas en las cabezas y otras partes de la persona; y de ninguna manera tanto como en la guerra se precian de parecer gentiles hombres e ir lo más bien aderezados quellos pueden. Destos caracoles grandes se hacen unas contecicas blancas de muchas maneras, y otras coloradas, y otras negras, y otras moradas, y cañuticos de lo mismo: y hacen brazaletes en que con estas cuentas mezclan otras; y olivetas de oro que se ponen en las muñecas y encima de los tobillos y debajo de las rodillas por gentileza: en especial las mujeres, que se precian de sí y son principales, traen todas estas cosas en las partes que he dicho y a las gargantas, y llaman a estos sartales *chaquira* y a las cosas desta manera. Traen asimismo zarcillos de oro en las orejas, y horádanse las narices hecho un agujero entre las ventanas, y cuelgan de allí sobre el labio alto otro zarcillo, o se ponen allí un palillo de oro tan grueso como una péñola de escribir. Algunos indios se trasquilan, puesto que comúnmente ellos y ellas tienen buen cabello muy llano y negro y se precian dello: y las indias lo traen luengo hasta la mitad de las espaldas, y bien cortado igualmente y por encima de las cejas, y en lugar de tijeras tienen navajas de pedernales, que cortan como buenas tijeras.

Dicho tengo que los indios tienen los cascos de la cabeza gruesos, y he mirado en ello muchas veces, y es así verdad, ques cuatro tanto grueso el casco de un indio quel de un cristiano; y así por esto, cuando pelean con ellos los cristianos, tienen aviso en no darles cuchilladas en la cabeza, porque se han visto quebrar muchas espadas, porque demás de ser grueso el casco, es muy recio en sí.

Asimismo he visto y notado destos indios de Cueva, que cuando van a camino y se cansan, conocen que les sobra sangre; y para descansar, ellos mismos se sajan las piernas y los brazos con ciertos pedernales delgados, que traen consigo para este efecto; y algunas veces hacen estas sangrías con colmillos de víboras muy delgados, o con unas cañuelas.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXIX, cap. XXVIII.]

Areitos

Dije en el capítulo XXVI de suso que por la mayor parte los indios desta provincia de Cueva fundan sus empresas sobre una bebedera o areito. Y qué cosa sea este areito largamente se dijo en el libro v, capítulo i; y de aquellas maneras que allí dije y otras muchas que dejé de decir por evitar prolijidad, se usan en esta provincia de Cueva. Y porque, como quedan borrachos, los menos se acuerdan otro día de lo que allí se trató cantando, siempre quedan algunos, como deputados y viejos, que no andan en el baile o areito: con los cuales luego otro día siguiente se comunica el cantar de la noche o día de antes, y lo que allí se ordenó con los capitanes; y lo ponen por obra, como si quedasen obligados por un firme y bastante contrato o juramento y pleitesía inviolable. Y también hay algunos de tan buenas cabezas, que por mucho que beban, no se descuerdan ni caen embriagos. Estos areitos, como en otra parte tengo dicho, son sus letras o memoriales.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXIX, cap. XXVIII.]

Atambores

En los areitos y cantares usan los mismos atambores que dije, de palo huecos en el v libro, y también otros que hacen encorados de cueros de venados y de otros animales: y hácenlos sobre cajas de madera de un pedazo o tronco cóncavo de un árbol, tan gordo y tan grande como lo quieren. Y hacen unos portátiles, que los puede llevar un hombre como un tamborino o atambor, y otros tan grandes que son menester cinco o seis hombres a llevar de una parte a otra: y aquestos tales tiénenlos colgados en la casa del *tiba* o *saco,* y allí los tañen en una de dos maneras. O en los areitos y fiestas y borracheras que hacen, o cuando el cacique quiere por su mano matar algún principal, tañen primero aquel grande atambor, para que se junten todos los del pueblo a ver su justicia, y sirven como de campana de concejo; y primero que lo mate, dice allí sus culpas y delitos el señor, y la causa que tiene para le castigar, y el que padece las otorga, ques aquesto como una satisfacción o cuenta que se da al vulgo, como señor

justo, para que no le tengan por acelerado y malo. Y después de hecho este cumplimiento, dale con una macana en la cabeza uno o dos golpes; y después que ha caído, mándale allí acabar de matar en su presencia por mano de uno de aquellos que allí están presentes, y hácelo echar en el campo a que lo coman aves, y no le dan sepultura a este tal, aunque sea principal. Y aquesta tienen por mayor pena que la misma muerte; porque parece que al tal muerto le privan de la dignidad y mayoría que tenía a los hombres plebeos, pues que en aquella provincia de Cueva, por la mayor parte, no se entierran sino los principales y señores; y toda la gente común, cuando se quiere morir alguno, él mismo se sale al campo y se mete en el arcabuco o bosque, a donde se acaba de morir; y si él no se va, porque no puede, llévanle su mujer e hijos y otros indios a donde él dice que se quiere ir a morir, y déjanle allí una calabaza con agua y algún bollo o mazorcas de maíz, u otra cosa de comer, y no curan más dél; y allí acaba, o se lo come algún tigre u otro animal, o las aves.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXIX, cap. XXIX.]

La familia y el amor

En sus matrimonios hay cosa de notar, así como que ninguno se casa con su madre ni con su hija ni con su hermana, ni han acceso carnal con ellas en estos grados, y en todos los otros sí; y si alguno lo hace en estos grados, no es tenido por bueno, ni les parece bien a los otros indios. El *tiba* o señor principal tiene tantas cuantas mujeres quiere; pero todos los otros sendas, y algunos de los ricos dos y tres, si les puede dar de comer. Y estas mujeres no las toman de lengua y gente extraña, y los señores las procuran de las haber que sean hijas de otros señores, o a lo menos de linaje de hombres principales o *sacos* o *cabras,* y no plebeos, salvo si no es alguna tan bien dispuesta que, como señor, siendo su vasalla, la quiera. El primero hijo que han varón, aquel subcede en el estado; y faltándole hijos, heredan las hijas mayores, y aquéllas casan sus padres con los principales vasallos suyos. Pero si del hijo mayor quedaron hijas y no hijos, no heredan aquéllas, sino los hijos varones de la segunda hija, porque aquélla ya se sabe ques forzosamente de su generación: así quel

hijo de mi hermana indubitadamente es mi sobrino y nieto de mi padre; pero el hijo o hija de mi hermano puédese poner en duda.

Ya tengo dicho en el libro v, capítulo III, que esto asimismo se usó en esta Isla Española; pero lo más común en la sucesión es quedar por señor el que más puede de los que pretenden la herencia, al modo de Turquía, y al modo que ha pasado muchas veces entre cristianos, donde han habido más favor las armas que la justicia, por culpa del tiempo y de las malas conciencias de los hombres.

Algunas veces dejan las mujeres que tienen, y toman otras, y aun las truecan unas por otras o las dan en precio de otras cosas: y siempre le parece que gana en el trueco al que la toma más vieja, así porque tiene más asentado el juicio y le sirve mejor, como porque de las tales tienen menos celos. Esto hacen sin que mucha ocasión preceda, sino la voluntad del uno o de entreambos, en especial cuando ellas no paren; porque cada uno acusa el defecto de la generación ser del otro, y desta causa, si desde a dos años o antes no se hace preñada, presto se acuerdan en el divorcio. Y esta separación se ha de hacer estando la mujer con el mestruo o camisa, porque no haya sospecha que iba preñada del que la repudia, o él la deja.

Comúnmente en la lengua de Cueva son buenas mujeres de sus personas, aunque no faltan otras que de grado se conceden a quien las quiere, y son muy amigas de los cristianos las que con ellos han habido alguna conversación; porque dicen que son amigas de hombres valientes, o ellas son más inclinadas a hombres de esfuerzo que a los cobardes, y conocen la ventaja que hacen a los indios. Y quieren más a los gobernadores y capitanes que a los otros inferiores, y se tienen por más honradas, cuando alguno de los tales las quiere bien. Y si conocen a algún cristiano carnalmente, guárdanle lealtad, si no está mucho tiempo apartado o ausente, porque ellas no tienen fin a ser viudas ni castas religiosas.

También hay en estas mujeres de Cueva algunas que públicamente se dan a quien las quiere, y a las tales llaman *yrachas,* porque por decir mujer dicen *yra;* y la ques de muchos o amancebada dícenla *yracha* (como vocablo *pluraliter* que se extiende a

muchos). Hay otras tan amigas de la libídine, que si se hacen preñadas, toman cierta hierba, con que luego mueven y lanzan la preñez; porque dicen ellas que las viejas han de parir, que ellas no quieren estar ocupadas para dejar sus placeres, ni empreñarse para que en pariendo, se les aflojen las tetas, de las cuales se precian en extremo, y las tienen buenas. Pero cuando paren, se van al río muchas dellas y se lavan la sangre y purgación y luego les cesa; y pocos días dejan de hacer ejercicio en todo, por causa de haber parido: antes se cierran de manera que, según he oído a los que a ellas se dan, son tan estrechas mujeres en ese caso, que con pena de los varones consuman sus apetitos; y las que no han parido, aunque hayan conocido varón, están que parecen casi vírgenes. Dicho he cómo traen sus partes menos honestas cubiertas, pero también en algunas provincias ninguna cosa se cubren. A la mujer, como dije, llaman *yra,* y al hombre *chuy,* pero en la provincia de Abrayme, ques desta gobernación, le llaman *ome* al hombre.

Hay asimismo en esta provincia de Cueva sodomitas abominables, y tienen muchos con quien usan aquel nefando delito, y tráenlos con *naguas* o hábito de mujeres: y sírvense de los tales en todas las cosas y ejercicios que hacen las mujeres, así en hilar como en barrer la casa y en todo lo demás; y éstos no son despreciados ni maltratados por ello, y llámase el paciente *camayoa.* Los tales *camayoas* no se ayuntan a otros hombres sin licencia del que los tiene, y si lo hacen, los matan; y por la mayor parte en este error son los principales, no todos, pero algunos. Estos bellacos pacientes, así como incurren en esta culpa, se ponen sartales y puñetes de cuentas y otras cosas que por arreo usan las mujeres, y no se ocupan en el uso de las armas, ni hacen cosa que los hombres ejerciten, sino como es dicho en las cosas femeniles de las mujeres. Dellas son muy aborrecidos los *camayoas;* pero como son las mujeres muy sujetas a sus maridos, no osan hablar sino pocas veces, o con los cristianos; porque saben que les desplace tan condenado y abominable vicio.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXIX, cap. XXVII.]

Comercio

Son los indios grandes maestros de hacer sal del agua de la mar, y tan diestros que no pienso yo que les hacen ventaja los que en tal ejercicio entienden (en el Dique de Jelanda, cerca de la villa de Mediolburque); porque la de los indios es tan blanca cuanto puede ser la nieve, y es mucho más fuerte y no se deshace tan presto, como la que he dicho. Yo he visto muy bien la una y la otra, y la he visto hacer a los unos y a los otros, y he comido de ambas.

Cuando los indios no tienen guerra, todo su ejercicio es tratar y trocar cuanto tienen unos con otros; y así de unas partes a otras los que viven en las costas de la mar o por los ríos, van en canoas a vender de lo que tienen cumplimiento y abundancia, y a comprar de lo que les falta. Y asimismo tratan por la tierra, y llevan sus cargas a cuestas de sus esclavos: unos llevan sal, otros maíz, otros mantas, otros hamacas, otros algodón hilado o por hilar, otros pescados salados; otros llevan oro (al cual en la lengua de Cueva llaman *yrabra).* En fin, aquello que les falta a los indios es lo que más estiman, y aun algunos venden los propios hijos. Y todas estas cosas y otras se dan unas a trueque de otras, porque no tienen moneda ni cierto precio, y así acaecen en esta manera de cambiar muchos engaños, y que se dan cosas que valen poco, por las que valen mucho más.

En la provincia y puerto del Cenú (que un tiempo fue desta gobernación de Castilla del Oro, y ahora es de la de Cartagena), el año de mil quinientos y quince, fueron allí ciertos capitanes y gente por mandato del gobernador Pedrarias Dávila, y hallaron muchos cestos (del tamaño de aquellos que se llevan de la Montaña y de Vizcaya a Castilla con besugos): los cuales estaban llenos de cigarras y grillos y langostas de las que saltan: y decían los indios que fueron allí presos, que tenían aquellos cestos para llevarlos a otras tierras y partes dentro de la tierra y lejos de la mar, donde no tienen pescado y se estima mucho aquel manjar, para lo comer, y les dan por ello oro y otras cosas, de que esotros tienen penuria y necesidad, con que vuelven cargados a sus casas.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXIX, cap. XXVIII.]

Muerte, enterramientos y sucesión

Pues se ha tratado de las gentes y vidas destos indios de la gobernación de Castilla del Oro, trátese ahora de sus muertes y fin, ques semejante y a la manera de su vivir bestial y de infieles. Y ante todas cosas es de notar, que si un indio o india, por algún descontentamiento que tenga, o sin causa, se determina morir, y dice "morirme quiero", es como verlo hecho, porque así se mueren determinadamente; y aborrecen el comer y todo lo demás que les pueda dar vida, y se secan y desmayan; y ayudándoles a ello el diablo, en breves días se mueren, sin saber ni entender de su dolencia otra cosa, sino que fue su voluntad morirse.

En Panamá y Nata y Pacora, y otras provincias de la lengua de Cueva, en la costa del mar del Sur y por allí cerca, se acostumbra, en muriéndose el cacique (o señor principal), que todos los familiares y domésticos criados y mujeres de su casa, que continuamente le servían, se matan. Porque tienen por opinión, y así se lo tiene dado a entender el diablo (alias *tuyra*) quel que se mata, cuando el cacique muere, que va con él al cielo, y allá le sirve de darle de comer o a beber, y está allá arriba para siempre ejercitando aquel mismo oficio que acá, viviendo, tenía en casa del tal cacique; y quel que aquesto no hace, que cuando muere por otra causa o de su muerte natural, que también muere su ánima como su cuerpo; y que todos los otros indios y vasallos del señor muerto, cuando se mueren, que también se mueren sus ánimas con el cuerpo; y así se acaban y convierten en aire o en no ser cosa alguna (como el puerco o el perro o una ave o el pescado u otra cualquier cosa animada); y que aquesta preeminencia tienen y gozan solamente los criados o familiares que servían al señor o *qeví* o *tiba* principal, en su casa o en algún servicio señalado. Lo cual persuade e induce a tanta codicia a los indios e indias de ser familiares y criados del señor, que les parece, cuando lo alcanzan, que tienen adquirido todo el bien desta y de la otra vida, cuando el señor los recibe y tiene por *naborías (id est,* criados de su casa). Y de aquesta falsa opinión viene que también los que entienden en el sembrar el pan y cogerlo, que por gozar de aquella prerrogativa se matan y hacen enterrar consigo un poco de maíz y una macana pequeña; y dicen los indios que aquello se lleva para que si en el cielo faltare simiente, no le falte aquella poca para principio de su ejercicio, hasta quel

tuyra (que todas estas maldades les da a entender) les provea de más cantidad de simiente.

Esto experimenté yo en las sierras de Guaturo, donde prendí al *tiba* o cacique de aquella provincia, que se había rebelado del servicio de Sus Majestades: y preguntéle que ciertas sepulturas que estaban dentro de un buhío cúyas eran, y dijo que de unos indios que se habían muerto ellos mismos, cuando el cacique viejo, padre deste Guaturo, murió. Y porque muchas veces suelen enterrarse con mucha cantidad de oro labrado, hice abrir dos sepulturas, y hallóse dentro dellos el maíz y macana, que de suso se dijo; y preguntada la causa, el cacique y otros de sus indios dijeron que aquellos que allí habían sido enterrados eran labradores, personas que sabían muy bien sembrar y coger el pan, y eran sus criados y de su padre; y porque no muriesen sus ánimas con los cuerpos, se habían muerto ellos, cuando se murió su padre, el cacique viejo; y tenían aquel maíz y macanas para lo sembrar en el cielo. A lo cual yo le repliqué que mirase cómo el *tuyra* los engañaba, y todo lo que les daba a entender era mentira, pues que aquellos muertos nunca habían llevado el maíz ni la macana y estaba allí podrido, y que ya no valía nada ni habían sembrado nada en el cielo: a esto dijo el cacique, que si no lo habían llevado, sería por haber hallado mucho en el cielo, y así no habría necesidad de aquello. A este error se le dijeron muchas cosas, las que aprovechan poco para sacarlos de sus errores, en especial cuando ya son hombres de edad, según el diablo los tiene ya enlazados. En fin, ellos creen que muerto el cacique, de los indios que se matan por su amor, al uno da el oficio de pincerna o copero, como los poetas dicen de Júpiter y Ganímedes, y otro a otro, y que en la otra vida hacen los oficios que aquí les dio su señor.

El autor destos delitos, que el *tuyra,* de la manera que les parece cuando les habla por su *tequina,* de aquella misma forma le pintan de colores y de muchas maneras; y tal le hacen de oro de relieve, o entallado en madera, muy espantable y feo, y tan diverso como lo suelen acá pintar nuestros pintores a los pies de San Miguel Arcángel o del Apóstol San Bartolomé, o en otra parte, donde más temeroso le quieren figurar. Asimismo cuando el *tuyra* los quiere espantar, promételes el *huracán,* que quiere

decir tempestad o tormenta de agua y viento, la cual hace tan grande que derriba casas y arranca muchos y grandes árboles, y les hace mucho daño en sus heredades y frutos.

Y asimismo en esta gobernación de Castilla del Oro, en algunas partes della, cuando algún señor muere, toman su cuerpo y asiéntanle en una piedra o leño; y en torno del, muy cerca, sin que la brasa ni la llama toque en la carne del difunto, tienen muy gran fuego y muy continuo, tanto que toda la grasa y humedad le sale por las uñas de los pies y de las manos y se va en sudor y se enjuga, de manera quel cuero se junta con los huesos, y toda la pulpa o carne se consume o destila. Y desque así está enjuto, sin lo abrir, ni es menester, lo ponen en cierta parte que para aquello tienen en su casa diputada, junto al cuerpo de su padre del tal cacique, que de la misma manera está puesto: y así, viendo la cantidad y número de los muertos, se conoce qué tantos señores ha habido en aquel Estado, y cuál fue hijo del otro o le sucedió en el señorío, según la orden sucesiva en que están puestos. Bueno es de creer quel que de los caciques murió en alguna batalla de mar o de tierra, y que quedó en parte que los suyos no pudieron tomar su cuerpo y llevarle a su tierra, para lo poner con los otros caciques, que faltaron del número en tales asientos; y para esto allí, do había de ser puesto, está vacuo, y hacen pausa o dejan tanto espacio, como el cuerpo había de ocupar en aquella rengle. Y para suplir la memoria y falta de letras (pues no las tienen), luego hacen que sus hijas y la comunidad y vasallos que mandaba, aprendan y sepan de coro la manera de la muerte de los que murieron. En fin, dicen que no pueden ser allí puestos, y así lo cantan en sus cantares, que los indios llaman *areitos*. Estos caciques así puestos se usa en las provincias de Comogre y Chiman, y en otras partes de la lengua de Cueva.

También tienen otra forma algunos; y es que cuando se muere el cacique, después que está enjuto por el fuego, según es dicho, lo envuelven en cinco o seis mantas o más, y lo echan en una hamaca que está colgada en el aire, y lo ponen en la cámara, donde les parece que está mejor, o donde él acostumbraba a dormir.

La manera de las muertes, que los criados y servidores suyos se dan para matarse, es que juntos, y hecho su areito, y cantan-

do primero la vida y obras de aquel su señor difunto, tienen así puesta una grande *toreba* (que quiere decir olla) y una concha de una hostia [ostra] o un calabacillo o cuello de calabaza, de que se sirven de cuchara, y toman un trago de la ponzoña, o dos, que está en aquella olla; e incontinenti caen muertos, según es grande la potencia de aquel veneno ponzoñoso. Y algunos llevan allí sus hijos pequeños y hacen primero beber aquello a los niños, y desque los ven muertos, se matan a sí mismos de la misma manera, sin que en ninguno haya lágrimas, sino mucho contentamiento de tal fin. Y así se lleva el diablo con cada cacique cuarenta o cincuenta ánimas, y más o menos, de los criados y familiares que le servían.

También en algunas partes se entierran de la forma que se dijo en el libro v, capítulo iii, y sus mujeres con ellos, y tienen esta forma. Muerto el *queví* o señor principal, se juntan todos los señores sus amigos comarcanos dentro de un día, y en el segundo que murió lo entierran; y antes que muera, cuando ven que no puede vivir, se llegan los amigos para celebrar estas obsequias. Hacen un hoyo de doce o quince pies de luengo y otros tantos de ancho, cuadrado, y un poyo a la redonda; y este hoyo es de braza y media o dos estados de hondo, y tienen allí aparejada madera y rama para lo cubrir. Y asientan el cacique difunto en el poyo sobre una manta muy gentil, pintada, en lugar de tapete, y con sus joyas de oro puestas en su persona; y en el espacio cuadrado de en medio deste hoyo ponen algunas calabazas con agua y maíz, y algunas frutas y flores: y luego vienen las mujeres propias del difunto que tenía, no todas, sino las que dellas lo quieren hacer y seguirle, enterrándose con él vivas, muy aderezadas de zarcillos y ajorcas de oro y de sus joyas, y siéntanse a los lados del muerto. Y dura un día o dos el cantar en torno de aquel hoyo a gran multitud de indios e indias, chicos y grandes, recontando las proezas y el esfuerzo, la liberalidad y otras virtudes del muerto, y loando mucho el amor de aquellas mujeres suyas, que con él se quieren ir al cielo y morir allí dentro. Y en este tiempo queste cantar dura, beben los que cantan, y bailan continuamente de rato en rato, porque andan en torno dellos otros hombres dándoles a beber: y también beben aquellas mujeres que están dentro del hoyo y se embeodan, hasta quellas caen sin

sentido del poyo, o se quedan sentadas, sin sentir, embriagadas. Entonces, cuando ellas están tales, atraviesan maderos por encima y fajina y tierra, y échanles mil cargas della acuestas, y así acaban: y a los que cantaban no se les acaba aquel día el vino, y despiertan el siguiente, o cuando se les ha pasado la beodera. Y así se concluye la pompa funeral del diablo en esos sus mortuorios, y aquel mausoleo o sepulcro queda como por un lugar santo y acatado, y ponen en torno hermosas arboledas.

En tanto que lo ques dicho se hace, el hijo que ha de suceder en el Estado está presente hasta que todo está hecho, y luego le dan la norabuena de la sucesión; y los viejos y más ancianos que quedan en su Estado llévanle de los brazos a una cámara, donde ha de dormir, y échanle en una hamaca. Y allí vienen a le dar la obediencia todos sus súbditos, con cargas de presentes de maíz, y aves, y puercos, y venados, y pescados, y cosas de comer de las frutas y de todo lo que hay en la tierra: y le hacen nuevos cantares de placer, y beben, como es dicho, otros dos o tres días. En aquellos cantares le dicen qué caciques y señores, con sus parientes y toda su genealogía, y cuáles eran los amigos y enemigos de su padre, y por qué causas, para lo rectificar en la amistad o enemistad, que con su padre el cacique difunto tenían. Y luego questo es hecho, envía sus mensajeros a los caciques y *quevís* y señores, haciéndoles saber que su padre es muerto, y que como fue su amigo, él lo quiere ser asimismo: y los otros le hacen sus embajadas, ratificando la paz y deudo y amor, y ofreciéndosele, como tales amigos. Y la misma diligencia hacen con sus enemigos, y algunos se reconcilian y quedan por amigos: otros quedan por más enemigos, y prenden o matan tales mensajeros, para que sea más fija y perpetua la guerra entrellos.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXIX, cap. XXXI.]

* Véanse pp. 77-78.

PASCUAL DE ANDAGOYA

(*Valle de Cuartango, Álava, 149... – 1546*)

Hijo del hidalgo Juan Ibáñez de Arza, Pascual de Andagoya es el caso típico del conquistador levantado y hundido repetidas veces por los vaivenes de la inconstante fortuna.

Llegó muy mozo a Tierra Firme, en 1514, con la expedición del gobernador Pedrarias Dávila (la misma en que embarcaron Oviedo y Díaz del Castillo). Casó con una doncella de la esposa del gobernador y mantuvo siempre buena relación con él.

Comenzada ya su fortuna, en 1521, Andagoya es nombrado uno de los regidores de la recién fundada Panamá, y, al año siguiente, obtiene licencia del gobernador para "descubrir". Llega por el Mar del Sur al golfo de San Miguel hacia Levante y al río de San Juan, por los 4 grados de latitud Norte. Entra en la provincia de Cochamá, donde tiene la primera noticia del *Birú* o Perú, y por el interior de aquélla continúa su descubrimiento, subiendo por un río cerca de veinte leguas, donde halla muchos pueblos, con sus señores o caciques. Inválido temporal a consecuencia de un accidente, regresa a Panamá y, de acuerdo con Pedrarias, cede la expedición a los capitanes Francisco Pizarro y Diego de Almagro.

Arrojado más tarde de Panamá por Pedro de los Ríos, se rehace en Santo Domingo. Vuelto a aquella ciudad y prosperando su fortuna como socio de los conquistadores del Perú, lo residencia el licenciado Pedro Vázquez, pero en España obtiene, no sólo la absolución, sino grandes mercedes del emperador. Venido segunda vez a las Indias, pasa por Santo Domingo en 1539 y alcanza nuevamente el Mar del Sur, hasta la bahía que llamó de la Cruz, a cinco leguas de la isla de Palmas, donde funda el puerto y ciudad de Buenaventura. Se interna veinticuatro leguas de la costa hasta el pueblo de Lili o Lile (que después se llamará Cali) y logra salvar la vida a algunos españoles de los Pizarro cercados por los indios en Popayán. Por la gobernación de esta tierra entra en conflicto con Benalcázar (1541). La intervención del presidente Vaca de Castro sólo consigue que, en calidad de preso, regrese a España, a someter su pleito al emperador. Había perdido su gobierno y 50 000 pesos de oro, y tenía deudas por otros 20 000. Arre-

glados sus asuntos lo mejor que puede, retorna a las Indias con el licenciado Pedro de Lagasca, en 1546.

La *Relación de los sucesos de Pedrarias Dávila en las provincias de Tierra Firme o Castilla de Oro, y de lo ocurrido en el descubrimiento de la Mar del Sur y costas de Perú y Nicaragua* contiene sucesos de los años 1514 a 1541. Fue escrita, sin duda, durante la última estancia del Adelantado en España. Visión directa, estilo sencillo, tono sincero, hacen de esta *Relación* un modelo en su género.

"Era Pascual de Andagoya hombre de noble conversación y virtuosa persona, pero falto de ventura o falto de conocimiento... y, en, verdad, él ha bien servido con su persona y cuanto tuvo a Su Majestad", dice Oviedo.

BIBLIOGRAFÍA

Relación de los sucesos de Pedrarias Dávila en las provincias de Tierra Firme o *Castilla del Oro, y de lo ocurrido en el descubrimiento de la Mar del Sur y costas del Perú y Nicaragua.*

1825	Madrid	Navarrete, vol. III, sección tercera. Establecimientos de los españoles en el Darién, Documentos. VII. *Relación...* por el adelantado Pascual de Andagoya.
1945	Buenos Aires	2ª edición de Navarrete.
1949	Madrid	*C. D. R.*, vol. IV – Texto revisado por Cabreiro Blanco.

[CAMINO A DARIÉN]

Indios flecheros y "Sillas del diablo"

En el año 1514 se embarcó en Sevilla Pedrarias de Ávila, que el Rey-Católico, de gloriosa memoria, proveyó por gobernador de tierra-firme, llamada Castilla del Oro, con 19 naos y 1 500 hombres, la más lucida gente que de España ha salido. La primer tierra de Indias que llegó fue a la isla de la Dominica; esta isla tiene un hermoso y grande puerto: es tierra montuosa, alta, de sierras en la mayor parte della: aquí desembarcó con su armada, y quiso saber si había gente en aquella tierra: entrando por ella cierta gente, españoles, toparon con algunos indios flecheros de yerba que andaban por el monte cercando el real, para si se desmandase algún español matarle: es gente belicosa, comen carne humana, andan desnudos ellos y las mujeres en carnes sin ninguna vestidura. Esta isla no se ha podido ganar por ser tan peligrosa la conquista della y poco provechosa.

De aquí, siguiendo su vía para Tierra-firme, llegó a la provincia de Santa Marta, donde desembarcó toda su gente: quiso saber el secreto de la tierra, y entrando cierta capitanía de gente dieron en cierto pueblo, desamparando los indios sus casas; se les tomó algún despojo, y se halló cierta cantidad de oro en una sepultura: la gente desta tierra son casi a la manera de los de la Dominica, son flecheros y de yerba. Aquí se hallaron ciertos paños y las sillas en que se sentaba el demonio, figurado en ellas de la manera que a ellos se les aparecía; y aunque ellos no le adoraban, por ser cosa que se les aparecía y hablaba con ellos, tomaban la figura dél y la ponían en sus paños.

[*Relación,* p. 387.]

Los indios de Acla

Treinta y tantas leguas del Darién había una provincia que se decía Careta, y otras cinco leguas de ella que se dice Acla, en es-

tas dos provincias había dos señores hermanos, y queriendo ser el uno señor de todo tuvieron grandes guerras, de manera que vinieron a darse batalla, donde después Pedrarias pobló un pueblo de cristianos que se dice *Acla,* y antes que hubiese esta batalla tenía otro nombre, porque *acla* en la lengua de aquella tierra quiere decir huesos de hombres o canillas de hombres; y por ser tanta la cantidad de los huesos que allá quedaron quedó el nombre a la provincia de los huesos; y de todos quedaron tan pocos indios, que cuando nosotros llegamos a aquella tierra no hubo en ellos resistencia. Ésta era gente de más policía que la de Santa Marta y de aquella costa, porque las mujeres andaban muy bien vestidas de los pechos abajo con mantas labradas de algodón, y dormían en camas de algodón muy bien labradas: estas vestiduras de las mujeres llegaban hasta cubrirles los pies, y los pechos y los brazos traían sin ninguna vestidura: los hombres traían sus naturas metidas en unos caracoles de la mar de muchos colores muy bien hechos, y con unos cordones asidos del caracol que se ataban por los lomos: con éstos podían correr y andar muy sueltos, sin que por ninguna vía se les pareciese cosa alguna de su natura, salvo los genetivos, que éstos no cabían en el caracol: estos caracoles eran rescates entre ellos para la tierra adentro, porque si no era en esta costa en ninguna otra provincia los había.

[*Relación,* p. 390.]

[TIERRA RASA Y DE SABANAS]

Hacia el Mar del Sur

En este tiempo partió del Darién un capitán que se decía Gaspar de Morales a descubrir la Mar del Sur, y salió a ella enfrente de la isla de las Perlas, y pasó a ella, y el señor della le vino de paz y le dio perlas ricas: éste fue el primero que entró en ella. La primera provincia desde Acla hacia el oeste es Comogre, donde comienza tierra rasa y de sabanas: desde allí adelante era bien poblada, aunque los señores eran pequeños: estaban de dos a dos leguas, y de legua a legua uno de otro. En esta tierra está una provincia que se llama Peruqueta, de una mar a otra, y la isla de las Perlas, y golfo de S. Miguel, y otra provincia, que llama-

mos las Behetrías por no haber en ella ningún señor, se llama Cueva: es toda una gente y de una lengua, vestidos a la manera de los de Acla. Desde esta provincia de Peruqueta hasta Adechame que son cerca de 40 leguas todavía al oeste, se llama la provincia de Coiba, y la lengua es la de Cueva, mas de que difiere solamente en que los hombres no traen los caracoles que los de Cueva, sino sin ninguna cosa andan descubiertos: las mujeres bien aderezadas a manera de las de Acla y Cueva.

Casas y poblados

En estas provincias no había pueblos grandes, sino cada principal tenía en sus tierras tres o cuatro casas o más según era: éstas juntas, y así a vista unas de otras: cada uno donde sembraba allí hacía su casa. Los señores destas provincias eran pequeños, porque había muchos señores; y sobre las pesquerías y monterías tenían grandes diferencias, y se mataban muchos. Ésta es tierra muy hermosa de riberas y campos.

Religión

Había aquí algunos particulares que se hacían maestros, que ellos les llamaban *Tequina,* que les decían que hablaban con el diablo, al cual llamaban en su lengua *Tuira,* y éste tenía una choza muy pequeña sin puerta y por arriba sin ninguna cobija, y éste se metía allí de noche y hacía que hablaba con el diablo, y mudaba muchas maneras y tonos de hablar, y, decía al señor lo que a él placía, diciendo que el diablo le respondía aquello. En estas provincias había brujas y brujos que hacían mucho daño en las criaturas, y aún en la gente mayor por inducimiento del diablo, y traíales el diablo sus unciones con que se untaban, las cuales eran de ciertas yerbas. Y averiguado de la manera que el diablo se les aparecía era en manera de niño hermoso, porque esta gente siendo simple no se espantasen dél y le creyesen, y las manos no se las veían y en los pies tenía tres uñas a manera de grifo; y a todo el daño que habían de hacer las brujas él las acompañaba y entraba con ellas en la casa que le habían de hacer. Finalmente pareció por información que yo hice con las bru-

jas, esto y otras muchas cosas, y que se untaban con la unción que les daba el enemigo, y les parecía que iban en cuerpo y en alma. Pero averiguóse que una bruja una noche estaba en un pueblo con otras muchas mujeres, y aquella misma hora la vieron en una estancia donde había gente de su señor, legua y media de allí.

Queriendo saber destas gentes que si tenían alguna noticia de Dios, se halló que tenían noticia del Diluvio de Noé, y que se escapó en una canoa con su mujer e hijos, y que después se había multiplicado el mundo de éstos; y que había en el cielo un Señor que ellos le llaman *Chipiripa,* y que hacía llover y las otras cosas que del cielo bajaban. Del principio desta gente no se tiene noticia ni ellos la saben dar, mas de que son naturales de allí. Hubo una lengua mujer principal desta tierra que dijo, que también tenían noticia entre los señores (porque estas cosas la gente común no trata ni habla dellas) que en el cielo había una mujer muy linda con un niño, y no pasan de allí.

Ley moral

Ninguna ceremonia ni adoración tienen en esta tierra mas de vivir en ley de naturaleza, guardando el no matar ni hurtar, ni tomar la mujer ajena: testimonio no saben que es; pero tienen por muy malo el mentir. De las mujeres principales de sus padres, y hermanas o hijas guardan que no las tomen por mujeres, porque lo tienen por malo.

[*Relación,* p. 395.]

Gobierno

Los señores en su lengua se llamaban *Tibaj* y los principales, que eran de linaje, se llamaban *Piraraylos,* que por valientes hombres ganaban nombradía en la guerra; y si había muerto alguno, o él hubiese salido herido de la batalla, por honrarlos el señor les daba casa y servicio, y por título les ponía nombre *Cabra:* vivían en mucha justicia, en ley de naturaleza, sin ninguna ceremonia ni adoración. En estas provincias juzgaban los señores en persona los pleitos, y para esto ningún juez otro había,

mas de alguaciles que iban a prender; y la manera de su juzgar era: que parecían las partes, y allí habían de decir lo que pasaba en el caso, y sin información de testigos, teniendo por cierto que las partes le habían de decir verdad (porque el que mentía al señor luego moría por ello), determinaba el pleito, y no había de haber más altercación sobre ello. En estas provincias no tenían los señores rentas ni tributos de sus súbditos, salvo el servicio personal, que todas las veces que el señor tenía necesidad de hacer casas o sementeras, o pesquerías o guerra, todos habían de ir a hacerla, sin que por ello les diese cosa alguna mas de que por fiesta les daba a beber y a comer, y así los señores ni tenían nada de los vasallos ni les faltaba nada: eran temidos y queridos, y el oro que ellos tenían o era de rescates o que en las minas se le cavaban los indios: tenían leyes y constituciones puestas, que el que matase que muriese por ello, y el que hurtase lo mismo: otras fuerzas ni agravios entre ellos no se osaban hacer.

Familia

Tenían matrimonio que tomaban una mujer, con la cual se hacía fiesta el día de su casamiento, que se juntaban todos los parientes de ella, y ésta había de ser de las principales de la tierra, y hacían gran convite de beber, y los padres la traían y la entregaban al señor o al que había de ser su marido; y los hijos desta eran los que heredaban el señorío o la casa. Tomaban otras muchas mujeres los señores sin esta ceremonia, que residían y estaban con la mujer principal, la cual por ninguna maneta las había de pedir celos ni tratar mal, mas de que las mandaba y la obedecían como a señora. Los hijos destas se tenían por bastardos, y no heredaban ninguna cosa de los padres. Con los de la mujer principal, mas de los que heredaban la casa los tenían y mantenían como hijos de aquella casa: estas mujeres se habían de guardar unas a otras so pena de muerte. La sodomía tenían por mala, y vituperaban al que en ella tocaba, y así eran limpios de este pecado.

Funerales de los señores

A las mujeres principales de los señores, de quien sus hijos heredan los señoríos, llaman *bespobe* por título, demás del nombre propio, como quien dice condesa o marquesa. Había en esta tierra una costumbre, que cuando moría un señor, las mujeres que presumían que le querían más, de su propia voluntad se enterraban con el marido, diciendo que iban con él a le servir; y esto había muchas que lo rehusaban y si el señor las señalaba, aunque no quisiesen habían de morir; éstas eran de las mancebas, que no eran de las legítimas señoras: cuando morían los señores, los vestían las armas de oro que tenían y envueltos en muchas mantas de las mejores que tenían; y el hijo heredero, que ya era señor, con toda la casa de su padre y principales de la tierra se juntaban aquel día, y colgaban al señor con unos cordeles medio estado, y ponían a la redonda dél muchos braseros de carbón que con el calor del fuego se enjugase y se derritiese, y debajo del cuerpo tenían otras dos vasijas de barro en que caía la grasa del cuerpo, y después que estaba enjuto lo colgaban en su palacio: todo el tiempo que estaba en enjugarse, de noche y de día había en el palacio, donde le tenían, doce hombres de los principales sentados a la redonda del cuerpo, algo apartados, vestidos con unas mantas negras que les tapan desde la cabeza hasta los pies, cubiertas las caras con ellas y todo el cuerpo: ninguna otra gente entraba donde éstos estaban con el muerto. Éstos tenían allí un atabal que hacía una voz ronca, y uno dellos de rato en rato daba ciertos golpes en el atabal a manera de duelo, y acabando de dar estos golpes éste que tañía, comenzaba una manera como de responso aquel tono, y todos los otros con él, en que estaban en esto gran rato con mucho duelo, y tapadas las caras como digo: y acabando aquellos responsos, a la hora de dos horas después de media noche, velando toda la gente de la casa, dieron tan gran grita y alarido, que yo y los que estábamos allí saltamos de las camas a las armas, no pudiendo saber qué cosa fuese, y dende a rato callaron todos en mucho silencio, y los del luto y atabal tornó a tañer como quien dobla, y luego comenzaban a reír y a beber; salvo los doce, que éstos de noche y de día no se quitaban de alrededor del muerto, y si alguno había de salir fuera a hacer aguas salían tapados todos las caras y las cabezas hasta los pies. Yo me hallé, como digo, a un entierro de un señor, que se decía Pocorosa, que era en la provincia de Cue-

va: queriendo saber por qué hacían aquello, dijeron que porque era costumbre, y que en aquellas horas que parecía que rezaban, era la historia de aquel señor. Dende un año aquel día que moría, le hacían su cabo de año, en que se juntaban en aquel mismo día y hacían su fiesta, y traían en presencia del cuerpo todos los manjares que solía comer, y las armas conque solía pelear, y las canoas en que solía navegar la figura dellas hechas de palo chiquitas; y hecho presente allí el cuerpo le sacaban a una plaza que allí tenían limpia, y las quemaban hasta que fuesen ceniza, diciendo que aquel humo iba donde estaba el ánima de aquel difunto: queriendo saber dónde estaba, decían que no sabían más de que estaba en el cielo, y que en el humo iba allá: y estos cabos de año hacen ellos continuo por los difuntos, como sea principal o persona que lo pueda hacer, porque en ello gastan mucho en comer y beber.

Armas, guerras y cacerías

En estas provincias tienen por armas tiraderas y macanas: la gente era belicosa, porque siempre tenían guerra unos señores con otros sobre términos. En estas provincias hay muchos venados y puercos diferentes de los de España que andan en grandes manadas: no tienen cola ni gruñen aunque los maten, tienen encima del espinazo uno como ombligo. Los señores tenían sus cotos donde al verano iban a caza de venados, y ponían fuego a la parte del viento, y como la yerba es grande, el fuego se hacía mucho, y los indios estaban puestos en parada donde había de ir a parar el fuego; y los venados como iban recogidos huyendo y ciegos del humo, el mismo fuego los llevaba a dar donde estaban los indios con sus tiraderas con hierros de pedernal, y pocos se escapaban de los que venían huyendo del fuego. Otra caza no hay en aquellas provincias si no es de volatería, que ésta hay mucha, de dos maneras de pavas y faisanes y tórtolas, y otras muchas maneras de aves: hay leones y tigres que hacían daño en la gente, y por ellos tenían las casas muy cercadas y cerradas de noche. Hay en los ríos grandes pesquerías de muy buenos pescados: las arboledas tienen todo el año hoja verde, y muy pocos árboles llevan fruta, y con la que llevan se mantienen. Los

gatos de tres o cuatro maneras. Hay unas sabandijas menores que zorras que entran en las casas a comer las gallinas, y a un lado del cuerpo traen una bolsa en que meten los hijos, y esto continuo los traen consigo siendo chiquitos, y aunque que corran y salten no se les puede caer, ni se les parece si no matan las madres, que se abre la bolsa.

[*Relación,* pp. 391-396.]

[EXPLORANDO AL NORTE Y AL SUR]

Hacia Nicaragua: Provincias de Huista y Burica

Poblada Panamá aquel año (1519), envió el gobernador en los navíos al licenciado Espinosa por capitán, con la gente que en ellos cupo al poniente: y el licenciado llegó a la provincia de Burica, que es en la costa de Nicaragua, ciento y tantas leguas de Panamá, y de allí dio la vuelta por tierra, y un navío envió a descubrir y llegó al golfo que dicen de Sanlúcar, que es la primera tierra de Nicaragua, y de allí trajo la noticia de lo que era la tierra; y el dicho licenciado viniendo por tierra la vuelta de Panamá desde aquella provincia de Burica, vino tomando la más gente que podía hasta la provincia de Huista, donde estuvo cierto tiempo recogiendo maíz en los navíos y enviando a Panamá, porque había necesidad grande, y por haber poco que era poblado.

La gente desta provincia y la de Burica, hasta allí, eran casi todos de una manera en el traje y costumbres: era gente ajudiada, y las mujeres traían por vestidura un braguero con que tapaban sus vergüenzas, y los hombres desnudos: es tierra fértil de mucha pesquería y gran cantidad de puercos de la tierra, y para los cazar tenían grandes redes de uno como cáñamo, que se dice *nequen,* tan gruesas las mallas, como el dedo y grandes: armaban esta red a la salida de un monte donde sentían la manada de los puercos, los cuales traían con ojeo a dar a la red, y llegando cerca los aquejaba mucho la gente y daban todos en la red, y como metían las cabezas y no podían sacar el cuerpo caía la red sobre

ellos y a lanzadas los mataban que no se les escapaba ninguno de los que caían en ella.

Y salidos desta provincia la vuelta de Panamá la tierra adentro, llegamos a una provincia de serranías, tierra fría, donde hallamos los montes de muy hermosas encinas cargadas de bellota. Había tres o cuatro señores en esta provincia, gente belicosa: tenían muy fortalecidos los pueblos de cavas y palenques de unos cardos muy fuertes espinosos, entretejidos, que hacían una pared muy recia, y siempre por todas estas tierras atando y prendiendo indios; y desde Burica hasta esta provincia, que se dice Tobreytrota, casi que cada señor es diferente de lengua uno de otro.

Desde aquí tornando a bajar cerca de la mar, venimos a la provincia de Nata, donde se pobló el pueblo que ahora dicen Nata, que se puso por nombre Santiago, está 30 leguas de Panamá. Ésta era una provincia bien poblada, y de muy buena gente, grandes labradores. El señor desta tierra siempre traía guarnición de gente de guerra contra sus comarcanos: tenía por contrario a un señor que se decía Escoria, que tenía sus poblaciones en un río grande ocho leguas de Meta. Aquí había muy grandes y hermosas salinas, que se hacen naturales de agua que entra de la mar en ciertas lagunas con la creciente de aguas vivas, y allí se cuaja de verano. Ésta es lengua por sí. Y ocho leguas de allí hacia Panamá está otro señor que se dice Chiru, lengua diferente, aunque la gente y manera y traje y vivir es toda una. Siete leguas de Chiru, hacia Panamá, está la provincia de Chame: es el remate de la lengua de Coiba.

[*Relación,* p. 399.]

A la entrada del Perú

En el año de 1522, siendo visitador general de los indios, salí yo de Panamá a visitar la tierra a la vuelta del este, y llegado al golfo de S. Miguel, pasé a visitar una provincia que se decía Chochama, bien poblada de gente y lengua de los de Cueva. Aquí supe cómo por la mar venían cierta gente en canoas a hacerles guerra todas las lunas llenas, y tenían tanto miedo de aquella gente los de aquella provincia, que no osaban ir a la mar

a pescar: éstos eran de una provincia que se dice Birú, donde corrompido el nombre se llamó Pirú. Toda la tierra de allí adelante era gente crecida y belicosa.

Pidiéndome favor este Chochama para defenderse dellos, y por descubrir lo que había de allí adelante, que hasta entonces no se había descubierto, envié a Panamá a hacer más gente de la que tenía; y venida, tomando aquel señor y las lenguas y guías que él tenía, caminé seis o siete días hasta llegar a aquella provincia que se dice Birú y subí un río grande arriba cerca de 20 leguas, donde hallé muchos señores y pueblos, y en la frontera una fortaleza a la junta de dos ríos muy fuerte y gente guardándola de guarnición, y puestas las mujeres y hacienda en salvo la defendían bravamente. En fin entrando en lo alto della, fueron presto desbaratados, porque ellos peleaban con paveses que los tomaban todo el cuerpo y lanzas cortas, y como el sitio era pequeño y a los primeros encuentros se mezclaban con los españoles y con espadas y rodelas, fácilmente fueron desbaratados: ésta es una provincia muy poblada, y llega hasta donde ahora está poblada la ciudad de San Juan que serán hasta 50 leguas.

Desbaratada esta gente y tomada esta fortaleza, no osaron más ponerse en armas: tratose con ellos toda verdad, y con ésta vinieron algunos señores de paz, y hechos los autos y ceremonias que se requerían para darse por vasallos de S. M., vinieron otros y se pacificaron siete señores muy principales, en que el uno era de todos ellos y de otros muchos como rey, a quien todos tenían reconocimiento.

En esta provincia supe y hube relación así de los señores como mercaderes e intérpretes que ellos tenían, de toda la costa de todo lo que después se ha visto hasta el Cuzco, particularmente de cada provincia la manera y gente della, porque éstos alcanzaban por vía de mercaduría mucha tierra: tomando destos intérpretes y el señor principal de la tierra, que quiso de su voluntad irme a enseñar otras provincias de la costa que a él le obedecían, bajé a la mar: y corriendo la costa los navíos apartados algo de tierra, y yo en una canoa descubriendo los puertos en ella, me anegué de manera que si no fuera por el señor que llevaba conmigo, que me tomó en brazos y me echó encima de la canoa, yo me ahogaba, y así estuve hasta que vino un navío a me socorrer,

y puesto en él estuve entretanto que socorrieron a los demás más de dos horas mojado; y con un aire frío y mucha agua que había bebido, amanecí otro día tullido que no podía rodearme.

Visto que yo no podía en persona andar en el descubrimiento de la costa, y que me perdería la jornada, acordé de volver a Panamá con el señor e intérpretes que llevaba y relaciones que tenía de toda la tierra. Esta tierra nunca había sido descubierta ni por Castilla ni por tierra del golfo de S. Miguel adelante, y desta provincia se tomó el nombre del Pirú, que de Birú se corrompió la letra y la llamamos Pirú, que deste nombre no hay ninguna tierra.

[*Relación,* p. 411.]

Del valle de Popayán y tierra de Lili

Este valle y tierra de Popayán, como tengo dicho, es muy hermoso y fértil: los mantenimientos de aquellas provincias son maíz y unas raíces que llaman allí *papas,* que son como una castaña de hechura de una nuez y otras raíces que saben a nabos, y frutas muchas que tienen, y todo su mantenimiento principal es el vino que del maíz hacen en aquella tierra, que es de un maíz que llaman *niorocho,* menudito y muy duro, que se coge a dos meses después de sembrado, y deste hacen pan muy bueno, y vino y miel, y aceite y vinagre.

En todas estas provincias que tenemos dichas de esta gobernación tienen estos mantenimientos, y en algunas tienen yuca y ages; y en esta provincia de Lili no comen el maíz hecho pan sino tostado o cocido, no embargante que tienen piedras en que lo muelen: hacen la chicha y ven comer a sus vecinos, que son los de Atunceta, en bollos hechos del maíz de pan en masa, y así son de más fuerzas éstos que no los de Lili.

Tienen estas provincias la costumbre que en las de Coiba y Cueva en hacer sus fiestas y cabos de años por sus difuntos, en las cuales fiestas se juntaban los de un pueblo con otro, o de un señor con otro siendo amigos, y hacían su fiesta de beber y comer como se hace acá, y después de comer a la tarde salían a jugar a las cañas, saliendo un principal con 50 o 30, y el otro con otros tantos a otra, todos con sus rodelas muy bien hechas y

pintadas, y sus tiraderas, que son las armas que en aquella tierra traen, y puestos en su puesto salían a escaramuzar como acá salen los jinetes, y se ponían en sus ventajas, y se tiraban como enemigos; y desta manera escaramuzando, entrando y saliendo escaramuzando estaban toda la tarde, y del juego salían heridos muchos y algunos muertos: y al que allí mataban no tenían pena ni les quedaba enemistad.

Halláronse en las casas principales del señor de esta provincia de Lili, en alto tanto como tres o cuatro estados dentro de la casa a la redonda de la principal sala, puestos en cantidad de 400 hombres o los que cabían en aquella sala, desollados y llenos de ceniza, y sin que les faltase figura ninguna y sentados en una silla juntos unos con otros con las armas con que los prendían puestas en las manos, como si estuviesen vivos; y a éstos que así prendían y mataban los comía la gente de guerra por victoria.

[*Relación,* p. 435.]

RODRIGO DE BASTIDAS

(*Sevilla, 1498 – Santo Domingo, 1570*)

El Rodrigo de Bastidas que aquí nos interesa fue hijo de aquel otro de los mismos nombres, gobernador de Santa Marta, que murió como resultado de una conjura de sus oficiales (1525). Su gente era insubordinada y, traspasando los linderos de Santa Marta, había invadido y depredado tierras del gobierno de Cartagena. En vista de ello, Fernández de Oviedo, nombrado para aquel gobierno, lo renunció desde Panamá antes de posesionarse de él. Por la amistosa presión que ejerció sobre él la virreina doña María de Toledo, madre del almirante Diego Colón, Oviedo desistió de reclamar al hijo heredero del gobernador Bastidas los daños y perjuicios que le debía.

Por lo demás, las relaciones entre el cronista y el segundo Rodrigo de Bastidas fueron de la mayor cordialidad. Ambos vivían en Santo Domingo, donde Bastidas era canónigo deán desde 1521. Años después, 1532, fue nombrado primer obispo de Venezuela, con sede en Coro.

El obispo De Bastidas tenía poderes reales para que en defecto o ausencia del gobernador de Venezuela (que era un representante de la casa Welser, de Augsburgo) gobernara o proveyera lo conveniente. Dos veces tuvo que usar de estas facultades: en 1534, al desaparecer en campaña el gobernador Alfredo Alfinger, y seis años más tarde, al morir Jorge Hohermuth o de Spira. El primer viaje duró seis meses; el segundo, poco más de un año.

A fines de noviembre de 1540 salió de Santo Domingo el obispo De Bastidas con más de ciento cincuenta hombres y ciento veinte caballos. Llegado a Coro, nombró capitán general interino a Felipe de Hutten, hasta que el emperador, a solicitud de los Welser, proveyese o confirmase. Partida ya la expedición de Hutten para proseguir el descubrimiento y conquista, el obispo dejó como su teniente de gobernador al caballero Diego de Buiza y regresó a Santo Domingo en enero de 1542.

Otras dos veces, sin estas exigencias políticas, Rodrigo de Bastidas había ya visitado a sus diocesanos. Conocía bien la tierra y los pueblos de Venezuela. A él acude Oviedo como a la fuente de información más segura. "Preguntando yo —escribe— a un testigo de vista, tan reverendo y sabio y de tanta autoridad como es el señor obispo don Rodrigo de Bastidas, las cosas de los indios de la provincia de Venezuela, y sabiéndolo él tan bien como pastor de aquellas ánimas, así en sus ritos y ceremonias como en la fertilidad de la tierra y otras particularidades, me dijo lo que en este capítulo diré."

Durante su última estancia en Venezuela Bastidas fue nombrado obispo de San Juan de Puerto Rico. Tomó posesión en el mismo año de 1542, pero menudeando y prolongando sus estancias en Santo Domingo, para velar por su patrimonio, Felipe II le conminó, en 1567, a residir en su diócesis. Bastidas, a pretexto de su edad avanzada, renunció, pasando en Santo Domingo los últimos años de su vida.

BIBLIOGRAFÍA

Véase la de Fernández de Oviedo en cuya *Historia general,* lib. XXV, cap. XXII se contiene la Relación de Bastidas.

[DE LOS NATURALES DE VENEZUELA Y SUS COSTUMBRES]

Acostumbran los indios en aquella tierra, algunos días antes que vayan a la guerra, o cuando han de sacrificar o hacer alguna cosa de las quellos tienen por de mucha importancia, ayunar ciertos días arreo continuados, y con mucha dieta, y todo el día entero sin comer ni beber cosa alguna: y cuando hacen colación, es muy poca cosa y una mazmorra ques como una poleadas o puchecilla o atalvina poco espesa y de poca sustancia. Y así cuando acaban aquellos días, quedan muy flacos y descoloridos, y con necesidad de ser bien proveídos y sostenidos, para restaurar sus personas en el estado primero. Y este ayuno, así como le hace el indio, le hacen juntamente sus mujeres e hijos y todos los de su casa, si no son de tan poca edad que no lo pueden hacer por niños; pero después que conocen mujeres y se ayuntan por matrimonio o sin él, todos aquellos y aquellas que son suficientes para casarse, lo son para ayunar; y así ayunan sin romper el ayuno ni otra ceremonia alguna de las que esa gente usa, que son muchas, y las guardan muy enteramente.

Estos indios e indias son de la color y estatura de los destas islas, y de la manera que en otras partes lo memoran estas historias; y nunca se cortan el cabello ni las uñas de las manos ni de los pies. Y es gente bien templada y de buenas fuerzas; pero naturalmente sucios y mal inclinados.

Los que son varones, traen el miembro viril metido en un calabacito cerrado o cuello de calabaza, y con un cordón ceñido le tienen y cubren aquella parte más deshonesta de su persona; pero los otros quedan descubiertos y al aire.

Las mujeres traen unas bragas, que es una mantilleja o trapo de algodón tan ancho como dos palmos, y más o menos, prendido en una cuerda que se ciñen: y aquel trapo baja sobre las nalgas, y métenlo entre las piernas, y súbenlo a prender en la misma cintura. Así que tapa sus vergüenzas y el vientre, y todo lo restante del cuerpo es desnudo; pero las mujeres que son donce-

llas y no han conocido varón, y para que se conozca su virginidad, hacen así. Traen las bragas, como las otras mujeres, y échanse al cuello una cuerda, y los cabos della tómanlos adelante y crúzanlos en la boca del estómago, y desde allí el uno va a se atar al hilo de la cintura en el lado izquierdo o cadera, y el otro en la otra cadera e hilo mismo de la cintura: así que, el que vino desde el hombro derecho, se ata en la parte siniestra, y el del hombro siniestro en la parte o cadera derecha. Y ponen otro hilo por detrás atado al cuello (digo en el hilo que es dicho), y baja derecho por la canal de las espaldas, y atájase en el hilo de la cintura ques dicho, en que anda aquella su braga; y es tan cierta señal de ser virgen la moza o mujer que esta insignia trae, que indubitadamente ninguna otra lo trae, y más segura prenda de la pudicia de aquella gente bestial, que la que entre los cristianos y otras naciones de Europa ni de Asia y de África fingen las que doncellas se llaman. Y por ser mejor entendido he querido pintar estas mujeres o doncellas vírgenes, pues que por nuestros pecados más fiel guarda son estos hilos destas indias para su abono, que en nuestra Europa las clausuras y porteros que algunas mujeres muy estimadas tienen. Y éstas de acá, andándose por el campo y siendo su propia voluntad su guarda, basta este hilo ques dicho para conservar su honra y crédito, y por ninguna manera se le osaría poner mujer que corrupta fuese.

Otra costumbre tienen aquestas gentes en su militar disciplina. Los hombres que son tenidos por hombres principales y del número de los nobles, y que son apartados del vulgo, o que de grado en grado van haciéndose nobles, así como entre nosotros en España y en otras muchas partes que por hechos señalados por sus proezas y esfuerzo suben a hidalguía y nobleza y otros títulos, estos indios usan unas pinturas en sus mismas carnes, cortando y pintando con tinta negra tales cortaduras y figuras, así como los africanos y otras naciones lo hacen. Pero así como los de África lo hacen para bien parecer, en especial mujeres de Mauritania, acá los hombres, y más hombres que otros, se pintan comenzando desde la punta de los dedos hasta las muñecas, y desde allí hasta el codo, y desde el codo al hombro, y después desde la cinta al estómago, y desde el estómago a las tetas, y desde allí a la garganta, y desde la garganta a la boca, y desde la

boca hasta los ojos, y desde los ojos hasta la frente. Y como desde allí arriba no hay más que pintar, el otro grado superior es traer un pedazo de piel de tigre en la frente alrededor; y llegado a este término de nobleza, el otro grado ques mayor quel pellejo del tigre y de todos los dichos, es traer un collar de huesos de hombres muertos; y el que ya tiene aquesto, está en la cumbre militar. Así que, desde el principio desas pinturas van de grado en grado como he dicho, aumentando su hidalguía y nobleza; y ninguno tiene necesidad ni atrevimiento de se anticipar ni pintar en esos grados, sino precediendo la orden general ques dicho, como quien dijese de pechero a libre, y de libre a hidalgo exento, y de hidalgo a caballero, y de caballero a conde o marqués, y de marqués a duque, y de duque a príncipe, etcétera. Y el indio que anda ya pintado en la misma cara o más alto en la frente, o trae pellejo de tigre, o los huesos ques dicho, es como un valiente capitán o como un Viriato, o como un otro conde Fernán González, o el Cid Ruy Díaz.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXV, cap. XXII.]

GONZALO XIMÉNEZ DE QUESADA

(*Granada, España, 1496 – Mariquita, Nueva Granada, 1579*)

El licenciado Gonzalo Ximénez de Quesada merece el título de descubridor y conquistador del Nuevo Reino de Granada. Como teniente del adelantado de Tenerife Pedro Hernández de Lugo, recién nombrado gobernador de Santa Marta, y por su orden, Ximénez de Quesada emprende el descubrimiento aguas arriba del Magdalena (Río Grande). La expedición, que sale el día 5 de mayo de 1536, cumplido su cometido sigue adelante hacia las tierras altas, explorando y conquistando Bogotá (donde funda la ciudad de Santa Fe), Tunja, etcétera, en la fascinante búsqueda de yacimientos de oro y de esmeraldas. En Cundinamarca se encuentran casualmente las fuerzas de Quesada con las de Belalcázar, llegadas del Perú, y las del alemán Federmann, gobernador de Venezuela.

A la muerte de Pedro de Lugo, su teniente de gobernador regresa a España (1539). Es quizá la hora de defenderse; en todo caso, la de encarecer sus méritos. Cuando el poco recomendable Alonso Luis de Lugo recibe por merced real los mismos cargos que ejerció su padre, Ximénez de Quesada intenta comprarle la gobernatura de Santa Marta, pero no hay acuerdo. Por fin, en 1542, Carlos V recompensa al conquistador sus trabajos y servicios. Vuelto a la tierra a la cual había dado nombre de su natal Granada, Gonzalo Ximénez de Quesada terminará allí su larga y fructuosa vida.

No sólo abundantes riquezas en oro y esmeraldas había ganado en su conquista Ximénez de Quesada. Hombre observador, espíritu curioso y despierto, se dio cuenta del país y de los hombres con quienes trabó contacto. Por suerte no confió al recuerdo, que el tiempo deforma, el fruto de su experiencia; sino que, sea para poder justificar en todo momento su conducta en la delicada empresa que le fue encomendada, sea por otro motivo, había escrito una detallada *Relación* de su descubrimiento y conquista.

Cuando en el año de 1546 Fernández de Oviedo regresa por quinta vez a España, conoce personalmente a Quesada, "hombre honrado y de gentil entendimiento, y bien hábil". Muchas veces platicaron en Madrid y en Valladolid, en la corte del príncipe Felipe. Quesada prestó a Oviedo "un gran cuaderno" con su *Relación*. El cronista, que "lo tuvo mucho tiempo en su poder", sacó de él, entre otras cosas, la materia de los capítulos que aquí se insertan.

A juicio de Pedro Henríquez Ureña, entre los conquistadores era Ximénez de Quesada uno de los más grandes amigos de las letras. Aferrado, sin embargo, a los moldes tradicionales, recibió con mucho desagrado la adopción del endecasílabo italiano en España, de que tuvo noticia hallándose en la Nueva Granada. Así lo atestigua Juan de Castellanos.

BIBLIOGRAFÍA

Véase la de Fernández de Oviedo, en cuya *Historia general,* lib. XXVI, caps. XXX-XXXI, se contiene la Relación de Ximénez de Quesada.

[TUNJA, BOGOTÁ Y OTRAS TIERRAS DEL NUEVO REINO DE GRANADA]

Los señores

Es la tierra toda allí divida en provincias y valles, y cada señor tiene su valle, y el valle y el señor un mismo nombre; y es señor según su calidad. Hay señor de diez mil vasallos, y tal que tiene veinte mil, y otros de a treinta mil; y tiene cada uno sus poblaciones derramadas por sus vasallos y territorios, de diez, de veinte, de treinta, de ciento, y más y menos casas cada pueblo, como es la disposición y más fertilidad de la tierra.

Esas provincias tenían dos señores, a quien todos los otros obedecían, y así estos dos eran mucho mayores que los otros, y tenían partidas cada uno su provincia, porque el señor de la provincia de Tunja tenía muchos vasallos y grandes señores que le eran sujetos en todos aquellos valles, que son inclusos en su provincia y señorío.

El señor de la provincia de Bogotá tenía asimismo otros muchos y en más cantidad, porque es mayor señor Bogotá que Tunja. Puede sacar en campo más de cien mil hombres de pelea, lo cual no puede hacer Tunja, que tiene más de treinta o cuarenta mil hombres menos. Es gente la una y la otra de buenas disposiciones: precian el oro y las piedras preciosas mucho más que los cristianos. Sírvense del oro en joyas y aderezos para sus personas, y para sus armas, y para otras cosas muchas, como es ofreciéndolo a sus templos y componiendo sus ídolos y adornando sus muertos; y lo mismo se sirven de las esmeraldas que tienen. Sacan el oro de las minas que hay en aquellas partes, y las esmeraldas en donde ya está dicho, y en otras minas que hay dellas en el señorío del cacique Somindoco. Sus moradas son casas de madera, cubiertas de paja a dos aguas: hay chicas, grandes y mayores, según la calidad del morador o señor de la casa, y las muy principales es cada una como un alcázar cercado y con muchos aposentos dentro, y es cosa mucho de ver la pintura y pulidos

primores de los tales edificios, y los patios y otras particularidades. No se saben sentar los hombres ni las mujeres sino en el suelo y en algunos asientos bajos de madera o sobre mantas, y esto pocos lo hacen y en pocas partes se usa.

No hablan los indios con su señor cara a cara, sino vueltas las espaldas hacia el señor. Entran donde está vueltas asimismo las espaldas a reculas: y si entran cara a cara, es bajando mucho las cabezas, tanto que parece que van a gatas; y cuando llega cerca para hablar a su señor, vuélvele las espaldas, porque en ninguna manera ha de hablar cara a cara. Y esto que hacen los vasallos con sus señores, lo mismo hacen los señores con su principal; y por esto decían los indios que los cristianos eran muy desvergonzados, por que hablaban con el licenciado Gonzalo Ximénez cara a cara a mirándole.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXVI, cap. XXX.]

Alimentos y comercio

Cogen maíz, el cual siembran una vez en el año. (En la provincia de los indios que llaman Panches, hay tres cosechas en el año, porque no se agosta la tierra, como en el nuevo reino.) El pan suyo es el maíz y muélenlo en piedras a brazos: tienen yuca de la buena que no mata, como la de nuestras islas, y cómenla como zanahorias asadas, y hacen cazabi, si quieren, della. Hay unas turmas de tierra que siembran y cogen en mucha cantidad, y asimismo hay otro mantenimiento que se llama *cubia* que parece nabos, siendo cocidos, y rábanos si lo comen crudo, de que asimismo hay gran abundancia. Tienen muchos venados que comen, y hay cories innumerables que comen todas las veces que quieren. Pescado hay poco, y en la provincia de Tunja ninguno, y en la de Bogotá lo que pasa por un río que atraviesa por la mitad de la provincia, en el cual se toma un pescado no muy grande, pero en extremo sabroso y bueno. Hay guayabas, batatas, piñas, pitahayas, guanábanas y todas las otras frutas que hay en las Indias. Hay en muy grande abundancia la sal y muy buena, y es gran contratación la que corre por aquella tierra en esta sal, y llévanla a muchas partes, y asimismo va mucha della al río Grande, y por él abajo y arriba y por sus costas, así en grano co-

mo en panes, aunque de lo de panes van pocos al dicho río. En una provincia del río Grande, a ciento y cincuenta leguas de su embocamiento en la mar, no alcanzan sal ciertos indios, y hácenla de raeduras de palma y de orines, y amásanlo de manera que se hace granos como de sal. Algunos cristianos la comieron por no tener otra, y decían que parecía sal y tenía el mismo sabor, aunque no tan perfecto como la nuestra; pero esos indios salan sus carnes y ollas con ella. Sus tratos y mercaderías son muy ordinarios, trocando unas cosas por otras y con mucho silencio y sin voces, y no tienen moneda; y aunque haya gran multitud de tratantes, no se oye ni hay vocinglería ni rencilla, sino extremada quietud sin contienda. Dicho está en otra parte que cuando les parece, y en unos calabacitos, traen una mixtura que parece cal viva, y así arde como yesca, y con un palillo sacan della y dánse por las encías a una parte y a otra. Dicen los indios quel hayo y esa cal los sustenta mucho y los tiene sanos. Holgando o trabajando o caminando, de día y de noche, comen o ejercitan lo ques dicho; pero no solamente se usa esto en aquella tierra, sino en la mayor parte de las Indias y con diversos nombres ese hayo y la cal.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXVI, cap. XXX.]

Matrimonios

Cuanto a los matrimonios y casamientos de aquella gente no hay palabras, sino los padres dan las mujeres a los que han de casar con sus hijas, y dan algún dote de bienes muebles y no raíces, y cásanse todas las veces que quieren, y todas las mujeres sirven a sus maridos. El señor de la provincia de Bogotá tenía casi cuatrocientas mujeres. Las camas son tan altas como nosotros las usamos, en unos cadalechos que hacen de cañas, y llaman a ese artificio *barbacoas*. La ropa que ponen son muchas mantas juntas unas sobre otras.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXVI, cap. XXX.]

Armas y guerra

Las armas que ejercitan son macanas, lanzas de diez y ocho palmos, y de más y de menos que son de palmas negras, buena madera; varas puntiagudas, que sirven en lugar de dardos, y otras que tiran con una manera de asientos, que en otras partes llaman estóricas. Llevan en la guerra muchos atabales chicos y medianos y mayores: pelean en escuadrones, pero no en hileras ni bien ordenados como infantería de cristianos, sino más esparcidos. Del miedo que había a los caballos hacían muchos hoyos, y cubríanlos de manera con la hierba que parecía que no había hoyo; y a esta causa se perdieron algunos caballos, porque estando peleando caían en el hoyo, y el caballo y el caballero algunas veces se perdían.

Para justificación de la guerra, una luna entera o treinta días antes que la comiencen, cantan todo aquel tiempo sin cesar al sol y la luna, porque, como sus dioses, le den favor. Y lo que dicen en aquel su cantar es la causa que tienen para el derecho suyo y justificación de su empresa; y cuando vuelven de la guerra, hacen lo mismo otra luna o tanto tiempo: y si vienen vencedores, refiérenle las gracias de su victoria; y si tornan vencidos, dicen que no tuvieron justicia, y piden perdón de su loco atrevimiento y mala determinación, y cantan unos y lloran otros, confesando y doliéndose de sus culpas. Tienen los vencedores por costumbre de matar cuantos pueden, aunque se les rindan; y si pueden prender al señor contrario, tráenlo a su tierra y sácanle los ojos, y así se le tiene vivo hasta quel tiempo lo mata, haciéndole en cada fiesta mil ultrajes. Las mujeres de los vencidos no las matan, y sírvense dellas de cautivas. Y queman los pueblos de los vencidos y matan los muchachos y niños y sacrifícanlos al sol; y dicen quel sol come aquella sangre; y si son de más edad que los niños, hacen dellos la justicia que se les antoja o quieren.

Llevan a la guerra muchos hombres muertos, que cuando vivieron fueron valientes hombres por sus personas. Y aquellos que fueron de sus linajes y predecesores; porque les parece que aquellos acrecientan los ánimos a los vivos, y que así como los muertos no han de huir, que así a ellos les sería grande vergüenza hacerlo y desamparar aquellos memorables huesos. Pero no se ha sabido cómo los conservan para que no estén desasidos aquellos huesos que están sin carne alguna, sino solamente la

armadura, sin estar desasido hueso ninguno de otro. En la batalla de Bogotá trajeron muchos difuntos desos.

Llaman los indios del nuevo reino a los cristianos *usachies,* y es vocablo compuesto del sol y de la luna, que dicen ellos que son marido y mujer, y que los cristianos son sus hijos; y al sol llaman *Usa,* y a la luna *Chia.* Y cuando los cristianos entraron en aquella tierra, enviábanle sus hijos niños, y algunas madres se los quitaban de las tetas, y desde encima de las peñas subidas se los echaban abajo para que los comiesen, pensando aplacarlos, y creyendo que como a hijos del sol, los ofrecían a su Dios; y eran de opinión que iban los cristianos a los castigar por sus pecados, y que con tal manjar los contentarían.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXVI, cap. XXX.]

Imágenes, templos y ritos

Ningún indio hay, por pobre que sea, que esté sin ídolo en su casa, porque dicen que son sus santos e intercesores con el Sol y la Luna: y esos ídolos son de oro, y los pobres tiénenlos de barro o de palo. En guerra y en paz, y do quiera que van, siempre llevan por su devoción un ídolo de los de su casa y en el brazo atado en una esportilla; lo cual no fue poco provechoso a los compañeros nuestros soldados, después que cayeron en la cuenta de su devoción; y los indios pensaban que los cristianos de religiosos y devotos se los tomaban. Tienen días señalados para sus fiestas en los templos, y otras ordinarias y cotidianas para su oración; y es cosa notable entre aquella gente, y aun loable, en que les es prohibido que no pueden hacer oración sin rogar a Dios en ella por su cacique o rey. Llaman a sus sacerdotes *mojas,* y tienen por averiguado que a ésos les hablan sus ídolos (y mejor acertarían a decir ques el que les habla el demonio) de noche, haciendo primero ciertos sacrificios; y así como el diablo les aparece, le pintan y esculpen como él es, disforme y espantable.

Quince jornadas del nuevo reino tienen un suntuoso templo, donde dicen los indios quel Sol viene a le visitar, y van a él en romería, y llaman ellos "la casa del Sol" a aquel templo; y críanse allí unos niños dedicados al Sol, que los tienen aquella gente como una reliquia y cosa consagrada y muy santa; y desque son

grandes, mátanlos y sacrifícanlos al Sol. Y los que van allá del nuevo reino, rescatan un niño de aquellos y tráenlo, y llámanle *moja*. No hay cacique que esté sin uno desos, y cacique hay que tiene dos y tres dellos por cosa muy religiosa y buena: no les dejan tocar los pies en el suelo, y por la mañana los hacen ir a lavarse a las fuentes o al río, y llévanlos con mucho respeto en brazos; y cuando los indios han cometido algún pecado en que su ánima le acuse su maldad, no osan entrar en el templo u oratorio sin ese moja, y aquellos niños son los que cantan al Sol y hacen la oración, y no puede otro indio comer en su plato, ni el cacique tampoco, y tiénenlos en extremo regalados.

Cuando los traen son de cinco o seis años, como está dicho; y cuando llegan a edad de poder usar con mujeres, mátanle y sacrifícanle, y si ha llegado a conocer mujer, no le matan; pero no es más moja ni curan dél, ni le regalan, sino trátanle como a un indio común de los otros, echándole de casa, porque en haberse corrompido y llegado a mujer dicen ha perdido la gracia, y que la sangre de aquél no vale ya nada para sacrificarle al Sol, porque no está virgen.

Tienen cierto tiempo del año cierta dieta o prohibición de manjar que les es a los indios una cuaresma, aunque no se les prohíbe otro manjar alguno sino la sal, la cual no pueden comer durante aquella su suspensión: y dúrales aquesto dos meses, y en aquel tiempo viven más religiosamente, según ellos piensan.

Tienen los indios del nuevo reino montes que ellos los tienen en veneración como si fuesen sagrados, porque dicen que están dedicados a sus dioses, y no osan cortar árbol de aquéllos ni aun ramo por cosa del mundo, y en los tales montes entierran mucho oro y piedras preciosas, según la devoción de cada cual. Entran en esos montes solo cada indio, y si son muchos a tal romería, unos van por una parte y otros por otra, cada uno por sí y con un palo de madera recia en lugar de barreta, agudo en la punta; y entierra cada uno allí lo que quiere; a lo cual en ninguna manera toca indio alguno para hurtarlo, ni a cosa que estuviese en los santuarios, aunque por fuerza se lo quisiesen hacer hurtar: antes sufriría la muerte muy de grado.

Para ser cacique o señor, ha de estar primero encerrado en un templo o santuario algunos años, según la calidad de lo que es-

pera heredar. Desta manera hay cacique que está siete años, y otros seis y cinco: del cual templo no puede salir un paso solamente, porque saliendo, perdería el estado, ni ha de ver el Sol en todo aquel tiempo. Al cual le sacan después de allí con gran fiesta y alegría, y de ahí adelante se puede horadar las orejas y narices, y ponerse oro y lo que quieren en ellas: ques costumbre general entre los indios de aquel nuevo reino y en la mayor parte de las Indias, traerlas horadadas; y los que no son caciques, sino principales, están encerrados un mes, y los comunes quince y aun diez días, para se poder horadar las orejas.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXVI, cap. XXXI.]

Enterramientos

Y los enterramientos dicho se ha cómo son los de los caciques y señores; pero los que no lo son de tanta calidad, sino como si dijésemos del estado de caballeros, entiérranlos desta forma: que en los templos hacen unas camas muy grandes altas, que ocupan la una acera del templo, y esto no en todos los templos, sino en los que están diputados para esto; y ponen allí el difunto, y horádanle el vientre y sácanle las tripas e híncheseles aquel vacío de tejuelos de oro y de piedras preciosas, y envuélvenlos en muchas mantas. Y así tienen una infinidad de muertos en aquellos templos diputados para eso; y por la diligencia y manos de nuestros soldados fueron después digestos y limpiados aquellos estómagos y vientres rellenos, en que se hubo mucha cantidad de oro y de esmeraldas, que allí estaban perdidas con el oro.

Los caciques y señores dicho se ha que muertos, les ponen en un ataúd de oro, quellos llaman *cataure,* y llévanlos a las lagunas, a las cuales tienen por lugar sagrado y dedicado para ello, o a un poco de la misma manera, y echan allí en la hondura el difunto, y tras él todo el oro y piedras preciosas y cuantas joyas tenía viviendo, sin que ninguna cosa de aquellas ose tomar ninguno, porque le parece que incurriría en un gran crimen y notorio sacrilegio.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXVI, cap. XXXI.]

La nación de los panches

Todo lo dicho de la guerra se ha de entender que se usa en el nuevo reino, excepto en lo de los panches, que usan otras armas y es gente más belicosa y cruel, y comen carne humana, y son flecheros, y usan pavesas grandes, que les cubren del todo. Y son livianos, y de tal manera, que en cierto seno que tienen a la embrazadura o a la parte del mílite, llevan diversas armas, de que usan, cuando les conviene o quieren; y aun las lanzas meten en tales senos, los cuentos para abajo, y parécese de fuera la mayor parte enhiesta.

Son esos panches gente feroz y tan cruda y salvaje, que los que matan de los enemigos se los comen luego en el campo por venganza, y lo que les sobra de tal carne llévanla a sus casas, para la comer en compañía de sus mujeres e hijos. Pero tienen en la guerra una costumbre que no es de tener en poco, ni de dejarla de estimar por de hombres valerosos; y es que, movida la guerra, nunca envían a pedir paz ni tratar della, ni de cosa tocante a concordia. Y cuando acaece que se haga, por mucha necesidad que tengan, no ha de ser el que en su nombre pida la tregua o la paz hombre, sino mujer o mujeres; porque dicen que son más amigables y más blandas para alcanzar la paz de los contrarios, y porque los hombres son más obligados a hacer por ellas que por otros hombres, y porque es mejor que mientan ellas que no ellos.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXVI, cap. XXX.]

FRAY MATÍAS DE SAN FRANCISCO

(*Cerca de Sevilla, España – ¿Las Anegadas, Perú, 1642?*)

Nacido fray Matías de San Francisco cerca de Sevilla y formado en el convento franciscano de Arcos de la Frontera, hacia los años de 1626 (muy joven aún, sólo tenía órdenes menores), con fray Gregorio de Bolívar marchó a Lima. Lo acompañó también en el poco afortunado intento de misión por tierra de los parataguas, donde entraron desde la ciudad de Huánuco (1628). Ya sacerdote, pasó más tarde al convento de Panamá, cuyo guardián era fray Ginés de Dueñas.

Por aquel tiempo, el mercader panameño Francisco Martín, habiendo ido desde una isla suya a la de Cocos para cargar su barco, en una ensenada que llamaban Las Anegadas, le salieron a la playa numerosos indios en canoa, con quien rescató. Sabida por Fray Ginés la existencia de aquellos indios todavía no abordados, trató de emprender su conversión. Debidamente autorizado por el gobernador y el obispo, y con la necesaria aportación de particulares, pues la empresa no fue a cargo de la corona, el guardián y sus acompañantes, entre ellos fray Matías de San Francisco, se hicieron a la vela desde Panamá el 6 de marzo de 1632, llegando en seis días al mismo punto donde los indios habían salido a Francisco Martín.

La región que iba a evangelizarse y de la cual se tomó posesión en nombre del rey Felipe IV, la llamaban, en términos generales, "de la Gorgona". Comprendía las islas Gorgona y Gorgonilla y una vasta porción costera del Mar del Sur, desde el cabo Garachiné, a unas cincuenta leguas de Panamá, en dirección a Popayán.

Al regresarse fray Ginés, quedó al frente de la misión fray Matías. Suya es una tan breve como interesante *Relación* (fechada a 21 de octubre de 1636) sobre la vida y costumbres de aquellos indígenas, llamados idibáez, idibáis, iribis. Eran seguramente una rama de los urubá o urubaes, desgajada hacia el Pacífico cuando la conquista, un islote de primitivos perdido en el mar de la influencia incaica.

Fray Matías falleció en Las Anegadas (Ciudad Multis, desde 1955), a los diez años de misión como "cura doctrinero de los ibidáis". Se le tuvo por varón austero y santo.

BIBLIOGRAFÍA

Relación de los indios idibais. 1636.

La publica fray Matías de Córdova y Salinas en su *Crónica* (lib. I, cap.XXX).

1551	Lima	*Crónica de la religiosíssima Provincia de los Doce Apóstoles del Perú de la Orden de nuestro S. P. S. Francisco de la Observancia; con relación de las Provincias que della han salido y son su hijas.*
1957	Washington	*Crónica Franciscana de las Provincias del Perú.* New edition with notes and introduction by Lino G. Canedo. O. F. M. Academy of American Franciscan History.

[DE LOS INDIOS IDIBAIS O DE LA GORGONA]

La calidad desta gente es de las más particulares que se conoce en cuantas naciones ha habido. No tienen rey, cacique, gobernador ni capitán, a quien reconocer por superior. A nadie dan la obediencia. En siendo el hijo algo crecido, o la muchacha, no conocen sus padres, antes los menosprecian, dejándolos, olvidándolos y negándoles la obediencia. No tienen poblazón, ciudad ni república. Su vivir es, a fuer de alarbes, en el campo y montañas, veinte o treinta juntos en unas chozas pajizas. Su dormir y descansar, en hamacas y cerca de hogueras de fuego en tierra caliente.

No conocen Dios ni ídolo ni huacas, ajenos de ceremonias. Niegan la inmortalidad y confiesan acabarse todo con la vida. Beben y tienen borracheras, pero no caen por no ser por ventura tan fuerte el brebaje como el vino o chicha. Todos andan desnudos, hombres y mujeres, lávanse dos veces al día en los ríos y en la mar. Comen de caza y pesca, monos, aves, pavas y pescado de la mar, donde entran a pescar. Tienen cantidad de plátanos, aguacates, guayabas, pacaes, mameyes, ají y otras frutas de que es la tierra abundante, y a sus tiempos muy próvida. Hacen sus rozas, para coger el maíz que siembran en sus distritos como quieren, de que hacen su pan. La comida de aves o animales la humean para que les dure como cecina. Unos a otros se regalan y brindan, mas no entran de las puertas adentro, en que tienen gran cuidado.

Tienen dos y más mujeres, y aquel es más poderoso, no que es más valiente o noble o rico, sino que tiene más mujeres, más hijos y familia. Son sumamente interesados, principalmente con los españoles y religiosos, y de tal calidad y extremo que, si les dan los haberes del mundo y mayores regalos dél no darán ellos sin interés y rescate un plátano a quien se los ofreció, antes al paso que se les hace bien, crece la ingratitud e interés. Son poco valientes, antes cobardes y flojos y si unos con otros tienen guerras, pocas veces se efectúan, por no tener dueño y quererlo ser todos. Sus armas ordinarias son flechas, que confeccionan en ve-

neno mortífero. Es su lengua más fácil que otras, por finalizar siempre en vocales. No cavan, tejen ni obran cosa de manos, como las demás naciones del mundo; entregados siempre al ocio, salvo como se dijo cuando hacen sus rozas para sembrar el maíz, para tener sustento del año. No usan de moneda, truecos ni tratos entre sí, más de contentos en comer, nadar, cazar y pescar.

Son supersticiosos y agoreros, creyendo en sueños determinadamente y achacando sus muertes o desgracias a los sopladores, que llaman indios hechiceros; porque tal culebra o pájaro les habló o llegó a su cabeza. Cuando mueren, queman al difunto en hogueras de fuego, guardan los huesos y cenizas, para beberlos después los parientes más cercanos.

[Diego de Córdova, *Crónica,* lib. I, cap. XXX.]

QUINTA PARTE
EL MUNDO INCAICO

Los caracteres de la cultura incaica coinciden, en términos generales, con los de la otra "grande", la de Mesoamérica. Como diferencias más aparentes cabe señalar: una positiva, la tenencia de ganado mayor, y otra negativa, la falta de escritura.

Si la posesión de ganado mayor proporcionó a los peruanos buena lana de alpaca y de vicuña, que tejían y laboraban con arte insuperable, no les resolvió en cambio el problema del transporte, porque la llama, animal de carga, no soportaba gran peso; por otra parte, como es sabido, ignoraban la rueda. Todo ello aumenta la sorpresa, diríamos el asombro, por aquellos grandes monumentos —templos, palacios, fortalezas, canales, caminos— construidos a gran altura, con enormes bloques acarreados desde lejanas canteras.

Más aún que las grandes construcciones, asombró la fabulosa riqueza de oro y plata, a pesar de que fue el señuelo de aquellos metales lo que atrajo al Perú la primera hornada de conquistadores. Pero la gente culta y reflexiva, mucho más que las construcciones y la riqueza, admiraba el sistema de gobierno y administración, que muchos juzgaron perfecto y envidiable.

La civilización incaica era la más coherente y madura del Nuevo Mundo. Basada en el culto solar, su religión tenía caracteres de universalidad, y el Inca, hijo del Sol, aspiraba a un imperio universal. Universal y "totalitario", pues no se trataba sólo de conquistar y dominar otros pueblos, sino de asimilarlos y disciplinarlos. Concebían los incas su imperio como un inmenso enjambre, tecnificado y planificado.

A veces, en regiones periféricas, como algunas de la costa, bajo el manto de la unificación incaica, se perpetuaban los antiguos cacicazgos; pero otras veces, temerosa de posibles alzamientos, la política incaica trasegaba los pueblos vencidos, dispersándolos y asentándolos en regiones interiores mientras, con gesto de sincretismo imperial, acogía en el panteón a sus dioses tutelares.

En el momento de la conquista el Imperio Incaico se hallaba en el zenit de su poderío, aunque sin terminar todavía la obra de unificación que se había impuesto. Fronteras adentro, pueblos

alógenos no abandonaban totalmente, bajo la administración del Cuzco, sus culturas tradicionales, menos desarrolladas; la lengua quechua, a pesar de los esfuerzos para imponerla, no alcanzaba la extensión que más tarde le darían los misioneros cristianos. En cambio, allende los límites del Imperio, la influencia cultural incaica irradiaba, tal vez deformándose, por dilatadas regiones, primitivas o retrasadas, del Chile septentrional y de la vertiente atlántica.

La abundancia de cronistas, así mestizos como españoles, se traduce en una extrema variedad, que apenas puede reflejar nuestra corta selección. Xerez, Pizarro, Molina, dan unas imágenes directas del Imperio todavía en pie; Betanzos, Huaman Poma de Ayala, el Inca Garcilaso, transmiten las tradiciones aprendidas o heredadas; Sarmiento reprocha a sus compatriotas la destrucción del antiguo régimen; Cieza de León escribe una entusiasta apología de los Incas civilizadores.

FRANCISCO DE XEREZ

(Sevilla, 1504 – …, 1539)

A los quince años de su edad, Francisco de Xerez embarcó para las Indias. No sabemos dónde se inició, ni con qué capitán, en el ejercicio de las armas; acaso fue en las tierras gobernadas por Pedradas. Buen soldado, herido en una pierna, durante largos años se debatió entre los peligros y la estrechez, "trabajando, peleando, comiendo y bebiendo mal". Más tarde, a las órdenes de Francisco Pizarro, que lo hizo su secretario, fue "uno de los primeros conquistadores" del Perú. La rueda de la fortuna dio entonces media vuelta para él. En un reparto de botín, tal vez el de Cajamarca, le correspondieron ciento diez arrobas de buena plata. Xerez sintió colmadas sus ambiciones, y con nueve cajas repletas de su caudal, se retiró a Sevilla, ciudad donde iba a publicar su *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco, llamada Nueva Castilla.*

Hombre exento de vanidad —no sabemos si por modestia o por orgullo— el cronista apenas habla de sí mismo. Casi todos los datos biográficos que de él tenemos se contienen en unas malas quintillas anónimas impresas al final de la primera edición de su obra (1534). En la segunda aparecen mutiladas de todo lo que se refiere personalmente a Xerez, ya fallecido por aquella fecha (1547).

Oviedo tuvo en su mano una copia manuscrita de la *Relación* de Xerez, firmada en Cajamarca, a 31 de julio de 1533; la inserta, parte extractada y parte literalmente, en su *Historia.* No obstante, se muestra dudoso de su veracidad y exactitud; censura, además, su estilo y su lenguaje.

En lo último no tiene razón: Xerez sabe escribir y maneja bien la lengua, de manera más natural y fluida que Oviedo. Cuanto a lo primero, olvida —pero no hay que olvidarlo— que Xerez escribe, según él mismo advierte, "por mandato del gobernador". Su *Relación* era la historia oficial, como lo eran las Cartas de Cortés o de Valdivia —sino que Pizarro, indocto y analfabeto, necesitaba de pluma y redacción ajenas—.

BIBLIOGRAFÍA

Relación de la conquista del Perú. 1533.

Ediciones

1534	Sevilla	*Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco llamada Nueva Castilla por Francisco Pizarro, capitán de la S. C. C. M. del Emperador nuestro señor.* Enviada a S. M. por Francisco de Xerez, natural de la muy noble y leal ciudad de Sevilla, secretario del sobredicho capitán en todas las provincias y conquistas de la Nueva Castilla y uno de los primeros conquistadores della. Fol., gótico, Bartolomé Pérez imp.
1547	Salamanca	Folio gótico. Juan de Junta impresor. (Forma un solo volumen con *Historia...* de Fernández de Oviedo.)
1740	Madrid	En el vol. III de Barcia.
1853	Madrid	En el vol. II de Vedia.

Traducciones

Italiana

1565	Venecia	En el vol. III de Ramusio.

Alemana

1843	Augsburgo	Por Philip Kuelb.

Francesa

1837	París	*Rélation véridique de la conquéte du Perou et de la province de Cuzco nommée Nouvelle-Castille, subjugée par François Pizarre.* Ternaux, vol. IV. (Texto de la edición de Salamanca, 1547.)

[LOS PRIMEROS CONTACTOS]

De los pueblos de Caxas y Guacamba

Venido el capitán con su gente hizo relación al Gobernador de lo que en aquellos pueblos había visto; en que dijo que había estado dos días y una noche hasta llegar a Caxas, sin reposar más de comer, subiendo grandes sierras por tomar de sobresalto aquel pueblo; y que en todo esto no pudo llegar (aunque llevó buenas guías) sin que en el camino topase con espías del pueblo y que algunos dellos fueron tomados, de los cuales supieron cómo estaba la gente; y puestos los cristianos en orden siguió su camino hasta llegar al pueblo, y a la entrada dél halló un asiento de real donde pareció haber estado gente de guerra.

El pueblo de Caxas está en un valle pequeño entre unas sierras, y la gente del pueblo estaba algo alterada; y como el capitán les dio seguro y les hizo entender cómo venía de parte del Gobernador para los recibir por vasallos del Emperador, entonces salió un capitán que dijo que estaba por Atabálipa recibiendo los tributos de aquellos pueblos, del cual se informó del camino de Caxamalca, y de la intención que Atabálipa tenía para recibir a los cristianos, y de la ciudad del Cuzco, que está de allí a treinta jornadas: que tiene la cerca un día de andadura, y la casa de aposento del cacique tiene cuatro tiros de ballesta, y que hay una sala donde está muerto el Cuzco viejo, que el suelo está chapado de plata, y el techo y las paredes de chapas de oro y plata entretejidas. Y que aquellos pueblos habían estado hasta un año antes por el Cuzco, hijo del Cuzco viejo; que hasta que Atabálipa, su hermano, se levantó, y ha venido conquistando la tierra, echándoles grandes pechos y tributos, y que cada día hace en ellos grandes crueldades, y que, además del tributo que le dan de sus haciendas y granjerías, se lo dan de sus hijos y hijas, y que aquel asiento de real que allí estaba fue de Atabálipa, que pocos días antes se había ido de allí con cierta parte de su hueste. Y que se halló en aquel pueblo de Caxas una casa grande,

fuerte y cercada de tapias, con sus puertas, en la cual estaban muchas mujeres hilando y tejiendo ropas para la hueste de Atabálipa, sin tener varones, más de los porteros que las guardaban, y que a la entrada del pueblo había ciertos indios ahorcados de los pies; y supo deste principal que Atabálipa los mandó matar porque uno dellos entró en la casa de las mujeres a dormir con una; al cual, y a todos los porteros que consintieron, ahorcó.

Como este capitán hubo apaciguado este pueblo de Caxas, fue al de Guacamba, que es una jornada de allí, y es mayor que el de Caxas y de mejores edificios, y la fortaleza toda de piedra bien labrada, asentadas las piedras grandes de largo de cinco y seis palmos, tan juntas, que parece no haber entre ellas mezcla, con su azotea alta de cantería, con dos escaleras de piedra en medio de dos aposentos. Por medio deste pueblo y del de Caxas pasa un río pequeño, de que los pueblos se sirven, y tienen sus puentes con calzadas muy bien hechas. Pasa por aquellos dos pueblos un camino ancho, hecho a mano, que atraviesa toda aquella tierra, y viene desde el Cuzco hasta Quito, que hay más de trescientas leguas; va llano, y por la sierra bien labrado; es tan ancho que seis de a caballo pueden ir por él a la par sin llegar uno a otro; van por el camino caños de agua traídos de otra parte, de donde los caminantes beben. A cada jornada hay una casa a manera de venta, donde se aposentan los que van y vienen. A la entrada deste camino en el pueblo de Caxas, está una casa al principio de una puente, donde reside una guarda que recibe el portazgo de los que van y vienen, y páganlo en la mesma cosa que llevan; y ninguno puede sacar carga del pueblo si no la mete. Aquesta costumbre tienen antiguamente, y Atabálipa la suspendió en cuanto tocaba a lo que sacaban para su gente de guarnición. Ningún pasajero puede entrar ni salir por otro camino con carga, sino por do está la guarda, so pena de muerte. También dijo que halló en estos dos pueblos dos casas llenas de calzado y panes, de sal y un manjar que parecía albóndigas, y depósito de otras cosas para la hueste de Atabálipa; y dijo que aquellos pueblos tenían buena orden y vivían políticamente.

Con el capitán vino un indio principal con otros algunos, y dijo el capitán que aquel indio había venido con cierto presente para el Gobernador; este mensajero dijo al Gobernador que su

señor Atabálipa le envía desde Caxamalca para le traer aquel presente, que eran dos fortalezas a manera de puente, figuradas en piedra, conque beba, y dos cargas de patos secos desollados, para que, hechos polvos, se sahume con ellos, porque así se usa entre los señores de su tierra; y que le envía a decir que él tiene voluntad de ser su amigo, y esperarle de paz en Caxamalca. El Gobernador recibió el presente y le habló bien diciendo que holgaba mucho de su venida, por ser mensajero de Atabálipa, a quien él deseaba ver por las nuevas que dél oía; que, como él supo que hacía guerra a sus contrarios, determinó de ir a verlo y ser su amigo y hermano, y favorecerlo en su conquista con los cristianos que con él venían. Y mandó que le diesen de comer a él y a los que con él venían, y todo lo que hubieren menester, y fuesen bien aposentados como embajadores de tan gran señor; y después que hubieren reposado, los mandó venir ante sí, y les dijo que si querían volver a reposar allí algún día, que hiciesen a su voluntad. El mensajero dijo que quería volver con la respuesta a su señor; el Gobernador le dijo: "Dirasle de mi parte lo que te he dicho, que no pararé en algún pueblo del camino por llegar presto a verme con él". Y diole una camisa y otras cosas de Castilla para que le llevase.

Partido este mensajero, el Gobernador se detuvo allí dos días, porque la gente que había venido de Caxas venía fatigada del camino; y entretanto escribió a los vecinos del pueblo de San Miguel la relación que de la tierra tenía y las nuevas de Atabálipa, y los envió las dos fortalezas y ropas de lana de la tierra que de Caxas trajeron (que es cosa de ver en España la obra y primezas della, que más se juzgara ser seda que de lana, con muchas labores y figuras de oro, de martillo, muy bien asentado en la ropa).

En Caxamalca

Llegó el Gobernador a este pueblo de Caxamalca viernes a la hora de vísperas, que se contaran quince días de noviembre año del Señor de 1532. En medio del pueblo está una plaza grande cercada de tapias y de casas de aposento, y por no hallar el Gobernador gente, reparó en aquella plaza, y envió un mensajero a Atabálipa haciéndole saber cómo era llegado; que viniese a ver-

se con él y a mostrarle dónde se aposentase. Entretanto mandó ver el pueblo, por si hubiese otra mejor fuerza asentase allí el real; y mandó que estuviesen todos en la plaza, y los de a caballo sin apearse, hasta ver si Atabálipa venía; y visto el pueblo, no se hallaron mejores aposentos que la plaza.

Este pueblo, que es el principal deste valle, está asentado en la falda de una sierra; tiene una legua de tierra llana; pasan por este valle dos ríos; este valle va llano, mucha tierra poblada de una parte, y de otra cercado de sierras. Este pueblo es de dos mil vecinos; a la entrada dél hay dos puentes, porque por allí pasan dos ríos. La plaza es mayor que ninguna en España; toda cercada con dos puertas que salen a las calles del pueblo. Las casas della son de más de doscientos pasos en largo, son muy bien hechas, cercadas de tapias fuertes, de altura de tres estados; las paredes y el techo cubierto de paja y madera asentada sobre las paredes; están dentro destas casas unos aposentos repartidos en ocho cuartos muy mejor hechos que ninguno de los otros. Las paredes dellos son de piedra de cantería muy bien labradas y cercados estos aposentos, por sí, con su cerca de cantería y sus puertas; y dentro de los patios sus pilas de agua, traída de otra parte por caños, para el servicio de estas casas.

Por la delantera desta plaza, a la parte del campo, está incorporada en la plaza una fortaleza de piedra, con una escalera de cantería, por donde suben de la plaza a la fortaleza; por la delantera della, a la parte del campo, está otra puerta falsa pequeña, con otra escalera angosta, sin salir de la cerca de la plaza. Sobre este pueblo, en la ladera de la sierra, donde comienzan las casas dél, esta fortaleza está asentada en un peñol, la mayor parte dél tejado. Ésta es mayor que la otra, cercada de tres cercas, hecha subida como caracol. Fuerzas son que entre indios no se han visto tales.

Entre la sierra y esta plaza grande está otra plaza más pequeña, cercada toda de aposentos; y en ellos había muchas mujeres para el servicio de aqueste Atabálipa. Y antes de entrar en este pueblo hay una casa cercada de un corral de tapia, y en él una arboleda puesta por mano. Esta casa dicen que es del sol, porque en cada pueblo hacen sus mezquitas al sol. Otras mezquitas hay

en este pueblo, y en toda esta tierra las tienen en veneración, y cuando entran en ellas se quitan los zapatos a la puerta.

La gente de todos estos pueblos, después que se subió a la sierra, hacen ventaja a toda la otra que queda atrás, porque es gente limpia y de mejor razón, y las mujeres muy honestas; traen sobre la ropa las mujeres unas reatas muy labradas, fajadas por la barriga; sobre esta ropa traen cubierta una manta desde la cabeza hasta media pierna que parece mantillo de mujer. Los hombres visten camisetas sin mangas y unas mantas cubiertas. Todas en su casa tejen lana y algodón y hacen la ropa que es menester, y calzado para los hombres, de lana y algodón, hecho como zapatos.

Ejército y aposento del Inca

En este pueblo de Caxamalca fueron halladas ciertas casas llenas de ropa liada en fardos arriadas hasta los techos de las casas. Dicen que era depositado para abastecer el ejército. Los cristianos tomaron la que quisieron, y todavía quedaron las casas tan llenas, que parecía no haber hecho falta la que fue tomada. La ropa es la mejor que en las Indias se ha visto; la mayor parte della es de lana muy delgada y prima, y otra de algodón de diversos colores y bien matizadas.

Las armas que se hallaron con que hacen la guerra y su manera de pelear es la siguiente. En la delantera vienen honderos que tiran con hondas piedras guijeñas lisas y hechas a mano, de hechura de huevos; los hombres traen rodelas que ellos mismos hacen de tablillas angostas y muy fuertes; asimismo traen jubones colchados de algodón; tras destos vienen otros con porras y hachas de armas; las porras son de braza y media de largo, y tan gruesas como una lanza jineta; la porra que está al cabo engastonada es de metal, tan grande como el puño, con cinco o seis puntas agudas, tan gruesa cada punta como el dedo pulgar; juegan con ellas a dos manos; las hachas son del mismo tamaño y mayores; la cuchilla de metal de anchor de un palmo, como alabarda. Algunas hachas y porras hay de oro y plata, que traen los principales; tras ellos vienen otros con lanzas pequeñas arrojadizas, como dardos; en la retaguardia vienen piqueras con lanzas

largas de treinta palmos; en el brazo izquierdo traen una manga con mucho algodón, sobre que juegan con la porra. Todos vienen repartidos en sus escuadras con sus banderas y capitanes que los manden, con tanto concierto como turcos. Algunos dellos traen capacetes grandes, que les cubren hasta los ojos, hechos de madera; en ellos mucho algodón, que de hierro no pueden ser más fuertes. Esta gente que Atabálipa tenía en su ejército, eran todos hombres muy diestros y ejercitados en la guerra, como aquellos que siempre andan en ella, y son mancebos y grandes de cuerpo, que sólo mil dellos bastan para asolar una población de aquella tierra, aunque tenga veinte mil hombres.

La casa de aposento de Atabálipa, que en medio de su real tenía, es la mejor que entre indios se ha visto, aunque pequeña; hecha en cuatro cuartos y en medio un patio, y en él un estanque, al cual viene agua por un caño, tan caliente, que no se puede sufrir la mano en ella. Esta agua nace hirviendo en una sierra que está cerca de allí. Otra tanta agua fría viene por otro caño el estanque y cuando quieren que venga la una sola, tienen el caño de la otra. El estanque es grande, hecho de piedra; fuera de la casa, a una parte del corral, está otro estanque, no tan bien hecho como éste; tienen sus escaleras de piedra por do bajan a lavarse. El aposento donde Atabálipa estaba entre día es un corredor sobre un huerto, y junto está una cámara, donde dormía, con una ventana sobre el patio y estanque, y el corredor asimismo sale sobre el patio; las paredes están enjalbegadas de un betumen bermejo, mejor que almagre, que luce mucho, y la madera que cae sobre la cobija de la casa está teñida de la misma color; y el otro cuarto frontero es de cuatro bóvedas, redondas como campanas, todas cuatro incorporadas en una; éste es encalado, blanco como nieve. Las otras dos casas de servicio. Por la delantera deste aposento pasa un río.

Atabálipa

Viendo el Gobernador que el sol se iba a poner, y que Atabálipa no levantaba de donde había reparado, y que todavía venía gente de su real, enviole a decir con un español que entrase en la plaza y viniese a verlo antes que fuese noche. Como el mensa-

jero fue a Atabálipa hízole acatamiento, y por señas le dijo que fuese donde el Gobernador estaba. Luego él y su gente comenzaron a andar, y el español volvió delante, y dijo al Gobernador que venía, y que la gente que traía en la delantera traían armas secretas debajo de las camisetas, que eran jubones de algodón fuerte, y talegas de piedras y hondas; que le parecía que traían ruin intención.

Luego la delantera de la gente comenzó a entrar en la plaza; venía delante un escuadrón de indios vestidos de una librea de colores a manera de escaques; éstos venían quitando las pajas del suelo y barriendo el camino. Tras éstos venían otras tres escuadras vestidos de otra manera, todos cantando y bailando. Luego venía mucha gente con armaduras, patenas y coronas de oro y plata. Entre éstos venía Atabálipa en una litera aforrada de pluma de papagayos de muchos colores, guarnecida de chapas de oro y plata.

Traíanle muchos indios sobre los hombros en alto, y tras desta venían otras dos literas y dos hamacas en que venían otras personas principales; luego venía mucha gente en escuadrones con coronas de oro y plata. Luego que los primeros entraron en la plaza, apartaron y dieron lugar a los otros. En llegando Atabálipa en medio de la plaza, hizo que todos estuviesen quedos, y la litera en que él venía y las otras en alto; no cesaba de entrar gente en la plaza.

Atabálipa era hombre de treinta años, bien apersonado y dispuesto, algo grueso; el rostro grande, hermoso y feroz, los ojos encarnizados en sangre; hablaba con mucha gravedad, como gran señor; hacía muy vivos razonamientos, y entendidos por los españoles, conocían ser hombre sabio; era hombre alegre, aunque crudo; hablando con los suyos era muy robusto y no mostraba alegría.

[Relación de la Conquista del Perú.]

HERNANDO PIZARRO

(Trujillo, Extremadura, 1504 – Trujillo, 1572)

Hernando era el tercero de los Pizarro, vino a las Indias en 1530, acompañando a su hermano mayor Francisco, cuando éste, nombrado ya por Carlos V "Gobernador y Capitán General del Nuevo Reino de Castilla" se disponía a la conquista del fabuloso Perú.

Después de la jornada de Cajamarca, donde tuvo el mando de la caballería, el capitán Hernando Pizarro fue comisionado para llevar al emperador, con la nueva de la prisión de Atahualpa, cien mil castellanos de oro, a cuenta del quinto real del botín. Convincente muestra de la riqueza peruana.

Camino de la corte, en "una nao cargada de oro y plata de los despojos del gran príncipe Atabáliba", el joven Pizarro hizo escala en la isla Española y desde la villa de Yaguana (Puerto de Santa María) dirigió una carta de relación a la Audiencia Real de Santo Domingo. Lleva fecha de 23 de noviembre de 1533. Oviedo la copia literalmente.

Regresado al Perú, ambicioso e intrigante, Hernando Pizarro fue el botafuego de la rivalidad y las luchas entre su hermano Francisco y Diego de Almagro, "Adelantado del Nuevo reino de Toledo" (Chile). Recrudecida la lucha después del arbitraje del comendador fray Francisco de Bobadilla, Almagro fue vencido y preso en Las Salinas, y Hernando, a quien poco antes aquél había hecho prisionero en Abancay (1537) y generosamente libertado, sin ninguna autoridad para ello lo juzgó, condenó a muerte y lo hizo agarrotar (1538). Marchó luego a la corte cargado de riquezas, seguro de justificarse mediante el soborno. Pero no le valieron. A pedimento de los procuradores del hijo de Almagro fue procesado y preso; primero en Madrid, más tarde en el castillo de la Mata de Medina del Campo, y condenado en 1545. Después de veintitrés años de cárcel obtuvo indulto; murió en su villa natal, en la miseria y la oscuridad, el año de 1572.

Este turbulento personaje, el más nefasto de todos los Pizarro, ¿tenía mayor instrucción que su hermano Francisco, que gobernador y marqués seguía tan iletrado e inculto como en sus mocedades de porquerizo? ¿Hasta qué punto es suya la paternidad literaria, digámoslo así, de la *Relación* que firmaba en 1533? Cuestiones son éstas que no podemos dilucidar.

La *Relación* es un magnífico testimonio de primera mano; su autor observa con precisión y describe con claridad.

BIBLIOGRAFÍA

Véase la de Fernández de Oviedo, en cuya *Historia general*, lib. XLVI, cap. XV, se copia literalmente la *Carta de relación* de Fernando Pizarro.

[DE LA SIERRA A LOS LLANOS]

El templo de Pachacama

A este pueblo (Guamachuco) me llegó licencia del gobernador para que fuese a una mezquita, de que teníamos noticia, que estaba cien leguas de la costa de la mar, en un pueblo que se dice Pachacama: tardamos en llegar a ella veintidós días; los quince días fuimos por la sierra, y los otros por la costa de la mar. El camino de la sierra es cosa de ver, porque en verdad en tierra tan fragosa en la cristiandad no se han visto tan hermosos caminos, toda la mayor parte de calzada. Todos los arroyos tienen puentes de piedra o de madera: en un río grande, que era muy caudaloso y muy grande, que pasamos dos veces, hallamos puentes de red, ques cosa maravillosa de ver. Pasamos por ellas los caballos. Tiene cada pasaje dos puentes: la una por donde pasa la gente común; la otra donde pasa el señor de la tierra o sus capitanes. Ésta tienen siempre cerrada e indios que la guardan. Estos indios cobran portazgo de los que pasan. Estos caciques de la sierra y gente tienen más arte que no los de los llanos.

Es la tierra bien poblada: tiene muchas minas en mucha parte della. Es tierra fría: nieva en ella y llueve mucho: no hay ciéne-

gas: es pobre de leña. En todos los pueblos principales tiene Atabáliba puestos gobernadores, y asimismo los tenían los señores antecesores suyos.

En todos estos pueblos hay casas de mujeres encerradas: tienen guardas a las puertas; guardan castidad. Si algún indio tiene parte con alguna dellas, muere por ello. Estas casas son unas para el sacrificio del Sol, otras del Cuzco viejo, padre de Atabáliba. El sacrificio que hacen es de ovejas, y hacen chicha para verter por el suelo. Hay otra casa de mujeres en cada pueblo destos principales, asimismo guardadas, que están recogidas de los caciques comarcanos, para cuando pasa el señor de la tierra sacan de allí las mejores para presentárselas; y sacadas aquéllas, meten otras tantas. También tienen cargo de hacer chicha para cuando pasa la gente de guerra.

Destas casas sacaban indias que nos presentaban. A estos pueblos del camino vienen a servir todos los caciques comarcanos: cuando pasa la gente de guerra, tienen depósito de leña y maíz y de todo lo demás, y cuentan por unos nudos en unas cuerdas de lo que cada cacique ha traído. Y cuando nos habían de traer algunas cargas de leña u ovejas o maíz o chicha, quitaban de los nudos de los que lo tenían a cargo, y anudábanlo en otra parte: de manera que en todo tienen muy gran cuenta y razón. En todos estos pueblos nos hicieron muy grandes fiestas de danzas y bailes.

Llegados a los llanos, ques en la costa, es otra manera de gente más bruta, no tan bien tratados, mas de mucha gente. Asimismo tienen casas de mujeres y todo lo demás como los pueblos de la sierra. Nunca nos quisieron decir de la mezquita: que tenían en sí ordenado que todos los que nos lo dijesen, habían de morir; pero como teníamos noticia que era la costa, seguimos el camino real hasta ir a dar en ella. El camino va muy ancho, tapiado de una banda y de otra. A trechos casas de aposento hechas en él, que quedaron de cuando el Cuzco pasó por aquella tierra.

Hay poblaciones muy grandes: las casas de los indios de cañizos; las de los caciques de tapias, y ramadas por cobertura, porque en aquella tierra no llueve. Desde el pueblo de San Miguel hasta aquella mezquita habrá ciento y setenta o ciento y ochenta leguas por la costa de la tierra muy poblada. Toda esta tierra

atraviesa el camino tapiado; en toda ella, ni en doscientas leguas que se tiene noticia en la costa adelante, no llueve. Viven de riego, porque es tanto lo que llueve en la sierra, que salen della muchos ríos, que en toda la tierra no hay tres leguas que no haya ríos. Desde la mar a la sierra hay en partes diez leguas, a partes doce, y toda la costa va así. No hace frío.

Toda esta tierra de los llanos y mucha más adelante no tributa al Cuzco, sino a la mezquita. El obispo della estaba con el gobernador en Caxamalca: habíale mandado otro buhío de oro, como el que Atabáliba mandó. A este propósito el gobernador me envió ir a dar prisa para que se llevase. Llegado a la mezquita y aposentados, pregunté por el oro y negáronmelo que no lo había: hízose alguna diligencia y no se pudo hallar.

Los caciques comarcanos me vinieron a ver y trajeron presente; y allí en la mezquita se halló algún oro podrido que dejaron, cuando escondieron lo demás: de todo se juntó ochenta y cinco mil castellanos y tres mil marcos de plata. Este pueblo de la mezquita es muy grande y de grandes edificios: la mezquita es grande y de grandes cercados y corrales: fuera della está otro cercado grande, que por una puerta se sirve la mezquita. En este cercado están las casas de las mujeres, que dicen ser mujeres del diablo, y aquí están los silos, donde están guardados los depósitos del oro. Aquí no entra nadie donde estas mujeres están: hacen sus sacrificios como las que están en las otras casas del sol, que arriba he dicho. Para entrar al primer patio de la mezquita, han de ayunar veinte días: para subir al patio de arriba, han de haber ayunado un año. En este patio de arriba suele estar el obispo: cuando suben algunos mensajeros de caciques que han ya ayunado su año, a pedir al dios que les dé maíz y buenos temporales, hallan el obispo cubierta la cabeza y asentado.

Hay otros indios que llaman pajes del dios. Así como estos mensajeros de los caciques dicen al obispo su embajada, entran aquellos pajes del diablo dentro a una camarilla, donde dicen que hablan con él; y quel diablo les dice de qué está enojado de los caciques, y los sacrificios que se han de hacer, y los presentes que quiere que le traigan.

Yo creo que no hablan con el diablo, sino que aquellos servidores suyos engañan a los caciques por servirse dellos; porque

yo hice diligencia por saberlo, y un paje viejo de los más privados de su dios, que me dijo un cacique que había dicho que le dijo el diablo que no hubiese miedo de los caballos, que espantaban y no hacían mal, hícele atormentar y estuvo rebelde en su mala setta, que nunca dél se pudo sacar nada más de que realmente le tienen por dios.

Esta mezquita es tan temida de todos los indios, que piensan que si alguno de aquellos servidores del diablo le pidiese cuanto tuviese y no lo diese, había de morir luego. Y según parece los indios no adoran a este diablo por devoción sino por temor: que a mí me decían los caciques que hasta entonces habían servido aquella mezquita porque le habían miedo, que ya no había miedo sino a nosotros, que a nosotros querían servir.

La cueva donde estaba el ídolo era muy oscura, que no se podía entrar a ella sin candela, y de dentro muy sucia. Hice a todos los caciques de la comarca que me vinieran a ver, entrar dentro, para que perdiesen el miedo; y a falta de predicador, les hice mi sermón diciendo el engaño en que vivían.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XLVI, cap. XV.]

DIEGO DE MOLINA

(Baeza... (1534)...)

En su *Relación* a la Audiencia, Hernando Pizarro acredita a Diego de Molina. ("Molina va a esa ciudad; de él podrán vuestras mercedes ser informados de todo lo que de más quisieren saber.") El portador no sólo amplió, sino que en algún punto rectificó la *Relación* de Pizarro.

Molina pasó en Santo Domingo el mes de diciembre de 1533 y parte del año de 1534. Oviedo, que ya lo conocía de antes y lo juzgaba persona verídica, lo interrogó ampliamente, para obtener de él una mayor información.

A pesar de que el mancebo Diego de Molina no era más que "un pobre compañero", como dice Oviedo, el botín que le había correspondido era enorme: "Estaban allí en su posada y en presencia de todos, dos cántaros o tinajuelas de oro de cuatro palmos de alto y de diez o más de redondo con sus coberteras o tapaderos asimismo de oro. Cabían a seis arrobas de agua y pesaban a más de tres mil y quinientos pesos de oro cada una. Venían señaladas con unas rayas hechas con un cuchillo o puñal, la una por de doce quilates y la otra por de trece, y las coberteras de catorce; pero notablemente se parecía que era mucho mejor oro que el quilate decía. Llevaba muchos capones de oro, unos más finos que otros, y una olla, que podría caber una arroba de agua, de muy buena plata: y muy bien labrada y otras cosas muchas de ver de oro y plata; y muy hermosas camisetas y mantas muy finas de lana y de algodón de la ropa que en aquellas partes se usa, labrada con mucha sutileza y primor".

BIBLIOGRAFÍA

Véase la de Fernández de Oviedo, en cuya *Historia general,* lib. XLVI, cap. XVI, se contiene la Información de Molina.

[RECTIFICACIONES A PIZARRO]

De algunos usos y costumbres del Perú

Decía éste que aquellas mujeres castas que dice la carta es burla, que no son castas; pero ques verdad que las guardan hombres castrados, y questos son capados de todo punto, que ni tienen verga, ni compañones.

Y decía que las mujeres se entierran con sus joyas de oro y plata, y los hombres con las suyas, y que hacen unas sepulturas soterranas de más de un estado de alto, que están por encima cubiertas de tablado, y sobre aquél tierra, y son cuadradas de más de quince o más pies de ancho; y en cada una sepultura se entierran diez o doce o más personas, y dejan un agujero en medio de la sepultura por donde en ciertos días les entran a dar de beber a los muertos.

Andan las mujeres cubiertas, que no se les ve de las personas casi la punta del pie, y cubiertas de mantas delgadas, y sus camisetas fajadas, y los cabellos cortados por delante y lo demás luengo, y los brazos desde los codos descubiertos, y son blancas y de buenos gestos. (Pero esta blancura yo no la apruebo, porque aquí se han traído dellas, y me parece que son como los otros indios o indias de aquestas partes en la tez, verdad es que mejor tratadas.) Los hombres traen el cabello cortado por delante sobre la frente y lo demás en igual de la barba: y son lampiños y sin barbas: y andan cubiertos de unas mantas, y aun sobre las cabezas como alárabes, y sus camisetas.

Tienen gobernadores y mucha justicia, y en la sierra son gente limpia del pecado nefando de Sodoma, y tienen muchas mujeres, y algunos tienen por mujeres a sus hermanas. Decía este Diego de Molina que un cristiano se quiso casar con una hermana de Atabáliba, y le dijo que no quería, que era su mujer y hermana, y aquella noche durmió con ella estando preso.

Tienen sus heredamientos en ganado y otras haciendas distintos, y sus plazas en que hacen cada día su *tiangüez* o mercado.

La gente de guerra tiene muy sojuzgados a los que son labradores y gente del campo que entienden la agricultura, y la gente llana y labradores no tienen armas algunas ni se las consienten tener los hombres de la guerra. Pelean con arcos y flechas y no tienen hierba y pelean asimismo con varas y estóricas y hondas y macanas de dos manos, que son algunas hechas como roncas, y asimismo con porras de madera recias.

La chicha que hacen es de maíz; pero muy limpio, y muy buen vino se hace dello, y no lo mascan el maíz para hacello, como en algunas partes de la Tierra-Firme.

Traen zarcillos los hombres y las mujeres en algunas partes y provincias de aquel señorío de Atabáliba, y en diferentes maneras; y también como los de Nicaragua de rodajas de hueso incorporadas en las ternillas bajas de las orejas, redondas, y grandes como un doble ducado de España, y mayores y menores, como a cada uno le place.

Los indios duermen en camas de colchones pequeños: los de los llanos de algodón, y los de la sierra de lana.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XLVI, cap. XVI.]

JUAN DE BETANZOS

(Betanzos, Galicia..., 1530 – ..., 1576)

Las primeras noticias de Betanzos y de su obra se hallan en el *Origen de los Indios* del dominico fray Gregorio García. Pasó a la conquista del Perú con Francisco Pizarro. Dedicado con ahínco al estudio del quechua, no tardó en dominarlo y hacerse indispensable como "lengua" al conquistador. Fallecido éste, se casó con una de sus mancebas, la princesa Añas (en el bautismo doña Angelina), hermana de Atahualpa, madre del tercer hijo del Marqués, llamado también Francisco Pizarro.

Betanzos continuó como intérprete oficial de la Audiencia de los virreyes. En esta calidad, y acaso también porque su casamiento lo emparentaba con los incas, junto con fray Bautista García negoció la conversión y reducción del inca Xairi Tupac Yupengui, retirado en los Andes.

Escribió una doctrina cristiana y dos vocabularios quechuas. En 1551 dedicó al virrey Antonio de Mendoza la *Suma y narración de los Incas,* dividida en dos partes, de la cual el manuscrito conocido sólo conserva los 18 primeros capítulos.

Esta obra contenía la historia de los Incas hasta la conquista, "traducida y recopilada de lengua india de los naturales del Perú", como dice el propio Betanzos. Es una valiosísima aportación por sus noticias, muchas de ellas únicas; pero, escrita "guardando la manera y orden de hablar de los naturales", algunas veces su estilo se hace difícil. Betanzos es, sin duda, uno de los casos más típicos de "mestizaje espiritual".

BIBLIOGRAFÍA

Suma y narración de los Incas. 1551.

1880	Madrid	*Suma y narración de los Incas que los indios llamaron Capaccuna, que fueron señores de la ciudad del Cuzco y de todo lo a ella subjeto,* escrita por Juan de Betanzos, publícala Marcos Jiménez de la Espada, vol. III de la *B. H. U.*
1932	Lima	*Colección de libros y documentos referentes a la Historia del Perú,* vol. VIII, reproduce la edición anterior.

[CEREMONIA DEL "HUACACHICUY"]

Cómo Inca Yupanqui constituyó y ordenó la orden que se había de tener en el hacer de los Orejones

Acabado de proveer Inca Yupanqui la orden que se había de tener en el proveimiento de la ciudad del Cuzco y su república, volvieron los señores sus tres buenos amigos que así él había enviado a casar los solteros, como ya la historia os ha contado: y siendo ya en el Cuzco estos señores y los demás que en la ciudad eran, mandó Inca Yupanqui que todos se juntasen en su casa otro día de mañana, porque quería comunicar con ellos cierta fiesta, la cual fiesta quería que se hiciese cada año al sol, por la victoria que le había dado y hecho Señor; y porque desta fiesta hubiese memoria, quería constituir en ella cierta cosa que allá con ellos en su junta comunicaría. Y otro día de mañana se juntaron estos señores en las casas del Inca, que comunicó con ellos la fiesta que así quería hacer; y para que della hubiese memoria para siempre díjoles Inca Yupanqui que quería bien que en esta fiesta se hiciesen los orejones con ciertas ceremonias y ayunos, porque una cosa semejante que aquélla, que era señal e insignia para que por toda la tierra fuesen conocidos dende el menor hasta el mayor de aquella ciudad por tales señores e hijos del sol, porque le parecía que, desde allí adelante, habían de ser tenidos y respetados los de aquella ciudad por los de toda la ciudad[1] y de la tierra más que habían sido hasta allí; y que porque habían de ser llamados hijos del sol, quería que fuesen hechos y ordenados orejones en aquella fiesta del sol con muchas ceremonias y ayunos; porque los que habían sido hechos orejones hasta allí, ellos y sus padres les horadaban las orejas cada y cuando que querían y bien les estaba, y porque aquello era cosa que tan fácilmente se debiese de hacer, por lo que ya tenía dicho, que le parecía que en lo tal era bien que hubiese orden y ceremonias en la manera siguiente:

Que se juntasen los deudos del mozo que así había de ser hecho orejón, como fuese natural de partes de padre de la ciudad del Cuzco y que él y su padre y madre fuesen señores, y si no, lo fuese el padre; y si caso fuese que no tuviese padre, que los deudos de su padre y más cercanos; y que éstos hiciesen cierta fiesta a todos los demás deudos, y que en esta fiesta diesen orden y dijesen cómo querían hacer orejón a aquel tal su hijo o deudo; que les regocijaba que en la tal fiesta se hallasen y con sus prosperidades y mantenimientos le favoreciesen; aunque fuese el que la tal fiesta había de hacer el más rico de los deudos, se había de encomendar a que le favoreciesen los demás sus deudos en la tal fiesta y otras cosas que así le sucediesen, con lo que así tuviese; porque les quería dar a entender que, por prósperos que fuesen, habían de tener en mucho a los que tenían no tanto, porque, al fin, podría ser posible que el que al presente se veía en prosperidad, que podría perderse, y el otro que no tenía tanto, estar aumentado en bienes y le podría socorrer; y porque siempre tuviesen una hermandad y confederación, daba aquella orden y aquella manera. Y que de allí adelante, que demás del nombre que de señor tenía, el sobrenombre que ellos y los demás le nombrasen cada y cuando que con él alguno hablase, que le nombrasen *Huacha cuyac*, que dice "amoroso de los pobres", [de] la cual institución los demás sus descendientes así se intitularan.

Y volviendo al caso, díjoles que, siendo así juntos, señalaran un día en el cual día se juntasen las mujeres de los tales deudos del que así había de ser hecho orejón, y siendo así juntas las tales mujeres, que los tales padres del mozo trajesen cierta lana negra, la que bastase para una camiseta para su hijo, y así traída, la repartiesen entre aquellas mujeres; y que otro día, en aquel mismo sitio, la hilasen y diesen hecha; y que el tal mozo, aquel día que la tal camiseta se hiciese, parta de allí por la mañana y vaya ayunando al campo, y lleve otros mozos consigo deudos suyos, y él y ellos cojan y traigan cada [uno] sendos haces de paja, porque no haya en ellos ociosidad, sino que sepan y deprendan a ser domeñados, y que si acaso fuere tuvieren necesidad de comida, que sepan qué cosa es andar en el trabajo y ayunando; y así traída esta paja, la den y repartan entre aquellas mujeres que la camiseta le han hecho; [y] dende a cinco días, se

tornen a juntar otra vez y hagan otra fiesta, en la cual fiesta hagan aquellas mujeres cuatro cántaros de chicha, los cuales cántaros de chicha estén hechos desde que en esta fiesta fueren hechos, hasta que toda la fiesta del sol se acabe, y que estén siempre bien tapados; los cuales cántaros lleva cada uno cinco arrobas; y que dende a cinco días, este mozo vaya ayunando al cerro de Guanacaure, yendo solo, y coja otro haz de paja y repártala a aquellas mujeres que la chicha le hicieron; el cual mozo, desde que la camiseta se le teja y haga, ha de ayunar siempre hasta el día que haya uno de ser armado orejón; y que no coma si no fuere maíz crudo, y que no coma carne, ni sal, ni aun tenga que hacer con mujer; y dende a un mes que este ayuno comenzare, los tales parientes le traigan una moza doncella que no haya conocido a varón, la cual moza, estando asimismo en el ayuno, haga cierto cantarillo de chicha, el cual cantarillo llamen *caliz;*[1] y esta moza ande siempre en compañía deste mozo en los sacrificios y ayunos que mientras la fiesta durare [hiciere?], sirviéndole; y esta chicha hecha por la tal moza, los parientes del novel la tomen y lleven por delante, y asimismo la moza con él llevando aquel cantarillo de chicha llamado *caliz;* y así le llevan al tal novel a la *guaca* de Guanacaure, que es legua y media de la ciudad, y en una fuente que allí hay, los parientes laven todo el cuerpo a este novel, y después de lavado, le trasquilen el cabello muy tusado, y después de rosado, vístanle aquella camiseta que le hicieron aquellas mujeres primeras, de lana negra, y cálcenle unos zapatos hechos de paja, los cuales el mozo haya hecho estando en su ayuno, para que sepan, que si en la guerra anduviese y le faltaren zapatos, que los sepa hacer de paja y seguir los enemigos con ellos; y así estos zapatos calzados, pónganle en la cabeza una cinta negra y encima desta cinta pónganle una honda blanca, y átenle al cuello una manta blanca que cuelgue a las espaldas, la cual haya de ser angosta de dos palmos en ancho y que le tome de la cabeza hasta los pies; y esto hecho, pónganle en las manos un manojo de paja del gordor de una muñeca, las puntas de la cual paja lleve para arriba, según aquella nace, y del remate desta paja cuélguenle cierto copo de lana larga, que casi parece un copo de cáñamo blanco y largo; y ya questé así, llegue a do la guaca está, y la moza que así consigo lleva, de aquel cantarillo caliz hincha dos vasos pequeños de chicha y délos al novel,

el cual beba el uno, y el otro delo a beber al ídolo, el cual derramará delante dél. Y esto hecho, se descienda el tal novel y sus parientes de la guaca, y vénganse a la ciudad; y el novel traiga aquella paja, así enhiesta, en las manos; y siendo así en la ciudad, vistan al novel una camiseta colorada y con una lista blanca de abajo arriba por medio de la camiseta, con cierta flocadura según por el remate de la camiseta, y pónganle en la cabeza una cinta colorada con una lista de cualquier color; y estando así, pónganle aquella manera de escapulario en las espaldas; y de allí, vayan a una guaca que yo mañana señalaré, la cual se llama Anaguarque, y llegados allí, hagan su sacrificio ofreciéndole cierta chicha y haciendo delante della un fuego, en el cual fuego le ofrezcan algún maíz y coca y sebo; y cuando así fueren, lleven los parientes deste novel, que casi quieren imitar a padrinos, unas alabardas grandes y altas de oro y plata, y siendo ya el sacrificio hecho, aten en lo alto, en los hierros destas alabardas, aquella paja que en las manos así llevan, colgando [de] los tales hierros aquella lana que así cuelga de la paja; y estando ya así atada esta paja, den a cada uno de sus noveles una alabarda destas en las manos; y esto ya hecho, júntenlos todos a estos noveles que allí se hallaren y mándenles que partan de allí corriendo todos juntos con sus alabardas en las manos, bien así como si fuesen siguiendo alcance de enemigos, y este correr sea desde la guaca hasta un cerro do se parece esta ciudad; [y] estén allí en este sitio, para que vean ciertos y [¿seguros?] cómo llegan estos caballeros noveles corriendo y quién es aquel que primero llegare corriendo, y este tal hónrenle los suyos y denle cierta cosa y díganle que lo hizo como buen orejón, y denle por sobrenombre *guaman,* que dice "halcón"; y estos tales que así se extremaren, cuando orejones fueron hechos, sean conocidos, para cuando la ciudad del Cuzco tuviere guerra, suban a los péñoles, como más ligeros, y combatan con los enemigos.

Y otro día salgan de la ciudad, y yo asimismo señalaré otra guaca, la cual guaca se llamará Yavirá, la cual será el ídolo de las mercedes; y siendo ya en ella, hagan hacer un gran fuego y ofrezcan a esta guaca y al sol estas ovejas y corderos, degollándolos primero, con la sangre de los cuales les sea hecha una raya con mucha reverencia por los rostros, que les tome de oreja a

oreja; y ofrezcan asimismo a este fuego mucho maíz y coca, todo lo cual sea hecho con grande reverencia y acatamiento, ofreciéndolo al sol, y allí le pidan estos noveles, y cada uno por sí, que le dé prosperidades y le aumente sus ganados y los mire y libre de cualquier mal que les venga. Y esto acabado, les sea tomado juramento a cada uno por sí, delante del ídolo, que tendrá cuidado de siempre acatar y reverenciar al sol y labrarle sus tierras, y ser obedientes al Inca y siempre tratarle verdad y serle leal vasallo y no tratarle traición, y que cada y cuando que sepa que traición le hace alguno al Inca, se lo manifestará y dirá; y que lo mismo será leal a la ciudad del Cuzco, que servirá con su persona y armas en la tal guerra, y que morirá en defensa della y del Inca.

Y esto jurado, el señor que allí estuviere en la guaca, ante quien la jura hiciere, le responda en nombre y lugar del sol y de aquel ídolo, que se lo agradece, y que así lo haga; y que le diga que el sol ha por bien que sea *auqui,* que dice "caballero". Y esto hecho, que el tal novel rinda gracias por ello ahí al sol, y que luego allí le vistan una camiseta muy pintada, y le ponga una manta muy pintada encima, todo lo cual sea ropa fina, y que le cuelguen de las orejas unas orejeras grandes de oro colgando, con un hilo colorado atadas, y que le pongan una venera de oro grande en los pechos, y que le calcen unos zapatos de enea, y que le pongan en la cabeza una cinta muy pintada, que llaman *pillaca llauto;* que encima desta cinta le pongan una patena de oro, y que hasta allí ningún mozo se la pueda poner, y si cosa fuere que allí se le olvidare de poner, nunca se le pueda poner en sus días. Y que esto hecho, le hagan tender los brazos al tal novel, y que aquellos sus parientes que allí andan con él como padrinos, le den ciertos azotes en los brazos con unas hondas, para que se acuerde y tenga memoria de la tal jura que allí hace y merced que le fue hecha. Y esto hecho, desciendan así todos juntos a la plaza desta ciudad, así vestidos y adornados como estuvieren, donde han de hallar a todos los señores del Cuzco vestidos de unas camisetas largas y coloradas que les dé hasta los pies, los cuales tengan sobre sus mismas cabezas [pieles de leones con sus rostros], y los rostros destos leones tengan en derecho de los suyos mismos, las cuales cabezas de leones tengan

asimismo unas orejas de oro; y asimismo han de tener consigo estos señores que en la plaza así están, cuatro atambores de oro.

Y como los noveles lleguen a la plaza, póngase en ala a la parte de abajo, los rostros hacia do el sol sale; y como así lleguen, hinquen las alabardas que así traen, en el suelo, cada uno delante de sí. Y como esto sea hecho, los señores que allí están, comiencen su canto y toquen los atambores; y después de haber cantado y holgádose, siéntense todos así en ala como están, y beban cada dos vasos de chicha y otros dos asimismo ofrezcan al sol, derramándolos delante de sus alabardas, y dende a poco, levántense y tornen a su cantar; en el cual canto han de dar grandes loores al sol y rogarle que a su pueblo y a sus noveles guarde y aumente; y este canto acabado, tornen a beber. Y esto han de hacer treinta días, desde el día que comience. Y desta manera van cada noche bien arropados de chicha; porque su principal felicidad, en todas sus obras y cosas que hacen es el bien beber, y mientras más beben, más señor, porque tienen posibilidad para ello.

Y ordenó que estos treinta días cumplidos, se juntasen allí en la plaza los parientes destos noveles y trajesen los noveles allí consigo, y que hincada la alabarda, y estando ellos en pie, tomasen con las manos la alabarda, y así, tendidos los brazos, los parientes les diesen con una honda en ellos, para que tuviesen memoria y se acordasen desta fiesta; y que esto hecho, fuese de allí a una fuente que dicen Calixpucquiu, que dice "el manantial del Calix",[1] y siendo ya allí que se laven todos, a la cual fuente han de ir ya que quiera anochecer. Y siendo así lavados, hanse de vestir otras camisas preciadas, y así vestidos, sus parientes los apedrean con unas tunas, y cada pariente, así como le haya apedreado con las tunas, sean obligados a les ofrecer a los tales noveles ciertas joyas y piezas de ropa, y denle asimismo, el fin desto, a cada uno destos noveles, una honda. Y esto acabado, cada uno destos noveles ha de volver a su casa, la cual casa ha de hallar muy limpia, y muy buena lumbre hecha en ella y todos sus parientes y parientas en ella; y entonces han de sacar los cuatro cántaros de chicha que hicieron en el principio de la fiesta, de los cuales cántaros han de beber todos, y al tal novel han de embriagar con la tal chicha de tal manera, que no tenga sentido; y

desque ya está así, hanle de sacar del aposento, y donde ellos mejor les pareciere, allí le horaden las orejas.

Y otro día de mañana, salgan todos los noveles a la plaza todos juntos y en orden de pelea y bien así como si quisieran dar batalla con sus hondas en las manos y a los cuellos unas bolsas de redes, en las cuales traigan muchas chinas; y puestos tantos de un cabo como de otro en la plaza, comiencen a batallar; la cual batalla han de dar a fin de que han de entender que así han de pelear con sus enemigos. Y desta manera me parece que han de ser estas ceremonias, y deste arte tengan orden [en] el hacer de los orejones y no lo que ha sido hasta aquí.

Oído por los señores lo que Inca Yupanqui tenía ordenado, dijeron que aquello estaba muy bien ordenado y pensado, que así se hiciese de allí adelante, y que les dijese, que desde cuándo quería que comenzase aquella fiesta. Les dijo, que de allí a treinta días se podría comenzar, porque de allí comienza el mes de do principiaba el año; y ellos le rogaron, que porque hasta allí no había tenido orden por do conociesen el año y los meses dél, que tuviese [por bien?] de señalárselo y decirles de dónde comenzaban, y los nombres de los tales meses. Y el Inca les respondió, que después de aquella fiesta del sol, tenía él pensado de dar orden en aquello; mas, pues que ellos le rogaban que se los dijesen y señalasen [así], que él los quería hacer aquella merced; y que al presente no había lugar de les dar razón de aquello, porque pensaba señalar y ordenar en los tales meses otras fiestas en que todos ellos se regocijasen e hiciesen sus sacrificios: que de allí a diez días, les diría la orden que en aquello habían de tener y las fiestas que les habían de regocijar y sacrificios que así habían de hacer. Y esto dicho, salieron de su acuerdo él y los demás señores, los cuales se fueron cada uno a su posada, donde comenzaron a dar orden a sus fiestas, que ya habéis oído que desde a treinta días habían de comenzar; los cuales treinta días pasados, hicieron su fiesta en la manera que habéis oído; y desde entonces lo continuaron hacer en la manera ya dicha, hasta este año en que estamos de mil y quinientos y cincuenta y un años. Esta fiesta y las demás que este Señor constituyó, aunque se las quieran quitar en esta ciudad del Cuzco, las suelen ellos hacer oculta

o secretamente en los pueblecillos que están en torno de la ciudad del Cuzco.

[*Suma y narración de los Inca*, cap. XIV.]

[1] Así en nuestro original; quizá debiera decir, por los de todas las ciudades de la tierra (de su imperio, se entiende).

[1] No doy con esta palabra, que debe estar notablemente alterada por el amanuense o no ser de la lengua quichua. Pero es de notar que uno de los sitios donde se practicaba cierta ceremonia de esta prolongada fiesta del horadar de las orejas, se llamaba Calispucquiu, o sea fuente o manantial (pucquiu) de Calis. (Nota de Jiménez de la Espada.)

[1] Pero no se entienda por el vaso así llamado: porque Calix o es nombre propio mal escrito, o corrupción de Callis, que alguien traduce esforzado, valeroso. También pudiera ser este calix el cantarillo especial de chicha usado en estas ceremonias, y haber dado su nombre a la fuente. (Nota de Jiménez de la Espada.)

PEDRO CIEZA DE LEÓN

(Llerena, Extremadura, 1521/1522 – Sevilla, 1554)

La serie documental publicada por Miguel Maticorena informa ampliamente acerca de la familia y de la persona de Cieza de León; hasta 1955 poco sabíamos de ésta, nada de aquélla.

Lope de León y Leonor de Cazalla tenían familiares en las Indias, y tal vez poca fortuna en su tierra: por ello sería que en junio de 1535 hicieron embarcar a su hijo Pedro rumbo al Nuevo Mundo. "Habiendo yo salido de España, donde fui nacido y criado, de tan tierna edad, que casi no había enteros trece años y gastado en las Indias del mar Océano tiempo de más de diecisiete años..." Estas palabras autobiográficas escritas en Lima son un rayo de luz para conocer el estado espiritual de Cieza. Su niñez se esfumaba en la niebla de un lejano recuerdo. De los trece años a los treinta bien cumplidos, adolescencia y juventud, Cieza los pasa entre el mar Caribe y los confines con Chile. Allá se hace hombre, descubre el amor, conoce la guerra y siente las dilatadas inquietudes que en su mente, y acaso en su corazón, abría el contraste de las culturas. Cieza es, moralmente, un criollo. Y más que esto, un observador imparcial. Sobre las ruinas del fascinante imperio de los Incas, donde los más únicamente sentían la embriaguez del oro, Cieza manifiesta su respeto admirativo por una alta cultura, elaborada durante siglos y destruida en pocos años.

Cieza pasa su tiempo "en conquistas y descubrimientos... en nuevas poblaciones y en andar por unas y otras partes". Sirve a las órdenes de Jorge Robledo y participa en la fundación de Santa Ana de los Caballeros; más tarde, a las órdenes de Belalcázar, de quien obtiene repetidamente mercedes y beneficios; reside algún tiempo en Arma, en la actual Colombia; toma parte muy destacada en las guerras civiles, acompañando al presidente Gasca en toda la expedición contra los Pizarros.

Por la edad en que Pedro Cieza salió de España, no pudo adquirir allí una sólida formación literaria; sus andanzas de conquistador no le consentían sino lecturas escasas y desordenadas de libros que el azar llevara a sus manos. Esto hace más admirable la personalidad literaria de Cieza.

Temperamento de historiador, activo devoto de la primera musa, "como notase tan grandes y peregrinas cosas como en este Nuevo Mundo hay, vínome gran deseo de escribir algunas dellas, de lo que yo por mis propios ojos había visto y también de lo que había oído a personas dignas de gran crédito". Cronista e historiador, por tanto, cuyo primer móvil de escribir era "porque nadie lo hacía". En 1547 recorre el Perú, para tomar información directa del gobierno y de las instituciones del pueblo incaico. Del propio presidente Gasca recibe materiales y documentos valiosos para su obra. Lo que en ésta hay de cronista de las civilizaciones autóctonas queda amalgamado dentro un vasto plan, sin parejo en su tiempo.

La *Crónica del Perú* estaba concebida en cuatro partes. En la Primera, la geografía del país y las civilizaciones de los pueblos preincaicos; en la Segunda, el imperio y la cultura de los Incas; en la Tercera, el descubrimiento y las guerras de conquista; en la Cuarta, las guerras civiles entre los españoles, divididas en cinco libros. Al final de éstos, dos "Comentarios": unos, sobre las cosas que pasaron en el Perú desde la creación de la Audiencia hasta la salida del presidente Gasca; otro, hasta la llegada del primer virrey don Antonio de Mendoza.

La Primera parte, comenzada en Cartagena (1541) y terminada en Lima (1550), "es la mejor pintura geográfica, natural y física del Perú de aquellos tiempos y revela sucesos que la timidez o la mala fe de otros historiadores ocultó al público" (Vedia).

Sus noticias de lo que hoy es Venezuela, Colombia y el Ecuador, extremadamente interesantes, dan una idea clara de la civilización y de las costumbres de sus naturales. Ciertos aspectos, como por ejemplo los relativos a la vida sexual, incitan la curiosidad de Cieza. Pero lo que más le importa, y a lo cual sacrifica muchas cosas útiles para la historia, es fijar la situación de los poblados, sus distancias, decir de sus dificultades naturales, del clima y de las posibilidades económicas o de aprovechamiento. Con este criterio habla de los indios, tratándolos como elementos económicos. Los datos acerca de las ciudades y caminos tienen el mismo fin utilitario. Diríase que escribe con la intención, muy moderna, de hacer una como guía geográfica y económica, para evitar trabajo a los españoles que llegaran después a aquellas tierras.

La segunda parte de la *Crónica del Perú* difiere mucho de la primera, por la unidad de su tema, referido todo él a la cultura y al imperio de los incas; y por su estilo ceñido, conciso, sin digresiones ni insistencias. Deja la impresión de una obra sedentaria, escrita entre recuerdos y documentos. Seguramente Cieza de León la compuso, o por

lo menos le dio nueva mano, en sus últimos años de Sevilla. Los treinta capítulos de esta parte son el testimonio más antiguo y más directo que los primeros cronistas nos legaron acerca de la civilización incaica. Haber permanecido inédita hasta el siglo XIX benefició en modo extremo a otros historiadores del Perú. Sobre todo, dio oportunidad a la obra, y en todo caso justificó la fama del Inca Garcilaso de la Vega.

En 1551 suena para Cieza de León la hora del regreso. Por poderes se había ya desposado el año anterior con Isabel López de Abreu, de familia interesada en el comercio de Indias. En Sevilla, residencia de los suegros, se casa y se avecinda; allí imprime la primera parte de su *Crónica del Perú* (1553), y continúa su trabajo histórico. En 1554 los acontecimientos se precipitan; fallece Isabel y, a las pocas semanas, la enfermedad que, desde tiempo lo acechaba, lo vence el día dos de julio. Ha podido terminar casi toda su magna obra: sólo quedan inconclusos los dos "comentarios" finales.

El testamento de Cieza de León muestra el respeto que sentía por fray Bartolomé de las Casas, a cuyas manos desea confiar (lo que sus albaceas no cumplieron) el manuscrito de las partes Segunda y Tercera de la *Crónica;* muestra también lo penetrado que estaba de las ideas lascasianas al expresar sus remordimientos por los daños que en acciones guerreras hubiera causado a los indios, a sus pueblos y haciendas.

BIBLIOGRAFÍA

Primera Parte de la Crónica del Perú. 1550.

Ediciones

1553	Sevilla	*Parte Primera de la Crónica del Perú que trata de la demarcación de sus provincias, la descripción dellas, las fundaciones de las nuevas ciudades, los ritos y costumbres de los Indios, con otras cosas extrañas dignas de ser sabidas,* por… Martín Montesdoca, impresor folio, gótico in. 12º.
1555	Amberes	Nucio, impresor, in. 12º.
1555	Amberes	Juan Bellero, impresor.
1853	Madrid	En el vol. II de Vedia.
1941	Madrid	En la colección "Viajes clásicos", de Espasa-Calpe, *con tres mapas.*

1945	Buenos Aires	*La Crónica del Perú,* nuevamente escrita por… "Colección Austral", vol. 507, Espasa-Calpe, *con tres mapas.*

Traducción

1555	Roma	Traducción italiana por Agustín Cravaliz; impresor Valerio Dorigli; in. 8º.

Segunda Parte de la Crónica del Perú.

Edición

1880	Madrid	*Segunda Parte de la Crónica del Perú, que trata del señorío de los Incas Yupanquis y de sus grandes hechos y gobernación,* escrita por… la publica Marcos Jiménez de la Espada. "Biblioteca Hispano-Ultramarina".

[GRANDEZA DE LOS INCAS]

Los incas civilizadores

En tiempos pasados, antes que los incas reinasen, es cosa muy entendida que los naturales destas provincias no tenían los pueblos juntos como ahora los tienen, sino fortalezas con sus fuertes, que llaman *pucaraes,* de donde salían a se dar los unos a los otros guerra; y así siempre andaban recatados y vivían con grandísimo trabajo y desasosiego. Y como los incas reinaron sobre ellos, pareciéndoles mal esta orden y la manera que tenían en los pueblos, mandáronles, procurándolo en unas partes con halagos y en otras con amenazas, y en todos lugares con dones que les hacían, a que tuvieren por bien de no vivir como salvajes, mas antes, como hombres de razón, asentasen sus pueblos en los llanos y laderas de las sierras juntos en barrios, como y de la manera que la disposición de la tierra lo ordenase; y desta manera, los indios, dejados los pucaraes que primeramente tenían, ordenaron sus pueblos de buena manera, así en los valles de los llanos, como en la serranía y llanura de Callao; y para que no tuviesen enojo sobre los campos y heredades, los mismos incas les repartieron los términos, señalando lo que cada uno había de tener, en donde se puso límites, para conocimiento de los que habían y después dellos naciesen. Esto claro lo dicen los indios hoy día, y a mí me lo dijeron en Jauja, adonde dicen que uno de los incas les repartía entre unos y otros los valles y campos que hoy tienen, con la cual orden se han quedado y quedarán. Y por muchos lugares destos que estaban en la sierra, iban echadas acequias sacadas de los ríos con mucho primor y grande ingenio de los que las sacaron; y todos los pueblos, los unos y los otros, estaban llenos de aposentos y depósitos de los reyes, como en muchos lugares está dicho.

Y entendido por ellos cuán gran trabajo sería caminar por tierra tan larga y adonde a cada legua y a cada paso había nueva lengua, y que sería gran dificultad el entender a todos por intér-

pretes, escogiendo lo más seguro, ordenaron y mandaron, so graves penas que pusieron, que todos los naturales de su imperio entendiesen y supiesen la lengua del Cuzco generalmente, así ellos como sus mujeres; de tal manera que, aun la criatura no hubiese dejado el pecho de su madre, cuando le comenzasen a mostrar la lengua que había de saber. Y aunque al principio fue dificultoso, y muchos se pusieron en no querer deprender más lenguas de las suyas propias, los reyes pudieron tanto, que salieron con su intención, y ellos tuvieron por bien de cumplir su mandado; y tan de veras se entendió en ello, que en el tiempo de pocos años se sabía y usaba una lengua en más de mil y doscientas leguas; y aunque esta lengua se usaba, todos hablaban las suyas, que eran tantas, que aunque lo escribiese no lo creerían.

Y como saliese un capitán del Cuzco o alguno de los orejones a tomar cuenta o residencia, o por juez de comisión, entre algunas provincias, o para visitar lo que le era mandado, no hablaba en otra lengua que la del Cuzco, ni ellos con él. La cual es muy buena, breve y de gran comprensión y abastada de muchos vocablos, y tan clara, que en pocos días que yo la traté, supe lo que me bastaba para preguntar muchas cosas por donde quiera que andaba.

[*Crónica del Perú*, segunda parte, cap. XXIV.]

Cantares históricos

Entendí, cuando en el Cuzco estuve,[1] que fue uso entre los reyes incas, que el rey que entre ellos era llamado inca, luego como era muerto, se hacían los lloros generales y continuos, y se hacían los otros sacrificios grandes, conforme a su religión y costumbre; lo cual pasado, entre los más ancianos del pueblo se trataba sobre qué tal había sido la vida y costumbres de su rey ya muerto, y qué había aprovechado a la república, o qué batalla había vencido que dado se hubiese contra los enemigos; y tratadas estas cosas entre ellos, y otras que no entendemos, por entero, se determinaban, si el rey difunto había sido tan venturoso que dél quedase loable fama, para que por su valentía y buen gobierno mereciese que para siempre quedase entre ellos, mandaban llamar los grandes quipos-camayos, donde las cuentas se fe-

necen y sabían dar razón de las cosas que sucedido habían en el reino, para que éstos lo comunicasen con otros quentrellos, siendo escogidos por más retóricos y abundantes de palabras, saben contar por buena orden cada cosa de lo pasado, como entre nosotros se cuentan por romances y villancicos; y éstos en ninguna cosa entienden que en aprender y saberlos componer en su lengua, para que sean por todos oídos en regocijos de casamientos y otros pasatiempos que tienen para aquel propósito. Y así, sabido lo que se ha de decir de lo pasado en semejantes fiestas de los señores muertos, y si se trata de guerra, por el consiguiente con orden galana cantaban de muchas batallas que en lugares de una y otra parte del reino se dieron; y por el consiguiente, para cada negocio tenían ordenados sus cantares o romances que, viniendo a propósito, se cantasen, para que por ellos se animase la gente con lo oír y entendiesen lo pasado en otros tiempos, sin lo ignorar, por entero. Y estos indios que por mandado de los reyes sabían estos romances, eran honrados por ellos y favorecidos, y tenían cuidado grande de los enseñar a sus hijos y a hombres de sus provincias los más avisados y entendidos que entre todos se hallaban; y así, por las bocas de unos lo sabían otros, de tal manera, que hoy día entre ellos cuentan lo que pasó ha quinientos años, como si fueran diez.

Y entendida la orden que se tenía para no se olvidar de lo que pasaba en el reino, es de saber que muerto el rey dellos, si valiente había sido y bueno para la gobernación del reino, sin haber perdido provincia de las que su padre les dejó, ni usado de bajezas ni poquedades, ni hecho otros desatinos que los príncipes locos con la soltura se atreven a hacer en su señorío, era permitido y ordenado por los mismos reyes que fuesen ordenados cantares honrados y que en ellos fuesen muy alabados y ensalzados, en tal manera, que todas las gentes admirasen en oír sus hazañas y hechos tan grandes, y que éstos no siempre ni en todo lugar fuesen publicados ni apregonados, sino cuando estuviese hecho algún ayuntamiento grande de gente venida de todo el reino para algún fin, y cuando se juntasen los señores principales con el rey en sus tiempos y solaces, o cuando hacían los *taquis* o borracheras suyas. En estos lugares, los que sabían los romaces, a voces grandes, mirando contra el Inca, le cantaban lo

que por sus pasados había sido hecho; y si entre los reyes alguno salía remiso, cobarde, dado a vicios y amigo de holgar sin acrecentar el señorío de su imperio, mandaban que destos tales hubiese poca memoria o casi ninguna; y tanto miraban esto, que si alguna se hallaba, era por no olvidar el nombre suyo y la sucesión; pero en lo demás se callaba, sin contar los cantares de otros que de los buenos y valientes. Porque tuvieron en tanto sus memorias, que, muerto uno destos señores tan grandes, no aplicaba su hijo para sí otra cosa que el señorío, porque era ley entre ellos que la riqueza y el aparato real del que había sido rey del Cuzco, no lo hubiese otro en su poder, ni se perdiese su memoria; para lo cual se hacía un bulto de mano, con la figura que ellos ponerle querían, al cual llamaban del nombre del rey ya muerto; y solían estos bultos ponerse en la plaza del Cuzco, cuando se hacían sus fiestas, y en rededor de cada bulto destos reyes estaban sus mujeres y criados, y venían todos, aparejándose allí su comida y bebida, porque el Demonio debía de hablar en aquellos bultos, pues que esto por ellos se usaba; y cada bulto tenía sus truhanes o decidores, questaban con palabras alegres contentando al pueblo; y todo el tesoro que el señor tenía siendo vivo, estaba en poder de sus criados y familiares, y se sacaba a las fiestas semejantes con gran aparato; sin lo cual, no dejaban de tener sus *chácaras,* ques nombre de heredades, donde cogían sus maíces y otros mantenimientos con que sustentaban las mujeres con toda la demás familia destos señores que tenían bultos y memorias, aunque ya eran muertos. Y cierto esta usanza fue harta parte para que en este reino hubiese la suma tan grande de tesoros que se han visto por nuestros ojos; y a españoles conquistadores he oído que, cuando, descubriendo las provincias del reino, entraron en el Cuzco, había destos bultos, lo cual pareció ser verdad, cuando desde a poco tiempo, queriendo tomar la borla Manco Inca Yupanqui, hijo de Huayna Capac, públicamente fueron sacados en la plaza del Cuzco, a vista de todos los españoles e indios que en ella en aquel tiempo estaban.

Verdad es, que habían ya habido los españoles mucha parte del tesoro, y lo demás se escondió y puso en tales partes, que pocos o no ninguno debe saber dél; ni de los bultos ni otras co-

sas suyas grandes hay ya otra memoria que la que ellos dan y tienen en sus cantares.[1]

Fue ordenado por los incas lo que ya habemos escrito acerca del poner los bultos en sus fiestas, y en que se escogiesen algunos de los más sabios dellos, para que en cantares supiesen la vida de los señores qué tal había sido y cómo se había habido en el gobierno del reino, para el efecto por mí dicho. Y es tiempo de saber que, sin esto, fue costumbre dellos y ley muy usada y guardada, de escoger cada uno, en tiempo de su reinado, tres o cuatro hombres ancianos de los de su nación, a los cuales, viendo que para ello eran hábiles y suficientes, les mandaba que todas las cosas que sucediesen en las provincias durante el tiempo de su reinado, ora fuesen prósperas, ora fuesen adversas, las tuviesen en la memoria, y dellas hiciesen y ordenasen cantares, para que por aquel sonido se pudiese entender en lo futuro haber así pasado; con tanto questos cantares no pudiesen ser dichos ni publicados fuera de la presencia del Señor; y eran obligados éstos que habían de tener esta razón durante la vida del rey, no tratar ni decir cosa alguna de lo que a él tocaba, y luego que era muerto, al sucesor en el imperio le decían, casi por estas palabras: "¡Oh inca grande y poderoso, el Sol y la Luna, la Tierra, los montes y los árboles, las piedras y tus padres te guarden de infortunio y hagan próspero, dichoso y bienaventurado sobre todos cuantos nacieron! Sábete, que las cosas que sucedieron a tu antecesor son éstas". Y luego en diciendo esto, los ojos puestos al suelo y bajadas las manos, con gran humildad le daban cuenta y razón de todo lo que ellos sabían; lo cual podrían muy bien hacer, porque entre ellos hay muchos de gran memoria, sutiles de ingenio, y de vivo juicio, y tan abastados de razones, como hoy día somos testigos los que acá estamos y los oímos. Y así, dicho esto, luego que por el rey era entendido, mandaba llamar a otros de sus indios viejos, a los cuales mandaba que tuviesen cuidado de saber los cantares que aquéllos tenían en la memoria, y de ordenar otros de nuevo de lo que pasaba en el tiempo de su reinado, y que las cosas que se gastaban y lo que las provincias contribuían, se asentasen en los *quipos,* para que supiesen lo que daban y contribuyan muerto él y reinando su progenitor. Y si no era en un día de gran regocijo, o en otro que hu-

biese lloro o tristeza por muerte de algún hermano o hijo del rey, porque estos tales días se permitía contar su grandeza dellos y su origen y nacimiento, fuera destos, a ninguno era permitido tratar dello, porque estaba así ordenado por los señores suyos y si lo hacían, eran castigados rigurosamente.

[*Crónica del Perú,* segunda parte, caps. XI y XII.]

Los "quipos" o contadores

Sin lo cual, tuvieron otra orden para saber y entender cómo se había de hacer en la contribución, en las provincias, de los mantenimientos, ora pasase el rey con el ejército, ora fuese visitando el reino, o que sin hacer nada desto, se entendiese lo que entraba en los depósitos y pagaba a los súbditos, de tal manera, que no fuesen agraviados, tan buena y sutil, que excede en artificio a los *carastes* que usaron los mexicanos para sus cuentas y contratación; y esto fue los *quipos,* que son ramales grandes de cuerdas anudadas, y los que desto eran contadores y entendían el guarismo destos nudos, daban por ellos razón de los gastos que habían hecho, o de otras cosas que hubiesen pasado de muchos años atrás; y en estos nudos contaban de uno hasta diez, y de diez hasta ciento, y de ciento hasta mil; y en uno destos ramales está la cuenta de lo uno, y en otro lo del otro; de tal manera esto, que para nosotros es una cuenta donosa y ciega, y para ellos singular. En cada cabeza de provincia había contadores a quien llamaban *quipos-camayos,*[1] y por estos nudos tenían la cuenta y razón de lo que habían de tributar los questaban en aquel distrito, desde la plata, oro, ropa y ganado, hasta la leña y las otras cosas más menudas, y por los mismos *quipos* se daba a cabo de un año, o de diez, o de veinte, razón a quien tenía comisión de tomar la cuenta, tan bien, que un par de alpargatas no se podían esconder.

Yo estaba incrédulo en esta cuenta, y aunque lo oía afirmar y tratar, tenía lo más dello por fábula; y estando en la provincia de Jauja, en lo que llaman Marcavillca, rogué al señor Guacarapora que me hiciese entender la cuenta dicha de tal manera que yo me satisficiese a mí mismo, para estar cierto que era fiel y verdadera; y luego mandó a sus criados que fuesen por los *quipos,* y

como este señor sea de buen entendimiento y razón por ser indio, con mucho reposo satisfizo a mi demanda, y me dijo, que para que mejor lo entendiese, que notase que todo lo que por su parte había dado a los españoles desde que entró el gobernador don Francisco Pizarro en el valle, estaba allí sin faltar nada: y así vi la cuenta del oro, plata, ropa que habían dado, con todo el maíz, ganado y otras cosas, que en verdad yo quedé espantado dello, y es de saber otra cosa, que tengo para mí por muy cierto, según han sido las guerras largas, y las crueldades, robos y tiranías que los españoles han hecho en estos indios, que si ellos no estuvieran hechos a tan grande orden y concierto, totalmente se hubieran todos consumido y acabado; pero ellos, como entendidos y cuerdos y que estaban impuestos por príncipes tan sabios, entre todos determinaron que si un ejército de españoles pasase por cualquiera de las provincias, que si no fuere el daño que por ninguna vía se puede excusar, como es destruir las sementeras y robar las casas y hacer otros daños mayores questos, que en lo demás, todas las comarcas tuviesen en el camino real, por donde pasaban los nuestros, sus contadores, y éstos tuviesen proveimiento lo más amplio que ellos pudiesen, porque con achaque no los destruyesen del todo; y así eran proveídos; y después de salidos, juntos los señores, iban los *quipos* de las cuentas, y por ellos, si uno había gastado más que otro, lo que menos habían proveído lo pagaban, de tal suerte, que iguales quedasen todos.

Y en cada valle hay esta cuenta hoy día, y siempre hay en los aposentos tantos contadores como en él hay señores, y de cuatro en cuatro meses fenecen sus cuentas por la manera dicha, y con la orden que han tenido, han podido sufrir combates tan grandes, que si Dios fuese servido que del todo hubiesen cesado con el buen tratamiento que en este tiempo reciben, y con la buena orden y justicia que hay, se restaurarían y multiplicarían, para que en alguna manera vuelva a ser este reino lo que fue, aunque yo creo que será tarde o nunca. Y es verdad que yo he visto pueblos, y pueblos bien grandes, y de una sola vez que cristianos españoles pasen por él, quedar tal, que no parecía sino que fuego lo había consumido; y como las gentes no eran de tanta razón, ni unos a otros se ayudaban, perdíanse después con hambres y enfermedades, porque entre ellos hay poca caridad, y

cada uno es señor de su casa, y no quiere más cuenta. Y esta orden del Perú débese a los señores que lo mandaron y supieron ponerla en todas las cosas tan grande como vemos los que acá estamos, por estas y otras cosas mayores.

[*Crónica del Perú,* segunda parte, cap. XII.]

Los "mitimaes". Colonización interior

En este capítulo quiero escribir lo que toca a los indios que llaman *mitimaes,* pues en el Perú tantas cosas dellos se cuentan, y tanto por los incas fueron honrados y previlegiados y tenidos, después de los orejones, por los más nobles de las provincias; y esto digo, porque en la *Historia,* que llaman *de Indias,* está escrito por el autor, que estos *mitimaes* eran esclavos de Huaina Capac.[1] En estos descuidos caen todos los que escriben por relación y cartapacios, sin ver ni saber la tierra de donde escriben, para poder afirmar la verdad.

En la mayor parte de las provincias del Perú, o en todas ellas, había y aún hay de estos *mitimaes,* y tenemos entendido que hubo tres maneras o suertes dellos; lo cual convino grandemente para la sustentación dél y para su conservación, y aun para su población; y entendido cómo y de qué manera estaban puestos estos *mitimaes* y lo que hacían y entendían, conocerán los lectores cómo supieron los incas acertar en todo para la gobernación de tantas tierras y provincias como mandaron.

Mitimaes llaman a los que son traspuestos de una tierra en otra; y la primera manera o suerte de *mitimaes* mandada poner por los incas, era, que después que por ellos había sido conquistada alguna provincia o traída nuevamente a su servicio, tuvieron tal orden para tenerla segura, y para que con brevedad los naturales y vecinos della supiesen cómo la habían de servir y de tener, y para desde luego entendiesen lo demás que entendían y sabían sus vasallos de muchos tiempos, y para que estuviesen pacíficos y quietos, y no todas veces tuviesen aparejo de se rebelar, y si por caso se tratase dello, hubiese quien lo estorbase, trasmutaban de las tales provincias la cantidad de gente que della parecía convenir que saliese; a los cuales mandaban pasar a poblar otra tierra del temple y manera de donde salían, si fría

fría, si caliente caliente, en donde les daban las tierras y campos y casas tanto y más como dejaron; y de las tierras y provincias que de tiempo largo tenían pacíficas y amigables y que habían conocido voluntad para su servicio, mandaban salir otros tantos o más y entremeterlos en las tierras nuevamente ganadas y entre los indios que acababan de sojuzgar, para que deprendiesen dellos las cosas arriba dichas, y los impusiesen en su buena orden y policía, para que, mediante este salir de unos y entrar de otros, estuviese todo seguro con los gobernadores y delegados que se ponían, según y como dijimos en los capítulos de atrás.

Y conociendo los incas cuánto se siente por todas las naciones dejar sus patrias y naturalezas propias, porque con buen ánimo tomasen aquel destierro, es averiguado que honraban a estos tales que se mudaban, y que a muchos dieron brazaletes de oro y de plata y ropas de lana y de pluma y mujeres, y eran privilegiados en otras muchas cosas; y así, entre ellos había espías que siempre andaban escuchando lo que los naturales hablaban e intentaban, de lo cual daban aviso a los delegados, o con prisa grande iban al Cuzco a informar dello al Inca. Con esto, todo estaba seguro y los *mitimaes* temían a los naturales y los naturales a los *mitimaes,* y todos entendían en obedecer y servir llanamente. Y si en los unos o en los otros había motines o tramas o juntas, hacíanse grandes castigos; porque losincas, algunos dellos fueron vengativos y castigaban sin templanza y con gran crueldad.

FIGURA 4. Representación de las llamas. Pedro Cieza de León, *Crónica del Perú*, Amberes, 1554. (Fuente: Santiago Sebastián, *Iconografía del indio americano, siglos XVI-XVII*, prólogo de Dietrich Briesemeister, Madrid, Ediciones Tuero, 1992, p. 95.)

Para este efecto estaban puestos los unos *mitimaes*, de los cuales sacaban muchos para ovejeros y rabadanes de los ganados de los Incas y del sol, y otros para roperos, y otros para plateros, y otros para canteros y para labradores; y para dibujar y esculpir y hacer bultos; en fin, para lo que más les mandaban y dellos requerían servir. Y también mandaban que de los pueblos fuesen a ser *mitimaes* a las montañas de los Andes, a sembrar maíz y criar la coca y beneficiar los árboles de fruta, y proveer de la que faltaba en los pueblos donde con los fríos y con las nieves no se pueden dar ni sembrar estas cosas.

Para el segundo efecto que los *mitimaes* se pusieron, fue, porque los indios de las fronteras de los Andes, como son chunchos y moxos cheriguanaes, que los más dellos tienen sus tierras a la parte de Levante a la decaída de las sierras, y son gentes bárbaras y muy belicosas, y que muchos dellos comen carne humana, y que muchas veces salieron a dar guerra a los naturales de acá y les destruían sus campos y pueblos, llevando presos los que dellos podían; para remedio desto, había en muchas partes capi-

tanías y guarniciones ordinarias, en las cuales estaban algunos orejones. Y porque la fuerza de la guerra no estuviese en una nación, ni presto supiesen concertarse para alguna rebelión o conjuración, sacaban para soldados destas capitanías, *mitimaes* de las partes y provincias que convenían, los cuales eran llevados adonde digo, y tenían sus fuertes, que son *pucaraes,* para defenderse, si tuviesen necesidad; y proveían de mantenimiento a esta gente de guerra, del maíz y otras cosas de comida que los comarcanos proveían de sus tributos y derramas que les eran echadas; y la paga que se les hacía, era, en algunos tiempos mandarles dar algunas ropas de lana y plumas o brazaletes de oro y de plata a los que se mostraban más valientes; y también les daban mujeres de las muchas que en cada provincia estaban guardadas en nombre del inca; y como todas las más eran hermosas, teníanlas y estimábanlas en mucho. Sin esto, les daban otras cosas de poco valor; lo cual tenían cargo de proveer los gobernadores de las provincias, porque tenían mando y poder sobre los capitanes a quien estos *mitimaes* obedecían. Y sin las partes dichas, tenían algunas destas guarniciones en las fronteras de los chachapoyas y bracamoros y en el Quito y en Caranque, que es adelante del Quito, al Norte, junto a la provincia que llaman de Popayán, y en otras partes donde sería menester, así en Chile como en los llanos y sierras.

La otra manera de poner *mitimaes* era más extraña; porque, aunque esotras son grandes, no es novedad poner capitanes y gente de guarnición en fronteras, puesto que hasta ahora no ha faltado quien así lo haya acertado a hacer; y era, que si por caso, andando conquistando la tierra de sierras o valles o campaña o en ladera aparejada para labranza y crianza, y que fuese de buen temple y fértil, que estuviese desierta y despoblada, que fuese como he dicho y teniendo las partes que he puesto, luego con mucha presteza mandaban que de las provincias comarcanas que tuviesen el mismo temple que aquéllas, para la sanidad de los pobladores, que viniesen tantos que bastasen a poblarlas, a los cuales luego repartían los campos, proveyéndolos de ganados y mantenimientos todo lo que habían menester, hasta tener fruto de sus cosechas; y tan buenas obras se hacían a estos tales, y tanta diligencia en ello mandaba poner el rey, que en breve

tiempo estaba poblado y labrado y tal, que era gran contento verlo. Y desta manera se poblaron muchos valles en los llanos y pueblos en la serranía de los que los Incas veían, como de los que por relación sabían haber en otras partes; y a estos nuevos pobladores, por algunos años no les pedían tributo ni ellos lo daban, antes eran proveídos de mujeres y coca y mantenimientos, para que con mejor voluntad entendieren en sus poblaciones.

Y desta manera había en estos reinos, en los tiempos de los Incas, muy poca tierra que pareciese fértil que estuviese desierta, sino todo tan poblado como saben los primeros cristianos que en este reino entraron. Que por cierto no es pequeño dolor contemplar, que siendo aquellos Incas gentiles e idólatras, tuviesen tan buena orden para saber gobernar y conservar tierras tan largas, y nosotros, siendo cristianos, hayamos destruido tantos reinos; porque, por donde quiera que han pasado cristianos conquistando y descubriendo, otra cosa no parece sino que con fuego se va todo gastando. Y hase de entender, que la ciudad del Cuzco también estaba llena de gentes extranjeras, todo de industria; porque habiendo muchos linajes de hombres, no se conformasen para levantamiento ni otra cosa que fuese de servicio del rey; y de esto hoy día están en el Cuzco chachapoyas y cañares y de otras partes, de los que han quedado de los que allí se pusieron.

Tiénese por muy cierto de los *mitimaes,* que se usaron desde Inca Yupanqui, el que puso las postas, y el primero que entendió en engrandecer el templo de Curicancha, como se dirá en su lugar; y aunque otros algunos indios dicen que fueron puestos *mitimaes* desde el tiempo de Viracocha Inca, padre de Inca Yupanqui, podralo creer quien quisiere, que yo hice tanta averiguación sobre ello, que torno a afirmar haberlo inventado Inca Yupanqui; y así lo creo y tengo para mí.

[*Crónica del Perú,* segunda parte, cap. XXII.]

Defensa de los incas

En este reino del Perú, pública fama es entre todos los naturales dél, cómo en algunos pueblos de la comarca de Puerto Viejo se usaba el pecado nefando de la sodomía, y también en otras

tierras habría malos como en las demás del mundo. Y notaré de esto una gran virtud destos Incas, porque, siendo señores tan libres y que no tenían a quien dar cuenta, y ni había ninguno tan poderoso entre ellos que se la tomase, y que en otra cosa no entendían las noches y los dioses que en darse a lujuria con sus mujeres, y otros pasatiempos: y jamás se dice ni cuenta que ninguno dellos usaba el pecado susodicho, antes aborrecían a los que lo usaban, teniéndolos en poco como a viles apocados, pues en semejante suciedad se gloriaban. Y no solamente en sus personas no se halló este pecado, pero ni aun consentían estar en sus casas ni palacios ningunos que supiesen que lo usaban; y aun sin todo esto, me parece que oí decir, que si por ellos era sabido de alguno que tal pecado hubiese cometido, castigaban [le] con tal pena, que fuese señalado y conocido entre todos. Y en esto no hay que dudar, sino antes se ha de creer que en ninguno dellos cupo tal vicio, ni de los orejones, ni de otras muchas naciones; y los que han escrito generalmente de los indios, condenándolos en general en este pecado, afirmando que son todos sodomáticos, han acargádose en ello y, cierto, son obligados a desdecirse, pues así han querido condenar tantas naciones y gentes, que son harto más limpios en esto de lo que yo puedo afirmar. Porque, dejando aparte lo de Puerto Viejo, en todo el Perú no se hallaron estos pecadores, sino como es en cada caso y en todo lugar uno, o seis, u ocho, o diez, y éstos, que de secreto se daban a ser malos; porque los que tenían por sacerdotes en los templos, con quien es fama que en los días de fiesta se ayuntaban con ellos los señores, no pensaban ellos que cometían maldad ni que hacían pecado, sino por sacrificio y engaño del Demonio se usaba. Y aunque por ventura podría ser que los Incas ignorasen que tal cosa en los templos se cometiese; [y] puesto que disimulaban algo, era por no hacerse mal quistos, y con pensar que bastaba que ellos mandasen por todas partes adorar el sol y a los más sus dioses, sin entremeterse en prohibir religiones y costumbres antiguas, que es a par de muerte a los que con ellas nacieron quitárselas.

Y aun también tenemos por entendido que antiguamente, antes que los Incas reinasen, en muchas provincias andaban los hombres como salvajes, y los unos salían a se dar guerra a los

otros, y se comían como ahora hacen los de la provincia de Arma y otros de sus comarcas; y luego que reinaron los Incas, como gente de gran razón y que tenían santas y justas costumbres y leyes, no solamente ellos no comían aquel manjar, porque de otros muchos ha sido y es muy estimado, pero pusiéronse en quitar tal costumbre a los que con ellos trataban, y de tal manera, que en poco tiempo se olvidó y totalmente se tiró, que en todo su señorío, que era tan grande, no se comían ya de muchos años antes. Los que ahora han sucedido, muestran que en ello les vino beneficio notable de los incas, por no imitar ellos a sus antepasados en comer aqueste manjar, en los sacrificios de hombres y niños.

Publican unos y otros —que aún, por ventura, algún escritor destos que de presto se arroja lo escribirá— que mataban, había días de sus fiestas, mil o dos mil niños y mayor número de indios; y esto y otras cosas son testimonio que nosotros los españoles levantamos a estos indios, queriendo con estas cosas que dellos contamos, encubrir nuestros mayores yerros y justificar los malos tratamientos que de nosotros han recibido. No digo yo que no sacrificaban y que no mataban hombres y niños en los tales sacrificios; pero no era lo que se dice ni con mucho. Animales y de sus ganados sacrificaban, pero criaturas humanas menos de lo que yo pensé, y harto, según contaré en su lugar.

Así que, tengo sabido por dicho de los orejones antiguos, que estos incas fueron limpios en este pecado, y que no usaban de otras costumbres malas de comer carne humana, ni andar envueltos en vicios públicos, ni eran desordenados, antes ellos a sí propios se corregían. Y si Dios permitiera que tuvieran quien con celo de cristiandad, y no con ramo de codicia, en lo pasado les dieran entera noticia de nuestra sagrada religión, era gente en quien bien imprimiera, según vemos por lo que ahora con la buena orden que hay se obra. Pero, dejemos lo que se ha hecho, a Dios, quél sabe por qué; y en lo que de aquí adelante se hiciere, supliquémosle nos dé su gracia, para que paguemos en algo a gentes que tanto debemos y que tan poco nos ofendió para haber sido molestados de nosotros, estando el Perú y las demás Indias tantas leguas d'España, y tantos mares en medio.

[*Crónica del Perú*, segunda parte, cap. xxv.]

[DE ALGUNOS PUEBLOS SOMETIDOS POR LOS INCAS]

Ritos y sacrificios de los indios de la provincia de Arma y cuán grandes carniceros son de carne humana

Las armas que tienen estos indios son dardos, lanzas, hondas, tiraderas con sus estólicas; son muy grandes voceadores; cuando van a la guerra llevan muchas bocinas y atambores y flautas y otros instrumentos. En gran manera son cautelosos y de poca verdad, ni la paz que prometen sustentan. Muy grande es el dominio y señorío que el demonio, enemigo de natura humana, por los pecados de aquesta gente sobre ellos tuvo, permitiéndolo Dios; porque muchas veces era visto visiblemente por ellos. En aquellos tablados tenían muy grandes manojos de cuerdas de cabuya, a manera de crizneja (la cual nos aprovechó para hacer alpargatas), tan largas que tenían a más de cuarenta brazas cada una de aquestas sogas; de lo alto del tablado ataban los indios que tomaban en la guerra por los hombros y dejábanlos colgados, y a algunos dellos les sacaban los corazones y los ofrecían a sus dioses, al demonio, a honra de quien se hacían aquellos sacrificios, y luego, sin tardar mucho, comían los cuerpos de los que así mataban.

Casa de adoración no se ha visto ninguna, más de que en las casas o aposentos de los señores tenían un aposento muy esterado y aderezado; en Paucora vi yo uno destos oratorios como adelante diré; en lo secreto dellos estaba un retrete, y en él había muchos incensarios de barro, en los cuales, en lugar de incienso, quemaban ciertas hierbas menudas; yo las vi en la tierra de un señor desta provincia, llamado Yayo, y eran tan menudas que casi no salían de la tierra; unas tenían una flor muy negra y otras la tenían blanca; en el olor parecían a verbena; y éstas, con otras resinas, quemaban delante de sus ídolos; y después que han hecho otras supersticiones viene el demonio, el cual cuentan que les aparece en figura de indio y los ojos muy resplandecientes, y a los sacerdotes o ministros suyos daban la respuesta de lo que preguntaban y de lo que querían saber.

Hasta ahora en ninguna destas provincias están clérigos ni frailes, ni osan estar, porque los indios son tan malos y carnice-

ros que muchos han comido a los señores que sobre ellos tenían encomienda; aunque cuando van a los pueblos de los españoles los amonestan que dejen sus vanidades y costumbres gentílicas y se alleguen a nuestra religión, recibiendo agua del bautismo; y permitiéndolo Dios, algunos señores de las provincias desta gobernación se han tornado cristianos, y aborrecen al diablo y escupen de sus dichos y maldades.

La gente desta provincia de Arma son de medianos cuerpos, todos morenos; tanto, que en la color los indios e indias destas partes (con haber tanta multitud de gentes que casi no tienen número, y tan gran diversidad y largura de tierra) parece que todos son hijos de una madre y de un padre; las mujeres destos indios son de las feas y sucias que yo vi en todas aquellas comarcas; andan ellas y ellos desnudos, salvo que para cubrir sus vergüenzas se ponen delante dellas unos maures tan anchos como un palmo y tan largos como palmo y medio; con esto se tapan la delantera, lo demás todo anda descubierto. En aquella tierra no tendrán los hombres deseo de ver las piernas a las mujeres, pues que ahora haga frío o sientan calor nunca las tapan; algunas de las mujeres andan trasquiladas, y lo mismo sus maridos.

Los señores se casan con las mujeres que más les agradan; la de una destas se tiene por la más principal; y los demás indios cásanse unos con hijas y hermanas de otros, sin orden ninguna, y muy pocos hallan las mujeres vírgenes; los señores pueden tener muchas, los demás, a una y a dos y a tres, como tiene la posibilidad; en muriéndose los señores o principales, los entierran dentro de sus casas o en lo alto de los cerros, con las ceremonias y lloros que acostumbran, los que de suso he dicho; los hijos heredan a los padres en el señorío y en las casas y tierras; faltando hijo, lo hereda el que lo es de la hermana y no del hermano.

Son tan amigos de comer carne humana estos indios que se ha visto haber tomado indias tan preñadas que querían parir, y con ser de sus mismos vecinos, arremeter a ellas y con gran presteza abrirles el vientre con sus cuchillos de pedernal o de caña y sacar la criatura; y habiendo hecho gran fuego, en un pedazo de olla tostarlo y comerlo luego, y acabar de matar la madre, y con las inmundicias comérsela con tanta priesa, que era cosa de espanto. Por los cuales pecados y otros que estos indios

cometen ha permitido la divina Providencia que, estando tan desviados de nuestra región de España que casi parece imposible que se pueda andar de una parte a otra, hayan abierto caminos y carreras por la mar tan larga del océano y llegado a sus tierras, a donde solamente diez o quince cristianos que se hallan juntos acometen a mil, a diez mil dellos, y los vencen y sujetan; lo cual también creo no venir por nuestros merecimientos, pues somos tan pecadores, sino por querer Dios castigarlos por nuestra mano, pues permite lo que se hace. Pues volviendo al propósito, estos indios no tienen creencia, a lo que yo alcancé, ni entienden más de lo que permite Dios que el demonio les diga.

El mando que tienen los caciques o señores sobre ellos no es más de que les hacen sus casas y les labran sus campos, sin lo cual les dan mujeres las que quieran y les sacan de los ríos oro, con que contratan en las comarcas; y ellos se nombran capitanes en las guerras y se hallan con ellos en las batallas que dan. En todas las cosas son de poca constancia; no tienen vergüenza de nada ni saben qué cosa sea virtud, y en malicias son muy astutos unos para con otros. Por todas estas partes las mujeres paren sin parteras, y aun por todas las más de las Indias; y en pariendo, luego se van a lavar ellas mismas al río, haciendo lo mismo a las criaturas, y ahora ni momento no se guardan del aire ni sereno; ni les hace mal; y veo que muestran tener menos dolor cincuenta destas mujeres que quieren parir que una sola de nuestra nación. No sé si va en el regalo de las unas o en ser bestiales las otras.

[*Crónica del Perú,* primera parte, cap. XIX.]

Los indios cañares

Los naturales desta provincia, que han por nombre los cañares, son de buen cuerpo y de buenos rostros. Traen los cabellos muy largos, y con ellos dada una vuelta a la cabeza de tal manera, que con ella y con una corona que se ponen redonda de palo, tan delgado como aro de cedazo, se ve claramente ser cañares, porque para ser conocidos traen esta señal. Sus mujeres, por el consiguiente, se precian de traer los cabellos largos y dar otra vuelta con ellos en la cabeza, de tal manera que son tan conoci-

das como sus maridos. Andan vestidos de ropa de lana y de algodón, y en los pies traen *ojotas,* que son a manera de albarcas. Las mujeres son algunas hermosas y no poco ardientes en lujuria, amigas de españoles. Son estas mujeres para mucho trabajo, porque ellas son las que cavan las tierras y siembran los campos y cogen las sementeras, y muchos de sus maridos están en sus casas tejiendo e hilando y aderezando sus armas y ropa, y curando sus rostros y haciendo otros oficios afeminados.

Las casas que tienen los naturales cañares, de quien voy hablando, son pequeñas, hechas de piedra, la cobertura de paja. Es la tierra fértil y muy abundante de mantenimientos y caza. Adoran al sol, como los pasados. Los señores se casan con las mujeres que quieran y más les agrada, y aunque éstas sean muchas, una es la principal. Y antes que se casen hacen gran convite, en el cual, después que han comido y bebido a su voluntad, hacen ciertas cosas a su uso. El hijo de la mujer principal hereda el señorío, aunque el señor tenga otros muchos hijos habidos en las demás mujeres. A los difuntos los metían en las sepulturas de la suerte que hacían sus comarcanos, acompañados de mujeres vivas, y meten con ellos de sus cosas ricas, y usan de las armas y costumbres que ellos. Son algunos grandes agoreros y hechiceros; pero no usan el pecado nefando ni otras idolatrías, más de que cierto solían estimar y reverenciar al diablo, con quien hablaban los que para ello estaban elegidos. En ese tiempo son ya cristianos los señores, y se llamaba (cuando yo pasé por Tumebamba) el principal dellos don Fernando.

[*Crónica del Perú,* primera parte, cap. XLIV.]

Los indios carangues

Los carangues y sus comarcanos es otro linaje de gente, y no son labrados, y eran de menos saber que sus vecinos, porque eran behetrías; por causas muy livianas se daban guerras unos a otros.

En naciendo la criatura le abajaban la cabeza, y después la ponían entre dos tablas, liada de tal manera que cuando era de cuatro o cinco años le quedaba ancha o larga y sin colodrillo; y esto muchos lo hacen, y no contentándose con las cabezas que Dios

les da, quieren ellos darles el talle que más les agrada; y así unos la hacen ancha y otros larga. Decían ellos que ponían destos talles las cabezas porque serían más sanos y para más trabajo. Algunas destas gentes, especialmente los que están abajo del pueblo de Colima a la parte del norte, andaban desnudos y se contrataban con los indios de la costa que va de largo hacia el río de San Juan. Y cuentan que Guaynacapa llegó, después de haberle muerto a sus capitanes hasta Colima, adonde mandó hacer una fortaleza; y como viese andar los indios desnudos, no pasó adelante, antes dicen que dio la vuelta, mandando a ciertos capitanes suyos que contratasen y señoreasen lo que pudiesen, y llegaron por entonces al río de Santiago. Y cuentan muchos españoles que hay vivos en este tiempo, de los que vinieron con el adelantado don Pedro de Albarado (especialmente lo oí al mariscal Alonso de Albarado y a los capitanes Garcilaso de la Vega y Juan de Saavedra, y a otro hidalgo que ha por nombre Suer de Cangas), que como el adelantado don Pedro llegase a desembarcar con su gente en esta costa, y llegado a este pueblo, hallaron gran cantidad de oro y plata en vasos y otras joyas preciadas; sin lo cual hallaron gran número de esmeraldas, que si las conocieran y guardaran se hubiera por su valor mucha suma de dinero; mas como todos afirmasen que eran de vidrio y que para hacer la experiencia (porque entre algunos se platicaba que podrían ser piedras) las llevaban donde tenían una bigornia, y que allí con martillo la quebraban, diciendo que si eran de vidrio luego se quebrarían, y si eran piedras se pararían más perfectas en los golpes. De manera que por falta de conocimiento y poca experiencia quebraron muchas destas esmeraldas, y pocos se aprovecharon dellas, ni tampoco del oro y plata gozaron porque pasaron grandes hambres y fríos, y por las montañas y caminos se dejaban las cargas del oro y de la plata.

[*Crónica del Perú,* primera parte, cap. L.]

El dios esmeralda de Manta

Así, estos indios, no embargante que adoraban al sol y a la luna, también adoraban en árboles, en piedras y en la mar, y en la tierra, y en otras cosas que la imaginación les daba. Aunque, se-

gún yo me informé, en todas las más partes destas que tenían por sagradas era visto por sus sacerdotes el demonio, con el cual comunicaban no otra cosa que perdición para sus ánimas. Y así, en el templo más principal de Pachacama tenían una zorra en grande estimación, la cual adoraban.

Y en otras partes, como iré recontando en esta historia, y en esta comarca, afirman que el señor de Manta tiene o tenía una piedra de esmeralda, de mucha grandeza y muy rica, la cual tuvieron y poseyeron sus antecesores por muy venerada y estimada, y algunos días la ponían en público, y la adoraban y reverenciaban como si estuviera en ella encerrada alguna deidad. Y como algún indio o india estuviese malo, después de haber hecho sus sacrificios iban a hacer oración a la piedra, a la cual afirman que hacían servicio de otras piedras, haciendo entender el sacerdote que hablaba con el demonio que venía la salud mediante aquellas ofrendas; las cuales después el cacique y otros ministros del demonio aplicaban a sí porque de muchas partes de la tierra adentro venían los que estaban enfermos al pueblo de Manta a hacer los sacrificios y a ofrecer sus dones. Y así, me afirmaron a mí algunos españoles de los primeros que descubrieron este reino hallar mucha riqueza en este pueblo de Manta, y que siempre dio más que los comarcanos a él a los que tuvieron por señores o encomenderos. Y dice que esta piedra tan grande y rica que jamás han querido decir della, aunque han hecho hartas amenazas a los señores y principales, ni aun lo dirán jamás, a lo que se cree, aunque los maten a todos: tanta fue la veneración en que la tenían. Este pueblo de Manta está en la costa, y por el consiguiente todos los más de los que he contado.

La tierra adentro hay más número de gentes y mayores pueblos, y difieren en la lengua a los de la costa, y tienen los mismos mantenimientos y frutas que ellos. Sus casas son de madera, pequeñas; la cobertura, de paja o de hoja de palma. Andan vestidos unos y otros, estos que nombro, serranos, y lo mismo sus mujeres. Alcanzaron algún ganado de las ovejas que dicen del Perú, aunque no tantas como en Quito ni en las provincias del Cuzco. No eran tan grandes hechiceros y agoreros como los de la costa, ni aun eran tan malos en usar el pecado nefando. Tiénese esperanza que hay minas de oro en algunos ríos desta

sierra y que cierto está en ella la riquísima mina de las esmeraldas; la cual, aunque muchos capitanes han procurado saber donde está, no se ha podido alcanzar, ni los naturales lo dirán. Verdad es que el capitán Olmos dicen que tuvo lengua desta mina, y aun afirman que supo dónde estaba; lo cual yo creo, si así fuera, lo dijera a sus hermanos o a otras personas. Y cierto, mucho ha sido el número de esmeraldas que se han visto y hallado en esta comarca de Puerto Viejo, y son las mejores de todas las Indias, porque aunque en el nuevo reino de Granada haya más, no son tales, ni con mucho se igualan en el valor de las mejores de allá a las comunes de acá.

[*Crónica del Perú,* primera parte, cap. L.]

Los indios collas. Su origen, traje y enterramiento

Muchos destos indios cuentan que oyeron a sus antiguos que hubo en los tiempos pasados un diluvio grande. Y dan a entender que es mucha la antigüedad de sus antepasados, de cuyo origen cuentan tantos dichos y tantas fábulas, si lo son, que yo no quiero detenerme en lo escribir, porque unos dicen que salieron de una fuente, otros que de una peña, otros de lagunas. De manera que de su origen no se puede sacar dellos otra cosa. Concuerdan unos y otros que sus antecesores vivían con poca orden antes que los incas los señoreasen, y que por lo alto de los cerros tenían sus pueblos fuertes de donde se daban guerra, y que eran viciosos en otras costumbres malas. Después tomaron de los incas lo que todos los que quedaban por sus vasallos aprendían, e hicieron sus pueblos de la manera que ahora los tienen.

Andan vestidos de ropa de lana ellos y sus mujeres; las cuales dicen que, puesto que antes que se casen pueden andar sueltamente, si después de entregada al marido le hacen traición usando de su cuerpo con otro varón, la mataban. En las cabezas traen puestos unos bonetes a manera de morteros, hechos de su lana, que nombran *chucos;* y tiénenlas todos muy largas y sin colodrillo, porque desde niños se las quebrantan y ponen como quieren, según tengo escrito. Las mujeres se ponen en la cabeza unos capillos casi del talle de los que tienen los frailes.

Antes que los incas reinasen, cuentan muchos indios destos collas que hubo en su provincia dos grandes señores, el uno tenía por nombre Zapana y el otro Cari, y que éstos conquistaron muchos *pucares,* que son sus fortalezas; y que el otro dellos entró en la laguna de Titicaca, y que halló en la isla mayor que tiene aquel palude gentes blancas y que tenían barbas, con los cuales peleó de tal manera que los pudo matar a todos. Y más dicen: que pasado esto tuvieron grandes batallas con los canas y con los canches. Y al fin de haber hecho notables cosas estos dos tiranos o señores que se habían levantado en el Callao, volvieron las armas contra sí dándose guerra el uno al otro, procurando el amistad y favor de Viracoche inca, que en aquellos tiempos reinaba en el Cuzco, el cual trató la paz en Chucuito con Cari, y tuvo tales mañas que sin guerra se hizo señor de muchas gentes destos collas.

Los señores principales andan muy acompañados, y cuando van caminos los llevan en andas y son muy servidos de todos sus indios. Por los despoblados y lugares secretos tenían sus *guacas* o templos, donde honraban sus dioses, usando de sus vanidades, y hablando en los oráculos con el demonio los que para ello eran elegidos.

La cosa más notable y de ver que hay en este Collao, a mi ver, es las sepulturas de lo muertos. Cuando yo pasé por él me detenía a escribir lo que entendía de las cosas que había que notar destos indios. Y verdaderamente me admiraba en pensar cómo los vivos se daban poco por tener casas grandes y galanas, y con cuánto cuidado adornaban las sepulturas donde se habían de enterrar, como si toda su felicidad no consistiera en otra cosa; y así, por las vegas y llanos cerca de los pueblos estaban las sepulturas destos indios, hechas como pequeñas torres de cuatro esquinas, unas de piedra sola y otras de piedra y tierra, algunas anchas y otras angostas; en fin, como tenían la posibilidad o eran las personas que lo edificaban. Los chapiteles, algunos estaban cubiertos con paja; otros con unas losas grandes; y parecióme que tenían las puertas estas sepulturas hacia la parte de levante.

Cuando morían los naturales de este Collao, llorábanlos con grandes lloros y muchos días, teniendo las mujeres bordones en

las manos y ceñidas por los cuerpos, y los parientes del muerto traía cada uno lo que podía, así de ovejas, corderos, maíz, como de otras cosas, y antes que enterrasen al muerto mataban las ovejas y ponían las asaduras en las plazas que tienen en sus aposentos. En los días que lloran a los difuntos, antes de los haber enterrado, del maíz suyo, o del que los parientes han ofrecido, hacían mucho de su vino o brebaje para beber; y como hubiese gran cantidad deste vino, tienen al difunto por más honrado que si se gastase poco. Hecho, pues, su brebaje y muertas las ovejas y corderos, dicen que llevaban al difunto a los campos donde tenían la sepultura; yendo (si era señor) acompañando al cuerpo la más gente del pueblo, y junto a ella quemaban diez ovejas o veinte, o más o menos, como quien era el difunto; y mataban las mujeres, niños y criados que habían de enviar con él para que le sirviesen conforme a su vanidad; y estos tales, juntamente con algunas ovejas y otras cosas de su casa, entierran junto con el cuerpo en la misma sepultura, metiendo (según también se usa entre todos ellos) algunas personas vivas; y enterrado el difunto desta manera, se vuelven todos los que le habían ido a honrar a la casa donde le sacaron, y allí comen la comida que se había recogido y beben la chicha que se había hecho, saliendo de cuando en cuando a las plazas que hay hechas junto a las casas de los señores, en donde en corro, y como lo tienen en costumbre, bailan llorando. Y esto dura algunos días, en fin de los cuales, habiendo mandado juntar los indios e indias más pobres, les dan a comer y beber lo que ha sobrado; y si por caso el difunto era señor grande, dicen que no luego en muriendo le enterraban, porque antes que lo hiciesen lo tenían algunos días usando de otras vanidades que no digo. Lo cual hecho, dicen que salen por el pueblo las mujeres que habían quedado sin se matar, y otras sirvientes, con sus mantas capirotes; y destas unas llevan en las manos las armas del señor, otras el ornamento que se ponía en la cabeza, y otra sus ropas; finalmente llevan el duho en que se sentaba y otras cosas y andaban a son de un tambor que lleva delante un indio que va llorando; y todos dicen palabras dolorosas y tristes; y así van endechando por las más partes del pueblo, diciendo en sus cantos lo que para el señor pasó siendo vivo, y otras cosas a esto tocantes.

En el pueblo de Nicasio, me acuerdo, cuando iba a los charcas, que yendo juntos un Diego de Uceda, vecino que es de la ciudad de la Paz, y yo, vimos ciertas mujeres andar de la suerte ya dicha, y con las lenguas del mismo pueblo entendimos que decían lo contado en este capítulo que ellos usan, y aun dijo uno de los que allí estaban: "Cuando acaben estas indias de llorar, luego se han de embriagar, y matarse algunas dellas para ir a tener compañía al señor que ahora murió". En muchos otros pueblos he visto llorar muchos días a los difuntos y ponerse las mujeres por las cabezas sogas de esparto para mostrar más sentimiento.

[*Crónica del Perú,* primera parte, cap. c.]

Religión de los collas

Como estas gentes tuviesen en tanto poner los muertos en las sepulturas como se ha declarado en el capítulo antes deste, pasado el entierro, las mujeres y sirvientes que quedaban se trasquilaban los cabellos, poniéndose las más comunes ropas suyas, sin darse mucho por curar de sus personas; sin lo cual, por hacer más notable el sentimiento, se ponían por sus cabezas sogas de esparto, y gastaban en continuos lloros, si el muerto era señor, un año, sin hacer en la casa donde él moría lumbre por algunos días.

Y como éstos fuesen engañados por el demonio, por la permisión de Dios, como todos los demás, con las falsas apariencias que hacía, haciendo con sus ilusiones demostración de algunas personas de las que eran ya muertas, por las heredades, parecíales que los veían adornados y vestidos como los pusieron en las sepulturas; y para echar más cargo a sus difuntos usaron y usan estos indios hacer sus cabos de año, para lo cual llevan a su tiempo algunas hierbas y animales, los cuales matan junto a las sepulturas, y queman mucho sebo de cordero; lo cual hecho, vierten muchas vasijas de su brebaje por las mismas sepulturas, y con ello dan fin a su costumbre tan ciega y vana.

Y como fuese esta nación de los collas tan grande, tuvieron antiguamente grandes templos y sus ritos, venerando mucho a los que tenían por sacerdotes y que hablaban con el demonio; y guardaban sus fiestas en el tiempo de coger las papas; que es su

principal mantenimiento, matando de sus animales para hacer los sacrificios semejantes.

Estos naturales del Collao dicen lo que todos los demás de la sierra, que el hacedor de todas las cosas se llama Ticeviracocha, y conocen que su asiento principal es el cielo; pero engañados del demonio, adoraban en dioses diversos, como todos los gentiles hicieron.

Usan de una manera de romances o cantares, con los cuales les queda memoria de sus acontecimientos, sin se les olvidar, aunque carecen de letras; y entre los naturales de este Collao hay hombres de buena razón y que la dan de sí en lo que les preguntan y dellos quieren saber; y tienen cuenta del tiempo, y conocieron algunos movimientos, así del sol como de la luna, que es causa que ellos tengan su cuenta al uso de como lo aprendieron de tener sus años, los cuales hacen de diez en diez meses; y así, entendí yo dellos que nombraban al año *mari,* y al mes y luna *alespaquexe,* y al día *auro.*

Cuando éstos quedaron por vasallos de los incas, hicieron por su mandado grandes templos, así en la isla de Titicaca como en Hatuncolla y en otras partes.

[*Crónica del Perú,* primera parte, cap. CI.]

[1] Por agosto de 1550.

[1] Veinte años después de escrito esto, el licenciado Polo de Ondegardo daba con el escondrijo en que los indios ocultaron los dichos bultos, o sea los cuerpos de los Incas y Coyas embalsamados y envueltos en ropas, para tributarles secretamente los homenajes y ceremonias de costumbre.

[1] Propiamente *quipucamayoc*.

[1] El autor es Francisco López de Gómara. Por lo demás, esta censura de Cieza prueba que retocaba y ampliaba esta Segunda parte de su Crónica después del año de 1552, en que salió la primera edición de la *Historia* de Gómara.

FERNANDO DE SANTILLÁN

(Sevilla... – Lima, 1575/1576)

Trasladóse al Perú por los años de 1550, como oidor de la Audiencia de Lima, donde permaneció hasta 1564. Siendo el más antiguo en su cargo, a la muerte del virrey Antonio de Mendoza hubo de ocupar interinamente la presidencia y el gobierno hasta la llegada del nuevo virrey. Estalló entretanto la sublevación de Francisco Hernández, al cual sometió en las lentas campañas de Pachacámac y Púcaro, suscitando las rivalidades y competencias de su colega Bravo de Sarabia y del arzobispo Jerónimo de Loaiza... ("El uno duerme y el otro juega/así va a la guerra", cantaban los soldados.)

Con García Hurtado de Mendoza, hijo del virrey Marqués de Cañete, pasó, en concepto de consejero militar, a Chile, y de allí a fundar y presidir la Audiencia de Quito (1564), con la mala fortuna de salir destituido y procesado. Llamado a España, se justificó plenamente de los cargos, indicándosele para la presidencia de la Chancillería del Nuevo Reino de Granada; pero fallecido el obispo de Charcas y La Plata, fray Jerónimo de Santo Tomás, solicitó aquella mitra, para la cual fue propuesto en 12-I-1573. No alcanzó a tomar posesión de ella, pues murió de camino, en Lima, en 1575 o 1576.

Por su larga estancia en las tierras andinas, por los cargos que allí ejerció y, sobre todo, por innata curiosidad, conoció a fondo la situación de los indios y quiso informarse de sus tradiciones y de su modo de vida y gobierno en la época independiente. Sus conocimientos en la materia Fernando de Santillán los sintetizó, con estilo claro y preciso de jurista, respondiendo al cuestionario de una ya antigua real cédula del príncipe Felipe, fecha 20 de diciembre de 1553. Es la *Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los Incas,* que Jiménez de la Espada cree redactada hacia 1572 en España, para servicio del presidente del Consejo de las Indias, Juan de Ovando.

BIBLIOGRAFÍA

Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los Incas. 1572.

1879	Madrid	*Tres Relaciones de antigüedades peruanas.* Lo publica el Ministerio de Fomento con motivo del Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Bruselas. Introducción de Marcos Jiménez de la Espada.
1950	Buenos Aires	*Tres Relaciones peruanas.* Las escribieron el licenciado Fernando de Santillán, el Padre Valera y el indio don Juan de Santacruz Pachacuti; las edita la Editorial Guarania. Reproduce la edición anterior.

[GOBIERNO DE LOS INCAS]

Divisiones territoriales

Después que Topu Inca Yupanqui, habiendo conquistado la mayor parte de aquel reino, se volvió al Cuzco, hizo allí junta de todos los señores de la tierra, con los cuales se holgó e hizo sus fiestas, y después comenzó a poner orden general para el gobierno de toda la tierra. Y lo primero que hizo fue dividir todo lo que estaba debajo de su señorío en cuatro partes o reinos: el uno fue Chinchaysuyo, que comienza desde Vilcaconga, por los llanos, hasta Quito; el segundo se llamó Collasuyo, que comienza desde Urcos y llega hasta los Charcas; el tercero se llamó Andesuyo, que comienza desde Abisca por todo lo despoblado y cordillera de los Andes; el cuarto se llama Condesuyo, que va desde el Cuzco hasta Arequipa e incluye toda la sierra que está hacia aquella banda, lo cual hizo dividir y amojonar y señalar muy distintamente. Y para el gobierno de cada parte y reino destos nombró un *Cápac,* que quiere decir señor rey, al cual particularmente encomendó la gobernación dél y lo que tocaba y convenía a aquella parte; iban a él particularmente todos los negocios; y el tal Cápac o gobernador iba luego a lo conquistar *(sic)* y dar parte al Inca de lo que se había de proveer, y consultado, tenía cargo de despachar lo tocante a aquella parte que le cabía. Esta orden se guardó también en tiempo de Guayna Cápac, y los que en dicho tiempo tuvieron aquel cargo se dijeron por nombres el uno Cápac Achachic, el otro Cápac Larico, otro Cápac Yochi, otro Cápac Gualcaya. Demás destos cuatro tenía el Inca un secretario, el cual antes que ningún negocio viniese delante del Inca se informaba y enteraba en él, y después lo daba a entender al Inca en relación, y a cada *Cápac* en su distrito; y después que el Inca y el Cápac lo trataban, aquello que determinaban este secretario lo daba a entender a las partes delante del Inca y del Cápac. El que usó este oficio en tiempo de dicho Inca se dijo Aqui Topa Inca.

Hizo asimismo el dicho Inca otra división de su tierra para tener mejor cuenta, y de cada cuarenta mil vecinos hizo una *guamam,* que quiere decir provincia, y en cada una puso un gobernador que residía en ella y le llamaban *Tocricoc,* que quiere decir "que lo mire todo". Asimismo dividió cada valle o provincia en dos partes o parcialidades; la una nombraban *anan,* que quiere decir arriba, y la otra *lurin,* que dice abajo; y en estas dos parcialidades dividió la gente de cada valle igualmente; y para tener más particular noticia de todos hizo otra división y dio cargo de cada cien indios a un *curaca,* al cual llamaban señor de *pachaca;* y entre cada diez curacas destos escogía el más hábil para mandar y más hombre, y hacíale curaca sobre los otros nueve, y éste tenía cargo de los nueve curacas y de su gente, y los mandaba, y ellos le obedecían y estaban sujetos; a éste llamaban *curaca de guaranga,* que dice señor de mil indios. Y cada un señor de pachaca ponía un mandón que le ayudase cuando él estuviese ausente, y para el gobierno de todo un valle donde había muchos guarangas, ponía un señor sobre todos que llamaban *Huño,* el cual era gobernador sobre los *curacas* de *pachaca* y de *guaranga,* y ellos le obedecían como a señor. Y para las cosas tocantes al tributo del Inca, y para ver si sus mandatos y régimen que él ponía se guardaban, era sobre todos el Tocricoc; por manera que cada indio obedecía al curaca de *pachaca,* y el de *pachaca* al de *guaranga* y el de guaranga al *Huño* y todos al Tocricoc. Este *Tocricoc* tenía a cargo de escoger y sacar de cada provincia la gente que el Inca mandaba sacar para la guerra y de escoger las mujeres que cada provincia le daba de tributo para el Inca y para el Sol, y otras repartía a los *curacas,* y las demás daba a los indios *atunlunas,* que es tanto como gente plebeya, y algunos tomaba para sí con licencia del Inca. Y asimismo este Tocricoc repartía entre los curacas e indios las tierras que había en cada valle, excepto las que se habían aplicado al Inca y al sol, por sus hojas, señalando a cada uno dónde había de sembrar su chácara para su sustentación, y otro año le mudaba en otra parte; y así no les dejaba cosa conocida más de aquel buen gobierno con que les proveían de lo que les era necesario conforme a su calidad, sin que le faltase nada; y asimismo señalaba tierras a los curacas y hacía que los indios le sembrasen. Asimismo este Tocricoc despachaba y conocía de todos los casos que tocaban al Inca, así co-

mo si alguna mujer del Sol o del Inca o de los guacas hiciese algún hechizo contra el Inca, o se hablase contra él, o se huyese algún indio de donde estuviese por su mandado, o que le enviasen al Inca alguna cosa, o si en los *tambos* o *chasquis* no hubiese buen recaudo: todo acudía al *Tocricoc;* y si era caso leve lo castigaba, y si grave lo remitía al Inca y los mandaba parecer ante él. En otros casos el señor de *pachaca* y de *guaranga* conocían y castigaban aunque fuese matando indios, aunque lo comunicaban con el *Tocricoc* algunas veces.

Divisiones de los habitantes por edades

Y para tener más particular noticia de la gente que tenía bajo de su señorío y gobierno, y ordenar qué gente había de servir y tributar en cada servicio y tributo, mandó contar todos los indios chicos y grandes y dividirlos en doce edades. La primera es la de los viejos, que se llama *Puñucloco;* en esta edad entran los que son de sesenta años para arriba, que quiere decir, "no son sino para dormir", y así con esta edad no se tenía cuenta para cosa de tributo ni servicio, antes el Inca mandaba darles de su hacienda, y los *curacas* tenían grande cuenta con ellos, y los tenían por consejeros en lo que convenía al gobierno de aquella provincia. La segunda edad se llama *Chaupiloco;* entran en ella de cincuenta años hasta sesenta; también éstos eran reservados de tributo; sólo se ocupaban de beneficiar las chácaras de coca y ají y otras legumbres. La tercera edad se llamaba *Pouc;* entran en ella desde veinticinco años hasta cincuenta; éstos llevan todo el trabajo, porque dellos sacaban para la guerra y éstos pagaban el tributo y lo llevaban al Cuzco, y labraban las chácaras del Inca y las de los curacas. La cuarta edad se llamaba *Imanguayna,* que dice "casi mozo"; entraban en ella los de veinte años arriba; éstos no tributaban más que ayudar a sus hermanos y parientes a llevar las cargas y otras cosas. La quinta edad se llamaba *Cocapalla,* que es diez y seis años hasta veinte; éstos se ocupaban en lo mismo que los de la precedente, y en coger la coca del Inca y de los curacas. La sexta edad se llamaba *Pucllagamara,* que es de ocho años hasta diez y seis. La séptima se llama *Tatanrezi,* que es de poco más de ocho años. La octava, *Machapori,* que es los

menores de seis años. La décima (en blanco) que es de menos de cuatro años. La oncena se llamaba *Sayoguamarac,* que es de menos de dos años. La docena se llamaba *Moxocapari,* que dice, "recién nacido". Destas edades daba el Inca cargo a los curacas de pachaca, de manera que en la pachaca entraban cien indios casados de veinte y cinco años hasta cincuenta con sus mujeres e hijos, que son los tributarios, y demás dellos los que son tributarios, y demás dellos los que entre ellos había de las dichas edades. A estos curacas tenía encargado el Inca el criar y alimentar la dicha gente, y tener cuenta con los que nacían y morían y de todos le diere cuenta; porque se preciaban los Incas de saber cuántas ánimas había debajo de su señorío y gobierno, y cuántos en cada edad, y cuántos se multiplicaban; y cómo iban multiplicándose los indios y entrando en edad para poder ser tributarios, los acrecentaba curacas y señores, porque de la dicha edad no había de tener ningún curaca más número de cien indios tributarios, si no era por vía de merced que el Inca hacía a algún curaca en darle algunos indios en lugar de *yanaconas;* y éstos no entraban en cuenta para tributo, más de para el servicio de aquel a quien hacía merced dellos. Estos indios de la tercera edad, a quien llaman *atunlunas* o *aucapuric,* tributaban al Inca cada uno conforme a su oficio y según les mandaba tributar.

Penas arbitrarias

No parece que los Incas tuviesen puestas leyes determinadas para cada cosa, salvo tener mucho cuidado en que todos guardasen aquel gobierno quel tenía puesto, y que todos los que eran diputados para quel servicio y oficios se ocupasen en ellos, y ninguno estuviese ocioso; y así era el vicio más castigado entre ellos el holgar y, por el contrario, la mayor honra y cosa de que más se preciaban era de buenos labradores y trabajadores.

Las penas de los que iban contra estas cosas que el Inca tenía ordenadas y puestas para su gobierno, y también la de los que cometían cualquier delito, parece que eran todas arbitrarias. Tenían sus horcas y muchas maneras de castigos, y en ellos en unas cosas se excedían mucho y en otras quedaban cortos. El que tenía acceso con mujer del Inca o del Sol tenía pena de

muerte, y lo mismo el que era holgazán y el que se huía con la carga o la dejaba, o el que se iba de un pueblo a otro huido, y el que respondía a su curaca contra lo que le mandaba; en esto los curacas dispensaban cuando querían. De suerte que los vicios eran bien castigados y la gente estaba bien sujeta y obediente. Y aunque en las dichas penas había exceso, redundaba en buen gobierno y policía suya, y mediante ello eran aumentados.

Visitas de inspección

Para que en todo lo susodicho hubiese ejecución y cada uno tuviese buen cuidado de cumplir lo que el Inca le tenía mandado y encargado, enviaba cada un año sus visitadores por toda la tierra, que se informasen de los excesos que cada uno hacía y si los delitos eran castigados con rigor y cómo lo hacía el Tocricoc, y de todo le llevaban relación verdadera y se hacía con toda fidelidad y sin soborno, porque si el Inca lo sabía, el que lo recibía y el que lo daba morían por ello.

Enviaba asimismo el Inca por toda la tierra otros muchos visitadores a entender en muchas cosas, y por el nombre que daba a cada uno dellos, se sabía y entendía el cargo que llevaba. Unos enviaba para que contasen la gente de las edades susodichas y el multiplico que había, y llamábanle *Runaypachacac,* que quiere decir, "el que iguala"; y éste acrecentaba las pachacas y guarangas de la gente que se había multiplicado. Otro enviaba a saber cómo se repartían los tributos y si guardaban en ello la orden que tenía dada. Otros enviaba a castigar algunos casos particulares; a éste llamaban *Taripasac,* que quiere decir "declarador", y éste hacía información de todo lo que le era denunciado, con grandes mañas y ardides para saber la verdad, especialmente si era caso grave, que tocase al Inca o mujeres suyas o del Sol. Si no podía averiguarlo, el último remedio era consultarlo con las guacas y hacer sacrificios para que se le aclarase aquel caso. Otros enviaban a repartir las mujeres y visitar las mamaconas y mujeres de Inca y sol, para saber de qué manera vivían, y si hallaba algún exceso, castigábalos, y en los castigos que estos jueces hacían eran muy crueles, porque daban géneros de muertes

exquisitas, cortándoles cada miembro por sí vivos, y otros desta suerte.

Reparto de ganados

Asimismo, después que el Inca susodicho acabó la conquista, hizo, entre otras cosas, copias de todo el ganado que había hallado en toda la tierra, y dello aplicó cierta parte para el sol y otra parte para ciertas guacas y para sí, y de lo demás dio a todos los caciques, aventajando a todos los que se hallaron con él en la conquista, a unos mil cabezas y a otros a quinientas, y de allí para abajo hasta diez, y a cada indio dos cabezas, para que criasen, y todo el más ganado que restó lo aplicó a sí y lo repartió por todas las provincias en que había mejores pastos y aparejo, para que se lo guardasen y tuviesen cuenta con el multiplico.

[*Relación,* caps. 9-16.]

[MATRIMONIOS Y HERENCIAS]

Formas de matrimonio

La forma que tenían acerca del matrimonio era, que en cada pueblo, en viniendo el visitador, ponían en la plaza por su orden todos los indios que no tenían mujeres, los de cada edad por sí y las mujeres solteras a otra banda, y de allí iban escogiendo y dando a los caciques y luego a los demás por su orden, y cada uno tomaba lo que le daban sin poner en ello resistencia, y no podía tener otra ni ella conocer otro so pena de muerte, salvo los caciques principales que podían tener más mujeres con licencia del Inca. Y después que entraron los españoles en la tierra está esta orden pervertida con el ejemplo quellos han dado. Cuando moría algún cacique, era costumbre quel hermano heredaba las mujeres del difunto y el hijo las del padre, y tenían acceso con ellas.

Sucesión de los Incas

La orden que se guardaba en la sucesión de los Incas o reyes era, que sucedía el hijo al padre, salvo que cuando el Inca tenía muchos hijos, no venía la sucesión forzosamente al mayor, sino a aquel quel padre quería más y quería dejarle por rey; y en su vida le daba la borla que era la insignia de reyes, y con ella quedaba electo para reinar en muriendo su padre. Y así fue electo Guayna Cápac en vida de Topa Inca, y Guáscar en vida de Guayna Cápac, que cuando fue a conquistar a Pasto le hizo dar la borla; y siempre escogía el Inca entre sus hijos el que era más hombre, o el que había en alguna hermana suya o mujer de su linaje. Cuando sucedía morir el Inca, sus hijos, los incas orejones o personas principales escogían otro hermano suyo y le daban la borla y lo alzaban por rey, como lo hicieron con Manco Inca por muerte de Guáscar; y agora muerto Xayra Topa, los orejones questán tras la Cordillera alzaron a su hermano Amaro Inca, al cual tienen allí por señor conforme a sus fueros y costumbres.

Sucesión de los demás señores

La sucesión de los demás señores y curacas no era de la forma susodicha, salvo que cuando moría el señor de pachaca, se elegía de la misma pachaca y no de otra el que era más hombre y más virtuoso, que ellos llamaban *ochamanchay,* que quiere decir "temeroso de pecar"; y esta elección pertenecía al señor principal de toda la provincia o valle, y esto sin respeto de que fuesen hijos o hermanos del curaca muerto, como hubiese otro más suficiente para mandar. Y cuando moría el señor de una guaranga, el señorío della venía a uno de los nueve curacas de las pachacas que le eran sujetas, el que era más suficiente para mandar, a elección del señor más principal de todo el valle; y cuando éste moría, el Inca hacía señor dél a quien le parecía, teniendo respeto a que fuese hábil para mandar, y también al que más le había servido, con que fuese uno de los principales del mismo valle. Todos los que eran señores tenían gran celo que los sucediese persona que fuese bastante para mandar y que conservase su señorío, y así en vida escogían entre los principales de su provincia el que fuese más hábil y de mejores costumbres, y a éste honraba y autorizaba y le presentaba al Inca, informándole de su

casta y calidades, y que aquél convenía que después de sus días y en su ausencia mandase; y el Inca lo confirmaba. Y de la misma manera hacían los señores de guaranga y de pachaca; y se sabía quién había de suceder a cada uno; y en muriendo su antecesor, iba al Inca que lo confirmase, el cual le daba el *duo,* que es el asiento de los señores, y dábale ropas y vasos y otros dones, que eran insignias del señorío que le investía.

Acerca desto también hay alguna variedad, porque otros dicen que a estos señores principales y curacas de pachaca y guaranga les sucedían sus hermanos, el que dellos era más bastante para mandar, y esto aunque dejase hijos; y después de muerto el hermano sucedían los hijos del primer hermano difunto y a éste sus hermanos, y que por esta orden iba la sucesión, y al presente se hace desta manera; y esto parece ser así por muchas probanzas e informaciones que dello se ha visto en la Audiencia. Pero todo debe ser verdad, porque aunque, como dicho es, el señor escogía en su vida el que le parecía más bastante, siempre escogía uno de sus hermanos, habiéndole tal, antes que a otro, y el otro, por el consiguiente, escogía entre los hijos del hermano de quien había heredado el señorío. Y así parece y se ve ser la sucesión de estos señoríos y cacicazgos; y cuando los dichos señores morían, al sucesor que dejaban encomendaban su hacienda e hijos.

En cuanto a la sucesión de los bienes, era ésta la orden: que cuando moría el curaca, el sucesor se apoderaba en la tenencia de las chácaras, vasos y otra hacienda que dejaba, y lo tenía en pie como mayorazgo, y dello alimentaba y proveía a los hijos y mujeres del difunto, y en esto lo consumía; y si el señor principal de toda la provincia moría, el sucesor sólo llevaba el señorío, y los bienes se daban a sus hijos si eran de edad, y si no ponían-les un tenedor que los tuviese y alimentase, como dicho es; y si éste que sucedía era de la parentela del difunto, él era el tenedor. Y en esto había diferencia entre el señor principal de la provincia y los otros curacas de pachaca y de guaranga.

El modo del testamento era, que queriéndose morir uno, llamaba al pariente más cercano o al curaca que le había de suceder, si era señor el que moría, y decíale lo que quería se hiciese de sus bienes, y el otro lo aceptaba y cumplía muy fielmente; y

esto se hace y guarda el día de hoy, salvo donde interviene justicia de la de los tambos y escribano u encomendero u otro español, aunque sea el padre de la doctrina, si no es buen religioso, los cuales todo lo mudan y pervierten, y sin entender sus fueros, les hacen hacer testamento al modo de los españoles; y ni ellos entienden lo que hacen y dan la herencia a quien les dicen, y no se cumple su voluntad.

[*Relación,* caps. 17-21.]

FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA

(Perú, ¿1526? – 1613)

Del cronista Felipe Guaman Poma de Ayala (que se firma, más brevemente, Felipe de Ayala), sólo sabemos lo que él mismo dice en su obra. Lástima que no podamos prestarle completa fe. Su exageración es notoria; así cuando afirma que en servicio del rey y por treinta años "anduvo todo el mundo", quiere decir, simplemente que viajó por la tierra peruana.

Preséntase como señor de Andemarca, Soras y Lucanas, y solicita del rey Felipe III el respeto a su rango y la reposición en sus títulos y estados, reclamando su derecho al cacicazgo de Huamanga, o la congrua indemnización de tantos bienes. Funda tamañas pretensiones en una genealogía impresionante. Eran sus abuelos el décimo Inca, Topa Yupangui y "la segunda persona del Inca" o sea el primer personaje de su corte, Capac Apo Guaman Chana Chinchaysuyu. Pero afirma que el Inca vivió doscientos años y, lo que es más, ajustando los cálculos (cosa de que se abstiene) resulta que la hija del Inca, Juana Curi Oclla Coya, lo habría dado a luz anciana más que centenaria. La línea paterna tampoco aparece clara. ¿Cómo es que un indio puro añade a sus nombres quechuas el castellano Ayala? El cronista, su hijo, lo explica: en recuerdo de haber salvado la vida al capitán Luis Ávalos de Ayala. Pero este capitán, cuyas hazañas olvidó la historia peruana, era padre de un hermanastro del cronista, el mestizo Martín de Ayala, santo ermitaño, hijo también de la Coya. Así, un gran personaje incaico habría tomado el nombre de un oscuro capitán español, anterior marido o amante de su esposa. Quizá nos encontramos ante un artificio del cronista para novelar su biografía, ocultando tras una cortina de humo su verdadera condición mestiza; acato a los prejuicios sociales, que lo pone moralmente muy por debajo de la arrogancia del Inca Garcilaso.

Pero en fin —y esto es lo que cuenta— fuera indio puro o fuera mestizo, no hay duda de que el cronista debió su formación cultural a la sociedad indígena. Lo demuestra su tan imperfecto conocimiento de la lengua castellana, así en el léxico como en la sintaxis: por ello ha de recurrir constantemente al vocabulario indígena. Sus continuas faltas de concordancia en número y en género que las abreviaturas del manuscrito no siempre pueden ocultar, dificultan a menudo el

sentido de su frase. Hijo de un pueblo que no usaba la escritura, otro rasgo plenamente indígena de Poma de Ayala es su afición a dibujar lo que narra.

Las mil doscientas hojas del manuscrito contienen cerca de quinientas ilustraciones trazadas por la pluma de ave del cronista. Con mano segura, lo mismo delinea figuras heráldicas que estampas piadosas o "vistas" de ciudades y hasta escenas de costumbres. En éstas, llega a veces a la mordacidad o raya en la caricatura; pero siempre da una impresión de vida observada con ojo despierto y socarrón.

La *Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno,* obra de largos años (¿1584-1614?) es una vasta y variada compilación, que interesa sobre todo (y a este sector corresponden los mejores dibujos) a la época colonial; pero tampoco faltan importantes noticias sobre la vida incaica, que en vano buscaríamos en otros textos.

El autor y la obra fueron desconocidos hasta 1908, cuando el americanista Richard Pietschmann dio casualmente con el manuscrito autógrafo en la Biblioteca Real de Copenhague.

BIBLIOGRAFÍA

Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno. 1584-1614.

Ediciones

1938 París — Edición facsímile del manuscrito publicada por el Institut d'Ethnographie, bajo la dirección de Paul Rivet.

1944 La Paz — *La obra de... "Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno" (escrita entre 1584 y 1614). Publicada y anotada por el Prof. Ing. Arthur Posnansky.* Editorial del Instituto "Tihuanacu" de Antropología, Etnografía y Prehistoria.

[DE LOS MESES DE LOS INCAS]

De los meses de los Incas

Los filósofos y astrólogos antiguos contaban la semana diez días y treinta días un mes.

Cuzqui quilla (Junio)

Este mes hacían la moderada fiesta del *ynti-raymi* ("fiesta del sol") y se gastaba mucho en ello, y sacrificaban al sol y enterraban el sacrificio llamado *capacocha* ("el mar"), que enterraban a los niños inocentes quinientos y mucho oro y plata y *mullo* ("chaquira"). Y en este dicho mes los dichos corregidores *tocricoc* o jueces *michoc* tomaban cuenta a los dichos indios de cada casa de lo que tienen de sus haciendas y comidas hasta *yuyos* ("verduras"), hierbas secas y *llipta* ("panecillos de ceniza y papa cocida"), y lana, paja y todo lo que debe y alimento de las mujeres y los hombres para su mantenimiento, hasta verle cada casa si cría conejos y patos y si tiene ganados. Acabada esta dicha visita, tornan a hacerla la otra visita en el mes de diciembre, otro tanto a los oficiales y a los comunes indios deste reino, para que en el reino haya abundancia de comida para que se sustenten unos y otros, así pobres como ricos han de comer todos, y los huérfanos nunca perecían de comida porque tenían sus sementeras y les sembraban sus *ayllos* ("parcelas") de su parcialidad.

Uma raymi quilla (Octubre)

En este mes sacrificaban a las *huacas* principales ídolos y dioses, para que les enviasen agua del cielo otros cien carneros blancos y ataban otros cien carneros negros en la plaza pública, y no les daban de comer a los dichos carneros atados, para que ayudasen a llorar. Asimismo ataban a los perros; como veían dar voces a la gente y gritos, también de su parte daban olladas la-

drando, y a los que no las daban les daban de palos, y así hacían grandes llantos así hombres como mujeres, y de su parte los dichos niños, y de su parte los enfermos, cojos y ciegos, y de su parte los viejos y viejas. Y cada uno destos, los que tenían perros, los llevaban. Iban haciendo gritar, pidiendo agua del cielo a Dios *runa-camac* ("creador del hombre"), diciendo estas oraciones y doctrina: ¡"Ay, ay, lloremos; ay, ay, gimamos! De dolor están transidos tus niños, sólo podemos llorar a vos!" Acabado estas oraciones todos comienzan a dar gritos y llanto, y dicen a gran voz alta: "Oh, creador de los hombres, qué haces por los que comen, Huari Huiracocha, ¿dónde estás? Suelta para tu gente tus aguas, tus lluvias, hasta mí". Con esto andaban de cerro en cerro, haciendo procesión, dando voces y gemidos muy de veras, con todo corazón, pidiendo agua a Dios del cielo, *runa-camac.*

[Ayala, *Primer...,* ff. 237, 255.]

[CASTIGOS]

Primer castigo deste reino

Zancay, cárceles de los traidores y de grandes delitos como de la inquisición. Debajo de la tierra, hecho bóveda muy oscura. Dentro criado serpientes, culebras ponzoñosas, animales de leones, tigres, osos, zorras, perros, gatos de monte, buitres, águilas, lechuzas, sapos, lagartos. Destos animales tenían muy mucho, para castigar a los bellacos y malhechores delincuentes, "traidores, hipócritas, mentirosos, ladrones, fornicarios, hechiceros, soberbios". A estos dichos los metían *hatun huchayac* ("con grave delito"), para que los comiesen vivos. Y algunos no los comían por milagro de Dios y los tenían dos días encerrados. Dicen que se sustentaban con tierra, y se salvaban destos animales; luego mandaba sacar el Inca, y lo daba por libre sin culpa y así lo perdonaba y le volvía la honra, y así dicen que escapaban desta cárcel llamada *zancay.*

Estos dichos cárceles había en las ciudades, y no podía haber en otra parte, porque no se podía sustentar, sino que sólo el Inca lo podía sustentarlo; ni lo podían tener otros señores deste

reino. Por lo primero, sólo las grandes ciudades requerían tenerlo; y lo segundo la majestad del Inca era justicia mayor; lo tercero, de este modo no se alzaba la tierra, pues que había señores descendientes de los reyes antiguos que eran más que el Inca, con este medio callaban.

Quinto castigo

Castigo de los que dan bebedizos y ponzoñas, los que matan a los indios, que a éstos les llamaban: "hechicero que engañas a todo el mundo y le haces pecar; ¿a cuántos diste hechizos embriagadores, lagartos, pájaros, que los guardas para matar a la gente? Vete, maldito: arrástralo, mátalo en el campo de sangre; que termine, con más su hijo y su descendencia". Que estos indios morían con este castigo toda su casta y *ayllo* y sus hijos y nietos; escapaban los niños que fueran de teta porque no sabían el oficio y así se escapaban de la muerte. A éstos no los enterraban, que los dejaban comerlos cóndores y gallinazas y zorras en el campo.

Castigo de los pontífices

Por sus mentiras, o falsedades, o levantamientos, les castigaba gravemente, sin apelación de sentencia. Hecho cuartos los daba a comer a los animales, leones y serpientes de *zancay*. Este dicho castigo hacía para que fuesen ejemplo en su ley, que hubiesen ordenanza, los tuviesen los dichos príncipes y señores grandes y pontífices y sacerdotes, y para que aumentase su ley de sus dioses; que los sacerdotes que no fuesen tan señor absoluto, que temiesen a sus dioses y leyes y justicia del Inca y de los principales destos reinos.

Castigo de los jugadores

Es que les manda azotar en los brazos y en las manos cincuenta azotes con la guaraca; que en el tiempo del Inca nadie no jugaba, ni principal ni indio pobre, si no ha de jugar por mandato del Inca, todo el reino han de trabajar, ya que no tenía que ha-

cer, hacía soga, o hacía lana o paja para su casa, o tejía *cunpana,* o hacía soga, o hacía *ojotas,* o sobaba pellejo. En esto se ocupaban los indios.

Castigo de matadores de cualquier suerte

Quien mató al indio o a la india, allí le castigan y le matan con piedras. Al que le hirió, que le sacó los ojos o dientes, o le quebró un brazo o piernas, manda que pague la misma pena del herido, y no pase a más. Ésta es la sentencia ejecutada en estos delitos.

[Ayala, *Primer...,* ff. 303, 311, 312, 314.]

[UNA CANCIÓN]

Canciones y músicas de Inca y de los demás señores deste reino y de los indios (...). En la lengua quichua aymará, dice:

Un sino adverso nos separa, Coya;
Una ilusión de los sentidos nos separa, Ñusta;
¿Eres tú, mi querida Siclla, flor de chinchircoma?
Así podría llevarte conmigo en mi cabeza y en el fondo
de mi corazón.
Tú eres una ilusión, cual el reflejo de las aguas;
tú eres un engaño, cual el reflejo de las aguas.
Tu madre falsa que nos separó ha causado mi muerte;
tu padre malo es la causa de nuestro infortunio.
Al recordar esos tus ojos que solían reír, pierdo el sentido;
al recordar esos tus ojos juguetones llego a enfermar.

[Ayala, *Primer...,* ff. 317.]

EL INCA GARCILASO DE LA VEGA

(Cuzco, Perú, 1539 – Córdoba, España, 1616)

"A LOS HIJOS de español y de india, o de indio y española, nos llaman *mestizos,* por decir que somos mezclados de ambas naciones; fue impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en indias, y por ser nombre impuesto por nuestros padres y por su significación, me lo llamo yo a boca llena y me honro con él." Estas nobles palabras definen la personalidad del Inca Garcilaso de la Vega.

Era hijo natural de Sebastián Garcilaso de la Vega Vargas, capitán de la conquista, que pertenecía a grandes linajes de Castilla y entroncaba con tres poetas: en lo inmediato, con el bucólico "Salicio"; más allá, con Jorge Manrique y con el Marqués de Santillana. Su madre fue la princesa Chimpu Ocllo, bautizada con el nombre de Isabel, sobrina nieta del último rey del Perú, Huaina Cápac Inca. La primera lengua del mestizo fue el quechua; él mismo nos lo dice y lo confirma el hecho de que su madre, al otorgar testamento en 1571, hubo de hacerlo mediante intérprete.

Nuestro Inca Garcilaso guardó igual fidelidad a sus dos ascendencias. Ya en su vejez, en la lengua de su padre, que poseía como propia y manejaba al estilo clásico, pretendió salvar la memoria de lo que había sido la grandeza del pueblo y la familia de su madre.

Nacido en el Cuzco poco después de la conquista (1539), a los veintiún años salió del Perú, cuando dos casamientos habían destruido el hogar común de sus padres. Por Lisboa y Badajoz llegó hasta Montilla, residencia de su tío, el viejo capitán Alonso de Vargas. Usaba todavía el nombre de Gómez Suárez de Figueroa, en memoria de uno de sus abuelos, hasta que en 1563 adoptó el de su padre, Garcilaso de la Vega. Fracasado su intento de regreso al Perú, se radica definitivamente en la Península. Salvo la campaña contra los moriscos de las Alpujarras y alguna que otra ausencia esporádica, vivirá en Montilla durante treinta años.

Alonso de Vargas, que falleció en 1570, instituye heredero de la mitad de sus bienes a su sobrino, pero con usufructo vitalicio para su viuda. Hasta la muerte de ésta, son quince años de mucha estrechez para Garcilaso. Entregado a la lectura para ocupar su tiempo, sintió despertársele una vocación literaria y humanista, que debía acompa-

ñarlo en el curso de su larga vida. Sus últimos veinticinco años los vivió en Córdoba, vistiendo el hábito eclesiástico. Diego de Vargas, hijo suyo y de doña Beatriz de la Vega, cuidó de que fuera enterrado en una capilla de la catedral, donde permanecen sus restos.

El latín y el italiano modelaron su estilo al igual que el de los otros escritores castellanos sus contemporáneos. Una traducción, del italiano, de los *Diálogos de Amor* (1586) del platónico León Hebreo, es testimonio irrecusable de las preferencias filosóficas del Inca; en la Genealogía de *Garci-Pérez de Vargas* (1596), a cuya familia pertenece por su padre, nos da interesantes noticias autobiográficas; su relación de la conquista de *La Florida* (1605) por el adelantado Fernando de Soto, con resonancias de Boyardo, de Ariosto y de Ercilla, es como el llamado del Nuevo Mundo a su hijo, prófugo en el Antiguo; pero, en fin, son los *Comentarios Reales de los Incas* (1609) y la *Conquista del Perú* (1613) las obras que afianzan su renombre así en la historia de las letras castellanas como en las fuentes de los estudios americanistas. Con ellas no pretende sino salvar recuerdos, apuntalar ruinas. "Yo, incitado del deseo de la conservación de las antiguallas de mi patria, esas pocas que han quedado, porque no se pierdan del todo, me dispuse al trabajo tan excesivo como hasta aquí me ha sido y delante me ha de ser, al escribir su antigua república hasta acabarla."

Para el mestizo Garcilaso, el Imperio Incaico era una página vuelta definitivamente en el libro de la historia. Sin embargo, a raíz del alzamiento de Túpac Amaru, en 1782, una real cédula de Carlos III ordena a los virreyes de Lima y de Buenos Aires recoger todos los ejemplares que pudieran hallar de los *Comentarios* del Inca, porque "aprendían en ellos los naturales muchas cosas inconvenientes". Quedó prohibido el libro en América y registrado en el índice expurgatorio... pero en la metrópoli circulaba libremente y se reimprimía (Madrid, 1801). Obra juzgada peligrosa por el régimen colonial, era lógico que mereciera todas las simpatías de los gobiernos independientes. El libertador San Martín proyectó en 1814 una edición que debía imprimirse en Londres. Los azares de la guerra lo impidieron. Los *Comentarios* y la *Conquista* no se publicaron en América hasta 1918.

Mucho se ha discutido el valor histórico, documental, de la obra de Garcilaso. Desde quienes la consideran trasunto fiel de la civilización incaica, hasta aquellos otros que la motejan de fantasía apologética, la escala de juicios registra todos los matices.

La verdad subjetiva, es decir, el deseo de veracidad, es innegable. El Inca mismo refiere cómo buscó, acucioso, las fuentes de información, y certifica a menudo de su recuerdo personal, de su visión directa.

Sinceramente reconoce las fallas que puede tener su memoria. "Mis parientes, los indios y mestizos del Cuzco y de todo el Perú, serán jueces desta mi ignorancia, y de otras muchas que hallarán en esta mi obra; perdónenmelas, pues soy suyo, y que sólo por servirles tomé un trabajo tan inconfortable como esto lo es para mis pocas fuerzas, sin ninguna esperanza de galardón suyo ni ajeno." Si la tradición recibida de los viejos incas y de su propia madre tenía más de la epopeya que de la historia, no podemos reprochárselo. Si describió una sociedad ideal más que una sociedad real, no olvidemos que es común achaque juzgar de un pueblo por su constitución y por sus leyes. Si en la vejez idealizó memorias de infancia y de primera juventud; si, cercano ya a la tumba, pensó en su cuna y con ternura filial evocaba la tierra que lo vio nacer, pues nada más humano. Aquella tierra lejana, la suya, era la tierra de su madre, su *matria,* para hablar justamente, no su patria como al uso la llamaba. Garcilaso acometió la obra de los *Comentarios* por razones patrióticas, o mejor, de solidaridad étnica, "para dar a conocer al mundo nuestra patria, gente y nación".

BIBLIOGRAFÍA

Primera parte de los Comentarios reales. 1609.

Ediciones

1609	Lisboa	*Primera parte de los Comentarios reales, que tratan del origen de los Incas, reyes que fueron del Perú, de su idolatría, leyes y gobierno, en paz y en guerra; de sus vidas y conquistas y de todo lo que fue aquel Imperio y su República, antes que los españoles pasaran a él.* Escritos por el Inca Garcilaso de la Vega, natural del Cuzco y capitán de S. M. Pedro Crasbeeck impresor.
1723	Madrid	
1801	Madrid	
1918	Lima	*Los Comentarios reales.* Anotaciones y concordancias con las Crónicas de Indias, por Horacio H. Urteaga.

1942	Buenos Aires	Selección y prólogo de Augusto Cortina. ("Colección Austral", núm. 324.) Reediciones: 1946, 1950, 1951.
1943	Buenos Aires	Edición al cuidado de Ángel Rosenblat, prólogo de Ricardo Rojas. Emecé Editores, S. A.

Traducciones

Inglesas

1688	Londres	*The Royal Commentaries of Perú.* Traducción por Sir Paul Rycaut.
1869-1871	Londres	Nueva traducción por Clement Markham. (2 vols.)

A cargo de la Unión Panamericana, prepara una nueva traducción inglesa H. D. Livermore (Rib, VI-1, p. 98).

[LAS GRANDES CONSTRUCCIONES INCAICAS]

La fortaleza del Cuzco

Maravillosos edificios hicieron los Incas, reyes del Perú, en fortalezas, en templos, en casas reales, en jardines, en pósitos y en caminos, y otras fábricas de grande excelencia, como se muestra hoy por las ruinas que dellas han quedado; aunque mal se puede ver por los cimientos lo que fue todo el edificio.

La obra mayor y más soberbia que mandaron hacer para mostrar su poder y majestad, fue la fortaleza del Cuzco, cuyas grandezas son increíbles a quien no las ha visto, y al que las ha visto y mirado con atención le hacen imaginar, y aun creer, que son hechas por vía de encantamiento, y que las hicieron demonios y no hombres; porque la multitud de las piedras, tantas y tan grandes, como las que hay puestas en las tres cercas (que son más peñas que piedras), causa admiración imaginar cómo las pudieron cortar de las canteras de donde se sacaron, porque los indios no tuvieron hierro ni acero para las cortar ni labrar; pues pensar cómo las trajeron al edificio, es dar en otra dificultad no menor, porque no tuvieron bueyes, ni supieron hacer carros, ni hay carros que las puedan sufrir, ni bueyes que basten a tirarlas; llevábanlas arrastrando a fuerza de brazos, con gruesas maromas; ni los caminos por do las llevaban eran llanos, sino sierras muy ásperas con grandes cuestas, por do las subían y bajaban a pura fuerza de hombres. Muchas dellas llevaron a diez, doce, quince leguas. Particularmente la piedra, o por de cir mejor, la peña que los indios llaman *Saycusca*, que quiere decir "cansada" (porque no llegó al edificio), se sabe que la trajeron de quince leguas de la ciudad, y que pasó el río de Yucay, que es poco menor que Guadalquivir por Córdoba. Las que llevaron de más fueron de Muyna, que está cinco leguas del Cuzco; pues pasar adelante con la imaginación, y pensar cómo pudieron ajustar tanto unas piedras tan grandes, que apenas puedan meter la punta de un cuchillo por ellas, es nunca acabar. Muchas dellas están tan ajus-

tadas que apenas se aparece la juntura para ajustarlas tanto era menester levantar y asentar la una piedra sobre la otra muy muchas veces, porque no tuvieron escuadra ni supieron valerse siquiera de una regla para asentarla encima de una piedra, y ver por ella si estaba ajustada con la otra. Tampoco supieron hacer grúas, ni garruchas, ni otro ingenio alguno que les ayudara a subir y bajar las piedras, siendo ellas tan grandes que espantan, como lo dice el M. R. P. José de Acosta, hablando desta misma fortaleza, que yo, por tener la precisa medida del grandor de muchas dellas me quiero valer de la autoridad deste gran varón, que aunque la he pedido a los condiscípulos, y me la han enviado, no ha sido la relación tan clara y distinta como yo la pedía de los tamaños de las piedras mayores, que quisiera la medida por varas y ochavas, y no por brazas, como me la enviaron; quisiérala con testimonios de escribanos, porque lo más maravilloso de aquel edificio es la increíble grandeza de las piedras, por el incomportable trabajo que era menester para las alzar, y bajar hasta ajustarlas y ponerlas como están; porque no se alcanza cómo se pudo hacer con no más ayuda de costa que la de los brazos.

Los Incas, según lo manifiesta aquella su fábrica, parece que quisieron mostrar por ella la grandeza de su poder, como se ve en la inmensidad y majestad de la obra, la cual se hizo más para admirar que no para otro fin. También quisieron hacer muestra del ingenio de sus maestros y artífices, no sólo en la labor de la cantería pulida (que los españoles no acaban de encarecer), mas también en la obra de la cantería tosca, en la cual no mostraron menor primor que en la obra. Pretendieron asimismo mostrarse hombres de guerra en la traza del edificio, dando a cada lugar lo necesario para la defensa contra los enemigos.

La fortaleza edificaron en un cerro alto, que está al Septentrión de la ciudad, llamado Sacsahuaman, de cuyas faldas empieza la población del Cuzco, y se tiende a todas partes por gran espacio. Aquel cerro (a la parte de la ciudad) está derecho, casi perpendicular, de manera que está segura la fortaleza de que por aquella banda la acometan los enemigos en el escuadrón formado, ni de otra manera, ni hay sitio por allí donde puedan plantar artillería aunque los indios no tuvieron noticia della hasta que

fueron los españoles. Por la seguridad que por aquella banda tenía, les pareció que bastaba cualquier defensa, y así echaron solamente un muro grueso de cantería de piedra, ricamente labrada por todas cinco partes, si no era por el trasdós, como dicen los albañiles; tenía aquel muro más de doscientas brazas de largo. Cada hilada de piedra era de diferente altor, y todas las piedras de cada hilada muy iguales, y asentadas por hilo con muy buena trabazón, y tan ajustadas unas con otras por todas cuatro partes, que no admitían mezcla. Verdad es que no se la echaban de cal y arena, porque no supieron hacer cal; empero echaban por mezcla una lechada de un barro colorado que hay muy pegajoso, para que hinchiese y llenase las picaduras que al labrar la piedra se hacían. En esta cerca mostraron fortaleza y pulicia, porque el muro era grueso, y la labor muy pulida a ambas partes.

[*Comentarios Reales,* primera parte, lib. VII, cap. XXVII.]

Tres muros de la cerca

En contra deste muro, por la otra parte tiene el cerro un llano grande; por aquella banda suben a lo alto del cerro con muy poca cuesta, por donde los enemigos podían arremeter en escuadrón formado. Allí hicieron tres muros uno delante de otro, como va subiendo el cerro; tendrá cada muro más de doscientas brazas de largo. Van hechos en forma de media luna, porque van a cerrar y juntarse con el otro muro pulido que está a la parte de la ciudad. En el primer muro de aquellos tres quisieron mostrar la pujanza de su poder, que aunque todos tres son de una misma obra, aquél tiene la grande za de ella, donde pusieron las piedras mayores, que hacen increíble el edificio a quien no lo ha visto, y espantable a quien lo mira con atención, si considera bien la grandeza, y la multitud de piedras, y el poco aliño que tenían para las cortar, labrar y asentar en la obra.

Tengo para mí que no son sacadas de canteras, porque no tienen muestras de haber sido cortadas, sino que llevaban las peñas sueltas y desasidas (que los canteros llaman tornos), que por aquellas sierras hallaban acomodadas para la obra, y como las hallaban así las asentaban, porque unas son cóncavas de un ca-

bo, y convexas de otro, y sesgas de otro. Unas con puntas a las esquinas, y otras sin ellas, las cuales faltas o demasías no las procuraban quitar ni emparejar, ni añadir, sino que el vacío y el cóncavo de una peña grandísima lo henchían con el lleno y convexo de otra peña tan grande y mayor, si mayor la podían hallar, y por el semejante el sesgo o derecho de una peña igualaban con el derecho o sesgo de otra; y la esquina que faltaba a una peña la suplían sacándola de otra, no en pieza chica, que solamente hinchiese aquella falta, sino arrimando otra peña con una punta sacada de ella, que cumpliese la falta de la otra; de manera que la intención de aquellos indios parece que fue no poner en aquel muro piedras chicas, aunque fuese para cumplir las faltas de las grandes, sino que todas fuesen de admirable grandeza, y que unas a otras se abrazasen, favoreciéndose todas, supliendo cada cual la falta de la otra, para mayor majestad del edificio.

En cada cerca, casi en medio della, había una puerta, y cada puerta tenía una piedra levadiza del ancho y alto de la puerta, con que la cerraban. A la primera llamaron Tiupuncu, que quiere decir "puerta del Arenal", porque aquel llano es algo arenoso de arena de hormigón. Llaman *tiu* al arenal y a la arena. Y *puncu* quiere decir puerta. A la segunda llamaron Acahuana Puncu, porque el maestro mayor que la hizo se llamaba Acahuana, pronunciada la sílaba ca en lo interior de la garganta. La tercera se llamó Viracocha Puncu, consagrada a su dios Viracocha: aquella fantasma de quien hablamos largo, que se apareció al príncipe Viracocha Inca, y le dio aviso del levantamiento de los chancas, por lo cual lo tuvieron por defensor y nuevo fundador de la ciudad del Cuzco, y como tal le dieron aquella puerta, pidiéndole fuese guarda della y defensor de la fortaleza, como ya en tiempos pasados lo había sido de toda la ciudad y de todo su imperio. Entre un muro y otro de aquellos tres por todo lo largo dellos, hay un espacio de veinte y cinco o treinta pies; está terraplenado hasta lo alto de cada muro; no sabré decir si el terrapleno es del mismo cerro que va subiendo, o si es hecho a mano; debe ser de lo uno y de lo otro. Tenía cada cerca su antepecho de más de una vara en alto, de donde podían pelear con más defensa que al descubierto.

[*Comentarios Reales,* primera parte, lib. VII, cap. XXVIII.]

Tres torreones. La "piedra cansada"

Pasadas aquellas tres cercas hay una plaza larga y angosta, donde hay tres torreones fuertes en triángulo prolongado conforme al sitio. Al principal dellos, que estaba en medio, llamaron Móyoc Marca, quiere decir "fortaleza redonda", porque estaba hecha en redondo; en ella había una fuente de mucha y muy buena agua, traída de lejos por debajo de tierra. Los indios no saben decir de dónde, ni por dónde. Entre el Inca y los del supremo consejo andaba secreta la tradición de semejantes cosas. En aquel torreón se aposentaban los reyes cuando subían a la fortaleza a recrearse, donde todas las paredes estaban adornadas de oro y plata, con animales, y aves, y plantas, contrahechos al natural, y encajadas en ellas, que servían de tapicería. Había asimismo mucha vajilla, y todo el demás servicio que hemos dicho que tenían las casas reales.

Al segundo torreón llamaron Páucar Marca, y al terreno Sácllac Marca; ambos eran cuadrados, tenían muchos aposentos para los soldados que había de guarda, los cuales se remudaban por su orden; habían de ser de los Incas del privilegio, que los de otras naciones no podían entrar en aquella fortaleza, porque era casa del Sol, de armas y de guerra, como lo era el templo de oración y sacrificios. Tenía su capitán general como alcaide; había de ser de sangre real y de los legítimos, el cual tenía sus tenientes y ministros, para cada ministerio el suyo; para la milicia de los soldados; para la provisión de los bastimentos; para la limpieza y pulicia de las armas; para el vestido y calzado que había de depósito para la gente de guarnición que en la fortaleza había.

Debajo de los torreones había labrado debajo de tierra otro tanto como encima; pasaban las bóvedas de un torreón a otro, por las cuales se comunicaban los torreones también como por cima. En aquellos soterraños mostraron grande artificio: estaban labrados con tantas calles y callejuelas, que cruzaban de una parte a otra con vueltas y revueltas, y tantas puertas, unas en contra de otras, y todas de un tamaño, que a poco trecho que entraban en el laberinto perdían el tino y no acertaban a salir, y aun los muy prácticos no usaban entrar sin guía, la cual había

de ser un ovillo de hilo grueso que al entrar dejaban atado a la puerta para salir guiándose por él. Bien muchacho, con otros de mi edad, subí muchas veces a la fortaleza, y con estar ya arruinado todo el edificio pulido, digo lo que estaba sobre la tierra, y aun mucho de lo que estaba debajo, no osábamos entrar en algunos pedazos de aquellas bóvedas que habían quedado, sino hasta donde alcanzaba la luz del sol, por no perdernos dentro, según el miedo que los indios nos ponían.

No supieron hacer bóvedas de arco. Yendo labrando las paredes, dejaban para los soterraños unos canecillos de piedra, sobre los cuales echaban en lugar de vigas piedras largas, labradas a todas seis haces, muy ajustadas, que alcanzaban de una pared a otra. Todo aquel gran edificio de la fortaleza fue de cantería pulida y cantería tosca, ricamente labrada con mucho primor, donde mostraron los Incas lo que supieron y pudieron, con deseo que la obra se aventajase en artificio y grandeza a todas las demás que hasta allí habían hecho, para que fuese trofeo de sus trofeos y así fue el último dellos porque pocos años después que se acabó entraron los españoles en aquel imperio, y atajaron otros tan grandes que se iban haciendo.

Entendieron cuatro maestros mayores en la fábrica de aquella fortaleza. El primero y principal a quien atribuyen la traza de la obra fue Huallpa Rimachi Inca; y para decir que era el principal, le añadieron el nombre *Apu,* que es "capitán" o superior en cualquier ministerio; y así le llaman Apu Huallpa Rimachi; al que le sucedió le llaman Inca Maicanchi. El tercero fue Acahuana Inca; a éste atribuyen mucha parte de los grandes edificios de Tiahuanacu, de los cuales hemos dicho atrás. El cuarto y último de los maestros se llamó Calla Cunchuy. En tiempo de éste trajeron la "piedra cansada", a la cual puso el maestro mayor su nombre, porque en ella se conservase su memoria, cuya grandeza, también como de las demás sus iguales, es increíble. Holgara poner aquí la medida cierta del grueso y alto de ella; no he merecido haberla precisa; remítome a los que la han visto. Dicen los indios que del mucho trabajo que pasó por el camino hasta llegar allí se cansó y lloró sangre, y que no pudo llegar al edificio. La piedra no está labrada, sino tosca, como la arrancaron de donde estaba escuadrada. Mucha parte de ella está debajo de tierra;

dícense que ahora está más metida debajo de tierra que yo la dejé, porque imaginaron que debajo de ella había gran tesoro, y cavaron como pudieron para sacarlo; mas antes que llegasen al tesoro imaginado, se les hundió aquella gran peña, y escondió la mayor parte de su grandor; y así lo más de ella está debajo de tierra. A una de sus esquinas altas tiene un agujero o dos, que si no me acuerdo mal, pasan las esquinas de una parte a otra. Dicen los indios que aquellos agujeros son los ojos de la piedra por do lloró la sangre; del polvo que en los agujeros se recoge, y del agua que llueve y corre por la piedra abajo, se hace una mancha o señal algo bermeja, porque la tierra es bermeja en aquel sitio. Dicen los indios que aquella señal quedó de la sangre que derramó cuando lloró. Tanto como esto afirmaban esta fábula, y yo se la oí muchas veces.

La verdad historial, como la contaban los Incas *amantas*, que eran los sabios filósofos y doctores en toda cosa de su gentilidad, es que traían la piedra más de veinte mil indios, arrastrándola con grandes maromas. Iban con gran tiento; el camino por do la llevaban es áspero, con muchas cuestas agras que subir y bajar; la mitad de la gente tiraba de las maromas por delante; la otra mitad iba sosteniendo la peña con otras maromas que llevaban asidas atrás porque no rodase por las cuestas abajo y fuese a parar donde no pudiesen sacarla.

En una de aquellas cuestas (por descuido que hubo entre los que iban sosteniendo, que no tiraron todos a la par) venció el peso de la peña a la fuerza de los que la sostenían, y se soltó por la cuesta abajo, y mató tres o cuatro mil indios de los que iban guiando; mas con toda esta desgracia, la subieron y pusieron en el llano donde ahora está. La sangre que derramó dicen que es la que lloró, porque la lloraron ellos y porque no llegó a ser puesta en el edificio. Decían que se cansó, y que no pudo llegar allá; porque ellos se cansaron de llevarla; de manera que lo que por ellos pasó atribuyen a la peña. De esta suerte tenían otras muchas fábulas, que enseñaban por tradición a sus hijos y descendientes, para que quedase memoria de los acaecimientos más notables que entre ellos pasaban.

Los españoles, como envidiosos de sus admirables victorias, debiendo sustentar aquella fortaleza, aunque fuera reparándola

a su costa, para que por ellas vieran en siglos venideros cuán grandes habían sido las fuerzas y el ánimo de los que ganaron, y fuera eterna memoria de sus hazañas, no solamente no la sustentaron, mas ellos propios la derribaron para edificar las casas particulares que hoy tienen en la ciudad de Cuzco, que por ahorrar la costa y la tardanza y pesadumbre con que los indios labraban las piedras para los edificios, derribaron todo lo que de cantería pulida estaba edificado dentro de las cercas, que no hay casa en la ciudad que no haya sido labrada con aquella piedra, a lo menos las que han labrado los españoles.

Las piedras mayores, que servían de vigas en los soterraños, sacaron para umbrales y portadas, y las piedras menores para los cimientos y paredes; y para las gradas de las escaleras buscaban las hiladas de piedra del altor que les convenía; y habiéndola hallado, derribaban todas las hiladas que había encima de la que habían menester, aunque fuesen diez o doce hiladas o muchas más. De esta manera echaron por tierra aquella gran majestad, indigna de tal estrago, que eternamente hará lástima a los que la miraren con atención de lo que fue. Derribáronla con tanta priesa, que aun yo no alcancé de ella sino las pocas reliquias que he dicho. Las tres murallas de peñas dejé en pie, porque no las pueden derribar por la grandeza de ellas; y aun con todo eso, según me han dicho, han derribado parte dellas, buscando la cadena o maroma de oro que Huayna Cápac hizo, porque tuvieron conjeturas o rastros que la habían enterrado por allí.

Dio principio a la fábrica de aquella no bien encarecida y mal dibujada fortaleza, el buen rey Inca Yupanqui, décimo de los Incas, aunque otros quieren decir que fue su padre Pachacútec Inca; dícenlo porque dejó la traza y el modelo hecho, y recogida grandísima cantidad de piedra y peñas, que no hubo otro material en aquella obra. Tardó en acabarse más de cincuenta años, hasta los tiempos de Huayna Cápac, y aun dicen los indios que no estaba acabada, porque la "piedra cansada" la habían traído para otra gran fábrica que pensaban hacer, la cual con otras muchas que por todo aquel imperio se hacían, atajaron las guerras civiles que poco después entre los dos hermanos Huáscar Inca y Atahuallpa se levantaron, en cuyo tiempo entraron los españoles, que las atajaron y derribaron del todo como hoy están.

[*Comentarios Reales,* primera parte, lib. VII, cap. XXIX.]

Descripción del tempo del Sol

Uno de los principales ídolos que los reyes Incas y sus vasallos tuvieron fue la imperial ciudad de Cuzco, que la adoraban los indios como a cosa sagrada, por haberla fundado el primer Inca Manco Cápac, y por las innumerables victorias que ella tuvo en las conquistas que hizo, y porque era casa y corte de los incas sus dioses. De tal manera era su adoración, que aun en cosas muy menudas la demostraban; que si dos indios de igual condición se topaban en los caminos, el uno que fuese del Cuzco y el otro que viniese a él, el que iba era respetado y acatado del que venía, como superior del inferior, sólo por haber estado e ir de la ciudad, cuanto más si era vecino della, y mucho más si era natural. Lo mismo era en las semillas y legumbres, o cualquiera otra cosa que llevasen del Cuzco a otras partes; que aunque en la calidad no se aventajase, sólo por ser de aquella ciudad era más estimada que las de otras regiones y provincias. De aquí se sacará lo que habría en cosas mayores. Por tenerla en esta veneración la ennoblecieron aquellos reyes lo más que pudieron con edificios suntuosos y casas reales, que muchos dellos hicieron para sí, como en la descripción della diremos de algunas de las casas; entre las cuales, y en la que más se esmeraron, fue la Casa y Templo del Sol, que la adornaron de increíbles riquezas, aumentándolas cada inca de por sí, y aventajándose del pasado. Fueron tan increíbles las grandezas de aquella casa, que no me atreviera yo a escribirlas si no las hubieran escrito todos los españoles historiadores del Perú; mas ni lo que ellos dicen, ni lo que yo diré, alcanza a significar las que fueron. Atribuyen el edificio de aquel templo al rey inca Yupanqui, abuelo de Huayna Cápac, no porque él lo fundase, que desde el primer Inca quedó fundado, sino porque lo acabó de adornar y poner en la riqueza y majestad que los españoles lo hallaron.

Viniendo, pues, a la traza del templo, es de saber que el aposento del Sol era lo que ahora es la iglesia del divino Santo Domingo, que por no tener la precisa anchura y largura suya, no la

pongo aquí: la piedra, en cuanto su tamaño, vive hoy. Es labrada de cantería llana, muy prima y pulida.

El altar mayor (digámoslo así para darnos a entender, aunque aquellos indios no supieron hacer altar) estaba al oriente. La techumbre era de madera muy alta, porque tuviese mucha corriente; la cobija fue de paja, porque no alcanzaron a hacer teja. Todas las cuatro paredes del templo estaban cubiertas de arriba debajo de planchas y tablones de oro. En el testero, que llamamos altar mayor, tenían puesta la figura del Sol, hecha de una plancha de oro, al doble más gruesa que las otras planchas que cubrían las paredes. La figura estaba hecha con su rostro en redondo, y con sus rayos y llamas de fuego, todo de una pieza, ni más ni menos que la pintan los pintores. Era tan grande, que tomaba todo el testero del templo de pared a pared. No tuvieron los incas otros ídolos suyos ni ajenos con la imagen del Sol en aquel templo ni otro alguno, porque no adoraban otros dioses sino al Sol, aunque no falta quien diga lo contrario.

A un lado y a otro de la imagen del Sol estaban los cuerpos de los reyes muertos puestos por su antigüedad, como hijos de ese Sol, embalsamados que (no se sabe cómo) parecían estar vivos: estaban asentados en sus sillas de oro, puestas sobre los tablones de oro en que solían asentarse. Tenían los rostros hacia el pueblo; sólo Huayna Cápac se aventajaba de los demás, que estaba puesto delante de la figura del Sol, vuelto el rostro hacia él, como hijo más querido y amado, por haberse aventajado de los demás; pues mereció que en la vida le adorasen por dios por las virtudes y ornamentos reales que mostró desde muy mozo. Estos cuerpos escondieron los indios con el demás tesoro; que los más dellos no han parecido hasta hoy. El año 1559, el licenciado Polo descubrió cinco dellos, tres de reyes y dos de reinas. La puerta principal del templo miraba al Norte, como hoy está, sin la cual había otras menores para servicio del templo. Todas éstas estaban aforradas con planchas de oro en forma de portada. Por defuera del templo, por lo alto de las paredes del templo, corría una azanefa de oro de un tablón de más de una vara de ancho en forma de corona que abrazaba todo el templo.

[*Comentarios Reales,* primera parte, lib. III, cap. XX.]

Aposentos de la Luna y Estrellas, Trueno y Relámpago y Arco del Cielo

Pasado el templo, había un claustro de cuatro lienzos; y uno dellos era el lienzo del templo. Por todo lo alto del claustro había un azanefa de un tablón de oro de más de una vara en ancho, que servía de corona al claustro; en lugar della mandaron poner los españoles, en memoria de la pasada, otra azanefa blanca de yeso, del anchor de la de oro; yo la dejé viva en las paredes que estaban en pie y no se había derribado. Alrededor del claustro había cinco cuadras o aposentos grandes, cuadrados cada uno de por sí, no trabados con otros, cubiertos en forma de pirámide, de los cuales se hacían los otros tres lienzos del claustro.

La una cuadra de aquéllas estaba dedicada para aposento de la Luna, mujer del Sol, y era la que estaba más cerca de la capilla mayor del templo; toda ella y sus puertas estaban aforradas con tablones de plata, porque por el color blanco viesen que era aposento de la Luna; teníanla puesta su imagen y retrato como al Sol, hecho y pintado un rostro de mujer en un tablón de plata. Entraban en aquel aposento a visitar la Luna y a encomendarse a ella, porque la tenían por hermana y mujer del Sol, y madre de los Incas y de toda su generación; y así la llamaban Mamacullia, que es Madre Luna: no le ofrecían sacrificios como al Sol. A una mano y a la otra de la figura de la Luna estaban los cuerpos de las reinas difuntas, puestas por su orden y antigüedad. Mama Oclla, madre de Huayna Cápac, estaba delante de la Luna, rostro a rostro con ella, y aventajada de las demás por haber sido madre de tal hijo.

Otro aposento de aquéllos, el más cercano a la Luna, estaba dedicado al lucero Venus, y a las Siete Cabrillas, y a todas las demás estrellas en común. A la estrella Venus llamaban Chasca, que quiere decir "de cabellos largos y crespos"; honrábanla porque decían que era el paje del Sol, que andaba más cerca dél, unas veces delante, y otras veces en pos. A las siete cabrillas respetaban por la extrañeza de su apostura y conformidad de su tamaño. A las estrellas tenían por criadas de la Luna, y así les dieron el aposento cerca del de su señora; porque estuviesen más a mano para el servicio della, porque decían que las estrellas an-

dan en el cielo con la Luna como criadas suyas, y no con el Sol, porque las ven de noche, y no de día.

Este aposento estaba entapizada de plata también como el de la Luna, y la portada era de plata; tenían todo lo alto del techo sembrado de estrellas grandes y chicas, a semejanza del cielo estrellado. El otro aposento junto al de las estrellas era dedicado al relámpago, trueno y rayo: estas tres cosas nombraban y comprendían debajo deste nombre *Illapa,* y con el verbo que le juntaban distinguían las significaciones del nombre, que diciendo "viste la Illapa", entendían por el relámpago; si decían "oíste la Illapa", entendían por el trueno, y cuando decían "la Illapa cayó" en tal parte, o hizo tal daño, entendían por el rayo.

No los adoraron por dioses, mas de respetarlos por criados del Sol. Lo mismo sintieron dellos que la gentilidad antigua sintió del rayo, que lo tuvo por instrumento y armas de su dios Júpiter. Por lo cual los Incas dieron aposento al relámpago, trueno y rayo en la casa del Sol como a criados suyos, y estaba todo él guarnecido de oro. No dieron estatua ni pintura al trueno, relámpago y rayo, porque no pudiendo retratarlos al natural (que siempre lo procuraban de imágenes), los respetaban con el nombre de Illapa, cuya trina significación no han alcanzado hasta ahora los historiadores españoles, que ellos hubieran hecho dél un dios trino y uno, dándoselo a los indios, asemejando su idolatría a nuestra santa religión; que en otras cosas de menos apariencia y color han hecho trinidades, componiendo nuevos nombres en el lenguaje, no habiéndolas imaginado los indios. Yo escribo, como otras veces he dicho, lo que mamé en la leche y vi y oí a mis mayores; y acerca del trueno queda atrás dicho lo que más tuvieron.

Otro aposento (que era el cuarto) dedicaron al arco del cielo; porque alcanzaron que procedía del Sol, y por ende lo tomaron los reyes Incas por divisa y blasón, porque se jactaban descender del Sol. Este aposento estaba todo guarnecido de oro. En un lienzo dél sobre las planchas de oro tenían pintado muy al natural el arco del cielo, tan grande que tomaba de una pared a otra con todos sus colores al vivo; llamaban al arco *Chuyen,* y con tenerle en esta veneración, cuando le veían en el aire cerraban la boca y ponían la mano delante, porque decían que si le descubrían los

dientes los gastaba y empodrecía. Esta simplicidad tenían entre otras, sin dar razón para ello. El quinto y último aposento estaba dedicado para el sumo sacerdote y para los demás sacerdotes que asistían al servicio del templo, que todos habían de ser Incas de la sangre real. Éstos tenían aquel aposento, no para dormir ni comer en él, sino que era sala de audiencia para ordenar los sacrificios que se habían de hacer, y para todo lo demás que conviniere al servicio del templo. Estaba este aposento también, como los demás, guarnecido con oro de alto a bajo.

[*Comentarios Reales,* primera parte, lib. III, cap. XXI.]

Las vírgenes dedicadas al Sol

Tuvieron los reyes Incas, en su gentilidad y vana religión, cosas grandes dignas de mucha consideración, y una dellas fue la profesión de perpetua virginidad que las mujeres guardaban en muchas casas de recogimiento, que para ellas en muchas provincias de su imperio edificaron; y para que se entienda qué mujeres eran éstas, y a quién se dedicaban, y en qué se ejercitaban, lo diremos como ello era; porque los historiadores españoles que desto tratan pasan por ello conforme al refrán que dice: "Como gato por brasas". Diremos particularmente de la casa que había en el Cuzco, a cuya semejanza se hicieron después las que hubo en todo el Perú.

Y porque las vírgenes de aquella casa del Cuzco eran dedicadas para mujeres del Sol, habían de ser de su misma sangre, quiero decir hijas de los Incas, así del rey como de sus deudos, los legítimos y limpios de sangre ajena; porque de las mezcladas con sangre ajena, que llamamos bastardas, no podían entrar en esta casa del Cuzco, de la cual vamos hablando; y la razón desto decían que como no se sufría dar al Sol mujer corrupta, sino virgen, así tampoco era lícito darle la bastarda con mezcla de sangre ajena. Porque habiendo de tener hijos del Sol como ellos imaginaban, no era razón que fueran bastardos mezclados de sangre divina y humana. Por tanto, habían de ser legítimas de la sangre real, que era la misma del Sol. Había de ordinario más de mil y quinientas monjas, y no había tasa de las que podían ser.

Dentro, en la casa, había mujeres mayores de edad que vivían en la misma profesión, envejecidas en ella; que habían entrado con las mismas condiciones, y por ser ya viejas, y por el oficio que hacían, las llamaban Mamacuna, que, interpretándolo superficialmente, bastaría decir "matrona"; empero, para darle toda su significación quiere decir "mujer que tiene cuidado de hacer oficio de madre", porque es compuesto de *mama,* que es madre, y desta partícula *cuna,* que por sí no significa nada, y en composición significa lo que hemos dicho, sin otras muchas significaciones, según las diversas composiciones que recibe. Hacíales bien el nombre, porque unas hacían oficio de abadesas, otras de maestras de novicias para enseñarlas, así en el culto divino de su idolatría, como en las cosas que hacían de manos para su ejercicio, como hilar, tejer, coser. Otras eran porteras, otras provisoras de la casa para pedir lo que habían menester, lo cual se les proveía abundantísimamente de la hacienda dél porque eran mujeres suyas.

Vivían en perpetua clausura hasta acabar la vida con guarda de perpetua virginidad; no tenían locutorio ni torno, ni otra parte alguna por donde pudiesen hablar ni ver hombre ni mujer, si no eran ellas mismas unas con otras; porque decían que las mujeres del Sol no habían de ser tan comunes que las viese nadie; y esta clausura era tan grande, que aun el propio Inca no podía gozar del privilegio que como rey podía tener de las ver y hablar, porque nadie se atreviese a pedir semejante privilegio. Sola la Coya, que es la reina, y sus hijas, tenían licencia de entrar en la casa y hablar con las encerradas, así mozas como viejas.

Con la reina y sus hijas enviaba el Inca a las visita, y saber cómo estaban, y qué habían menester. Esta casa alcancé yo a ver entera de sus edificios, que sólo ella y la del Sol, que eran barrios, y otros cuatro galpones grandes que habían sido casas de los reyes Incas, respetaron los indios en su general levantamiento contra los españoles, que no las quemaron (como quemaron todo lo demás de la ciudad) porque la una había sido casa del Sol su dios, y la otra casa de sus mujeres y las otras de sus reyes. Tenían entre otras grandezas de su edificio una calleja angosta, capaz de dos personas, la cual atravesaba toda la casa. Tenía la calleja muchos apartados a mano y a otra, donde había oficinas de

la casa, donde trabajaban las mujeres de servicio. A cada puerta de aquéllas había porteras de mucho recaudo; en el último apartado, al fin de la calleja, estaban las mujeres del Sol, donde no entraba nadie. Tenía la casa su puerta principal, como las que acá llaman puerta reglar, la cual no se abría sino para la reina y para recibir las que entraban para ser monjas.

Al principio de la calleja, que era la puerta del servicio de la casa, había veinte porteros de ordinario para llevar y traer hasta la segunda puerta, so pena de la vida, aunque se lo mandasen de allá adentro, ni nadie lo podía mandar so la misma pena.

Tenían para servicio de las monjas y de la casa quinientas mozas, las cuales también habían de ser doncellas hijas de los Incas del privilegio, que el primer Inca dio a los que redujo a su servicio, no de los de la casa real, porque no entraban para mujeres del Sol sino para criadas. No querían que fuesen hijas de alienígenas, sino hijas de Incas, aunque de privilegio. Las cuales mozas también tenían sus mamacunas de la misma casta, y doncellas que les ordenaban lo que debían hacer. Y estas mamacunas no eran sino las que envejecían en la casa, que llegadas a tal edad les daban el nombre y la administración, como diciéndoles: ya podéis ser madres y gobernar la casa. En el repartimiento que los españoles hicieron para sus moradas de las casas reales de la ciudad del Cuzco cuando la ganaron, cupo la mitad deste convento a Pedro del Barco, de quien adelante haremos mención, fue la parte de las oficinas, y la otra mitad cupo al licenciado de la Gama, que yo alcancé en mis niñeces; y después fue de Diego de Ortiz de Guzmán, caballero natural de Sevilla, que yo conocí y dejé vivo cuando vine a España.

El principal ejercicio que las mujeres del Sol hacían era hilar y tejer y hacer todo lo que el Inca traía sobre su persona, de vestido y tocado, y también para la Coya, su mujer legítima. Labraban asimismo toda la ropa finísima que ofrecían al Sol en sacrificio; lo que el Inca traía en la cabeza era una trenza llamada *Llautu,* ancha como el dedo merguerite y muy gruesa, que venía a ser casi cuadrada, que daba cuatro o cinco vueltas a la cabeza, y la borla colorada, que le tomaba de una sien a otra.

El vestido era una camiseta que descendía hasta las rodillas, que llaman *uncu.* Los españoles le llaman *cusma,* no es del gene-

ral lenguaje, sino vocablo intruso de alguna provincia particular. Traía una manta cuadrada de dos piernas, en lugar de capa, que llaman *yacolla.* Hacían asimismo estas monjas para el Inca unas bolsas que son cuadradas, de una cuarta en cuadro; tráenlas debajo del brazo asida a una trenza muy labrada de dos dedos de ancho, puesta como tahalí del hombro izquierdo al costado derecho. A esas bolsas llaman *Chuspa;* servían solamente de traer la yerba llamada *Coca,* que los indios comen, la cual entonces no era tan común como ahora, porque no lo comía sino el Inca y sus parientes, y algunos curacas, a quien el rey, por mucho favor y merced, enviaba algunos cestos dellas por año.

También hacían unas borlas pequeñas de dos colores, amarillo y colorado, llamado *Paycha,* asidas a una trenza delgada de una braza de largo, las cuales no eran para el Inca, sino para los de su sangre real; traíanlas sobre su cabeza, caían las borlas sobre la sien derecha.

[*Comentarios Reales,* primera parte, lib. IV, caps. I y II.]

Ornamento de las casas reales

En todas las casas reales tenían hechos jardines y huertos donde el Inca se recreaba. Plantaban en ellos todos los árboles hermosos y vistosos, posturas de flores y plantas olorosas y hermosas que en el reino había; a cuya semejanza contrahacían de oro y plata muchos árboles y otras matas menores al natural, con sus hojas, flores y frutas; unas que empezaban a brotar, otras a medio sazonar, otras del todo perfeccionadas en su tamaño. Entre éstas y otras grandezas hacían maizales contrahechos al natural, con sus hojas, mazorca y caña, con sus raíces y flor, y los cabellos que echa la mazorca eran de oro. Y la misma diferencia hacían en las demás plantas, que la flor o cualquiera otra cosa que amarilleaba la contrahacían de oro, y lo demás de plata.

También había animales chicos y grandes contrahechos y vaciados de oro y plata, como eran conejos, ratones, lagartijas, culebras, mariposas, zorras, gatos monteses, que domésticos no los tuvieron. Había pájaros de todas suertes, unos puestos por los árboles, como que cantaban; otros como que estaban volando y

chupando la miel de las flores. Había venados y gamos, leones y tigres, y todos los demás animales y aves que en la tierra se criaban, cada cosa puesta en su lugar como mejor contrahiciese a lo natural.

En muchas casas o en todas tenían baños con grandes tinajones de oro y plata, en que se lavaban, y caños de plata y oro, por los cuales venía el agua a los tinajones. Y donde había fuentes de agua caliente natural, también tenían baños hechos de gran majestad y riqueza. Entre otras grandezas tenían montones y rimeros de rajas de leña, contrahechos al natural de oro y plata, como que estuviesen de depósito para gastar en el servicio de las casas.

La mayor parte destas riquezas hundieron los indios, luego que vinieron los españoles deseosos de oro y plata; y de tal manera la escondieron, que nunca más ha parecido, ni se espera que parezca, si no es que se hallen acaso, porque se entiende que los indios que hoy viven no saben los sitios do quedaron aquellos tesoros, y que sus padres y abuelos no quisieron dejarles noticias dellos, porque las cosas que habían sido dedicadas para el servicio de sus reyes no querían que sirviesen a otros.

[*Comentarios Reales,* primera parte, lib. VI, cap. II.]

Acequias para regar los pastos

[El Inca Viracocha] ordenó lo que al beneficio común de los vasallos convenía, y entre otras cosas que mandó hacer, fue sacar una acequia de agua de más de doce pies de hueco que corría más de ciento y veinte leguas de largo: empezaba de lo alto de las sierras que hay entre Parcu y Picuy, de unas hermosas fuentes que allí nacen, que parecen caudalosos ríos. Y corría el acequia hacia los rucanas, servía de regar los pastos que hay por aquellos despoblados, que tienen diez y ocho leguas de travesía, y de largo toman casi todo el Perú.

Otra acequia semejante atraviesa casi todo Cuntisuyu, y corre del Sur al Norte más de ciento y cincuenta leguas por lo alto de las sierras más altas que hay en aquellas provincias, y sale a los quechuas, y sirve o servía solamente para regar los pastos cuando el otoño detenía sus aguas. Destas acequias para regar los

pastos hay muchas en todo el imperio que los Incas gobernaron; es obra digna de la grandeza y gobierno de tales príncipes. Puédense igualar estas acequias a las mayores obras que en el mundo ha habido, y darles el primer lugar, consideradas las sierras altísimas por donde las llevaban, las peñas grandísimas que rompían sin instrumentos de acero, ni hierro, sino que con unas piedras quebrantaban otras a pura fuerza de brazos, y que no supieron hacer cimbras para sobre ellas armar arcos y puentes con que atajar las quebradas y los arroyos. Si algún arroyo hondo se le atravesaba, iban a descabezarlo hasta su nacimiento, rodeando las sierras todas que se ofrecían por delante. Las acequias eran de diez o doce pies de hueco por la parte de la sierra a que iban arrimadas. Rompían la misma sierra para el paso del agua, y por la parte de afuera les ponían grandes losas de piedras labradas por todas sus seis partes de vara y media, y de dos varas de largo, y más de vara de alto, las cuales iban puestas a la hila, pegadas unas a otras, y fortalecidas por la parte de afuera con grandes céspedes y mucha tierra arrimada a las losas, para que el ganado que atravesase de una parte a otra no desportillase la acequia.

Ésta, que viene atravesando todo el distrito llamado Cuntisuyu, vide en la provincia llamada Quechua, que es al fin del mismo distrito, y tiene todo lo que he dicho, y la miré con mucha atención; y cierto son obras tan grandes y admirables, que exceden a toda pintura y encarecimiento que dellas se pueda hacer. Los españoles, como extranjeros, no han hecho caso de semejantes grandezas, ni para sustentarlas, ni para estimarlas, ni aun para haber hecho mención dellas en sus historias; antes parece que a sabiendas o con sobra de descuido, que es lo más cierto, han permitido que se pierdan todas. Lo mismo ha sido de las acequias que los indios tenían sacadas para regar las tierras de pan, que han dejado perder las dos tercias partes que hoy y muchos años atrás no sirven ya, sino las acequias que no pueden dejar de sustentar por la necesidad que tienen dellas. De las que se han perdido, grandes y chicas, viven todavía los rastros y señales.

[*Comentarios Reales,* primera parte, lib. v, cap. xxiv.]

[SERVICIO DE POSTAS Y CORREOS]

Chasqui llamaban a los correos que había puestos por los caminos para llevar con brevedad los mandatos del rey, y traer las nuevas y avisos que por sus reinos y provincias, lejos o cerca, hubiese de importancia. Para lo cual tenían a cada cuarto de legua cuatro o seis indios mozos y ligeros, los cuales estaban en dos chozas para repararse de las inclemencias del cielo. Llevaban los recaudos por su vez, ya los de una choza, ya los de la otra; los unos miraban a la una parte del camino, y los otros a la otra, para descubrir los mensajeros antes que llegasen a ellos, y apercibirse para tomar el recaudo, porque no se perdiese tiempo alguno. Y para esto ponían siempre las chozas en alto, y también las ponían de manera que se viesen las unas a las otras. Estaban a cuarto de legua, porque decían que aquello era lo que un indio podía correr con ligereza y aliento sin cansarse.

Llamáronlos *chasqui*, que quiere decir "trocar", o "dar y tomar", que es lo mismo, porque trocaban, daban y tomaban de uno en otro, y de otro en otro, los recaudos que llevaban. No les llamaron *cacha,* que quiere decir "mensajeros", porque este nombre lo daban al embajador o mensajero propio que personalmente iba del un príncipe al otro, o del señor al súbdito. El recaudo o mensaje que los chasquis llevaban era de palabra, porque los indios del Perú no supieron escribir. Las palabras eran pocas, muy concertadas y corrientes porque no se trocasen, y por ser muchas no se olvidasen. El que venía con el mensaje daba voces llegando a la vista de la choza, para que se apercibiese el que había de ir, como hace el correo en tocar su bocina, para que le tengan ensillada la posta, y en llegando donde le podían entender, daba su recaudo, repitiéndolo dos, y tres, y cuatro veces hasta que lo entendía el que lo había de llevar; y si no lo entendía, aguardaba a que llegase y diese muy en forma su recaudo; y desta manera pasaba de uno en otro hasta donde había de llegar.

Otros recaudos llevaban, no de palabra, sino por escrito, digámoslo así, aunque hemos dicho que no tuvieron letras las cuales

eran nudos, dados en diferentes hilos de diversos colores, que iban puestos por su orden, mas no siempre de una misma manera, sino unas veces antepuesto el un color al otro, y otras veces trocados al revés; y esta manera de recaudos eran cifras, por las cuales se entendían el Inca y sus gobernadores, para lo que había de hacer, y los nudos y los colores de los hilos significaban el número de gente, armas, o vestidos, o bastimento, o cualquiera otra cosa que se hubiese de hacer, enviar o aprestar. A estos hilos anudados llamaban los indios *quipu* (que quiere decir anudar, y nudo, que sirve de nombre y verbo), por los cuales se entendían en sus cuentas. Cuando había prisa de mensajes, añadían correos, y ponían en cada posta ocho, y diez, y doce indios chasquis. Tenían otra manera de dar aviso por estos correos, y era haciendo ahumadas de día de uno en otro, y llamaradas de noche. Para lo cual tenían siempre los chasquis apercibido el fuego y los hachos, y velaban perpetuamente de noche y de día por su rueda, para estar apercibidos para cualquier suceso que se ofreciese. Esta manera de aviso por los fuegos era solamente cuando había algún levantamiento y rebelión de reino o provincia grande y hacíase para que el Inca lo supiese dentro de dos o tres horas cuando mucho (aunque fuese de quinientas o seiscientas leguas de la corte), y mandase apercibir lo necesario para cuando llegase la nueva cierta de en cuál provincia o reino era el levantamiento. Éste era el oficio de los chasquis y los recaudos que llevaban.

[*Comentarios Reales,* primera parte, lib. VI, cap. VII.]

SEXTA PARTE
EL LABERINTO FLUVIAL

Bien merece este nombre la inmensa región que, de los Andes al Atlántico, encierra, con muchas otras menores, las enmarañadas cuencas del Amazonas y del Plata. A la hora del descubrimiento, aquella tierra tenía una escasísima densidad de habitantes, pese a la gran dispersión de algunos de sus pueblos.

El primer contacto con éstos se tuvo al abordar Cabral, en 1500, la tierra firme del Sur, que no tardó en llamarse Nuevo Mundo (y bien pronto América), cuando todavía se consideraban asiáticas las tierras descubiertas más al Norte. Los navegantes costearon el Atlántico meridional en busca de su unión con el Pacífico y así descubrió Solís el Río de la Plata. Después de conquistado el Perú, se intentó su enlace fluvial con el Atlántico. Conseguirlo aguas arriba, por el Plata y el Paraguay, fue empresa muy ardua; en cambio, el descenso desde los Andes al océano por el Amazonas lo realizó Orellana en un solo viaje al filo de la corriente.

Habitaban la costa atlántica los tupí-guaraníes, del mismo tronco y aproximadamente del mismo nivel cultural que los arahuacos y caribes. Pacíficos y acogedores como los arahuacos —aunque belicosos con sus enemigos hereditarios— practicaban el canibalismo, si no con la amplitud de los caribes, como sacrificio ritual del prisionero de guerra.

Usaban formas elementales de cultivo y domesticación, por lo cual su vida era ya sedentaria o semisedentaria, agrupados en unidades de importancia variable. Trabajaban la cerámica y, aunque de manera muy tosca, otras plásticas. Tenían danzas variadas, su música oral se acompañaba de pocos instrumentos. Su religión era una forma de naturalismo degenerado, con gran influencia de los hechiceros. No viendo entre ellos ni lugares de culto ni imágenes de ídolos, los juzgaron ateos sus primeros visitantes.

A la hora de la conquista se dejaron someter o huyeron. Su lengua tupíguaraní los enlazaba estrechamente con pueblos del interior.

En la región vecina a la desembocadura del Plata aparecen algunos pueblos semejantes en su cultura a los tupís, pero de otras

familias: los charrúas (con los minimaes, chanás, etcétera) y los querandíes. Remontando las cuencas fluviales se observa un acrecentamiento progresivo del influjo incaico en ciertas artesanías, como la decoración de armas y trajes o la cerámica. Incluso, algunos pueblos del Noroeste amazónico alcanzan ciertas formas de edificación, eco lejano y empobrecido de la gran cultura del Oeste.

Fuera de los ribereños de las grandes cuencas fluviales, apenas se conocieron los otros pueblos del interior.

La colonización de portugueses y castellanos, los mercenarios germánicos a sueldo de unos y otros, el intento de colonización francesa, han dejado una rica y variada serie de testimonios acerca de los pueblos que nos ocupan. A ese respecto, los tupís de la costa han sido particularmente favorecidos, desde el descubridor Caminha hasta los misioneros jesuitas, pasando por el hugonote Léry. A los guaraníes, charrúas y querandíes los conocemos especialmente gracias a Pero Fernández y al tudesco Schmidl.

Un grupo de nivel tan extraordinariamente bajo como los carijós descritos por el P. Rodrigues, más parece degenerado que primitivo.

PERO VAZ DE CAMINHA

(Oporto, ¿1450? – ¿Calcuta?, India, 1500)

Vaz de Caminha pertenecía a una familia de "ciudadanos honrados" de Oporto. En 1476 el rey Alfonso V le concedió la futura sucesión al cargo de *mestre de balança* en la Moneda de aquella ciudad, que disfrutaba su padre, Vasco de Caminha. Éste desempeñó otros cargos fiscales, entre ellos el de recaudador-jefe de la aduana de Tánger. Tal vez su hijo por aquel entonces peleaba en tierras de África. Vaz de Caminha estaba en su país hacia finales de siglo, cuando sus conciudadanos le encargaron la redacción de los *Capítulos* que la ciudad de Oporto debía presentar a las Cortes de 1498.

Tentáronle sin duda las fabulosas historias que se contaban de la India, y como gozaba de la confianza real, embarcó en la poderosa armada de Pedro Álvarez Cabral, con el encargo de establecer la factoría de Calcuta. Iba en la nao capitana y era contado entre los jefes de la expedición.

Salieron del Tajo el lunes 9 de marzo de 1590; en la madrugada del 23, a la altura de Cabo Verde, se perdió de la flota de manera inopinada la nave de Vasco de Ataide, que tras infructuosas pesquisas, fue abandonada a su suerte. Las otras naves siguieron su ruta, costeando de lejos la tierra africana; pero desviando hacia occidente, el martes de Pascua, 21 de abril, vieron señales de tierra. La abordaron el siguiente día y permanecieron en ella hasta el 1 de mayo. En reunión de capitanes convocada por Cabral, el domingo 26, se acordó dar parte inmediatamente al rey don Manoel de aquel descubrimiento. (Lo que ellos tomaban por una isla, que bautizaron de Vera Cruz, era una avanzada del inmenso territorio que había de llamarse el Brasil.) Una de las naves regresaría a Portugal con la buena nueva y algunos pacíficos trofeos.

El día 2 de mayo se separaron. El resto de la armada llegó hasta la India, no sin haber perdido casi la mitad de sus navíos en las tempestades del Cabo de Buena Esperanza. Para colmo de infortunios, el día 12 de diciembre fue asaltada la factoría recién abierta en Calcuta, y muertos casi todos los portugueses que allí se encontraban. Es probable que Vaz de Caminha fuera uno de ellos. En todo caso, un docu-

mento real de 3 de diciembre de 1501 certifica su muerte en la India, al servicio de la Corona.

La nave que salió para la capital lusitana llevaba entre varios informes (especialmente la relación náutica de los pilotos) la *Carta* de Pero Vaz de Caminha al rey don Manoel, donde habla sólo de la tierra recién descubierta y de sus habitantes. Relato fiel de los once días vividos en aquel paraíso insospechado, las breves páginas de Vaz de Caminha son el acta de nacimiento de la América lusitana. Los cuatro portugueses que allá quedaron —dos prófugos y dos relegados — fueron los precursores del mestizaje luso-tupí y de la implantación de la lengua portuguesa en el Nuevo Continente.

Vaz de Caminha asegura al rey que no pondrá en su *Carta* sino lo que ha visto y le parece. Cumple su palabra. Se conmueve ante aquella gente cuya desnudez misma le parece un testimonio de su inocencia; los considera como las almas mejor dispuestas para recibir la semilla del Evangelio. En su rápido paso por la bahía que aún conserva el nombre de Porto Seguro que ellos le dieron, Cabral y los suyos no pudieron observar que aquellos hombres pacíficos, acogedores y vegetarianos, eran al mismo tiempo inveterados antropófagos. Vaz de Caminha debía conocer de largo tiempo al rey Manoel; sólo así se explica el tono en algún momento picarescamente familiar de su famosa *Carta.*

BIBLIOGRAFÍA

Carta a Don Manoel, do descobrimento da terra nova. 1500.

Ediciones

1817	Río de Janeiro	Manoel Ayres de Casal, *Chronographia brasílica,* vol. I.
1826	Lisboa	Académia Real de Sciéncias, *Coleçáo de noticias para a História das Nações Ultramarinas,* vol. IV.
1853	Maranhão	João Francisco Lisboa, *Jornal de Timon,* pp. 195-216.
1865	Maranhão	João Francisco Lisboa, *Obras,* vol. II, pp. 328-445.
1877	Río de Janeiro	Varnhagen en *R. I. H. G. B.,* vol. XL.
1892	Lisboa	José Ramos Coelho, *Algunos documentos do Archivo Nacional da Torre do Tombo acerca das navegações e conquistas portuguesas.*

1900	Bahia	*Annaes do Instituto Histórico e Geográfico Bahiano.*
1910	Río de Janeiro	João Ribeiro, *Fabordão.*
1923	Oporto	Carolina Michaelis, *História de colonizacão portuguesa do Brasil,* vol. II, pp. 85-99.
1938	Londres	William Brooks Greenlee, *The voyages of Pedro Alvares Cabral, to Brasil and India.*
1940	Lisboa	Antonio Balão, *Os sete únicos documentos de 1500 conservados em Lisboa referentes ao viagem de Pedro Alvarez Cabral.*
1943	Río de Janeiro	Jaime Cortesão, *A Carta de Pero Vaz de Caminha,* Ed. Livros de Portugal.
1946	São Paulo	Tomaz Oscar Marcondes de Souza, *O descobrimiento do Brasil,* pp. 281-298. Vol. 253 de *"Brasiliana".*
Traducciones		
Francesa		
1821	París	Por Ferdinand Denis.
Inglesa		
1938	Londres	William Brooks Greenlee, *The voyages of Pedro Alvarez Cabral to Brasil and India.*

[DESCUBRIMIENTO DEL BRASIL]

Tierra a la vista

El martes, octava de Pascua, que sería el 21 de abril (1500) dimos con algunas señales de tierra, siendo de la dicha isla (San Nicolás de Cabo Verde) según decían los pilotos, obra de seiscientas sesenta o setenta leguas, las que eran en forma de botella, y así otras a las que también llaman rabo de asno.

Y el miércoles siguiente (22 de abril), por la mañana, vimos aves, a las que atraen gran cantidad de hierba larga, llamada por los navegantes "perforabuches". En este día, al atardecer, vimos tierra, a saber: primeramente de un gran monte, muy alto y redondo, y de otras sierras más bajas al sur de éste, y de tierra llana con grandes arboledas; al cual monte el capitán puso por nombre Monte Pascual, y a la tierra el de Vera Cruz. Mandó lanzar la plomada: hallaron veinticinco brazas; y a la puesta de sol, cerca de seis leguas de la tierra, echamos anclas a diecinueve brazas, anclaje limpio. Allí quedamos toda aquella noche.

Primer contacto con los hombres pardos

La noche siguiente (22 de abril) sopló tan fuerte el viento sureste, con chubascos, que destartaló las naves, especialmente la capitana; y el viernes (24 de abril), por la mañana, como a las ocho poco más o menos, por consejo de los pilotos mandó el capitán levantar anclas y hacerse a la vela, y recorrimos el largo de la costa con las bateas y esquifes amarrados por la popa en previsión de viento norte, para ver si hallábamos alguna ensenada o un lugar apropiado donde quedarnos para tomar agua y leña; no porque nos escaseara sino para realizar un reconocimiento. Y cuando hicimos vela, estarían ya en la playa situados, junto a un río, unos sesenta o setenta hombres, juntados allí poco a poco. Caminamos al largo mientras el capitán mandaba a los navíos pequeños que se acercasen más a tierra y que si hallaban un lu-

gar seguro para las naves, allí amainasen; y yendo nosotros por la costa, a cosa de diez leguas desde donde habíamos partido, hallaron los dichos navíos pequeños un arrecife con un puerto dentro muy bueno y seguro, con una ancha entrada; se metieron dentro y amainaron, y las naves llegaron a su altura y un poco antes de la puesta de sol amainaron cosa de una legua de distancia del arrecife, y anclaron a las 11 brazas.

Y hallándose Alonso Lopes, nuestro piloto, en uno de aquellos navíos pequeños, por mandato del capitán por ser un hombre vivo y diestro para eso, metióse luego en el esquife para reconocer puerto adentro y recogió de una canoa dos de aquellos hombres de la tierra, mancebos y de buen cuerpo; uno de ellos traía un arco y seis o siete flechas, y en la playa andaban muchos con arcos y flechas y no las utilizaron. Llevoles ya de noche con el capitán, donde fueron recibidos con mucho placer y fiesta.

Sus facciones serían pardas, a modo de rojizas, de buenos rostros y buenas narices y bien hechos. Andan desnudos, sin nada que les cubra, pues no creen necesario cubrirse ni se avergüenzan de mostrar sus partes, y están acerca de esto con tanta inocencia como si mostraran el rostro. Traían ambos el labio inferior perforado y metidos sendos huesos blancos, del largo de una mano y del grueso de un huso de algodón y agudos de la punta como punzón; se los colocan por la parte de dentro del labio y lo que les queda entre los labios y los dientes está labrado como torre de ajedrez; y de tal manera lo traen allí encajado que no les da pasión, ni les estorba para hablar, ni comer, ni beber.

Sus cabellos son lacios, y andan esquilados de esquila alta, pero largos, arriba, para poder peinar, y rapados hasta arriba de las orejas. Y uno de ellos traía a manera de astucia, para solaparse, en todo lo ancho de su frente, echada hacia atrás una especie de cabellera de plumas de ave, amarillas, que serían del ancho de un muñón, muy punteada y muy cerrada, que le cubría la coronilla y las orejas, la que iba pegada a los cabellos pluma por pluma con una mezcla de sustancia extraña, blanda como la cera, sin serlo; de manera que lucía la cabellera muy redonda y muy punteada y muy igual que no hacía nada de estorbo pero le daba prestancia.

El capitán, cuando ellos llegaron, estaba sentado en una silla con una alfombra a los pies, como estrado; bien vestido, con un collar de oro en el pescuezo. Con él estaban Sancho de Topar y Simão Miranda y Nicolau Coelho y Aires Correa, además de nosotros que aquí en la nao con ellos llegamos, todos sentados en la alfombra. Encendieron antorchas y entraron. No hicieron ninguna demostración de cortesía ni de hablar al capitán ni a nadie. Empero uno de ellos se fijó en el collar del capitán e hizo señas con la mano mostrando hacia tierra y después para el collar, como que nos dijera que en tierra había oro. Y también vio un candelero de plata, y asimismo enseñaba para la tierra y después para el candelero, como queriendo decir que también había plata. Mostráronles un papagayo pardo que el capitán tiene aquí; lo tomamos en seguida en la mano y señalaron hacia tierra, como que los había allí; les mostraron un carnero y no hicieron mención alguna; les mostraron una gallina y casi tuvieron miedo de ella, y no querían ponerle la mano encima, y después la tomaron como asustados. Les dieron allí de comer pan y pescado cocido, confites, bollos, miel e higos secos. No quisieron comer casi nada de aquello, y si probaban algo lo echaban luego fuera; les trajeron una taza de vino; lo probaron y no les gustó nada, puesto que ya no quisieron más; les dieron agua en un vaso de loza: tomaron sendos bocados, pero no la bebieron; tan sólo se lavaron la boca y la echaron fuera.

Vio uno de ellos unas cuentas de rosario, blancas; pidió que se las dieran y se alegró mucho con ellas: se las colgó del cuello y después se las enrolló en el brazo. Y señalaba hacia tierra y después a las cuentas y para el collar del capitán, como si dijera que darían oro por aquello. (Esto lo interpretábamos nosotros así porque así lo deseábamos; mas ellos querían decir que se llevarían las cuentas más el collar; lo cual nosotros no queríamos entender porque aquello no lo habíamos de dar.) Después regresó las cuentas a quien las había prestado. Y entonces se echaron en la alfombra a dormir, sin que tuvieran modo de cubrir sus vergüenzas, las cuales no eran circuncisas, y el pelo bien rapado. El capitán les mandó sendos cojines para la cabeza, y el de la cabellera ponía mucho cuidado en no quebrarla. Les dieron también

una manta para cubrirse, cosa en la que ellos consintieron; se cubrieron y se durmieron.

Aspecto de la gente

Sábado (25 de abril)... Andaban por allí muchos de ellos, o casi la mayor parte; todos traían aquellos pedazos de hueso en los labios. Algunos, que andaban sin ellos, tenían también los labios perforados y en los orificios espejos de palo que parecían espejos de borracha, y algunos de ellos traían tres de aquellos picos, a saber: uno en el centro y los dos en los extremos. Había otros que andaban cuarteados de colores, a saber: algunos de ellos con la mitad de su propio color y la otra mitad de pintura negra, casi azulada; otros cuarteados como juego de ajedrez.

Y andaban con ellos tres o cuatro mozas, buenas mozas y bien gentiles, con cabellos muy negros, largos y caídos por la espalda. (...)

Éste que agasajamos hacía días, llevaba por atavío todo el cuerpo pegado de plumas, que parecía asaeteado, como San Sebastián. Otros traían caperuzas de plumas amarillas, otros rojas y otros verdes. Y una de aquellas mozas era toda tinta de aquella pintura. (...) Ninguno de ellos era circunciso; todos así como nosotros.

Domingo de Pascua (26 de abril)... Allí veríais galantes pintados de negro y rojo y cuarteados tanto por los cuerpos como por las piernas, que por cierto les daba una apariencia bastante buena. También andaban entre ellos cuatro o cinco mujeres mozas, asimismo desnudas, no mal parecidas; entre las cuales iba una jovencita con un muslo, de la rodilla a la cadera y el trasero, todo tinto de aquella pintura negra, y el resto, de su propio color. Otra traía las rodillas y las caderas asimismo tintas, y también los cuellos de los pies. Sus vergüenzas llevan desnudas y con tanta inocencia descubiertas que no había así ninguna vergüenza.

También andaba así otra mujer moza, con un niño o niña cargada, al cuello, atado con un paño de no sé qué, cerca de los pechos, del que sólo pendían las piernitas; mas las piernas de la madre y el cuerpo no se cubrían de ningún paño.

Lunes (27 de abril): Después de comer, salimos todos para tierra, a tomar agua. Allí vimos entonces muchos, pero no tantos como las otras veces, y traían ya muy pocos arcos. Estuvieron de momento un poco apartados de nosotros, y después poco a poco se juntaron con nosotros y nos abrazaban y se holgaban y algunos de ellos nos eludían luego.

Allí ofrecían arcos por hojas de papel y por algún gorro viejo o por cualquier otra cosa, hasta que unos veinte o treinta de los nuestros se fueron con ellos donde muchos de los suyos estaban, con mozas y mujeres. Y de allá trajeron muchos arcos y penachos de plumas de aves, de los verdes y de los amarillos, de que creo que el capitán ha de mandar a Vuestra Alteza. Y después decían que allá fuéramos a divertirnos con ellos.

En este día los vimos de más cerca y a nuestro querer por hallarnos casi todos mezclados. Y allí había de los que andaban cuarteados de pintura, otros a mitades, otros de tantos colores como paños de armar; todos con los labios perforados y muchos con los huesos en ellos, pero algunos sin huesos.

Algunos de ellos traían unos erizos verdes, de árboles, que a simple vista parecían de castaños, sino que éstos eran mucho más pequeños; los cuales estaban llenos de unos granos chicos que aplastándolos entre los dedos daban una tinta muy roja, misma con la que ellos se pintaban; y cuanto más se embarraban más rojos quedaban. Todos van rapados hasta por arriba de las orejas, y lo mismo pestañas y cejas. Todos traen la cabeza, de ambos lados, tinta de pintura negra, que parece una cinta negra de dos dedos de anchura.

Y el capitán mandó a aquel degradado Alfonso Ribeiro, y a otros dos degradados, que fuesen con ellos, y asimismo a Diego Dias, por ser hombre alegre con el que ellos se holgaban. Y a los degradados les ordenó que se quedaran con ellos esta noche.

Se fueron todos y anduvieron entre ellos. Y según ellos decían, caminaron bien una legua y media hasta llegar a un poblado, en el cual habría nueve o diez casas que, a su entender, eran tan largas, cada una, como la nao capitana; eran de maderas, y los costados de tablas, y cubiertas de paja a razonable altura. Y

viven muchos en una sola casa, con ningún compartimiento. Tienen dentro muchas estacas, y de estaca a estaca una red atada por los cabos en cada puntal, en las que dormían; y debajo, para calentarse, hacían sus fuegos. Cada casa tenía dos puertas pequeñas, una en un extremo y otra, en el otro. Y decían que en cada casa se recogían treinta o cuarenta personas, y que así los hallaron y que les dieron de comer de aquella vianda que ellos tenían, a saber: espárragos y otras semillas que la tierra da. Y ellos decían que querían vivir con ellos.

Instrumentos y armas

El martes (28 de abril) después de comer, fuimos a tierra a recoger leña y a lavar ropa. Estaban en la playa, cuando llegamos, cosa de sesenta o setenta, sin arcos y sin nada. Tan pronto llegamos se acercaron hacia nosotros sin temor alguno. Después acudieron muchos más, que serían unos doscientos, todos sin arcos; y se mezclaron tanto con nosotros que algunos de ellos nos ayudaron a acarrear leña y meterla en nuestros botes. Fraternizaban con los nuestros con mucho placer. Y cuando nosotros hacíamos leña, dos carpinteros construían una gran cruz, de un palo que se cortó expresamente para esto. Muchos de ellos se reunieron cerca de los carpinteros. Y creo que lo hacían más para ver las herramientas de hierro con que la construían que por la misma cruz; puesto que ellos no tienen nada que sea de hierro, y cortan la madera y los palos con piedras labradas como cuñas metidas en un palo, entre dos tablillas muy bien atadas, por cuyo motivo quedan fuertes; según los hombres que fueron a sus casas decían, porque allá las vieron.

Y creo, Señor, que hasta aquí no le he contado a Vuestra Alteza la configuración de sus arcos y saetas. Los arcos son negros y largos, y las saetas largas y los fierros de las mismas de cañas afiladas, según Vuestra Alteza verá por algunos que, según creo, el capitán le va a mandar.

[Vaz de Caminha, *Carta a Don Manoel.*]

AMERIGO VESPUCCI*

[TIERRA NUEVA, TIERRA FIRME]

La gente y su vivir cotidiano

La última escrita a Vuestra Magnificencia lo fue desde la costa de Guinea, en un lugar que se llama Cabo Verde, por la cual supisteis el principio de mi viaje; por la presente se os dirá brevemente el medio y el fin del mismo, que es como sigue.

Partimos de dicho Cabo Verde [junio, 1501] con todas las cosas necesarias, como es agua y leña y otros implementos indispensables para meterse en el golfo del mar océano, para buscar nuevas tierras. Y tanto navegamos con el viento entre lebeche y mediodía, que en 64 días llegamos a una tierra nueva, la cual hallamos ser tierra firme por muchas razones que adelante se dirán. Por ella corrimos cerca de 800 leguas, siempre a la cuarta de lebeche hacia poniente, y la encontramos llena de habitantes. Allá observé maravillas de Dios y de la Naturaleza, de las cuales determiné dar noticia a Vuestra Magnificencia como siempre he hecho en mis otros viajes.

Vengamos a los animales racionales. Encontramos que la tierra estaba habitada de gente toda ella desnuda, así los hombres como las mujeres, sin cubrirse ninguna vergüenza. Son de cuerpo bien dispuestos y proporcionados, de color blanco, de cabellos negros y de poca o ninguna barba. Trabajé mucho en comprender su vida y costumbres, porque durante 27 días comí y dormí entre ellos, y lo que supe es poco más o menos lo siguiente.

No tienen ni ley ni fe ninguna, y viven *secundum naturam.* No conocen inmortalidad del alma, no tienen entre ellos bienes propios, porque todo es común; no tienen límites de reinos ni provincia; no tienen rey, no obedecen a nadie, cada uno es señor de

sí mismo; amistad y gracia no les son necesarias, porque no reina en ellos la codicia.

Habitan en común en casas hechas a manera de cabañas muy grandes, y para gente que no tiene hierro ni metal alguno se puede decir que sus cabañas o casas son maravillosas, porque las he visto largas de 220 pasos y anchas de 30 muy artificiosamente fabricadas, y en una de estas casas estaban 500 o tal vez 600 almas. Duermen en redes tejidas de algodón, colgadas en el aire, sin ninguna cobertura.

Comen sentados en tierra. Sus alimentos son raíces de hierbas y frutas muy buenas, mucho pescado, gran abundancia de mariscos y cangrejos, ostras, langostas y camarones y muchas otras cosas que produce el mar. La carne que comen en su mayor parte es carne humana, en el modo que se dirá. Cuando pueden tener otra carne de animales y de pájaros, se la comen pero cazan muy poco, porque no tienen perros y la tierra está cubierta de bosques, llenos de fieras crueles; por eso no acostumbran a meterse en el bosque, sino con mucha gente.

Los hombres acostumbran horadarse los labios, las mejillas, y después en aquellos agujeros se meten huesos y piedras, no creais pequeñas. La mayor parte de ellos lo menos que tienen son tres agujeros, y algunos siete, y algunos nueve, en los cuales meten piedras de alabastro verde y blanco, largas de medio palmo y grandes como una ciruela catalana, que parece cosa fuera de la naturaleza; dicen que hacen esto para semejar más valerosos; en fin, es una cosa brutal.

Son gente muy prolífica; no tienen herederos porque no tienen bienes propios; cuando sus hijos, es decir, las hijas, están en edad de engendrar, el primero que las corrompe ha de ser el pariente más próximo después del padre; luego las casan.

Sus mujeres en los partos no hacen remilgo alguno, como las nuestras, porque comen de todo, van el mismo día al campo a lavarse, y apenas si sienten el parto.

Son gente que vive muchos años, porque según sus descendencias conocimos muchos hombres que tienen hasta la cuarta generación de nietos. No saben contar los días ni el año ni los meses, salvo que miden el tiempo por meses lunares, y cuando

quieren mostrar la edad de alguna cosa lo muestran con piedras, poniendo por cada luna una piedra, y encontré un hombre de los más viejos que me señaló con piedras haber vivido 1 700 lunas, que me parece son 130 años, contando trece lunas por año.

En la guerra

Son gente belicosa y, entre ellos, muy crueles. Todas sus armas y golpes son como dice el Petrarca *commessi al vento*, porque son arcos, saetas, dardos y piedras, y no usan llevar defensas para el cuerpo, porque van tan desnudos como nacieron, ni tienen orden alguno en sus guerras, sino que hacen aquello que les aconsejan sus viejos. Cuando combaten se matan muy cruelmente, y aquella parte que queda dueña del campo, entierra todos los muertos de su bando, y a los enemigos los despedazan y se los comen. A aquellos que cautivan los tienen por esclavos en sus casas, y si es mujer duermen con ella, y si es varón lo casan con su hija; y en cierto tiempo, cuando les viene una furia diabólica, convidan a los parientes, y al pueblo todo y se los ponen delante, es decir, la madre con todos los hijos que de él ha tenido, y con ciertas ceremonias a flechazos los matan y se los comen, y esto mismo hacen con los dichos esclavos y con los hijos que de ellos nacen. Y esto es cierto, porque encontramos en sus casas la carne humana puesta al fuego en mucha cantidad; y les compramos diez criaturas, niños y niñas, que estaban preparados para el sacrificio, o por mejor decir, para el maleficio. Se lo reprochamos mucho, no sé si se enmendaron.

Lo que más me maravilla de sus guerras y crueldad es que no se puede saber por qué razón se hacen guerra unos a otros, puesto que ni tienen bienes propios ni señorío de imperio o reino ni saben qué cosa sea codicia, es decir, robo o ambición de reinar, lo cual me parece ser la causa de las guerras y de todo acto desordenado. Cuando les preguntamos para que nos dijeran la causa, no sabían dar otra razón sino que dicen antes que comience entre ellos esta maldición, que quieren vengar la muerte de sus padres y antepasados. En conclusión es ciertamente una cosa bestial y uno de ellos me confesó haber comido la carne de más de 200 cuerpos, lo cual creo cierto y basta.

[*Carta* a Lorenzo de Médici, Lisboa, otoño de 1501.]

* Noticia, otros textos y bibliografía en las pp. 39-43.

ALONSO DE SANTA CRUZ

(..., 1526 – 1530...)

Alonso de Santa Cruz tomó parte en la desgraciada expedición del piloto mayor Sebastián Cabot (Gaboto) al Río de la Plata (1526), descubierto por Solís, tesorero de la armada; fue el encargado de defender, como capitán, el improvisado fuerte de Carcarañá, que los indígenas destruyeron. Los restos de la armada de Cabot entraron en el puerto de Sevilla el día 22 de julio de 1530.

Aquel mismo año, precisamente, Fernández de Oviedo hizo su tercer viaje a España, donde permaneció dos años. Ésta fue la ocasión de que Oviedo conociera a algunos de los supervivientes y recibiera sus informaciones. El cronista se atiene a las "particularidades" "de que le dio noticia" "en su relación verbal (¿acaso también escrita?) Alonso de Santa Cruz al cual se debe dar crédito, porque demás de ser persona de confianza e hijodalgo, es docto, cursado e particular amigo desta ciencia e geografía".

BIBLIOGRAFÍA

Véase la de Fernández de Oviedo, en cuya *Historia general,* lib. xxiii, cap. v, se inserta la relación de Santa Cruz (1530).

[EXPLORANDO EL PLATA]

Pueblos del Río de la Plata y del Paraguay

Los guyrandos, que es una generación de indios que son cazadores de venados, y son tan sueltos, que los toman por pies que es mucha más velocidad que la que Plinio escribe de los troglodytas, que vencen a los caballos por su ligereza. Estos guyrandos son flecheros, y no tienen pueblos, sino que de unas partes a otras andan con sus mujeres e hijos y lo que tienen. Sus casas son un amparo, como de medias chozas de cueros de los venados y animales que matan, muy pintados y adobados para defensa del aire y del agua; y aquesto son sus moradas. Acordaos, lector, de lo que dice la relación de aquel sacerdote, don Juan de Aréyzaga, de los gigantes del Estrecho de Hernando Magallanes, en el libro XX, que es el primero desta segunda parte; y por aquellos y lo que este otro autor Alonso de Santa Cruz dice, vereos questos guyrandos son así como aquellos gigantes, aunque el Santa Cruz no dice que los guyrandos sean tan grandes. Mas dice que son mayores que los alemanes; y así pienso yo que se va aumentando la estatura de los hombres en aquellas partes, como se van acercando más por aquella costa al Estrecho y al antártico polo.

Cerca de la bahía de los Boyoes hay una generación de gente así llamada boyoes, y allí hay mucho alcohol. Las armas de aquellas gentes salvajes son flechas, y los hierros dellas son pedernales o huesos de pescados; y también usan lanzas medianas, como partesanas, agudas las puntas, de muy buena y fuerte y linda madera colorada, y macanas de a una y de a dos manos.

[Oviedo, *Historia general,* lib. XXIII, cap. V.]

DIEGO GARCÍA

(Moguer..., 1500 – San Sebastián de la Gomera, 1535)

Diego García, que había participado como maestre de una carabela en la expedición de Solís, años después, usando el título de capitán y piloto de sus majestades, dirigió una expedición financiada por el Conde Fernando de Andrade y Cristóbal de Haro.

Zarpó de La Coruña el día 15 de enero de 1526, apresó un barco francés cargado de alumbre, que depositó en la Gomera, y por fin emprendió el viaje transatlántico el primero de septiembre. Aunque iba con instrucciones de atravesar el Estrecho de Magallanes y llegar a las Molucas, de hecho fue a descubrir aguas arriba del Río de la Plata, como lo hizo en la primavera de 1527. Allí se encontró con la armada de Sebastián Cabot (salida de San Lúcar de Barrameda el 3 de abril de 1526), que pretendió ponerlo bajo sus órdenes, y le cerró el camino.

En estas condiciones, la expedición fue un fracaso económico. García, que empleó en ella 1 200 ducados "de sus propios bienes y hacienda", años después (1531) se encontraba "muy pobre y alcanzado". Pidió ayuda, sin éxito, para una nueva expedición al Plata, que él dirigiría, y acabó participando con su carabela *Concepción* y como piloto mayor en la poderosa armada que bajo el mando de Pedro de Mendoza iba a la conquista y población de aquel río.

Salidos de San Lúcar de Barrameda en agosto de 1535, Diego García hubo de quedarse, enfermo, en el puerto de San Sebastián de la isla de Gomera, Canarias, donde testó en 27 de septiembre, falleciendo poco después.

Diego García reconoce en su testamento que no sabía escribir. Su *Memoria,* por tanto —que no es, ni mucho menos, el extracto de un diario de a bordo— hubo de dictarla.

¿Fue Diego García quien lanzó el nombre de "Río de la Plata?" En todo caso, Alonso de Santa Cruz declara con juramento que el río llamado de Solís "nunca lo ha oído mentar *de la Plata,* sino cuando el dicho capitán Diego García fue con la dicha armada de Su Majestad".

BIBLIOGRAFÍA

Relación e derrotero de la navegación al río de la Plata. 1526-1587.

1852	Río de Janeiro	*R. I. H. G. B.*, vol. XV, pp. 6-14, por Varnhagen, según copia tomada por él mismo en el Archivo General de Indias.
1879	Buenos Aires	*Revista de la Biblioteca Pública*, vol. IV, pp. 114-123.
1883	Madrid	*C. D. I. – Am.*, vol. XL, pp. 354-367.
1888	Río de Janeiro	2ª edición del vol. XV de *R. I. H. G. B.*
1945	Asunción	"Apéndice documental sobre el viaje de Diego García al Río de la Plata", en G. Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias* (2ª ed.), vol. XIV, pp. 274-283.
1949	Madrid	*C. D. R.* vol. IV. Texto revisado por Cabreiro Blanco.

[POBLADORES DEL PLATA Y DEL PARAGUAY]

Memoria de la navegación que hice este viaje en la parte del Mar Océano, dende que salí de La Coruña, que allí me fue entregada la armada por los oficiales de Su Majestad, que fue en el año de mil y quinientos y veinte y seis (1526).

A quince de enero de dicho año partí del cabo de Finisterre, yendo mi navegación, y en el dicho cabo están cuarenta y tres grados, y de allí tomé derrota para las islas de Canaria y corre por el Susudueste, que deste cabo a las Canarias corre en esta derrota, y hay del cabo de Finisterre hasta las islas de Canarias... leguas; y en este camino pasamos por la isla de la Madera, ques del rey de Portugal; está en treinta y dos grados y medio; y de la otra parte de la banda del Este, está Puerto Santo, propio en la altura de la isla y diez leguas de la isla de la Madera; y a la banda del Sueste de la isla de la Madera, está una isla que se llaman las Desiertas, que está seis leguas en la mar de la isla; y andando por mi derrota allegué a La Palma, que es isla de las islas Canarias; está la isla de La Palma con la isla de Tenerife y la isla de Fuerte Ventura, y el cabo de Quylo está en veinte y nueve grados. Y la isla de la Gran Canaria con la isla de la Gomera están veinte y ocho grados y medio, y la isla del Hierro en veinte y siete. Todas éstas se llaman las islas de la Gran Canaria, y en estas islas hacen azúcares para cargar para acá en España, y son cristianos; y de aquí tomamos lo que habíamos menester para nuestro viaje, porque de acá de La Coruña ibamos desproveídos, y por un poder que llevamos del conde don Fernando. Nos partimos el primero de septiembre de dicho año.

En todo este descubrimiento que descubrimos, vimos muchas islas y arboledas y muchas generaciones, las cuales generaciones son éstas:

La primera generación a la entrada del río (de la Plata) a la banda del Norte se llaman los *charruases;* éstos comen pescado y cosas de caza, y no tienen otro mantenimiento ninguno. Habitan en las islas otra generación que se llama los *guaraníes,*éstos co-

men carne humana; tienen y matan mucho pescado y abatíes, y siembran y cogen abatís y calabazas. Hay otra generación andando el río arriba que se llaman los *chanaes* y otros que están cabe ellos, que se llaman los *chanaes atembures;* éstos todos comen abatíes y carne y pescado. Y de la otra parte del río está otra generación que se llama los *carcaraes* y más atrás dellos está otra generación muy grande que se llama los *carandies,* y más adelante hay otros que se llaman los *atambues.* Todas estas generaciones son amigos y están juntos y hácense buena compañía, y éstos comen abatí y carne y pescado. Y luego más adelante de la banda del Norte hay otra generación que se llama *mecontaes,* que comen pescado y carne; y hay otra más adelante que se llama *mepenes;* que come carne y pescado, y algún arroz y otras…

Y más adelante hay otra generación que se llama *coñame;* comen carne y pescado; y otra generación que está cabe éstos… arriba del Paraguay que se llama los *agaces,* y éstos comen pescado y carne y luego más adelante está otra generación de *chandules,* que comen abatí, carne y pescado y otras vituallas que tienen. Todas estas generaciones no comen carne humana, no hacen mal a los cristianos, antes son amigos suyos; y estas generaciones dan nuevas deste río Paraguay, que en él hay mucho oro y plata y grandes riquezas y piedras preciosas. Y esto es lo que sabemos deste descubrimiento. Y esta señal de plata que yo he traído, un hombre de los míos que dejé la otra vez que descubrí este río, habrá 15 años, de una carabela que se nos perdió, fue por tierra a este río del Paraguay y trajo dos o tres arrobas de plata y la dio a los indios y cristianos que estaban en aquella tierra, y dellos hube esta plata.

Esta relación y descubrimiento y cuenta doy a Vuestra Majestad, y no hay otra cosa en contrario.

[García, *Relación.*]

GASPAR DE CARVAJAL

(Trujillo, 1504 – Lima, 1584)

Fray Gaspar de Carvajal, profeso de la orden de predicadores, fue destinado al Perú, en 1536. Dos años después era provincial en Lima. Parece que se unió a Gonzalo Pizarro, cuando marchaba al gobierno de Quito, sucediendo a Belalcázar (1539), y fue de su compañía en la expedición al País de la Canela. Incorporóse a esta empresa, en calidad de lugarteniente, el capitán Francisco de Orellana, trujillense también, antiguo compañero de Francisco Pizarro en la conquista del Perú y fundador de Santiago de Guayaquil (1537).

La fracasada expedición logró alcanzar el río Coca, al noreste de Quito. Acordóse que el capitán Orellana, construido un bergantín, siguiera con sesenta hombres río abajo, en busca de alimentos. Pizarro, con el resto de su gente, aguardaría. El regreso de Orellana fue imposible. Pizarro hubo de volverse a Quito en medio de las mayores penalidades y creyéndose traicionado por su lugarteniente.

Entre los sesenta de Orellana, sea por amistad con el capitán, sea por temperamento de descubridor, sea por la tentación del riesgo, se contaba fray Gaspar. Desde lo alto de los Andes, llevados por las corrientes del Coca, del Napo, del Salimoes, Orellana y los suyos llegan por fin al inmenso Amazonas y al mar Atlántico. Han navegado por aguas fluviales desde diciembre de 1541 hasta el 26 de agosto de 1542. Han probado que del Perú se puede salir directamente al Atlántico; han descubierto y recorrido el río mayor del mundo. Luego, sin "piloto, ni aguja, ni ninguna cosa para poder entender de navegación", costeando hacia el norte, abordan la isla de Cubagua, el día 11 de septiembre.

En Cubagua (isla, desierta hoy, de la costa venezolana), los descubridores se separan. Carvajal regresa al Perú, donde consagrará la segunda mitad de su vida a la tarea misional y a organizar la provincia de su orden. El capitán Orellana marcha a la corte, para vindicarse de las acusaciones de Pizarro; se detiene en La Española, donde narra sus aventuras a Fernández de Oviedo, y pone en sus manos la *Relación* de Carvajal. "Y digo que holgara de verle y de conocerle mucho; porque me parece que este tal es digno de escribir cosas de Indias, y que debe ser creído en virtud de aquellos dos flechazos…" (*Historia*, lib. xxiv.)

En verdad, durante la expedición, Carvajal fue herido dos veces. La primera, "de un flechazo por una hijada, que me llegó a lo hueco, y si no fuera por los hábitos, allí quedara"; la segunda, de otro flechazo por un ojo "que me pasó la flecha al cogote, de la cual herida perdí un ojo y no estoy sin fatiga y falta de dolor". Perdurable recuerdo de combates en busca tan sólo de alimentos y de agua, pues para aquellos hombres, lanzados a una aventura de la cual no presagiaban el fin, nada valían el oro y las riquezas.

Carvajal llevaría seguramente el diario de a bordo, y sobre él construyó, con sólida armadura cronológica, la *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río grande.* Su móvil es "decir y notificar la verdad en todo ello, como para quitar ocasiones a muchos que por ventura querrán contar o escribir esta nuestra peregrinación de otra manera o al revés de como lo habemos pasado y visto". Entiéndase, salir al paso de los difamadores del capitán Orellana, "el traidor". El estilo de fray Gaspar es muy conciso, "porque la prolijidad engendra el fastidio, causa menosprecio y contradice la autoridad y crédito que deben haber las auténticas relaciones". En su brevedad, poco se detiene a hablar de las culturas indígenas; pero lo poco que de ellas dice muestra una ausencia completa de prejuicios: es imparcial, cuando no admirativo.

Nuestro autor tenía sus humanidades —latín, por lo menos, con Virgilio—. Por ello, cuando en la tierra de Aparia les hablan de las "grandes señoras", las *Coñiapuyara,* y les advierten que, si las encuentran, los matarán, pues ellas son muchas y ellos pocos, fray Gaspar recuerda los latines de su escuela, y como cosa natural apellida *amazonas* a aquellas mujeres guerreras. Así, por tan inocente pedantería, lleva el nombre de Amazonas aquel río que el mismo fray Gaspar de Carvajal bautizó, con justicia, Río de Orellana.

BIBLIOGRAFÍA

Relación del nuevo descubrimiento del río grande de las Amazonas.

Ediciones

1894 Sevilla — *Descubrimiento del río de las Amazonas, según la relación hasta ahora inédita de…, con otros documentos referentes a Francisco de Orellana y sus compañeros.* Publicada a expensas del Duque de T'Serclaes, con una introducción histórica y algunas ilustraciones por José Toribio Medina.

1942 Quito — 1944 Madrid *Relación que escribió… fraile de la orden de santo Domingo de Guzmán, del nuevo descubrimiento del famoso río grande…* – Consejo de la Hispanidad.

1955 México — *Relación…* edición, introducción y notas de Jorge Hernández Millares. Fondo de Cultura Económica.

1958 Quito — *Descubrimiento del río de Orellana.* Versión de Jorge A. Garcés G., prólogo de J. Roberto Páez. (Publicaciones del Archivo Municipal de Quito, núm. 28.)

Traducciones

Inglesa

1859 Londres — *Expeditions into the Valley of Amazonas, 1539, 1540, 1541,* por Clements R. Markham. Hakluyt Society. Sigue el texto dado por Fernández de Oviedo, *Historia…,* IV, Madrid, 1855.

Portuguesa

1941 São Paulo — *Descobrimiento do rio das Amazonas.*

[DE LOS ANDES AL ATLÁNTICO]

Los indios blancos

(Marzo/abril, 1541.) En este medio tiempo, estando en nuestra obra, vinieron cuatro indios a ver al capitán, los cuales llegaron y eran de estatura muy altos, que cada uno era un gran palmo más alto que el más alto cristiano, y eran muy blancos y tenían unos cabellos que les llegaban a la cinta y muy enjoyados de oro y ropa, y traían mucha comida, y llegaron con tanta humildad que todos quedamos espantados de sus disposiciones y buena crianza: sacaron mucha comida y pusiéronla delante del capitán y le dijeron cómo ellos eran vasallos de un señor muy grande y que por su mandado venían a ver quién éramos o qué queríamos o dónde íbamos. El capitán los recibió muy bien, y primero que les hablase les mandó dar muchas joyas, que ellos tuvieron en mucho y se holgaron. El capitán les dijo todo lo que había dicho al señor Aparian, de lo cual los indios no quedaron poco espantados y dijeron al capitán que ellos se querían ir a dar respuesta a su señor, que les diese licencia, y el capitán se la dio y les dijo que fuesen enhorabuena y les dio muchas cosas que diesen a su principal señor, y que le dijesen que le rogaba mucho al capitán que le viniese a ver porque se holgaría mucho con él, y ellos dijeron que así lo harían, y se fueron y nunca supimos dónde ni de qué tierra habían venido estos indios.

[*Relación...* Construcción de un segundo bergantín.]

Cinco hechiceros

(Mayo, 1541.) El capitán, por que la gente tomase un poco de descanso y comiese, mandó que nos metiésemos en una isla despoblada que estaba en medio del río, y en comenzando a guisar de comer allí, vinieron mucha cantidad de canoas y acométennos tres veces, de tal manera que nos pusieron en muy gran aprieto. Visto por los indios que por el agua no nos podían des-

baratar, acordaron de nos acometer por la tierra y agua, porque como había muchos, había para todo. El capitán, viendo lo que los indios ordenaban, acordó de no los esperar, y así se embarcó y se hizo al largo del río, porque allí se pensaba mejor defender. Así, comenzamos a caminar no dejando de nos seguir y dar muchos combates los indios, y aquí de estas poblaciones se habían juntado más de ciento y treinta canoas, en que había más de ocho mil indios y por tierra no tenía cuenta la gente que parecía. Andaban entre esta gente y canoas de guerra cuatro o cinco hechiceros, todos encalados y las bocas llenas de ceniza, que echaban al aire, y en las manos unos hisopos, con los cuales andaban echando agua por el río a manera de hechizos, y después que habían dado una vuelta a nuestros bergantines de la manera dicha, llamaban a la gente de guerra y luego comenzaban a tocar sus trompetas y cornetas de palo y atambores y con muy gran grita nos acometían, pero, como dicho tengo, los arcabuces y ballestas, después de Dios, eran nuestro amparo. Así nos llevaron de esta manera hasta nos meter en una angostura en un brazo del río. Aquí nos pusieron en muy gran aprieto y tanto que no sé si quedara alguno de nosotros, porque nos tenían echada una celada en tierra y desde allí nos barreaban. Los del agua se determinaron de barrear con nosotros, y yendo ya muy determinados de lo hacer, estando ya muy juntos, venía delante el capitán general, señalándose muy como hombre, al cual un compañero de los nuestros, llamado Célis, tuvo ojo en él y le tiró con un arcabuz y dio por mitad de los pechos que lo mató, y luego su gente desmayó y acudieron todos a ver a su señor. En este medio tiempo, tuvimos todos lugar de salir a lo ancho del río pero todavía nos siguieron dos días y dos noches sin nos dejar reposar, que tanto tardamos de salir de población de este gran señor que se llamaba Machiparo, que al parecer de todos duró más de ochenta leguas, que era todo una lengua, éstas todas pobladas, que no había de pueblo a pueblo un tiro de ballesta y el que más lejos no estaría media legua, y hubo pueblo que duró cinco leguas sin restañar casa de casa que era cosa maravillosa de ver.

Como íbamos de pasada huyendo, no tuvimos lugar de saber qué es lo que había la tierra adentro, pero, según la disposición y parecer de ella, debe ser la más poblada que se ha visto y así

nos lo decían los indios de la provincia de Aparia, que había un grandísimo señor la tierra adentro hacia el sur que se llamaba Ica, y que éste tenía muy gran riqueza de oro y plata, y esta noticia traíamos muy buena y por muy cierta.

[*Relación...* Construcción de un segundo bergantín.]

Una casa de placer

(21 de mayo de 1541.) Volviendo a la historia digo que el domingo después de la Ascensión de mi Redentor Jesucristo salimos de este dicho pueblo y comenzamos a caminar, y no hubimos andado obra de dos leguas, cuando vimos entrar por el río, por la diestra mano, otro más poderoso y muy más grande río, tanto que a la entrada hacía tres islas, de causa de las cuales le pusimos el río de la Trinidad, y en estas juntas del uno y el otro había muchas y muy grandes poblaciones y muy linda tierra y muy fructífera; esto era ya en el señorío y tierra de Omagua, y, por ser los pueblos tantos y tan grandes y haber tanta gente, no quiso el capitán tomar puerto, sino así pasamos todo aquel día por poblado con alguna guerra, porque por el agua nos la daban tan cruda que nos hacían ir por medio del río y muchas veces los indios se ponían a platicar con nosotros y como no nos entendíamos, no sabíamos lo que decían. A hora de vísperas llegamos a un pueblo que esta ba sobre la barranca y por nos parecer pequeño mandó el capitán que le tomásemos y también porque tenía en sí buena vista, que parecía en sí recreación de algún señor de la tierra adentro. Así aderezamos de le tomar y los indios se defendieron más de una hora, pero al cabo fueron vencidos y nos otros señoreados del pueblo, donde hallamos muy gran cantidad de comida, de la cual nos proveímos. En este pueblo estaba una casa de placer, dentro de la cual había mucha loza de diversas hechuras, así tinajas como cántaros muy grandes, de más de 29 arrobas, y otras vasijas más pequeñas, como platos y escudillas y candeleros. Esta loza es la mejor que se ha visto, porque la de Málaga no se iguala con ella, porque es toda vidriada y esmaltada de todas colores, tan vivas que espantan, y demás de esto los dibujos y pinturas que en ella hacen son tan compasados que naturalmente labran y dibujan todo como lo ro-

mano, y allí nos dijeron los indios que todo lo que en esta casa había de barro, lo había la tierra adentro de oro y de plata y que ellos nos llevarían allá, que era cerca. En esta casa se hallaron dos ídolos tejidos de palma de diversa manera que ponían espanto y eran de estatura de gigantes, y tenían en los brazos metidas en los molledos unas ruedas a manera de arandelas y lo mismo tenían en las pantorrillas, junto a las rodillas. Tenían las orejas horadadas y muy grandes, a manera de los indios de Cuzco y mayores. Esta generación de gente reside la tierra adentro y es la que posee la riqueza ya dicha y por memoria los tienen allí. También se halló en este pueblo oro y plata, pero como nuestra intención no era sino de buscar de comer y procurar cómo salvásemos las vidas y diésemos noticia de tan gran cosa, no curábamos ni se nos daba nada por ninguna riqueza. De este pueblo salían muchos caminos muy reales para la tierra adentro, y el capitán quiso saber a dónde iban y para esto tomó consigo a Cristóbal de Segovia y al alférez y otros compañeros y comenzó a entrar por ellos y no había andado media legua cuando los caminos eran más reales y mayores, y visto el capitán esto acordó de se volver, porque vido que no era cordura pasar adelante, y así volvió donde estaban los bergantines y cuando llegó se ponía ya el sol, y el capitán dijo a sus compañeros que convenía luego partir de allí, porque no convenía en tierra tan poblada dormir de noche, y que luego se embarcasen todos, y así fue que, metida la comida y todos dentro en nuestros bergantines, comenzamos a caminar ya que era noche y toda ella fuimos pasando muchos y muy grandes pueblos hasta que vino el día, que habíamos andado más de veinte leguas, que por huir de lo poblado no hacían nuestros compañeros sino remar, y mientras más andábamos más poblada y mejor hallábamos la tierra, y así íbamos siempre desviados de tierra por no dar lugar a que los indios saliesen a nosotros.

[*Relación...* El país de Omagua.]

Súbdito de las Amazonas

(Junio, 1541.) Entramos en otra muy más belicosa y de mucha gente y que nos daba mucha guerra. De esta provincia no supi-

mos cómo se llamaba el señor de ella, pero es una gente mediana de cuerpo, muy bien tratada, tienen paveses de palo y defienden sus personas muy como hombres.

Este día tomamos puerto en un pueblo mediano donde la gente nos esperó. En este pueblo estaba una plaza muy grande y en medio de la plaza estaba un tablón grande, de diez pies en cuadra, figurada y labrada de rel[iev]e una ciudad murada con su cerca y con una puerta: a esta puerta estaban dos torres muy altas de cabo con sus ventanas, y cada torre tenía una puerta frontera la una de la otra, y a cada puerta estaban dos columnas, y toda esta obra ya dicha estaba cargada sobre dos leones muy feroces, que miraban hacia atrás, como recatándose el uno del otro, los cuales tenían con los brazos y uñas toda la obra, en medio de la cual había una plaza redonda; en medio de esta plaza había un agujero por donde ofrecían y echaban chicha para el Sol, que es el vino que ellos beben y el Sol es en quien ellos adoran y tienen por su dios, y, en fin, el edificio era cosa de mucho ver, y el capitán y todos nosotros, espantados de tan gran cosa, preguntó a un indio que aquí se tomó qué era aquello o por qué memoria tenían aquello en la plaza. El indio dijo que ellos eran subjetos y tributarios a las amazonas y que no las servían de otra cosa sino de plumas de papagayos y alguacamayas para aforros a los techos de las casas de sus adoratorios, y que los pueblos que ellas tenían eran de aquella manera, y que por memoria lo tenían allí y que adoraban en ello, como en cosa insinias de su Señora, que es la que manda toda la tierra de las dichas mujeres. Hallóse también en esta misma plaza una casa algo grande, dentro de la cual había muchas vestiduras de plumas de diversos colores, las cuales se vestían los indios para celebrar sus fiestas y bailar cuando se querían regocijar delante de aqueste tablón ya dicho, y allí ofrecían sus sacrificios. Salimos luego de este pueblo y dimos en otro muy grande, que tenía el mismo tablón y divisa que es dicho.

[*Relación…* Descubrimiento del Río Negro.]

Un pueblo que no se defendió

(Junio, 1541.) De este pueblo salieron dos indios en una canoa y llegaron al bergantín donde venía el capitán, sin armas, y llegaron a reconocer y estuvieron mirando, y por mucho que nuestro capitán los llamó que entrasen dentro y les daba muchas cosas, nunca quisieron, antes señalando la tierra adentro, se volvieron. Dormimos esta noche frontero de este pueblo dentro en los bergantines, y venido el día, comenzando a caminar, salió del pueblo mucha gente y embárcase y viénennos a acometer a medio del río por donde íbamos. Estos indios tienen ya flechas y con ellas pelean: tiramos nuestro camino sin los esperar; fuimos caminando tomando comida donde víamos que no nos lo defendían: al cabo de cuatro o cinco días fuimos a tomar un pueblo donde los indios no se defendieron: aquí se halló mucho maíz, y asimismo se halló mucha avena como la nuestra, de que los indios hacen pan, y muy buen vino, a manera de cerveza, y ésta hay en mucha abundancia. Hallóse en este pueblo una bodega de vino, de que no se holgaron poco nuestros compañeros, y hallóse muy buena ropa de algodón. Hallóse también en este pueblo un adoratorio, dentro del cual había muchas divisas de armas para la guerra colgadas, y sobre todas, en lo alto, estaban dos mitras, muy bien y al natural hechas, como las de los obispos; eran tejidas y no sabemos de qué, porque ello no era algodón ni lana y tenía muchos colores.

[*Relación...* La provincia de las Picotas.]

Combate con las amazonas

(24 de junio, 1541.) De esta manera íbamos caminando, buscando algún apacible asiento para festejar y regocijar la fiesta del glorioso y bienaventurado San Juan Bautista, y quiso Dios que en doblando una punta que el río hacía, vimos la costa adelante muchos y muy grandes pueblos que estaban blanqueando. Aquí dimos de golpe en la buena tierra y señorío de las amazonas. Estos pueblos estaban avisados y sabían de nuestra ida, de cuya causa nos salieron a recibir al camino por el agua no con buena intención.

Visto el peligro en que estábamos, comienza el capitán a animar y dar priesa a los de los remos que cabordasen, y así, aun-

que con trabajo, llegamos a cabordar y nuestros compañeros se echaron al agua, que les daba a los pechos. Aquí fue una muy peligrosa refriega, porque los indios andaban mezclados con nuestros españoles y se defendían tan animosamente que era cosa maravillosa de ver. Andúvose en esta pelea más de una hora, que los indios no perdían ánimo, antes parecía que de continuo se les doblaba; aunque venían algunos de los suyos muertos y pasaban por encima de ellos, no hacían sino retraerse y tornar a revolver. Quiero que sepan cuál fue la causa por donde estos indios se defendían de tal manera. Han de saber que ellos son subjetos y tributarios a las amazonas y, sabida nuestra venida, vanles a pedir socorro y vinieron hasta diez o doce, que éstas vimos nosotros, que andaban peleando delante de todos los indios, como por capitanes, y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaban volver las espaldas, y al que las volvía, delante de nosotros le mataban a palos, y ésta es la causa por donde los indios se defendían tanto. Estas mujeres son muy altas y blancas y tienen el cabello muy largo y entrenzado y revuelto a la cabeza: son muy membrudas, andaban desnudas en cueros y atapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios, y en verdad que hubo muchas de éstas que metieron un palmo de flecha por uno de los bergantines y otras menos, que parecían nuestros bergantines puerco espín. Tornando a nuestro propósito y pelea, fue Nuestro Señor servido de dar fueza y ánimo a nuestros compañeros, que mataron siete u ocho, que éstas vimos, de las amazonas, a cuya causa los indios desmayaron y fueron vencidos y desbaratados con harto daño de sus personas. Y porque venía de los otros pueblos mucha gente de socorro y habían de revolver, porque ya se tornaban a apellidar, mandó el capitán que a muy gran priesa se embarcase la gente, porque no quería poner a riesgo la vida de todos y así se embarcaron, no sin zozobra, porque ya los indios tornaban a comenzar a pelear y más que por el agua venía muy gran flota de canoas, y así nos hicimos a lo largo del río y dejamos la tierra.

Tenemos andadas desde que salimos de donde dejamos a Gonzalo Pizarro mil y cuatro leguas, antes más que menos, y no sabemos lo que hay de aquí a la mar. En este pueblo ya dicho se

tomó un indio que era trompeta y andaba animando la gente, que sería de edad de hasta treinta años, el cual, en tomándole, comenzó a decir al capitán muchas cosas de la tierra adentro y le llevaba consigo.

[*Relación…* "La buena tierra y señorío de las amazonas".]

Gente de buena razón

(24 de junio, 1541.) Quiero que sepan que toda la gente que en este río hemos pasado, como hemos dicho, es de buena razón y muy vivos e ingeniosos, porque parece así por todas las obras que hacen, así de bulto como dibujos y pinturas de todas colores, muy buenas, que es cosa maravillosa de ver.

[*Relación…* Viaje por mar hasta Cubagua.]

PERO FERNÁNDEZ (1545)*

[INDIOS RIBEREÑOS DEL PARAGUAY Y DEL PILCOMAYO]

De cómo los indios de tierra adentro vienen a vivir a las costas del río Paraguay

Cuando las aguas están bajas los naturales de la tierra adentro se vienen a vivir a la ribera con sus hijos y mujeres a gozar de las pesquerías, porque es mucho el pez que matan, y está muy gordo; están en esta buena vida bailando y cantando todos los días y las noches, como gentes que tienen seguro el comer; y como las aguas comienzan a crecer, que es por enero, vuélvense a recoger a partes seguras, porque las aguas crecen seis brazas en alto encima de las barrancas, y por aquella tierra se extienden por unos llanos adelante más de cien leguas la tierra adentro, que parece mar, y cubre los árboles y palmas que por la tierra están, y pasan los navíos por encima de ellos; y esto acontece todos los años del mundo ordinariamente, y pasa esto en el tiempo y coyuntura cuando el sol parte del trópico de allá y viene para el trópico que está acá que está sobre la boca del río del Oro; y los naturales del río; cuando el agua llega encima de las barrancas, ellos tienen aparejadas unas canoas muy grandes para este tiempo, y en medio de las canoas echan dos o tres cargas de barro, y hacen un fogón; y hecho, métese el indio en ella con su mujer e hijos y casa, y vanse con la creciente del agua donde quieren, y sobre aquel fogón hacen fuego y guisan de comer y se calientan, y así andan cuatro meses del año que dura esta creciente de las aguas; y como las aguas andan crecidas, sal tan en algunas tierras que quedan descubiertas, y allí matan venados y dantas, y otras salvajinas que van huyendo del agua; y como las aguas hacen repunta para volver a su curso, ellos se vuelven cazando y pescando como han ido, y no salen de sus canoas hasta que las barrancas están descubiertas, donde ellos suelen tener

sus casas; y es cosa de ver, cuando las aguas vienen bajando, la gran cantidad de pescado que deja el agua por la tierra en seco; y cuando esto acaece, que es en fin de marzo y abril, todo este tiempo hiede aquella tierra muy mal, por estar la tierra emponzoñada; en este tiempo todos los de la tierra, y nosotros con ellos, estuvimos malos, que pensamos morir; y como entonces es verano en aquella tierra, es incomportable de sufrir; y siendo el mes de abril comienzan a estar buenos todos los que han enfermado.

Todos estos indios sacan el hilado que han menester para hacer sus redes, de unos cardos; machácanlos y échanlos en un ciénago, y después que está quince días allí, ráenlos con unas conchas de almejones, y sale curado, y queda más blanco que la nieve.

Esta gente no tenían principal, puesto que en la tierra los hay entre todos ellos; más éstos son pescadores, salvajes y salteadores; es gente de frontera.

[*Comentarios,* cap. LII.]

Los indios del puerto de los Reyes

Los indios de este puerto de los Reyes son labradores; siembran maíz y mandioca (que es el cazabi de las Indias), siembran mandubíes (que son como avellanas), y de esta fruta hay gran abundancia; y siembran dos veces en el año; es tierra fértil y abundosa, así de mantenimientos de caza y pesquerías; crían los indios muchos patos, en gran cantidad, para defenderse de los grillos, como tengo dicho. Crían gallinas, las cuales encierran de noche, por miedo de los murciélagos, que les cortan las crestas, y cortadas, las gallinas se mueren luego.

[*Comentarios,* cap. LIV.]

Los artaneses

Son una gente crecida de cuerpos y andan desnudos en cueros; son labradores, siembran poco a causa que alcanzan poca tierra que sea buena para sembrar, porque la mayor parte es

anegadizos y arenales muy secos; son pobres, y mantiénense la mayor parte del año de pesquerías de las lagunas que tienen junto de sus pueblos.

Las mujeres de estos indios son muy feas de rostros, porque se los labran y hacen muchas rayas con sus púas de rayas que para aquello tienen, y traen cubiertas sus vergüenzas. Estos indios son muy feos de rostros porque se horadan el labio bajo, y en él se ponen una cáscara de una fruta de unos árboles, que es tamaña y tan redonda como un gran tortero, y ésta les apesga y hace alargar el labio tanto, que parece una cosa muy fea.

[*Comentarios,* cap. LIX.]

Los guaycurúes. Sus costumbres

Los indios principales de la ribera y comarca del río del Paraguay, y más cercanos a la ciudad de la Ascensión, vasallos de su majestad, todos juntos parecieron ante el Gobernador y se querellaron de una generación de indios que habitan cerca de sus confines; los cuales son muy guerreros y valientes, y se mantienen de la caza de los venados, mantecas y miel y pescado del río, y puercos que ellos matan, y no comen otra cosa ellos y sus mujeres y hijos, y éstos cada día la matan y andan a cazar con su puro trabajo; y son tan ligeros y recios, que corren tanto tras los venados, y tanto les dura el aliento, y sufren tanto el trabajo de correr, que los cansan y toman a mano; y otros muchos matan con las flechas, y matan muchos tigres y otros animales bravos.

Son muy amigos de tratar bien a las mujeres, no tan solamente las suyas propias, que entre ellos tienen muchas preeminencias, mas en las guerras que tienen, si cautivan algunas mujeres, danles libertad y no les hacen daño ni mal. Todas las otras generaciones les tienen gran temor.

Nunca están quedos de dos días arriba en un lugar; luego levantan sus casas, que son de esteras, y se van una legua o dos desviados de donde han tenido asiento; porque la caza, como es por ellos hostigada, huye y se va, y vanla siguiendo y matando.

Esta generación y otras se mantienen de las pesquerías y de unas algarrobas que hay en la tierra, a las cuales acuden por los

montes donde están estos árboles, a coger como puercos que andan a montanera, todos en un tiempo, porque es cuando está madura el algarroba por el mes de noviembre a la entrada de diciembre, y de ella hacen harina y vino, el cual sale tan fuerte y recio, que con ello se emborrachan.

Sus cantos jactanciosos

Oyeron los atambores que tañían los indios guaycurúes; los cuales estaban cantando y llamando todas las naciones, diciendo que viniesen a ellos, porque ellos eran pocos y más valientes que todas las otras naciones de la tierra, y eran señores de ella y de los venados y de todos los otros animales de los campos, y eran señores de los ríos, y de los peces que andaban en ellos. Porque lo tal tienen de costumbre aquella nación, que todas las noches del mundo se velan de esta manera.

El mercado de Asunción

Su venida (de los guaycurúes) era de ocho a ocho días a la ciudad, cargados de carne de venados y puercos monteses, asada en barbacoa. Esta barbacoa es como unas parrillas, y están dos palmos altas del suelo, y son de palos delgados, y echan la carne escalada encima, y así la asan. Y traen mucho pescado y otros muchos mantenimientos, mantecas y otras cosas, y muchas mantas de lino que hacen de unos cardos, las cuales hacen muy pintadas; y asimismo muchos cueros de tigres de dantas y de venados, y de otros animales que matan; y cuando así vienen, dura la contratación de los tales mantenimientos dos días y contratan los de la otra parte del río que están en sus ranchos; la cual contratación es muy grande, y son muy apacibles para los guaraníes, los cuales les dan, en trueque de lo que traen, mucho maíz y mandioca y mandubís, que es una fruta como avellanas o chufas, que se cría debajo de la tierra; también les dan y truecan arcos y flechas; y pasan el río a esta contratación doscientas canoas juntas, cargadas de estas cosas, que es la más hermosa cosa del mundo verlas ir; y como van con tanta prisa, algunas veces se encuentran las unas con las otras, de manera que toda la mer-

caduría y ellas van al agua; y los indios a quien acontece lo tal, y los otros que están en tierra esperándoles, toman tan gran risa, que en dos días no se apacigua entre ellos el regocijo; y para ir a contratar van muy pintados y empenachados, y toda la plumería va por el río abajo, y mueren por llegar con sus canoas unos primero que otros, y ésta es la causa por donde se encuentran muchas veces; y en la contratación tienen tanta vocería, que no se oyen los unos a los otros, y todos están muy alegres y regocijados.

[*Comentarios,* caps. XIX, XXV, XXXI.]

* Véase noticia y bibliografía de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, en las pp. 93-98.

ULRICH SCHMIDL

(Strauning, Baviera, ¿1510? – 1599)

La armada de don Pedro de Mendoza, primer adelantado del Río de la Plata, partió de San Lúcar de Barrameda el día 24 de agosto de 1535. Formaban la expedición 2 500 españoles y 150 germanos (neerlandeses, austriacos, sajones, alto-alemanes). Entre éstos, enganchados por la banca Welser de Nuremberg, la misma que por concesión imperial colonizaba y comerciaba en tierras de Venezuela, iba un soldado, mejor diríamos un sargento, Ulrich Schmidl —llamado familiarmente Utz —, y en traducción latina Ulricus Faber. Poco antes había llegado a Cádiz, partido de Amberes en el mismo velero que con otros ochenta alemanes lo llevaría hasta el Plata.

Desde la fundación de Buenos Aires hasta que, llamado por los suyos de Alemania, obtiene licencia del capitán Domingo Martínez de Irala, Schmidl participa activamente durante 17 años en la conquista y colonización de la cuenca del Plata. No es injusto llamarlo el primer historiador de aquellas tierras, pues su narración fue la primera que se escribió, siquiera otras se publicaran antes.

Schmidl escribió en su lengua, el alto alemán, para dar a los suyos un testimonio de sus andanzas. Es un soldado que maneja la pluma premiosamente, en modo alguno un escritor. Su lenguaje es pobre y desconoce el arte literario.

El valor de la obra de Schmidl radica en su acento de sinceridad, en su falta de jactancia militar y en su marcado interés por la observación etnográfica. A lo largo de los ríos que remonta —el Plata, el Paraná, el Paraguay— desde la desolación de Buenos Aires hasta el paraíso de La Asunción y el enlace con el Perú, el soldado nos habla de cada uno de los pueblos con quienes entra en contacto, no sólo para hablarnos de batallas y de paces, sino de su aspecto físico y de su lengua, de sus desnudeces y de sus tatuajes, de sus comidas y de sus costumbres de seminómadas. Los guaraníes y los jarayes son los que merecen recuerdo más detenido.

Schmidl no tiene —ni finge tenerlos— ideales trascendentes y altruistas de ninguna clase. Sus móviles son inmediatos y personales. Ni le preocupa la conversión de los idólatras ni se horroriza de la antropofagia de algunas tribus. ¿Acaso no ha visto también a compañe-

ros suyos, acosados por el hambre, cortarse una tajada en los cadáveres de otros compañeros? Schmidl, que en su tierra natal debía ser un honrado y pacífico ciudadano, no vacila, como soldado, en cometer las mayores atrocidades, ni en contarlas. Juzgando que "la guerra es la guerra", se tendría por justificado. Y pensando en las mujeres, su constante obsesión, que la guerra le sirvió con mano pródiga, y en el botín de sus campañas, se daría por satisfecho.

Al contrario de los otros cronistas que manejaron la espada y la pluma, capitanes y hombres de mundo, el soldado Schmidl nos trae la voz del combatiente raso del que no persigue la gloria y a quien el poderoso escamotea a menudo el provecho. "Los grandes señores —afirma— son malos y bellacos; donde pueden despojar a los pobres peones de lo suyo, lo hacen."

BIBLIOGRAFÍA

Derrotero y viaje a España y a las Indias.

Ediciones

1567	Francfort	*Feierabend und Hüter. Beschreibung…* Ulrici Schmidls. En la 2ª parte del *Weltbuch* de Sebastián Franck.
1597	Francfort	*BRY,* parte 7ª Occidentales, reproduce el texto anterior.
1599	Nuremberg	*Schiffahrt* von Ulrich Schmidl. Publicada por Levinus Hulsius (¿Levin Huls?).
1889	Tubinga	*Reise nach Südamerika in den Jahren 1534 bis 1554.* Edición de Valentín Langmantel, según el Ms. de Munich.
1893	Straubing	*Reise nach Südamerika in den Jahren 1534 bis 1554.* Edición de E. Mondschein, según el Ms. original, de Stuttgart.

Traducciones

Latinas

1597	Francfort	*BRY,* parte 7ª Occidentales, traducción correspondiente a la edición alemana del mismo año y ciudad.
1599	Nuremberg	Traducción de Gotardo Artus, según el texto de la edición de 1567.
1599	Nuremberg	Traducción correspondiente a la edición alemana del mismo año y ciudad, por Hulsius.

Castellanas

1731?	Madrid	Traducción por Gabriel de Cárdenas (seudónimo de Andrés González de Barcia) de la latina de Hulsius.
1749	Madrid	Reproducción de la anterior en Barcia, vol. II.
1836	Buenos Aires	*Viaje al Río de la Plata y Paraguay,* por Ulderico… Reproducción parcial de la anterior en Angelis, vol. III.
1881	Buenos Aires	Traducción fragmentaria por M. A. Pelliza.
1903	Buenos Aires	*Viaje al Río de la Plata* (1534-1554). Notas biográficas y bibliográficas por Bartolomé Mitre. Prólogo, traducción y anotaciones por Samuel A. Lafone Quevedo. Biblioteca de la Academia de la Historia. "Colección de Libros Raros o Inéditos sobre la región del Río de la Plata", vol. I. Traduce el texto de Munich. (Edición de 1889.)
1938	Santa Fe	*Derrotero y viaje a España y las Indias,* por…; traducido [del alemán, según el manuscrito original de Stuttgart], y comentado por Edmundo Wernicke, prólogo de José Gollan. Instituto Social. Universidad Nacional del Litoral.
1942	Buenos Aires	Edición facsímile del manuscrito de Stuttgart. Prólogo de Raúl Quintana.
1944	Buenos Aires	*Derrotero…*, traducido del alemán por Edmundo Wernicke. "Colección Austral", vol. 424. Espasa-Calpe.

Francesa

1837	París	*Histoire véritable d'un voyage curieux,* fait par… de Straubing. En Ternaux, vol. V. (Según la ed. 1599.)

Inglesa

1889	Londres	*The conquest of La Plata,* 1535-1555. I: *Voyage of Hulrich Schmidl to the rivers La Plata and Paraguay.* Notas e introducción por Luis L. Domínguez. Hakluyt Society.

[RIBEREÑOS DEL PLATA, DEL PARANÁ Y DEL PARAGUAY]

Río de la Plata. Indios charrúas

El día de Todos los Tres Reyes en 1535 hemos desembarcado en Río de la Plata; allí hemos encontrado un lugar de indios que se llaman los indios charrúas y son ellos allí alrededor de dos mil hombres hechos; éstos no tienen otra cosa que comer que pescado y carne. Éstos han abandonado el lugar y han huido con sus mujeres e hijos de modo que no hemos podido hallarlos. El puerto donde están los barcos se llama San Gabriel. Los indios, éstos andan desnudos, pero las mujeres tienen un pequeño trapo hecho de algodón, esto lo tienen delante de sus partes desde el ombligo hasta las rodillas.

[Capítulo 6.]

Río Paraná. Fundación de Buenos Aires. Indios querandís

Ahora mandó el don Pedro Mendoza a sus capitanes que se reembarcara a la gente en los barcos y se la pusiera o condujere al otro lado del río Paraná, pues en este lugar la anchura del Paraná no es más ancha que ocho leguas de camino.

Allí hemos levantado un asiento, éste se ha llamado Buenos Aires; esto, dicho en alemán, es: buen viento. Hemos traído desde España sobre los sobredichos catorce barcos setenta y dos caballos y yeguas y han llegado al susodicho asiento de Buenos Aires; ahí hemos encontrado en esta tierra un lugar de indios los cuales se han llamado querandís; ellos han sido alrededor de tres mil hombres formados con sus mujeres e hijos y nos han traído pescados y carne para comer. También estas mujeres tienen un paño de algodón delante de sus partes. En cuanto a estos susodichos querandís no tienen un paradero propio en el país; vagan por la tierra al igual que aquí en los países alemanes los gitanos. Cuando estos indios querandís se van tierra adentro para el verano sucede que en muchas ocasiones hallan seco a todo el país por treinta leguas de camino y no se encuentra agua alguna para beber; y cuando acaso agarran o asaetean un venado u otra salvajina, juntan la sangre de éstas y la beben. En casos hallan una raíz que se llama cardo y entonces la comen por la sed;

cuando los susodichos querandís no quieren morirse de sed y no hallan agua en el paso, beben esta sangre. Pero si acaso alguien piensa que la beben diariamente, esto no lo hacen, por eso compréndelo bien.

Los susodichos querandís tienen para arma unos arcos de mano y dardos; éstos son hechos como medias lanzas y adelante en la punta tienen un filo hecho de pedernal. Y también tienen una bola de piedra y colocada en ella un largo cordel al igual como una bola de plomo en Alemania. Ellos tiran esta bola alrededor de las patas de un caballo o de un venado de modo que tiene que caer; así con esta bola se ha dado muerte a nuestro sobredicho capitán y sus hidalgos, pues yo mismo lo he visto; a nuestros infantes se los ha muerto con los susodichos dardos.

En esto, Dios el Todopoderoso nos dio su gracia divina que nosotros vencimos a los sobredichos querandís y ocupamos su lugar; pero de los indios no pudimos apresar ninguno. En la sobredicha localidad los querandís habían hecho huir sus mujeres e hijos antes de que nosotros los atacamos. Y en la localidad no hallamos nada fuera de corambre sobado de nutrias u *Otter,* como se las llama y mucho pescado y harina de pescado, hecha de pescado, también manteca de pescado. Allí permanecimos tres días; después retornamos a nuestro real y dejamos unos cien hombres de nuestra gente; pues hay buenas aguas de pesca en ese mismo paraje, también hicimos pescar con las redes de ellos para que sacaran peces a fin de mantener la gente, pues no se daba más de seis medias onzas de harina de grano todos los días y tras el tercer día se agregaba un pescado a su comida. Y la pesca duró dos meses y quien quería comer un pescado tenía que andar las cuatro leguas de camino en su busca.

FIGURA 5. Los charrúas, grabado del libro de Ulrich Schmiedel, *Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay*, Nuremberg, 1599. (Fuente: Santiago Sebastián, *Iconografía del indio americano, siglos XVI-XVII,* prólogo de Dietrich Briesemeister, Madrid, Ediciones Tuero, 1992, p. 83.)

[Capítulos 6-8.]

Destrucción de Buenos Aires

Después de todo esto permanecimos reunidos durante un mes en la ciudad de Buenos Aires en gran penuria y escasez hasta que se hubieren aprestado los barcos. En este tiempo en que estuvimos reunidos, vinieron los indios contra nuestro asiento de Buenos Aires con gran poder e ímpetu hasta veintitrés mil hombres y eran en conjunto cuatro naciones; una se llamaba [los] querandís, la otra [los] guaranís, la tercera [los] charrúas, la cuarta [los] chana-timbús. Era su idea que querían darnos muerte a todos nosotros pero Dios el Todopoderoso no les concedió tanta gracia aunque estos susodichos indios quemaron nuestro lugar; pues nuestras casas estaban techadas con paja pero la casa del capitán general estaba cubierta con tejas. Pero de cómo han quemado nuestro lugar y casas quiero comunicar con brevedad y dar a comprender.

Algunos de los indios llevaban el asalto y los otros tiraban sobre las casas con flechas encendidas para que nosotros no pudiéramos tener tanto tiempo que hubiéramos podido salvar nuestras casas. Las flechas que ellos tiraban son hechas de cañas y [ellos] las encienden

adelante en la punta. También tienen otro palo del cual hacen también flechas; este palo si se le enciende, arde también y no se apaga. Donde se la tira sobre las casas, comienza a arder. En la escaramuza perecieron de entre nosotros los cristianos cerca de treinta hombres [entre] capitanes y alféreces y otros buenos compañeros. Dios les sea clemente y misericordioso y a nosotros todos. Amén.

A esto quemaron también cuatro barcos grandes, pues estos barcos estaban surtos hasta a media legua de nuestra ciudad de Buenos Aires; ahí estos barcos no tenían sobre ellos ninguna artillería; la gente que estaba sobre estos barcos, cuando vio tan gran multitud de indios, huyó hacia otros tres barcos que estaban surtos ahí cerca. Cuando notaron ellos esto y vieron arder los otros barcos, pusiéronse a la defensa y descargaron la artillería contra sus enemigos. Pero cuando los indios vieron y sintieron esto de la artillería se retiraron y dejaron en paz a nosotros los cristianos. Esto ha ocurrido en el año 1535 y en el día de San Juan.

[Capítulo 11.]

Los indios timbús

Ahora nuestro capitán Juan Ayolas mandó convocar la tropa, los cuatrocientos hombres, y los embarcó o fueron a los barcos y viajó aguas arriba por el sobredicho río Paraná. También viajó con nosotros nuestro supremo capitán general don Pedro Mendoza y estuvimos durante dos meses en viaje, pues hay ochenta y cuatro leguas desde los cuatro barcos que habíamos dejado hasta estos indios que se llaman *timbús* y llevan en ambos lados de las narices una pequeña estrellita que está hecha de una piedra blanca y azul y son gentes grandes y garbosas de cuerpo; pero las mujeres [son] toscas y las jóvenes y viejas están siempre rasguñadas y ensangrentadas debajo de los ojos; y la fuerza de los indios es mucha como sabréis por mí más adelante y no comen otra cosa que pescado y carne. En toda su vida no han tenido otra comida. Se calcula a esta nación como de quince mil hombres, más bien más que menos; también tienen canoas de las que allá afuera en Alemania se llaman barquillas como usan los pescadores. Estas barquillas son hechas de un árbol y las barquillas tienen un ancho de tres pies en el fondo y un largo de ochenta pies. En todo tiempo viajan en ellas hasta diez y seis hombres y todos deben remar y tienen remos como los pescadores en Alemania fuera de que no son reforzados con hierro abajo en la punta.

Cuando vinimos con nuestros barcos hasta a cuatro leguas de camino de su localidad, entonces nos divisaron y vinieron a nuestro encuentro hasta en cuatrocientas canoas o barquillas y en cada barquilla estaban diez y seis hombres y se vinieron a nosotros en modo pacífico. Así regaló nuestro capitán general Juan Ayolas al indio principal de los timbús que se llamaba Cheraguazú una camisa y un birrete rojo, un hacha y otras cosas más de rescate. Así [nos] condujo el susodicho Cheraguazú a su localidad y nos dieron de comer pescado y carne en divina abundancia, pero si el susodicho viaje hubiere durado diez días más, no se hubiere salvado ninguno de nosotros de hambre. Así de los cuatrocientos hombres han muerto en este viaje cincuenta hombres.

Después de esto quedamos en esta localidad por tres años.

[Capítulos 13-14.]

Corondás, quiloazas y mocoretás

Así zarpamos desde este puerto que se ha llamado Buena Esperanza con ocho buques-bergantines; así vinimos el primer día a cuatro leguas de camino a una nación que se llama corondá; viven de pescado y carne y son ellos aproximadamente cerca de doce mil en gente adulta que se emplea para la guerra y son iguales a los sobredichos timbús. También tienen dos estrellitas en ambos lados de la nariz; son gentes garbosas en sus personas pero las mujeres feamente arañadas bajo los ojos y ensangrentadas, jóvenes y viejas; y sus partes están cubiertas con un paño hecho de algodón. Tienen estos indios mucho corambre sobado de las nutrias y tienen también muchísimas canoas o barquillas. Ellos compartieron con nosotros su escasez de pescado y carne y corambre sobado y otras cosas más; nosotros también del mismo modo les dimos cuentas de vidrio, rosarios, espejos, peines, cuchillos y otro rescate más y quedamos con ellos durante dos días. Nos dieron dos indios de los carios que eran sus cautivos para que nos enseñaran el camino y a causa de la lengua.

De ahí navegamos [nosotros] hacia una nación que se llama quiloazas y son ellos alrededor de cuarenta mil hombres de pelea y tienen para comer pescado y carne, y tienen también dos estrellitas en la nariz como los sobredichos timbús y corondás; ellas, las tres naciones, hablan todas una sola lengua; y desde los susodichos corondás hay treinta leguas de camino hasta los quiloazas y viven en una

laguna; ésta es extensa o larga unas seis leguas de camino y ancha unas cuatro leguas; con ellos quedamos cuatro días; también nos participaron su escasez; nosotros hicimos lo mismo; estos indios habitan en la orilla izquierda del Paraná.

Desde ahí navegamos durante diez y seis días sin que viéramos ni encontráramos gente alguna. En esto vinimos a un pequeño río; éste corre hacia el interior del país. En este río hallamos reunida mucha gente que se llaman Mocoretá; éstos no tienen otra cosa que comer que pescado y carne pero por parte mayor tienen pescado. Estos indios cuentan alrededor de diez y ocho mil hombres para pelear; tienen muchísimas canoas, éstas son barquillas. Estos mocoretás nos han recibido muy bien a su manera y nos han dado lo que nosotros hubimos menester en pescados y carne. Así quedamos con ellos cuatro días y ellos habitan en la otra banda del río Paraná y eso es en la orilla derecha; hablan otra lengua; también ellos tienen dos estrellitas en la nariz y son gentes garbosas y bien formadas de cuerpo pero las mujeres son feas como las sobredichas mujeres. Desde los sobredichos quiloazas hasta estos mocoretás hay sesenta y cuatro leguas de camino. Cuando estuvimos entre estos mocoretás, encontramos por casualidad en tierra una gran serpiente disforme; ésta era larga [como] de veinte y cinco pies y tan grande como un hombre en la grosura y era salpicada de negro y amarillo. Así la matamos de un tiro de arcabuz. Cuando los indios la vieron, se admiraron mucho de la serpiente porque nunca jamás habían visto tan gran serpiente; y esta serpiente ha hecho mucho mal a los indios, pues cuando querían bañarse, estaba esta serpiente en el río y pegaba su cola alrededor del indio y lo tiraba bajo el agua y lo comía, de modo que los indios no sabían cómo podía suceder que esta serpiente ha comido muchos indios. Yo mismo he medido tal serpiente a lo largo y a lo ancho, así que yo bien lo sé, etc. Los indios mocoretá han tomado esta víbora y la han hachado en pedazos y la han llevado a sus casas y la han comido asada y cocida.

[Capítulos 16-17.]

Chanás salvajes y mapenis

De ahí partimos de nuevo desde los indios y navegamos río arriba por la Paraná en cuatro jornadas y vinimos a una nación que se llama chanás salvajes; son hombres bajos y gentes gruesas y no tienen otra cosa para comer que carne y miel. Las mujeres no tienen nada

delante de sus partes, y andan completamente desnudas, mujeres y hombres, tales cuales Dios el Todopoderoso los ha puesto en el mundo y guerrean con los mocoretás. Su carne es [la de] venados y puercos del monte y avestruces, también conejos que son iguales a una rata grande salvo que no tienen cola.

Así que no permanecimos más de una noche, pues ellos no tenían nada que comer porque hacía cinco días habían venido al río Paraná para pescar y guerrear contra los mocoretá. Es una gente igual como allá afuera los salteadores; cometen una iniquidad y huyen de retorno. Estuvimos de camino desde los mocoretá durante cuatro días y hay diez y seis leguas de camino de distancia de donde los encontramos, pero por lo habitual ellos habitan tierra adentro a veinte leguas del río para que los mocoretá no los asalten, y estos chaná salvajes son dos mil hombres de gente de pelea.

Desde ahí navegamos y vinimos a una nación que se llama mapenis y son muchísimos en conjunto, pero no habitan todos en conjunto, pero en dos días pueden reunirse sobre el río y la tierra. Se los calcula en cerca de cien mil hombres y tienen una tierra como de cuarenta leguas de larga y ancha. También tienen más canoas o barquillas que cualquier otra nación que nosotros hasta ahora hemos visto aquí. En una canoa pueden viajar hasta veinte personas y ellos nos recibieron en modo de guerra sobre el río con quinientas canoas o barquillas. Pero los susodichos mapenis no han ganado mucho con nosotros y nosotros con nuestros arcabuces hemos baleado y dado muerte a muchos en ese entonces; pues ellos no habían visto antes jamás cristiano alguno ni arcabuces. Cuando vinimos nosotros a su casa o localidad, no pudimos ganarles nada, pues había una legua de camino desde el río Paraná donde teníamos nuestros buques. Cuando vinimos al pueblo había agua y muy honda alrededor del pueblo; no pudimos ganarles nada. Hallamos doscientas cincuenta canoas o barquillas las cuales hemos quemado y destrozado todas. Tampoco debimos quedar lejos de nuestros barcos, pues también recelábamos de ellos que atacarían los buques por algún otro lado. Así volvimos de nuevo a nuestros buques; el guerrear de los susodichos mapenis no es otro que sobre el agua.

Así hay desde los sobredichos chaná-salvajes noventa y cinco leguas de camino hasta estos mapenis.

[Capítulo 18.]

Río Paraguay. Curemagúas: agaces, guaraníes

Así navegamos desde ahí y vinimos en ocho días a un río que se llama Paraguay; éste está sobre la mano izquierda; y dejamos al Paraná y navegamos por el Paraguay arriba; entonces hallamos muchísima gente reunida, éstos se llaman curemaguás. Éstos no tienen otra cosa para comer que pescado y carne y cuernitos de morueco, o sea pan de San Juan. Los indios hacen vino de estos cuernitos de morueco. Así los susodichos curemaguás nos dieron todo lo que entonces necesitábamos y se ofrecieron mucho a nosotros. Los hombres y mujeres son muy altas y grandes. Los hombres tienen un agujerito sobre la nariz, por ahí meten ellos una pluma de papagayo para embellecimiento; las mujeres son pintadas [con] largas rayas azules bajo los ojos, esto perdura por la eternidad; las mujeres tienen cubiertas sus partes desde el ombligo hasta la rodilla [con] un paño de algodón. También desde los sobredichos mapenis hay cuarenta leguas hasta estos curemaguás; ahí quedamos por tres días.

Y de ahí navegamos hacia una nación que se llaman agaces; tienen pescado y carne para comer y los hombres y las mujeres son gentes garbosas y altas. Las mujeres son lindas y pintadas bajo los ojos como las susodichas mujeres y tienen también delante de sus partes un paño hecho de algodón.

Cuando vinimos hacia los susodichos agaces, pusiéronse ellos a la defensa e intentaron guerrear y no quisieron dejarnos pasar adelante. Cuando nosotros conocimos esto de parte de los sobredichos agaces y vimos que, sin embargo, ninguna bondad iba a remediar, lo encomendamos a Dios el Todopoderoso y hicimos nuestra ordenanza y marchamos contra ellos por agua y tierra y nos batimos con ellos y exterminamos muchísimos de los susodichos agaces. Ellos nos mataron alrededor de quince hombres que Dios les sea clemente y misericordioso y a todos nosotros, amén.

Estos susodichos agaces son la mejor gente de guerra que hay sobre todo el río, pero por tierra no lo son tanto. A sus mujeres e hijos y alimentos los habían llevado en fuga y ocultado de manera que nosotros tampoco pudimos quitarles sus mujeres e hijos a aquellos que habían huido y escapado. Pero cómo les fue a aquéllos lo sabréis muy bien después en breve. Ellos tienen también muchísimas canoas o barquillas; desde los sobredichos mocoretá hasta estos agaces hay treinta y cinco leguas y el pueblo de los agaces está sobre un río, éste se llama Ipetí y se encuentra sobre el otro lado del Paraguay y el río Ipetí viene desde las sierras del Perú desde un lugar que se llama Tucumán.

Después tuvimos que dejar los agaces y vinimos a una nación que se llama carios y hay cincuenta leguas de camino desde los agaces. Ahí nos dio Dios el Todopoderoso su gracia divina que entre los susodichos carios o guaranís hallamos maíz y mandiotín, batatas, mandioca-poropí, mandiocapepirá, maní, bocaja y otros alimentos más, también pescado y carne, venados, puercos del monte, avestruces, ovejas indias, conejos, gallinas y gansos y otras salvajinas las que no puedo describir todas en esta vez. También hay en divina abundancia la miel de la cual se hace el vino; tienen también muchísimo algodón en la tierra. Estos carios tienen bajo su dominio una tierra grande; yo creo y es verídico, alrededor de trescientas leguas a lo largo y ancho que es su residencia. Estos carios o guaranís son gentes bajas y gruesas y pueden aguantar algo más que otras naciones. Ellos, los hombres, tienen en el labio un pequeño agujerito, en ése meten un cristal que es de un largo como de dos jemes y grueso como un canuto de pluma y el color es amarillo y se le llama en indio un *paraboe*. Las mujeres y los hombres andan completamente desnudos, como Dios el Todopoderoso los ha creado. El padre vende su hija, y el marido su mujer cuando ella no le place, y el hermano su hermana; una mujer cuesta una camisa o un cuchillo con el cual se corta, o una pequeña hacha u otro rescate más. Los carios han comido carne humana cuando nosotros vinimos a ellos; cómo la comen lo sabréis en lo que sigue. Cuando estos susodichos carios hacen la guerra contra sus enemigos, entonces a quien de estos enemigos agarran o logran, sea hombre o mujer, sea joven o vieja, sean niños, los ceban como aquí en esta tierra se ceba un cerdo, pero si la mujer es algo linda, la conserva un año o tres. Cuando entonces esta mujer en un poco no vive a gusto de él, entonces la mata y la come; [él] hace una fiesta o gran función al igual como se hace acá afuera pero si es un hombre anciano o mujer vieja se le hace trabajar a éste en las rozas, ella debe hacer la comida para su amo.

Los sobredichos carios migran más lejos que ninguna nación que están en esta tierra en Río de la Plata [y no hay nación alguna] que sea mejor para ocuparla en las guerras por tierra y que pueda aguantar más que los sobredichos carios. Hemos hallado su localidad o asiento de estos carios sobre un terreno alto sobre el río Paraguay.

Y la localidad se ha llamado en tiempos anteriores en su [idioma] indio lambaré. Este asiento está hecho de dos palizadas de palos en derredor o en círculo y cada poste ha sido tan grueso como un hombre en la grosura y en el medio y desde una a otra ha estado parada

una palizada a doce pasos y los postes han estado enterrados bajo tierra por una buena braza y sobre la tierra tan altos como hasta donde un hombre puede alcanzar con una tizona larga. Los carios han tenido sus trincheras, también han hecho fosos a distancia de quince pasos de este muro o palizada tan hondos cuan altos tres hombres. Dentro de éstos habían clavado una lanza hecha de un palo duro y ha sido tan afilada como es puntiaguda una aguja. A estos fosos los han cubierto con paja y pequeñas ramitas del bosque y volcado encima un poco de tierra y hierba para que nosotros no viéramos a estos fosos como que habían sido fosos para si ocurriera que nosotros los cristianos quisiéramos correr tras los susodichos carios que nosotros cayéramos en estos fosos. Y estos fosos han sido perjudiciales para ellos y ellos mismos han caído adentro en esta manera especial [a saber]: cuando nuestro capitán general Juan Ayolas ha venido con los bergantines o buques a los susodichos carios o guaranís a tierra, dispuso y mandó a sus alféreces y sargentos principales que nosotros hiciéramos ponerse en ordenanzas la gente de guerra y marcháramos contra la ciudad. Dejamos sesenta hombres en los bergantines para que éstos quedaran guardados y con los otros nos alejamos hacia el asiento de Lambaré hasta un buen tiro de arcabuz. Así nos divisaron los sobredichos carios con cerca de cuarenta mil hombres de pelea con sus arcos de arma y flechas y dijeron a nuestro capitán general Juan Ayolas que nos volviéramos de nuevo a nuestros bergantines o nuestros barcos, y ellos nos proveerían de bastimentos y también de lo que nosotros necesitáramos y que nos alejáramos de ahí; si no ellos serían nuestros enemigos. Pero nosotros y nuestro capitán general Juan Ayolas no quisimos retroceder de nuevo, pues la tierra y la gente nos parecieron muy convenientes, junto con la mantención; pues nosotros en cuatro años no habíamos comido pan ninguno, sino que sólo con peces y carne nos hemos sustentado.

Ya que nosotros no quisimos hacer esto, tomaron ellos sus arcos y nos recibieron y nos dieron la bienvenida. Aun así nosotros no quisimos hacerles nada; al contrario, les hicimos requerir por una lengua en tres veces y quisimos ser sus amigos, pero de esto no quisieron hacer caso. A esto ellos aún no habían probado nuestras armas. Pero cuando estuvimos cerca de ellos, hicimos estallar entonces nuestros arcabuces. Cuando ellos oyeron nuestras armas y vieron que su gente caía al suelo y no veía ni bala ni flecha alguna, sino un agujero en el cuerpo, no pudieron permanecer, y huyeron y caían los unos sobre los otros como los perros y se fueron a su pueblo. Algunos entra-

ron en el pueblo; otros, alrededor de doscientos hombres, cayeron en los fosos, porque no habían tenido el tiempo bastante para que los que habían caído en los fosos hubieran podido mirar en derredor suyo.

Después de esto llegamos al pueblo pero los indios que estaban en el pueblo [se] sostuvieron lo mejor que pudieron y se defendieron muy valientemente por dos días. Cuando vieron los indios que no podían sostenerlo más y temieron por sus mujeres e hijos, pues los tenían a su lado en el pueblo, vinieron ellos, estos susodichos carios, y pidieron perdón a nuestro capitán general Juan Ayolas que los recibiere en perdón; que ellos harían todo cuanto nosotros quisiéramos. También trajeron y regalaron a nuestro capitán Juan Ayolas seis mujeres, la mayor era de diez y ocho años de edad; también le hicieron un presente de alrededor de unos nueve venados y otra carne de monte. A más nos pidieron que permaneciéramos con ellos y dieron a cada gente de guerra u hombre dos mujeres para que cuidaran de nosotros, cocinaran, lavaran y atendieran en otras cosas más de las que uno en aquel tiempo ha necesitado. También nos dieron sustento de comida de la que nosotros tuvimos necesidad en esa ocasión. Con esto quedó hecha la paz con los carios.

Después de todo esto los carios debieron edificar para nosotros una casa grande y fuerte de piedra y tierra, [y] aun de palos, para que por si con el tiempo sucediere que los sobredichos carios quisieren rebelarse contra los cristianos, estos cristianos tuvieren entonces un amparo y se sostuvieren y defendieren contra los carios. Así duró la amistad con los carios durante cuatro años. Hemos tomado esta localidad en el día de Nuestra Señora de Asunción en el año de 1539 y aún se llama la ciudad Nuestra Señora de Asunción. De los españoles y de otras naciones han [perecido] en esta escaramuza unos diez y seis hombres. Allí quedamos unos dos meses. Desde los sobredichos agaces hasta estos carios hay treinta leguas de camino; desde la localidad de Buena Esperanza que quiere decir en alemán *gute Hoffnung*, donde están los timbús, hay alrededor de trescientas cincuenta y cinco leguas de camino hasta estos carios.

Y después de todo esto hicimos una alianza con los carios por si querían marchar con nosotros contra los sobredichos agaces y guerrearlos. Con esto estuvieron bien conformes y nuestro capitán les preguntó con cuánta fuerza querían marchar con [nosotros] contra los enemigos; entonces los carios dieron a nuestro capitán la respuesta que con fuerza de ocho mil hombres. Así nuestro capitán es-

tuvo bien contento; entonces nuestro capitán general Juan Ayolas tomó trescientos españoles y los carios y marcharon aguas abajo y por tierra por las treinta leguas donde están los agaces susodichos, como vosotros habéis sabido en la vigésima quinta hoja como ellos nos han tratado. Los hallamos en el antiguo lugar donde los habíamos dejado antes entre las tres y cuatro horas [hacia ser de día] durmiendo en sus casas, sin sentir nada, pues los carios los habían espiado. Así dimos muerte a los hombres, mujeres y aun a los niños. Es que los carios son un pueblo así que cuantos ven o encuentran frente a ellos en la guerra deben morir todos; no tienen compasión con ningún ser humano. Tomamos hasta quinientas canoas grandes o barquillas y quemamos todos los pueblos que encontramos e hicimos a ellos un gran daño. A los cuatro meses después vinieron aquellos agaces que habían escapado con vida, pues tampoco habían estado todos juntos en la escaramuza y pidieron clemencia a nuestro capitán Juan Ayolas. Así nuestro capitán tuvo que recibirlos en concordia, pues así había mandado y dispuesto la Cesárea Majestad que toda vez que se presentara cualquier principal de los indios y pidiere perdón hasta por tercera vez, débese concedérselo y guardárselo. Pero si sucediere que por tercera vez él violara la paz con los cristianos, entonces debe quedar por toda su vida como un esclavo o cautivo o prisionero.

[Capítulos 19-22.]

Los jarayes

Los jarayes tienen barbotes y tienen colgado en las orejas desde el lóbulo un aro redondo de madera, y la oreja está arrollada o plegada en derredor del aro de madera; esto es de ver si alguien no lo hubiere visto; los hombres tienen una ancha piedra azul de cristal en los labios como una ficha de tablero. Los hombres están pintados en color azul desde arriba hasta las rodillas. Se asemeja a como se pintan calzas y jubones allá afuera. Las mujeres están pintadas en otra linda manera desde los senos hasta las partes en color azul, muy bien hecho. Un pintor allá afuera tendría que esforzarse para pintar esto y ellas van completamente desnudas y son bellas mujeres a su manera. Pero aunque ellas pecan en caso de necesidad, yo no quiero mayormente contar de estas cosas en esta vez.

Y quedamos un día con estos jarayes. Desde ahí marchamos durante tres días hasta donde vive el rey de los jarayes y hay catorce

leguas de camino desde los susodichos jarayes hasta este jaray. Su domicilio está a cuatro leguas tierra adentro, pero no obstante ello, el rey tiene otra localidad situada sobre el río Paraguay. Así dejamos nuestro barco con doce españoles, que debían cuidar el barco para que nosotros, cuando viniéramos, tuviéramos nuestro amparo y ordenamos a aquellos jarayes que entonces estaban en la localidad, que prestaran a los cristianos buen tratamiento y compañía, como todo esto lo hicieron después los jarayes.

Así quedamos dos días en la localidad y nos aprestamos para el viaje y tomamos para nosotros lo que allá necesitábamos y atravesamos el río Paraguay y vinimos a la localidad donde vive el rey en persona, pero cuando vinimos a una legua de camino a cercanías de la localidad, vino a nuestro encuentro el rey de los jarayes con doce mil hombres, más bien más que menos, en modo pacífico sobre una pampa. Y el camino sobre el cual anduvimos tenía una anchura de ocho pasos, pero no habían de encontrarse en este camino ni pajas ni palos ni menos piedras y estaba sembrado de flores y hierbas hasta la localidad. Tenía el rey a su lado su música hecha al igual como allá afuera las churumbelas. Esto cuadra bien a tal tierra. También había ordenado [el rey] por los dos lados al costado del camino que se cazaran venados y otra salvajina, [así] que habían cazado alrededor de treinta venados y veinte avestruces o ñandú, que tal cosa era de verse muy bien. Cuando vinimos a la localidad, aposentó o condujo el jarayes principal, el rey, a cada casa dos cristianos y a nuestro capitán con sus peones y muchachones a la casa del rey de los jarayes. Nosotros, la gente de guerra, estuvimos aposentados no lejos de la casa del rey. Encomendó el rey a sus súbditos que nos trataran bien y nos dieren de lo que nosotros estábamos necesitados y desprovistos. El rey de los jarayes dirige su corte a su manera como un gran señor en estos países. Durante la mesa hay que tocar la música para él; a medio día, si es ocurrencia del rey, los hombres y las mujeres más bellas deben bailar ante él. Cuando uno de nosotros los cristianos [las] ve bailar, uno ante esto se olvida entonces de [cerrar] la boca y hay que ver este baile de los jarayes. Los hombres y las mujeres son iguales como los sobredichos jarayes, como yo he contado de ellos. También las mujeres en estos lugares hacen grandes mantas de algodón y [tales] son muy sutiles—como allá afuera el arras—, y bordados adentro en ellas, en las mantas, muchos diversos animales, como venados y avestruces y ovejas indias, también otras cosas como una sabe y ha aprendido, etc. Ellas duermen entre estas mantas cuando hace frío o se sientan sobre ellas [o] para lo que quieren

usarlas. Estas mujeres son muy lindas y grandes amantes y afectuosas y muy ardientes de cuerpo, según mi parecer.

Allí quedamos durante cuatro días y el rey preguntó a nuestro capitán sobre nuestro deseo e intención; entonces nuestro capitán contestó al rey de los jarayes que él quería buscar oro y plata. Entonces el rey de los jarayes dio una corona de plata que ha pesado un marco y medio, más o menos, también una plancha de oro que ha sido larga como de un jeme y medio y ancha de medio jeme; también le ha dado un brazalete que es un medio arnés y otras cosas más de plata. Entonces le contestó el rey de los jarayes a nuestro capitán que él no tenía más oro ni plata; tal oro y plata que yo he indicado antes, él lo habría ganado en las guerras conquistado y quitado tiempos antes a las amazonas.

[Capítulo 36.]

Los guatatas

En esto estuvo contra nosotros todo el país de los carios y de otra nación que se llaman agaces. Cuando los cristianos apercibimos esto, tuvimos que hacer la paz entre nosotros; hicimos la paz con otras dos naciones que eran fuertes cerca de cien mil hombres y se llaman de su nombre: la primera nación se llamaba yapirus, y la otra guatatas. Éstos no tienen otra cosa que comer que pescado y carne y son gentes valientes en pelear por tierra y por agua, pero en parte mayor es por tierra y sus armas son dardos [que] son largos como media lanza, pero no son tan gruesos y adelante en la punta tienen un arpón o filo hecho de un pedernal. También tienen bajo el cinto un garrote que es largo como de cuatro jemes y adelante tiene una porra; también tiene cada uno desde diez a doce palitos, cuantos uno quiere, tan largos como un jeme y adelante en la punta un largo [y] ancho diente de pescado, que en español se llama palometa y se parece a una tenca. Este diente corta como una navaja de afeitar. Ahora comprended lo que harán con éstos. Primero pelean con los susodichos dardos y cuando vencen a su enemigo y lo han puesto en fuga, dejan los dardos y corren tras sus enemigos y con la porra tiran o pegan a alguno que tiene que caer al suelo y se muere. Si él está muerto o medio vivo, a eso no miran ellos y le cortan en seguida la cabeza con el susodicho diente de pescado y lo ponen debajo del cinto o de lo que tengan en derredor del cuerpo. Ellos son tan rápidos en ese cortar, que uno no lo cree. Uno no puede darse vuelta con su

cuerpo con tanta prisa como tiene cortada la cabeza. Ahora vosotros podréis pensar sobre lo que él hará con la cabeza; esto les voy a decir. Cuando tal escaramuza se ha terminado y [él] tiene tiempo en el día o en la noche, toma él la cabeza y la desuella en derredor de las frentes y en derredor de las orejas y toma esa piel junto con el cabello y la reseca prolijamente y cuando está reseca, coloca él esta piel sobre una vara delante de su casa o donde él entonces habite, para recuerdo, como aquí en esta tierra se acostumbra que los alféreces u otros hombres de guerra que tienen un pendón lo colocan en la iglesia. Así guardan los indios esa piel para un recuerdo.

[Capítulo 41.]

Los mbaya

Desde ahí marchamos siete jornadas y vinimos a una nación que se llama mbaya. Estos mbayas son un gran pueblo en conjunto y tienen sus vasallos; ésos deben labrar y pescar y [hacer] lo que se les manda. Es lo mismo como allá afuera los labriegos están sometidos a un señor noble; tienen ellos gran provisión de trigo turco, mandiotín, mandioca-pepirá, mandeporí, batatas; maní, bocaja y otras raíces más, que ahora no se pueden describir. También tienen para carne venados, ovejas indias caseras y ariscas, avestruces, patos, gansos, gallinas y otra volatería más, que en esta vez yo no sé escribir todas. También los bosques están llenos de miel, de la cual se hace vino; para lo que se quiere usarla. Cuanto más lejos se marcha hacia adentro del país, tanto más fértil es. Durante todo el año halláis sobre las rozas estos granos y raíces como yo lo he contado. Estas ovejas son tan grandes como un pequeño mulo romo y los indios las usan para llevar sus alimentos sobre ellas; también cabalgan sobre ellas si ellos se enferman cuando viajan por tierra. Por esto yo mismo en una ocasión, no en este viaje, sino en otro camino, he cabalgado sobre ellas más de cuarenta leguas de camino, pues estuve enfermo de un pie. En el Perú se conducen sobre ellas las mercaderías, como aquí afuera andan las acémilas.

Estos mbayas son altos hombres garbosos y valerosa gente guerrera, que no hace otra cosa que estar en guerra y las mujeres son muy lindas y andan con sus partes cubiertas desde el ombligo hasta las rodillas. Estas mujeres quedan en casa y no van a las rozas, sino que [el] hombre debe buscar los alimentos, pues ella en la casa no hace otra cosa fuera que hila y teje en algodón, también hace de co-

mer y otras cosas más que de ella placen al marido y otros buenos compañeros, quien pide por ello que no es de escribir más acerca de esta cosa en esta vez. Quien quiere verlo, que marche hacia adentro, quien no quiere creerlo.

Cuando llegamos a los susodichos mbayas, vinieron ellos a nuestro encuentro hasta media legua de camino y [esto] fue cerca de una pequeña localidad entre los mbayas; entonces dijeron ellos a nuestro capitán Domingo Martínez de Irala, que nosotros reposáramos en esta localidad durante la noche y ellos nos iban a traer todo cuanto entonces necesitáramos. Pero todo esto lo hicieron por picardía; para mayor confianza. Así regalaron a nuestro coronel cuatro coronas de plata que se colocan sobre la cabeza; también seis planchas, hechas de plata, y las planchas son largas de un jeme y medio y anchas de medio jeme; las planchas las atan a la frente por gala cuando acaso quieren partir de viaje, sea a la guerra o a cazar o a otra diversión, como aquí afuera un señor rico cuelga sobre sí una cadena de oro; regalaron a nuestro capitán tres lindas mozas o mujeres, que no eran viejas.

Después que hubimos reposado y comido en esta localidad, se acostó cada uno a descansar y dormir pero antes que uno se acuesta a dormir se reparte la guardia, para que la gente esté resguardada contra sus enemigos. Cuando se hubo establecido la guardia y todo el mundo se hubo acostado a reposar, nuestro capitán hacia la media noche había perdido sus tres mozas. Tal vez él no pudo haber contentado en la misma noche a las tres juntas, [pues] él era un hombre viejo de 60 años; si él hubiere dejado a estas mocitas entre nosotros los peones, ellas tal vez no se hubieren escapado; en total hubo un gran alboroto en el real.

En cuanto amaneció hizo batir atención y mandó que cada cual se presentara a su cuartel con sus armas.

En esto vinieron los sobredichos mbayas, fuertes en alrededor de veinte mil hombres y quisieron arrollarnos, pero no ganaron mucho con esto. En esta escaramuza murieron más de cerca mil hombres; tras de esto huyeron. Cuando comprendimos esto, seguimos tras los susodichos mbayas hacia su lugar, pero no hallamos nada, ni mujeres ni niños adentro en el pueblo.

Después mandó nuestro capitán alrededor de ciento cincuenta arcabuceros y dos mil quinientos indios de los carios y marchó con nosotros tras los mbayas y marchamos tres días y dos noches seguidas que jamás descansamos sino sólo para almorzar y para dormir

cuatro o cinco horas en la noche. Así en el tercer día los hallamos a los mbayas, hombres, mujeres y niños, reunidos en un bosque; a esto ellos ni sabían de nosotros que veníamos, pues ellos no eran aquellos mbayas que habían marchado contra nosotros, sino los amigos de los otros, que por causa nuestra habían huido. Se dice frecuentemente que en muchas ocasiones el inocente debe pagar junto con el culpable, así sucedió también aquí que en esta escaramuza quedaron prisioneras y muertas más [de] tres mil personas, entre hombres, mujeres y niños. Si hubiere sido de día y no de noche, ninguno de ellos se hubiere salvado, pues era mucha la gente reunida en un bosque contra un cerro. Ahí yo traje para mi botín en ese tiempo más de diez y nueve personas, hombres y mujeres que no eran muy viejas, pues yo no he mirado por las gentes viejas, sino buscado siempre las gentes jóvenes, también [traje] ponchos indios y otras cosas más.

[Capítulos 44-45.]

"Guerrear por el agua..."

Así no quedamos más que un día con los sobredichos carconos; también nos dieron dos indios que nos debían enseñar el camino; también tomamos relación de la tierra; entonces nos dijeron que no encontraríamos agua alguna en el camino hasta una nación que se llaman siberis; éstos estaban a treinta leguas de camino de los susodichos carconos. Así tuvimos que llevar con nosotros agua para el viaje.

Así vinimos en seis días a los siberis; entonces murieron de sed muchísimos de nuestros indios. Hallamos en algunos sitios una raíz que estará parada sobre la tierra y tiene grandes hojas anchas; a esta raíz se la llama cardo. Y cuando llueve sobre esta raíz, queda el agua en la raíz y no puede salir; tampoco se absorbe; el agua queda en la raíz como si se echara el agua en una tinaja; así hay alrededor de casi un medio jarro de agua en una raíz. Después de esto vinimos a los sobredichos siberis a las dos horas en la noche; cuando los siberis sintieron esto, tomaron a sus mujeres e hijos y quisieron huir, pero nuestro capitán Domingo Martínez de Irala, mediante un intérprete, se puso al habla con los siberis que se quedaren en sus casas y no tuvieran recelo a su gente, pues no harían mal alguno. Igualmente estos siberis tuvieron gran carencia de agua, pues por tres meses no había llovido; así no tuvieron otra cosa para beber fuera de la que

hacían de una raíz que se llama mandioca-pepirá. Se hace de esta raíz una bebida; pero escuchad en seguida cómo se prepara esta bebida; se toma la raíz y se la machaca en un gran mortero o moerser de madera y el jugo que sale de la raíz asemeja a una leche, pero si se tiene agua, entonces se hace de esta raíz un vino de mandioca-pepirá. En ese lugar no había más que un solo pozo, así fue preciso mantener vigilancia sobre él y encargarle a alguno para que aquel que fuere el ordenado, se hiciere cargo del agua y debiera dar ración o diera a cada uno su medida, la que dispuso entonces [el] capitán. Así nuestro capitán estimó conveniente en encomendar a mí el agua en esta ocasión y yo debía dar a cada uno lo que le correspondía, pues en este viaje hubo una escasez muy grande de agua. Uno no se preocupaba ni por oro ni plata ni por comida ni por otros bienes más, sino por el agua. Así en esta ocasión obtuve ante nobles y villanos gran favor y buena voluntad ante la gente, pues yo no fui estricto en esa ocasión; también miré de paso que a mí no me faltara el agua, pues en este país no vais a encontrar a lo largo ni a lo ancho ninguna corriente de agua, salvo la que hacen ellos [en] las cisternas. Guerrean entre ellos por el agua, los siberis con otros indios.

[Capítulo 46.]

Los corcoquis

Los corcoquis, los hombres, llevan en los labios una piedra azul, redonda, ancha como ficha de tablero; y sus defensas o las armas son dardos y arcos y flechas, a más pavesas hechos de antas o rodela. Las mujeres tienen hecho en el labio un pequeño agujerito; tienen una piedra verde o gris hecha de cristal que meten en ese agujerito; llevan estas mujeres un tipoy, que es hecho de algodón: es grande como una camisa, pero no tiene mangas; las mujeres son muy lindas y no hacen otra cosa que coser para proveer la casa, quedan en la casa y el hombre debe ir al campo labrantío para procurar el alimento que se necesita en la casa.

[Capítulo 47.]

Los macasís. Enlace con el Perú

Después que nos acercamos a los macasís hasta una buena legua de camino, vinieron los macasís a nuestro encuentro y nos recibieron muy bien y comenzaron a hablar en español con nosotros.

Cuando nosotros, los cristianos, notamos esto, que sabían hablar español, nos sobresaltamos muy rudamente por ello; les averiguamos a quién estaban sometidos y qué señor tenían; ellos contestaron a nuestro capitán y a nosotros que ellos pertenecían a un noble de España que se llamaba Pedro Anzures.

Después que entramos en el pueblo [vimos que] ahí los niños y alguna gente entre hombres y mujeres estaban llenos de bichos.

Este bicho se parece a una pulga y entra entre los dedos en los pies. Y adonde llega después, come hasta que llega a ser un gusano grande, igual a ese gusano que está en una avellana, pero se puede sacarlo bien a tiempo para que no haga ningún daño en la carne; pero si esto se omite, come a uno los dedos de los pies. Habría mucho que escribir sobre el bicho, etc., desde nuestra ciudad Nuestra Señora de Asunción hay por tierra hasta este pago macasís trescientas setenta y dos leguas de camino según la altura.

Después de esto acampamos alrededor de veinte días entre los susodichos macasís, cuando llegó una carta desde una ciudad en el Perú que se llama Lima, donde está el supremo lugarteniente de Su Cesárea Majestad, que se ha llamado de su nombre presidente o licenciado de Gazca, que entonces había hecho cortar la cabeza a Gonzalo Pizarro.

[Capítulo 48.]

JEAN DE LÉRY

(Lamargolle, 1534 – 1677)

Borgoñón de origen, adepto a la iglesia reformada y estudiante de teología, Jean de Léry en septiembre de 1556 embarca en el puerto normando de Honfleur. Con otros trece correligionarios forma la expedición de "ministros de la palabra de Dios" enviada por el Consistorio de Ginebra para satisfacer el requerimiento del almirante Nicolas Durand de Villegagnon.

Hugonote en religión, el almirante había salido de Francia en 1555 para establecer una colonia insular en la bahía del río Guanabara —llamado Janeiro por los portugueses— futuro refugio y asilo de los perseguidos por sus creencias religiosas.

Muchas fueron las sorpresas de los nuevos apóstoles. La primera, que los cañones de los tres barcos de su flotilla no tenían un fin puramente defensivo, pues entrados en alta mar comenzaron los asaltos, violencias, robos y asesinatos contra otras embarcaciones. Las naves en que iban los misioneros eran de corsarios, es decir, de piratas con patente.

Otra sorpresa, no menor, los esperaba al llegar al Nuevo Mundo y ver que Villegagnon, atrincherado en la "Isla de los Franceses", se había convertido en explotador de los indios y pensaba hacer lo propio con los misioneros. En vez de predicar el Evangelio, hubieron de trabajar de pico y pala en construir el "Fuerte Coligny". Además, el almirante calvinista pretendía reformar las doctrinas de Calvino y acabó regresando a la ortodoxia romana. Los misioneros se trasladan a la tierra firme, con los indígenas tupinambas, hasta que el almirante los reembarca para Europa. Dilatándose la navegación, acosados por el hambre, han de comer loros, ratas, y hasta el cuero de los zapatos. Los supervivientes logran tierra en Bretaña, en mayo de 1558.

Mucho antes de que se iniciara el intento de colonización los marinos franceses, especialmente normandos, visitaban regularmente la costa llamada "Tierra da Santa Cruz", en busca de la madera que había de dar su nombre al país, Brasil. Establecieron los marinos cordiales relaciones con los indígenas; algunos desertando las naves, quedaban entre ellos —vida de amor y libertad—, se integraban en las tribus, adquirían su lengua. Otras veces los mercaderes dejaban jóvenes

allí, para que pudieran servir de intérpretes, *truchements,* a las nuevas expediciones. Ellos fueron la principal fuente de información de los cronistas franceses, o por lo menos el mejor complemento de su observación directa; conocían a fondo la vida indígena, en la cual participan plenamente, a veces hasta el canibalismo. Es lógico que en sus noticias tiñeran con atractivos colores aquella sociedad tupinamba, que era la suya.

Léry, según él mismo refiere, escribió en el Brasil la mayor parte de sus *Memorias,* y con la ayuda de un normando (que naufragado siete años atrás en aquellas costas, convivía con los tupinambas y estaba medio asimilado a ellos), redactó un interesante "coloquio" o manual de conversación tupifrancés, con rudimentos gramaticales.

Al regresar Léry de su experiencia ultramarina, el capuchino André Thevet, que había ido al Brasil con Villegagnon y permaneció allí únicamente once semanas, acababa de publicar *Les singularités de la France antarctique, autrement nommée Amérique,* libro entreverado de noticias exactas y de fantasías. Tal vez esto decidió a Léry a divulgar sus *Memorias.* Lo cierto es que en 1563 les había dado ya una redacción completa; pero el manuscrito se extravió pasando de mano en mano y con los desplazamientos del autor a causa de las guerras de religión, hasta que por fin, gracias a poderosa y afortunada intervención, lo recobró Léry en 1576.

Al año siguiente Thevet, en la *Cosmographie Universelle,* insiste en sus pasados errores y aún los aumenta; además, y sobre todo, ataca a los misioneros calvinistas. Ello explica la inmediata impresión de la obra de Léry, sus menudeados toques de polémica confesional y el hecho de que se publicara en la sede del calvinismo.

BIBLIOGRAFÍA

Histoire d'un voyage en terre du Brésil. 1557.

Ediciones

1578	La Rochelle	*Histoire d'un voyage fait en terre du Brésil, Amérique.*
1580	Ginebra	Reedición.
1880	París	*Histoire...* Introduction et notes par P. Caffarel, Lemerre. 2 vols., en 16º.
1957	París	*Journal de bord de Jean de Léry en la terre de Brésil. 1557.* Présenté et commenté par J. R. Mayeux. Éditions de Paris.

Traducciones

Latina

1586	Ginebra	*Historia navigationis in Brasiliam, quae et America dicitur...* A Joanne Leiro Burgundo gallice scripta. Nunc primo vero latinitate donata et variis figuriis illustrata. Excudebat Eustathius Vignon.
1594	Ginebra	2ª edición.
1598	Francfort	*BRY,* parte 3ª Occidentales.

Portuguesas

1889	Río de Janeiro	En *R. I. H. G. B.* vol. LII, 2ª parte, pp. 111-372 por T. Alencar Araripe.
1926	Río de Janeiro	*História d'uma viagem feita á terra do Brasil.* Tradução ordenada literariamente por Monteiro Lobato. Companhia Editora Nacional.
1941	São Paulo	*Viagem á terra do Brasil,* trad. de Sérgio Milliet. Livraria Martins.

[LOS TUPINAMBOS]

Aspecto físico, y ornamentos de hombres y mujeres

Así pues, en primer lugar (con el fin de proceder por orden) los salvajes de América, que viven en tierras del Brasil, llamados tupinambos, con los cuales conviví amistosamente alrededor de un año, no son ni más grandes ni más gordos o más bajos de estatura que los europeos; es decir, su cuerpo, *vis à vis* del nuestro, no es ni monstruoso ni prodigioso. Son incluso quizá más fuertes, más robustos y mejor dispuestos, menos propensos a las enfermedades; casi no hay cojos, tuertos, deformes o contrahechos entre ellos. Y a pesar de que muchos llegan a los cien o ciento veinte años (pues saben muy bien llevar la cuenta de su edad por las lunas) son pocos los que a la vejez tienen el pelo blanco o siquiera gris.

En cuanto a su color natural, habida cuenta de la región donde habitan, no son tan negros como podría esperarse, sino más bien morenos como dirían ustedes los españoles o los provenzales.

Por lo demás, cosa tan rara como difícil de creer para los que no lo han visto, los hombres y las mujeres, al igual que los niños, no se cubren ninguna parte del cuerpo, sin mostrar por eso ninguna señal de estar avergonzados; de costumbre, viven y andan tan desnudos como nacieron. Y sin embargo, a pesar de lo que algunos piensan y otros tratan de hacer creer, distan mucho de ser velludos. Por el contrario, no son por naturaleza más velludos que nosotros y en cuanto el vello empieza a despuntar en cualquier parte, ya sea en la barba, las cejas o las pestañas, se lo arrancan con las uñas, o con pinzas si las tienen, lo cual hace que su mirada sea vaga y feroz, o que parezcan bizcos. Esto mismo se ha escrito sobre los habitantes de Cumaná en Perú. Por lo que respecta a los tupinambos hago solamente excepción del cuero cabelludo. No obstante, a todos los varones desde muy jóvenes se les pela casi a rape la coronilla y la parte delantera de la cabeza como los frailes; por detrás se les recorta el pelo al estilo de los que entre nosotros usan melena.

Además tienen esta costumbre: todos los muchachos, desde su infancia, tienen perforado el labio inferior por encima de la barbilla y en el agujero llevan, de ordinario, cierto hueso muy pulido tan blanco como el marfil, parecido a las perinolas o trompitos con que en nues-

tro país se juega: la punta en pico, sobresale unos dos dedos y un frenillo retiene este adorno entre la encía y el labio; se lo quitan y se lo ponen cuando quieren. Pero este adorno de hueso blanco, sólo lo llevan durante la adolescencia. Ya mayores, cuando se les da el nombre de *Conomionassan* (es decir muchachote o muchacho grande), en lugar de ese adorno se ponen, incrustándolo en el agujero del labio, una piedra verde (una especie de esmeralda falsa); ésta también está sujeta por un frenillo desde dentro y por fuera se ve del tamaño de una moneda de veinte centavos pero del doble de gruesa. Los hay incluso que las llevan tan largas y redondas como un dedo; yo traje una de éstas a Francia. Cuando se quitan dichas piedras, los tupinambos, por diversión, sacan a veces la lengua por la ranura del labio; viéndolos así dan la impresión de tener dos bocas y a la imaginación de ustedes dejo el pensar si verlos de esta manera pueda ser agradable y si los afea o no. He visto hombres que, no contentos con llevar solamente esas piedras verdes en los labios, se hicieron perforar ambas mejillas para ponerse otras dos.

Por otra parte, estos brasileños se embadurnan el cuerpo a menudo con colores y pinturas diversas; pero sobre todo, usando el jugo de una fruta que ellos llaman *genipat,* se ennegrecen de tal manera las piernas hasta los muslos, que, viéndolos desde una cierta distancia, parece que llevan puestas unas mediascalzas de presbítero. Y es tan tenaz el jugo de esa fruta genipat, y se les incrusta tan bien en la carne, que aún lavándose en agua, tarda diez o doce días en desaparecer.

Poseen también, hecho de hueso macizo y tan blanco como el alabastro, unas medias lunas algo más largas que medio pie; las llaman *Yoci,* nombre que le dan a la luna. Lo llevan colgando del cuello con un hilo de algodón y les cae sobre el pecho.

FIGURA 6. Vista de América. Grabado en el libro de Jean de Léry, *Histoire d'un voyage fait en la terre du Brasil: autrement dite Amerique*, La Rochelle, Imprenta de Antoine Chuppin, 1578. (Fuente: Jean de Léry, *History of a voyage to the land of Brazil, otherwise called America*, traducción e introducción de Janet Whatley, Berkeley, University of California Press, 1990.)

Asimismo, sirviéndose de un bloque de asperón, pulen durante largo rato una infinidad de piezas de una concha de mar muy grande llamada *Vignol,* las redondean y las dejan tan bonitas y lisas como una medalla. Les hacen un agujero en el centro, pasan a través un hilo de algodón y hacen unos collares que llaman *Boü-re;* se lo enrollan alrededor del cuello cuando les parece, como se hace en estos países con las cadenas de oro. En mi opinión eso es lo que algunos llaman porcelana: en nuestros países muchas mujeres usan estos collares. Yo traje a Francia una buena cantidad de los más bonitos y elegantes. Asimismo los salvajes hacen collares llamados *Boü-re* con cierta especie de madera negra, casi tan pesada y brillante como el ébano y muy indicada para el uso que le dan.

Tienen además estos americanos, un cierto número de gallinas comunes, facilitadas por los portugueses; a las blancas las despluman con frecuencia y con ayuda de alguna herramienta, ahora que las tienen, o con afiladas piedras antaño, las cortan en trozos pequeñísimos, los cuales ponen a hervir y después tiñen de rojo. Se untan en el cuerpo un pegamento especial para ese uso y se empluman hasta brazos y piernas. De esta guisa parecen tener el plumón propio de los pichones y de otros pájaros recién nacidos.

En cuanto al adorno de sus cabezas, aparte de la especie de tonsura y la melena recortada que ya mencioné, los tupinambos hacen unos arreglos con las plumas de las alas de pájaros encarnados, rojos y de otros colores; estos adornos tienen cierto parecido con el cabello na-

tural o postizo que usan las señoras y jóvenes en Francia y otros países y a los que desde algún tiempo a esta parte se han acostumbrado, y diríase que este invento lo obtuvieron de los salvajes los cuales le dan el nombre de *Yempenambí.*

Usan asimismo aretes en las orejas, hechos de hueso blanco, casi iguales que el adorno que llevan los muchachos en el labio perforado, como ya dije más arriba. Hay además en el país un pájaro que llaman *tucán* (ya lo describiré más ampliamente a su debido tiempo), su plumaje es todo negro como el cuervo, excepto en la pechuga donde tiene pequeñas y sutiles plumas amarillas, bordeadas de rojo hacia abajo, de unos cuatro dedos de largo y tres de ancho. Les arrancan la pechuga que también llaman tucán de las cuales tienen una gran cantidad. Cuando están secas se sujetan una de cada lado de la cara bajo las orejas con una cera que llaman *Yra-Yetic.* Viéndolos con estas dos placas amarillas en las mejillas dan la impresión de llevar un freno como el que se pone en las riendas de un caballo.

Si, además de todo esto, estos brasileños van a la guerra o, en la forma en que lo relataré más adelante, matan solamente a un prisionero para comérselo, y para ello quieren aparecer más valientes y adornados, se ponen ropajes, gorros, brazaletes y otros ornamentos de plumas verdes, rojas, azules y otros muchos y diversos colores naturales simples de una excepcional belleza. Son tan hábiles para acondicionar y preparar todo esto con trocitos de caña e hilo de algodón que ningún especialista en Francia podría hacerlo mejor ni con mayor soltura; a simple vista estas vestimentas podrían parecer de terciopelo. En la misma forma adornan sus espadas y mazas de madera. Y decoradas y enriquecidas con estas plumas, dispuestas y colocadas con tanto arte, son un verdadero regalo para la vista. Y para acabar con sus ornamentos, traen de tribus vecinas grandes plumas de avestruz (lo cual prueba que en algún lugar de este país existen estas grandes y pesadas aves, aunque para ser franco yo nunca las he visto). Estas plumas, que son grises, las sujetan fuertemente unas contra otras por el nacimiento y el resto se abre en redondel como una rosa: con eso hacen un gran penacho que llaman *Araroye.* Se lo atan a la cintura con una cuerda de algodón, la parte más estrecha contra el cuerpo y la más ancha hacia afuera; enjaezados de esta guisa (pues es para lo único que les sirve) se diría que llevan una falda sujeta a los riñones, si se trata de saltar, beber y divertirse, lo cual es casi su única ocupación—cantan y bailan acompañándose de la voz—. Y para animarse aún más recogen cierto fruto del tamaño y forma de un coco: es de una piel dura y, cuando está bastante seco, le sacan el hueso y en su

lugar ponen en el interior piedrecitas; sujetan varias juntas y se las atan a las piernas y hacen tanto ruido como harían unas conchas colocadas en la misma forma, o como cascabeles de los de por aquí, los cuales aprecian grandemente si se los regalan.

Por otra parte hay en este país un tipo de árbol que da un fruto tan grande como un huevo de avestruz, y al cual se parece también en la forma; los salvajes le hacen un agujero en el centro (como habrán visto ustedes en Francia hacer a los niños con nueces, para hacerse molinillos de viento), después lo ahuecan y meten dentro más piedrecitas redondas o bien semilla de un mijo muy grande, del que hablaremos más adelante; acto seguido le meten un palo de un pie y medio aproximadamente de largo y con esto hacen un instrumento al que llaman *maraca* que hace un ruido como una vejiga de cerdo llena de chícharos. De ordinario los brasileños lo llevan consigo. Al tratar de su religión ya diré lo que opinan de estas maracas y de su sonido, una vez que las han adornado con preciosas plumas para dedicarlas al uso que ya veremos. He aquí, pues, los adornos y vestimentas que los *tupinambos* acostumbran a usar en su país.

Pero dejemos por el momento a los tupinambos en su magnificencia, gozando los buenos ratos que tan bien saben procurarse y veamos si las muchachas a las cuales llaman *Ononian* (aunque desde que los portugueses las han tratado en algunos lugares las llaman María) andan mejor adornadas y emperifolladas.

En primer lugar, aparte de lo que ya dije al principio de este capítulo, de que de ordinario van completamente desnudas al igual que los hombres, tienen también de común con ellos que se arrancan los vellos donde quiera que les nacen, en las cejas y en las pestañas. Cierto que en lo concerniente al cuero cabelludo no proceden como los hombres, éstos como ya dije antes se cortan el pelo de delante y lo recortan por la melena, ellas por el contrario no sólo se lo dejan crecer bastante largo, sino que (como las mujeres de acá) se lo peinan y se lo lavan muy cuidadosamente; a veces hasta se lo recogen con un cordón de algodón teñido de rojo; sin embargo, por lo general lo llevan suelto sobre la espalda así que casi siempre están despeinadas.

Además también difieren de los hombres en que no se perforan ni el labio ni las mejillas y por consiguiente no llevan ninguna clase de piedras en la cara. Pero se agujerean tan horriblemente las orejas para ponerse aretes, que cuando se los quitan podría pasarse cómodamente un dedo a través del agujero. Los aretes los hacen con esa concha grande de mar llamada *Vignol* de la cual ya hablé; son blancos, redondos y tan largos como una vela de tamaño mediano. Cuando los lle-

van puestos les golpean en los hombros y en el pecho y viéndolas de un poco de lejos parecen las orejas de un sabueso colgando de ambos lados.

En lo tocante a la cara, he aquí cómo se la arreglan. Con un pequeño pincel, una amiga o una vecina, pinta sobre la mejilla de otra, a partir del centro, un círculo que va agrandándose en forma de espiral, hasta cubrirse toda la cara con pinturas de color azul, amarillo y rojo. Y al igual que en Francia hacen algunas mujeres impúdicas, no olvidan de dar unas pinceladas, en el lugar en que estaban antes de ser arrancadas, a las cejas y pestañas.

Hacen también unos grandes brazaletes, formados por varios trozos de hueso blanco, cortados y colocados en forma de grandes escamas de pescado, los cuales reúnen y juntan unas con otras, con cera y una goma arreglada a guisa de cola, con tanta maestría que sería imposible superar. Estos brazaletes, de un pie y medio de largo, podrían compararse con los usados por aquí para jugar al balón. También se ponen esos collares blancos (llamados en su lengua *Boüre)* que ya he descrito más arriba. Sin embargo, no es en el cuello donde se los ponen, como ya saben ustedes que hacen los hombres, sino que se los enrollan en los brazos. El mismo uso le dan, y por eso las encuentran tan atractivas y bonitas, a las cuentas de vidrio amarillas, azules, verdes y de otros colores ensartadas como un rosario, a las que llaman *Mauroubi* y de las que les llevamos gran cantidad para hacer negocio. A veces íbamos a sus aldeas y nos ofrecían frutas y otras cosas de por allí; con las maneras llenas de gracia que es usual en ellas; y después dándonos la lata nos seguían sin cesar: *Mair, deagatorem amabé mauroubi,* que quiere decir: Tú eres bueno, francés, dame pulseras de cuentas de vidrio. En la misma forma trataban de obtener de nosotros peines a los que llaman *guap* o *kuap,* espejos que nombran *Arona* y en general todas las mercancías que llevábamos y que despertaban su codicia.

Pero entre las cosas que observé entre estas mujeres brasileñas, la más extraña y verdaderamente extraordinaria es ésta: no se pintan el cuerpo, los brazos y las piernas tan a menudo como los hombres, ni se cubren de plumajes ni de otras cosas de por allá y sin embargo nos fue imposible lograr que se vistieran por más que les ofrecimos batas y camisas (como ya dije que conseguimos con los hombres, los cuales en alguna ocasión se vestían).

[Capítulo VIII.]

Hay en el país de estos americanos dos especies de raíces a las que llaman *Aypí* y *Manihot* que crecen tan rápidamente que en tres o cuatro meses ya tienen un grosor como el muslo de un hombre, y una longitud de aproximadamente un pie y medio. Una vez arrancadas de la tierra, las mujeres (puesto que de esto los hombres no se ocupan), las ponen a secar al fuego en el *Bucán,* como más adelante diré: a veces las cogen completamente verdes; a fuerza de rasparlas sobre unas piedrecitas puntiagudas colocadas y sujetas a un trozo de madera plana (igual que hacemos nosotros para moler el queso y la nuez moscada) las reducen a harina que resulta tan blanca como la nieve. Esta harina cruda y el salvado que contiene, del que hablaré pronto, huele verdaderamente como el más puro almidón largo tiempo humedecido en el agua cuando todavía está fresco y líquido, a tal punto que ya de vuelta por acá, me encontraba un día en un lugar donde estaban preparándolo y su olor me recordó el que hay en las casas de los salvajes cuando se hace harina de raíces. Para darle consistencia, las mujeres brasileñas tienen unas como sartenes muy grandes hechas de barro por ellas mismas, que pueden contener cada una más de medio almud. Las sartenes con cierta cantidad de esta harina se ponen sobre el fuego; mientras está cociendo la remueven sin cesar con la mitad de una calabaza, la que también destinan al mismo uso que nosotros le damos a las escudillas. Cociendo así esta harina parece tener la forma de gragea de boticario.

Los hacen de dos tipos: el tipo fuerte cocido y duro que los salvajes llaman *ony-entan,* que se conserva mejor, por eso es el que llevan consigo cuando van a guerrear; y el otro, menos cocido y más tierno que le dicen *Ony-pon,* mucho mejor que el primero; fresco, diríase, al llevarlo a la boca y saborearlo, que es miga de pan blanco calientito. Con el cocimiento, ambos tipos cambian, quedándole un sabor más placentero y suave.

Además, estas harinas, sobre todo cuando están frescas, tienen muy buen gusto, constituyen una buena alimentación y son fácilmente digeridas, aunque, y eso lo experimenté yo mismo, no sirven en absoluto para hacer pan. Se puede, sí, hacer una masa que levanta como la hecha con trigo y levadura que resulta tan vistosa y blanca como si fuera de trigo candeal; pero al cocerse, la corteza y toda la superficie se seca y se quema, y cuando se corta o se parte, el interior está todo seco y harinoso.

No obstante, estas dos harinas sirven muy bien para hacer papillas, conocidas por los salvajes con el nombre de *Mingant.* Si se deslíe esta papilla en caldo de puchero, se pone grumosa como el arroz, resultando un guiso riquísimo.

Mas, como quiera que sea, los tupinambos, hombres, mujeres y niños, están acostumbrados desde jóvenes a comérsela completamente seca como si fuera pan. Y tienen tanta maestría y un hábito tan arraigado que la toman con cuatro dedos del plato de barro u otro recipiente donde la guarden y sin desperdiciar ni una sola brizna se la lanzan derecho a la boca desde bastante lejos.

A veces, tras de haber rallado esas raíces de *Aypi* y de *Manihot* completamente verdes (en la forma que ya les dije antes), las mujeres hacen con la harina fresca y húmeda que sale, unas bolas grandes; éstas, las aprietan y estrujan fuertemente entre las manos hasta hacer salir un jugo, casi tan blanco y claro como la leche. Lo echan en fuentes y platos de barro, lo ponen al sol y el calor lo cuaja a modo de requesón. Para comer esto, lo echan en las sartenes de barro y lo ponen sobre el fuego, al igual que nosotros hacemos las tortillas de huevos. Es una comida muy sabrosa.

La raíz de *Aypi,* no solamente es buena hecha harina, pues también se asa entera, ya sea en las cenizas o junto al fuego. Se ablanda, se resquebraja y se vuelve entonces harinosa como una castaña asada (cuyo sabor es muy parecido). En cambio, la raíz de *Manihot* no sirve más que para comerla como harina bien cocida; consumida en otra forma sería malísima.

Por otra parte, las mujeres de este país clavan un palo puntiagudo en la tierra para plantar dos especies de mijo grande, que son blanco uno y otro rojo, que en Francia se conoce con el nombre de trigo sarraceno (los salvajes le llaman *avati*). También de esto se hace harina y se prepara y come como dije antes de las raíces.

Su alimento principal lo constituyen las raíces de *Aypi* y de *Manihot,* preparadas y aderezadas como ya dije más arriba: pero también las emplean para hacer sus bebidas y he aquí cómo las mujeres llevan a cabo esta labor:

Después de cortarla en trozos menudos, como hacemos por acá con el betabel después de cocido, las ponen a hervir por trozos, en agua, dentro de unos grandes recipientes de barro; una vez tiernas y reblandecidas, las quitan del fuego y las dejan enfriar un tanto.

Hecho esto, unas cuantas mujeres se ponen en cuclillas alrededor de estos recipientes de barro, cogen estas rodajas de raíz ya ablanda-

das y, sin tragárselas, las mastican muy bien y le dan vueltas en la boca. Tomando después los trozos con la mano, los van echando uno tras otro en otras vasijas de barro, que ya tienen puestas sobre el fuego y los ponen a hervir de inmediato. Este revoltillo lo remueven sin cesar con un palo, hasta que ven que ya está suficientemente cocido; lo apartan por segunda vez del fuego y sin colarlo ni nada, vierten todo junto en otros recipientes de barro más grandes, que tienen una capacidad aproximada de unos doce litros y medio. En cuanto espumea y fermenta un poco, tapan las vasijas y dejan ahí el brebaje, para más tarde beberlo, en la forma que diré en breves momentos. Con el fin de hacerme entender mejor, diré que estos grandes recipientes, que acabo de mencionar, son casi iguales que las grandes cubas de barro en las que yo mismo he visto lavar la ropa en algunos lugares del Bourbonnais y Auvernia, salvo que son más estrechos por la boca y por arriba.

Igualmente, estas americanas hacen hervir, y masticar también, ese mijo grande que ellos llaman *Avati* en su lenguaje y también de esto hacen un brebaje parecido al que obtienen de las raíces ya mencionadas. Vuelvo a repetir que son las mujeres las que llevan a cabo este menester; pues aunque yo no haya visto hacer la menor distinción entre las muchachas y las casadas (como alguien escribió) existe entre los hombres la creencia de que si ellos masticaran las raíces o el mijo, no saldría bueno; además estiman indecente e impropio de su sexo ocuparse de esto: me parece a mí que entre nosotros se ve raro que esos aldeanos grandotes de Bresse y otros lugares de por aquí hagan de hilanderas. Los salvajes llaman *cauín* a este brebaje: es espeso y turbio como la hez y sabe a leche agria. Lo hay tinto y blanco; como nuestros vinos.

Debido a que tanto estas raíces como el mijo grande de que hablo, crecen en todo tiempo en su país, pueden hacer el brebaje en la época que les plazca: a veces incluso hacen tales cantidades que yo mismo he visto reunidas más de treinta de esas vasijas grandes (que contienen como ya les he dicho, más de sesenta pintas de París) llenas y alineadas en medio de sus casas, donde permanecen tapadas hasta el momento de *cauinar*.

Así pues cuando se preparan y sobre todo cuando, con las ceremonias que más allá veremos, matan solemnemente a un prisionero de guerra para comérselo, su costumbre, por completo contraria a la nuestra en materia de vino, el cual nos gusta fresco y claro, es de beber ese *cauín* algo caliente.

Lo primero que hacen las mujeres para templarlo es encender un poco de fuego junto a las vasijas que lo contienen. Una vez hecho esto comienzan por uno de los extremos a destapar la primera vasija y a remover y enturbiar su contenido; después, con grandes calabazas cortadas en dos, de las que algunas pueden contener tres cuartillos de París, sacan el líquido y, cuando los hombres bailando pasan uno tras otro junto a ellas, les presentan y entregan en la mano, a cada uno, uno de estos enormes cubiletes completamente llenos; y no porque ellas hagan las veces de bodegueras, se olvidan de atenderse a sí mismas para empinar el codo. Ni ellas ni ellos dejan de beber, despachándose de un solo trago todo eso. Pero ¿saben ustedes cuántas veces? Beberán hasta que las vasijas, aunque hubiera un ciento, queden todas vacías, hasta que no quede una sola gota de *cauín* en su interior. De hecho yo los he visto beber sin cesar, durante tres días y tres noches; y cuando ya no podían aguantar más de tan ebrios y borrachos, volvían el estómago y empezaban de nuevo con más bríos; pues, abandonar este juego podría darles la reputación de afeminados y esto para ellos es peor que *schelm* entre los alemanes.

[Capítulo IX.]

Del "Bucan", para asar y conservar las carnes

Estos americanos clavan en la tierra a bastante profundidad cuatro horquillas de madera, tan gruesas como el brazo, separadas unos tres pies aproximadamente, en forma de cuadrilátero; son de unos dos pies y medio de largas. Encima colocan atravesados unos palos a una o dos pulgadas uno de otro. Esto forma como una parrilla grande de madera, que en su lenguaje ellos nombran *Bucan.* En sus casas tienen colocadas varias. Aquellos que tienen carne ponen los trozos encima y con palos muy secos, que no producen mucho humo, encienden debajo un pequeño fuego muy lento y cada siete u ocho minutos la vuelven de un lado a otro; de esta manera la dejan asar el tiempo que les conviene. Como no salan la carne para guardarla, como hacemos nosotros por aquí, el único medio a su alcance es asarla. Suponiendo que en un día cacen treinta fieras u otro animal, tal y como lo describiremos en este capítulo, evitan que se corrompa poniéndolos sin más por piezas enteras sobre el *bucan.* Dándole vueltas y más vueltas, como he dicho, las dejan a veces más de veinticuatro horas hasta que el interior, y todo lo que está junto a los huesos, está tan asado como lo de fuera. En la misma forma proceden con el pescado, del cual una vez que está bien seco, hacen harina cuando tienen mucha cantidad

(concretamente del que ellos llaman *biraparet*i, que son los jureles de los que hablaré también después). En una palabra, estos *bucanes* les sirven de saladeros, de ganchos y de alacena y, al pasar por sus aldeas, se puede ver cómo los tienen repletos de caza y de pescado, aunque muy a menudo también (tal como lo veremos sin tardar) pueden verse allí muslos, brazos, piernas, así como otros grandes pedazos de carne humana, que no es otra cosa que los prisioneros de guerra que matan y después se comen. He aquí todo, respecto del *Bucan* y la *Bucanería,* es decir, la rosticería de estos americanos. Los cuales desde luego (con permiso de quien escribió lo contrario) no dejan por eso de cocer la carne, cuando así se les antoja.

[Capítulo x.]

Armas y guerra

Tienen, ante todo, sus *tocapes,* es decir espadas o mazas, las más, hechas con madera roja y las otras de madera negra, por lo común de cinco o seis pies de largas. En uno de los extremos tienen un redondel u óvalo de dos palmos de ancho aproximadamente; éste tiene en el centro más de una pulgada de espesor, está tan bien rebajado por los bordes que es de madera dura y pesada como el boj. Y me da por pensar que dos de nuestros más vivarachos espadachines se verían en apuros ante un *tupinambo* furioso armado con una de estas espadas.

Después, tienen también unos arcos, que les llaman *orapats,* hechos con la susodicha extraña madera negra y son mucho más largos y más fuertes que los que tenemos por acá, tanto que no es posible que un hombre de los nuestros pueda tensarlos, aún menos tirar con ellos: quizá podría hacerlo con el de un niño de nueve o diez años de este país. Las cuerdas de estos arcos están hechas con una hierba que los salvajes llaman *Tocon:* éstas, a pesar de estar muy desligadas, son no obstante tan fuertes que aguantarían a un caballo que tirara.

En cuanto a sus flechas, tienen aproximadamente una braza de longitud y están compuestas de tres piezas, dos de ellas de madera negra y la otra en el centro de caña; y estas piezas están tan bien reunidas, juntas y atadas con pequeñas cortezas de árbol, que sería imposible hacerlas mejor. Únicamente les ponen dos aletas a cada una, de un pie de largo, muy bien acomodadas y sujetas con hilo de algodón, pues no usan ninguna cola. En la punta de estas flechas, ponen, a unas, huesos puntiagudos y, a las otras, una caña seca y dura de medio pie de largo, con forma de lanceta e igual de punzante; a veces le ponen también la punta de la cola de una raya, que (como ya dije en alguna

parte) es sumamente venenosa. E incluso, desde que los franceses y los portugueses han frecuentado este país, los salvajes los imitan y ya empiezan a poner, si no un hierro de flecha, al menos la punta de un clavo, a falta de dicho hierro. Ya he dicho con cuánta destreza manejan sus espadas. Todo el que los haya visto en sus prácticas tendrá que admitir conmigo que sin ayuda de nada, estando como están completamente desnudos, tensan sus arcos y son tan hábiles tirando y tan rápidos que mal que pese a los ingleses (considerados sin duda como magníficos arqueros), estos salvajes, teniendo un puñado de flechas en la misma mano con la que sujetan el arco, son capaces de disparar una docena, mientras los ingleses lanzan seis.

Finalmente tienen unas rodajas, hechas de la piel del lomo de un animal que llaman *Tapirusan* (del que hablé más arriba); son grandes, planas y redondas, como el fondo de un tamboril alemán. Cuando llegan al combate cuerpo a cuerpo, no se sirven de estos escudos para cubrirse, como hacen nuestros soldados; solamente los emplean en combates para contener los flechazos de sus enemigos. En suma, es todo lo que estos americanos tienen como armamento; pues no emplean, para resguardarse el cuerpo, absolutamente nada.

Cuando quieren navegar (cosa que hacen a menudo) sólo lo hacen sin alejarse de la costa y nunca se aventuran a alta mar. Para ello, se ponen en fila en sus canoas, a las que llaman *Ygar.* Estas canoas están hechas de una sola pieza, con el tronco de un árbol, el cual pelan a propósito de arriba abajo. Su tamaño es suficientemente grande para admitir de cuarenta a cincuenta personas. Siguiendo su costumbre, navegan de pie, con un remo, plano en las dos extremidades, que agarran por el centro. Este tipo de canoas completamente planas no se sumergen en el agua más de lo que podría sumergirse una tabla y son muy fáciles tanto de manejar como de conducir. Es cierto que en el mar agitado y levantado no podrían aguantar y por supuesto menos aún en plena tormenta. Pero con buen tiempo, cuando estos salvajes van a pelear, pueden verse flotas de hasta más de sesenta canoas, siguiéndose unas a otras, tan aprisa que se pierden de vista sin tardar.

Esto es, pues, el ejército y la armada de los *tupinambos,* por mar y por tierra.

De ordinario, recorren de veinticinco a treinta leguas en busca de sus enemigos y cuando ya están cerca de su territorio, he aquí las primeras estratagemas y ardides de guerra que emplean para atraparlos. Los más hábiles y los más valientes, dejando a los demás atrás, con las mujeres, a una o dos jornadas se van acercando con el mayor sigilo posible y se esconden en el bosque. Es tal la tenacidad que poseen

para sorprender a sus enemigos que a veces son capaces de permanecer agazapados hasta más de veinticuatro horas. Si los toman desprevenidos, todo lo que agarran, hombres, mujeres o niños, se lo llevan y una vez de vuelta a su localidad, los matan a golpes, los despedazan y los colocan sobre el *Bucan,* para finalmente comérselos. Semejantes sorpresas son tanto más fáciles de preparar cuanto que sus aldeas (pues ciudades no tienen), no se cierran, y ni siquiera tienen puertas en sus casas. Éstas son largas, la mayoría de ellas de ochenta o cien pasos, con entradas en varios sitios; tapan estas entradas únicamente con algunas ramas de palmera o con una hierba alta llamada *Pinda.* En los alrededores de las aldeas fronterizas con sus enemigos, los más aguerridos plantan espinas de palmera de cinco o seis pies de altas; y en los sinuosos caminos que conducen a ellas ponen pinchos puntiagudos a flor de tierra. De suerte que si los asaltantes piensan entrar de noche (lo cual es la costumbre) los de dentro que saben por dónde han de pasar para no herirse, salen y se les echan encima, rechazándolos enérgicamente. Cuando los asaltantes tratan de huir o combatir, se clavan los pinchos en los pies, quedando siempre algunos en el lugar; a éstos los achicharran. Por lo demás, cuando los enemigos están sobre aviso, y los dos bandos tienen un encuentro, el combate es increíblemente terrible y cruel; yo asistí como espectador y puedo hablar de ello haciendo honor a la verdad. Otro francés y yo, a riesgo de morir y ser devorados allí mismo, si nos atrapaban los *Margaias,* fuimos una vez por curiosidad acompañando a los salvajes, que entonces eran aproximadamente cuatro mil, en el transcurso de una escaramuza que tuvo lugar a orillas del mar. Y vimos combatir a estos bárbaros con más furia que a locos iracundos y carentes de sentido.

En cuanto que los tupinambos vieron a un cuarto de legua aproximadamente a sus enemigos, lo primero que hicieron fue ponerse a vociferar: el ruido que hacen los que van a cazar lobos por acá, no tiene comparación; sus gritos y sus voces desgarraban el aire de tal manera que no hubiéramos podido oír ni el ruido del trueno. Y para más, a medida que se acercaban, redoblaban los gritos, soplaban en los cuernos y extendían los brazos amenazándose y enseñándose unos a otros los huesos de los prisioneros que habían devorado, así como los dientes ensartados, de los que algunos llevaban más de dos brazadas colgadas al cuello; daba horror ver su firmeza. Pero cuando se hubieron reunido fue todavía peor; pues en cuanto estuvieron a doscientos o trescientos pasos, los unos de los otros, se hicieron un saludo a flechazos.

Desde el comienzo de esta escaramuza, podían verse infinidad de ellas, volando por el aire, tan copiosas como moscas. Si alguno era alcanzado, como le ocurrió a varios, se las arrancaban del cuerpo con un valor extraordinario, las partían y como perros rabiosos mordían los trozos con toda su fuerza; y heridos volvían al combate. Es preciso destacar aquí que estos americanos son tan encarnizados en sus peleas, que mientras pueden mover brazos y piernas luchan sin cuartel y no retroceden ni vuelven la espalda.

Finalmente, ya confundidos y mezclados, se cargaron con las espadas y las mazas de madera y el que encontraba la cabeza de un enemigo, no se contentaba con derribarlo, sino que lo mataba a mazazos; como nuestros carniceros hacen con los bueyes.

[Capítulo XIV.]

Sacrificios de los prisioneros de guerra. Canibalismo

Ahora nos queda por saber cómo son tratados los prisioneros de guerra en el territorio de sus enemigos. En cuanto llegan se les alimenta con las mejores viandas que hay, se les procuran mujeres a los hombres, aunque no maridos a las mujeres. Aquel que tiene un prisionero no pone dificultades para entregarle una hija o su hermana en matrimonio y ésta deberá tratarlo bien y satisfacer todas sus necesidades. Además, sin usar de prejuicios, juzgando si los hombres son buenos cazadores o pescadores y las mujeres capaces de encargarse del jardín o de recoger ostras, los conservan más o menos tiempo. Sin embargo, tras haberlos engordado como cerdos en chiquero los matan finalmente a mazazos y se los comen siguiendo el siguiente ceremonial.

En primer lugar, se anuncia por todas las aldeas aledañas el día de la ejecución del prisionero. Hombres, mujeres y niños llegan de todas partes, bailan, beben y cocinan durante toda la mañana. El prisionero no ignora que él es el objeto principal de semejante reunión, y que en unas cuantas horas será muerto a mazazos. Sin embargo, muy lejos de estar contrito, es por el contrario de los más alegres, bailando con su adorno de plumas, bebiendo y saltando. Después de bailar y cantar con los demás, durante unas seis o siete horas, dos o tres de los más prestigiados de la tribu lo sujetan y lo atan por el cuerpo con cuerdas de algodón o con ligaduras hechas con la corteza de un árbol llamado *Vuire* que se parece al cáñamo de por aquí. A pesar de tener los brazos libres, no ofrece ninguna resistencia. En esta forma lo exhiben como trofeo durante un rato por la aldea. Pero ¿creen ustedes que aga-

cha la cabeza como hacen los criminales de por acá? Nada de eso. Por el contrario, con una audacia y una firmeza increíbles, se vanagloria de sus pasadas proezas diciendo a los que lo tienen atado: "Yo soy un valiente y ya antes tuve atados y agarrotados así a los vuestros" y exaltándose más y más con la misma firmeza, volviéndose de un lado y otro dirá a unos y otros: "Yo devoré a tu padre, yo maté y *bucané* a tus hermanos". En suma, añade: "Me he comido tantos hombres, mujeres e incluso niños *tupinambos* hechos prisioneros en la guerra que he perdido la cuenta. Y no duden que los *margaias* de mi nación devorarán más tarde, a tantos como puedan atrapar de ustedes para vengar mi muerte".

Finalmente, habiendo sido expuesto a la vista de todos y cada uno, los dos salvajes que lo sujetan con las cuerdas se alejan unas tres brazas, el uno hacia la izquierda, el otro a la derecha. No sueltan, sin embargo, ninguno de los dos la punta de la cuerda, que es igual de larga por ambos lados; tiran entonces con tanta fuerza que el prisionero, sujeto como ya he dicho por el cuerpo, queda inmovilizado y no puede ir ni venir para un lado ni otro. En esto le traen piedras o trozos de ollas rotas, o ambas cosas. Para cuidarse de no resultar heridos los dos que tiran de la cuerda se protegen con esos escudos hechos de piel de *Tapirusan* de que hablé y le dicen: "Véngate antes de morir". El prisionero se abalanza entonces contra los que están reunidos a su alrededor, en ocasiones hasta en número de tres o cuatro mil personas ¡y no quiera usted saber la de lesionados que hay!

Una vez, estando yo en una aldea llamada *Sarigoy* vi a un prisionero pegarle una pedrada a una mujer en una pierna y creí que se la había roto. Cuando las piedras y todo lo que puede recoger cerca de él se acaban, el autor de la ejecución (que ha permanecido oculto todo el día) sale de una casa. En la mano trae una de esas grandes espadas de madera, muy bien decorada con preciosas y magníficas plumas, y lleva puesto un gorro, así como otros adornos en el cuerpo. Se acerca al prisionero, al que de ordinario se le dice: "¿No eres tú de la nación llamada *Margaias,* que es nuestra enemiga? ¿No has matado y devorado a parientes y amigos nuestros?" Éste, más firme que nunca, responde en su lenguaje (porque los *Margaias* y los *tupinambos* se entienden). *"Pa, che tan tan ajouca atoupavé";* que quiere decir: "Sí, soy muy fuerte y en verdad que he matado y devorado a varios". Y para despechar aún más a sus enemigos, se lleva las manos a la cabeza y exclama: "¡Oh, no, no estoy fingiendo, cuán intrépido he sido para sorprender y atrapar a los vuestros y cuántos he devorado!", añadiendo otros propósitos del mismo estilo. Debido a esto mismo, el que está frente a

él listo para matarlo le dice: "Ahora tú estás en nuestro poder, yo te voy a matar en el acto y después serás *bucanado* y devorado por todos nosotros". "No importa —contesta aún (tan dispuesto a morir por su nación como Régulo lo estuvo a afrontar la muerte por su república romana) — mis parientes me vengarán." El ejemplo que voy a mostrar es para que se vea que, si bien estas naciones bárbaras temen mucho la muerte natural, este tipo de prisioneros son indiferentes a ella, pues se consideran muy dichosos de morir públicamente en medio de sus enemigos. Me encontré inopinadamente un día, en una aldea de la gran isla *Picani-iou,* que una mujer prisionera estaba a punto de morir así: me acerqué a ella y arreglándomelas como pude le hice comprender que debía encomendarse a Tupan (aunque Tupan entre ellos no es Dios, sino el trueno) y que le rogara de la manera que yo le dijera. Por toda respuesta movió la cabeza y en son de burla me dijo: "¿Qué me daréis si así lo hago?", a lo que yo le contesté: "Pobre desventurada, en unos momentos ya no necesitarás nada de este mundo y puesto que crees en la inmortalidad del alma (cosa que todos ellos confiesan, como diré en el siguiente capítulo), piensa en lo que será de ella después de tu muerte". Pero burlándose de nuevo murió derribada de un mazazo.

Así pues, para continuar con el tema, uno y otro siguen hablando todavía después de estas contestaciones. Finalmente el que está allí para ejecutar la sentencia, levanta la maza con las dos manos y con un rodillo que lleva en la punta, le pega al pobre prisionero en la cabeza, con tanta fuerza que los hay, como yo he visto, que del primer golpe caen muertos sin ni siquiera mover los brazos o piernas, tal y como los carniceros hacen con los bueyes. Es cierto que estando tirados en el suelo, se les ve agitarse y temblar un tanto, debido a los nervios y la sangre que se va retirando. Como quiera que sea, los que llevan a cabo la ejecución pegan de ordinario con tanta puntería en la coronilla, o escogen tan bien el lugar detrás de la oreja, que (sin que salga una gota de sangre) no necesitan golpear dos veces para arrancarles la vida. Tienen una forma de hablar como la que tienen los soldados franceses, o los que se pelean, cuando se dicen: "Te rajaré". Aquí se dice al que se odia: "Te romperé la cabeza".

Una vez golpeado y muerto el prisionero, si acaso tenía mujer (como ya dije que a algunos les daban), ésta se coloca cerca del cuerpo y suelta un llantito; digo expresamente suelta un llantito, pues en verdad es el llanto del cocodrilo, que después de haber matado a un hombre, llora antes de comérselo. De la misma manera, esta mujer, después de fingir aflicción y llanto, de serle posible, será la primera en

comer. Hecho esto, las demás mujeres y sobre todo las ancianas (que manifiestan más deseos de comer carne humana que las jóvenes y piden sin cesar a los que tienen el prisionero que apresuren el sacrificio), traen agua caliente que tienen preparada de antemano. Con ella frotan y escardan de tal manera el cuerpo sin vida que le quitan la epidermis y lo dejan tan blanco como dejan nuestros cocineros a los lechones para asarlos.

Después de esto, el dueño del prisionero y algunos más si él quiere, toman el cuerpo del infortunado y lo destazan y despedazan con tal rapidez que no hay carnicero en nuestro país que pueda tan prestamente descuartizar un cerdo. Por si esto fuera poco (oh, prodigio de crueldad), al igual que por acá hacen los monteros, que después de cazado el ciervo le echan las entrañas a los perros, estos bárbaros frotan el cuerpo y las piernas de sus hijos con la sangre de sus enemigos, haciéndole esto a todos para incitarlos y hacerlos tanto más encarnizados. Desde que los cristianos llegaron a este país, los salvajes cortan y destazan los cuerpos de los prisioneros, de los animales y otros alimentos, con cuchillos y herramientas que les regalan. Antaño (según oí decir a los ancianos), el único medio que tenían de hacerlo era con piedras afiladas que acondicionaban para este menester.

En cuanto a aquel o aquellos que cometen estos asesinatos se vanaglorian y lo tienen a gala, y el mismo día de llevado a cabo el acto, se separan de los demás y se les hacen unas incisiones en el pecho, los muslos, las pantorrillas y por todo el cuerpo hasta que brota la sangre. Para que estas marcas sean visibles toda la vida, en el acto se las frotan con una mixtura y polvos negros que nunca desaparecen. Cuantas más marcas de éstas tienen, mayor es el número de prisioneros que han matado y por consiguiente son considerados más valientes que los demás.

Para terminar esta extraña comedia, si ocurre que las mujeres que les fueron entregadas a los prisioneros quedan embarazadas, los salvajes que mataron al padre, pretenden que tales hijos provienen de la semilla de sus enemigos, y (cosa horrible de escuchar y aún más de presenciar) se los comen ya sea recién nacidos, ya un poco más grandes, según les plazca. Y el mayor deleite de estos bárbaros es exterminar tanto como puedan la raza de sus adversarios de guerra. Por su parte, los *margaias* proceden de idéntica forma con los *tupinambos,* cuando los atrapan.

[Capítulo xv.]

Religión

Ni creen, ni adoran a ningún dios, celeste o terrestre. En consecuencia no tienen ninguna fórmula ni lugar indicado para reuniones de índole religiosa; no rezan, ni en público ni en privado, y desconocen la oración. Igualmente ignoran la creación del mundo, no distinguen por nombres los días, y ni una cosa ni otra cuenta para ellos. Tampoco cuentan las semanas, los meses ni los años, únicamente saben del tiempo por las lunas. En cuanto a la escritura, ya sea santa o profana, tampoco saben nada. Ni siquiera tienen caracteres que signifiquen algo.

¿Cómo es posible, se dirán, que al igual que bestias embrutecidas, estos americanos vivan sin ninguna religión? Es cierto como ya he dicho, que poco les falta para que así sea, y no creo que haya ninguna nación sobre la tierra más alejada de la fe. Sin embargo, cuando toqué este tema, empecé por declarar que alguna luz brilla todavía en medio de las densas tinieblas en que la ignorancia los tiene sumidos. Dije, en primer lugar, que creen en la inmortalidad del alma. Están firmemente convencidos que las almas de los que han vivido virtuosamente, es decir, según ellos los que se vengaron muchas veces y se comieron a muchos enemigos, moran detrás de las grandes montañas y bailan con las almas de sus abuelos en medio de hermosos jardines (son los Campos Elíseos de los poetas); por el contrario, las de los afeminados y de la gente negativa, que no supieron defender la patria, van a parar con *Avgnan* (es así como llaman al diablo en su lenguaje) y éste los atormenta constantemente, según dicen. De todas maneras, esta pobre gente vive atormentada toda su vida por este espíritu maligno (al que también llaman *Kaagerre).* En varias ocasiones vi a algunos, incluso mientras charlábamos, quejarse y gritar de pronto como desesperados, diciendo: "¡Por favor, defiéndenos, que *Aygnan* nos está pegando!" Algunos llegaban a decir que lo veían perfectamente, unas veces en forma de animal, otras de pájaro y así por el estilo.

Antes de entrar en materia, hay que saber que entre esta gente hay unos falsos profetas que se llaman *Caraïbes.* Éstos van y vienen de aldea en aldea, como los frailes mendicantes del papado, haciéndoles creer que pueden comunicarse con los espíritus y que son capaces por este medio de conferirle fuerza al que les plazca, para superar y vencer a sus enemigos, cuando van a la guerra; asimismo, les hacen creer que son ellos los que hacen crecer las frutas y las grandes raíces que produce esta tierra brasileña. Por otra parte, según oí decir a unos intérpretes de Normandía, que llevaban mucho tiempo en este

país, los *tupinambos* tenían por costumbre reunirse cada tres o cada cuatro años en medio de una gran solemnidad.

Sin esperármelo me encontré un día en una de estas asambleas (como ya oirán) y por eso puedo decir cómo son en realidad. Un francés de nombre Jacques Rousseau y yo íbamos a través de la región con un intérprete. Una noche nos quedamos a dormir en una aldea llamada Cotina y al día siguiente, ya entrada la mañana, nos disponíamos a proseguir nuestro camino cuando vimos a los salvajes de los alrededores acudir de todos los rincones; los vecinos de la aldea saliendo de sus casas se les unieron y al momento se juntaron en una gran plaza unos 500 o 600. Nosotros nos detuvimos para averiguar con qué objeto celebraban esta asamblea. Cuando nos acercábamos, los vimos de pronto separarse en tres grupos; todos los hombres en una casa aparte, las mujeres en otra y los niños igual. Cuando vi que había diez o doce de estos *Caraïbes* alineados con los hombres, me di cuenta de que harían algo extraordinario y rogué a mis compañeros que nos quedáramos allí para presenciar aquel misterio, a lo que accedieron. Antes de alejarse de las mujeres y los niños, los *Caraïbes* les prohibieron terminantemente salir de las casas en que estaban metidos, pero debían escuchar atentamente cuando oyeran cantar. A nosotros también nos mandaron quedarnos encerrados en el recinto de las mujeres. Mientras comíamos, sin saber todavía lo que pensaban hacer, empezó a llegar a nuestros oídos desde la casa en donde estaban los hombres (que estaba alejada unos treinta pasos de la que estábamos nosotros) un ruido muy bajo, parecido al murmullo de los que mascullan oraciones canónicas. Al oír esto, las mujeres, que eran aproximadamente doscientas, se pusieron todas en pie y, prestando oído, se apretaron en un montón. Las voces de los hombres fueron aumentando poco a poco y pudimos oírlos muy claramente cantar todos juntos y repetir a cada rato esta interjección de estímulo: "Hé, ha, he, hé, he". Nosotros nos quedamos todos atónitos de ver que las mujeres, por su parte, respondían con voz temblorosa reiterando esta misma interjección: *He, ha, he, hé.* Durante un cuarto de hora gritaron de tal manera que nosotros no sabíamos qué actitud adoptar, y sólo las mirábamos. Vociferando así y saltando con suma violencia, hacían saltar sus senos: algunas llegaban incluso (como los que por acá tienen la presión alta) a desmayarse. Creo con toda seguridad que estaban poseídas por el diablo, tan furibundas se pusieron de pronto. Igualmente oíamos a los niños escandalizar y lamentarse, en el recinto que les fue destinado y que estaba al lado del nuestro.

Sin embargo los ruidos y los gritos cesaron; los hombres hicieron una corta pausa (las mujeres y los niños callaron entonces temerosos); de nuevo los oímos cantar y llevar con sus voces un tono acorde y maravilloso, y me tranquilicé un poco escuchando aquel son lleno de dulzura y sumamente melodioso, invadiéndome de inmediato un increíble deseo de verlos de cerca.

Así es que me acerqué al lugar de donde provenían estos cánticos. Las casas de los salvajes son larguísimas y (comparable a los emparrados de los jardines de por acá) están cubiertas de hierbas que llegan hasta el suelo; para poder ver más a gusto, hice una abertura entre la hierba. Después hice señas con el dedo a los dos franceses para que se aproximaran; siguiendo mi ejemplo, se animaron y se acercaron sin dificultades ni inconvenientes, entrando después los tres en esta casa. Viendo que los salvajes (según juzgó el intérprete) no se alarmaban en lo más mínimo por nuestra presencia, sino que al contrario continuaban ordenadamente en fila y proseguían sus canciones, nos apartamos hacia un rincón desde donde los contemplamos a nuestras anchas.

En esto los *Caraïbes* saltaban avanzando y después retrocediendo, cambiaban constantemente de lugar, contrariamente a los demás. Pude asimismo observar que a cada momento cogían una caña de cuatro a cinco pies de larga, en uno de cuyos extremos ardía una hierba seca llamada *Petun* (que ya mencioné antes). Con esto se volvían y, soplando el humo hacia los otros salvajes, les decían: "Para que podáis superar a vuestros enemigos, recibid todos el espíritu de la fuerza". Esto lo hicieron varias veces estos señores *Caraïbes.* Y las ceremonias duraban ya casi dos horas, sin que estos quinientos o seiscientos salvajes cesaran de bailar y cantar. En ese momento entonaron una melodía tan hermosa, que los que no los han oído no podrán jamás creer que tengan tanto sentido del ritmo, teniendo en cuenta que no saben lo que es la música. Si al principiar este alboroto (pues, como ya he dicho, estaba en la casa de las mujeres), tuve algún temor, recibí en cambio tal alegría que me sentí encantado, escuchando los acordes tan bien acompasados de semejante multitud y, sobre todo, la cadencia y el estribillo de la balada: a cada estrofa todos prolongaban la voz diciendo: *"Heu, heuaüre, heüra, hüiraüri, heüra, heüra, oueh".* Cada vez que lo recuerdo mi corazón se estremece y me parece estar escuchándolos. Para poner fin a esto, golpearon el suelo con el pie derecho, con más fuerza que antes, y después que cada cual hubo escupido delante de sí, pronunciaron al unísono con voz ronca dos o tres veces: *"Hé, hua, hua, hua"* y así terminaron.

Yo no comprendía todavía perfectamente su lenguaje y como habían dicho varias cosas que no entendí bien, le pedí al intérprete que me las aclarara. En primer lugar me dijo que habían estado deplorando mucho la muerte de sus abuelos, que tan valientes eran; sin embargo terminaron por consolarse puesto que después de morir irían a reunirse con ellos detrás de las altas montañas, donde bailarían y se solazarían juntos. De igual modo habían amenazado ferozmente a los *uetacas* (nación enemiga de ellos, salvajes y como dije antes tan valientes que no han podido someterlos); éstos caerían pronto en su poder y serían devorados, tal y como los *Caraïbes* les habían prometido. También habían mencionado en sus canciones una enorme inundación que hubo una vez y había tanta agua, que toda la tierra quedó cubierta: todos los hombres del mundo se ahogaron, no así sus abuelos que se salvaron subiéndose a los árboles más altos de su país.

[Capítulo XVI.]

Casamiento y familia

En cuanto al matrimonio, estos americanos observan sólo tres grados de consanguinidad que son: ninguno toma a su madre por esposa, ni a su hermana ni a su hija; sin embargo, un tío sí puede tomar a su sobrina y los demás grados no los tienen en cuenta. Las ceremonias para estos casos no existen. El que quiere a una mujer, sea viuda o doncella, después de obtener su asentimiento, se dirige al padre o en su defecto a los más próximos parientes de ella a pedir si se la quieren dar en matrimonio. Si la respuesta es afirmativa, entonces sin ningún contrato (pues los notarios nada ganan) la toma y la considera su esposa. Por el contrario, si la respuesta es negativa, se dejan las cosas como estaban y ya. A notar que la poligamia, es decir la pluralidad de esposas, es permitida entre ellos, en consecuencia los hombres pueden tener tantas como les plazca; incluso, haciendo de vicio virtud, los que tienen muchas son considerados más valientes y arrojados. Yo conocí a un hombre que pregonaba siempre que tenía ocho y se vanagloriaba de ello. Hay algo que es admirable en estas mujeres: ocurre que siempre hay una que es la favorita del esposo, no obstante lo cual las demás no se muestran celosas y no la hacen objeto de murmuraciones o por lo menos no lo demuestran. Todas ellas se ocupan del hogar.

Volviendo pues al matrimonio de estos americanos, el adulterio por parte de las mujeres les produce horror, no teniendo para ello más ley que la de la naturaleza. Así, si una mujer casada se entrega a otro

hombre que no sea su marido, éste puede matarla o cuando menos repudiarla y arrojarla de su hogar por indigna.

Es cierto que antes de entregar en matrimonio a sus hijas los padres y parientes de ésta la prostituyen, sin grandes dificultades, al primero que se presenta.

Sin embargo, para no hacerlos aparecer mejor de lo que son, a veces se disputan en el matrimonio y se dicen *Tyvire,* es decir sinvergüenza; de ahí se puede deducir (sin que yo lo afirme) que ese pecado abominable se llega a cometer entre ellos.

Por lo demás, cuando una mujer está encinta, lo único que procura no hacer es cargar bultos pesados, pues por lo demás sigue llevando a cabo sus labores ordinarias. Y, de hecho, las mujeres de los *tupinambos* trabajan mucho más que los hombres, que exceptuando algunas mañanas (y no precisamente al amanecer) en que desbrozan el campo para hacer sus huertas, no hacen otra cosa más que guerrear, ir de caza, de pesca, confeccionar sus espadas de madera, sus arcos, flechas, vestimentas de plumas y otras cosas para adornarse que ya especifiqué antes. Respecto de los alumbramientos, he aquí la verdad, que por haberlo presenciado yo puedo decir. Otro francés y yo pasábamos la noche en una aldea cuando hacia la medianoche oímos gritar a una mujer. De momento pensamos que una fiera (esa que llaman *Ian-ouare,* que como ya dije antes devora a los salvajes), la atacaba y que la iba a devorar. Corrimos apresuradamente, encontrándonos con que no era eso, sino los dolores del parto, los que así la hacían gritar, yo mismo vi cómo el padre, después de recibir en sus brazos a la criatura, le anudó la tripita del ombligo y acto seguido se la cortó con los dientes. Seguidamente, haciendo siempre las veces de partera, mientras que las de por acá le tiran de la nariz a las criaturas recién nacidas para que sean lindas, él por el contrario le hundió, le aplastó con el pulgar la nariz a su hijo (pues mientras más chatos son, más guapos los encuentran), lo cual es una práctica general entre ellos. Asimismo, en cuanto que el niñito ha salido del vientre de su madre, el padre lo lava muy bien y en seguida lo pintarrajea de colores rojos y negros. Después, sin fajarlo, lo acuesta en una cama de algodón colgada. Si es varón, le hace una espadita de madera, un arquito y sus flechas adornadas con plumas de loro; todo esto lo coloca cerca del niño y besándolo con la faz iluminada le dice: "Hijo mío, cuando tengas edad suficiente, con el fin de vengarte de tus enemigos, sé diestro con las armas, fuerte, valiente y muy aguerrido". En lo referente al nombre, el padre del que yo vi nacer le puso *Oropacem,* o sea el arco y la cuerda; este nombre está compuesto de *orapat,* que es arco y de

cem que significa la cuerda de éste. Y así proceden con todos los demás, poniéndoles indistintamente, como nosotros hacemos por aquí con los perros y otros animales, nombres de cosas que les son familiares: como *Sarigoy,* que es un animal de cuatro patas; *Arignan,* una gallina; *Arabuten,* el árbol del brasil; *Pindo,* una hierba alta, y otros por el estilo.

Como alimentos, les dan alguna papilla de harina y alguna otra cosa muy tiernas, con la leche de la madre. En cuanto a ésta, no se queda, por lo general, más de un día o dos en la cama; tras lo cual se cuelga a su hijito al cuello con un rebozo de algodón hecho a propósito para eso y se va a ocuparse del jardín, o de alguna otra tarea.

[Capítulo XVII.]

Casas y mobiliario

Hablando de las viviendas de este pueblo, éstas consisten en casas y (como más arriba dije) en muchas y ricas tierras, bastantes más de las que necesitan. Hay aldeas de quinientos o seiscientos habitantes, en una misma casa suelen vivir varias familias, cada una con su lugar aparte; sin embargo no hay ninguna separación que impida ver, de un extremo al otro de estas habitaciones, que suelen ser de una longitud aproximada de sesenta pasos. Es necesario anotar (lo cual no deja de ser raro en estas gentes) que los brasileños no se quedan por lo general en un mismo lugar, más de cinco o seis meses. Al cabo de este tiempo se desplazan con los grandes bloques de madera y las grandes hierbas de *pindo,* con lo que sus viviendas están compuestas, y cubiertas. A menudo cambian sus aldeas de lugar. No obstante lo cual, éstas continúan teniendo el mismo nombre; en ocasiones hemos encontrado aldeas a media legua del lugar donde estaban antes. De lo que se puede deducir, puesto que sus moradas son de tan fácil manejo y transporte, que nunca han construido grandes palacios (como los indios del Perú) de los que alguien ha escrito que tienen magníficas construcciones de madera, con salas de 150 pasos de largo por 80 de ancho. Por otra parte, nadie en la nación de los *Tupinambos* de que hablo, empieza a construirse una morada que no pueda acabar, incluso hacerla y rehacerla más de veinte veces en su vida, si es que llega a edad adulta. Si se les pregunta por qué se mudan tan a menudo, la única respuesta que dan es ésta: que cambiando constantemente de ambiente se sienten mejor y además si procedieran de diferente forma a como hicieron sus abuelos, morirían repentinamente. Referente a la tierra para cultivar, cada padre de familia tiene la que necesita, en

el lugar que más le conviene para hacer su huerto y plantar sus raíces; por lo demás, no se preocupa por repartirla en herencia y menos aún piensan en poner marcas para separar las de unos y otros; eso lo dejan para los avariciosos y enredadores de por acá.

Los muebles, ya he dicho varias veces en este relato cómo son. Con el fin de no omitir nada de lo que conozco sobre la economía de estos salvajes, quiero primeramente describir, aquí, el método que emplean las mujeres para hilar el algodón. Éste lo emplean para hacer cordones y otras cosas, como las camas, las cuales describiré más tarde. Veamos cómo hilan después de pizcar el algodón de las matas (como dije antes, al describir el árbol donde crece): lo esparcen un poco con los dedos (sin cardarlo) y lo colocan en pequeños montones junto a ellas, ya sea en el suelo o sobre alguna otra cosa. No usan rueca, como las mujeres de por acá, y a modo de huso emplean un palo redondo, no más grueso que un dedo y de un pie de largo aproximadamente, atravesado de otro palo del mismo grueso; atan el algodón al lado más largo de este palo, le dan vueltas sobre sus muslos y lo sueltan de la mano como hacen las hilanderas con la rueca y de esa forma el rollo da vueltas como un molinete. Así hilan, no solamente grandes redes para camas, sino también muy buenos hilos y torzal; yo traje a Francia e hice que le pusieran un bies de tela blanca y todo el que lo vio creyó que era seda perlada.

Para hacer las camas de algodón, que los salvajes llaman *Inis,* las mujeres tienen unos husos de madera, no tan complicados como los de nuestros tejedores. Después de urdir a su modo comienzan a hilar por abajo. Unas las hacen como redes de pesca y otras más cerradas, como canevá ancho. Estas camas son por lo general de cuatro, cinco o seis pies de largas y de una braza de ancho aproximadamente; todas tienen una especie de hebilla en cada extremo hecha también de algodón, a las cuales los salvajes atan unas cuerdas para engancharlas a unas maderas atravesadas puestas a propósito para esto en sus casas. Cuando van a guerrear o cuando duermen en ella al salir de caza, al borde de algún río o a la orilla del mar al ir a pescar, las cuelgan entre dos árboles. Para concluir con este asunto, cuando estas camas de algodón están sucias por el sudor, por el humo de tanto fuego como hacen continuamente en el interior de sus casas, donde están colgadas, o por cualquier otro motivo, las mujeres recogen en el bosque un fruto salvaje parecido a una calabaza aplastada, aunque mucho más grande, pues sólo se puede traer una a la vez; lo cortan en trozos y lo meten en agua, en grandes vasijas de barro, lo mueven bien con unos palos grandes y empiezan a formarse entonces grandes burbujas de

espuma; esto lo emplean como jabón y las camas lavadas con eso quedan tan blancas como la nieve. Por lo demás, a juicio de los que han hecho la experiencia, dejo el decir si no es mucho más agradable dormir, sobre todo en verano, en una de estas camas que en las usadas por nosotros comúnmente.

Siguiendo con el mobiliario de estos americanos, las mujeres (que se reparten entre ellas todas las tareas del hogar) hacen las vasijas y botellones de barro, para elaborar y guardar el brebaje llamado *cauín:* igualmente las ollas de forma ovalada o redondas, sartenes medianas y chicas, platones y demás vajilla de barro. Estas piezas no son muy lisas por fuera pero por dentro están bien pulidas y brillantes, debido a que le ponen un líquido blanco que se endurece y sería imposible para cualquier alfarero de los nuestros dejar mejor terminadas sus piezas de barro.

Estas mujeres preparan también unas pinturas grisáceas, indicadas para ello, y con pinceles dibujan verdaderas monerías en el interior de estos cacharros, principalmente en los que guardan la harina y otros alimentos; el servicio con esta vajilla resulta bastante elegante, incluso diría yo más digno que el que se hace con la vajilla de madera usada por acá. Por cierto, estas pintoras americanas tienen un defecto, pintan lo que en el instante les sugiere su fantasía: si se les pide que vuelvan a pintar lo mismo acto seguido, como no tienen más proyecto, dibujo y lápiz que la quintaesencia de su imaginación inquieta, son incapaces de reproducir la primera obra; al punto que nunca se ven dos iguales.

Como ya expliqué antes, estos salvajes tienen calabazas y otros grandes frutos partidos por la mitad y ahuecados; con esto hacen tazas para beber, a las que llaman *cui* y otros recipientes chicos que usan para otras cosas. Asimismo, tienen una especie de cestos grandes y chicos y bolsas de mandado, tejidos y acabados muy limpiamente, unos hechos de juncos y otros de hierbas amarillas como la gli o paja de trigo candeal; les llaman *Panacus* y les sirven para meter la harina y todo lo demás.

Tocante a sus armas, adornos de plumas, el instrumento llamado *Maraca* y demás objetos ya hice la descripción anteriormente; en vista de la brevedad, no los mencionaré más. He aquí, pues, las casas de los salvajes, hechas y amuebladas; y ya va siendo hora de visitarlos en sus moradas.

[Capítulo XVIII.]

Éstas son las ceremonias que los *Tupinambos* hacen, cuando reciben visitas de amigos: en cuanto que el viajero llega a la casa del *Musacat,* es decir, el padre de familia que da de comer al viandante, que lo haya escogido como huésped (cosa que hay que hacer en cada aldea donde se va, pues se enojan si en llegando va usted a otro sitio antes), como iba diciendo, el viajero debe de sentarse en una cama de algodón que pende en el aire y se queda un rato sin decir palabra. En seguida llegan las mujeres y se sientan en el suelo, alrededor de la cama, con las dos manos en los ojos llorando, dando de esta forma la bienvenida al recién llegado y diciendo de él mil alabanzas; por ejemplo: "Te has tomado la molestia de venir a vernos, eres bueno, eres valiente", y si se trata de un francés u otro extranjero de por acá, añaden: "Nos has traído muchas cosas buenas que todavía no tenemos en nuestro país". En una palabra, como ya he dicho, llorando a más y mejor le dirigen a uno muchas alabanzas y halagos. Si a su vez el recién llegado, que sigue sentado en la cama, quiere causarles buena impresión, pone cara de pena y si no quiere llegar al extremo de llorar (como yo vi hacer a algunos de nuestra patria) que viendo tanta bondad por parte de las mujeres se pusieron a llorar como tontos, por lo menos debe fingir y lanzar algún suspiro. Tras este primer saludo, que estas mujeres americanas llevan a cabo con agrado, el *Musacat* (el anciano dueño de la casa, que por su parte se entretiene haciendo una flecha o algo parecido), se está un cuarto de hora fingiendo no verlo a uno (recibimiento harto contrario a nuestros abrazos, apretones, besos y estrechar de manos a la llegada de nuestros amigos), para después llegarse a usted usando, para empezar, esta fórmula: " *¿Ere ioube?*" es decir, "¿Has venido?" Y después: "¿Cómo estás? ¿Qué deseas?", etc... a todo lo cual hay que responder según verán ustedes después. Hecho esto, le preguntan si quiere usted comer. Si la respuesta es afirmativa, le preparan y le traen sin demora la harina que les sirve de pan, carne, pescado y otros alimentos de que dispongan, todo ello servido en la bella vajilla de barro. El servicio se hace directamente en el suelo. De beber, le darán, si usted quiere, *cauín.* Asimismo, a fin de obtener del visitante peines, espejos o cuentas de vidrio que se ponen en los brazos como pulseras, las mujeres le traen frutas o algún otro regalito típico del país.

Además si uno quiere dormir en la aldea donde llegó de visita, el anciano manda que le preparen una hermosa cama blanca, alrededor de la cual (a pesar de que en el país no hace frío) encienden según su

costumbre tres o cuatro pequeñas fogatas, para preservarse de la humedad, las cuales reavivan varias veces durante la noche con una especie de abanicos que ellos nombran *Tatapecua,* parecidos a los que usan las señoras, por acá, para cuidarse el cutis cuando están junto al fuego.

[Capítulo XVIII.]

Ritos funerarios

Cuando alguien muere, sobre todo si es un buen padre de familia, los cánticos degeneran de pronto en llantos, con lamentos tan fuertes que si nos encontramos en una aldea donde haya un muerto, hay que descartar el acostarse o al menos no hay que contar con poder dormir en toda la noche; sobre todo es fascinador oír a las mujeres: lloran tan fuerte que parecen perros y lobos aullando. Usualmente, se lamentan dialogando en esta forma: "Ha muerto [dicen unas arrastrando la voz] el que era tan valiente y que tantos prisioneros nos procuró para que nos los comiéramos", y con iguales exclamaciones otras contestan: "¡Oh, qué gran cazador y pescador era! ¡Ay, el bravo matador de portugueses y *margaias* de los que también nos vengó!" En medio de estos grandes llantos, la excitación es grande y cada una procura manifestar su duelo con más énfasis que las demás, abrazándose entre ellas sin dejar de contar con detalles todo lo que el difunto hizo y dijo en su vida, y ensalzando sus méritos y virtudes, hasta que retiran el cuerpo.

De ordinario, estas ceremonias duran media jornada, que es el tiempo que por lo general velan a los difuntos. Una vez cavada la tumba, hecha la fosa, que no es de forma alargada como las nuestras sino redonda y profunda como una barrica para vino, doblan el cuerpo del difunto, le cruzan los brazos y las piernas y lo entierran así, casi de pie. Y si, como ya dije, se trata de algún venerable anciano, lo entierran en su casa, envuelto en su cama de algodón y entierran con él algunos collares, plumajes y algún otro objeto por el que tuviera predilección cuando aún vivía.

Pero lo peor de todo no es eso, sino una increíble superstición que tiene dominada a esta pobre gente y que van ustedes a escuchar. Están firmemente convencidos que, si a la noche siguiente del entierro, *Aygnan,* es decir el diablo, según ellos le llaman, no encuentra carne preparada por allí cerca, desenterrará el cadáver para comérselo. Así es que ponen grandes platos de barro, llenos de harina, aves, pescado y otros alimentos ya prestos sin olvidar el brebaje llamado *cauín,* en-

cima de la tumba del difunto. Y hasta que no creen que el cuerpo esté completamente descompuesto no cesan este servicio realmente diabólico.

Finalmente, cuando en la forma en que ya hemos visto en el capítulo anterior, los salvajes remueven y mudan sus aldeas a otros lugares, colocan hierbas de las llamadas *Pindo* encima de las tumbas. Por medio de esto, los que por allí pasan reconocen lo que en cierto modo es un cementerio. Y cuando las mujeres se encuentran, o cuando van por el bosque, si acaso se acuerdan de sus difuntos maridos, se lamentan en la forma acostumbrada y se ponen a aullar de tal manera que se las puede oír a media legua.

[Capítulo XIV.]

MANOEL DA NÓBREGA, S. J.

(Portugal, 1517 – Río de Janeiro, Brasil, 1570)

Entrado en la Compañía de Jesús en 1544, Manoel da Nóbrega cinco años después desembarcaba en Bahia, conduciendo el primer contingente de su orden, destinada a ejercer tanta influencia en la evangelización de aquel territorio. Se le ha llamado el primer jesuita del Brasil; con igual justicia podría llamársele el primero de América.

Nóbrega fue el creador de las concentraciones indígenas —"vilagems de indios cristianos"— como medio de convertir y civilizar a los pueblos tupís. A él se debe también la fundación de la ciudad de São Paulo.

Sus cartas inician la literatura misional luso-brasileña. Le preocupa ante todo la defensa del indio y la moralización del blanco, pero le interesan también cuestiones económicas; así, fue un incansable propulsor de la introducción y el cultivo de la caña de azúcar. Nóbrega intuyó que de aquella tierra feraz y de aquella sociedad mezclada se estaba gestando un pueblo nuevo, de amplio porvenir; para la historia de su formación, las cartas de Nóbrega tienen un interés excepcional. La que se ha llamado *Informação da terra do Brasil* —quizá la más antigua, y en todo caso de 1549— transmite la primera impresión del misionero sobre el país y sus habitantes.

BIBLIOGRAFÍA

Informação da terra do Brasil. 1549.

1844 Río de Janeiro — *Informação...* mandada pelo Padre Nóbrega. *R. I. H. G. B.*, vol. v, pp. 91-94.

1886 Río de Janeiro — *Cartas do Brasil do Padre Manoel da Nóbrega (1549-1560).* Vol. II de *Materiais e achegas para a História e Geografía do Brasil,* pub. por Vale Cabral, Rudolfo García e Afrânio Peixoto. Vol. I de *Cartas Jesuitas.* Publição da Académia Brasileira de Letras.

[DE LA TIERRA Y LAS GENTES DEL BRASIL]

Extensión y clima

La información que de estas partes del Brasil les puedo dar, padres y hermanos carísimos, es que esta tierra tiene mil leguas de costa, toda poblada de gente que anda aún desnuda, ya sean mujeres u hombres, quitando algunas partes muy lejos de donde estamos, en cuyo lugar las mujeres andan vestidas a manera de gitanas, con ropa de algodón, debido a ser la tierra más fría que ésta. La de aquí es muy templada, de tal manera que en invierno nada es frío ni caliente, y en verano, aunque el clima sea más cálido, se puede bien soportar. No obstante, es tierra muy húmeda, debido a la mucha lluvia que cae, en cualquier tiempo, muy a menudo, por lo cual los árboles y las hierbas están siempre verdes. Por esta causa la tierra es muy fresca. En partes es muy áspera por causa de los montes y de las matas que siempre están verdes.

Alimentos

En ella se dan diferentes frutos que comen los naturales, aunque no son tan buenos como los de allá, los cuales también creo que se darían aquí si se plantasen, porque veo que se dan las uvas, incluso dos veces al año; pero son pocas por causa de las hormigas que hacen daño, ya sea en esto como en otras cosas. Manzanas, naranjas, limones, se dan en gran cantidad, y los higos son tan buenos como los de allá.

El alimento común de la gente de esta tierra es una raíz que llaman *mendioca,* de la cual hacen una harina que todos comen y que también da vino, la que, mixturada como la harina, hace un pan que pueden perfectamente sustituir el de trigo. Hay mucho pescado y también muchos mariscos, con lo cual se mantienen los naturales; también hay mucha caza de monte y patos que crían los indios; bueyes, vacas, ovejas, cabras y gallinas se

dan también en esta tierra, y de algunas de ellas hay gran cantidad.

Los pueblos o tribus

Las gentes son de diversas castas, unas se llaman *goyanazes* y otras *carijós.* Esta última es mejor que cualquier otra de las que pueblan esta costa. No hace muchos años dos frailes castellanos fueron a evangelizarlos, y tomaron tan a bien su doctrina que ya tienen casas de recogimiento para mujeres, como de hermanas, y otras de hombres, como de hermanos. Y esto duró mucho tiempo, hasta que el diablo dirigió hacia allá una nao de salteadores, los cuales cautivaron a muchos de ellos. Trabajamos para recoger a los que se llevaron y ya tenemos algunos para llevarlos a su tierra, a los que acompañará uno de nuestros padres.

Hay otra clase de gentío a la que llaman *gaimarés;* es gente que mora por el monte y no tiene comunicación alguna con los cristianos, por lo que se asustan cuando nos ven, y dicen que somos sus hermanos porque llevamos barba como ellos, cosa que no hacen los otros, antes mejor se rapan hasta las pestañas. Se perforan los labios y las ventanas de las narices y se colocan huesos atravesados, de tal modo que parecen demonios. Y de esta manera hay algunos, principalmente los brujos, que traen todo el rostro lleno de ellos. Estas gentes son como gigantes. Traen un arco muy fuerte en la mano y en la otra un palo muy grande, con lo que pelean con los contrarios y fácilmente los despedazan, huyen después a los montes y son muy temidos entre todos los otros.

Los que tienen comunicación con nosotros hasta ahora son de dos castas: unos se llaman *topinanquiis,* los otros *topinambás.* Éstos tienen casas de palmas muy grandes, y de ellas hay algunas en las que vivirán 50 indios con sus mujeres e hijos. Duermen en hamacas de algodón, junto al fuego, el que toda la noche tienen prendido, así por causa del frío, ya que andan desnudos, como por miedo a los demonios, que dicen que huyen del fuego. Por eso llevan tizones cuando salen fuera, de noche.

Religión. Hechicerías

Esta gentilidad ninguna cosa adora ni conoce a Dios: solamente a los truenos llaman *tupane,* que significa como quien dice cosa divina. Y así nosotros no tenemos otro vocablo más conveniente para llevarlos al conocimiento de Dios que llamarle *pai-tupane.*

Entre ellos se llevan a cabo unas ceremonias de la manera siguiente: de uno a otro año llegan unos hechiceros de tierras muy lejanas, fingiendo traer santidad; y en ocasión de su llegada mandan limpiar los caminos, y van a recibirlos con danzas y fiestas, según la costumbre de ellos; y antes que lleguen en el lugar las mujeres, de dos en dos, andan por las casas proclamando públicamente las faltas que hicieran a sus maridos, unas a otras, pidiendo perdón de ellas. En llegando el hechicero con mucha fiesta en el lugar, entra en una casa oscura y coloca una calabaza, que él trae en forma de figura humana, en la parte más conveniente para realizar sus engaños, y mudando su propia voz, imitando la de un niño, se sitúa cerca de la cabeza y les dice que no se esfuercen en trabajar ni vayan a sembrar, puesto que el mantenimiento por sí solo se dará y nunca les faltará que comer; que la propia comida se les ofrecerá en sus casas y que los azadones irán a cavar mientras las flechas irán al monte de caza para su señor, las cuales han de matar a muchos de sus contrarios y cautivar a otros tantos para sus ágapes. También les prometen larga vida y que las ancianas rejuvenecerán, así que pueden dar las hijas a quienes ellas quisieran; y otras cosas semejantes les dicen y prometen, con lo que les engañan, puesto que creen que hay dentro de la cabeza alguna cosa santa y divina que les dice aquello, lo cual creen.

Acabando de hablar el hechicero empiezan a temblar, principalmente las mujeres, con grandes temblores en su cuerpo que parecen endiabladas (como ciertamente están), echándose por tierra, sacando espuma por la boca. El hechicero les persuade que de esta manera les penetra el espíritu de santidad por lo que no deben temer ningún mal. Después le ofrecen gran variedad de cosas, y en las enfermedades de las personas usan también esos brujos muchos engaños y hechicerías.

Éstos son los peores enemigos que nosotros tenemos, hasta el extremo que algunas veces dan a entender a los dolientes que

nosotros les metemos cuchillos, tijeras, o cosas parecidas y que con eso los matamos.

En sus guerras se aconsejan con ellos, además de los augurios que reciben de ciertas aves.

Sacrificio de los prisioneros

Cuando logran algún prisionero, lo traen con gran algarabía lazado con una cuerda por la garganta; y lo dan por esposo a la hija del principal o cualquier otra a la que quieran contentar, y lo ponen a cebar, como puerco, hasta que lo hayan de matar. Para lo cual se juntan todos los de la comarca a ver la fiesta, y un día antes del sacrificio lo lavan cuidadosamente, lo sacan y lo amarran en un poste. Seguidamente uno de ellos, muy bien ataviado, se dirige donde él y le hace una plática de sus antepasados, y una vez terminada el que va a morir le responde, diciendo que los valientes no deben temer la muerte y que él mismo matara a muchos de ellos y que aquí quedan sus parientes para vengarlo, y otras cosas por el estilo. Una vez muerto le cortan primero el dedo pulgar porque con él tiraba sus flechas, y los demás lo parten a tajadas para comérselo asado y cocido.

Entierros. Vida futura

Cuando muere alguno de los suyos, le ponen sobre la sepultura platos llenos de viandas, y una hamaca, con la que ellos duermen, muy bien lavada. Esto porque creen, según dicen, que después de muertos regresan a comer y descansar sobre la sepultura. Los entierran en unos hoyos redondos y si son personajes principales les hacen una choza de palma.

No tienen conocimiento de la gloria ni del infierno, tan sólo dicen que después de morir van a descansar en un buen lugar.

Ley natural

En muchas cosas guardan la ley natural. Ninguna cosa propia tienen que no sea común, y que lo que uno tiene debe partirlo

con los otros, especialmente si son cosas de comer, de lo cual no guardan nada para otro día ni tienen costumbre de atesorar riquezas. Ningún dote entregan a sus hijas para la boda, antes bien son los yernos los que están obligados a servir a sus suegros. Al cristiano que entra en sus casas le dan de comer de lo que tienen y una hamaca lavada donde dormir. Las mujeres permanecen castas a sus maridos.

Del diluvio y otras tradiciones

Tienen memoria del diluvio, aunque falsamente, porque dicen que la tierra se cubrió de agua y una mujer con su marido se treparon a un pino y que una vez menguadas las aguas descendieron del mismo, y que de éstos proceden todos los hombres y mujeres.

Tienen muy pocos vocablos que sirvan para poderles declarar nuestra fe. Pero, con todo, les damos a entender lo mejor que podemos y algunas cosas se las explicamos por rodeos. Están muy apegados a las cosas sensuales. Muchas veces me preguntan si Dios tiene cabeza y cuerpo, y mujer; y si come, y de qué se viste y otras cosas semejantes.

Dicen que San Thomé, a quien ellos llaman Zomé, pasó por allí, y esto les quedó por dicho de sus antepasados y que sus pisadas dejaron huella cerca de un río, las cuales fui a ver para más certeza y vi con los propios ojos cuatro huellas muy señaladas, con sus dedos, las cuales algunas veces cubre el río cuando crece. Dicen también que cuando dejó esas pisadas iba huyendo de los indios, que lo querían flechar, y llegando allí se le abrió el río y pasó por en medio de él a la otra parte, sin mojarse. De allí partió para la India. Asimismo cuenta que cuando los indios lo querían flechar las flechas se volvían en su contra, y las matas le hacían camino por donde pasare; otros cuentan esto como para escarnio. Dicen también que les prometió que había de regresar otra vez a verlos.

[Nóbrega, *Informacão,* pp. 91-95.]

FERNÃO CARDIM, S. J.

(Vianna de Alvito, Portugal, ¿1548? – Abrantes, Brasil, 1625)

Entrado en la Compañía de Jesús en 1566 y siendo ministro del Colegio de Évora, fue designado para acompañar al padre Cristóbal de Gouvéa, que iba como visitador de la provincia del Brasil. Llegaron a Bahia el 9 de mayo de 1583, después de un viaje de sesenta y seis días (con escala de diez en Madeira) y no tardaron en ponerse a la obra.

Hasta octubre de 1585 visitaron todas las casas de la Compañía y las aldeas de indios cristianos a su cargo, por el norte hasta Pernambuco y por el sur hasta Piratininga (São Paulo) y São Vicente. El padre José de Anchieta, provincial desde 1577, los acompañó en la mayor parte de sus expediciones. Éste fue el primer contacto de Fernão Cardim con los indios de la costa y, sobre todo, con los misioneros que, hablando su lengua tupí, convivieron con ellos para evangelizarlos.

Terminada la visita del padre Gouvéa, su secretario Cardim fue nombrado rector del Colegio de Río, donde convivió largo tiempo con el padre Anchieta, ya viejo y enfermo.

En 1598, elegido procurador de su provincia, hubo de marchar a Roma. En el viaje de regreso, septiembre de 1601, la nave holandesa en que iban los jesuitas, apenas saliendo de Lisboa fue asaltada por el corsario Francis Cook, de Dartmouth, y Cardim llevado a Inglaterra. En esta ocasión lo despojaron de sus manuscritos, que, vendidos por 20 chelines a un maestro Hecket, habían de llegar a manos del coleccionista británico Samuel.

Retornó Cardim al Brasil en 1604 en calidad de provincial, cargo que ejerció por cinco años. Débese a su celo la evangelización de los indios carijós (1604) y los de Ceará (1606). Más tarde fue nuevamente rector del Colegio de Río y luego viceprovincial.

Salido de Bahia cuando el ataque y ocupación de la ciudad por los holandeses de la Compañía de las Indias Occidentales (1624), Cardim se refugió en la aldea do Espirito Santo (hoy Abrantes). Fallecido allí al año siguiente, fue enterrado en la capilla donde reposaba Anchieta.

Al morir, el padre Cardim llevaba 42 años de su desembarco en el Brasil, lo cual había de darle larga experiencia y vastos conocimientos acerca de los indígenas; sus escritos, sin embargo, no son producto de

tal conocimiento y experiencia, pues todos ellos fueron producidos a raíz de su llegada.

Como testimonio directo, el más importante es, sin duda alguna, la *Informacão da Missião do Padre Christovão Gouvéa ás partes do Brasil,* más conocida con el nombre de *Narrativa Epistolar.* Fórmanla dos cartas; la primera, fecha 16 de octubre 1585, refiere con todo detalle el viaje del padre visitador. Como una gran parte se realizó por las aldeas indígenas, el padre Cardim anota interesantes impresiones directas, que así se sitúa topográficamente, ampliándolas a veces con informes debidos a los misioneros y acaso a indios bilingües.

Pero en el curso de su viaje el padre Cardim, a más de aquellas noticias que inserta esporádicamente en la *Informacão,* recoge otras muchas y las sintetiza en dos tratados (quizá dos capítulos de un tratado): *Do clima e terra do Brasil* y *Do principio e origem dos Indios.* Aquél contiene una serie de notas geográficas, botánicas y zoológicas; éste trata de las creencias y costumbres de los indígenas brasileños y forma el catálogo de sus tribus o naciones y sus lenguas. Fueron escritos en 1584, cuando Cardim no poseía la lengua del país (pues confesaba por intérpretes) y cuando aún no tenía tiempo bastante de residencia para conocer la riqueza de la fauna y la flora del país. Sus noticias, por tanto, sólo en pequeña parte proceden de sus propias observaciones; el resto, de informes escritos o verbales de los misioneros de la Compañía, asentados desde largo tiempo en el Brasil.

Cardim —copia de cuyos manuscritos se conserva en la Biblioteca de Évora— se recomienda por su estilo simple, natural, sin artificios; también sin preocupación erudita, a pesar de su innegable cultura. Tiene buen humor, vivacidad, gracia, comparaciones imprevistas y, sobre todo, un gran don de observador no sin cierta ironía. Así, hablando de los indígenas del Sur, de la Capitanía do Espirito Santo, dice: "As indias quando se vestem vão tão modestas, serenas, direitas e pasmadas, que parecem estatuas encostadas a seus pagens, e a cada paso lhes caem os pantufos, porque não tem de costume".

Llegado al Brasil hombre ya maduro, Cardim se acriolla inmediatamente. Cuando compara —y lo hace a menudo— es siempre para encontrar mejor lo de acá que lo de allá; el clima, más grato y saludable; las aves, más canoras y mejor pintadas; los pescados, las habas, las castañas, los piñones, más sabrosos; y todo en abundancia extrema. El Brasil, verdadero país de Cocagne.

BIBLIOGRAFÍA

1. *Narrativa epistolar.*

1847	Lisboa	por F. A. Varnhagen.
1880	Río de Janeiro	Reimpresión de la anterior en J. A. Mello Moraes, *Corographia histórica, chronográphica, geneológica, nobiliária e política do Imperio do Brasil,* vol. IV, pp. 417-457.
1876	Río de Janeiro	Reimpresión. J. A. Mello Moraes, *História dos Jesuitas,* vol. II.
1902	Río de Janeiro	En *R. I. H. G. B.,* vol. LXV, parte 1ª, se reproduce la edición de 1847.

2. *Do principio e origem dos Indios.*

1881	Río de Janeiro	Edición por Capistrano de Abreu.

3. Do clima e terra do Brasil.

1885	Río de Janeiro	Edición por Capistrano de Abreu en *Revista Mensal da Seccão da Sociedade de Geographia de Lisboa no Rio de Janeiro.* Vol. III.

Edición de 1, 2 y 3.

1925	Río de Janeiro	Edición de J. Leite con el título general de *Tratados da terra e gente do Brasil.* Introducões e notas de Baptista Caetano, Capistrano de Abreu e Rodolfo García. (Depura el texto por una nueva colación de los manuscritos.)

1939 São Paulo La edición anterior se reproduce como vol. 168 de *Brasiliana,* serie 5ª da Biblioteca Pedagógica Brasileira.

Traducciones

Inglesa, de 2 y 3.

1625 Londres *A Treatise of Brasil, written by a Portugall which had long lived here,* en Purchas, *Pilgrimes.* Vol. VI, pp. 1283-1326. (Atribuye la obra al hermano lego Manoel Tristão, cuyas son unas recetas copiadas al final del manuscrito.)

[DE LOS INDIOS COSTEROS, TODOS DE LENGUA TUPÍ]

La costumbre de fumar

Acostumbran estas gentes tragar humo de *petigma,* por otro nombre hierba santa; secando ésta hacen de una hoja de palma una *canguera,* la que queda como canuto de caña y la llenan de esta hierba. Préndenle fuego en la punta y la parte más ancha se la meten en la boca y así están chupando y bebiendo aquel humo, cosa que tienen por gran delicadeza y regalo. Acostados en sus hamacas consumen parte del día y de la noche en fumar. A algunos les hace mucho mal, y les aturde y embriaga; a otros les hace bien y les ayuda a echar mucho flujo por la boca. Las mujeres también lo tragan, especialmente las viejas y enfermas, porque es muy medicinal, principalmente para los enfermos de asma, cabeza o estómago; y de aquí vemos que gran parte de los portugueses beben este humo, y lo tienen por vicio, o por pereza, e imitando a los indios gastan en ello días y noches.

[Cardim, *Do principio,* p. 151.]

Del trato que dan a sus mujeres

Acostumbran estos indios tratar bien a las mujeres, no les pegan nunca ni pelean con ellas, excepto cuando están bebidos, que es cuando de ordinario se vengan de ellas, dando por disculpa después el vino que han bebido y luego quedan tan amigos como antes, sin que los odios entre ellos hayan durado mucho. Siempre andan juntos y cuando salen fuera la mujer va detrás del marido y el marido delante, para que si se presenta alguna celada no caiga la mujer en ella y tenga tiempo de huir en cuanto el marido pelea con el contrario, etc. Mas al regreso de las labores del campo o de cualquier otra parte, la mujer va delante y el marido atrás, porque como sea que ya lo tenga todo seguro, si acontece algún desastre pueda la mujer que va delante correr para la casa y el marido restar con los enemigos, o cualquier

otra cosa. Pero una vez en lugar seguro o dentro de la población la mujer siempre va delante, y el marido atrás, porque son celosos y quieren siempre ver a la mujer.

[Cardim, *Do principio,* p. 153.]

Honores al sacrificador del prisionero

Acabando el matador de ejercer su oficio, le dedican otra ceremonia de esta manera: soltada la capa de plumas y tirada la espada, se dirige hacia su casa, en la puerta de la cual lo está esperando el mismo padrino que fue del sacrificio con un arco de tirar en la mano, a saber: las puntas una arriba y otra abajo y jalando la cuerda como el que está a punto de disparar; el matador pasa por dentro tan sutilmente que no lo toca y una vez pasando, el otro afloja la cuerda en señal de pesar, como si hubiese errado el tiro. Aquello tiene virtudes posteriores, pues en caso de guerra los enemigos errarán sus golpes ante su ligereza. Después, va corriendo por todas las casas y sus hermanas y primas hacen lo mismo de él, diciendo: "Mi hermano se llama N" y repitiéndolo por toda la aldea. Y si el caballero tiene algo de valor el primero que llega lo toma hasta dejarlo sin nada. Una vez esto terminado tienden por el suelo ciertas duelas de palo sobre las cuales él permanece en pie aquel día con mucha quietud, como si ello le produjera pasmo, y le llevan a presentar la cabeza del muerto, de la que arrancan un ojo y con las raíces o nervios del mismo le untan los pulsos. Después, cortan en redondo la boca del muerto y se la colocan en el brazo como pulsera. Finalmente, se acuesta en su hamaca como doliente, y en verdad está enfermo de miedo, puesto que si no cumple perfectamente todas las ceremonias lo habrá de matar el alma del muerto. De allí a los pocos días le marcan su hábito; no en el pecho velludo, que ellos no tienen, sino en la propia piel rascándole por todo el cuerpo con un diente de cutia muy parecido al diente de conejo, y ya sea por su poco filo o porque ellos tienen la piel dura parece que estén rascando un pergamino. Y si ellos se muestran animosos no les marcan los trazos directos sino cruzados, de modo que les quedan unas labores muy primorosas; algunos gimen y gritan con el dolor.

Acabado esto, traen ceniza y zumo de hierba molida con lo que le friegan las líneas y los trazos que le han marcado haciéndolas que se abran y se hinchen, lo que añade mayor tormento. Y en tanto se le cierran las heridas, cosa que tarda algunos días, permanece acostado en la hamaca sin hablar ni pedir nada. Y para no quebrar el silencio tiene cerca de sí agua y harina y cierta fruta parecida a la almendra, a la que ellos llaman *mendobis,* porque no prueba pescado ni carne aquellos días.

Después de sanar, pasados muchos días o meses se preparan grandes vinos para que él salga de aquel periodo de luto y pueda cortarse el cabello, lo que hasta allí no hacía, y entonces se tiñe de negro. De allí en adelante queda habilitado para matar sin representar ninguna ceremonia trabajosa, en cuyo caso él se muestra honrado y ufano y con cierto desdén, como aquel que ya tiene honra y no necesita ganarla de nuevo. Así no hace más que dar al otro un par de garrotazos, de modo que la cabeza quede entera, y regresa a su casa, y a este lugar acuden luego de haber cortado la cabeza y las madres con los niños a cuestas le dan los parabienes y los inician para la guerra tiñén-doles los brazos con aquella sangre. Éstas son las hazañas, honras, valentías con las cuales estas gentes toman nombres singulares, de los que se precian mucho y les quedan de allí en adelante: *Abaetés, murubizaba, moçacara,* que son títulos y nombres de caballeros. Y éstas son las infelices fiestas en las que estos pobres, antes de tener conocimiento de su Creador, ponían su felicidad y gloria.

[Cardim, *Do principio,* p. 168.]

Bailes y cantos

Desde muy pequeños, los padres les enseñan a bailar y cantar, y sus bailes no son de diferentes variaciones sino un continuo batir de pies, estando quedos, o andando alrededor y meneando el cuerpo y la cabeza. Y todo ello lo hacen, acompasados y con mucha serenidad, al son de un cascabel hecho al modo de los que usan los niños en España; con muchas piedritas dentro o unas determinadas semillas con las que hacen también muy bonitas cuentas. Así bailan y cantan juntamente, porque no hacen una cosa sin la otra, y tienen tal compás y orden que a veces se

reúnen cien hombres cantando y bailando en carrera y alineados unos detrás de otros, acabando todos juntos a un golpe, como si estuvieran todos al unísono; son muy estimados entre ellos los cantores, así hombres como mujeres; de tal modo que si apresan un contrario buen cantador e inventor de trovas, por ese solo hecho le salvan la vida y no se lo comen, como tampoco a sus hijos. Las mujeres bailan juntamente con los hombres y hacen con los brazos y el cuerpo grandes gestos y mucha música, principalmente cuando bailan solos. Guardan entre sí diferencias de voces con su consonancia, y de ordinario las mujeres llevan las tiples, contraltos y tenores.

[Cardim, *Do principio,* p. 154.]

Danzas de niños

(Porto Seguro, septiembre 1583.) El padre fue recibido por los indios con una danza muy graciosa de niños todos empenachados, con sus diademas en la cabeza y otros atavíos también de plumas que les daba un aspecto muy lustroso, y hacían sus movimientos e improvisaciones muy graciosas.

Río de Janeiro (diciembre de 1584.) Era para ser vista una danza de niños indios, el más grande de los cuales tendría ocho años, todos desnudos, pintados de ciertos colores vistosos, con sus cascabeles en los pies, y brazos, piernas, cintura, y cabezas con varias invenciones de diademas de plumas, collares y brazaletes.

[Cardim, *Narrativa epistolar,* I, pp. 263, 306.]

Danzas guerreras

(Aldea de Espirito Santo, enero de 1584.) Cuando se producen esos motines andan todos muy juntos, formando un cuerpo compacto, con sus arcos en las manos y muchas flechas encima; algunos se pintan y empluman de varios colores. Las mujeres los acompañan y la mayor parte de ellas desnudas, y juntos andan corriendo todo el poblado, dando grandes rugidos, y juntos van bailando y cantando al son de una calabaza llena de piedritas

(como las panderitas de los niños en Portugal). Van tan serenos y tan acompasados que no yerran un punto con los pies, y pisan tan fuerte que hacen temblar la tierra. Andan tan inflamados en braveza y muestran tanta ferocidad que es cosa de temor y espanto verlos. Las mujeres y los niños también los ayudan en estos bailes y cantos: hacen sus cambios y giros con tantos ademanes y gestos, que es algo verdaderamente ridículo. De ordinario no se mueven de un lugar, pero cuando se quedan quietos en círculos es cuando hacen los movimientos con el cuerpo, las manos y los pies. No se les entiende lo que cantan, pero me dijeron los padres que cantaban en trova todas las hazañas y muertes que habían realizado sus antepasados. Imitan los pájaros, las cobras y otros animales, todo relatado a manera de ejemplos para incitar a la lucha. Dichas trovas las improvisan de repente, y entre las mujeres hay insignes trovadoras. También cuando hacen todo este tumulto se citan de uno a uno a la plaza a pelear y ambos se ensayan hasta que alguno se cansa y en seguida vemos a otro acudir. Algunas veces procuran llegar a las manos y amarrar el contrario, y todo eso lo hacen para ponerse bravos.

[Cardim, *Narrativa epistolar*, I, p. 270.]

Otras costumbres de los indios de Bahía

Antes de su conversión los indios moraban en aldeas, en unas *ocas* o casas muy largas, de doscientos, trescientos o cuatrocientos palmos y cincuenta de largo, poco más o menos, cimentadas sobre grandes estacas de madera, con las paredes de paja o de adobe, cubiertas de *pindoba,* que es un cierto género de palma que repele el agua y dura tres o cuatro años. Cada casa de éstas tiene dos o tres orificios sin puertas ni remates: dentro de ellas viven cien o doscientas personas; cada casa tiene su tierra, sin división alguna. Habitan en los lados, quedando un lugar espacioso en medio, y todos se hallan como en comunidad. Entrando en la casa se ve luego cuanto en ella hay, porque están a la vista unos de otros, sin compartimientos ni divisiones. Y como son tanta gente, acostumbran tener fuego día y noche, en verano y en invierno, porque el fuego representa su abrigo y se consideran muy desgraciados sin el fuego. Parece la casa un infierno o laberinto. Unos cantan, otros lloran, otros comen, otros preparan harinas o vinos, etc. Y toda la mansión arde en fuegos. Sin

embargo, es tanta la conformidad que existe entre ellos que en todo el año no se registra una pelea. Y como nada tienen encerrado, no hay hurtos. Si fueran de cualquier otra nación no podrían vivir de la manera que viven sin continuas quejas, disgustos e incluso muertes, lo que no sucede entre ellos.

Esta costumbre en el modo de vivir guardan todavía, después de cristianos. En cada *oca* de éstas hay siempre un principal al que deben algún modo de obediencia (aunque haya otros de menos importancia). Éste los exhorta a hacer sus labores u otros servicios, etc. Los excita a la guerra; y le tienen respeto en todo. Les hace todas estas exhortaciones a modo de sermón. Empieza de madrugada acostado en su hamaca por espacio de media hora; en amaneciendo se levanta y recorre toda la aldea continuando sus prédicas, las que dice en voz alta, muy pausada, repitiendo muchas veces las palabras. Entre éstos sus principales o predicadores hay algunos ancianos antiguos de gran nombre y autoridad entre ellos, y que tienen fama en todo el territorio, hasta trescientas o cuatrocientas leguas, o tal vez más. Tienen en tanta consideración un buen orador que le llaman el señor de la palabra. En su mano está la muerte o la vida, y los llevará por donde quiera sin contradecirle. Cuando quieren experimentar si uno es un buen predicador, se reúnen muchos para ver si lo pueden cansar hablando toda la noche en peso con él, y a veces dos o tres días, sin enfadarse.

Y si no es algo sumamente nuevo, sí es de gran espanto ver cómo agasajan a sus huéspedes, a los cuales agasajan llorando de un modo extraño. La cosa sucede de esta manera:

Entrándoles algún amigo o pariente por la puerta, si es hombre, luego se va a acostar en una hamaca, sin decir palabra; los parientes también sin hablar lo rodean echándole los cabellos sobre el rostro y colocándole los brazos al pescuezo lo acarician con la mano en alguna parte de su cuerpo como rodillas, hombro, pescuezo, etc. Estando de este modo tendido y cercado, empiezan a festejarlo (que es la mayor y más grande honra que le pueden hacer): lloran tantas lágrimas a sus pies, al hilo, como si se les muriera el marido, la madre o el padre; y a la vez declaman de repente todas las penalidades que por el camino podría padecer el tal huésped y lo que ellos sufrirán en su ausencia. Na-

da se les entiende, salvo unos gemidos muy sentidos. Y si el huésped es algún principal también les cuenta las penalidades que ha sufrido, y si es mujer llora de la misma manera que los que la reciben. Mientras dura este triste o alegre recibimiento, la mayor injuria que se les puede hacer es decirles que se callen o que ya basta de lloros. Cuando llegamos a las aldeas no había nadie que nos atendiera. Terminada la celebración del recibimiento se limpian las lágrimas con las manos y los cabellos, quedando tan alegres y serenas como si nunca hubiesen llorado; después se saludan con su *Ereiupe* y comen, etcétera.

Para los muertos tienen otro modo de llorar o tono particular, y lloran días y noches enteras con abundancia de lágrimas.

Los padres no tienen otra cosa que más amen que sus hijos, y quien hace algún bien a sus hijos recibe de los padres cuanto quiera.

Las madres los cargan en unos pedazos de redes que llaman *typoia*. De ordinario los traen a cuestas o en los costados, con las piernas abiertas. Con ellos andan por dondequiera que vayan, con ellos a cuestas trabajan, con calor, lluvias o frío. Ningún género de castigo tienen para los hijos; hay padres y madres que en toda su vida no han castigado ni pegado a sus hijos, tanto es lo que los quieren. Los pequeños son muy obedientes a sus padres y muy amables y apacibles. Tienen muchos juegos a su modo que hacen con mucha más fiesta y alegría que los niños portugueses. En esos juegos arremedan varios pájaros, cobras y otros animales, etc. Los juegos son muy graciosos y divertidos y no se producen entre ellos desacuerdos, ni quejas ni peleas; tampoco se oye que se digan pullas o calificativos ruines y deshonestos.

Todos traen sus arcos y flechas y no se les escapa pajarito o pez en el agua, dada su habilidad en flechar. Pescan con cordel y son pacientísimos en esperar, por lo que cuando llegan a hombres son grandes pescadores y cazadores. No hay monte ni río que no conozcan y revuelvan, y por ser grandes nadadores no temen el agua ni las olas del mar. Hay indio que con los pies amarrados nada todavía dos o tres leguas. Cansados de andar por los caminos, sudando, cruzan los ríos sin temor; los hombres, mujeres y niños, al levantarse, se van a lavar y a nadar al

río, por más frío que haga; las mujeres nadan y reman como los hombres, y recién paridas algunas van al río a lavarse.

[Cardim, *Narrativa epistolar,* I, pp. 271-273.]

Los salvajes guaimurés (guamurés o aymorés)

En el territorio vecino a los Tupinaquins habitan los *Guaimurés,* los que ocupan unas ochenta leguas de costa y todo lo que quieren del desierto. Son señores de los montes salvajes, muy escarpados, y por la persistencia y costumbre de andar por los matorrales bravos tienen la piel muy dura. Para este efecto acuestan a los niños desde pequeños en un lecho de cardos para que se acostumbren a andar por los montes bravos. No tienen sembrados, viven de la rapiña y de lo que obtienen a punta de flecha; comen la mandioca cruda sin que les haga daño; corren mucho y a los blancos no nos parece que salten. Usan unos arcos muy grandes, llevan unos palos de gran hechura para que en llegando luego quiebren las cabezas de los contrarios. Cuando van a la pelea se esconden bajo las hojas para sorprender a los demás, por lo que son muy temidos y no hay poder en el mundo que los pueda vencer. Son muy cobardes en campo abierto; no osan salir, ni cruzar el agua, ni usan embarcaciones ni son dados a pescar. Su vivienda es el monte. Son crueles como leones. Cuando toman algunos contrarios les cortan la carne con una caña de la que hacen sus flechas, y los desuellan, hasta que nada más quedan los huesos y las tripas; y si roban alguna cría y los persiguen, para que no la recobren viva les dan en la cabeza un palo, y desentrañan las mujeres preñadas para comerles asados los hijos. Estos salvajes causan muchas penalidades en Porto Seguro, Ilhéos y Camamu, y estas tierras se van despoblando a causa de ellos. No se les puede entender su idioma.

[Cardim, *Do principio,* p. 174.]

Los "hombres marinos", monstruos del mar

Estos hombres marinos se llaman en su idioma *Igpupiára;* los naturales les tienen un miedo tan grande que solamente de pensar en ellos mueren muchos, y ninguno que los ve escapa. Al

preguntar a algunos moribundos la causa, dicen que por haber visto ese monstruo. Parecen propiamente hombres de buena estatura, pero tienen los ojos muy hundidos. Las hembras parecen mujeres, tienen los cabellos largos y son hermosas. Estos monstruos se hallan en las ensenadas de los ríos de agua dulce. En Jagoarigpe, a siete u ocho leguas de Bahia se han hallado muchos; en el año de ochenta y dos, yendo un indio a pescar fue perseguido por uno de ellos, y acudiendo a su embarcación se lo contó a su patrón. El señor, para animar al indio quiso ir a ver el monstruo. Y estando descuidado con una mano fuera de la canoa, lo jaló de ella y se lo llevó sin que volviera a aparecer. En el mismo año murió otro indio de Francisco Loureço Caeiro. En Porto Seguro se ven algunos y ya han causado la muerte de algunos indios. El modo que tienen para matar es el siguiente: se abrazan a las personas, bajándolas y apretándolas consigo hasta quebrarlas, quedando entera. Y cuando la sienten muerta dan algunos gemidos como de sentimiento y soltándola huyen. Y cuando se llevan algunos les comen solamente los ojos, las narices, las puntas de los dedos, de los pies y de las manos y las partes genitales, y así los echan de ordinario por las playas, con esas cosas menos.

[Cardim, *Do clima,* p. 78.]

JERÓNIMO RODRIGUES, S. J.

(Cucanha, Portugal, 1550 – Reritiba, Brasil, 1631)

Cuando el P. Fernão Cardim, al regresar de Roma, empezó a ejercer el cargo de provincial, resolvió que se emprendiera la misión de los carijós, encomendándola a los PP. João Lobato, como superior, y Jerónimo Rodrigues — que se encontraba en el Brasil desde 1572—.

Habitaba aquel pueblo a unas 80 leguas al sur de San Vicente; era numeroso, se extendía por la costa y, tierra adentro, hasta el Paraguay, de dominio castellano.

Los misioneros parten de Santos el 25 de marzo de 1606, siguiendo por tierra hasta Cananeia, donde se detienen tres meses; de allí, ya embarcados, por Paranaguá y la isla de Sta. Catarina, llegan finalmente al territorio de los carijós, el día 11 de agosto. Establecen su centro de actividades en el llamado puerto de don Rodrigo, o Embitiba, junto a la laguna de los Patos.

La tarea de los misioneros es difícil. Los nativos de la región son recelosos; los otros, temen acercarse. El indio Tubarão ("El Tiburón") y sus hermanos, todos ellos calificados de hechiceros, ladrones y traficantes de hombres, se imponían por el terror. Ellos monopolizaban en la laguna de los Patos el comercio de trueque con los blancos y vendían a los esclavistas a los otros indios, como los arachaes, sus vecinos, que por ello no osaban llegarse a la misión.

Entre el recelo de los indios y la indiferencia de los blancos, la misión hubo de darse por fracasada, en su segundo año.

La *Relación* del P. Rodrigues, escrita en estilo sencillo y con mucho desenfado, contiene preciosas informaciones, las primeras que poseemos, acerca de los carijós y, sobre todo, directas. Rodrigues escribe no de lo que le han contado, ni aun de lo que vio, sino de lo que está viendo: "não há uma hora que umas meninas foram á fonte que está aqui pegada como o nosso tejupar...". El territorio visitado y descrito por el P. Jerónimo Rodrigues pertenece hoy al estado a quien da su nombre el Rio Grande do Sul: Paraná, en lengua indígena.

BIBLIOGRAFÍA

Relação de Missão dos Carijós. 1605-1607.

1938	Lisboa	Publicación fragmentaria por Serafim Leite, S. J. *História da Companhia de Jesus no Brasil*, I, p. 330.
1940	São Paulo	Texto completo por Serafim Leite, S. J., *Novas Cartas Jesuíticas (Da Nóbrega a Vieira)*, vol. 194 de *Brasiliana*, Serie 5ª da Biblioteca Pedagógica Brasileira, pp. 196-246.

[DE LOS INDIOS CARIJÓS]

Casas e insectos

Las casas de los indios, por falta de piedra, son todas de *jecara.* Y de lo mismo son hechas la casa en donde vivimos y la iglesia. Una vez seca esa palma queda tan clara la casa que no tenemos necesidad de abrir las puertas. Por eso decíamos misa muchas veces con la puerta cerrada, y comíamos sin abrir la puerta, viendo desde la mesa a cuantos pasaban e igualmente nos veían de fuera. Y así como los vientos aquí son grandísimos de día, de noche estábamos sin él.

En esta tierra hay gran número de inmundicias, *scilicet,* bichos de los pies, mucho más pequeños que los de allá, y de los cuales todos andan llenos. Y algunos niños traen los deditos de las manos que dan lástima, sin que haya quien se los quite. Un día de estos el padre dijo a una india que sacase los piojos de una hija suya. Respondió: *cocoateim cece.* Y no se los quitó. Nosotros mismos en estos dos años bien los sufrimos. Hay tantas pulgas que es cosa que no puede creerse si no se experimenta como nosotros hemos experimentado en estos dos años, ya sea en verano o en invierno, porque gran parte del día se nos va en matar pulgas. Ellas fueron la perdición de nuestras camisas y casullas, que parecían las manchas de sangre de ellas como piel de liza. Y a mí me aconteció, por curiosidad, contar las que en una noche separé de mí, a tientas, y llegaron a un centenar, y por la mañana, al sol, matar del cobertor trescientas sesenta, y lo mismo sucedía a diario. Veamos ahora qué podían hacer cuatrocientas sesenta y tantas pulgas, aparte las muchas que escapaban: según vino a decir el padre nada habíamos de padecer debido a las copiosas sangrías que las pulgas nos aplicaban; mas otro, por el contrario, decía que ellas chupaban la sangre buena, dejando la mala; mas no hay que asombrarse de que haya tanta inmundicia por todas partes, ya sea por los campos y arenales, y haber infinidad de canes, de que éstos son muy aficionados, y princi-

palmente de las suciedades de estos carijós, los cuales donde la voluntad de orinar los toma, allí lo hacen, *scilicet,* en la hamaca, donde están comiendo, en la puerta, dentro de nuestra casa, hablando con los demás, y muchas veces a nuestros pies, con las manos y los brazos cruzados sin fijarse en lo que hacen ni avergonzarse de tal suciedad. Y lo que en este particular más asombra es que, vienen de su casa para la doctrina y se quedan a orinar en la puerta de la iglesia; vienen del mar o de buscar leña y se orinan en el umbral de la puerta; vienen de su casa para hablar con nosotros y donde mejor se les antoja orinar es en nuestra puerta. Ésta es la causa que haya tanta inmundicia.

Además de ésta, hay otra plaga de grillos que nos destruyen los vestidos y los libros. Son tantos que, matando cada día grandísima multitud, no se acaban; un día por curiosidad quise contar los que habíamos cogido y conté quinientos y tantos; y al otro día creo que fueron más. Y si se quería recoger unos cuarenta o cincuenta a tientas con facilidad se lograba.

Mas, sobre todo, las cucarachas que había no se puede creer, porque en el altar, en la mesa a la hora de comer, por todas partes estaba lleno de ellas. Y el padre todos los días sacaba de su caperuza un montón de ellas, y con armadillos todos los días dábamos muerte a millares; sin embargo, parecía que siempre su número crecía, hasta que les llegó su Santiago, que fue el día de Nuestra Señora de la Visitación que quemamos la iglesia y así pagarían.

Falta de limpieza

En todas las cosas son muy sucios. En la propia fuente donde beben se lavan los pies, lavan pescado y las redes. Y todavía no hace una hora que unas niñas fueron a la fuente, que está aquí pegada a nuestro cobertizo; y viéndolas regresarse sin agua, por curiosidad fui a ver la fuente y estaba llena de una apestosa hamaca. Y con eso podemos darnos cuenta de su limpieza. Sus ropas, redes y hamacas las lavan de esta manera: lo tiran en el suelo o encima de una piedra y le echan un poco de ceniza. Y con agua fría mojan lo que quieren lavar. Y con los pies lo pisan seguido, ni más ni menos de como pisan las uvas en Portugal, pero

muy aprisa. Y después dejan secarlo cubierto de ceniza. El modo como hacen la harina es todavía más sucio. Y si no lo viéramos con los ojos, muchas veces no lo creeríamos, puesto que en materia de suciedades todo se puede creer de esta gente. Por eso dice el padre que son mucho peores que los tapuias.

No comen harina molida, ni tienen exprimidores, ni *tatapecoabas,* ni lo saben hacer. La mandioca (o yuca) después de podrida la traen del sembrado. Y haciendo un hoyo en la arena, del tamaño de un medio barril, fuera de su casa, colocan unas hojas en el fondo y allí la echan. Toda la que les cae en la arena, con la misma arena la unen a la otra. Y cuando se cansan ponen el montón en la arena. Cuando la vuelven a remover para secarla la mandioca lleva una buena cantidad de arena, con otras suciedades que no son para escribir. Y cubierta con unas hojas y con arena la dejan de aquella manera y poco a poco la van sacando. La muelen con una especie de mano de mortero, la deshacen y la ponen en una *urupema* al sol: después la cuecen, mal cocida, puesto que a veces, después de cocida, todavía quedan pedazos como la punta de un dedo, crudos, que parecen *minocurueras;* y con tanta arena que si no fuese por la necesidad, o hubiera otra cosa, aunque no fuera tan buena, no se comería.

Hay muy poca miel; y por la misma razón no hay cera ni nosotros decimos nunca misa con dos candelas, salvo en los días festivos, y todavía ésas nos llegan de Portugal. Y a los blancos que estaban en *Ararunguape* mandaba el padre pedir algo de cera.

Esclavitud y antropofagia

Esta gente es traicionera y de dos caras, porque lo que dicen en la noche el otro día hacen lo contrario, por lo que no se puede uno fiar de ellos. Cuando entran en casa no ponen atención a lo que se les dice. Todo es ojear y dar fe de cuanto hay en la casa y piden cuanto ven, aunque no les sirva para nada. Y parece que las lágrimas les vienen a los ojos con el deseo de aquello que ven. Y si les decimos que ya no tenemos anzuelos o cuchillos, dicen: *Sí que tienes, todavía tienes más.*

Y como nunca dicen una verdad, y son la mentira personificada, a nada dan crédito. Un mozo de Boipitiba entró en nuestra casa diciendo al padre:

— *Mándeme abrir aquellas canastas.*

Y preguntándole el padre:

— *Y tú ¿por qué quieres verlo?*

Respondió:

— *Quiero ver lo que hay en ellas para decirle a mi principal.*

Y todo eso les nace de ser muy codiciosos. Y pocos días antes que nosotros llegásemos, un indio que venía con un blanco a traerle un poco de rescate hasta el navío, estando éste dormido le pegó con una hoz en la cabeza para quitarle el rescate que traía. Y a cada paso roban a los blancos, y los amenazan. Pero la codicia les hace perder todos los buenos sentimientos. Y de aquí que se vendan unos a otros con tanta crueldad, sin respeto a las personas que venden, sean parientes suyos o no. Y así venden a cuantos pueden, *scilicet,* sobrinos, sobrinas y hasta algunos rapaces de menos de 15 años tienen osadía de vender. Desde que llegamos aquí, ha habido indios que han vendido a sus propios entenados, la propia mujer; otros venden a sus verdaderas sobrinas porque no quieren cargar con ellas; otro, deseoso de una mujer casada, para obtenerla vende el marido. Otro pobre muchacho, estando pescando, viene otro por detrás y da con él en la embarcación. Otro, señor de una casa y de bueyes, vino a vender uno y fue allí vendido por otro. El pobre, dicen que lloraba diciendo muchas lástimas; y una de ellas era que siendo principal de una casa y teniendo muchos criados, se veía así vendido. Esto me lo contó un blanco que se hallaba presente. ¡Y está un blanco viendo esto y no tiene piedad!

Mas nuestro Señor que es un juez justo permitió que viniendo aquel por la playa, aunque amarrado, quebrase las cuerdas y se le acogiese. Otro está, u otros están aquí, que vendieron sus propias madrastras, madres de sus hermanos, estando aún sus padres vivos. ¡Y que haya blancos que osen decir que este tráfico es lícito! ¿Qué digo blancos? Que haya religiosos que prediquen en el púlpito que les entreguen patos gordos y que se puedan comer bien; y que haya prelado que mande acá navío a tal resca-

te, miedo tengo que venga un momento que sólo hallen patos magros aquellos que ahora exigen los gordos. Y permita Dios que no les acontezca lo que, en Almeirim, le aconteció a uno que, habiéndole mandado el médico que siguiera una dieta, no hizo caso de eso y mandó que le prepararan un pato, y una vez lo hubo comido, sanó. Mas, preguntando el médico cómo fue que se hallara bien tan de prisa, sabiendo la causa dijo a su mujer:

—Señora, su marido comiendo un pato, sanó; ojalá no coma otro, para que no muera.

Y así fue, pues volviendo a recaer dijo a su mujer:

—Mujer, ya sé cómo esta enfermedad mía se cura; mátame un pato y me lo sirves.

Y así lo hizo y murió.

Y así tengo miedo que acontezca a muchos de los que acá vemos. Estamos asustados si no se pone remedio a esto. He de creer que si Su Santidad y Su Majestad lo supieran darían alguno para que no hicieran tantas ofensas a Dios. Porque, ¿qué razón hay para que se diga que estos rescates son lícitos? ¿Qué poder tiene nadie para venderme y qué tiene un blanco para comprarme de quien no me puede vender? ¡Aquí no hay más que elevar los ojos al cielo y a pies juntos creer lo que cree la Santa Madre Iglesia!

Si se vendieran éstos cuantos tapuias toman prisioneros y se comen, aunque no sean esclavos, para librarse de la muerte tuvieran una disculpa. Digo aunque no sean esclavos, porque éstos dicen: nosotros somos los que andamos en los asaltos y a la guerra con ellos, y ellos nunca vienen hacia nosotros; mas son tan mala gente que para poder comer primero venden a sus parientes; y así, para comer carne humana son peores que los canes. Y no basta que uno los trate como a los blancos ni que muchos de ellos se hallen ya bajo la influencia de los padres ni que tengan ya conocimiento de las cosas de Dios para que renuncien a comer carne humana.

Y como los *tapuias* no estarán más de 9 o 10 leguas de este lugar, todo el año y toda la vida andan asaltándolos porque todos los meses salen de correría a la caza de ellos. Pero no tardare-

mos mucho tiempo sin que los *tapuias* les preparen una celada y acaben con una buena cantidad de ellos.

Mucho trabajamos para apartarles de tales prácticas. Parece no haber llegado todavía su hora o que tengan algunos grandes pecados por cuyo motivo no merecen ser oídos del Señor, porque el que es capaz de vender a su propia madrastra que lo ha criado, y está comiendo *tapuia*, al que pudiera vender para satisfacer parte de su codicia, no parece capaz de hacerse oír del Señor; mucho menos quien vende a su propia madre.

Buenas cualidades

Mas, para que no todo sea contar defectos y malas costumbres de gente que no tiene fe, quiero ahora contar también algunas cosas muy edificantes que entre ellos hemos podido observar. En primer lugar, es gente de buen contentar, lo que no quiere dar a entender que hay que darles a ellos menos que a nosotros. No son ladrones, que tratándose de gente tan codiciosa es cosa muy notable. No son rijosos ni pelean entre sí. Y puesto que son tan amigos del vino llama la atención que no se emborrachen, antes beben con tanto sosiego que cien de ellos no causan el alboroto que en otras partes ocasionan cuatro, y estando la casa llena de ellos, bebiendo, parece como si no hubiera nadie. Cuando están bebiendo, todos permanecen sentados, excepto algunos jóvenes y niños que andan bailando y cantando; cuando vienen de fuera, si hay de beber, se dan cuenta de ello porque ven a los demás adornados y alegres; y llegando cerca de las casas echan a correr con tanta furia como son capaces y con grandes gritos, sin fijarse en otra cosa, hasta el lugar donde está el vino. Y cada uno tiene su banquillo, donde está sentado, y su cáscara, y un indio anda con otra más grande llena de vino y con otra cáscara pequeña va echando a las de los demás, que ellos tienen en mano, pequeñas cantidades del volumen de un huevo; de esta manera nunca se emborrachan. Las indias no beben, la mejor cosa que acá hemos visto. Son de naturaleza tímida, de poca empresa, dulce, afeminada, incapaz de un trabajo pesado. Si tuvieran temor podría lograrse mucho de ellos para las cosas de Dios.

No son muy andarines, al revés de los tapuias. Son muy tercos: si quieren, bien; si no hay que dejarlos en paz. Cuando matan a alguien de los suyos, le sacan las tripas para que no les alcance algún mal, metiéndolas en un *tujuco.*

Si alguno apresa a un tapuia y otro de los suyos se lo pide para quebrarle la cabeza, por este beneficio que le hace al dejar que lo mate se obliga a obedecerle y a servirle de allí en adelante en todo lo que quiera emplearle, aunque sea venderlo; a tal extremo llega el deseo que tienen de matar. Si les viene a voluntad, se quitan las mujeres unos a otros y despiden a las suyas, cuando les parece bien. Son dados a muchas hechicerías y augures, y cada vez que han de ir en grupo a alguna parte han de llevar el hechicero consigo.

Tienen uno, al que llaman *yeroquig,* del que dicen que es un ángel caído del cielo. Y a éste le dan mucho crédito; él es toda su santidad. Aquí tenía un indio cristiano unas dos o tres maracas, muy guardadas, que tenían muchos años, con las que, al parecer, les hablaba el demonio, las cuales halló un día el padre. El dueño de las mismas vino después a preguntar qué habían dicho las maracas. Mas ellas, sin hablar, fueron al fuego.

Mucho papel sería necesario si me pusiera a escribir a propósito de las cosas de estos carijós. Mas basta saber, por lo que dice el padre, que tiene más experiencia sobre los indios, que nunca había hallado gente tan ruin en el Brasil. Y si los blancos dicen que los carijós son tan buenos es porque se les venden. E incluso los mismos carijós están diciendo: "Porque les vendemos nuestros parientes dicen que somos buenos". Y un indio cristiano que conocimos hablando siempre mal de sus parientes, decía que, estando allá entre los blancos, eran buenos. Y eso mismo experimentamos nosotros de este cristiano quien, después que se vio entre sus parientes fue muy distinta su conducta en relación a lo que en principio había mostrado. Y si quieren saber qué clase de gente son estos carijós, ese mismo indio cristiano, antiguo entre los blancos, puede darnos una muestra: tenía él, y todavía tiene, aquí un hermano cristiano. En espacio de dos años nunca dijo que su hermano fuese cristiano. Hasta que el padre llegó a sa-

berlo por medio de otros no confesó que su hermano fuese cristiano. Y nunca fue hombre capaz de decir al padre que procurase por la salvación de su hermano, y a pesar de ir algunas veces a su casa, que no se hallaba muchas leguas lejos de nosotros, nunca lo trajo para que escuchara la palabra de Dios; antes dicen que su hermano le daba algo de mijo y de frijoles porque no lo descubriera. He aquí lo que son los carijós.

Y en la misma aldea estaban también dos o tres cristianos más sin darse a conocer después que hacía más de un año que entraban a la iglesia y oían hablar de ser cristianos. Uno de ellos era cuñado de ese mismo.

[Rodrigues, *Relación,* pp. 228-242.]

PERO LOPES DE SOUSA

(¿Vila Viçosa?, 1497 – Costa de Madagascar, 1539)

Los hermanos Martim Afonso de Sousa y Pero Lopes de Sousa pertenecían a una noble familia portuguesa de la región de Braganza. El menor, Pero Lopes —cuya temprana madurez elogiaba hacia 1525 el conde de Castanheira— se entregó con entusiasmo a la fascinadora tentación de aquel momento, la carrera naval.

Cuando en 1530 Martim Afonso fue investido con el cargo de gobernador del Brasil y capitán general de la armada que iba a conducirlo a su destino, Pero Lopes recibió el mando de una de las naos; dos años después mandaba la expedición de regreso. Sale nuevamente de Portugal hacia la costa de Safí; en 1535 capitanea una de las naves portuguesas que coadyuvan a la toma de la Goleta por Carlos V; sirve luego por un bienio en la escuadra lusitana del Atlántico; en 1539 parte a la India, como capitán mayor de la armada, y en el viaje de retorno fallece a la vista de las costas malgaches. Marino, el mar fue su tumba. Contaba poco más de cuarenta años.

Pero Lopes escribió un relato muy circunstanciado de su primera gran navegación, la del Brasil.

Dos naos, una galera y dos carabelas, bajo el mando supremo de Martim Afonso —"Capitán hermano" lo llama con afectuoso respeto Pero Lopes — constituían la pequeña armada que el día 3 de diciembre de 1530 zarpó del estuario del Tajo, frente a Lisboa. Por la ruta de Canarias y Cabo Verde, alcanzan tierra del Nuevo Mundo en el cabo Santo Agostinho (31 de enero, 1531); tomando rumbo al sur, antes de llegar a Pernambuco, traban combate con franceses y apresan una de sus naves que, rebautizada como "Nossa Senhora das Candeias", recibirá tripulación portuguesa y a Pero Lopes por capitán. Siempre costeando y haciendo escalas diversas, conocen la Bahía de Todoslos-Santos, la de Río de Janeiro, el puerto de los Patos, las islas de las Onças (hoy, Torres), y entran por fin, mediando octubre, en el Río de la Plata, que los castellanos llamaban Solís y los portugueses Santa María. Muy deterioradas las naves por la navegación, los temporales y los combates, repararán sus averías en la isla de las Palmas (actual Gorriti o Maldonado).

Entretanto, Pero Lopes es enviado por su "capitán hermano", en un bergantín con 30 hombres, a cumplimentar el objeto principal de la expedición: navegar aguas arriba del Santa María, "põr huns pedrões, e tomar posse de dito rio por el-Rei nosso senhor". Parte el sábado 21 de noviembre; pasa por delante del Monte San Pedro (que será Montevideo), entra en el río de San Juan, llega a tierra actualmente argentina en el delta del Paraná, remonta el Paranagazú, toma por el Paraná Bravo, retrocede para volver al Paranagazú y remontarlo hasta un estero que es la tierra de los carandins (Quiraildines). Allí, a los 33 grados 3/4 planta los mojones con las armas de Portugal y toma posesión de la tierra en nombre de Juan III. Es el 11 de diciembre de 1531.

Al siguiente día, Pero Lopes emprende el regreso aguas abajo, logrando contacto con su hermano al cabo de dos semanas. Con el nuevo año toman juntos la ruta del norte. Frente a la Bahía de Santos, donde llegan el 20 de enero de 1532, el gobernador funda la población de São Vicente, donde por el momento se establece; y Pero Lopes, tan pronto como los vientos lo permitan, que no será hasta fines de mayo, se reembarca con los hombres de mar, para rendir informe a la corte de Portugal, tras largo y azaroso viaje.

El Diario de Navegacão de Pero Lopes es ante todo y casi exclusivamente un documento geográfico. Pocas veces habla de la población indígena, aunque siempre con simpatía. Cuanto el navegante nos dice de la cultura material (viviendas, atavíos, armas, redes, piraguas, etc.) de los nativos que encuentra a su paso, de la diversidad de sus lenguas, de sus abrazos y de sus llantos, seguramente es exacto. Acaso también es exacta la observación de Pero Lopes acerca la "blancura" de los tupís de Santos —pero no repara en que son gente mestiza, acaudillada desde largo tiempo atrás por Caramurú (el portugués Diego Alvares), acogedor de todos los náufragos y desertores europeos que allí se presentaban—. Y cuando halla hermosas a todas las indígenas y afirma que en nada desmerecen comparadas a las mujeres de la Rua Nova de su Lisboa, Pero Lopes no se da cuenta, pero sí el lector, de que sus ojos veinteañeros miraban con deseo y veían con optimismo.

BIBLIOGRAFÍA

Diário de navegação. 1530-1532.

1839	Lisboa	Pero Lopes de Sousa, *Diário de navegação de armada que foi á terra do Brasil em 1530.* Publicado per Francisco Adolpho Varnhagen. Tip. da Sociedade Propagadora de Conhecimiento Úteis.
1847	Río de Janeiro	Reproducción de la anterior, costeada por la Asamblea provincial de São Paulo.
1861	Río de Janeiro	En *R. I. H. G. B.,* vol. XXIV, por Varnhagen. (Nueva edición, según el manuscrito del Paço d'Ajuda, del cual derivan todas las posteriores.)
1867	Río de Janeiro	*Diário de navegação de ... pela costa de Brasil até o río Uruguay.* Reproduce entera, con "Noticioso prólogo" de Varnhagen y adición de documentos, la edición de 1861.
1927	Río de Janeiro	Por Eugénio de Castro, en la "Serie Eduardo Prado". Comentarios. 2 vols.
1940	Río de Janeiro	*Diário da navegação de... 1530-1532.* Estudio crítico pelo comandante Eugénio de Castro. Prefácio de J. Capistrano de Abreu. Edição da Comissão Brasileira dos Centénarios Portugueses de 1940. 2 vols. (2ª edición de la anterior).

[POR LAS COSTAS DEL ATLÁNTICO Y LOS AFLUENTES DEL PLATA]

Combate naval entre indígenas, en la Bahía de Todos-los-Santos

En esta bahía hallamos un hombre portugués que hacía veintidós años que estaba en esta tierra; y dio larga razón de lo que en ella había. Los principales de la tierra vinieron a rendir tributo al capitán hermano; y nos trajeron mucho mantenimiento e hicieron grandes fiestas y bailes, mostrando gran placer por haber venido aquí. El capitán hermano les hizo muchas dádivas. La gente de esta tierra es blanca; los hombres muy gallardos y las mujeres muy hermosas, que nada tienen a envidiar a las de Rua Nova de Lisboa. Los hombres no tienen otras armas sino arcos y flechas, y a cada dos leguas están en guerra unos contra los otros.

Estando en esta bahía, en medio del río, pelearon cincuenta piraguas de un bando y otras cincuenta de los contrarios. Cada piragua trae sesenta hombres, todas empavesadas de paveses pintados como los nuestros. Pelearon desde el mediodía hasta la caída del sol. Las cincuenta piraguas del lado donde nosotros estábamos fondeados fueron las vencedoras; y trajeron muchos enemigos cautivos, a los cuales mataban con grandes ceremonias, amarrados con cuerdas, y después de muertos los asaban y comían.

No tienen ningún sistema médico. Cuando se hallan enfermos no comen y se dan baños de vapor. Y así, por lo consiguiente, los que resultan heridos.

[Lopes de Sousa, *Diário,* pp. 155-159.]

Melancólicos habitantes de la Punta Maldonado

Jueves 26 de diciembre… Por la mañana abonanzó el tiempo; pero nos era adverso para poder partir. Mandé un hombre a tie-

rra, a la isla de las Palmas, donde estaba Martín Alfonso, a decirle que si el tiempo durase nos mandara víveres, puesto que estaba en gran necesidad de ellos.

Este día no comimos otra cosa que hierbas cocidas. Y andando por tierra en busca de leña para calentarnos fuimos a dar en un campo con muchos palos plantados y redes, haciendo un cerco, que a primera vista me pareció que era una trampa para cazar venados. Y después vi muchos hoyos que estaban dentro del susodicho cerco de redes. Entonces me di cuenta que eran sepulturas. Y todo cuanto tenía el muerto lo ponen sobre la sepultura; porque las plumas con que se cubrían estaban allí sobre el hoyo, así como mazas de palo, lanzas de palo tostado y las redes de pescar y las de cazar venados: todo estaba alrededor de la sepultura, y hubiera querido abrirlas. Después tuve miedo que acudiese gente de aquella tierra y que lo hubiese a mal. Aquí reunidas habría unas 30 sepulturas. Debido a no poder hacernos de otra leña, mandé retirar todos los palos de las sepulturas. Los mandé traer para hacernos fuego y hacer de comer con 2 venados que matamos, con lo que la gente tuvo mucho consuelo.

La gente de esta tierra son hombres muy nervudos y altos; de rostro son muy feos; traen el cabello largo; algunos de ellos tienen las narices perforadas y en los agujeros traen metidos pedazos de cobre muy relucientes; todos van cubiertos de pieles; duermen en el campo, donde les anochece; no llevan otra cosa consigo salvo las pieles y redes para cazar. Por armas llevan un pilón de piedra, del tamaño de un falcón, del que sale un cordel de una braza y media de largo que termina con una borla no muy grande, con lo que tiran como si fuera honda; y traen unas lanzas hechas de palo, y unas porras de palo del tamaño de una vara. No comen otra cosa sino carne y pescado; son muy tristes, la mayor parte del tiempo lloran. Cuando muere alguien de su familia, según el parentesco se cortan uno o más dedos. Vi a muchos ancianos que sólo tenían el dedo pulgar. El hablar de ellos es gutural como el de los moros. Cuando vinieron a vernos no traían ninguna mujer consigo; solamente llegué a ver a una vieja, quien cuando llegó a nosotros se echó en el suelo de bruces, y nunca levantó el rostro. Nada de lo nuestro les halagaba ni se mostraban contentos con nada. Si traían pescado o carne nos lo

daban graciosamente y si les dábamos alguna mercancía no se alegraban. Les mostrábamos cuanto traíamos, no se asombraban ni les daba miedo la artillería. Sólo suspiraban siempre. Y nunca expresaban otra cosa, salvo tristeza. Me parece que no les divertía nada más.

[*Diário,* pp. 324-331.]

Campamento entre los ríos San Gregorio y Pereyra

Lunes 25 de dicho mes (noviembre de 1531) ... Partí ya bien tarde; solamente alcancé dos horas de sol, pero tengo la intención de andar toda la noche. Sigo al largo de la costa a profundidad de 6 brazas de arena limpia. A las dos leguas del punto de partida salieron de tierra al menos cuatro canoas, con mucha gente. Cuando las vi me puse de acuerdo con el bergantín para esperarlos; remaban tanto que parecían volar. Fueron todos conmigo; traían arcos y flechas y lanzas de palo requemado, adornados con muchos penachos, todos pintados de mil colores. Subieron luego, sin mostrar que tenían miedo, al contrario, con mucho placer nos abrazaban a todos. Su habla no la entendíamos, no era como la de Brasil; hablaban con sonidos guturales como los moros. Sus canoas eran de unas 10 a 12 brazas de largo y media braza de ancho; la madera de ellas era de cedro y estaban muy bien elaboradas; remaban con unas palas muy anchas, y en el cabo de las palas penachos y borlas de plumas. En cada canoa remaban 40 hombres, todos en pie. Como anochecía, no fui a sus tiendas, que divisábamos en una playa al frente de donde estaba. Había, además, muchas otras canoas varadas en tierra. Ellos me mostraban que fuese hacia allá, que me darían mucha caza, y cuando vieron que no quería ir mandaron una canoa por pescado. Y fueron y regresaron en tamaña brevedad que todos quedamos asombrados. Nos dieron mucho pescado, y yo mandé que se les diera muchos cascabeles, vidrios y cuentas: quedaron tan contentos y mostraban tanto placer que parecían fuera de sí. Entonces me despedí de ellos.

Sábado 21 de diciembre. Al amanecer calmó el viento, y salí del río al que di el nombre de San Juan. Sopló el viento en estenoroeste y me di a la vela. A dos leguas del dicho río de San

Juan hallé la gente que a la ida hallara en sus tiendas. Salieron seis canoas y todos los hombres desarmados puesto que venían con mucho placer a abrazarnos. El viento era muy fuerte y había muy mala mar. Ellos nos señalaban que entrásemos en un río que había cerca de sus tiendas. Mandé hacia allá un marinero a nado para que viera si tenía buena entrada. Regresó diciendo que era muy estrecho y que además no ofrecía seguridad por la cantidad de gente que allí había, que era mucha; que le parecía que eran como 600 hombres. Y que aquello que parecían tiendas eran cuatro esteras que hacían una casa en cuadro y de arriba quedaban descubiertas. No vio ninguna clase de ajuar, sino redes como las nuestras. Con esta información me despedí de ellos y les di bastante mercancía; y ellos a nosotros mucho pescado. Y nos siguieron un rato, unos a nado y otros en canoas, pues nadan más que los delfines. Nosotros seguimos igual con viento en popa, muy fresco: ellos nadaban tanto cuanto más nosotros andábamos.

Estos hombres son todos grandes y nervudos, y parece que tienen mucha fuerza. Las mujeres tienen todas muy buena apariencia.

También se cortan los dedos como los del Cabo de Santa María, mas no son tan tristes.

[*Diário,* pp. 286-288 y 311-313.]

En la isla de los Cuervos (hoy, Dorado y Doradillo). El indio Ynhandú, *de los* begoa-chamá

Viernes, 13 de diciembre ... Yendo a la par de las islas de los Cuervos, dentro de una arboleda oímos grandes gritos y fuimos a ver de dónde partía tanto clamor. Y nos apareció un hombre a la ribera del río, cubierto con pieles y con el arco y las flechas en la mano. Nos habló dos o tres palabras guaranís y los intérpretes que llevaba lo entendieron. Se le contestó en la misma lengua pero no entendió nada. Nos dijo que era *begoa-chamá* y que se llamaba *Ynhandú.* Y llegamos con el bergantín a tierra y luego vimos tres hombres más y su mujer, todos cubiertos con pieles. La mujer era muy hermosa. Tenía los cabellos largos y castaños. Llevaba como una especie de aretes que le recogían las orejas.

Ellos traían en la cabeza unos casquetes de la cabeza del animal cobrado, con todo y dientes. Por gestos le entendimos que había un hombre de otro linaje al que llamaban *Chanás,* que sabía hablar muchas lenguas; que querían irlo a llamar, que estaba allá delante río arriba y que ellos irían y vendrían en seis días. Entonces les di muchos vidrios y cuentas y cascabeles, lo que les puso muy contentos; y además, a cada uno su bonete rojo. A la mujer le dimos una camisa. Y después que les di tales cosas fueron hacia unos juncos de donde retiraron dos canoas pequeñas y nos llevaron al bergantín pescado y tasajos de venado; y una pespierna de oveja. Pero no se atrevían a entrar dentro del bergantín ni se sentían seguros con nosotros. Y así se fueron, diciendo que habían de regresar dentro de cinco días y que los esperásemos en las susodichas islas de los Cuervos. Aquí estuve seis días esperando, durante los cuales tomé mucha caza, mucho pescado y muchos venados, del tamaño de un buey, los cuales hacíamos en tasajo para llevar en las naos. Como vi que no venían, al cabo de 6 días partí.

[*Diário,* pp. 305-307.]

GABRIEL SOARES DE SOUSA

(Lisboa, c. 1550 – Altos del Paranaguassú, 1591)

Gabriel Soares de Sousa llega al Brasil en 1567, y aunque su destino era Monomotapa, se queda en Bahía. Pronto manifiesta sus grandes aptitudes de colono, pues no tarda en poseer un ingenio azucarero y otras importantes haciendas entre el Jaguaribe y el Jequiriçã.

Su hermano João Coelho de Sousa, que por tres años había explorado las tierras del interior y descubierto ricas venas de metales preciosos y hasta diamantes, murió, ya de regreso, por las fuentes del Paranaguassú (o río de San Francisco). Así heredó Gabriel el libro de ruta ("roteiro") que João, próximo su fin, había depositado en manos fieles.

Con tan valioso documento en su poder, Soares de Sousa, en agosto de 1584, marcha hacia la corte del nuevo rey, Felipe II. Gestionaría concesiones y privilegios que le permitieran explotar los descubrimientos de su hermano.

Durante los 17 años de estancia en el Brasil, Gabriel Soares había, como él mismo refiere, tomado por escrito numerosas memorias de todo lo que le parecía digno de anotarse, y las puso en limpio en Madrid, aprovechando la larga tramitación de sus demandas. Dio por terminado su libro, del cual hizo homenaje al prepotente Cristovão de Moura, el día primero de marzo de 1587.

La burocracia fue más lenta. Las reales cédulas que acreditaban a Soares de Sousa como "capitán mayor y gobernador de la conquista y descubrimiento del río de San Francisco" y le otorgaban recursos y facilidades para su empresa, no fueron despachadas hasta finales de diciembre de 1590. Por fin, a 7 de abril del año siguiente pudo embarcar en Lisboa, llevando con él 360 hombres.

Si la navegación fue poco feliz, la marcha por tierra aguas arriba del Paranaguassú fue desastrosa. La dificultad del camino, las enfermedades, las picaduras y las mordidas de todo género de alimañas, redujeron rápidamente la tropa expedicionaria. El mismo "Capitán mayor" halló la muerte más allá de la actual Santa Isabel de Paranaguassú, en la misma región que su hermano (1591-1592). Con él falleció su guía, el indio Arecy ("el Sol").

Tratado descriptivo do Brasil em 1587 es el título que dio Varnhagen a la obra de Sousa, pues el de *Roteiro geral* con que era conocida sólo corresponde a su primera parte. Ésta contiene, en efecto, una descripción de toda la costa brasileña, desde el Amazonas hasta el Plata, con noticia de las diversas gentes que la habitaban. La segunda parte es una historia natural y una noticia etnográfica de la región de Bahia. Aunque el nombre del autor quedó oscurecido, confundiéndolo algunos con un tal Francisco de Cunha, la obra alcanzó rápida difusión. En 1599 ya la aprovecha Pedro de Mariz en la segunda edición de sus diálogos, y hasta nosotros ha llegado en más de veinte manuscritos.

En realidad, aunque su valor descriptivo es grande, no debe ser juzgada como obra literaria (su prosa es ruda y poco castigada), sino como fuente de información. En este aspecto ninguna existe, anterior ni contemporánea, que trate de las cosas del Brasil con tal acopio de datos y tan sistemáticamente ordenados. Por ello ha podido llamársela "tal vez a mais admiravel de quantas em portuguez produziu o seculo quinhentista".

BIBLIOGRAFÍA

Tratado descriptivo do Brasil. 1587.

Ediciones

1825	Lisboa	*Noticias do Brasil.* Descripcão verdadeira da costa daquelle Estado… sítio de Bahia de Todos os Santos, *Memórias da Académia Real das Sciéncias.* Tomo III, *1ª parte de la Collecção de noticias para a historia e geographia das naçoes ultramarinas.* (Lo da como anónimo. Utiliza un manuscrito mediocre.)
1830	París	En el periódico *O Patriota Brasileiro* se publican, con el título de *Roteiro geral*, los 29 primeros capítulos, según el manuscrito de la Biblioteca Nacional de París.
1851	Río de Janeiro	*Tratado descriptivo do Brasil em 1587*, publicado por F. A. Varnhagen en la *R.I.H.G.B.* vol. XIV, a la vista de diversos manuscritos. Por primera vez se atribuye a su verdadero autor.
1879	Río de Janeiro	*Tratado…* 2ª edição, mais correta e acrescentada com um Aditamento.
1886	Río de Janeiro	Reedición del vol. XIV de la *R. I. H. G. B.*, en la cual se sustituye el texto de 1879 al de 1851.

1938	Río de Janeiro	Gabriel Soares de Sousa, *Tratado…* Reproduce la última edición de Varnhagen el vol. 117 de *Brasiliana*, Serie 5ª de la Bibliotheca Pedagógica Brasileira.
S. a.	São Paulo	Con el título de *Noticias do Brasil*, Piraja de Silva reproduce la edición de 1867, poniéndole introducción, comentarios y notas.

Traducción
Castellana

1958	Madrid	*Derrotero general de la costa del Brasil y Memorial de las grandezas de Bahia.* Manuscrito del siglo XVI. Introducción de Claudio Ganns. Notas finales de F. A. Varnhagen. Ediciones Cultura Hispánica.

[DE LOS PUEBLOS CERCANOS A BAHÍA]

Los tupinambás, músicos y cantadores

Los tupinambás se precian de grandes músicos, y, a su manera, cantan de modo soportable, los cuales tienen buenas voces; mas todos cantan a un mismo tono y los músicos improvisan motes, y sus giros, que acaban en el consonante del mote. Uno dice la cantinela y los demás responden con el final del mote, los cuales cantan y bailan todos juntos en círculo en medio del que hay uno que tañe el tamboril, aunque no dobla los golpes. Otros traen una maraca en la mano, que es una calabaza con unas piedritas dentro la cual sostienen por la parte más delgada y con la que siguen el ritmo. En sus bailes no hacen más mudanzas ni más demostraciones que batir el suelo con un solo pie al son del tamboril; y así andan todos juntos en el corro, y entran por las casas de unos y otros, donde tan pronto llegan todo es convidar; y a veces andan un par de mozas cantando con ellos, entre las cuales hay también muy grandes músicas, y por lo mismo muy estimadas.

Entre esta gente los músicos son muy estimados, y por donde quiera que vayan son bien agasajados, hasta el punto que muchos atraviesan el desierto, en terreno enemigo, sin que les hagan daño.

[*Tratado,* segunda parte, cap. CLXII.]

Los tapuias maracás

Como los tapuias son tantos y están tan divididos en bandos, costumbres y lenguajes, para poder hablar de ellos extensamente habría que dedicarles mucho tiempo y, de tenerlo, tomar grandes informaciones de sus divisiones, vida y costumbres. Mas, como en el presente esto no es posible, trataremos solamente de los avecindados cerca de Bahía, sobre los que se fundan todas estas informaciones que en este cuaderno están rela-

tadas. Decimos en seguida que los más cercanos tapuias a las proximidades de Bahía son unos que de alcurnia son llamados los *maracás,* los cuales son hombres robustos y de buena condición. Traen el cabello crecido hasta las orejas y redondeado; y las mujeres los cabellos largos, atados atrás. Los cuales hablan siempre de un modo gutural tan tremendo que no se entienden con ninguna otra gente que no sea tapuia.

Cuando estos tapuias cantan no pronuncian nada, por ser todo garganteado; mas a su modo son entonados y se precian de grandes músicos, a los que los otros pueblos se alegran mucho de oír cantar.

Son estos tapuias grandes flechadores, tanto en la caza como en la lucha con sus contrarios, y son muy ligeros y buenos corredores y grandes hombres de pelea en campo descubierto, pero poco amigos de abordar cercas. Cuando dan con sus contrarios, si éstos se recogen en alguna cerca no se detienen mucho en sitiarlos, antes se retiran para sus casas, las cuales tienen en aldeas ordenadas, como acostumbran los tupinambás.

Estos tapuias no comen carne humana y si en la guerra hacen prisioneros algunos contrarios no los matan; se sirven de ellos como esclavos y como tales los venden a los portugueses que con ellos tratan y se comunican.

Son estos tapuias muy holgazanes y no trabajan el campo, como los tupinambás, ni plantan mandioca y no comen sino las legumbres que las mujeres plantan, las cuales granjean en tierras de monte bajo al que pegan fuego para poder efectuar sus sementeras. Los hombres se ocupan en cazar, a lo que son muy aficionados.

Acostumbran a no matar dentro de sus casas, y si sus enemigos huyendo de la pelea se acogen en ellas, no han de matarlos dentro ni hacerles ningún agravio por más enfurecidos que estén. Esperan que salgan o si se les pasa la ira los aceptan como esclavos, a lo que se hallan más inclinados que a darles muerte, como hacen con ellos.

Son los tapuias enemigos de todas las otras naciones de esta población, por haber mantenido guerra con ellas en el tiempo en que vivían junto al mar, de donde por la fuerza de las armas fue-

ron lanzados. Son hombres de mucha fuerza; andan desnudos como la demás gente, y no consienten en sí más cabellos que los de la cabeza, y traen los labios perforados, y piedras en ellos, como los tupinambás.

[*Tratado,* segunda parte, cap. CLXXXIV.]

Los tapuias del interior

Estos tapuias se hallan en guerra por una parte con los tupinaes, vecinos que les quedan a un lado, muy cercanos, y por otra parte la tienen con los amoipiras, que les quedan fronterizos al otro costado del río San Francisco; y se matan unos a otros cruelmente, los cuales se vigilan de continuo y contra quienes se pelean con arcos y flechas que manejan a la perfección como toda esta gente del Brasil. Son estos tapuias grandes guerreros, más esforzados que conquistadores y más fieles que los tupinaes.

No acostumbra este gentío plantar mandioca ni hacer labores, salvo de mijo y otras legumbres; porque no tienen herramientas con que arar y cavar la tierra y por falta de ellas quiebran las matas pequeñas con las manos y cavan la tierra con palos agudos; para los árboles grandes ponen fuego al pie del mismo hasta derribarlo y plantar sus sementeras. Al mismo tiempo se mantienen con frutas silvestres y con la caza, a la que son muy aficionados.

Acostumbra este pueblo tapuia a que los machos lleven los cabellos tan largos que les llegan a la cintura y a veces los traen trenzados y entrelazados con cintas de hilo de algodón, que son como pasamanes pero más largas. Las hembras andan trasquiladas y traen ceñidas alrededor suyo unas franjas de hilo de algodón, con los flecos tan largos que bastan para cubrirles sus vergüenzas, lo que no hace ninguna otra mujer de los pueblos de estas partes. Estos tapuias que viven en esta comarca son muy músicos y cantan como los primeros. Traen el labio inferior perforado y en ellos unas piedras verdes, rollizas y largas que labran cuando están vagativos, rozándolas con otras piedras hasta que les dan forma a su voluntad.

No pescan estos indios en los ríos, a cordel, porque no tienen anzuelos; mas para recoger pescado cogen unos ramos de unas hierbas como vides, muy largas y blandas y las tejen como redes las cuales meten al río y lo cubren de lado a lado. Unos sostienen la red y los otros baten el agua para hacer huir los peces en dirección a la red, donde se juntan; con las manos recogen al pez chico y el grande lo matan a flechazos, sin errar un tiro.

Para hacerse la sal, estos tapuias queman parte de una sierra de salitre que se halla en su territorio, y retiran la ceniza; a esta tierra quemada, colocada en vasijas, le echan agua del río, la cual queda luego salada. Después la ponen al fuego a cocer y hierve tanto hasta que se coagula y queda hecha un pan de sal: con esta sal sazonan sus manjares. El salitre vuelve a reproducirse en la sierra, pero ya no es tan blanco como el que nunca ha sido quemado.

Entre los tapuias hay otros más cercanos al río San Francisco que están reñidos con éstos; son muy agrestes y no viven en casas, más bien en cavernas, donde se recogen. Es en una de estas ásperas montañas donde se guarecen, los cuales tienen las mismas costumbres que los de arriba.

[*Tratado,* segunda parte, caps. CLXXXV y CLXXXVI.]

Los amoyrés, rama de los tapuias

Descienden estos amoyrés de otros gentiles a los que llaman tapuias de los cuales en tiempos remotos se ausentaron ciertas familias, las que se fueron hacia unas sierras muy ásperas huyendo de una derrota en que los pusieron sus enemigos, donde residieron muchos años sin ver a otra gente. Y los que de éstos descendieron llegaron a perder el idioma original e hicieron otro nuevo que no entiende ninguna otra nación de gentiles de todo este estado del Brasil.

Son estos amoyrés tan salvajes que son tenidos por más que bárbaros por los demás bárbaros, y si alguno es tomado vivo en Porto Seguro y en los Ilheos, de tan bravo prefiere hallar la muerte dejando de comer. Comenzó esta gente a salir al mar en el río de las Caravelas, cerca de Porto Seguro, y corren estos montes y playas hasta el río Camanú, y de allí vienen a dar asal-

tos cerca de Tinharé, y no descienden a la playa si no es para dar asaltos.

Esta gente tiene el mismo color de los demás tapuias, pero son de más cuerpo y más robustos y fuertes. No tienen barba ni otros cabellos en el cuerpo que los de la cabeza, porque se los arrancan todos. Pelean con arcos y flechas muy grandes y son tan hábiles flecheros que nunca yerran un tiro; son muy ligeros y grandes corredores.

No viven estos bárbaros en aldeas, ni en casas como la otra gente, ni hay quien se las haya visto o sepa dónde, ni diese con ellos en los montes hasta hoy. Andan siempre errantes por campos y montes y duermen en el suelo sobre hojas; y si les llueve se arriman al pie de un árbol, y se ingenian para cubrirse de hojas, sentados en cuclillas; y no se les halló hasta la fecha otro rastro de acogimiento. No acostumbran estos rústicos a tener sembrados, ni a plantar algunos mantenimientos. Se sostienen de los frutos silvestres y de la caza que matan, la cual comen cruda o mal asada, cuando tienen fuego; machos y hembras andan todos esquilados, y se esquilan con unas cañas muy cortantes. Su habla es de voces roncas, las que arrancan de su garganta con mucha fuerza, y no se puede escribir, como el vascuence.

Viven estos bárbaros de saltear a toda clase de gente que encuentran, y nunca se exponen cara a cara; su riña es traicionera, dan asaltos por los campos o los caminos por donde andan esperando a otras gentes y a toda suerte de criaturas. En sus celadas se esconden tras los árboles, cada uno por sí, desde donde no fallan un tiro, empleando todas sus flechas. Y si se les hace frente huyen en seguida en desbandada; mas como vean a la gente desmandada se esconden de nuevo hasta que pasen los perseguidores a los que les tiran a la espalda, empleando sus flechas a voluntad. Estos bárbaros no saben nadar; y cualquier río que no se pueda cruzar a vado basta para defenderse de ellos; mas para pasarlo van a buscar el vado muchas leguas río arriba.

Comen estos salvajes carne humana para mantenerse, lo que no hacen otros gentiles que no la comen sino es por venganza de sus bregas o por odios antiguos.

[*Tratado,* primera parte, cap. XXXII.]

CRISTÓBAL DE ACUÑA, S. J.

(Burgos, Castilla, 1597 – Perú, 1676)

Cristóbal de Acuña ingresó en la Compañía de Jesús en 1612. Ordenado ya sacerdote, marchó con destino a las misiones de Chile y el Perú; fue profesor de teología y rector del Colegio Cuenca, en la provincia de Quito.

En 1637-38 tuvo lugar la primera expedición que remontó la corriente del Amazonas. Había salido de Curupá al mando del capitán mayor Pedro Texeira, criollo brasileño. Cuando ya podía preverse el movimiento de separación de Portugal, la llegada a ocho jornadas de Quito, tan adentro en los confines del virreinato del Perú, de una armada portuguesa, aunque rey de Portugal lo fuera todavía Felipe IV, hubo de causar una emoción compleja.

La Real Audiencia, al organizar el rápido descenso de los expedicionarios hacia las tierras brasileñas, se ocupó de que participara en el viaje de regreso gente capaz de informarse y de informar sobre los habitantes y las producciones de aquella vasta región. Un acuerdo de la Audiencia sacó al padre Acuña de su cátedra y rectoría de Cuenca para que acompañara al capitán Texeira. Salieron de Quito en julio y llegaron a Pará en diciembre de 1539.

El padre Acuña continuó su viaje hasta España, a fin de presentar al rey y al Consejo de Indias un memorial sobre el "nuevo descubrimiento" del Amazonas. Había ya estallado la guerra de Portugal y Acuña tenía el proyecto político de que el inmenso territorio de la "hoya amazónica" fuera explotado por la corona de Castilla, aunque su boca natural está en la costa atlántica dominada por los portugueses, sugiriendo que el comercio se hiciera aguas arriba por Quito y el Perú.

El memorial presentado al rey no es sino el corolario del libro donde el padre Acuña anota cuidadosamente, pero no en forma de diario, como lo hizo Carvajal, los productos naturales del país y la índole y las costumbres de los pueblos ribereños que visita. Su espíritu de observación es grande, expone objetivamente y sin dejarse llevar por la anécdota del momento.

El *Nuevo descubrimiento del río de las Amazonas* no es un libro de viajes, menos aún de aventuras, sino más propiamente una reseña

con visos de inventario de recursos. No tiene su fin en sí mismo; es un documento dominado, cosa notable en su tiempo, por las preocupaciones económicas. "Éste es en suma —termina diciendo— el nuevo descubrimiento de este gran río, que encerrando en sí grandiosos tesoros, a nadie excluye; mas antes a todo género de gente convida liberal a que se aproveche de ellos. Al pobre ofrece sustento; al trabajador, satisfacción de su trabajo; al mercader, empleos; al soldado, condiciones de valer; al rico, mayores acrecentamientos; al noble, honras; al poderoso, estados, y al mismo rey un nuevo imperio."

La obra de Cristóbal de Acuña fue muy discutida. El jesuita regresó al Perú, donde falleció rayando los setenta años.

BIBLIOGRAFÍA

Nuevo descubrimiento del río de las Amazonas. 1640.

Ediciones

1641	Madrid	Edición de la cual arrancan todas las demás.
1659	Madrid	(Citada por Wat, no se conocen ejemplares.)
1891	Madrid	Vol. II de la *Colección de libros que tratan de América, raros o curiosos.*
1942	Quito	Vol. IV de la *Colección Amazonas.*

Traducciones

Francesas

1682	París	por Marin Leroy de Gomberville.
1684	París	Simple cambio de portada de la anterior.

Inglesa

1698	Londres	*A relation of the great river of the Amazones.*

Alemana

1719	Viena	por un jesuita anónimo.

[DE LOS PUEBLOS RIBEREÑOS DEL RÍO DEL AMAZONAS]

Multitud de gente, y de diferentes naciones

Todo este nuevo mundo, llamémosle así, está habitado de bárbaros de distintas provincias y naciones, de las que puedo dar fe, nombrándolas con sus nombres y señalándolas sus sitios, unas de vista y otras por informaciones de los indios que en ellas habían estado. Pasan de ciento y cincuenta, todas de lenguas diferentes, tan dilatadas y pobladas de moradores como las que vimos por todo este camino, de que después diremos. Están tan continuadas estas naciones, que de los últimos pueblos de las unas, en muchas de ellas, se oyen labrar los palos en las otras, sin que vecindad tanta les obligue a hacer paces, conservando perpetuamente continuas guerras, en que cada día se matan y cautivan innumerables almas. Desagüe ordinario de tanta multitud, sin el cual ya no cupieran en aquella tierra.

Pero aunque entre sí se muestran belicosos y de bríos, ningunos tienen para con el español, como se notó en todo el viaje, en que jamás bárbaro se atrevió a usar contra los nuestros de otra defensa de la que de ordinario están los cobardes prevenidos, que es la huida que tienen muy a la mano, por navegar en unas embarcaciones tan ligeras, que en abordando a tierra las cargan en los hombros, y arrojándose con ellas a un lago, de los muchos que el río tiene, dejan burlados a cualquier enemigo que con su embarcación no puede hacer otro tanto.

Armas de que usan los indios

Sus armas son, en unos, azagayas medianas y dardos labrados de maderas fuertes, bien aguzadas, y todas las puntas, que tiradas con destreza, pasan con facilidad al enemigo. En otros, son estólicas, arma en que los guerreros del Inca, gran rey del Perú, eran muy diestros: son estas estólicas unos palos tableados de

una vara de largo y tres dedos de ancho, en cuyo remate, a la parte de arriba, fijan un diente de hueso, o de palo muy fuerte, que labrado en forma de harpón queda como garrocha, pendiente de aquel a quien hiere; ésta cogen con la mano derecha en que tienen la estólica por la parte inferior, y fijándola en el diente superior, la disparan con tan gran fuerza y acierto que a cincuenta pasos no yerran tiro.

Con estas armas pelean, con éstas flechan la caza y con éstas son señores de cualquier pescado, por más que se les quiera ocultar entre las ondas. Y lo que más admira, clavan las tortugas, cuando huyendo de ser reconocidas, sólo de cuando en cuando y por un muy breve espacio, muestran la cabeza encima de las aguas, atravesándolas el cuello, que es sólo en lo que por estar libre de las conchas se puede hacer el tiro.

Usan también para su defensa de rodelas, que hacen de cañas bravas, hendidas por medio y tejidas apretadamente unas con otras, que aunque son muy ligeras, no son tan fuertes como las otras que ya dije de cuero de pejebuey. Algunas de estas naciones usan arcos y flechas, arma que entre todas las demás es siempre respetada, por la fuerza y presteza con que hiere. Abundan de yerbas venenosas, de que hacen en algunas naciones una ponzoña tan eficaz, que enherboladas con ella las flechas, en llegando a sacar sangre quitan juntamente la vida.

Su comercio es por agua, en canoas

Todos los que viven en las orillas deste gran río están poblados en grandes poblaciones, y como venecianos o mexicanos todo su trato es por agua, en embarcaciones pequeñas que se llaman canoas; éstas de ordinario son de cedro, de que la providencia de Dios les proveyó abundantemente, sin que les cueste trabajo de cortarlos ni sacarlos del monte, enviándoselos con las avenidas del río, que para suplir esta necesidad los arranca de las más distantes cordilleras del Perú, y se los pone a las puertas de sus casas, donde cada uno escoge lo que más a cuenta le parece. Y es de admirar, ver que entre tanta infinidad de indios, que cada uno necesita, por lo menos para su familia, de uno o dos palos de que labra una o dos canoas, como de hecho las tie-

nen, a ninguno le cuesta más trabajo que, saliendo a la orilla, echarle un lazo cuando va pasando y amarrarle a los mismos umbrales de sus puertas, donde queda preso, hasta que habiendo ya bajado las aguas y aplicando cada uno su industria y trabajo, labra la embarcación de que tiene necesidad.

Las herramientas que usan

Las herramientas de que usan para labrar, no sólo sus canoas sino sus casas y lo demás que han menester, son hachas y azuelas, no fraguadas por buenos oficiales de las herrerías de Vizcaya, sino forjadas en las fraguas de sus entendimientos, teniendo por maestra, como en otras cosas, a la necesidad. Ésta les enseñó a cortar el casco más fuerte de la tortuga, que es la parte del pecho: una plancha de un palmo de largo y algo menos de ancho, que curada al humo y sacándola el filo en una piedra, la fijan en un ástil, y con ella, como con una buena hacha, aunque no con tanta presteza, cortan lo que se les antoja.

Deste mismo metal hacen las azuelas, sirviéndoles de cabo para ellas una quijada de pejebuey, que la naturaleza formó con su vuelta, a propósito para el efecto. Con estas herramientas labran tan perfectamente no sólo sus canoas, sino también sus mesas, tablas, asientos y otras cosas, como si tuvieran los mejores instrumentos de nuestra España.

En algunas naciones son estas hachas de piedra, que labrada a poder de brazos la adelgazan, de suerte que con menos recelos de quebrarse y más en breve que con las otras de tortuga, cortan cualquier árbol por grueso que sea.

Sus escoplos, gubias y cinceles para obras delicadas, que las hacen con gran primor, son dientes y colmillos de animales, que encavados en sus palos, no hacen menos bien su oficio que los de fino acero.

Casi todos tienen en sus provincias algodón, unos más otros menos; pero no todos los aprovechan para vestirse dél, más antes los más andan desnudos, así hombres como mujeres, sin que la vergüenza natural les obligue a no querer parecer que están en el estado de la inocencia.

De sus ritos, y dioses que adoran

Los ritos de toda esta gentilidad son casi en general unos mismos; adoran ídolos que fabrican con sus manos, atribuyendo a unos el poder sobre las aguas, y así les ponen por divisa un pescado en la mano; a otros escogen por dueños de las sementeras, y a otros por valedores de sus batallas. Dicen que estos dioses bajaron del cielo, para acompañarlos y hacerlos bien: no usan de alguna ceremonia para adorarlos, mas antes los tienen olvidados en un rincón hasta el tiempo que los han menester; y así, cuando han de ir a la guerra, llevan en la proa de las canoas el ídolo en que tienen puestas las esperanzas de la victoria; y cuando salen a hacer sus pesquerías, echan mano de aquel a quien tienen entregado el dominio de las aguas; pero ni en unos ni en otros fían tanto, que no reconozcan pueda haber uno mayor.

Colijo esto de lo que nos sucedió con uno de estos bárbaros, si bien esto no lo mostraba ser en la agudeza de su discurso: el cual habiendo oído algunas cosas del poder de nuestro Dios, y visto por sus ojos que subiendo el río arriba nuestro ejército y pasando por medio de tantas naciones tan belicosas, volvía sin recibir daño de ninguna, lo cual juzgaba era fuerza y poder del Dios que le regía, llegó con grandes ansias a pedir al capitán mayor y a nosotros, que en pago del hospedaje y buen agasajo que nos hacía, no quería otra merced sino que le dejásemos allí un Dios de los nuestros, que como tan poderoso en todo le guardase a él y a sus vasallos en paz y con salud, y justamente les pudiese acudir con el necesario mantenimiento de que necesitaban (...) Bien persuadido estaba este indio de que no eran sus dioses los más poderosos de la tierra, pues quería libremente le dejasen otro mayor a quien obedecer.

Un indio se hacía dios

Del mismo parecer que el pasado, aunque de mayor malicia, se mostró otro bárbaro: el cual, no reconociendo poder ni deidad en sus ídolos, él mismo se hacía dios de toda aquella tierra. Deste tuvimos algunas leguas antes de llegar a su habitación noticia,

y despachándole nueva de que se la traíamos del verdadero dios y más poderoso que él, le rogamos nos esperase a pie quedo.

Hízolo así y apenas llegaron nuestras embarcaciones a tomar puerto en sus riberas, cuando codicioso de saber del nuestro Dios salió en persona a preguntar por él. Pero aunque se le declaró quién era, como no lo pudo ver con sus ojos, quedóse en su ceguera haciéndose hijo del Sol, adonde con el espíritu afirmaba ir todas las noches para mejor disponer al día siguiente el universal gobierno que le incumbía. Tal era la malicia y soberbia de este bárbaro.

De los hechiceros que hay

Prosiguiendo con el hilo de nuestra historia, y volviendo a los ritos de estas naciones. Es para notar la grande estima en que todos tienen a sus hechiceros; no tanto por amor que les muestren, como por el recelo con que siempre viven de los daños que les pueden hacer. Tienen para que usen de sus supersticiones, y hablen con el demonio, que les es muy ordinario, una casa que sólo sirve desto, donde con cierto género de veneración, como si fueran reliquias de santos, van recogiendo todos los huesos de los hechiceros que mueren, los cuales tienen colgados en el aire, en las mismas hamacas en que ellos dormían en vida. Éstos son sus maestros, sus predicadores, sus consejeros y sus guías; a éstos acuden en sus dudas para que se las aclaren y destos necesitan en sus mayores enemistades, para que les den yerbas venenosas con que tomar su venganza de sus enemigos.

En el enterrar sus difuntos son varios entre sí: porque unos los tienen dentro de sus mismas casas, teniendo siempre en todas las ocasiones presente la memoria de la muerte, que si con este fin lo hiciesen, las tendrían sin duda más ajustadas. Otros en hogueras grandes no sólo queman los cadáveres sino juntamente con ellos cuanto poseyeron en vida. Y así los unos como los otros celebran sus exequias por muchos días, con continuos llantos, interrumpidos con grandes borracheras.

Son estos indios de apacibles naturales

Es a una mano toda esta gentilidad de buena disposición, bien agestados y de color no tan tostado como los del Brasil, tienen buenos entendimientos y raras habilidades para cualquiera cosa de manos. Son mansos y de apacibles naturales, como se experimentaba con los que una vez salían al encuentro, que con gran confianza conversaban, comían y bebían entre los nuestros, sin jamás recelarse de nada. Dábannos sus casas en que vivir, recogiéndose ellos todos juntos en una o dos de las mayores del pueblo: y con recibir infinitos agravios de nuestros indios amigos, sin que fuese posible el evitarlos, nunca correspondían con malas obras. Todo lo cual junto con la poca afición y muestras que dan della, de todo lo tocante al culto de sus dioses, prometen grandes esperanzas de que si se les diese noticia del verdadero Creador de cielos y tierra, con poca dificultad abrazarían su santa ley.

[Acuña, *Nuevo descubrimiento,* caps. XXXVI-XXXIX, XLIXLIII.]

Provincia de los aguas

Sesenta leguas más abajo de Tumguragua comienza la mejor y más dilatada provincia de cuantas en este gran río encontramos, que es la de los aguas, llamados comúnmente omaguas, impropio nombre que les pusieron quitándoles el nativo y ajustado a su habitación, que es a la parte de afuera, que esto quiere decir *aguas.*

Es esta gente la de más razón y mejor gobierno que hay en todo el río, ganancia que les granjearon los que dellos estuvieron de paz, no ha muchos años, en el gobierno de los quixos de donde obligados del mal tratamiento que se les hacía se dejaron venir al río abajo, hasta encontrar con la fuerza de los de su nación: e introduciendo en ellos algo de lo que habían aprendido de los españoles, les pusieron en alguna policía.

Andan todos con decencia vestidos, así hombres como mujeres, las cuales del mucho algodón que cultivan tejen no sólo la ropa que han menester, sino otra mucha que les sirve de trata para las naciones vecinas, que con razón codician el trabajo de tan sutiles tejedoras; hacen paños muy vistosos, no sólo tejidos

de diversos colores, sino pintados con estos mismos tan sutilmente, que apenas se distingue lo uno de lo otro.

Son tan sujetos y obedientes a sus principales caciques, que no han menester más de una palabra para ver luego ejecutado lo que ordenan.

Son todos de cabezas chatas, que causa fealdad en los varones, si bien las mujeres mejor lo esconden con el mucho cabello; y está en ellos tan entablado el uso de tener las cabezas aplastadas, que desde que nacen las criaturas se las meten en prensa, cogiéndoles por la frente con una tabla pequeña y por la parte del cerebro con otra tan grande que sirviendo de cuna recibe todo el cuerpo del recién nacido; el cual puesto de espaldas sobre ésta y apretado fuertemente con la otra, queda con el cerebro y la frente tan llanos como la palma de la mano y como estas apreturas no dan lugar a que la cabeza crezca más que por los lados, viene a desproporcionarse. De manera que más parece mitra de obispo mal formada que cabeza de persona.

Uso de los esclavos que cautivan

De los esclavos que estos aguas cautivan en sus batallas se sirven para todo lo que han menester, cobrándoles tanto amor, que comen con ellos en un plato, y tratarles de que los vendan es cosa que lo sienten mucho, como por experiencia lo vimos en muchas ocasiones. Llegábamos a un pueblo de estos indios, recibíannos no sólo de paz, sino con danzas y muestras de grande regocijo, ofrecían cuanto tenían para nuestro sustento con gran liberalidad. Comprábanseles paños tejidos y labrados que con voluntad daban, tratábaseles de venta de las canoas, que son sus caballos ligeros en que andan, al punto salían a concierto. Pero en nombrándoles esclavos y apretándoles a que los vendiesen, *hoc opus, his labor est,* aquí era el descompadrar, aquí el entristecerse, aquí las trazas de encubridos y aquí el procurarse zafar de nuestras manos; muestras ciertas de que más los estiman a solos ellos, y más sienten el venderlos que deshacerse de todo lo demás que poseen.

Y no diga nadie que el no querer vender los indios sus esclavos nace de tenerlos para comer en sus borracheras, que es di-

cho común, con muy poco fundamento, de los portugueses que andan metidos en este trato y con esto quieren colorear su injusticia. Porque a lo menos en esta nación, ya averigüé con dos indios de los que habían subido con los mismos portugueses, y eran naturales del Pará, los cuales huidos desde Quito vinieron a ser cautivos de estos aguas, con quienes estuvieron ocho meses, y fueron a algunas guerras en su compañía (tiempo bastante para conocer sus costumbres). Éstos aseguraron que jamás los habían visto comer esclavos que traían, sino que lo que usaban con los más principales y valientes, era matarlos en sus fiestas y juntas generales, recelando mayores daños si les conservaban la vida; y arrojando los cuerpos en el río, guardaban por trofeo las cabezas en sus casas, que eran las que por todo el camino veníamos encontrando. No quiero con esto negar que hay en este río gente caribe, que en ocasiones no tiene horror de comer carne humana. Lo que quiero persuadir, es no hay en todo él carnicerías públicas en que todo el año se pesa carne de indios, como publican los que a título de evitar semejante crueldad la usan ellos mayor, haciendo con sus rigores y amenazas esclavos a los que no lo son.

[Acuña, *Nuevo descubrimiento,* caps. LI-LII.]

SÉPTIMA PARTE
CHILE Y EL EXTREMO SUR

En dirección al Sur, después de los pueblos de influencia incaica, se siguen otros de un nivel cultural cada vez más bajo. En las costas de Chile y parte de las pampas habitaban la familia de los valientes araucanos o mapuches y la de sus vecinos atlánticos los puelches. Pertenecen a la primera los huiles y, con mestizaje de otros más primitivos, los chonos. En el extremo sur del continente sobreviven los residuos más antiguos del hombre americano, que sucesivas invasiones fueron relegando a las tierras inhóspitas: los patagones o tehuelches y, ya en la Tierra del Fuego, los onas, aliculufs y yaganes.

Eran gente nómada, pacífica, recolectora, pescadora (eventualmente cazadora). No tenían cerámica ni casi cestería, a veces tampoco arco. Caso singular el de los patagones, que viviendo a la orilla del agua, no entraban en ella, ignorando la piragua, en tanto que algunos fueguinos, de los más primitivos, vivían en el mar más que en la tierra.

Sus familias, poco numerosas, andaban en general aisladas; a veces, algunas pocas se agrupaban en hordas, con mandos eventuales. Se abrigaban con pieles de guanaco. Tenían una vaga idea del Ser Supremo.

Poco dicen de todos ellos los cronistas, porque apenas los conocieron, sino en los diversos intentos para describir el derrotero de entrada, paso y salida del Estrecho. Por ello son más interesantes las breves noticias que de sus personas y de su vida transmiten Ladrillero y Goizueta. Al lado de hombres tan pequeños como los aliculufs (1.58 m los hombres y 1.47 m las mujeres) hubieron de parecer gigantes los patagones (1.80 m); pero su descripción por Aréizaga, aquel guipuzcoano que merecía ser andaluz, entra en el orden de lo imaginario —como los gigantes de Curazao de Américo Vespucci—. Bien es verdad que Aréizaga se abstuvo de toda fantasía en su Relación jurada al Consejo de Indias, que es simplemente un diario de navegación.

JUAN DE ARÉIZAGA

(Villarreal de Urrechua, Guipúzcoa, 1500? – ...1535...)

El sacerdote Juan de Aréizaga participó en la expedición de García Jofre de Loayza, comendador de la Orden de Rodas. En julio de 1525 salieron de San Lúcar de Barrameda, para la Especiería, seis naos y un galeón. Era su piloto mayor y guía Juan Sebastián del Cano, que había dado la vuelta al mundo en su nao *La Victoria.* Esta vez capitaneaba la *Sancti Spiritus,* en la cual iba su paisano Aréizaga. En enero de 1526 se dispersó la armada por la tempestad y se perdió la *Sancti Spiritus.* Aréizaga pasó al patax (o galeón) del cual era capitán Santiago de Guevara.

Ya en el Estrecho, una nueva tempestad dejó separados el patax y las cinco naos supervivientes, éstas en Santa Cruz y aquél en la Bahía de la Victoria. Al tratar de establecer comunicación, ocurre la aventura de los gigantes patagones.

Pasado el Estrecho, ya en el Pacífico, el primero de junio de 1526, se pierden de vista las naves. El patax, solo, emprende la vía del Noroeste, hasta que a últimos de julio sus tripulantes tomaron tierra en Tehuantepec, de la Nueva España. De allí se dirigen a la ciudad de México, donde son recibidos por Cortés; al fin, regresan a España.

En 1535 Aréizaga estaba en Madrid, informando al emperador y al Consejo de Indias. También redactó una *Relación* jurada y firmada. En aquel tiempo lo conoció Oviedo, que lo juzga coetáneo del siglo y refiere de él la sabrosa anécdota de que a las amenazas de los patagones, cuya lengua no entendía, replicaba en su vascuence.

La veracidad de Aréizaga parecería muy dudosa, a juzgarla por lo que cuenta de los patagones. Baste recordar que el sacerdote guipuzcoano "no era pequeño, sino de buena estatura de cuerpo" (Oviedo) y que él afirma que, con su cabeza, no llegaba a la ingle de aquellos "gigantes". Pero el relato de la aventura patagona sería acaso para Aréizaga, propenso a la exageración so-

carrona y a la fantasía caricaturesca, algo así como "un entremés", prueba y medida de la credulidad ajena.

BIBLIOGRAFÍA

Navegación en la armada del comendador Loaisa.

1. Relación estricta. 1526.

1865 Madrid *C. D. A. Am.*, vol. IV, pp. 556-559.

2. Relación novelada.

Véase la bibliografía de Fernández de Oviedo, cuya *Historia general*, lib. XX, caps. VI-VII, resume la Relación de Aréizaga.

[LOS GIGANTES PATAGONES]

Y acordaron el capitán Santiago y este padre quel mismo clérigo fuese en busca del capitán general y de las naos con provisión para cuatro días y para cuarenta leguas.

En fin de los cuatro días, llegaron a la vía de la Victoria, donde pensaban hallar al capitán general, lo cual no podía ser, porque le dejaban atrás más de cincuenta leguas en Santa Cruz, como se dijo de suso. Y así siguieron hasta una legua adelante de la bahía de la Victoria, y hallaron muchos ranchos y chozas de los patagones, que son hombres de trece palmos de alto, y sus mujeres son de la misma altura. Y luego que los vieron salieron las mujeres a ellos, porque sus hombres eran idos a casa, y gritaban y capeaban a estos cristianos, haciéndoles señales que se detuviesen atrás; pero los cristianos, como tenían ya costumbre de hacer la paz con ellos, luego comenzaron a gritar diciendo *o o o,* alzando los brazos y echando las armas en tierra, y ellas echaban asimismo los arcos, y hacían las mismas señales, y luego corrieron los unos para los otros y se abrazaron.

Decía este padre don Johan que él ni alguno de los cristianos (que allí se hallaron) no llegaban con las cabezas a sus miembros vergonzosos en el altor con una mano, cuando se abrazaron; y este padre no era pequeño hombre, sino de buena estatura de cuerpo. Luego los cristianos le dieron cascabeles y agujas, y otras cosas de poco precio; y los cascabeles ensartábanlos en hilos y poníanlos en las piernas, y como se meneaban y oían sonido dellos, daban brincos y saltos con ellos y espantábanse de los cascabeles, y con mucha risa gozábanse, maravillados dello.

Los arcos eran cortos y recios y anchos, de madera muy fuerte, y las flechas como las que usan los turcos y con cada tres plumas, y los hierros dellas eran de pedernal, a guisa de harpones o rallones bien labrados. Y son muy grandes punteros y tiran tan cierto como nuestros ballesteros o mejor. Traen en las cabezas unos cordeles, en torno sobre las orejas, y entrellas y la cabeza ponen las flechas, a guisa de guirnalda con las plumas para arri-

ba, y de allí las toman para tirar; y desta manera salieron aquellas mujeres. Es gente bien proporcionada en la altura ques dicho: andan desnudos que ninguna cosa traen cubierta sino las partes menos honestas de la generación, y allí traen delante unos pedazos de cuero de danta.

Así como las mujeres gigantas que es dicho hicieron las paces con esos cristianos, lleváronlos a sus ranchos donde vivían, y aposentáronlos uno a uno por sí separados por los ranchos: y diéronles ciertas raíces que comiesen, las cuales al principio amargan; pero usadas, no tanto, y diéronles unos muxiliones grandes, quel pescado de cada uno era más de una libra y de buen comer. No desde a media hora questaban en los ranchos, vinieron los hombres desas mujeres de caza, y traían una danta que habían muerto, de más de veinte o treinta arreldes; la cual traía a cuestas uno de aquellos gigantes, tan suelto y sin cansancio, como si pesara diez libras. Así como las mujeres vieron a sus maridos, salieron a ellos, y dijéronles cómo estaban allí esos cristianos, y ellos los abrazaron de la manera que se dijo de suso, y partieron con ellos su caza, y comenzaron de la comer cruda como la traían, quitando lo primero el cuero, y dieron al clérigo un pedazo de hasta dos libras. El cual lo puso al fuego para lo asar sobre las brasas, y arrebatolo luego uno de aquellos gigantes, pensando que el clérigo no lo quería, y comióselo de un bocado, de lo cual pesó al clérigo, porque había gana de comer y lo había menester. Comida la danta, fueron a beber a un pozo, donde estos cristianos fueron asimismo a beber; y uno a uno bebían los gigantes con un cuero que cabía más de una cántara de agua, y aun dos arrobas o más; y había hombres de aquellos patagones que bebían el cuero, lleno tres veces arreo, y hasta que aquél se hartaba, los demás atendían.

También bebieron los cristianos con el mismo cuero; y una vez lleno, bastó a todos ellos y les sobró agua, y maravillábanse los gigantes de lo poco que aquellos cristianos bebían. Como hubieron acabado de beber, se tornaron los unos y los otros a los ranchos, porque el pozo estaba desviado dellos en el campo, y ya era anochecido, y aposentáronlos uno a uno como ya se dijo.

Estos ranchos eran de cuero de danta, adobado como muy lindo y pulido cuero de vaca, y el tamaño es menor que de vaca; y

pónenlo en dos palos contra la parte de do viene el viento; y todo lo demás es estar descubierto al sol y al agua: de manera que la casa no es más de lo que es dicho, y en eso consiste su habitación, y toda la noche están gimiendo y tiritando de temblor del excesivo frío (porques frigidísima tierra a maravilla); y es necesario que lo sea, porque está en los cincuenta y dos grados y medio de la otra parte de la equinoccial, a la parte del antártico polo. No hacen fuego de noche, por no ser vistos de sus enemigos, y de continuo viven en guerra, y por pequeña causa o antojo mudan su pueblo y casas sobre los hombros y se pasan a donde quieren: que son tales como he dicho. Esta vecindad o ranchos eran hasta sesenta o más vecinos, y en cada uno dellos más de diez personas. Toda aquella noche estuvieron estos pocos españoles con mucho deseo y temor, esperando el día para se ir, si pudiesen, en paz a donde habían dejado su nao; la cual quedaba más de cuarenta leguas de allí, y no tenían qué comer ni dineros para lo comprar, y caso que los tuvieran, aquella gente no sabe qué cosa es moneda. Cuando a la mañana se despidieron de los gigantes, fue por señas no bien entendidas de los unos ni de los otros; y guiaron los españoles hacia la ribera y costa, por ver si hallarían con diligencia alguna señal o vestigio de las naos, porque como tengo dicho, allá estuvieron surtas la capitana y otras dos.

El día siguiente, continuando su jornada, perdieron un compañero, que se decía Johan Pérez de Higuerola, y quedaron el clérigo y los otros dos hombres: y cuando quiso amanecer, vieron más de dos mil patagones o gigantes (este nombre patagón fue a disparate puesto a esta gente por los cristianos, porque tienen grandes pies; pero no desproporcionados, según la altura de sus personas, aunque muy grandes más que los nuestros); y venían hacia los cristianos, alzando las manos y gritando, pero sin armas y desnudos. Los cristianos hicieron lo mismo, y echaron las armas en tierra, y fuéronse a ellos, porque como tengo dicho, ésta es la manera y forma de salutación o paz que aquellas gentes usan cuando se ven con otros, y abrázanse en señal de seguridad o amor. Y así se hizo, y hecho aquesto, alzaron a estos tres cristianos de uno en uno sobre las cabezas, y llevároнlos un cuarto de legua grande de allí a un valle, donde había un gran

número de ranchos, según los que quedan dichos, a manera de gran ciudad, armados en aquel valle. Y luego hicieron traer sus arcos y flechas y penachos para las cabezas y también para los pies: y desque hubieron tomado los arcos y penachos, los tornaron a alzar y movieron de allí, y apartados una legua grande de los ranchos que ya no los podían ver, tornaron a tomarlos en peso y despojáronlos; y traían entre manos estos cristianos, mirándolos como espantados de ver su pequeñez y blancura, y trabábanlos de sus naturas, y parte por parte, cuanto tenía la persona de cada español destos, palpaban y consideraban. Y los traían así entre sí con mucho bullicio, tanto que esos pecadores españoles sospecharon que los querían comer, y que quisieran también informarse del gusto de tal carne y ver qué tales eran de dentro en lo interior de sus personas: y así con mucho temor se encomendaban a Dios el clérigo, don Johan de Aréizaga, y sus compañeros.

Y quiso Nuestro Señor socorrerlos en tanta necesidad y librarlos desta salvaje generación gigantea, porque muchas veces armaron los arcos y pusieron flechas en ellos, haciendo señales que los querían tirar y asaetearlos. Pasadas tres horas, o más que en esto pasaban tiempo, vino un mancebo que en su aspecto parecía muchacho y con él otros veinte gigantes, los cuales traían sendos arcos y sus flechas, y cubiertos los estómagos con unos cueros blandos y peludos como de carneros muy finos, y con muy hermosos penachos blancos y colorados de plumas de avestruces. Al cual como le vieron los otros gigantes, todos se sentaron en tierra, y bajaron las cabezas, y hablaron algún poco entre sí, como quien reza en tono bajo, y ninguno alzaba los ojos del suelo, aunque eran más de dos mil los que habían despojado a estos tres cristianos, que cada momento pensaban que sus días eran cumplidos, y que aquel gigante mancebo debiera ser su rey, y que venía a dar conclusión en sus vidas. Lo que pudieron entender fue que les pareció a estos españoles que aquel gigante mancebo reprendía a los otros, y tomó al clérigo don Johan por la mano y lo alzó en pie: el cual, aunque parecía de diez y ocho o veinte años, y el don Johan de veinte y ocho o más, y era de buena y mediana estatura y no pequeño, no llegaba a sus miembros vergonzosos en altor. Y puesto en pie llamó a los otros dos

españoles, e hízoles señal con la mano que se fuesen: y al dicho don Johan uno de los veinte que vieron a la postre con aquel capitán o rey mancebo, le puso un gran penacho en la cabeza. Y así se partieron en carnes desnudos estos tres compañeros, y no osaron pedir sus vestidos; porque viendo la liberalidad de aquel principal, sospecharon quél pensó que así debían andar, y que si hicieran señas pidiendo la ropa, que aunque se la mandase dar, tomaría saña y haría algún castigo en los primeros gigantes; y hubieron por mejor no le alterar e irse sin los vestidos, pues les dejaban las vidas. Y prosiguieron su viaje por la costa con grandísima hambre y sed y frío; y llegados a la mar, hallaron un pescado muerto que parecía congrio, quel agua le había echado en la playa, y comiéronle crudo y no les supo mal.

Traían aquellos gigantes pintadas las caras de blanco y rojo y jalde, amarillo y otras colores; son hombres de grandísimas fuerzas, porque decía este clérigo don Johan que a todos tres servidores, o cámaras de lombardas de hierro, tan grandes que cada servidor o verso pesaba dos quintales o más, los alzaban de tierra con una mano en el aire más altos que sus cabezas. Traen muy hermosos penachos en las cabezas. Y en los pies, y comen la carne cruda y el pescado asado y muy caliente. No tienen pan, o si lo tienen, estos cristianos no lo vieron, sino unas raíces que comen asadas y también crudas, y mucho marisco de lapas y muxilones muy grandes asados, y hostias [ostras] mucho grandes, de que se puede sospechar que también serán las perlas grandes. En aquella costa mueren muchas ballenas sin que las maten, y la mar brava las echa en la costa, y aquestos gigantes las comen.

Decía este padre clérigo que antes de todo lo que es dicho, estando seis gigantes destos en una nao desta armada, este clérigo y otros dos compañeros salieron en tierra, por ver algo de las costumbres desta gente, y que llegados en un valle, donde hallaron ciertos gigantes destos, los cuales se sentaron en rengle, e hicieron señas questos españoles se sentasen así entre ellos, y lo hicieron; luego trajeron allí un gran pedazo de ballena de más de dos quintales, hediendo, y pusiéronles parte dello delante del clérigo y sus compañeros, y ello estaba tal, que no lo quisieron; y los indios comenzaron a cortar con unos pedernales que cada

uno traía, y en cada bocado comían tres o cuatro libras o más. Y volvieron con ellos a la nao, y diéronles cascabeles y pedazos de espejos quebrados y otras cosas de poco valor, con que ellos mostraban ir muy ricos y gozosos; y espantábanse mucho de los tiros de artillería y de todas las otras cosas de los cristianos.

Tornando a la historia y camino del clérigo y sus dos compañeros, decía que llegados desnudos a la playa, vieron la nao *San Gabriel* que venía a la vela en busca del batel suyo que estaba con el patax, y a decir al capitán Santiago de Guevara cómo las naos estaban en el río de Santa Cruz, y que habiendo tiempo fuese a la bahía, donde las naos hicieron echazón, y que tomase los cepos y cureñas del artillería de bronce, y hecho esto, se fuese a Santa Cruz; y así se hizo. Y ya esto y a dos días de marzo del año de mil y quinientos y veinte y seis: y así se recogieron el clérigo don Johan y sus dos compañeros al patax, dando infinitas gracias a Jesu-Cristo que los había librado de aquellos gigantes de la manera que está dicho.

[Oviedo, *Historia general,* lib. xx, caps. vi-vii.]

PEDRO DE VALDIVIA

(Valle de la Serena, Extremadura, 1497/1502 – Tucapel, 1553/1554)

Pedro de Valdivia nació en el Valle de la Serena (sea en Villanueva, en Castuera o en Campanario) entre 1497 y 1502. Hizo las primeras armas en Italia, a las órdenes del marqués de Pescara; luchó en la jornada de Pavía (1525). Sus ambiciones, sin embargo, eran más altas y no pudo sustraerse a la corriente extremeña hacia el Nuevo Mundo. Después de la conquista de Venezuela, marcha al Perú (1536). Francisco Pizarro le confía la expedición a la Nueva Extremadura (Chile); funda —ciudad de chozas de paja— la capital, Santiago (1541); toma a su servicio al marino genovés Juan Bautista Pastene, a fin de alcanzar el Estrecho de Magallanes y asegurar el paso del Pacífico al Atlántico. Los medios fueron insuficientes a la audacia. Por el momento, Chile queda reducido a la zona Norte.

Las grandes dotes de capitán y de gobernante de Valdivia se revelan sobre todo en la segunda época de su mando, después de su ida al Perú en auxilio de los defensores de la Corona contra Gonzalo Pizarro. Lucha luego contra el hambre y contra los araucanos, hasta que al fin cae prisionero en Tucapel, encontrando el tormento y la muerte, por orden de Caupolicán, hacia fines de 1553 o principios de 1554. Fue un hombre de armas y un hombre de gobierno.

Las Cartas de Valdivia al emperador, comparables a las de Hernán Cortés por la claridad de su estilo y por la amplitud de sus miras, constituyen un valioso testimonio de primera mano para la historia de la conquista de Chile y aun para el descubrimiento de algunas regiones de tan dilatado país. Ellas lo muestran, además, gran conocedor y enamorado de aquella Nueva Extremadura, de la cual se juzga "poblador, criador, sustentador, conquistador y descubridor". Tan conocedor y enamorado de la tierra como indiferente a los hombres que la habitaban, son, en cambio, muy parcas sus noticias de la vida y de la cultura de los pueblos indígenas.

BIBLIOGRAFÍA

Cartas al Emperador Cartas V.

1846	París	Claudio Gay, *Historia física y política de Chile.* Documentos, I, p. 139.
1852	Madrid	*Memorial histórico español,* vol. IV, p. 378.
1861	Santiago	*Colección de historiadores de Chile,* vol. I, p. 62.
1865	Madrid	*C. D. I. Am.,* vol. IV, p. 62.
1874	Santiago	Pedro Barros Arana, *Proceso de Pedro de Valdivia y otros dos documentos referentes a este conquistador.*
1896	Santiago	José Toribio Medina, *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile,* vols. VIII y IX.
1929	Sevilla	José Toribio Medina, *Cartas de Pedro de Valdivia, que tratan del descubrimiento y conquista de Chile.* Edición facsimilar.
1940	Madrid	*La Conquista de Chile. Cartas de Pedro de Valdivia.* Prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez. (2ª ed. 1941.)
1945	Madrid	*Pedro de Valdivia,* Selección y prólogo de José Gutiérrez-Rave. (Ediciones Fe. "Breviarios del Pensamiento Español".)
1946	México	*Le Riverend,* vol. II, p. 407.
1953	Santiago	Reproducción de la edición facsimilar de 1929. Introducción de Jaime Eyzaguirre. ("Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina".)

[LOS INDIOS DE CONCEPCIÓN]

Indios huiliches (araucanos) de Concepción

Lo que puedo decir en verdad de la bondad desta tierra es que, cuantos vasallos de Vuestra Majestad están en ella y han visto la Nueva España, dicen ser mucha más cantidad de gente que la de allá. Es toda un pueblo y una sementera, y una mina de oro, y si las casas no se ponen unas sobre otras, no pueden caber en ella más de las que tiene; próspera de ganado como la del Perú, con una lana que le arrastra por el suelo; abundosa de todos los mantenimientos que siembran los indios para su manutención, así como maíz, papas, quina, madi, ají y frijoles.

La gente es crecida, doméstica, y amigable y blanca, y de lindos rostros; así hombres como mujeres vestidos todos de lana a su modo, aunque los vestidos son algo groseros. Tienen muy gran temor a los caballos; aman en demasía los hijos y mujeres y las casas, las cuales tienen muy bien hechas y fuertes con grandes tablazones, y muchas muy grandes, y de a dos, cuatro y ocho puertas; tiénenlas llenas de todo género de comida y lana; tienen muchas y muy grandes vasijas de barro y madera. Son grandísimos labradores y tan grandes bebedores. El derecho de ellos está en las armas, y así tienen en sus casas, y muy a punto para se defender de sus vecinos, y ofender al que menos puede.

Es de muy lindo temple la tierra, y se darán en ella todo género de plantas de España mejor que allá. Esto es lo que hasta ahora hemos reconocido desta gente.

[*Carta al Emperador,* fechada en la Concepción del Nuevo Extremo, a 25 de septiembre, 1551.]

FIGURA 7. Araucanos del siglo xvii, grabado. (Fuente: Pedro Carrasco y Guillermo Céspedes, *Historia de América Latina 1. América indígena. La conquista*, Madrid, Alianza, 1985, figura 33.)

JUAN LADRILLERO

(Béjar, León, 1504 – Charcas, Perú, 1574/1582)

La ruta del Estrecho, descubierto por Magallanes con tanto esfuerzo y dispendio, quedó prácticamente olvidada hasta el punto de que Ercilla, pese a estar tan cerca de ella, acogía el rumor popular de que algún fenómeno natural la había obstruido. Lo cierto es que no existía ninguna descripción detallada de su intrincado derrotero. Por otra parte, fracasado el proyecto de Valdivia y Pastene, el Estrecho había sido cruzado únicamente en dirección oeste, es decir, del Atlántico al Pacífico.

Estos hechos y la importancia que la nueva ruta podía tener para los dominios españoles de la fachada occidental, movieron al virrey del Perú, Marqués de Cañete, y a su hijo García Hurtado de Mendoza, gobernador y capitán general de las provincias de Chile, a encargar al capitán Juan Ladrillero, experto navegante, una exploración circunstanciada del Estrecho, entrándole por el Pacífico o Mar del Sur.

Ladrillero zarpó del puerto de Valdivia el día 17 de noviembre de 1557. Además de la capitana donde él iba, llevaba de conserva dos navíos y un bergantín del capitán Francisco Cortés Ojeda.

A los ocho días de navegar hacia el sur, tuvieron fuerte tormenta, hallando refugio en una bahía que llamaron de Nuestra Señora del Valle, a unas ciento sesenta leguas de Valdivia (47 grados 30 minutos).

Siguiendo su camino y antes de entrar en el Estrecho (8 de diciembre) la expedición quedó dividida, perdiendo contacto con la capitana las naves de Francisco Cortés.

Ladrillero continuó solo con su nave recorriendo penosa, pero detalladamente el Estrecho; exploró sus diversas bocas, anotando los accidentes de la costa, sus islas, sus temperaturas, sus vientos y los pueblos ribereños, hasta llegar al Atlántico el día 8 de agosto de 1558.

La expedición había durado casi nueve meses. Surgió en el puerto de San Mateo, y retrocedió hasta Valdivia. Así pudo observar el régimen de los vientos en estaciones diversas.

Del doble viaje de Juan Ladrillero nació una *Relación de derrotas...* que es la primera guía de navegantes por aquel intrincado laberinto del Estrecho de Magallanes.

Ladrillero promete, y lo cumple con brevedad y precisión, dar relación de la "manera y calidad de las gentes de cada provincia o bahía, trajes que acostumbraban traer y sus armas ofensiva".

Así, en breves rasgos de precisa observación, señala Ladrillero diversos pueblos. Todos pescadores y cazadores, sin asiento fijo, todos parejos en su vida primitiva y su vestir, impuestos por la pobreza de la tierra y el rigor glacial del clima, pero diferentes en su raza. Los más, de estatura regular y aun pequeña (algunos barbados), y en el extremo oriental los patagones agigantados —ya que no gigantes, pues Ladrillero es exacto en sus relaciones—, pero aquéllos viviendo prácticamente en sus canoas y éstos en tierra firme.

La vejez retiró a Juan Ladrillero de los peligros del mar. En 1574 lo encontramos encomendero en Charcas; había fallecido ya en 1582. Con justicia, la geografía chilena perpetúa el nombre de Ladrillero en un canal y varias islas del territorio de Magallanes.

BIBLIOGRAFÍA

Descripción de la costa del mar Océano, desde el sur de Valdivia hasta el Estrecho de Magallanes inclusive. 1557-1558.

Ediciones

1788	Madrid	Navarrete, *Relación del último viaje por el Estrecho de Magallanes, en los años 1785 y 1786.*
1880	Santiago	*Anuario Hidrográfico de la Marina,* vol. VI.
1920	Madrid	*Documento* núm. 15 del apéndice a la obra de Pablo Pastells, *El descubrimiento del Estrecho de Magallanes, en conmemoración del IV Centenario,* pp. 338-367. Es copia del original, conservado en el Archivo General de Indias. Sevilla.

[DEL PACÍFICO AL ATLÁNTICO]

Entrando al Estrecho por el Oeste. Indios barbados

La gente de esta bahía es bien dispuesta y de buen arte. Tienen barbas los hombres, no muy largas. Sus vestiduras son unos pellejos de lobos marinos y de venados atados por el pescuezo que les llegan a las rodillas, así los hombres como las mujeres. Traen unos dardiles mal hechos y dagas de hueso de ballena de palmo y medio y de dos palmos. No tienen asiento en ninguna parte. Andan en canoa de cáscaras de árboles y de unas partes en otras. Comen carne de lobos marinos y de unos peces y animales cruda, y marisco. No tienen ollas ni otras vasijas, ni comen sal ni saben qué cosa es. Traen en las canoas unas varas delgadas, y donde quiera que llegan arman su casa y se reparan del agua y de la nieve de invierno, que suele caer mucha.

[*Relación,* p. 345.]

Bahía de Nuestra Señora del Valle (indios chonos)

La gente que hay en esta ensenada susodicha son indios pescadores, de mediano cuerpo y muy proporcionados. No tienen sementeras, manteniéndose de pescado y mariscos y lobos marinos que matan, y comen la carne de los lobos y pescado crudo o aves cuando las matan y otras veces las soasan. No tienen ollas ni otra vasija, no se ha hallado sal entre ellos. Son muy salvajes y sin razón, andan vestidos de los cueros de los lobos y de otros animales, con que se cubren las espaldas y caen hasta las rodillas y una correa con que las atan por el pescuezo a manera de ligadas que traen las indias del Cuzco. Son de grandes fuerzas, traen por armas unos huesos de ballena a manera de dagas y unos palos como lanzuelas mal hechas. Andan en canoas de cáscaras de cipreses y de otros árboles. No tienen poblaciones ni casas, sino hoy aquí mañana en otra parte, y donde quiera que llegan llevan más unas varillas delgadas, las cuales ponen en el

suelo y con cortezas de árboles que en las dichas canoas traen, hacen sus casillas chiquitas a manera de ranchos, en que se meten y se reparan del agua del cielo y de la nieve. Yo estuve en esta bahía de Nuestra Señora del Valle en el mes de noviembre.

[*Relación,* p. 341.]

Indios pequeños (aliculuf?) en el paralelo 52

La gente de esta tierra es bien dispuesta, los hombres y las mujeres pequeños y de buen arte y de buena arte y de buena masa al parecer. Sus vestiduras son cueros de venados atados por el cuello que les cubren hasta bajo las rodillas. Comen la carne cruda y el marisco, y si alguna vez lo asan es muy poco y cuando lo calientan. No tienen casas ni poblaciones, tienen canoas de cáscaras de cipreses y de otros árboles. En ellas traen sus mujeres e hijos, y con unas varas delgadas y cáscaras de árboles que traen en sus canoas, donde quiera que llegan hacen un rancho pequeño donde se abrigan del agua y nieve. No les vimos armas, aunque les tomamos mujeres y muchachos y tornamos a soltar. Las mujeres son muy pequeñas de cuerpo, es gente bien agestada y más los muchachos que las mujeres.

[*Relación,* p. 350.]

Salida al Atlántico. Los patagones

La gente que hallé en esta boca de este Estrecho a la parte de la mar del Norte, es gente soberbia y son grandes de cuerpos así los hombres como las mujeres. Y de grandes fuerzas los hombres y las mujeres bastas de los rostros. Los hombres andan desnudos, traen por capas pellejos de guanacos, sobados, la lana para adentro hacia el cuerpo, y sus armas son arcos y flechas de pedernal y palos a manera de macanas, y tienen por costumbre untarse con una tierra blanca como cal la cara y el cuerpo. El traje de las mujeres es sus vestiduras de los pellejos de los guanacos y de ovejas, sobados, la lana para adentro y poniéndoselos a la manera de las indias del Cuzco, los pellejos asidos con correas por cima de los hombros, atados por la cintura y los brazos de fuera y que les llegan abajo de las rodillas. Traen zapatos del

mismo cuero que les cubre hasta encima de los tobillos, llenos de paja por dentro, por amor del frío, y andan untadas con aquella cal como los hombres. Y a lo que entendí, no tienen asiento. Están cerca de la costa del Estrecho. Es poca gente, a lo que entendí. Sus casas son que hincan unas varas en el suelo y ponen pellejos de guanacos y de ovejas y de venados, y hacen reparo para el viento y por dentro ponen paja porque esté caliente, y donde se echan y se sientan por estar más abrigados, porque a lo que me pareció debe de llover poco cerca de esta mar del Norte en este Estrecho, aunque en este mes de agosto nos nevó los días que allí estuvimos, y, el Estrecho adentro, todo lo más del mes.

[*Relación,* p. 356.]

MIGUEL DE GOIZUETA

(... 1557 ...)

Al quedar dividida la expedición de Ladrillero, en diciembre de 1557, el capitán Francisco Cortés Ojeda (que había participado ya en la expedición de 1553), trató de llevar adelante su navegación con la esperanza de encontrar la nave capitana; pero al formar con sus navíos una unidad independiente, hubo de nombrar y juramentar a sus oficiales.

Miguel de Goizueta asumió el cargo de escribano. En este concepto llevó el diario, y aunque sus funciones no empezaron hasta que tomaron independencia las naves de Cortés, tuvo el buen sentido de comenzar narrando la expedición conjunta, o sea al partir del puerto de Valdivia.

Náuticamente la expedición de Cortés fue un fracaso. Vistos los obstáculos que se le oponían, a últimos de enero, recién entrado en el estrecho de Ulloa, cuando ya no les quedaba sino una sola nao, decidieron regresar a su base, habiendo explorado hasta los 52 grados y medio, sin dar con la boca del Estrecho de Magallanes. Pero destrozada también su última embarcación, el día 17 de febrero de 1558 saltan a tierra firme obligados a construir con sus restos un pequeño bergantín y a correr a su bordo la aventura del regreso.

Por ello acamparon en una isla (49 grados un tercio) que creían tierra firme, donde fueron visitados repetidas veces por los indígenas; se hicieron a la mar el 29 de julio.

La navegación del pequeño bergantín es lenta y forzosamente costera, por lo cual han de limitarla a las horas diurnas. En tres meses de rumbo hacia el norte llegan al golfo de los Coronados (43 grados), donde una ballena los pone a riesgo de zozobrar y son recibidos hostilmente por los indios. Están ya cerca de Valdivia, adonde llegan el primero de octubre de 1558, fecha que cierra la *Relación* de Goizueta o *Rotero de Cortés Ojeda.*

En esta relación se pueden señalar tres partes: la crónica de la navegación hacia el Sur con la descripción de sus penalidades y pérdida de los navíos; el derrotero de regreso, muy exacto geográficamente y no exento de detalles anecdóticos; por fin, una descripción sumaria de las tres regiones en que divide el Chile meridional: provincia de An-

cud, tierra de los huillis y extremo sur. En toda la *Relación* se contienen noticias llenas de interés sobre el aspecto físico y la cultura material de sus habitantes.

BIBLIOGRAFÍA

Rotero de Cortés Ojeda, que fue con Juan Ladrillero en el navío "San Sebastián". 1557-1558.

Ediciones

1879 Santiago *Anuario Hidrográfico de la Marina,* vol. v.

1920 Madrid *Documento* núm. 14 del apéndice a la obra de Pablo Pastells, *El descubrimiento del Estrecho de Magallanes, en conmemoración del IV Centenario,* pp. 303-337. Es copia del original, conservado en el Archivo General de Indias, Sevilla.

[COSTAS MERIDIONALES DE CHILE]

El Golfo de los Coronados

Otro día de mañana tornando la marea fuimos el golfo adentro, como quien va por un raudal hasta ver lo que convenía. Y en presencia nuestra iban de dos en dos las canoas por medio del golfo con la corriente y en poco tiempo las perdimos de vista, siendo nosotros surtos. Estas canoas son hechas de tres tablas como batiquines de Flandes, son muy ligeras sobre agua, y vimos había mucha cantidad dellas; y así andando, viendo la tierra y costa della, hablaba el capitán con los indios, y decía que le entendían bien y que parecía lengua de mapocho.

Y desde que el capitán le pareció no pasar más adelante, atento no tenía comida que comiésemos, porque nosotros no la traíamos ni en la tierra la hallábamos porque así como nos vieron entrar hicieron grandes ahumadas, con lo que se dieron mandado y alzaron todas las comidas, y así se hallaban los hoyos en las casas de do acababan de sacarla. Por cuya falta, como he dicho, mandó el capitán fuésemos hacia la boca del dicho golfo, costeando las playas a tiro de arcabuz de tierra; y los indios de la tierra venían tras nosotros con sus lanzas y macanas, haciéndonos muchos fieros ademanes y apaleando el agua y llamándonos *aucaes,* que nos fuésemos a la mar si no queríamos morir a sus manos, que a qué habíamos venido allí, que no era por allí el camino de los navíos. Y así andando como galeota de turcos, haciendo saltos por tomar comida, tomamos algunas piezas que estaban descuidadas en las casas cercanas a la costa. De los cuales supimos lo que ellos nos supieron decir, cómo habían venido por aquella tierra había seis meses unos cristianos que llegaron dos jornadas de allí, a un *cabí* que llamaban *Relgueante* y a otro que llamaban *Cutegue,* y que habían hablado con el *airaza* del dicho *cabi,* cual se llamaba Tavepelqui; y que allí no habían llegado ni los vieron, mas que lo oyeron decir, de los cuales

cristianos nombraron algunos y entre ellos al teniente Altamirano.

Y así nos fuimos a buscar puerto costeando y los indios dándonos grita en la paraje de nosotros, hasta que llegamos a un abrigo que se hacía en una punta de tierra llana que se llamaba Chanqui Cabi, en el cual puerto surgimos con la potala, en una braza y media de fondo de arena limpia. Y así surtas, se juntaron muchos indios con sus armas frontero de nosotros, llamándonos *aucaes* y otras cosas con que ellos se deshonran. Y así visto por el capitán su desasosiego dellos, los estuvo hablando, a ratos con lengua, a ratos sin ella, un buen rato; y al fin les hizo echar las armas de sí y les hizo viniesen a servir y les dimos un proís, y ellos propios lo ataron a un árbol mal atado, do mandó el capitán saltasen dos hombres con el cuidado necesario y lo atasen. Y así saltaron y lo hicieron. Estos indios nos traían leña y agua y pescado aunque poco, y desque no lo querían hacer el capitán les hablaba y reñía y así venían con ello a bordo, porque a nosotros no nos dejaba saltar a tierra por ello nuestro capitán. Y desque hizo tiempo para ir a ver lo que estaba por mirar, tomó el capitán un cacique que a bordo vino, el cual dijo le llevaba para que le diese cuenta de los *cabíes* que a la espalda estaban en la propia costa. Y en presencia de los otros indios de tierra le dio una manta colorada, con la cual se alegró. Y perdió el temor; con el cual hizo el capitán un parlamento a los indios de tierra y mandó echasen en tierra las otras piezas primeras que no servían, y así quedaron contentos y de paz. A cuya memoria se nombró este puerto de Paz, el cual está en el cabo Chanqui al sueste del dicho cabo.

[*Relación,* p. 330.]

Provincia de Ancud

Este golfo de los Coronados tiene gran corriente y dentro se ensancha muy ancho. Cuyas riberas son todas despobladas y muy alegres y de mediana fertilidad. Los indios andan gordos y bien vestidos; adentro mucha pesquería; esto se entiende aquí a la boca porque dentro está mejor población, especial a la banda del oeste, en cuya tierra está la provincia de la suela de Ancud.

Desta provincia de Ancud hay grandísima fama de su fertilidad, de mucha comida de maíz crecido y gran mazorca, papas y por otros quinoa y made, de tierra rasa, sin monte, y de casas grandes de a 4, 5 y 6 puertas; de la obediencia que tienen a los caciques, que no siembran sin su licencia los indios de sus *cabíes,* de los orones que tienen de telcas de estado y medio de altos, más gruesos que pipas y de éstos dicen hinche un indio 3 y 4 y algunos más, y las papas las guardan en unos cercados de caña, de un estado de alto y de 6 y 7 pies de hueco, y destos dicen hinche 4 y 3 cercados de papas. Y tienen a seis y a cuatro y a ocho ovejas cada indio, y los caciques a doce y a quince y a veinte, y sola una oveja atan y todas las otras ovejas van sueltas tras ella; no meten en casa más de las que son lanudas, las demás quedan en el prado con la que atan en un palo que tienen hincado, cuales tienen cada uno señaladas y el que las hurta lo mata el cacique, quejándose a él el que la pierde.

Esta tierra dice que dura seis días de camino. Las varas con que hacen sus casas las traen de dos jornadas de su sitio, y cúbrenla con poca paja que llaman cairon, y dura cada casa diez a doce años. Queman por leña las cañas del maíz y las cañas de la quinoa, y cuando les falta lo dicho traen leña dos jornadas de allí. La tierra es rasa con unas lomas y quebradas pequeñas, en las cuales quebradas dicen no hay *miote,* porque lo cavan hasta la lengua del agua, y si lo hay es poco y no es bueno para quemar. En un cabí que llaman Cucuilen dicen que hay oro y sácalo el cacique que llaman Queteloap. Y en los cabíes que están en la costa del mar se toma mucho pescado, lo cual comen y dan de balde a los de la tierra dentro, especial en el cabí que llaman Tuilazt. Y en esta provincia tienen que beber lo más del año, especial en el cabí que llaman Quinchoaoque dicen beben todo el año, lo cual es en la provincia dicha de Ancud. Y dicen que a levante desta tierra de Ancud está otra tierra, que llaman Minchemavida, entre las cuales es mar; y en las riberas del mar de la dicha tierra que llaman Minchemavida toman mucho pescado, y preguntándoles si se da comida dicen que no saben, mas que han oído que beben agua de maíz.

[*Relación,* p. 332.]

Del golfo de San Martín al cabo del Ochavario. Indios hullis o huliches

En esta tierra habitan unos indios marinos que traen unas canoas de tres tablas, en la manera que son las de los coronados, empero hablan otra lengua que los de los coronados no entienden. Estos indios llaman huilli, y son muy valientes guerreros con los comarcanos, los cuales les tienen miedo. Sus armas son las lanzas, macanas, puñales de hueso y piedras. Su vestir es de lana de unos perros pequeños, lanudos, que crían. Su comer es marisco y pescado, cual toman con anzuelos hechos de palo y redes de hilo hecho de corteza de unos árboles que llaman *guantu* de que también hacen mantas. Su habitación es en las canoas, do traen sus hijos y mujeres, con los cuales andan comiendo lo dicho de en isla en isla, cuales islas son estériles y tan montuosas que apenas se halla por do andar en ellas, si no es por la costa lo que la mar descubre con sus mareas y en muchas partes han peña tajada.

[*Relación*, p. 334.]

El frío austral

En este asiento nos venían algunas canoas con indios a los cuales dábamos mantas y otras cosas por asegurados, con los cuales rescatábamos marisco y cuervos marinos. Y ellos creyendo estábamos descuidados fingen ir por la mar, y saltaban en tierra y venían a hurtarnos las piezas, llevaban agua de un arroyo, do estaban asimismo lavando ropa... Y llegado los indios y visto estaban los muchachos con quien los guardaba, quisieron matar al hombre con traición tirándole piedras y dardos, y no pudieron hacerlo tan secreto, que el cristiano lo sintió y fue tras ellos, hasta que se le echaron a la mar, por do fueron nadando hasta su canoa. A cuyo ruido salimos, y vimos ir nadando los indios por la mar adentro, que no poca admiración nos fue ver el frío que sufrían, porque el agua salada se helaba cuajándose y no podíamos fuera de la lumbre estar mucho sin volver a ella, y si acaso metíamos la mano en el agua nos dolía y quemaba como fuego, y ellos iban nadando como peces.

Otras veces yendo a correr la isla, topamos indios con sus dardos que venían a desembarcar a ella, a los cuales cercábamos para tomarlos vivos, y venidos a las manos se nos escabullían dellas; porque, si los asíamos de la carne, deslizaban; y si del cuero del corzo que traían cubierto, largábanle luego y dejándole en nuestras manos, se huían; pues si por fuerza de arma habíamos de tomarlos, quedaban muertos o heridos y no eran de provecho, pues si quisieran soltar las armas para tomarlos con dos manos, traían ellos dardos y puñales de hueso de ballena que pasaran un hombre de banda a banda. Y así no se pudo haber ninguno de ellos por las vías que intentamos.

[*Relación,* p. 326.]

Extremo Sur (indios chonos)

Desde el cabo del Ochavario hasta el estrecho de Ulloa es otra disposición de tierra, más estéril y de más fea vista, y la gente es de otra lengua que no la de los huillis dicha, y peor gente y más pobre. Su comer es marisco; su vestir pieles de animales de agua y también de corzos de tierra, los cuales matan a puras lanzadas. Andan descalzos, sólo un pellejo les cubre las espaldas hasta la cintura. Su comer es mal asado, que no tienen vasijas ni barro ni hay de qué hacerla. Sus canoas son hechas de corteza de árbol, tan gruesa como un dedo, la cual cosen una con otra y hacen una canoa de buena forma; empero son tan tiernas, que si el hombre entra dentro como no sabe la maña la rompe y se anega luego. Con las cuales canoas andan de en isla en isla, comiendo mariscos con sus mujeres e hijos. Toda esta costa es islas y sucia de bahía, empero son fondables salvo desde cuarenta y ocho grados hasta cincuenta que son bajíos y bajas. Está de Valdivia cien leguas. Aquí traen puñales de hueso de ballenas.

Desde el estrecho de Ulloa, que es 51 grados hasta donde fuimos, que es en 52 1/2, es otra tierra más áspera, nevada y poco monte, todo piedra pelada, donde andan los mismos indios, aunque pocos. Cual está de Valdivia 230 leguas.

[*Relación,* p. 335.]

Bahía de Nuestra Señora del Valle

... y luego como surgimos, parecieron bien doce o trece indios en la tierra, con altas voces bailando y capeándonos con unos manojos de plumas de patos, a los cuales dejamos aquel día. Y otro día saltando en tierra, el capitán Juan Ladrillero con gente de su navío tomó dos indios para lenguas, de los cuales quedó uno en su nao y el otro soltaron con dádivas, que al indio dieron trigo y mantas de vela, bizcocho y otras cosas porque trajese de paz a otros sus compañeros que no lejos estaban, a los cuales fueron, visto que no venían. Los cuales ya se habían huido con sus canoas en las cuales llevaban sus casas, que hacen de cortezas de árboles tan bien como las canoas que son asimismo de dichas cortezas, cosidas con junquillos de barba de ballena, a las cuales fortalecen con barrotes delgados de varas de grosor de un dedo y afórranlas de paja o espartillo entre los barrotes y la corteza, como pájaros su nido. La hechura de ellas es como luna de cuatro días, con unas puntas elevadas. Su vestir es cueros de lobos marinos, y su comer según pareció sólo marisco asado y lo demás que pescan. No les hallamos ningún género de vasija de barro, ni en la tierra vimos disposición de barro de que se pudieran hacer. Estuvimos en esta Bahía del Valle hasta seis días de diciembre.

[*Relación,* p. 304.]

En el campamento del Bergantín

Y andados veintisiete del mes de febrero, domingo, que fue de mañana, oímos muchas voces de indios de la tierra, los cuales vimos estaban haciendo ahumadas en un cerro bien una milla frontero a nuestra ranchería. Y así vistos les respondimos a su son, y mandó el capitán los dejasen y no fuesen a ellos porque quería ir él a llamarlos; y así fue, llevando consigo al despensero. Los cuales vinieron a su llamado con tantos ademanes de recatamiento, que bien demostraban por ellos tener entre sí guerra unos con otros. Los indios que vinieron fueron catorce hombres de razonable estatura, sus armas eran fisgas de palo de dos brazas, y asimismo traían unos puñales de hueso de ballena bien de

dos palmos de largo. Sus vestidos eran pellejos de lobos marinos y de corzos de monte, no más largos que hasta poco más bajos de la cintura; su hechura, tal cual sale del animal. Caras jalbegadas de tierra colorada, con algunos reveses de negro y de blanco, y unas guirnaldas de plumas de patos sobre sus cabezas. Y desta manera vinieron hasta nuestras casas; y creyendo tuviéramos algún servicio dellos, especial de algún lobo de sus pesquerías para aceite para brear el bergantín, mandó el capitán no los enojásemos, porque quería asimismo asegurarlos hasta la partida, por llevar algunos que le pareciesen para lenguas. Y así, el propio capitán les dio anzuelos para sus pesquerías y torzales de oro para sus cuellos y muñecas y otras cosas con que se fueron contentos. Y otro día siguiente vinieron 16 indios a los cuales salió el capitán, y le presentaron un zurrón de cuero de lobo lleno de tierra colorada, con el cual presente nos reímos mucho; y el capitán les dio medallas hechas de estaño y llautos de paños de colores y otras cosas, y bizcocho y trigo cocido lo cual no querían ni sabían comer. Fueles asimismo pedido por señas trajesen de aquellos lobos de que andaban vestidos, y ello en lo que respondían parecía lo entendían, y así se fueron a sus canoas. Y andando ocho días del mes de marzo volvieron veinte y tres indios y no trajeron más que tres zurroncillos llenos de la dicha tierra colorada. Los cuales indios se desvergonzaron en tal manera que nos horadaban las casas por hurtar lo que en ellas teníamos, y vedándoselo nos amenazaban con sus puñales de hueso y fisgas; y por no matarlos, les decíamos por señas se fuesen y no se querían ir; antes concertaron darnos guazabara, para lo cual repartieron sus armas entre sí con los que no las tenían. Lo cual por nosotros entendido, teniendo nuestras armas prestas, viéndolos venir tirando piedras y fisgas, los espantamos con los arcabuces, de los cuales se guardaban bien; y así disparados los dichos arcabuces, saltó el capitán sobre ellos con seis hombres a espada y rodela, a los cuales indios siguió hasta sus canoas por les tomar alguna, para con ella tomar algún lobo para sacar aceite que era bien menester, y por azotar los indios que pudiese tomar, porque habían sido bellacos. Mas ellos como sabían los caminos, con su buen huir se embarcaron algunos primero que nosotros llegásemos, y los demás que restaron de embarcar, llevándose algunos espaldarazos, que matar no los queríamos, se metieron por el

monte adentro, donde con hurones no los sacaran; y así se fueron a otras islas y nos desembarazaron esta isla donde estamos, cual creímos primero era tierra firme.

[*Relación,* p. 322.]

OCTAVA PARTE
EL NORTE LEJANO

El deseo de hallar un paso del Pacífico al Ártico impulsó a expediciones que partían de la Nueva España, siguiendo la fachada exterior de California, una vez comprobado que ésta no era isla sino península. No cesaron las exploraciones con el descubrimiento del Estrecho de Behring (1728), lejano, poco abordable y con ambas costas en poder de los zares.

A las expediciones marítimas aisladas siguió la conquista por tierra. La cultura de los habitantes de ambas Californias, según la memoria que de ella nos dejaron los cronistas, no parece diferir sustancialmente de alguna de las más primitivas de Sinaloa y Sonora descritas por Pérez de Ribas (tercera parte).

El límite septentrional de las expediciones españolas lo señala el viaje de las goletas *Sutil* y *Mexicano* en el año de 1792, para reconocer el Estrecho de Fuca. Pero el más nórdico de los territorios ocupados fue la isla de Nutka (Nootka), habitada por gentes huacas (wakash) con un nivel de cultura muy superior al de las tribus californianas.

Completamente vestidos por exigencias del clima, usan pieles de búfalo y tejidos de lana entremezclada con fibras de corteza de cedro. Conocen la cestería, pero no la cerámica. Su característica principal es una técnica muy avanzada de la construcción: edifican grandes casas solariegas, con aleros; conocen también los palafitos.

Su vida social se basa en la existencia del cacicazgo, la distinción de clases, que, a través del comercio, llegaba a perfiles plutocráticos; y se organiza en aldeas con clanes totémicos y sociedades secretas. Domina el chamanismo, abunda la creencia en un espíritu guardián para cada individuo.

Son ya tan tardíos los testimonios acerca de estos pueblos nórdicos, que sólo aduciremos alguna pequeña muestra.

JUAN CRESPÍ, O. F. M.

(Palma de Mallorca, 1721 – Misión de San Carlos, California, 1782)

Fray Juan Crespí estaba destinado a formar, con sus compañeros Junípero Serra y Francisco Palou, el triunvirato de mallorquines creadores de la Nueva California, donde pasó los últimos trece años de su vida. Antes, desde 1750 hasta 1769, residió en San Fernando y otras casas de su orden, en la Nueva España.

Cuando, por la expulsión de la Compañía de Jesús de los dominios de la Corona española, pasaron a los franciscanos las misiones de la Alta California, el P. Crespí fue uno de los primeros enviados. Y cuando el gobernador Gaspar de Portolá, cumpliendo órdenes del virrey y de Gálvez, emprendió la ocupación de aquellos territorios, Crespí lo acompañó en el áspero recorrido de Sur a Norte.

Los seis famosos *Diarios* del P. Crespí insertos en las *Noticias de la Nueva California* del P. Palou, existen sólo en dos malas ediciones, difíciles de depurar, porque su texto original se ha perdido. El séptimo *Diario,* referente a la segunda expedición con Portolá (17 de abril a 11 de noviembre de 1770) ha sido descubierto y publicado hace pocos años.

Los textos que aquí copiamos no son de ningún *Diario,* sino de la carta escrita por Crespí al guardián de San Fernando, fray Juan Andrés, el día 11 de febrero de 1770, desde San Diego. La primera expedición de Portolá, salida de allí mismo el día 11 de julio del año anterior, acababa de regresar. Juan Crespí consigna en su carta sus más frescas impresiones de aquella penosa marcha que, a lo largo de toda la Nueva California, lo llevó a ser el primer franciscano que pisó el territorio de la futura ciudad de San Francisco, el día 30 de octubre de 1769.

Crespí acabó sus días mortales en la Misión de San Carlos, que Junípero Serra había fundado, como centro de su empresa evangelizadora, junto a la rada de Monterrey. Allí fueron enterrados uno y otro.

Seis *Diarios de sus viajes* en las *Noticias de la Nueva California,* de fray Francisco Palou

Otro *Diario. Carta.*

Ediciones

1857	México	Edición costeada por el Supremo Gobierno de México.
1874	San Francisco	John T. Doyle reproduce, en un pequeño tiraje, la edición anterior.
1946	Washington	Charles J. G. Maximin Piette, O. F. M., "An unpublished Diary of Fray Juan Crespí, O. F. M. (San Diego to Monterrey, April 17 to November 11, 1770)", *The Americas,* III, pp. 102, 254, 369.
1946	México	*Dos cartas sobre California del siglo XVIII.* Biblioteca de Aportación Histórica. (Publica la Carta de 11 de febrero de 1770.)

Traducción

1926	Berkeley	Fray Francisco Palou, *Historical Memoirs of New California.* Edited by Hebert Eugene Bolton. University of California Press. (4 vols.)

[PRIMER RECORRIDO DE LA NUEVA CALIFORNIA]

Hospitalarios indígenas de San Francisco

Está este puerto de San Francisco todo rodeado de muy grandes y crecidas rancherías de gentiles, casi todos barbados, muy rubios, afables, mansos y dóciles.

Así que estos buenos gentiles tuvieron noticia de nuestra llegada a esta comarca, nos salieron a buscar a los caminos, muy contentos y cargados de grandes cantidades de sus pinoles y atoles de zacates, que sacan muy buenos y sabrosos, que muchas veces gusté. Todos a porfía querían que fuéramos a sus rancherías que nos darían de comer, y cuando no lo podíamos hacer por no extraviarnos, se iban y nos traían de comer en los caminos, y en este paraje en particular tuvo una ranchería de como setenta gentiles que nos traían al encuentro, al camino, como una fanega de buen pinole y otra de atole muy espeso, que parecía manjar blanco, que trajeron en *4 chiquihui-tones* muy grandes, que hacen muy buenos y tupidos de juncos; y así se nos iba el corazón con estos miserables viendo la afabilidad y el sin miedo de hablar con unas gentes extranjeras, como si siempre hubiesen tratado con nosotros.

La tierra toda generalmente desde San Diego hasta el último término del puerto de San Francisco, adonde llega, es muy superior y toda empastada de muy buenos zacatales y otros muchísimos yerbales. Toda muy abundante de aguas corrientes de muchísimos arroyos y ríos; solamente cerca de San Diego no es tan abundante de aguas corrientes, pero donde no las hay corrientes hay buenas pozas y lagunas de veneros. Como 34 leguas de San Diego empiezan a encontrarse ríos y hay tres juntos en términos de unas ocho o nueve leguas desde el primero al último, y todos ellos se puede decir que abrazan la llanura de muchas lagunas, que cada uno abraza lagunas de muy buenas tierras llanas, y de cada uno de todos los ríos se podrían sacar grano para ciudades, sin o para mantener provincias. Los ríos todos, contando el del

puerto de San Francisco, son once o doce y todos tienen grandes llanuras. La gentilidad es muy numerosa. Generalmente en todas partes hasta San Francisco muy dócil y afable y mansa, que en todas partes nos agasajaron y festejaron cuanto pudieron, trayéndonos en todos los pueblos y rancherías muchísimas bateas de pinole y atole de sus zacates, sin darles nada; ni ellos lo hacían una vez al día, sino las mismas porciones por la mañana y al mediodía y a la tarde.

La populosa Canal de Santa Bárbara

En la Canal hay ocho o diez pueblos formales de muchísimas casas muy bien hechas, a forma de medias naranjas redondas, techadas de zacate; hay un pueblo que está sitado que tendrá más de cien casas, y este sitado no bajará de ochocientas almas; todos los pueblos son de muchísima gente de la Canal que se llama Asumpta de María Santísima, tiene río y aguas. Sólo la tierra generalmente tiene un pero y es muy falta de leña y maderas por lo regular y de piedra, que se andan jornadas sin ver una piedra.

Los ásperos habitantes de San Diego

De todo lo manifestado, los que nos han parecido más broncos son estos indios de San Diego, con una rinconada de pocas jornadas. Son muy boruquientos y codicios y de muy largas uñas y cuanto ven quieren arrebatar, y mas que les dieron toda la ropa que tienen de los almacenes de México, mas que se les diga se la vistan la llevan puesta aquel tiempo que se les da, pero lo mismo es llegar a su ranchería que ya se desapareció para siempre tal cosa dada sin que se les vuelva a ver. Acá por poco acaban con todos el día de la Asunción. Y porque el padre Presidente desde luego informará, como que se halló presente, y el Vicario, que es carta viva y participó en la fiesta, no digo nada.

[*Carta a Fray Juan Andrés,* pp. 20-33.]

MARINO ANÓNIMO

(1789)

La isla de Nutka, adyacente a la de Vancouver, habría sido visitada por Bartolomé Font, en 1640, según la Relación de su viaje. En todo caso, quedó olvidada y su verdadero descubrimiento tuvo lugar por el piloto mallorquín Juan Pérez (Perés), que en 1774 estuvo fondeado en la que llamó Punta de San Esteban. Más tarde (1778) la recorrió Cook, dándole el nombre de King George; pero en 1789 se posesionó de ella, por el rey de España, el comandante Esteban José Martínez, quien fundó allí el establecimiento de San Lorenzo. Había salido del puerto de San Blas, en la Nueva España, a bordo de la fragata *Princesa,* el 2 de febrero, y llegó a la isla el 5 de mayo.

Por los acuerdos hispano-británicos el 12 de febrero de 1793 y 11 de enero de 1794, las islas de Nutka y Vancouver pasaron al dominio británico. Aquellos límites, separando las dos colonizaciones, son los que hoy separan Canadá de los Estados Unidos.

Algunas Noticias de Nutka aparecen anónimas al final de un "Extracto de las noticias más esenciales que comprehende la recopilación de los Diarios de las expediciones hechas sobre las costas del Noroeste de América por nuestros pilotos y oficiales de marina de San Blas", conservado en el Museo Nacional de Madrid.

No se puede precisar si las Noticias fueron escritas durante la expedición de 1789 o en 1790.

BIBLIOGRAFÍA

Algunas Noticias de Nutka. 1789.

1945 Madrid Ybarra y Berge, Juan de. *De California a Alaska. Historia de un descubrimiento.* (Colección "España Ante el Mundo". Instituto de Estudios Políticos.)

[ALGUNAS NOTICIAS DE NUTKA]

Climas y producciones

Generalmente en la entrada de Nutka hay muy poco terreno capaz de agricultura, siendo todo él muy montuoso y pedregoso. El clima es bastante templado y la nieve no permanece mucho tiempo sin derretirse. Por los montes se hallaron pinos blancos resinosos, cedros, cipreses, espruces altos, sauces, álamos, y un árbol cuyas hojas son muy parecidas a la cicuta y tienen una corteza carmesí muy propia para los tintes.

Las observaciones que todos los nuestros hicieron del temperamento de Nutka en el invierno, demuestra que es frío y muy húmedo y lluvioso por la impenetrable arboleda, muchas lagunas contiguas, y la neblina que nunca cesa. De aquí resultan catarro, dolores reumáticos, disentería y escorbuto del que enfermaron todas nuestras tripulaciones.

Armas

Los naturales son muy inclinados a bailes y cantos. Las armas que usan son picas de hueso con un cabo de ocho a diez pies de largo, la cual tiene un uso cuando cierran con el enemigo. También manejan con mucho acierto arcos y flechas, con punta de hierro o de hueso.

Religión

Adoran el sol, según se pudo entender y le ruegan les preserve del furor de otras tribus y les dé sobre ellas la superioridad que necesitan. Las figuras esculpidas en madera que llaman *Klummas* son representaciones de sus amigos difuntos. Macuina aseguró que la que tenían en su casa era en memoria de su hija que acababa de morir. Creen en la inmortalidad del alma y que está dentro del cuerpo humano en forma de pájaro; que inme-

diatamente después de la muerte baja a una gran profundidad debajo del mar, donde hay una hermosa ciudad destinada a su recepción, en que hallan, conocen y son conocidos de los amigos que les precedieron con sólo el sentimiento de haber dejado el paraje que habitaban y los conocidos que les sobrevivieron. Tienen la opinión de que buenos y malos e indiferentes van al mismo lugar y por consiguiente sus futuras esperanzas no deben inferir sobre la parte moral de sus acciones. A pesar de esto, les vimos muy fervorosos en sus súplicas al Ser Supremo, para de este modo distraer su pena y proveer a su alivio.

Matrimonio. Familia

Las gentes principales raras veces se casan en su misma tribu y buscan enlaces con las distantes. Estos contratos se hacen por los padres respectivos desde la infancia de los niños y el esposo y esposa permanecen sin conocerse hasta el instante en que llegados a edad conveniente les mandan unirse para siempre. La castidad entre estas gentes es una virtud muy respetada, y nos aseguraron que el adulterio lo castigan con pena de muerte y arrojan de los poblados los cuerpos de los adúlteros para que los devoren las fieras. Cuando un padre quiere dar un nombre o apellido a su hijo paga considerable cantidad al jefe y a los padrinos de esta celebridad. Raro *dáhi* deja de tener sus de estos nombres apelativos. Macuina tenía diez, y en una palabra, ya las distinciones de nobleza están introducidas en Nutka y son no en proporción del mérito de los hombres sino de su riqueza. Es raro que estos nombres no son hereditarios de padres a hijos, y así el hijo de *Hanarée* se llamaba *Kaashukonuk.*

Antropofagia

El 19 de febrero de 1789 zozobró una canoa del pueblo de Vgot y perecieron en ella muchos hombres. El día siguiente se juntaron muchos más en ala sobre la playa y regalaron a sus viudas las hachas, cuchillos y otros útiles que pudieron juntar.

Sin embargo, de unos usos que tanto deponen de la humanidad de estos pueblos, es cosa segura que comen la carne de sus

enemigos, y aun Macuina era acusado de comprar criaturas, comérselas en llegando a tener la edad de ocho años. Entonces ponía las víctimas delante de sí, cerraba los ojos, daba palos al aire hasta que algunos de ellos hacía la muerte que intentaba, y despedazando la criatura, se la comía con notables gestos y dando grandes alaridos. Lo cierto es que varias veces nos mostraban huesos humanos, y aun vimos la mano de un niño asada poco hacía.

Primeros contactos

Cuarenta meses antes de la llegada de Cook vieron la primera embarcación de que tienen memoria. Era de tres palos y la acompañaba otra muy chica de dos; anclaron en la costa al sur de Nutka, y por todas las señas que dieron, hasta la de los uniformes galoneados de la oficialidad, no pueden ser otras que las de la expedición de Ezeta y Quadra en 1775.

Aspecto físico

Todos los que han frecuentado la entrada de Nutka convienen en que los naturales de ella y sus cercanías son de mediana estatura, robustos, de buenas facciones y de color de cobre aunque claro. Tienen la cabeza grande y aplanada por su frente y parte opuesta a ella, sobre cuya mollera se forma una elevación cónica que les imperfecciona. Esto proviene de que desde que nacen las criaturas las meten sus madres dentro de un molde o cuna estrecha de madera, cuyos bordes cosen uno contra otro, dándole aquella figura, y en él permanecen hasta que cumplen año y medio. Como estos naturales se sientan sobre las piernas, pierden las pantorrillas y les crecen enormemente los tobillos.

Los más tienen pelada la cabeza y arrancada la barba y muchos carecen de ellas.

Vestido

Su vestido consiste en una especie de esclavina que baja hasta lo inferior del pecho, cuya tela es un tejido de cortezas de árbo-

les y la ribetean con tiras de piel de nutria. Sobre el hombro derecho traen colgando una capa de pieles, que les llega a media pierna. Las mujeres usan una túnica que las cubre completamente.

Gobierno

Cada pueblo tiene dos jefes que cuidan de su gobierno interior y se hacen el acopio de víveres para la invernada. En el discurso del año varían algunas veces de domicilio según la mayor o menor abundancia de semillas, frutas y peces.

Comercio

Como la peletería de esta entrada la venden casi toda y adquieren por ella mucho cobre, solicitamos saber qué destino daban a este metal, y dijeron que lo daban en cambio de pieles y otros efectos a otras naciones internas con quienes comerciaban; en particular a los habitantes de un lago que hay al Este del Pico de Tasis al cual pasan transportando sus canoas por tierra a distancia de dos leguas, y navegando después cinco días hasta llegar a la ribera opuesta. Calculada la velocidad de estas canoas puede computarse de ochenta leguas esta distancia o anchura.

Prisioneros

Parece que las mujeres prisioneras son las únicas que se prostituyen a quien las paga.

Tratan con humanidad a sus prisioneros y para que sean conocidos de todos les cortan el pelo.

Pesca

Entre sus industrias la más digna de referirse es el método con que pescan. Para esto se sirven de arpones de hueso o concha de almejas encajados en huesos y las cañas que usan son de corteza de cedro muy bien trabajadas; el cordel, de arpón en un

extremo y una vejiga en el otro. Para pescar las ballenas salen los mozos más dispuestos en canoas y esperan la ballena en un paraje estrecho, la hieren con los arpones y la persiguen con muchas canoas, repitiéndole golpes siempre que aparecen al volver de sus zambullidas, lo que conocen por medio de la vejiga de cualquier arpón de los que se le ha clavado la sobrenada.

El ejercicio y la necesidad les han hecho maestros en la pesca, para la cual tienen anzuelos de madera de todos tamaños muy parecidos a los nuestros. El modo ordinario de pescar es poner en el cordel, a la distancia conveniente según la profundidad del fondo, una vejiga que nada y cuando algún pez grande se prende en el anzuelo lo manifiesta el movimiento de aquélla, y acuden a recogerlo. El método más ingenioso es el que usan para pescar la sardina; toman una vara de doce pies de largo en cuyo extremo inferior colocan un peine con veinticinco o treinta puntas equidistantes, y embarcándose dos hombres en una canoa la guía el uno por el cardumen de aquel pez y el otro tira sus golpes con la expresada vara. Esta maniobra la hacen con tal destreza que de cada golpe sacan al menos tantas sardinas como púas tiene el peine, y en breve rato cargan una canoa. También tienen redes para el mismo efecto, las cuales se afirman en una arqueta dejando el bolso suficiente a sacar el pescado debajo de las aguas. Las huevas de la sardina es el bocado de que más gustan, se lo procuran disponiendo una porción de ramas en forma de bolsa, la fondean en el pasaje en que notan que concurren las sardinas al desove, y al cabo de dos o tres días retiran la bolsa tan cargada de hueva que por lo regular se necesitan tres canoas para llevar la ramazón que trajo una. El salmón que tanto abunda en Nutka lo recogen con suma facilidad. Levantan unos corrales espaciosos de varas largas de pino en forma de rejas en los parajes de poca agua, dejando las compuertas precisas para que entre la creciente, y cerradas aquéllas queda a su discreción el pez en la menguante, de cuyo modo recogen cuanto necesitan. La pesca de una ballena la celebran con bailes y cantos de alegría, preservándose entonces pintados de negro, de encarnado y color de plomo, con plumas de águila muy finas en la cabeza, y arañado el cuerpo para dibujar figuras extrañas y estrambóticas; son en este estado horribles a la vista de los europeos.

[Ibarra y Berge, pp. 125-132.]

JOSÉ MARIANO MOZIÑO SUÁREZ DE FIGUEROA

(Temascaltepec, 1763 – Barcelona, 1819)

Hijo de españoles, comenzó sus estudios por la filosofía, en el Colegio de San Juan de Letrán de la ciudad de México; pero muy pronto se orientó hacia otros rumbos del saber. Médico y cirujano, la cirugía le dio buena mano para la disección y la medicina lo llevó lógicamente a la botánica.

Era en los años en que Martín de Sessé obtuvo del rey Carlos III la fundación del Jardín Botánico de México y, lo que es más, de una comisión de naturalistas encargada de explorar parte de la América septentrional. A propuesta de Sessé, el virrey Revilla Gigedo nombró al joven Moziño miembro de la comisión y "ya que tenía un particular genio anatómico", se le encargó especialmente de la disección de aves. Su nombramiento es de marzo de 1790.

Los naturalistas comenzaron a explorar por Michoacán y Nueva Galicia, debiendo continuar hacia Sonora. Estaba Moziño en estos trabajos cuando el virrey lo agregó, en calidad de médico y cirujano, a la Comisión de Límites de las Californias (diciembre, 1791). A las órdenes del comandante Juan de la Bodega y Quadra, embarcó la comisión en San Blas para Nutka, y regresó al mismo punto en febrero de 1793. Sessé pidió entonces al virrey que Moziño fuese mantenido en la comisión de naturalistas —pese a la real orden que lo sustituía por Senseve— porque en la expedició no había "otro mejor preparado". Los trabajos de la comisión (que tampoco olvidó durante su estancia en Nutka) llevaron a Moziño a las expediciones de las Californias, de las Mixtecas y de Guatemala. En total sirvió 11 años. Estuvo luego en España y en Francia, poniéndose en contacto con el sabio ginebrino Candolle, creador de la geografía botánica, y murió en Barcelona camino de París.

Moziño, que era nahuatlato y conocía tal vez alguna otra de las lenguas de la Nueva España, aprendió rápidamente la de Nutka, para servir de intérprete entre su comandante y el rey Macuina. Esto le permitió también enterarse mejor de las creencias y costumbres del país. Aunque es ante todo un científico, lo podemos considerar como un cronista en aquellas páginas donde refleja su visión en materias

ajenas al ámbito de sus estudios. Visión de profano, pero de observador agudo y reflexivo, y muy de hombre de su tiempo, del siglo de la Ilustración.

Con algún breve texto de Moziño cerraremos esta *Antología*, abierta con el *Diario de Colón*. Así cubrirá exactamente tres siglos, 1492-1793, y cien grados de latitud terrestre, desde el Estrecho de Magallanes hasta la isla de Nutka.

BIBLIOGRAFÍA

Noticias de Nutka. 1893.

1915 México *Noticias de Nutka, Diccionario de la lengua de los nutkenses y descripción del volcán de Tuxtla,* por... Precedidos de una noticia acerca del Dr. Moziño y de la expedición científica del siglo XVIII, por Alberto M. Carreño. Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

[DE LA VIDA RELIGIOSA Y DE LAS ARTESANÍAS DE NUTKA]

De ciertos sacrificios usados por los naturales

El Toys no puede hacer uso de sus mujeres siempre que se vea enteramente iluminado el disco de la luna, y aun entonces tiene obligación de abstenerse, si las calamidades públicas exigen el ayuno y la oración. En semejantes ocasiones acostumbra retirarse a una montaña, acompañado de dos o tres de sus domésticos, que llevan para sí alguna provisión de víveres, como que están exentos de la ley de la abstinencia, con que va a mortificarse el sacerdote. Éste se tiende boca arriba con los brazos unidos delante del pecho, y persevera muchas horas de la misma postura; al cabo de ellas se pone en pie, y a gritos implora la piedad divina, dirigiendo frecuentemente sus súplicas a los difuntos Toyses, cuyo origen testifica que no desmiente y cuya benevolencia desea siempre conservar, pues de su protección espera que vean ellos por su sangre, y lo colmen de felicidades. De este modo puede mantenerse 2 o 3 días sin tomar más alimento que un poco de yerbas y otra poca de agua. Otras veces hace dentro de su propia casa la oración para conjurar por su medio las tempestades, que impiden a los *Mes-chi-mes* salir a la pesca, y demás trabajos. Encerrado entonces en el cajón o nicho de que hemos hablado antes, golpea muy reciamente las tablas de un lado y otro con las manos, y a voz en cuello entona preces; una de las cuales pude yo aprehender y presento aquí traducida, a costa de intensísimo trabajo: "Danos, Señor, un buen tiempo, concédenos la vida; no nos hagas perecer; vuelve a nosotros tus ojos; aparta de la tierra las tempestades, y de sus habitantes las enfermedades; interrumpe la frecuencia de las lluvias; déjanos ver los días claros y los cielos serenos". Queda después en el más profundo silencio, y las mujeres se acercan a su tabernáculo, lo llaman repetidamente por su nombre, y le ofrecen de comer; mas él, sordo a sus importunaciones, si por ventura llega a desplegar sus labios es sólo para orar con un nuevo género de fervor, arrebatán-

dose cada vez más y más con el ímpetu de su devoto entusiasmo.

No pude averiguar con qué motivo se celebraría un bárbaro sacrificio cuya ejecución está reservada al príncipe más valeroso. Consiste en ir éste acompañado de dos *Mes-chi-mes* y hasta la orilla de un profundo lago de agua dulce, en donde deja la capa al cuidado de sus asistentes, y tomando en ambas manos dos pedazos de la corteza más áspera del pino, se precipita cabeza abajo desde una roca, y sacando al cabo de un pequeño rato el rostro de entre las aguas, se frota fuertemente los dos carrillos, la frente y la barba con las referidas cortezas, se vuelve a zambullir y a repetir la misma ceremonia cruel todas las veces que quiere desperdiciar más y más su sangre que copiosamente le brota de las partes ofendidas. Sus espectadores, entre tanto, le lisonjean el oído con sus reiterados aplausos. *Quatlazape* sirvió de víctima y sacerdote cuando nos hallábamos en aquella isla, y la aclamación con que se aplaudía su religiosa intrepidez, eran estas voces, que sin cesar repetían los *Mes-chi-mes* " *Hiachacus Quatlazape:* Quatlazape es un gran hombre".

Artes sedentarias

Las artes sedentarias se reducen solamente al hilado y al tejido, y hacen la ocupación diaria de las mujeres. No tienen éstas más rueca que sus muslos y dedos para unir las hebras del ciprés, lana y pelo de nutria con que forman primeramente el torzal grueso, que después adelgazan y alargan enredándolo en una varita de cerca de un pie de largo, que giran sobre una pequeña tabla con la misma destreza y agilidad que acostumbran nuestras indias en sus malacates. Los telares para sus tejidos son muy sencillos. Cuelgan el urdimbre de una caña horizontal a la altura de cuatro pies y medio del suelo, y con los dedos solamente, movidos con celeridad, variedad y tino extraordinario, suplen todos los instrumentos que les harían menos incómodo este trabajo. Para los sombreros y esclavinas tienen hormas a propósito; uno y otro comienza a tejerse por el centro muy tupido, y deja los extremos de los hilos muy bien enhebrados en el contorno. Para las esteras no gastan más aparatos que nuestros

indios de Xochimilco. Ellas son demasiado bastas, o bien por no permitirles las espadañas hacerlas más finas, o bien porque emplean en su tejido muy poca diligencia. Los curtidos de toda especie son muy buenos; quedan las pieles suavísimas, y capaces de doblarse con la misma facilidad que las de los zurradores más diestros.

Muy poco se trabaja con los metales: cortan el cobre en láminas de poca anchura, le redoblan los bordes, y le arquean para formar brazaletes etc., o, sin arquearlo, hacen los pequeños cilindros que cuelgan a las orejas y extremidad del cabello. Carecen de aguzaderas en qué afilar los instrumentos de hierro y así sólo se contentan con hacerles punta a fuerza de golpes. Taladran perfectamente bien los pequeños caracoles, y púas despuntadas de la concha de venus, de que hacen el mismo uso que nuestras damas de las perlas. Su escritura y pintura son tosquísimas: no sólo no están en la infancia de estas artes, en ellos, sino para hablar con exactitud, ni aun en embrión.

Carpintería. Las canoas

Los carpinteros no tienen más instrumentos que el fuego, conchas y pedernales. Para derribar un árbol lo incendian por abajo, le arrancan después las cortezas, y si quieren formar tablas, en unas secciones paralelas a su eje van encajando cañas con el mismo artificio con que labran los mexicanos las delgadas tabletas que llaman *tlajamanil*. Una viga tiene todo el grueso del pino descortezado, y no les da más trabajo que derribarlo, limpiarlo de la corteza, y colocarlo en el sitio en que lo necesitan.

La construcción de sus casas y canoas es obra que acredita su muchísima paciencia. Son ordinariamente de una pieza, y para excavar el árbol de que las hacen van aplicando fuego suavemente por un lado, y separando con cuchillos de concha todas las partes que se han convertido en carbón, y amolando así las concavidades hasta que tienen las dimensiones que han querido darle; ya que está concluida, vuelven el árbol para el lado opuesto, y del mismo modo lo van desbaratando para formar la quilla. (…) Ellas son agilísimas, y los bogadores igualmente diestros pa-

ra el remo, que les sirve asimismo de gobierno por carecer todas ellas de timón.

FIGURA 8. Dibujo de Juan Francisco de la Bodega y Quadra, miembro de la expedición de Moziño, representa un comunero de Nutka. (Fuente: José Mariano Moziño, *Noticias de Nutka. An Account of Nootka Sound in 1792*, traducido y editado por Iris Higbie Wilson, prólogo de Philip Drucker, Seattle, University of Washington Press, 1970, fig. 8.)

Por distante que se vea una canoa y por uniforme que parezca de lejos el traje de ambos sexos, se puede discernir, sin embargo, si son hombres o mujeres los que bogan, pues los caneletes de éstas son obtusos por la punta, y los de aquéllos tan agudos que se aprovechan de ellos para herir a sus enemigos, cuando llegan al abordaje de las batallas navales.

[Moziño, *Noticias...*, caps. 3, 5, 6.]

ÍNDICE DE PERSONAS Y LUGARES

Abancay, 358, 510
Abisca, 519
Abrantes (Brasil), 668, 669
Abrayme (provincia), 397, 413
Acahuana Inca, 546
Acahuana, 585, 587
Acahuana Puncu, 543
Acapa (o Huacapan), 328
Acapulco, 353
Acat (dios), 366
Achachic Cápac, 519
Acla (provincia), 423, 424
Acosta, José de, 541
Acuña, Cristóbal de, 708-718
Acxotécatl (cacique), 228
Adechame (provincia), 424
Adriano VI, 226
Afortunadas (islas), 44
Agat (dios), 408
Agateyte (cacique), 376
Aguacaleyquen (cacique), 135, 138
Aguacaleyquen (río), 138, 139
Aguilar, Jerónimo de, 207
Aguja (punta), 35
Alabama, 135
Álava, 420
Albalate, fray Nicolás de, 305
Albarado, Mariscal Alonso de, 510

Albeborael, 57
Alemania, 377, 601, 606, 608
Alfinger, Alfredo, 434
Alfonso V de Portugal, 12, 565
Almagro, Diego de, 76, 358, 420, 468
Almeirim, 688
Alpujarras, 536
Alta California, 751, 752, 754, 755
Altamirano, 742
Alva Ixtlilxótchil, Fernando de, 277
Alvarado (río), 227
Alvarado, Pedro de, 197, 510
Alvares, Diego, 693
Álvarez Cabral, Pedro, 41, 565
Amador de los Ríos, José, 75
Amantla, 273-275
Amaro Inca, 525
Amatlán, 353
Amayauba, 54
Amazonas (río), 563, 585-587, 701, 708, 711
Amberes, 601
Anacaona, 80
Anaguarque, 483
Anáhuac, 228, 240, 276
Anahuacáyotl, 272
Anchieta, José de, 668, 669
Ancud, 740-743
Andagoya, Pascual de, 420-433
Andalucía, 13, 30, 67
Andemarca, Soras y Lucanas, señor de; *véase* Guaman Poma de Ayala, Felipe
Andesuyo (reino), 519
Andrade, Conde Fernando de, 581

Anegadas, Las (Ciudad Multis), 451
Anés (Yáñez), Vicente, 17
Angatácuri (gobernador de Cazonci, rey), 294
Angelina, doña; *véase* Añas (princesa)
Anica, 130
Anjou, Renato de, 12
Antonico, 143
Anzures, Pedro, 624
Añas (princesa) (doña Angelina), 478
Añasco, Johan de, 139, 141, 142
Apalaches, 135
Aparia, 586, 590
Apeles, 216
Aqui Tapa Inca, 520
Aquino, Marcos de, 216
Arabia, 391
Aragón, Alfonso de (segundo duque de Villahermosa), 74
Aranui, 130
Araró, 291, 292
Ararunguape, 686
Arcos de la Frontera (convento), 450
Arcos, Francisco de, 359
Arecy, 701
Arequipa, 519
Aréizaga, Juan de, 721-729
Ariosto, 537
Arkansas, 135
Arma, 505, 506
Arno, 39
Artete, Miguel de, 76
Asao (cacicazgo de) (St. Simon's Island), 161
Asemor, 94
Astochímal (principal), 359

Asumpta de María Santísima (canal), 755
Asunción, 95, 599, 616, 625
At (dios), 366
Atabálipa; *véase* Atahualpa
Atahahachi (cacique), 135, 143
Atahahachi (pueblo), 143
Atahualpa, 134, 461-464, 466-468, 470, 471, 476-478, 547
Ataide, Vasco de, 565
Atlixco, 227
Audusta (u Orista) (cacique), 155, 156
Augsburgo, 434
Auitzotl, 276
Aute, 93, 135
Autianque, 135
Auvernia, 637
Ávalos de Ayala, Luis, 528
Avendaño, Martín de, 131
Axaruco, Azores (islas), 203
Ayala, Martín de, 528
Ayllón, Lucas de, 127-136
Ayolas, Juan, 95, 608, 609, 614-617
Badajoz, 536
Badajoz, Gonzalo de, 404
Baeza, 474
Bahamá (canal); *véase* Bahamas (canal)
Bahamas, 20
Bahamas (canal), 137, 146, 160
Bahia (Brasil), 660, 668, 680, 701
Ballesteros, Manuel, 11
Barcelona, 13, 15, 74, 764
Barco, Pedro del, 554
Basanier, Martin, 148
Bastidas, Rodrigo de, 389, 434-438

Bavícora, 94
Baviera, 601
Bazán, Pedro de, 131
Becerra, Bartolomé, 196
Becerra, Teresa, 196
Behetrías (provincia), 424
Behring, Estrecho de, 751
Béjar, 733
Benalcázar, 421
Benavente, conde de, 229, 230
Benavente, fray Toribio de (Motolinía), 134, 174, 226-245, 282
Berardi, Gianetto, 39
Beristáin y Souza, 335
Berruguete, 216
Betanzos (ciudad), 478
Betanzos, Juan de, 458, 478
Biberoci Guahayona, 57
Birú; *véase* Perú
Biseguiche, 41
Bisteot (dios), 436
Black Warrior (río), 135
Bobadilla, fray Francisco de, 76, 174, 358-372, 468
Bodega y Quadra, Juan de la, 760, 764
Bogotá, 389, 439, 441-447
Boipitiba, 687
Bolívar, fray Gregorio de, 450
Bonincontri, 39
Borica (o Burica), 407, 429, 430
Bourbonnais, 637
Boyardo, 537
Boyoes (bahía), 580
Braganza, 692

Brasil, 41, 95, 568-574, 627, 629, 660, 662-667, 682, 669, 670, 682, 690, 697, 700, 701, 705, 706, 716
Bravo (río), 94
Bravo de Sarabia, 517
Bresse, 637
Bretaña, 626
Bristol, 12
Buena Esperanza, Cabo de, 566, 609, 616
Buenaventura (ciudad), 420
Buenos Aires, 537, 601, 605, 607
Buiza, Diego de, 435
Burgos, 708
Cabeza de Vaca, Álvar Núñez, 93-127, 229, 327, 596
Cabo Verde, 12, 31, 40, 41, 565, 568, 575, 692
Cabot, Sebastián; *véase* Gaboto, Sebastián
Cabrera, 305
Cacamatzin (rey de Texcoco), 186n, 209
Cacibayagua (gruta), 54
Cadereita, virrey Marqués de, 160
Cádiz, 41, 44, 51, 160, 246, 601
Caico del Norte (isla), 25n
Caille, La, 158
Cajamarca, 459, 468
Cajmei, 297
Calahuchi, 139
Calcuta, 565, 566
Cali (ciudad), 420
Cali (dios), 366
California ("isla" de), 353
California, 176, 751, 752, 754, 755
Calixpucquiu (fuente), 485
Calla Cunchuy, 545
Calvino, Juan, 626

Camamu, 680
Camanú (río), 707
Caminha, Pero Vaz de, 41, 565-574
Caminha, Vasco de, 565
Campanario, 730
Campos Elíseos, 648
Canadá, 756
Cananeia, 682
Canarias (islas), 12, 44, 62, 93, 583, 692
Candolle, 764
Canela (País de la), 585
Cangas, Suer de, 510
Cano, Juan Sebastián el, 722
Canta (montaña), 54
Cañaverales (Cabo), 169
Cañete, virrey Marqués de, 517, 734
Caonabo (cacique), 80
Caonao (provincia), 54
Capac Apo Guaman Chana Chinchaysuyu; *véase* Guaman Poma de Ayala, Felipe
Capaloey (cacique), 138
Caracaracol, 56
Caramurú, 693
Caranque, 502
Caravelas (río), 706
Carcarañá (fuerte), 579
Cardim, Fernão, 668-682
Careta (provincia), 423
Cari, 512, 513
Cariay (tierra de), 390
Carlos III, 537
Carlos V, 127, 178, 226, 439, 468, 592
Carolina (actual St. John's Buff), 146, 147

Carolina (fuerte), 157
Carolina del Norte, 127, 135
Carolina del Sur, 135, 155
Cartagena (Colombia), 489
Carvajal, fray Gaspar de, 585-595, 709
Casa Grande (actuales confines de Nuevo México y Arizona), 327
Casa y Templo del Sol, 548
Casas, Alfón de las; *véase* Casaus, Alfón de
Casas, fray Bartolomé de Las, 3, 14, 51, 62-73, 490
Casas, Guillén de las, 62
Casas, Pedro de las, 62
Casaus, Alfón de, 62
Casqui (señor), 144
Castanheira, Conde de, 692
Castellanos, Juan de, 440
Castilla del Oro (Panamá), 134, 397, 400, 401, 404, 414, 416, 421, 422
Castilla, 13, 23, 24, 28, 30, 33, 36, 39, 66, 69, 83, 100, 140, 165, 190, 220, 284, 317, 337, 340, 346, 348, 375, 414, 432, 463, 536, 708
Castilleja de la Cuesta, 175, 176
Castillo de la Mata, 468
Castillo Maldonado, Alonso del, 93
Castuera, 730
Catayo (Catay), 391
Cattegara (cabo), 44
Caupolicán, 730
Caxamalca, 461, 463, 465, 471
Caxas (pueblo), 461-463
Cazalla, Leonor de, 488
Cea (río), 246
Ceará, 668

Célis, 589
Cempoal, 207
Cenú (provincia), 395, 414
Cerezo, María, 39
Cervantes, Antonio de, 127
Ceynos (oidor), 328
Chame (provincia), 431
Chamula, 197
Chanqui Cabi, 740
Chapultepec, 219, 224
Chara (isla de); *véase* San Lúcar
Charcas, 517, 519, 733, 734
Charlesfort, 146
Charrucos, 106
Chavero, Alfredo, 328
Cheraguazú, 609
Chiapas, 197
Chicaha (cacique), 135
Chichenizá, 321, 324
Chicora, 130
Chicora, Francisco de, 127, 130
Chicoyatónal (cacique), 359
Chihuahua, 94
Chile, 459, 468, 488, 502, 517, 708, 721, 730, 733, 740-748
Chiman, 417
Chimpu Ocllo (princesa), 536
Chinchaysuyo (reino), 519
Chipiripa (Señor de los Cielos), 425
Chiquinaut Hecat (dios), 366
Chira (isla), 373, 374
Chirinos (conquistador), 226
Chiru, 431
Chochama (provincia), 431

Cholula, 184, 214, 225, 247
Chucuito, 513
Churultecal; *véase* Cholula
Ciamba (provincia), 390
Cid, el; *véase* Díaz, Cid Ruy
Cieza de León, Pedro, 389, 458, 488-516
Cifuentes de la Alcarria, 305
Cipango, 23
Cípat (anciano), 359
Cipat (dios), 366
Ciudad Multis, 451
Ciudad Rodrigo, fray Antonio de, 246
Coat (dios), 366
Coatzacoalcos, 197
Coca (río), 585
Cocagne, 670
Cocatlán, 207
Cochamá (provincia), 420
Cocom (antiguos señores), 325
Cocula, 353
Coelho, Nicolau, 570
Cofitachequi, 140
Cogolludo, 306
Coiba (provincia), 433
Colhuacan (pueblo), 256
Coligny (fuerte), 146
Colima (Perú), 509
Collao, 513, 515, 516
Collasuyo, 519
Colombia, 489
Colón, Bartolomé, 51
Colón, Cristóbal, 11-50, 390-392
Colón, Diego, 62, 434

Colón, Doménico, 13
Colón, Fernando, 52, 63
Comaxtlí, 240
Comogre, 417, 424
Concepción (poblado), 732
Concepción Beaumont, fray Pablo de la, 353
Conchos (río), 120
Condesuyo (reino), 519
Constantinopla, 219
Cook, Francis, 668
Cook, James, 756
Copenhague, 529
Copolco (barrio), 257
Corazones, pueblo de los, 124
Córdoba (España), 188, 281, 334, 536, 537, 540
Córdoba, fray Pedro de, 62, 63
Córdoba, Gonzalo de, 74
Coronados, golfo de los, 739, 741, 742
Correa, Aires, 570
Cortés Ojeda, Francisco, 733, 739, 740
Cortés, Hernán, 76, 127, 134, 174-211, 217-219, 222, 226, 242, 247, 460, 722
Coruña, La, 288, 581, 583
Cosa, Juan de la, 39
Coscagoate (dios), 366
Cotastán, 217
Cotoche (Catoche) (Punta), 204
Coyéret, 359
Coyoacán, 226
Coyotlinaual (dios), 273-275
Cozumel (isla de), 181, 183
Crespí, fray Juan, 752-755
Crespilla, el, 216

Cristián I de Dinamarca, 13
Cruz (bahía de la), 420
Cruz, Juan de la, 216
Cuartango, Valle de, 420
Cuauhtemallan, 244
Cuba, 62, 64
Cubagua (isla de), 69-73
Cucanha, 682
Cucuilen, 743
Cuedlavaca (señor), 218
Cuenca, 708
Cuerauráperi (diosa), 291, 292
Cuernavaca, 226
Cuervos, islas de los (hoy Dorado y Doradillo), 698, 699
Cueva, 374, 375, 393, 395, 397, 398, 402-404, 406, 407, 409, 410, 413-415, 417, 424, 428, 431, 433
Cuevas, Mariano, 305
Cuiniérangar, Pedro, 289
Cuitláhuac, 226
Cuitlahuatzin, 186n
Culiacán, 94
Cumaná, 629
Cumatan (Zumatlán), ciudad de, 193
Cumberland Island, 161
Cundinamarca, 439
Cunha, Francisco de, 701
Cuntisuyu, 557
Curazao, 48, 721
Curi Ocla Coya, Juana, 528
Curicancha (templo de), 503
Curicáueri (dios), 295
Curitiba (meseta), 95
Curupá, 708

Cutegue, 741
Cuzco Viejo (cacique), 461, 471
Cuzmil (lugar sagrado), 321
Cuzco, 327, 358, 432, 458, 459, 461, 462, 480, 481, 483-485, 487, 493, 495, 500, 502, 503, 511, 513, 519, 536, 538, 540, 541, 543, 547, 548, 552, 554, 591, 736, 738
Dakar, 41
Danubio (río), 144
Darién, 74, 464, 465
Darmouth, 668
Dávila, Alfonso, 76
Dávila, Luis, 359
Dávila, Pedrarias, 74, 134, 358, 414, 420, 421
De la Gama (licenciado), 554
Delgadillo (conquistador), 226
Descovedo, Rodrigo, 20
Desiertas (islas), 583
Dias, Diego, 572
Díaz de Almendáris, Miguel, 281
Díaz del Castillo, Bernal, 74, 174, 175, 177, 197-225, 420
Díaz, Cid Ruy, 438
Dieppe, 146
Dinamarca, 12
Dominica (isla), 422
Doncel, Ginés, 131
Dorado y Doradillo; *véase* Cuervos, isla de los
Dorantes, Andrés, 93, 107, 108, 111, 124, 327
Duahe, 130
Dueñas, fray Ginés de, 450
Duero (río), 63
Durand de Villagagnon, Nicolás, 626
Ebro (río), 63
Ecita (cacique), 138

Ecuador, 489
Egipto, 174, 229
Embitiba (puerto), 682
Enríquez de Harana, Beatriz, 13
Enríquez, Alonso, 99
Ercilla Zúñiga, Alonso de, 537, 733
Escapuzalco (Azcapotzalco), 216
Escoria (señor), 430
Espada, Jiménez de la, 482n, 485n, 517
España, 15, 44, 59, 63, 72, 74, 75, 84, 94, 95, 110, 129, 132, 134, 140, 142, 143, 146, 176, 183, 185, 190, 192-194, 197, 216, 230, 246, 263, 280, 305, 306, 309, 327, 334, 336, 337, 359, 361, 377, 395, 397, 399, 402, 420-422, 437, 439, 440, 450, 463, 464, 477, 488, 489, 505, 507, 517, 536, 554, 579, 583, 602, 605, 624, 675, 708, 713, 722, 732, 756, 764
Española, La (isla), 31, 41, 50, 51, 52, 54, 60, 62, 63, 69, 71, 75, 81, 82, 85, 175, 203, 381, 392, 411, 586
Especiería (isla), 722
Espinosa (licenciado), 429
Espirito Santo, aldea do; *véase* Abrantes
Espíritu Santo, Villa de, 197
Esquegua (provincia), 407
Esquivel, 107
Estados Unidos, 756
Estebanico, 93, 108, 121, 327, 328
Estrada, Alonso de, 226
Estrada, Pedro, 127
Estrecho de Magallanes, 580, 581, 721, 722, 730, 733, 734, 736-739, 765
Extremadura, 175, 468, 530, 730
Ezeta, Bruno de, 760
Faber, Ulricus; *véase* Schmidl, Ulrich
Fadrique (rey), 74
Federman, 439

Felipe (príncipe), 96
Felipe II, 435, 700
Felipe III, 528
Felipe IV, 708
Felipe, don (cacique cristiano), 165
Fernández de Oviedo, Gonzalo, 9, 72, 74-88
Fernández, Francisco, 358
Fernández, Pero, 96, 564, 596-600
Fernandina (isla), 27, 29, 129
Fernando (rey), 13
Fernando de Andrade, conde, 581, 583
Finisterre (Cabo), 583
Flandes, 84, 400, 741
Florencia, 39
Florida (río), 161
Florida, 9, 91, 93, 96, 99, 100, 110, 134, 146, 147, 167-170, 281
Font, Bartolomé, 756
Francia, 13, 31, 146, 147, 149, 153, 154, 377, 626, 630, 631, 632, 634, 635, 655, 764
Fuca (Estrecho), 751
Fuerte Ventura (isla), 583
Gaboto, Sebastián, 579, 581
Galeno, 72
Gales, 189
Galicia, 397
Galilea, mar de, 38
Gallegos, Baltasar de, 626
Galveston (Texas), 93
Gálvez, virrey de, 752
Galwey (Irlanda), 12
Ganímedes, 615
Gante, fray Pedro de, 353

García, Diego, 581, 582
García, fray Gregorio, 478
Garcilaso de la Vega, Inca, 458, 528, 536-559
Gates, William, 307
Gelves (isla), 93
Génova, 11, 13, 183
Georgia, estado de, 135, 147, 161
Gibraltar (estrecho), 45
Gilberti, Matutiro, 288
Ginebra, 626
Goanagazapa (pueblo), 197
Goizueta, Miguel de, 721, 739-748
Golfo de México, 175
Gomera (isla), 44, 581, 583
Gómez, Francisco, 127
Gonçalves, André, 41
González (clérigo), 205
González Dávila, Gil, 358, 375
González, Fernán, 637
Gorgona (islas), 450, 452, 453
Gorgonilla (islas), 450
Gorriti o Maldonado; *véase* Palmas, isla
Gouvéa, Cristóbal de, 668
Gracia, Tierra de, 35, 38
Gracias a Dios (Cabo), 390
Gran Cairo, 245
Gran Can, 14
Gran Canaria (isla), 583
Gran Quivira, 328
Granada (España), 13, 183, 190, 281, 439, 440
Grijalva (río), 193
Grijalva, Juan de, 175, 197
Groenlandia, 13

Guacamba (pueblo), 461
Guacarapora (señor), 498
Guacaya (isla), 130
Guacaya, 130
Guadalajara (España), 305
Guadalajara (México), 353
Guadalquivir (río), 34, 540
Guaguayona, 54
Guahayona, 57
Gualdape (provincia de), 129-133
Gualdape (río), 127
Gualpitan (pueblo), 197
Guamachuco (pueblo), 470
Guaman Poma de Ayala, Felipe, 528-535
Guanacaure (cerro), 482
Guanahaní (isla), 20, 21
Guanín (región), 55
Guarayonel, 61
Guariónex (cacique), 51
Guáscar; *véase* Huáscar
Guatemala, 197-199, 226, 227, 281, 305, 327, 764
Guatemuz (cacique), 223
Guaturo (sierras de), 415, 416
Guatutima (indio), 138
Guavaoconel, 51
Guayna Cápac, 509, 519, 525
Guaynacápac; *véase* Guayna Cápac
Guazincango (Huejotzingo), 184
Guazindeo (México), 160
Guevara, Santiago de, 722, 730
Guinea, 12, 13, 39, 395, 575
Gutiérrez, Pero, 19
Guzmán, Diego de, 126

Guzmán, Nuño de, 94, 125, 226
H'Chi Xiu (Antonio de Herrera Chiu), 306
Habana, La, 99, 162, 169, 203
Haití, 51, 54-61, 75, 79-88, 381
Hanke, Lewis, 63
Haro, Cristóbal de, 581
Hatuncolla (isla), 516
Hebreo, León, 537
Hecket (maestro), 668
Henríquez Ureña, Pedro, 440
Hernández de Córdoba, Francisco, 175, 197
Hernández de Lugo, Pedro, 439
Hernández, Francisco, 517
Herrera, Antonio, 306
Herrera Chiu, Antonio, 306
Hia Guaili Guanin, 99
Hibueras, las, 176, 197, 226
Hierro (isla), 22
Hipócrates, 72
Hohermuth o de Spira, Jorge, 434
Hojeda, Alonso de, 39
Honduras, 389
Honfleur (puerto), 626
Honorato, fray, 327
Huacapan; *véase* Acapa
Huallpa Rimanchi Inca, 545
Huamanga (cacicazgo), 528
Huánuco (ciudad), 450
Huaque (isla), 130
Huari Huiracocha (dios), 532, 543
Huáscar Inca, 547
Huayna Cápac, 495, 547-550
Huejotzingo, 184n, 226, 227

Huista (provincia), 429, 430
Huitzilopochtli, 217, 220-224, 258
Hunhau (demonio), 326
Hurtado de Mendoza, García, 517, 733
Hutten, Felipe de, 434
Ibáñez de Arza, Juan, 420
Icacos, 33
Ichisi, 140
Iguazú (río), 95
Ilapi, 141
Ilhéos, 680
Inagua Chica (isla), 27n
India, 13, 41
Inglaterra, 12, 13, 146, 668
Inisiguanin, 130
Ipetí (río), 613
Irlanda, 12
Isabel, reina, 13
Isabel; *véase* Chimpu Ocllo
Isla de los Franceses, 671
Islandia, 12
Islas Británicas, 12
Itabucú (río), 95
Italia, 39, 83, 114, 219, 377, 402, 730
Itiba yauvava, 56
Itzcuin (soldado), 259
Iviahica, 139
Ixtab (diosa), 326
Ixtlacami, 269
Ixtlán, 328
Izamal (convento), 305, 325
Izquindi (dios), 366
Iztaccíhuatl, 247

Iztapalapa, 186
Jagoarigpe (bahía), 680
Jamaica, 71, 87, 88, 392
Janeiro (río); *véase* Guanabara, río
Jardines, 37
Jauja (provincia), 492, 498
Jelanda (dique), 413
Jerez de la Frontera (España), 93
Jerusalén, 227, 321
Jesús (o de la Coruña), fray Martín de, 288
Jiménez de la Espada, Marcos, 482, 485
Jordán (río), 129, 130
Juan Andrés, fray, 752, 755
Juan II (de Castilla), 12, 62
Juan II (de Portugal), 12
Juan III, 693
Juan, príncipe, 74, 75
Julián (indio), 205
Júpiter, 416, 551
Kaashukonuk, 759
King George (punta), 756
La Paz (puerto), 353, 742
La Paz, 514
La Plata, 517
Ladrillero, Juan, 721, 733-740, 746
Lagasca, Pedro de, 421
Lamargolle, 626
Lambaré, 615
Landa, fray Diego de, 174, 305-326
Larico Cápac, 519
Laudonniére, René de, 91, 146-159
Lemos, Gaspar de, 41
León, Lope de, 488

León (España), 226, 246, 733
León Pinelo, Antonio, 77, 228
León X, 226
Léry, Jean de, 564, 626, 627
Lili o Lile (hoy Cali), 420, 432, 433
Lima, 450, 488, 489, 517, 537, 585, 625
Lisboa, 12, 15, 39, 41, 536, 578, 668, 692, 694, 700
Llerena, 488
Loaiza, Jerónimo de, 517
Loayza, García Jofre, 722
Lobato, João, 682
Londres, 12, 147, 538
Long (isla), 27
Lopes, Alonso, 569
López de Abreu, Isabel, 490
López de Cerrato, Alfonso, 135
López de Gómara, Francisco, 75, 176, 177, 199, 230, 499
López de Salcedo, Diego, 358
Lorena, 40
Loureço Caeiro, Francisco, 680
Lucayas (islas), 9
Lugo, Alonso Luis de, 439
Lugo, Pedro de, 439
Mabila, 135
Machiparo, 589
Macorix (comarca), 51
Macuilocélotl (dios), 274
Macuilochtli, 274
Macuina (rey), 759, 765
Madagascar, 692
Madeira (isla), 522
Madera (isla de la), 12, 13, 31
Madrid, 62, 74, 75, 306, 334

Magallanes (estrecho), 309, 580, 581, 722, 730, 733, 734, 736-739, 765
Magallanes, Fernando de, 580
Magdalena (río); *véase* Río Grande
Magiscazin (señor), 184
Maicanchi Inca, 545
Mal-Hado (actual Galveston, Texas), 93, 103, 113, 116
Málaga, 591
Maldonado, Alfonso, 197
Malica, 158
Malinal Acato (dios), 366
Mama Oclla, 550
Mamacullia (Madre de la Luna), 550
Manco Yupanqui Inca, 395
Manilio, 39
Manoel (rey), 39, 41, 566, 574
Manoel, Nuno, 41
Manrique, Jorge, 536
Manta (pueblo), 510
Manta (señor de), 511
Marañón (río), 41
Marcavillca (lugar), 498
Marchena, fray Alonso de, 13
Marco Polo, 14
Marín, Luis (capitán), 197
Marina (Malinche), 207, 219
Mariquita (Nueva Granada), 439
Mariz, Pedro de, 701
Marocael, 54
Martín, Francisco, 450
Martínez de Hurdaide, Diego, 334
Martínez de Irala, Domingo, 95
Martínez, Esteban José, 756

Mártir de Anglería, Pedro, 52, 130
Maseescasi, 207
Maticorena, Miguel, 488
Matinino, 54
Matlaluege (diosa), 236
Mauritania, 437
Maviatúe, 51
Mayab, 306
Mayapán, 321
Mayo (río) (actual St. John's River), 146
Mazat (dios), 366
Medellín, 175
Médicis, Catalina de, 154
Médici, Lorenzo de, 39, 40, 46, 378
Medina del Campo, 197, 468
Medinaceli, duque de, 13
Mediolburque, villa de, 413
Melchor (indio), 205
Mendieta, Jerónimo de, 227-228, 230, 489, 517
Mendoza, Antonio de (virrey), 76, 94, 288, 289, 327, 328, 333, 478
Mendoza, Pedro de, 95, 581, 601, 608
Menéndez de Avilés, Pedro, 147
Merced, Convento de la, 358
Mérida (México), 305, 306
Messina, Faro de, 46
Meta, 430
México, 94, 162, 228, 246, 282, 327
México, ciudad de, 160, 176, 185, 188, 197, 210, 211, 216, 218, 223, 225-227, 229, 232-234, 241, 242, 247-249, 256-258, 272, 273, 280, 281, 286, 288, 306, 328, 329, 333, 334
Michoacán, 230, 247, 288-304
Miguel Ángel (Buonarroti), 216

Minechemavida, 743
Miranda, Simão, 570
Misisipi (estado), 135
Misisipi (río), 93, 135
Misiste (dios), 366
Mistán, 197
Mitla, 227
Mixcoatlailotle (juez), 269
Mixteca, 227
Mocozo (cacique), 138
Moctezuma, 186-188, 191-196, 207, 209-215, 217-222
Moguer, 581
Molina, Diego de, 76
Molona (cacique), 157
Molucas (islas), 581
Móniz de Perestrello, Felipa, 12, 13
Monomotapa (región), 700
Monte San Pedro (Montevideo), 693
Montemayor, Alfonso de, 76
Monterrey, conde de, 353
Monterrey, rada, 753
Montesinos, fray Antonio, 62, 63, 127
Montevideo; *véase* Monte San Pedro
Montezuma; *véase* Moctezuma
Montilla, 536, 537
Morales, Gaspar de, 423
Morison, 27
Mosquitos, Costa de los, 390-392
Motolinía; *véase* Benavente, fray Toribio de
Moulins, 147
Moura, Cristovão de, 700
Móyoc Marca, 544
Moziño Suárez de Figueroa, José Mariano, 764-769

Muchas-Aguas (pueblo), 139
Muñoz, Juan Bautista, 20n
Muteczuma; *véase* Moctezuma
Muyna, 540
Napituca (pueblo), 139
Napo (río), 585
Nápoles, 74
Narváez, Pánfilo de, 93, 96, 127, 134, 135, 139, 229
Nata, 397, 415, 430
Navarrete, Martín Fernández de, 20n
Neguarete (cacique), 138
Netzahualcóyotl, 277
Nezahualcoyotzin (rey), 279
Nezahualpitzintli (último rey de Texcoco), 277
Nicaragua (golfo), 373-375
Nicaragua, 134, 226, 327, 358-386, 429, 477
Nicasio (pueblo), 514
Nicoya (cacique), 380
Nicoya, 373, 375, 380, 382
Nisesboy (cacique), 359
Niza, 327
Niza, fray Marcos de, 174, 327-333
Nóbrega, Manoel da, 660-667
Nootka (isla); *véase* Nutka
Noxa, 130
Nuestra Señora del Valle (bahía), 736, 737, 746
Nueva California, 751-757, 764
Nueva España, 3, 76, 100, 102, 123, 127, 134, 135, 160, 176, 177, 199, 225-228, 230, 235, 240-243, 245-248, 250, 281, 333, 334, 338, 344, 353, 375, 722, 732, 751, 752, 756, 765
Nueva Extremadura; *véase* Chile
Nueva Galicia, 94, 229, 281, 328, 353, 354
Nueva Granada, 281, 440-449, 512, 517

Nuevo México, 327, 328, 353, 354
Nuevo Reino de Granada; *véase* Nueva Granada
Nuevo Reino de Toledo; *véase* Chile
Núñez Cabeza de Vaca, Álvar; *véase* Cabeza de Vaca, Álvar Núñez
Núñez de Mercado, Diego, 358
Nutka (isla), 751, 756-766
Oate (dios), 366
Oaxaca (México), 227
Ocaña, 305
Ocelot (dios), 366
Ochavario (cabo), 286, 287
Ocita (cacique), 137
Ocomate (dios), 366
Ocotelolco (barrio), 240
Oklahoma, 135
Olin (dios), 366
Olmedo (o de la Asunción), fray Juan de, 327
Olmedo, fray Bartolomé de, 219
Olmos (misionero), 281
Olmos, capitán, 511
Omagua, tierra de, 590, 591
Onças (islas), 692
Ondegardo, Polo de, 496
Oporto, 565
Orán, 96
Orellana (río); *véase* Amazonas, río
Orellana, Francisco de, 563, 585-587
Orinoco (río), 14, 34, 41, 46
Orixa, 130
Oro (río del), 596
Oroci, 375
Oropacem, 653

Orriygua (cacique), 138
Ortiz de Guzmán, Diego, 554
Ortiz, Francisco, 359
Ortiz, Johan, 137, 138
Oualé o Gualé (rey), 157
Ovando, fray Nicolás de, 62, 80, 175
Ovando, Juan de, 517
Pacaha (cacique), 144
Pachacama (pueblo), 470, 510
Pachacámac, 517
Pachacútec Inca, 547
Pacora (provincia), 415
Pahoc, 130
Palma de Mallorca, 583, 752
Palmas (isla), 420, 494, 497
Palou, Francisco, 97, 752
Panamá, 415, 420, 429-432, 434, 450
Pané, fray Ramón, 9, 51-61
Paner; *véase* Pané, fray Ramón
Pánuco (río), 93, 135
Papaloapan (río), 227
Papoloatan, 197
Pará, 708, 718
Pará (río), 41, 95
Paraguay, 95, 96
Paraguay (río), 95, 563, 580, 584, 596, 598, 612-618, 682
Paraná, 683
Paraná (río), 601, 605, 608, 610-612, 693
Paraná Bravo (río), 693
Paranaguá, 682
Paranaguassú (río), 700, 701
Parcu, 556
Paria (golfo), 35, 41, 47

Paris (provincia), 407
París, 15, 147, 152, 638, 764
Parris Island, 146
Pasamonte, Miguel de, 175
Pascual (monte), 568
Pasqui, 130
Pastene, Juan Bautista, 730, 733
Patos (puerto de los), 692
Patos, Los (laguna), 682
Páucar Marca (torreón), 544
Paucora, 506
Pavía, 730
Pecos (río), 94, 119, 120
Peedee (río), 127
Perestrello, Bartolomé, 12
Pereyra (río), 697
Pérez (Perés), Juan, 756
Pérez de Higuerola, Johan, 726
Pérez de Ribas, Andrés, 174, 334-352
Pérez, Bartolomé, 359
Pérez, fray Juan, 13,
Perlas (isla de las), 423, 424
Pernambuco, 668, 692
Perú, 65, 76, 95, 134, 205, 211, 327, 359, 420, 421, 431, 432, 439, 450, 457-559, 563, 585, 601, 613, 621, 624, 625, 629, 654, 708, 710, 712, 730, 732, 735
Peruqueta (provincia), 424
Pescara, Marqués de, 730
Petámuti (sacerdote), 289, 293, 294
Petatlán (o Petoatlán o Petutan; hoy río Sinaloa), 94, 126, 334
Pico de Orizaba, 247
Picotas (provincia de las), 593

Picuy, 556
Pietschmann, Richard, 529
Pilcomayo (río), 596-600
Pinzón, Martín Alonso, 20, 29
Piratininga; *véase* São Paulo
Pisa, 183
Pizarro, Francisco, 358, 420, 459, 460, 478, 498, 585, 586, 730
Pizarro, Gonzalo, 550, 585, 625, 730
Pizarro, Hernando, 458, 468, 469, 474
Plata, Puerto de, 129, 131
Plata, Río de la, 95, 96, 563, 564, 579-583, 601, 605, 614, 693, 701
Pocorosa (señor), 428
Pocosí (isla), 374
Pomar, Juan Bautista, 174, 277-280
Ponc; *véase* Pané, fray Ramón
Ponce de León, Juan, 91, 137
Popayán, 432, 450, 502
Popocatépetl, 246, 247
Popolano; *véase* Médici, Lorenzo de
Port-Royal Sound (Carolina del Sur), 155
Porto Santo (isla), 12, 13
Porto Seguro, 566, 675, 680, 706
Portolá, Gaspar de, 752
Portugal, 13, 15, 23, 140, 565, 583, 676, 682, 686, 692, 693, 708
Pototlán, 328
Poyanhtlan, 239
Poyauhtécatl; *véase* Pico de Orizaba
Ptolomeo, 44
Púcaro, 517
Puebla, 160, 227, 247

puerto de don Rodrigo; *véase* Embitiba
Puerto Viejo, 503, 504, 512
Punta Maldonado, 696
Putunchan (o Potonchan), 193, 197
Quechua (provincia), 557
Quejo, Pedro de, 127
Quespal (dios), 366
Queteloap (cacique), 743
Quetzalcóatl, 242
Quiateot (dios), 370
Quiauit (dios), 366
Quiávit (cacique), 359
Quinchoaoque, 743
Quios (isla), 12
Quiroga, Vasco de, 227
Quito, 327, 502, 511, 517, 585, 708, 718
Quixada, Diego, 305
Quylo (Cabo), 583
Ramírez Cabañas, Joaquín, 199
Ramírez de Fuenleal, 227
Rangel, Rodrigo (conquistador), 134
Rangel, Rodrigo (cronista), 134-145
Régulo, 645
Reinoso (isla), 161
Relgueante, 741
Reritiba, 682
Revilla Gigedo, virrey, 764
Reyes (puerto de los), 597
Ribault, Jean, 146, 147, 154
Ribeiro, Alfonso, 572
Ringmann, Mathias, 40
Rio Branco, barón de, 95
Río de Janeiro, 660, 692

Río Grande do Sul; *véase* Paraná
Río Negro, 592
Ríos, José Amador de los, 75
Ríos, Pedro de los, 420
Robertson, William, 228
Robledo, Jorge, 488
Rodrigues, Jerónimo, 564, 682-691
Rodríguez Cabrillo de Medrano, Juan, 198
Rodríguez, 94
Roma, 15, 219, 321, 334, 668, 682
Rousseau, Jacques, 648
Rua Nova (Lisboa), 694, 695
Ruiz Lobillo, Johan, 138
Saavedra, Juan de, 510
Sácllac Marca (torreón), 544
Sacsahuaman (cerro), 541
Safí (costa de), 692
Sahagún de Campos (León, España), 246
Sahagún, fray Bernardino de, 3, 174, 228, 246-276, 281, 282, 305
Saint-Augustine (Georgia), 147
Saint-Dié, 40
Salamanca, 62, 75, 175, 189, 218, 246
Salazar (Gonzalo de Guadalupe), 226
"Salicio"; *véase* Vega, Garcilaso de la
Salimoes (río), 585
Salinas, Las, 358
Salto Grande (río), 95
Salvatierra; *véase* Guazindeo
Samuel (coleccionista), 668
San Agustín (pueblo), 165-167
San Andrés (fuerte), 161
San Bartolomé (apóstol), 416

San Blas (puerto), 756, 764
San Carlos, Misión de, 752
San Diego, 754, 755
San Esteban (punta), 756
San Francisco (nuevo reino), 754, 755
San Francisco (río); *véase* Paranaguassú
San Francisco, 227, 241, 248, 700
San Francisco, fray Matías de, 389, 450-453
San Gabriel (puerto), 605
San Gregorio (río), 697
San Juan (ciudad), 431
San Juan (isla), 71
San Juan (río), 420, 509, 693, 698
San Juan de Puerto Rico, 127, 435
San Juan de Ulúa, 127, 217
San Lorenzo, 756
San Lúcar (isla de), 373
San Lúcar de Barrameda, 95, 226, 581, 601, 722
San Lúcar, villa de, 31
San Marcos, 93
San Martín (golfo), 744
San Martín, José de, 538
San Mateo (puerto), 734
San Miguel, 91, 463, 471
San Miguel (golfo), 420, 424, 431, 432
San Miguel (pueblo), 463, 471
San Miguel de Culiacán, 94
San Miguel, fray Andrés de, 160-170
San Pedro (Fuerte) (Cumberland Island), 161
San Roque (Cabo), 41
San Salvador (isla), 24-28
San Sebastián (puerto), 581
San Thomé, 666

San Vicente (Cabo), 31
Sánchez de Segovia, Rodrigo, 19, 20
Sandoval, Gonzalo de, 197
Sanlúcar (golfo de), 429
Sant Antón (Santo Antón), 99, 203
Santa Ana de los Caballeros, 488
Santa Bárbara (canal), 755
Santa Catalina (isla), 95
Santa Cruz, 722, 724, 729
Santa Cruz, Alonso de, 579-582
Santa Elena (río), 131
Santa Fe (España), 13, 15
Santa Fe (ciudad); *véase* Bogotá
Santa Isabel de Paranaguassú, 701
Santa María (Cabo), 698
Santa María (puerto); *véase* Yaguana, Villa de
Santa María de la Concepción (isla), 26-28
Santa María; *véase* Río de la Plata
Santa Marta (geog.), 281, 422, 423, 434, 439
Santángel, Luis de, 14
Santiago (Chile), 730
Santiago (pueblo); *véase* Nata
Santiago (río), 510
Santiago de Baracoa (ciudad), 176
Santiago de Guatemala, 198
Santiago de Guayaquil, 585
Santillán, Fernando de, 517, 518
Santillana, Marqués de, 536
Santo Agostinho (cabo), 692
Santo Domingo, 20, 74, 75, 94, 127, 129, 131, 135, 281, 327, 373, 386, 420, 434, 435, 468, 474
Santo Tomás, Jerónimo de, 517
Santos (geog.), 682

São Paulo, 660, 668
São Vicente, 41, 668, 682, 693
Saometo (isla), 28-30
Sarmiento de Gamboa, Pedro, 458
Satilla (río), 161
Savannah (río), 161
Savoya, duques de, 327
Schmidl, Ulrich, 564, 601-625
Segovia, Cristóbal de, 591
Segura, Andrés de; *véase* San Miguel, fray Andrés de
Senseve, 764
Serena, Valle de la, 730
Serra do Mar, 95
Serra, fray Junípero, 752
Sessé, Martín de, 764
Sevilla, 39, 40, 46, 50, 62, 93, 96, 134, 137, 188, 422, 434, 450, 459, 488, 490, 517, 554, 579
Sicilia, 74
Sierra Blanca (volcán), 243
Sierra Leona, 32
Sierra Tarahumara, 94
"Siete Ciudades", 327, 328
Sinaloa (río); *véase* Petatlán
Sinaloa, 94, 334, 751
Sochit (dios), 366
Soderini, 40
Sodoma, 476
Solís; *véase* Río de la Plata
Somindoco (cacique), 441
Sona, 130
Sonora, 330, 334, 751, 764
Sotavento (islas), 9
Soto, Hernando de, 134, 135, 537

Sousa, Coelho João de, 700
Sousa, Gabriel Soares de, 700, 701
Sousa, Martín Afonso de, 692
Sousa, Pero Lopes de, 692
St. John's Bluff (Carolina), 146
St. John's River, 146, 157
St. Mary's River, 161
St. Simon's Island, 161
Strauning (Baviera), 601
Suwance (río), 135
Swansea, 147
Tabasco, 320
Tacatacuru (hoy St. Mary's River), 161
Tacuba, 218, 280
Tajo (río), 565, 692
Talimeco, 140, 142
Tampa (bahía), 93
Tanaca, 130
Tancac, 130
Tánger, 565
Tapecat (dios), 366
Tapia (cacique), 215
Tascala, 206
Tascaltécal, 184, 185
Tascaluza, 143
Tasis (pico), 761
Tatuma (provincia de), 397
Tavepelqui, 741
Tazoteiba (sacerdote), 395
Tecamachalco, 227
Tecoatega (señorío de), 376, 378
Tecolotlán, 353
Tehuacán, 227, 230

Tehuantepec, 227, 722
Tello, fray Antonio, 174, 353, 354
Temascaltepec, 764
Temixtitán; *véase* Tenochtitlán
Tenanyocan (Tenayuca), 241
Tenerife, 439, 583
Tennessee, 135
Tenochtitlán, 185, 187, 188
Teoca (jurisdicción de Granada), 359
Tepacaneca (señor), 206
Tepeaca, 184, 185, 187, 196
Tepeaquilla, 219
Tepepulco, 247, 249
Tepoztécatl, 274
Terceira (isla), 12
Teruy (provincia), 397
Texas, 93, 94, 135
Texcoco, 134, 186, 209, 225, 226, 230, 241, 242, 277-280
Texeira, Pedro, 708
Tezcatepuca, dios de los infiernos, 220, 221, 224
Tezcoco; *véase* Texcoco
Tezcuco; *véase* Texcoco
Thevet, André, 627
Tiahuanacu, 545
Ticeviracocha (dios), 515
Tierra del Fuego, 721
Tierra Firme, 4, 14, 48, 74, 75, 77, 80, 129, 181, 197, 374, 387, 392, 396, 399-401, 404, 421, 422
Tinharé, 707
Titicaca (isla), 516
Titicaca (lago), 513
Tiupuncu, 543
Tivezocayo, 130

Tizaua, 274
Tlalpa, 197
Tlaltecutli (dios), 254
Tlaltelolco, 189, 218, 246-249, 259
Tlamanalco, 246
Tlaxcala, 183, 206, 226, 227, 236, 239, 240
Tlaxcallan; *véase* Tlaxcala
Tobreytrota (provincia), 430
Todos los Santos (Bahía de), 692, 695, 701
Toledo, 75, 305
Toledo, María de, 434
Tollan; *véase* Tula
Topar, Sancho de, 570
Topeyanco, 206
Toral, fray Francisco de, 247, 305, 306
Torquemada, fray Juan de, 277
Torres (isla); *véase* Onças, islas
Tortuga (isla de la), 137
Toste (dios), 366, 369
Trevisano, 52
Triana, Rodrigo de, 19
Trinidad (isla), 14, 31, 33-35, 38
Trinidad (río), 590
Trujillo (España), 468, 585
Tuasi, 142
Tubarão (indio), 682
Tucallosa, 135
Tucapel, 730
Tucumán, 613
Tuilazt, 743
Tula, 239, 242, 247
Tumebamba, 509
Tumguragua, 716

Túnez, 12
Tunja, 389, 439, 441, 442
Túpac Amaru, 537
Tupan (dios), 645
Turquía, 411
Tzintzuntzan, 288
Uceda, Diego de, 514
Uictlolinqui (juez), 269
Uitznauatlecamalacatl, 269
Uixachtlan (sierra), 256, 257
Ulloa (estrecho), 739, 745
Umaca (juez), 269
Urabá (golfo), 393, 397
Urcos, 519
Uriutina, 138
Urraca (provincia), 407
Uruapan, 230
Utz; *véase* Schmidl, Ulrich
Uzachile (cacique), 139
Vaca, Teresa de, 93
Vaca de Castro, Cristóbal, 421
Vacas, llanos de las, 355
Valdés (Asturias), 74
Valdivia (Chile), 733, 734, 739, 745
Valdivia, Pedro de, 460, 730, 731
Valencia, 33
Valencia, fray Martín de, 226, 228
Valladolid (España), 130
Valle, Marqués del; *véase* Cortés, Hernán
Vancouver (isla), 756
Varga (bachiller), 358
Vargas, Alonso de, 536, 537
Vargas, Diego de, 537

Vargas, Garci-Pérez de, 537
Varnhagen, Francisco Adolfo de, 701
Vasseur (capitán), 157, 158
Vázquez Coronado, Francisco, 354
Vázquez Coronado, Vicente, 328
Vázquez de Ayllón, Lucas, 129, 134, 135, 141, 142
Vázquez de Espinosa, 306
Vázquez, Pedro, 420
Vedia, 489
Vega, Beatriz de la, 537
Vega Real, 51
Vega Vargas, Sebastián Garcilaso de la, 490, 510, 536
Vela (Cabo), 281
Velasco de Gijón (gobernador), 305
Velázquez de Salazar, Juan, 277
Velázquez, Diego, 62, 127, 175
Venecia, 13, 49, 183
Venezuela, 389, 434, 435, 439, 489, 601, 730
Vera Cruz (Brasil), 41
Vera, Francisco de, 93
Vera, Pedro, 93
Veracruz, 183, 217, 246, 565, 568
Veragua, 14, 390-392
Vespucci, Amerigo, 39-43, 721
Vianna de Alvito (Portugal), 668
Vichilobos; *véase* Huitzilopochtli
Victoria (bahía), 722, 724
Vila Viçosa, 692
Vilcaconga, 519
Villa Rica de la Vera Cruz; *véase* Veracruz
Villanueva, 730
Villarreal de Urrechua, 722
Viracocha (dios); *véase* Huari Huiracocha

Viracocha Inca, 503, 513, 543, 556
Viracocha Puncu, 543
Virgilio, 177
Viriato, 438
Vivanco, Rodrigo de, 438
Vizcaíno, Sebastián, 353, 354
Vizcaya, 397, 414, 713
Waking (isla), 20
Waldseemuller, Martín, 40
Welser (banqueros), 434, 602
Wright, Irene A., 64
Xairi Tupac Yupengui Inca, 478
Xalapa, 227
Xamunanauc, 130
Xapira, 130
Xarátanga (diosa), 269
Xerez, Francisco de, 76
Xerxes (Jerjes), 356, 458-460
Xicotenga "el Viejo", 207
Xilo (diosa), 274
Ximénez de Quesada, Gonzalo, 439, 442
Xiuhtlaminmani; *véase* Itzcuin
Xiuhtlati (diosa), 274
Xochimilco, 226, 246, 768
Xoxi, 130
Yadruvava, 54
Yaguana (villa), 468
Yamiscaron, 130
Yaqui (río), 94, 334
Yauna (padre de Guahayona), 57
Yavirá, 484
Yaya, 56
Yayael (hijo de Yaya), 56

Yayo (señor), 506
Yenyohol, 130
Yiacatecutli (dios), 276
Ynhandú, 698, 699
Yochi Cápac, 519
Yta, 130
Yucatán, 175, 181, 204, 305-326
Yucay (río), 540
Yupanqui, Inca, 480, 486, 495, 503, 519, 528, 547, 548
Yztapalatengo, 209
Zacatepec, 197
Zapana (señor), 512
Zinapécuaro, 291, 292
Zocoalco (convento), 353
Zorita, Alonso de, 174, 230, 281-287
Zuaque, río (hoy río del Fuerte), 334
Zumatlán, 193

ÍNDICE GENERAL

Sumario
Primera idea de América, Pablo Escalante Gonzalbo
Prólogo a la primera edición, Luis Nicolau d'Olwer
ANTOLOGÍA
Advertencia
Primera Parte: Las avanzadas del Nuevo Mundo
Cristóbal Colón
[El descubrimiento]
Indicios prometedores
¡Tierra!
La isla y la gente de Guanahaní
Islas innumerables
Navegante de altura, solitario
De la isla "Fernandina" y de su gente
[El continente del sur]
La isla de Trinidad
Los indios de Icacos
Corriente de aguas dulces del delta del Orinoco
Tierra y Golfo de Paria
"Tierra infinita" hasta entonces desconocida
Amerigo Vespucci
[Entre el mar dulce y la corriente equinoccial]
[Por el Mar Caribe]
Los amables caníbales de la Trinidad y del delta del Orinoco
Tierra firme... de Asia
Los gigantes de Curazao
Diversidad de lenguas
Fray Ramón Pané
[Tradiciones y creencias de la isla de Haití]
De dónde proceden los indios y de qué manera
Cómo cuentan que fue hecho el mar
"Guanines" y "cibas"
La "cohoba"
La ley en canciones
Cómo hacen y guardan los cemíes de madera o de piedra
Del cemí Buyayba
De otro cemí que se llamaba Opiyelguovirán
Lo que creen de otro cemí que se llama Faraguvaol

Fray Bartolomé de Las Casas
[Prácticas comunes]
Dícese la manera de hacer el pan cazabi
Manera que los indios tenían de producir el fuego
[De la isla de Cuba]
Sus habitantes
Su religión
Sus leyes
Sus buenas costumbres
Gonzalo Fernández de Oviedo
[De las costumbres de Haití]
De los areytos o bailes cantando
De las camas en que duermen, o hamacas
De las casas y moradas
Del juego del batey o de la pelota
De las canoas o piraguas
[De la isla de Jamaica]
Manera que tienen para tomar las ánseres bravas
Segunda Parte: Los pueblos del Nordeste
Álvar Núñez Cabeza de Vaca
[Andanzas de mar a mar]
Llegada a la Florida (1528)
Flecheros de Apalache
Naufragio
La isla de Mal-Hado. Ritos y costumbres
Médicos a la fuerza
Los capoques y los han
Mercader, en tierra firme
Los mariames y los iguaces. Vista al Norte; los bisontes
Camino al Oeste. Los avavares
El barbudo Mala-Cosa
Costumbres comunes a todos los indios de aquella tierra
De las naciones y lenguas
Borracheras y otras costumbres
Harina de mezquiquez
Paso del Pecos. Indios cazadores
Del Pecos al Conchos. Cuecen sin ollas
Camino del maíz. Por fin, gente vestida y calzada
Las avanzadas de Nuño de Guzmán. Llegada al Mar del Sur
Expedición de Lucas de Ayllón
[De la provincia de Gualdape]
Del río Jordán al río Gualdape
Sepulturas, adoratorios y otras construcciones
Peces del río Gualdape
Rodrigo Rangel
[La expedición de Soto]
Desembarque (30 de mayo, 1539)

El cacique Mocozo
Con el cacique de Aguacaleyquen
Restos de la expedición de Pánfilo de Narváez
Lienzo de cáscaras de moral
La cacica de Talimeco
Rastro de la expedición de Vázquez de Ayllón
Muros y torres
Cacique Athahachi
Escudos hechos de cañas
Cuestión de precedencia

René de Laudonnière

[De los indios timucúa]

Aspecto físico
Armas y juegos
Guerra. Caza de cabelleras
Religión. Hechiceros y médicos
Matrimonio. Familia. Comida
El cacique y su consejo
Funerales
Cultivos
Invernada
Viveros de pesca
Tristes tonadas
Ceremonia del "Toya" (con el cacique Audusta u Orista; en Port-Royal Sound, Carolina del Sur)
La casa del rey Oualé o Gualé
"Thimogona", rito para avivar el rencor al enemigo

Fray Andrés de San Miguel

[Los indios guale]

Aspecto físico
Habitación
Alimentos
Festejo. Deporte y bebida
La "casina"
Alimentos de maíz y de bellota
Piraguas
Llantos rituales

[En el mar de la Florida]

Navegación costera
Pescadores de ballenas
Indios dexega
El cacique amigo

Tercera Parte: Las grandes culturas de Mesoamérica y sus anexas

Hernán Cortés

[Áspera subida]

Los pueblos costeños
Tlaxcala
Cholula
Llegada a México

[La gran Tenochtitlán]

El valle y la ciudad

El gran mercado de Tlaltelolco
Urbanismo y urbanidad
“Cosas de maravilla” de servicio y señorío

Bernal Díaz del Castillo

[Descubrimiento de Yucatán]

Ningún pueblo tan grande en las Islas
Hombres de más razón que los indios de Cuba
Ídolos de barro

[Camino por las tierras altas]

Los caciques y los “papas” de Tlaxcala
Fausto y grandeza de Cacamatzin
“Parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el Libro de Amadís”

[La ciudad de Moctezuma]

Perfil de Moctezuma
Servicio de su mesa
Cuentas y armas
Artesanías
México y la laguna desde el gran templo de Tlaltelolco
Adoratorios de los ídolos
Los patios del templo mayor. Otros adoratorios

Fray Toribio de Benavente, Motolinía

[Ritos antiguos, sacrificios e idolatrías]

De la fiesta llamada Panquetzaliztli y los sacrificios y homicidios que en ella se hacían
Conventos de mujeres
De una muy grande fiesta que hacían en Tlaxcallan, de muchas ceremonias y sacrificios
De los teocallis
De muchas supersticiones y hechicerías que tenían los indios

Fray Bernardino de Sahagún

[Creencias, costumbres y gobierno]

Supersticiones y ceremonias en nacimientos y bateos
Ceremonias del fuego nuevo, al acabar la gavilla de cincuenta y dos años
De los atavíos de los señores
De los aderezos que los señores usaban en sus areitos
De los aderezos que los señores usan en la guerra
De los atavíos de las señoras
De la manera de las casas reales
De los oficiales que labran pluma
De la fiesta que los oficiales de pluma hacían a sus dioses

Juan Bautista Pomar

[Edificios de Texcoco]

Forma y materiales de las casas
Palacio de Nezahualcoyotzin
Casas de los principales

Alonso de Zorita

[Tributos al señor principal y a los otros señores]

Tributos que se pagaban
Cómo se pagaban los tributos

Relación de Michoacán
[De las fiestas a los dioses]
Sicuíndaro ("Desuello")
[De la justicia general]
[Del gobierno y administración]
De la gobernación que tenía esta gente entre sí
[De la manera como se casaban]
Los señores entre sí, se casan de esta manera
De la manera que se casaba la gente baja
Síguese más del casamiento de estas gentes
De los que se casaban por amores
Del repudio
Fray Diego de Landa
[De los mayas de Yucatán]
Provincia de Yucatán
Los edificios antiguos
Manera de fabricar las casas de Yucatán
Pintura y labrado de los indios
Modo de ornar sus cabezas y de llevar sus vestidos
Costumbre de allanar la cabeza
Educación de los mancebos
[Matrimonios y repudios]
Herencias y tutelas
Obediencia y respeto a los señores
Comidas y bebidas
Sus borracheras y banquetes
Farsas, músicas y bailes
Industria, comercio y moneda
Costumbres de guerra
Penas y castigos
Diversidad y abundancia de ídolos
Oficios de los sacerdotes
Víctimas humanas
Duelos y entierros
Estatuas para conservar las cenizas
Creencia acerca de una vida futura
Fray Marcos de Niza
[Camino a las siete ciudades]
De los ópatas del alto Sonora a los pueblos de zuñi
A la vista de Cíbola
Andrés Pérez de Ribas, S. J.
[Pueblos del Noroeste (Sinaloa y Sonora)]
Agricultores y nómadas. Su convivencia
Vestido y peinado
Costumbres de aquellos pueblos. Borracheras
Armas y guerra
Matrimonio

Sus singulares juegos
Cacerías
Manera de cargar
Instrumentos de madera
Gobierno
Hechizos, supersticiones y sermones

Fray Antonio Tello

[De los indios de los llanos de las Vacas]

Fray Francisco de Bobadilla

[Creencias, ritos y costumbres de los indios de Nicaragua]

Matrimonio
Justicia
Canibalismo
Casa del cabildo
Ritos y festividades
Guerras
Servicios, limosnas y sueldos
Mercados
Deformación craneana
Dioses
Costumbres diversas
Confesión y penitencia
Sacrificios

Gonzalo Fernández de Oviedo

[La gente del Golfo de Nicaragua]

En la costa del golfo
Los indios de Nicoya
[Diversas maneras de areytos]
El "mitote" de la cosecha del cacao
El areyto de las varas
Areito para beoderas
El areito de las tres grandes fiestas

[Otras costumbres]

Sentencia libidinosa más que no matrimonio
Gobierno comunal
Peinados y peines

Cuarta Parte: Tierra firme, de mar a mar

Cristóbal Colón

[De la costa de los Mosquitos hasta Veragua]

Sus habitantes, minas de oro, fraguas y crisoles

Gonzalo Fernández de Oviedo

[De los cuna-cueva del Istmo y otras gentes vecinas]

Aspecto físico. Ornato y cuidado de sus personas
Depilación, baños
Pinturas
Habitación y mobiliario
Alimentos y bebidas
Tabacos y ahumadas

Religión. Magia. Supersticiones
Chupadores y herbolarios
Letras parlantes
Sociedad señorial
Armas y guerras
Costumbres de guerra y marcha
Areitos
Atambores
La familia y el amor
Comercio
Muerte, enterramientos y sucesión

Pascual de Andagoya

[Camino a Darién]

Indios flecheros y "Sillas del diablo"
Los indios de Acla

[Tierra rasa y de sabanas]

Hacia el Mar del Sur
Casas y poblados
Religión
Ley moral
Gobierno
Familia
Funerales de los señores
Armas, guerras y cacerías

[Explorando al norte y al sur]

Hacia Nicaragua: Provincias de Huista y Burica
A la entrada del Perú
Del valle de Popayán y tierra de Lili

Rodrigo de Bastidas

[De los naturales de Venezuela y sus costumbres]

Gonzalo Ximénez de Quesada

[Tunja, Bogotá y otras tierras del Nuevo Reino de Granada]

Los señores
Alimentos y comercio
Matrimonios
Armas y guerra
Imágenes, templos y ritos
Enterramientos
La nación de los panches

Fray Matías de San Francisco

[De los indios idibais o de la gorgona]

Quinta Parte: El mundo incaico

Francisco de Xerez

[Los primeros contactos]

De los pueblos de Caxas y Guacamba

En Caxamalca
Ejército y aposento del Inca
Atabálipa

Hernando Pizarro

[De la sierra a los llanos]

El templo de Pachacama

Diego de Molina

[Rectificaciones a Pizarro]

De algunos usos y costumbres del Perú

Juan de Betanzos

[Ceremonia del “Huacachicuy”]

Cómo Inca Yapanqui constituyó y ordenó la orden que se había de tener en el hacer de los Orejones

Pedro Cieza de León

[Grandeza de los Incas]

Los incas civilizadores
Cantares históricos
Los “quipos” o contadores
Los “mitimaes”. Colonización interior
Defensa de los incas

[De algunos pueblos sometidos por los Incas]

Ritos y sacrificios de los indios de la provincia de Arma y cuán grandes carniceros son de carne humana
Los indios cañares
Los indios carangues
El dios esmeralda de Manta
Los indios collas. Su origen, traje y enterramiento
Religión de los collas

Fernando de Santillán

[Gobierno de los Incas]

Divisiones territoriales
Divisiones de los habitantes por edades
Penas arbitrarias
Visitas de inspección
Reparto de ganados

[Matrimonios y herencias]

Formas de matrimonio
Sucesión de los Incas
Sucesión de los demás señores

Felipe Guaman Poma de Ayala

[De los meses de los Incas]

De los meses de los Incas
Cuzqui quilla (Junio)
Uma raymi quilla (Octubre)

[Castigos]

Primer castigo deste reino
Quinto castigo

Castigo de los pontífices
Castigo de los jugadores
Castigo de matadores de cualquier suerte

[Una canción]

El Inca Garcilaso de la Vega

[Las grandes construcciones incaicas]

La fortaleza del Cuzco
Tres muros de la cerca
Tres torreones. La "piedra cansada"
Descripción del templo del Sol
Aposentos de la Luna y Estrellas, Trueno y Relámpago y Arco del Cielo
Las vírgenes dedicadas al Sol
Ornamento de las casas reales
Acequias para regar los pastos

[Servicio de postas y correos]

Sexta Parte: El laberinto fluvial

Pero Vaz de Caminha

[Descubrimiento del Brasil]

Tierra a la vista
Primer contacto con los hombres pardos
Aspecto de la gente
Fraternizando. Habitaciones
Instrumentos y armas

Amerigo Vespucci

[Tierra nueva, tierra firme]

La gente y su vivir cotidiano
En la guerra

Alonso de Santa Cruz

[Explorando el Plata]

Pueblos del Río de la Plata y del Paraguay

Diego García

[Pobladores del Plata y del Paraguay]

Gaspar de Carvajal

[De los Andes al Atlántico]

Los indios blancos
Cinco hechiceros
Una casa de placer
Súbdito de las Amazonas
Un pueblo que no se defendió
Combate con las amazonas
Gente de buena razón

Pero Fernández

[Indios ribereños del Paraguay y del Pilcomayo]

De cómo los indios de tierra adentro vienen a vivir a las costas del río Paraguay

Los indios del puerto de los Reyes
Los artaneses
Los guaycurúes. Sus costumbres
Sus cantos jactanciosos
El mercado de Asunción

Ulrich Schmidl

[Ribereños del Plata, del Paraná y del Paraguay]

Río de la Plata. Indios charrúas
Río Paraná. Fundación de Buenos Aires. Indios querandís
Destrucción de Buenos Aires
Los indios timbús
Corondás, quiloazas y mocoretás
Chanás salvajes y mapenis
Río Paraguay. Curemagúas: agaces, guaraníes
Los jarayes
Los guatatas
Los mbaya
"Guerrear por el agua..."
Los corcoquis
Los macasís. Enlace con el Perú

Jean de Léry

[Los tupinambos]

Aspecto físico, y ornamentos de hombres y mujeres
Alimentos, bebidas y borracheras
Del "Bucan", para asar y conservar las carnes
Armas y guerra
Sacrificios de los prisioneros de guerra. Canibalismo
Religión
Casamiento y familia
Casas y mobiliario
Hospitalidad
Ritos funerarios

Manoel da Nóbrega, S. J.

[De la tierra y las gentes del Brasil]

Extensión y clima
Alimentos
Los pueblos o tribus
Religión. Hechicerías
Sacrificio de los prisioneros
Entierros. Vida futura
Ley natural
Del diluvio y otras tradiciones

Fernão Cardim, S. J.

[De los indios costeros, todos de lengua tupí]

La costumbre de fumar
Del trato que dan a sus mujeres
Honores al sacrificador del prisionero
Bailes y cantos
Danzas de niños
Danzas guerreras
Otras costumbres de los indios de Bahía

Los salvajes guaimurés *(guamurés o aymorés),*
Los "hombres marinos", monstruos del mar

Jerónimo Rodrigues, S. J.

[De los indios carijós]

Casas e insectos
Falta de limpieza
Esclavitud y antropofagia
Buenas cualidades
Supersticiones

Pero Lopes de Sousa

[Por las costas del Atlántico y los afluentes del Plata]

Combate naval entre indígenas, en la Bahía de Todos-los-Santos
Melancólicos habitantes de la Punta Maldonado
Campamentos entre los ríos San Gregorio y Pereyra
En la isla de los Cuervos (hoy, Dorado y Doradillo). El indio *Ynhandú,* de los *begoa-chamá,*

Gabriel Soares de Sousa

[De los pueblos cercanos a Bahía]

Los tupinambás, músicos y cantadores
Los tapuias maracás
Los tapuias del interior
Los amoyrés, rama de los tapuias

Cristóbal de Acuña, S. J.

[De los pueblos ribereños del Río del Amazonas]

Multitud de gente, y de diferentes naciones
Armas de que usan los indios
Su comercio es por agua, en canoas
Las herramientas que usan
De sus ritos, y dioses que adoran
Un indio se hacía dios
De los hechiceros que hay
Son estos indios de apacibles naturales
Provincia de los aguas
Uso de los esclavos que cautivan

Séptima Parte: Chile y el extremo Sur

Juan de Aréizaga

[Los gigantes patagones]

Pedro de Valdivia

[Los indios de Concepción]

Indios huiliches (araucanos) de Concepción

Juan Ladrillero

[Del Pacífico al Atlántico]

Entrando al Estrecho por el Oeste. Indios barbados
Bahía de Nuestra Señora del Valle (indios chonos)
Indios pequeños (aliculuf?) en el paralelo 52
Salida al Atlántico. Los patagones

Miguel de Goizueta

[Costas meridionales de Chile]

El Golfo de los Coronados
Provincia de Ancud
Del golfo de San Martín al cabo del Ochavario. Indio hullis o huliches
El frío austral
Extremo Sur (indios chonos)
Bahía de Nuestra Señora del Valle
En el campamento del Bergantín

Octava Parte: El norte lejano

Juan Crespí, O. F. M.

[Primer recorrido de la Nueva California]

Hospitalarios indígenas de San Francisco
La populosa Canal de Santa Bárbara
Los ásperos habitantes de San Diego

Marino Anónimo

[Algunas noticias de Nutka]

Climas y producciones
Armas
Religión
Matrimonio. Familia
Antropofagia
Primeros contactos
Aspecto físico
Vestido
Gobierno
Comercio
Prisioneros
Pesca

José Mariano Moziño Suárez de Figueroa

[De la vida religiosa y de las artesanías de Nutka]

De ciertos sacrificios usados por los naturales
Artes sedentarias
Carpintería. Las canoas

Índice de personas y lugares

ÍNDICE

SUMARIO 5
PRIMERA IDEA DE AMÉRICA 6
PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN 35
ANTOLOGÍA 43
ADVERTENCIA 44
PRIMERA PARTE LAS AVANZADAS DEL NUEVO MUNDO 47
- CRISTÓBAL COLÓN 49
- AMERIGO VESPUCCI 84
- FRAY RAMÓN PANÉ 96
- FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS 106
- GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO 117

SEGUNDA PARTE LOS PUEBLOS DEL NORDESTE 131
- ÁLVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA 133
- EXPEDICIÓN DE LUCAS DE AYLLÓN 165
- RODRIGO RANGEL 172
- RENÉ DE LAUDONNIÈRE 183
- FRAY ANDRÉS DE SAN MIGUEL 197

TERCERA PARTE LAS GRANDES CULTURAS DE MESOAMÉRICA Y SUS ANEXAS 208
- HERNÁN CORTÉS 211
- BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO 235
- FRAY TORIBIO DE BENAVENTE, MOTOLINÍA 263
- FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN 283
- JUAN BAUTISTA POMAR 314
- ALONSO DE ZORITA 317
- RELACIÓN DE MICHOACÁN 323

FRAY DIEGO DE LANDA 339
FRAY MARCOS DE NIZA 360
ANDRÉS PÉREZ DE RIBAS, S. J. 367
FRAY ANTONIO TELLO 383
FRAY FRANCISCO DE BOBADILLA 388
GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO* 403
CUARTA PARTE TIERRA FIRME, DE MAR A MAR 418
CRISTÓBAL COLÓN* 420
GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO* 423
PASCUAL DE ANDAGOYA 450
RODRIGO DE BASTIDAS 464
GONZALO XIMÉNEZ DE QUESADA 469
FRAY MATÍAS DE SAN FRANCISCO 479
QUINTA PARTE EL MUNDO INCAICO 483
FRANCISCO DE XEREZ 486
HERNANDO PIZARRO 495
DIEGO DE MOLINA 500
JUAN DE BETANZOS 503
PEDRO CIEZA DE LEÓN 516
FERNANDO DE SANTILLÁN 549
FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA 560
EL INCA GARCILASO DE LA VEGA 566
SEXTA PARTE EL LABERINTO FLUVIAL 590
PERO VAZ DE CAMINHA 593
AMERIGO VESPUCCI* 602
ALONSO DE SANTA CRUZ 607
DIEGO GARCÍA 609
GASPAR DE CARVAJAL 613
PERO FERNÁNDEZ (1545)* 624
ULRICH SCHMIDL 630
JEAN DE LÉRY 652

MANOEL DA NÓBREGA, S. J. 683
FERNÃO CARDIM, S. J. 689
JERÓNIMO RODRIGUES, S. J. 702
PERO LOPES DE SOUSA 712
GABRIEL SOARES DE SOUSA 720
CRISTÓBAL DE ACUÑA, S. J. 728
SÉPTIMA PARTE CHILE Y EL EXTREMO SUR 738
JUAN DE ARÉIZAGA 740
PEDRO DE VALDIVIA 748
JUAN LADRILLERO 752
MIGUEL DE GOIZUETA 757
OCTAVA PARTE EL NORTE LEJANO 767
JUAN CRESPÍ, O. F. M. 768
MARINO ANÓNIMO 772
JOSÉ MARIANO MOZIÑO SUÁREZ DE FIGUEROA 779
ÍNDICE DE PERSONAS Y LUGARES 785
ÍNDICE GENERAL 826

Un denominador común agrupa el medio centenar de cronistas cuyos textos integran esta antología. Desde Colón hasta Moziño, la diestra mano de Luis Nicolau d'Olwer espigó las páginas más adecuadas al propósito que se impuso, y el resultado es este nutrido volumen, representativo de la actitud del espíritu humano ante una nueva dimensión de la realidad geográfica: el descubrimiento cultural de los pueblos del Nuevo Mundo. El vaticinio antiguo se había cumplido: "Día vendrá en correr del tiempo en que se aflojen las cadenas oceánicas y aparezca un gran continente. Otro Tifis descubrirá nuevos mundos y ya no será Islandia la más lejana de las tierras".

Italianos como Colón y Vespucci, españoles —la mayoría—, portugueses, franceses y un alemán presentan su testimonio directo de lo americano. Algunos prefieren la descripción del paisaje, otros concentran su curiosidad en los aborígenes; unos se deleitan con la variedad de los climas, varios alaban a las mujeres del mundo recién descubierto; otros más se concretan a recordar las armas, los dioses, las vestiduras, las costumbres, las actitudes, los vicios o las virtudes. En la tregua o al abrigo de una alianza casi siempre precaria se escribieron estas páginas que, a veces ingenuas, en ocasiones plenas de intención, retratan de cuerpo entero a sus autores, ya sean frailes, juristas, cronistas, marineros o soldados.

El itinerario de *Cronistas de las culturas precolombinas* se inicia en 1492 y termina en el siglo XVIII, y su alcance geográfico comprende cien grados de latitud terrestre —desde el estrecho de Magallanes hasta la isla de Nutka—; es decir, se ciñe a fronteras estrictamente americanas, por más que salva límites de idioma. El compilador no pretendió "ahorrar en el manejo directo de las fuentes", sino, todo lo contrario, "encender o avivar el deseo de conocerlas en su extensa y rica variedad". Con un prólogo de Pablo Escalante, una bibliografía actualizada y algunos grabados de las fuentes originales, esta nueva edición ilustra la riqueza de las formas en que la mente europea representó a los pueblos precolombinos.

Luis Nicolau d'Olwer (Barcelona, 1888-México, 1961), licenciado en derecho y doctor en letras, fue historiador, helenista, político y periodista. En 1917 publicó *Literatura catalana. Perspectiva general* y fue nombrado miembro de número del Institut d'Estudis Catalans. En 1945 se estableció en México, donde publicó *Fray Bernardino de Sahagún* y colaboró en la redacción de la *Historia moderna de México*.

creative commons

www.fondodeculturaeconomica.com